RICARDO PALMA

CIEN TRADICIONES PERUANAS



PALMA ENTRE AYER Y HOY

... mi índole literaria dada a rebuscar antiguallas de los días del Coloniaje. [1]

LAS TRADICIONES PERUANAS de Ricardo Palma han sobrevivido ya más de un siglo sin perder su condición de clásicas principalmente por una razón: en su conjunto lograron configurar la imagen que del pasado tenía un país y, en cierta medida, un continente, durante el primer siglo de su experiencia republicana. Constituyen un espejo en el cual los lectores de este ámbito se ven reflejados, pues les permite reconocerse entre los datos de la historia menuda y compartir así la experiencia colectiva que se llama *vida nacional*. Ese proceso social y sus cristalizaciones culturales (lengua, modelos literarios, afirmación de ciertas fórmulas estéticas "propias", etc.) son indesligables de la obra literaria de Palma y de su valoración. No sólo porque los episodios más variados de la historia peruana y americana son su materia prima, sino porque están en el espíritu de la obra: volver la mirada al pasado común (inventándolo, si era necesario) era una forma de enjuiciar el presente y sus testimonios, un modo de colmar un vacío que se tendía desde la actualidad alborotada hasta el futuro incierto, paralizando o comprometiendo los esfuerzos por organizar la primera república. El pasatismo literario era una costumbre en la época de Palma, pero el suyo tiene un tono y un sabor peculiares: como en los cuentos de hadas, es el fantaseo juguetón y liviano de las tradiciones lo que más se resiste a evaporarse de la memoria, quizá porque ésta tiende irresistiblemente a la idealización.

Resulta evidente, por otra parte, que no podemos leer ahora a Palma como se lo leía en su tiempo: hoy significa para nosotros algo distinto, precisamente porque, al sobrevivir tanto tiempo, ha entrado en contacto con otras obras y otros acontecimientos que iluminan (u oscurecen) facetas a las que antes se concedía poca (o demasiada) importancia. Si situamos primero a Palma en su contexto, es sobre todo porque debemos entender

[1] Carta a Vicente Riva Palacio, de setiembre 25, 1885, en: Ricardo Palma, *Epistolario* (Lima: Editorial Cultura Antártica, 1949), I, 119. En adelante citado en el texto con la sigla *E* y el número de tomo y página.

qué relación guarda con el nuestro y con la significación presente de los valores que él contribuyó a poner de relieve en su tiempo. Este tiempo se incluye dentro de un vasto arco que ocupa el centro de la historia literaria hispanoamericana en el siglo XIX: el romanticismo.

Palma pertenece cronológicamente (nace en 1833 y muere en 1919) a lo que se llama la "segunda generación romántica" de América hispana. De inmediato hay que aclarar que en el Perú no existió una "primera generación" porque el romanticismo fue una ola que golpeó muy tardíamente sus costas: para todos los efectos prácticos, el romanticismo peruano es un fenómeno del medio siglo, coincidente con movimientos de repliegue y reajuste dentro del mismo sector romántico en países como Argentina y Chile. El grupo romántico peruano fue bautizado por el propio Palma como el de "los bohemios" (*"La bohemia de mi tiempo* titulará las memorias publicadas en 1887, en las que hace el retrato, entre burlón y amistoso, de sus compañeros de aventuras literarias), una generación de poetas mediocres y aparatosos que adoptaron acríticamente el repertorio prestigioso del romanticismo europeo que les llegaba muy desmayado por la mediación de sus lacrimosos discípulos españoles; como parte de esa mística exaltaron su propia juventud, defendieron un liberalismo más o menos vago y declarativo, intentaron hacer algún escándalo provechoso para la causa romántica escribiendo obras teatrales que en su caso fueron estridentes imitaciones de otras imitaciones (francesas o españolas), adoraron los ídolos, las poses y las técnicas que era indispensable adorar por entonces, etc. Casi todo era artificial en esos gestos: no existía razón para dar una gran batalla literaria, primero porque la literatura era algo que interesaba seriamente a muy pocos en la Lima de entonces, y luego porque las únicas formas vigentes de ejercicio literario —la poesía neoclásica, la sátira, la prosa costumbrista— no provocaban mayor rechazo. El romanticismo peruano fue bastante ecléctico, como lo prueba justamente la obra de Palma, con su asimilación de los patrones del costumbrismo hispánico, que siguió tan campante bajo los embates ruidosos de "los bohemios".

La vinculación intelectual de Palma con estos poetas se trasluce claramente en los trabajos literarios de su adolescencia —versos de amor, "romances", teatro histórico-patriótico, páginas periodísticas—, y se extiende aproximadamente hasta 1860. El aporte de Palma en esta etapa de iniciación, tiene pocas manifestaciones personales que puedan medirse en términos literarios: sencillamente es uno más dentro de una corriente que entonces emergía con cierta notoriedad y pretensión. La novedad de una literatura hecha por jóvenes, expresiva de una sensibilidad y una fantasía que se reclamaban sin límites, el replanteo de una relación "moderna" entre la literatura, el escritor y la sociedad, y sobre todo la conciencia de integrar un grupo que intentaba apelar directamente a un público al tiempo que trataba de cambiar sus hábitos, es lo que de significativo trae el romanticismo a la literatura peruana y lo que atrae la adhesión primera de Palma.

Ya maduro y célebre, el autor juzgará así este período de búsqueda y afirmación:

"Tocóme pertenecer al pequeño grupo literario del Perú, después de su independencia. Nacidos bajo la sombra del pabellón de la República, cumplíanos romper con el amaneramiento de los escritores de la época del coloniaje, y nos lanzamos audazmente a la empresa. Y, soldados de una nueva y ardorosa generación, los revolucionarios bohemios de 1848 a 1860 luchamos con fe, y el éxito no fue desdeñoso para con nosotros" [2].

Pero al lado de su actividad de militancia romántica, Palma daba tempranas muestras de una predisposición satírica, muy singular de un grupo que (salvo Juan de Arona, romántico rezagado) se distinguía por el amaneramiento retórico y la monotonía confesional. Tenemos pocos testimonios críticos de la época que señalen esos excesos y desbordes que arruinaron el romanticismo peruano; el de Palma es el más notorio: al publicar en 1874 la segunda serie de *Tradiciones peruanas*, la presenta precedida por una "Carta tónico-biliosa a una amiga" (la argentina Juana Manuela Gorriti, tradicionista como él), sátira en verso en la que figuran alusiones muy transparentes a sus compañeros de juventud y a la estética que él y todos ellos cultivaron entonces:

¿Temes que exhale en sombrías
endechas el alma toda?
¡No! Ya pasaron de moda
los trenos de Jeremías.

Eso quede a los poetas
sandios, entecos, noveles,
que andan poniendo en carteles
sus angustias más secretas.

. . . .

¡Pues fuera grano de anís
que, ostentando duelo y llanto,
en imitar diese a tanto
poeta chisgarabís!

(*TPC*, 1453)

De ese exhibicionismo sentimental y de la lacrimosidad aprendida se apartaba espontáneamente Palma por un sentido de la proporción que se relaciona con su espíritu burlón y travieso: bajo la máscara triste, él pre-

[2] *La bohemia de mi tiempo*, en: *Tradiciones peruanas completas*, 5a. ed. (Madrid: Aguilar, 1964), 1321. En adelante citamos esta edición en el texto con las siglas *TPC*. Un asterisco (*) tras el título de una tradición indica que está incluida en la presente edición.

sentía la sonriente, lo que seguramente era muy explicable en un país cuyos esfuerzos por constituirse como tal paraban a veces en caricaturas de la realidad prometida. Tras la épica de la emancipación nacional, sobrevino la comedia (y aun la farsa) de la vida cotidiana bajo el imperio de principios liberales invocados sólo como coartada para el ejercicio autoritario del poder. Palma percibió, en lo más profundo de su experiencia como escritor peruano, esa viva y persistente contradicción, e hizo de tal desajuste entre la realidad y las imágenes que proyectaba, el trasfondo habitual de sus pequeños episodios nacionales. Por la vía del humor y la ironía, Palma se asentó firmemente en el marco de valores que regía a su sociedad y que, paradójicamente, la remitían al pasado en una etapa de cambios.

El exotismo romántico no lo tentó demasiado ni por mucho tiempo; lo tentó el historicismo romántico, su postulación de una literatura nacional y su exaltación del "color local". Su obra poética muestra la distancia y la cercanía que, a la vez, mantenía el autor respecto de los "bohemios"; sus primeros libros de versos (*Poesías*, 1855; *Armonías*, 1865; y *Pasionarias*, 1870) son, salvo por algunas sátiras y "cantarcillos", incuestionablemente románticos; pero *Verbios y gerundios* (1877) y la sección "Nieblas" (1880-1906) que incorporan sus *Poesías completas* de 1911, no sólo son ejercicios de poesía humorística y picaresca (bastante triviales, por otra parte) sino que aparecen como parodias de los motivos que los románticos peruanos (inclusive él mismo) habían cultivado indiscriminadamente: abundan las composiciones en las que hace una versión burlona de la idealización femenina; en vez de la diosa adorable, la moza pícara y ocurrente es la heroína de estos versos ligeros en los que hay una pizca del Heine que Palma había aprendido a leer y a traducir a partir de las versiones de Nerval. Léase esta sátira contra el adocenamiento de la poesía romántica:

Forme usted líneas de medida iguales,
luego en fila las junta
poniendo consonantes en la punta.
—¿Y en el medio? —¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.[3]

Esa característica personal empieza a brillar en el periodismo satírico y de combate político, al que el autor se vincula muy temprano y por un largo período: en pleno furor romántico, ya era director de una hoja satírica titulada *El Diablo* y en 1852 colabora en *El Burro;* en 1867 lo encontramos como redactor principal de un punzante órgano político, *La Campana*, "periódico nacional y caliente, / que ni verdades calla ni mentiras consiente"; y en 1877 funda *La Broma*, sin dejar nunca de producir un abundante material satírico, anónimo o bajo cambiantes seudónimos, para las páginas de

[3] *Poesías completas* (Barcelona: Editorial Maucci, 1911), 180. Citamos esta edición en el texto con las siglas *PC*.

otros diarios y revistas que fustigaban las costumbres, la política o la honra de cualquiera. Es también sintomático que, luego de su breve experiencia teatral de signo romántico (a la que él siempre se refiere con una simpática ironía) [4], Palma escribiese, en 1859, la comedia *El santo de Panchita* en colaboración con Manuel Ascensio Segura, el fundador de la comedia republicana del Perú, por quien el tradicionista tenía un gran aprecio; Palma lo recuerda en *La bohemia de mi tiempo* con el humilde respeto del discípulo: "Al César lo que es del César. Defraudaría el mérito de Segura si creyese que la insignificante colaboración mía aumentó un quilate el valor de esta comedia..." *(TPC,* 1304). Es curioso que, después de reseñar su etapa de autor teatral romántico y de contar que hizo un "auto de fe con mis tonterías dramáticas" (lo que por lo menos en un caso es verdad: su drama *Rodil* se conoce sólo por un ejemplar que casualmente se salvó de caer en sus manos), afirme que "no volví a escribir dramas" *(TPC,* 1302), escamoteando el dato poco conocido de que entre 1855 y 1858, volvió al teatro con tres comedias criollas, en evidente emulación de los éxitos de Segura. El mismo año 1858 aparecerá el volumen de *Teatro* del comediógrafo limeño, precedido por un prólogo de Palma.

Entre 1859 y 1861, *El Liberal, El Diario, La República* y sobre todo *La Revista de Lima* (el tardío órgano literario del romanticismo, que Palma llegó a dirigir), difunden, entre otras publicaciones de Palma, las primitivas tradiciones escritas dentro de ese período: *El Nazareno, Palla-Huarcuna, Mujer y tigre, La hija del oidor, Un bofetón a tiempo* (estas dos últimas nunca serán recogidas en libros, las anteriores sufrirán cambios en los títulos o en los textos) y otras más. Son cuadros evocativos con suaves toques románticos que halagaban el gusto por lo tradicional y lo pintoresco estimulado por el romanticismo. Aunque en varias de ellas hay pinceladas o anuncios del estilo picaresco de Palma, el tono general todavía es demasiado idílico o demasiado tremebundo, sin el alivio sostenido del humor.

Esta etapa de búsqueda inicial concluye a fines de 1860, fecha en la que Palma sale desterrado rumbo a Chile, y en la que empieza a notarse que el impulso del grupo romántico en el país decrece. De modo un poco simplista, el autor escribe en sus memorias:

"Después de 1860 desapareció la bohemia, porque todos principiaron a hacerse hombres serios, o porque la guadaña de la muerte comenzó a segar entre nosotros... Yo peregrinaba por Chile, a consecuencia de una aventura revolucionaria en que anduve comprometido" *(TPC,* 1320).

Paradójicamente, alcanzar el doble timbre de gloria de desterrado y peregrino sella su condición de romántico, vuelve verdad lo que antes era mera retórica aprendida. Los nostálgicos versos de *Navegando,* que Rubén Darío decía saberse de memoria, son su adiós a la patria, la patente de proscrito romántico con la que completaba su aprendizaje:

[4] V. *La bohemia de mi tiempo, TPC,* 1301-1302.

Parto ¡oh patria! desterrado...
De tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos;
y en la estela
que riela
sobre la faz de los mares,
¡ay! envío a mis hogares
un adiós.

¡Patria! ¡Patria! Mi destino
me arrebata peregrino
y para siempre quizás...
Si desmaya
en otra playa
mi varonil ardimiento,
mi postrero pensamiento
tú serás.

(*PC*, 39)

Pero esta despedida señala también un reencuentro consigo mismo, una noción de madurez literaria y un hallazgo de las vetas originales de su talento.

HACIA LAS "TRADICIONES"

En Valparaíso (con frecuentes viajes a Santiago), Palma pasó casi tres años de exilio que serán literariamente intensos y fructíferos. Valparaíso fue un ambiente propicio: por esa época el puerto era un centro de actividad cultural, gracias a los cenáculos, revistas y asociaciones culturales promovidas por la *élite* intelectual de esa ciudad. Los testimonios principales de su actividad chilena son la *Revista del Pacífico*, fundada por José Victorino Lastarria y dirigida por Guillermo Blest Gana, y la *Revista de Sud América*, entre los años 1861 y 1864. En la primera, publicó poesías románticas y de circunstancias, y la tradición titulada *El virrey de la adivinanza*, que había aparecido ese mismo año de 1861 en *La Revista de Lima*. En la segunda, órgano de la "Sociedad Amigos de la Ilustración", de la que Palma fue miembro desde 1861 y mediante la cual trabó estrecha amistad con Lastarria, Alberto Blest Gana y otros escritores chilenos, fue primero colaborador, luego redactor y por último miembro de la comisión editora; allí publicó siete tradiciones, refundiendo algunas escritas o aparecidas anteriormente en Lima, como *Apuntes históricos: Sobre el conde de Superunda, fundador de Valparaíso* (*Debellare superbos* en su primera versión limeña; *Un virrey y un arzobispo* en la definitiva) y *Lida* (después: *Un corsario en el Callao*), ya publicada en Lima en 1853; más otras escritas en Valparaíso, como *Justos y pecadores*, *La hija del oidor* y *El final de una*

historia (después: *El padre Oroz).* En la *Revista de Sud América* dio a conocer también otras composiciones poéticas, numerosos artículos de divulgación histórica y literaria y, sobre todo, las páginas que iban a constituir la parte medular de sus *Anales de la Inquisición de Lima,* cuyo plan fue concebido en el Perú y cuyo material de documentación amplió Palma en Chile. El libro aparecerá por primera vez en Lima, en 1863.

Puede decirse que, con él, comienza la plenitud literaria de Palma, puesto que todo lo anterior no pasa de ser un tanteo algo desordenado en varios géneros y asuntos: los *Anales* demuestran que su talento ha encontrado un terreno propicio pero descuidado en la época; le ha tomado —como dice él— gusto a los "papeles viejos" en los que hurga con alegría porque ha descubierto —mejor y primero que nadie por entonces— que *están henchidos de vida* y ha percibido el *sentido vigente de la historia.* Ser historiador es un viejo sueño de Palma, en realidad una vocación que él alienta esperanzadamente y que ha acariciado mucho en el exilio. Los *Anales* son la primera tentativa seria para probar (y probarse) que tiene aptitud para dar con el dato, ordenar la información, captar el sabor de época. En su cuarta edición (de 1910, como parte de su *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas),* este libro va precedido por una breve introducción o "Cuatro palabritas" que insiste en presentar la obra como un trabajo de investigación sobre el pasado que, aunque parezca liviana, no deja de tener rigor de estudio:

"En la presente [edición] ha cuidado el autor de suprimir algo que pecaba de inexacto y de aumentar mucho que ofrece novedad. En cuanto a la forma, no ha juzgado conveniente alterarla, para que no pierda este trabajo su modesto carácter de estudio o ensayo histórico. Fue escrita en época en que el autor estaba muy distante de alimentar pretensiones literarias, y, por lo mismo, quiere que subsista tal como salió de su pluma y con los lunares de forma propios de la inexperiencia" *(TPC,* 1207) y de señalarlo como antecedente inmediato de las tradiciones:

"Este libro hizo brotar en mi cerebro el propósito de escribir *Tradiciones.* Por eso estimo, como complementario de mi afortunada labor, terminar esta publicación [el *Apéndice* citado] reproduciendo, a guisa de remate y contera, estos *Anales,* que, en puridad de verdad, son también *Tradiciones" (Ibid).*

Ser historiador podía significar también ser un pionero: los estudios históricos sobre la etapa colonial apenas existían y a nadie se le había ocurrido dedicar mucha atención a una época que la república acababa de abolir formalmente. El historiador tenía ante sí un terreno virgen, desdeñado por el espíritu liberal del romanticismo, que prefería remontarse a pasados ajenos más prestigiosos; como anota Ventura García Calderón:

"En la remolina consiguiente a la independencia están revueltos y abandonados esos librotes en que consta prolijamente un pasado de santos embustes, de milagrerías, de galanterías viejas, de hazañas rubricadas con san-

gre. ¿A quién pueden interesarle esas vejeces? No a los peruanos de la época ciertamente. Existe entonces en Lima un desdén muy republicano a esos 'vergonzosos' testimonios de una edad para siempre abolida. ¿Cómo extirpar en nuestra sangre al godo que llevamos adentro? Con no poca ingenuidad lo pretende entonces un Perú mozo y abolicionista que no cree en el atavismo, en las fatalidades del pasado cuando gravitan sobre el presente y nos obligan a obedecer a los muertos" [5].

En efecto, Palma había investigado muchos documentos en el Archivo de la Inquisición en Lima, y en la biblioteca particular que el argentino Gregorio Beeche tenía en Valparaíso. Convencido de la importancia intrínseca del tema —el recuento de la actuación en el Perú de una de las más discutidas instituciones coloniales durante más de un cuarto de siglo—, pudo brindar el más vívido testimonio de la intolerancia religiosa e ideológica durante el virreinato, asunto que los escritores e investigadores peruanos inexplicablemente habían pasado por alto. Pese a la trascendencia que el Tribunal del Santo Oficio tuvo en el país, es sintomático que la obra de Palma no fuese completada y superada sino por el trabajo del chileno José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima,* publicado en 1887. En su tiempo, dado que el Archivo de la Inquisición había sido saqueado en 1813, "nada parecía tan difícil como avanzar un ápice más la investigación histórica del tema que se propuso escribir Ricardo Palma" [6].

Sin embargo, el libro no resulta hoy tan admirable por su autenticidad (Palma, siguiendo una tendencia muy suya, distorsionó imaginativamente datos documentales, conjeturó y aventuró demasiado) como por lo que, poco después, sería vapuleado: la mezcla incierta de fantasía y realidad, la frescura y la amenidad con las que trabajaba los hechos secos de la historia misma. El lo dijo: llevaba en sí "la intuición de lo pasado". *Intuición:* la mirada que echa al pasado está cargada de intenciones, de simpatías y diferencias, de pareceres y prejuicios que se entrecruzan con la declarada objetividad del estudioso; sus retratos históricos copian del natural o aprovechan las iconografías oficiales, pero su imaginación carga las tintas libremente, en un juego ambiguo que constantemente revuelve lo cierto con lo dudoso.

Precisamente porque los *Anales* suman el dato minucioso y sombrío, el comentario chispeante, la alusión anticlerical y el gesto burlón a la solemnidad, señalan el comienzo de la producción madura de Palma. El joven romántico, el cronista satírico, el periodista politiquero, el conspirador exilado, sabe ahora que es un escritor. Seguirá publicando tradiciones en diversos órganos, cada vez más numerosas, cada vez con más éxito, cada vez

[5] "Nota preliminar" en: Ricardo Palma, *Tradiciones escogidas* (París: Biblioteca de Cultura Peruana, 1938), 10.

[6] Guillermo Feliú Cruz, *En torno a Ricardo Palma* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1933), I, 215.

más cerca de alcanzar la plenitud en ese género, que él considera tan suyo que afirma haberlo "inventado".

GENESIS DE LA TRADICION

Toda forma de literatura historicista —leyenda, novela histórica, crónica o narración tradicional— tuvo en el siglo XIX un primer gran modelo: Walter Scott. Gracias a él, el género historicista alcanzó una extraordinaria difusión en la Europa romántica. Allison Peers se admira de "la formidable influencia ejercida por Sir Walter Scott sobre el renacimiento español, sólo comparable a la de Lord Byron sobre la rebelión romántica. Las referencias a Scott, todas más o menos elogiosas, pueden encontrarse ya a partir de 1818 en las publicaciones periódicas españolas; de entonces en adelante su celebridad se acrecentó rápidamente, y en 1823 estaba ya completamente afirmada" [7]

El entusiasmo de España por adaptar, imitar y traducir a Scott, fue un impulso mediador para su posterior difusión en América. El influjo de Scott en nuestro continente no resultó, sin embargo, tan indiscriminado: su figura fue, alternativamente, exaltada y criticada pues estaba vinculada al destino azaroso y controvertido que en América tuvo la novela histórica. En 1832, el cubano José María Heredia escribía una serie de artículos sobre la novela histórica, en el que atacaba la esencia misma del género como un híbrido ineficaz y sin verdadera categoría estética. Consecuentemente, Walter Scott (el mismo "Gualterio Scott" que según otros románticos, como el venezolano Domingo del Monte reunía las tres condiciones supremas del escritor: las de "poeta, de filósofo y anticuario") cae bajo su condenación: "No sabe inventar figuras revestidas de celestial belleza, ni comunicarles una vida sobrehumana; en una palabra, le falta la facultad de crear, que han poseído los grandes poetas" [8].

El magisterio scottiano se atempera y entremezcla con influjos varios como los de Alexandre Dumas (padre), Eugene Sue, los novelistas históricos prerrománticos franceses (Chateaubriand, Mme. de Genlis, Mme. Cottin) y los españoles (Fernández y González, Enrique Gil y Carrasco). A la larga, el folletín francés y las novelillas legendarias hispanas fueron más populares que el prestigioso Scott y sus romances. A estos nombres hay que agregar, para completar el cuadro de los modelos que operaron en el romanticismo peruano, un conjunto de escritores no específicamente románticos: los totalmente olvidados y olvidables costumbristas peninsulares, como Estébanez Calderón, Mesonero Romanos, "Fray Gerundio" [Modesto Lafuente], entre otros.

[7] E. Allison Peers, *Historia del movimiento romántico español* (Madrid: Gredos, 1967), I, 147.

[8] José María Heredia, "Ensayo sobre la novela", *Miscelánea,* II, Nos. 3-5, marzo-abril 1832.

Palma conoció, leyó y apreció a la mayoría de éstos, quizá a todos, eclécticamente. Haciendo memoria de sus lecturas en los tiempos de bohemia, hace un deslinde interesante: mientras atribuye a sus compañeros románticos una absorbente pasión por Lamartine, Zorrilla, Campoamor o Leopardi, él confiesa que "hablarme del *Macías*, de Larra, o de las *Capilladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto" (TPC, 1294) "Fray Gerundio" es el único no romántico: ni en su juventud los gustos de Palma eran tan excluyentes y anunciaban más bien el camino singular que iba a seguir.

Los materiales que concurren a formar la tradición de Palma son de toda clase y procedencia. Realmente, ninguno de los mencionados puede aducirse sino en calidad de influjo mediato o general, ninguno *explica* la tradición, cuya novedad está en el tono, ya que no en el género, pues tenía una larga evolución y un intenso cultivo en toda América romántica. El tono de Palma quizá solo tenga un antecesor americano: el guatemalteco Batres y Montúfar. Aunque hay que hacer la importante salvedad de que la tradición del centroamericano estaba escrita en verso, era, como anota Riva-Agüero, "igualmente viva, reidera y desenfadada que la tradición peruana en prosa" [9].

Todos estos elementos, todavía no bien asimilados, van a estimular el deseo de Palma de escribir tradiciones. Las primeras no se llamaban así ni eran exactamente eso: son "leyendas" románticas, "romances históricos" o "romances nacionales", evocaciones todas de estilo afectado e impersonal; no se distinguen sustancialmente de los numerosos ejemplos que pueden hallarse en la época. *Consolación*, su primer trabajo de prosa romántica, data de 1851 y contiene pasajes tan característicos como éste:

"Andrés contaba diecinueve años. Nunca he contemplado una mirada más dulcemente lánguida que la suya en unos ojos azules como un cielo sin nubes. Sus palabras tenían algo del perfume de la inocencia, y su sonrisa era tierna como la de una virgen. Jamás le oímos sus amigos proferir una queja contra el Destino, y cuando teníamos un ligero y grave sentimiento que comunicarle, alguna de esas infernales decepciones que destrozan fibra por fibra el corazón, eran siempre acentos de bendición, de paz y de consuelo los que brotaban de sus labios... Por eso sus amigos le llamaban *Consolación*" (*TPC*, 1163).

Aparte de la total impericia literaria que el pasaje revela —Palma tenía entonces 18 años— hay que observar la morbosa receta romántica que está detrás de la fábula: la del ser bondadoso pero deforme (Andrés es jorobado) que se enamora de una bella e insensible mujer que ríe indolente

[9] "Ricardo Palma" en: José de la Riva-Agüero, *Afirmación del Perú* (Lima Pontificia Universidad Católica del Perú, 1960), I, 358. Citamos con las siglas *AP*

al saber que él se ha suicidado por amor. *Oderay* o *La muerte en un beso* (1852) intenta la leyenda indianista con el mismo ingenuo resultado:

"Oderay es la flor más bella del vergel americano. Blanco lirio perfumado con el hálito de los serafines.

Su alma es un arpa eolia, que el sentimiento del amor hace vibrar, y los sonidos que exhala son tiernos como la queja de la alondra.

Oderay tiene quince años, y su corazón no puede dejar de latir ante la imagen del amado de su alma" *(TPC,* 23).

Mauro Cordato brinda un ejemplo muy preciso de la evolución de su arte porque podemos comparar la primera versión, publicada en 1853, y la definitiva titulada *El mejor amigo..., un perro**, publicada en la cuarta serie de *Tradiciones peruanas* de 1883. Casi es imposible reconocer lo que queda de la primera en la segunda, a tal punto Palma ha alterado, podado y aligerado toda la borrosa seriedad y el estiramiento estilístico que agobiaban el texto original. Desde el comienzo, en la presentación de la época (el gobierno del virrey Abascal, a comienzos del siglo XIX) y de los lugares que la ambientan, las diferencias son saltantes: mientras en la versión de 1853, el autor no puede ahorrarse una inflamada digresión sobre el estado de opresión colonial como consecuencia de la política del rey Fernando VII ("El cobarde rey Fernando, que sin valor para sostener en su frente la corona, entregaba aherrojado a sus enemigos al valiente pueblo español; ese rey de farsa y entremés, exasperó el sufrimiento de las colonias por medio de las galeras continuas que les imponía") [10], en la definitiva entra sabrosa y rápidamente en materia pintando un cuadro vital, con brochazos muy dinámicos:

"Apuesto, lector limeño, a que entre los tuyos has conocido algún viejo de esos que alcanzaron el año del cometa (1807), que fue cuando por primera vez se vio en Lima perros con hidrofobia, y a que lo oíste hablar con delicia de la *Perla sin compañera.*

Sin ser yo todavía viejo, aunque en camino voy de serlo muy en breve, te diré que no sólo he oído hablar de ella, sino que tuve la suerte de conocerla, y de que cuando era niña me regalara rosquetes y confituras. ¡Como que fue mi vecina en el Rastro de San Francisco!"

Hacer un paralelo entre las distintas formas en que una y otra versión presentan la escena central del relato (el atentado homicida de Mauro Cordato contra María Isabel, y el posterior suicidio del galán), permite comprobar la dirección en la que progresa el arte de Palma, particularmente la habilidad con la que crea y resuelve situaciones de interés para el lector:

[10] V. Juan Miguel Bákula Patiño, "Don Ricardo Palma en Colombia" (Lima: Separata de *Fenix,* Nº 12, 1958), 66. Citamos en el texto como Bákula. También: Alberto Escobar, "Tensión, lenguaje y estructura: las *Tradiciones Peruanas*", en: *Patio de Letras* (Lima: Ediciones Caballo de Troya, 1965), 68-140.

MAURO CORDATO	*EL MEJOR AMIGO..., UN PERRO* *
¡Fatalidad! ¿Hay acaso un poder invisible que nos arrastra hacia ti? Porque en verdad, el desencanto en amor seca la sabia de esa flor delicada que llamamos el sentimiento. ¡Felices los que amando por primera vez no habéis apurado aun hasta las heces el cáliz del desengaño! ¡Felices los que viven porque sienten! Dos horas llevaba ya Mauro de paseo en la Alameda y comenzaba a tranquilizarse porque su amada no venía. Ya se reprochaba sus celos y estaba resuelto a lanzarse a los pies de María y pedirle perdón porque había dudado de su cariño. Ya volvía a ser feliz; cuando ¡maldición! fijó sus miradas en un extremo de la Alameda y vio aparecer distintamente las formas esbeltas de su María. Llevó la mano a su puñal, tocó el mango de una pistola, y cayó desplomado sobre un banco de adobes, diciendo: —Ira de Dios. ¡Me vendía.. ! ¡Me engañaba ..!	El despecho ofuscó el cerebro del aventurero, y sacando un puñal lo clavó en el seno de María. La infeliz lanzó un grito de angustia y cayó desplomada. La esclava echó a correr, dando voces y la casi siempre solitaria (hoy como entonces) Alameda fue a poco llenándose de gente. Mauro Cordato, apenas vio caer a su víctima, se arrodilló para socorrerla, exclamando con acento de desesperación: "¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho! He muerto a la que era vida de mi vida". Y se arrancaba pelos de la barba y se mordía los labios con furor. Entre tanto, la muchedumbre se arremolinaba gritando: "¡Al asesino, al asesino!", y a todo correr venía una patrulla por el beaterio del Patrocinio. Mauro Cordato se vio perdido. Sacó del pecho un pistolete, lo amartilló y se voló el cráneo. *Tableau!,* como dicen los franceses.

(Bákula, 69)

Es el comentario final, irreverente, lo que da el tono satírico a la escena sangrienta, quitándole ampulosidad: la ironía de Palma coloca el incidente en un nivel de simpática comprensión para el lector; en vez de incurrir en enfáticas apelaciones sentimentales, el texto definitivo le hace un gesto de amistosa complicidad que acorta todas las distancias con el pasado. La sensación de verosimilitud no depende de que la segunda versión se ciña más a la cronología o la realidad de lo ocurrido —si nos atenemos a la noticia respectiva de Manuel de Mendiburu [11], que Palma usó como fuente—, sino de detalles subjetivos como recordar "el año del cometa" o pretender que él conoció en persona a la protagonista (como vecina, además) o cerrar la historia con la alusión al perro muerto de inanición ante la tumba del heridor, como simbólica manifestación de la ingratitud de los hombres. Es lo que Palma agrega de su cosecha lo que queda resonando en la imaginación del lector.

La primera vez que usa el nombre de "tradición peruana" es para una composición de 1854 titulada *Infernum el hechicero* (nunca recogida en series), aunque no sea fundamentalmente distinta de las anteriores. Pero en 1860 Palma publica en *La Revista de Lima* la tradición titulada *Debellare superbos* que, como ya sabemos, aparecerá el año siguiente en la *Revista*

11 Manuel de Mendiburu, *Diccionario Histórico Biográfico* (Lima: Librería e Imprenta Gil, 1933), VII, 257.

de Sud América como *Apuntes históricos. Sobre el conde de Superunda*..., para llamarse finalmente, en la segunda serie de *Tradiciones peruanas* (1874), *Un virrey y un arzobispo* *, aunque la subtitula "crónica" y no "tradición", contiene una importante declaración de principios, la primera defensa de ella como un "nuevo" género:

"La época del coloniaje, fecunda en acontecimientos que de una manera providencial fueron preparando el día de la independencia del Nuevo Mundo, es un venero poco explotado aún por las inteligencias americanas.

Por eso, y perdónese nuestra presuntuosa audacia, cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros, demonio tentador al que mal puede resistir la juventud, evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia de ayer de un pueblo que no vive de recuerdos ni de esperanzas, sino de actualidad.

Lo repetimos: en América la tradición apenas tiene vida. La América conserva todavía la novedad de un hallazgo y el valor de un fabuloso tesoro apenas principiado a explotar.

Sea por la indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos o por descuido de nuestros antepasados en no consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes. Los tiempos primitivos del imperio de los Incas, tras los que está la huella sangrienta de la conquista, han llegado hasta nosotros con fabulosos e inverosímiles colores. Parece que igual suerte espera a los tres siglos de dominación española

Entre tanto, toca a la juventud hacer algo para evitar que la tradición se pierda completamente. Por eso, en ella se fija de preferencia nuestra atención, y para atraer la del pueblo creemos útil adornar con las galas del romance toda narración histórica".

Dos ideas centrales pone de relieve el pasaje: la de que la tradición es una forma de rescate de la historia, que de otro modo irremediablemente se perdería (el tono dramático con el que Palma pinta ese riesgo es exagerado: para él no sólo se trata de un género, sino de una *causa* literaria americana); la otra idea consiste en la necesidad de llamar la atención del pueblo, más o menos indiferente hacia su propia historia, con el señuelo del romance, es decir, de la versión pintoresca y amena del pasado colectivo. Aquí ya se nota una clara asunción de la importancia del género como manifestación literaria del espíritu criollo y popular del siglo XIX: la tradición surge con una pretensión de literatura nacional.

Y, sin embargo, esta "crónica" todavía es un poco eso, sólo que aderezada aquí y allá con el humor intencionado de Palma; sobre la tela mayor del texto en la que pinta el cuadro histórico de la época del virrey Manso de Velasco —mediados del XVIII—, el autor sólo deja unas cuantas pinceladas con sello personal. La diferencia entre esta composición y los anteriores romances o leyendas románticas que salieron de sus manos, está en esos rasgos leves y sonrientes: los gestos de confianza con el lector y de

invocación a su simpatía o paciencia ("aquí con venia tuya, lector amigo, va mi pluma a permitirse un rato de charla o moraleja"), la declarada libertad en el tratamiento de la verdad histórica de acuerdo con las necesidades estructurales del relato ("La obligación de motivar el capítulo que a éste sigue nos haría correr el riesgo de tocar con hechos que acaso pudieran herir quisquillosas susceptibilidades si no adoptáramos el partido de alterar nombres y narrar el suceso a galope"), los saltos anacrónicos que conectan el texto con situaciones perfectamente reconocibles del presente ("Aun los que hemos nacido en estos asendereados tiempos, recordamos muchas *enguinfingalfas* entre nuestros presidentes y el metropolitano o los obispos") y, sobre todo, los toques de sabroso lenguaje popular ("pero éste se mantuvo erre que erre", "hay gentes que creen en estas paparruchas a pies juntillas", "Quémese la casa y no salga humo", "Cuando pasan rábanos, comprarlos").

Esta, igual que algunas otras tradiciones escritas en la misma época, como *El virrey de la adivinanza* (1860) o *Justos y pecadores* (1862), pierden parte de su eficacia por ser crónicas demasiado extensas o erráticas, por consentir una serie de digresiones que debilitan la impresión general; Palma, por entonces, no ha aprendido la virtud de la concisión, esa cualidad de crear un personaje, una situación y dejar una agradable moraleja en muy pocas páginas. Habrá que esperar hasta el año 1864, en el que el autor escribe la versión definitiva de una tradición modelo: *Don Dimas de la Tijereta"* * "cuento de viejas, que trata de cómo un escribano le ganó un pleito al diablo". El trasfondo histórico se ha hecho más leve y hasta intrascendente para disfrutar la tradición: importan el arte de narrar, de tramar una fábula divertida y fantástica sobre la mala fama de los escribanos coloniales, de usar un lenguaje de gran plasticidad y riqueza cuyas fórmulas recogen un saber popular y una experiencia muy añeja de la vida social. La introducción es un compendio del mejor Palma:

"Erase que se era, y el mal que se vaya y el bien se nos venga, que allá por los primeros años del pasado siglo existía, en pleno portal de Escribanos de las tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú, un cartulario de antiparras cabalgadas sobre nariz ciceroniana, pluma de ganso u otra ave de rapiña, tintero de cuerno, gregüescos de paño azul a media pierna, jubón de tiritaña y capa española de color parecido a Dios en lo incomprensible, y que le había llegado por legítima herencia, pasando de padres a hijos durante tres generaciones.

Conocíale el pueblo por tocayo del buen ladrón a quien don Jesucristo dio pasaporte para entrar en la gloria, pues nombrábase don Dimas de la Tijereta, escribano de número de la Real Audiencia, y hombre que, a fuerza de *dar fe,* se había quedado sin pizca de fe, porque en el oficio gastó en breve la poca que trajo al mundo.

Decíase de él que tenía *más trastienda que un bodegón,* más camándulas que el rosario de Jerusalén, que cargaba al cuello, y más doblas de a

ocho, fruto de sus triquiñuelas, embustes y trocatintas, que las que cabían en el último galeón que zarpó para Cádiz y de que daba cuenta la *Gaceta.* Acaso fue por él por quien dijo un caquiversista lo de

> *'Un escribano y un gato*
> *en un pozo se cayeron;*
> *como los dos tenían uñas*
> *por la pared se subieron' ".*

Como por arte de magia, ha nacido la tradición. Como magia, porque los antecedentes señalados indican su filiación, no su esencia. Desprendido de ese tronco historicista robustecido por el romanticismo, asumido un rango artístico específico, la tradición termina siendo, en manos de Palma, otra cosa. Queda por dilucidar este "invento" del autor.

UN ARTE DE CONTAR

¿Qué es la tradición de Palma? Resulta difícil definirla porque es un arte fragmentarista, hecho de múltiples piezas mínimas cuya combinación puede variar sustancialmente; no hay un tipo único de tradición: aunque Palma es inconfundible, sus maneras son muchas y a veces sorprendentes. Estamos ante un género de naturaleza híbrida y la proporción que se establece entre sus elementos es sutil pero hace toda la diferencia. Ventura García Calderón, antólogo de Palma y buen conocedor de su obra, se pregunta: "No siendo historia ni novela, ¿de qué modo podría definirse?"; y se responde dando, no una definición, sino una descripción de sus variedades:

"Como todas las cosas ingeniosas y volátiles no cabe en el casillero de una definición. Además las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor veleidoso del narrador... También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para contar un milagro, después libertina como una facecia de Aretino, luego trágica y en fin pueril con una simplicidad de abuela cotorra que como ha perdido la memoria les cuenta a sus nietos un cuento azul sin saber si es cuento de mocedad o fantasía" [12].

La opinión de otro crítico novecentista, José de la Riva-Agüero, se condensa en la fórmula según la cual la tradición es un "producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbre" (*AP*, I, 361), elementos que, sin duda, Palma hereda de fuente hispánica y de su feliz adaptación criolla durante todo el siglo XIX. Trabajando esa misma fórmula, Robert Bazin la perfecciona proponiendo esta ecuación: leyenda romántica + artículos de costumbres + casticismo = tradición [13]. La ecuación es realmente seductora, especialmente por su último término.

[12] "Don Ricardo Palma" en: *Del romanticismo al modernismo* (París: Librería Paul Ollendorf, 1910), 322.

[13] Robert Bazin, *Historia de la literatura americana en lengua española* (Buenos Aires Editorial Nova, 1958), 231.

Es innegable que del romanticismo Palma comparte el gusto por la historia y por su reconstrucción literaria. En el grupo "bohemio" el pasatismo es una actitud que se manifiesta con fuerza y en abundancia. Como todos ellos, Palma comenzó aprendiéndola e imitándola a partir de Scott, de Dumas, de Zorrilla y de tantos otros literariamente menores que estos, pero la diferencia entre Palma y sus juveniles compañeros reside en que aquéllos no sólo repitieron la actitud pasatista, sino también sus *tópicos*: mecánicamente, prefirieron a su propio pasado y a las posibilidades pintorescas del propio ámbito, los motivos del medievalismo y del orientalismo —lo que era una forma aberrante de traslado cultural. Palma también pagó tributo a esas fáciles modas como poeta romántico, según puede verse en esta *Oriental:*

Pues tienes, nazarena,
caftanes de tisú,
y chales de Cachemira
brinda a tu juventud;
pues Tiro te da púrpuras
y aromas Stambul,
y la Golconda perlas
que esconde el mar azul,
quisiera yo, sultana,
guarde Alah tu virtud!
ser para tu belleza
el terso espejo en que te miras tú

(PC, 53)

Pero muy pronto y firmemente se apartó de esa tentación libresca, quizá porque percibió su profunda irrealidad, su falsedad irrecusable de copia. Imitando el gesto, pero imitando bien, Palma entendió que él, como los maestros europeos, debía bucear en su propia tradición nacional; de este modo adaptó el nuevo espíritu literario de la época a una serie de circunstancias y personajes que los lectores reconocían como propias y definitorias, y ofreció la versión romántica de ellos —delicadamente romántica porque la idealizaba entre pullas y burlas—, como veremos luego. Descubrió así el enorme valor del filón histórico y, sobre todo, la posibilidad artística de *contar la historia de un modo original, a su manera*. Palma verá en el pasado nacional lo que ningún "bohemio" alcanzó a ver: la *poesía* de la historia misma, el raro encanto de mirar hacia atrás y encontrarse con imágenes consabidas pero de interés siempre renovado y general; es decir, que la tradición lo reconducía a la senda de la literatura popular —otro sueño del romanticismo peruano que se diluyó en promesas. El sesgo peculiar de su reconstrucción evocativa está dado por ese despojamiento de la retórica atildada de los "bohemios" y por el hallazgo de un decir de apa-

riencia colonial y espontánea. No buscaba el autor ninguna grandiosidad épica en la historia, ni la usaba como pretexto para hacer ampulosas reflexiones éticas: sencillamente, veía en ella una serie de pequeños motivos de ironía y gracejo, la faz doméstica y real de un país. Dice Ventura García Calderón:

"No le busquemos ascendencia, como tantos, en las reconstrucciones históricas de Walter Scott. Son éstas obra de un romántico empedernido, y Palma dejó de serlo pronto. La Edad Media es un próvido almacén de accesorios románticos. ¿Podemos decir lo mismo del coloniaje? Si a aquélla le convienen perfectamente los dos adjetivos famosos de Verlaine, *enorme y delicada,* sólo el segundo se aplica a nuestra colonia. Y precisamente el literato y su época favorita concordaban. Palma es un desterrado de aquella edad galante que sumaba con tan cínico abandono la santa credulidad y el libertinaje. No le pidáis grandes frescos de novela a lo Walter Scott, a lo Victor Hugo. El sólo puede y quiere limitarse a los menudos hechos desportillados, a la historia pasada por cedazo" [14].

Cierta alquimia se opera al trasvasar Palma la historia a la tradición, y esa alquimia tiene que ver con la doble presencia del espíritu satírico criollo y el sabor castizo. En el Perú, la vena satírica es tan honda, larga y reiterada que puede considerarse inagotable: es una herencia literaria que se extiende desde los albores de la conquista española hasta las formas más bien desleídas y espurias del presente. Seguir la historia de la sátira nacional ha sido un modo de hacer historia literaria, y tal vez historia a secas. Para bien o para mal, la sátira ha sido una expresión característica del temperamento literario peruano: es la única modalidad que ha pervivido, clandestina o notoria, a lo largo de todos los cambios, escuelas y movimientos que han agitado varios siglos de literatura. En realidad, la sátira ha sido como un bastión de la actitud resistente del espíritu criollo, tanto contra el mero artificio retórico sin raíces y sin conexión con el cuerpo social, como contra la fuerza innovadora de ciertas corrientes literarias. Ha sido (es) la manifestación estética favorita de la pequeña burguesía nacional porque es el vehículo morigerador que pone de relieve su "buen sentido", sus gustos tradicionales, su "razonable" equilibrio entre lo nuevo y lo viejo, entre el país y España.

En la prolongada línea de satíricos coloniales y republicanos, Palma encontrará algunas figuras fraternas y rectoras (Caviedes, Esteban de Terralla y Landa ["Simón Ayanque"], Francisco del Castillo "el ciego de La Merced", José Joaquín Larriva, Felipe Pardo y, por supuesto, Segura, en medio de un mar de rimadores y burladores anónimos) a los que, como tradicionista, va a emular y exhumar, aparte de rendirles homenaje o dedicarles estudios, como en el caso eminente de Caviedes. Bajo su despreocupada superficie, la sátira ofrecía una imagen muy convincente de lo *peruano* (en

[14] "La literatura peruana (1535-1914)", *Revue Hispanique,* XXXI, Nº 80, agosto de 1914, 371.

una época en que la búsqueda de identidad era tan importante), del temple nacional y de sus afecciones, sentimientos y posturas ante su propia realidad. Aparecía como consustancial al país y a sus hombres: era parte de su proceso histórico.

La sátira proponía una visión festiva de ambientes, situaciones y personajes, un estatuto verbal lleno de amable crítica, humor y desparpajo. Su lenguaje no podía ser sino "realista": el rumor oral de la calle, las consejas, los proverbios y refranes populares. Palma decía, exagerando, que era el pueblo, y no él, el verdadero autor de las tradiciones. Gran parte del placer que ellas brindan consiste en *oírlas*, en escuchar a través de ellas el modo de hablar de una época:

"—¡Cómo se entiende! —gritó furioso don Francisco—. ¡Un oidor de mojiganga desairar a mi alférez, que es un chico como unas perlas! Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopín, no te atortoles, que o no soy Francisco de Carbajal, o mañana te casas. Yo apadrino tu boda, y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, que *el amor es el vino que más pronto se avinagra;* pero eso no es cuenta mía, sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicaréis hasta que se gaste la pizarra" *(Los tres motivos del oidor)* *.

Palma se preciaba del regionalismo y del populismo de su vocabulario; los críticos siempre han insistido en la "peruanidad" de su obra, y muchos (como García Calderón y Luis Alberto Sánchez) han hablado del "limeñismo" de su léxico y del "perricholismo" de su visión local para explicar la gracia de su arte. Severamente, Riva-Agüero llegó a decir: "Me imagino que leídas las *Tradiciones* fuera de Lima, deben perder muchos de sus méritos; y que leídas fuera del Perú, perderán la mitad por lo menos de sus hechizos" [15]. Y sin embargo, el lenguaje "limeñísimo" y "peruanísimo" de Palma era una amalgama de voces españolas y americanas que, según Juan Valera, habían sido tomados "alternativamente de boca del vulgo, de la gente que bulle en los mercados y tabernas, y de los libros y demás escritos antiguos de los siglos XVI y XVII" [16].

Palma llegó a personificar esa voz anónima del vulgo que él quería recoger, en la quizá apócrifa figura de "mi abuela, que era de lo más limeño que tuvo Lima en los tiempos de Abascal" *(Croniquillas de mi abuela)* *, que también se desdobla "en aquella bendita anciana que para unos era *mi tía Catita* y para otros *mi abuela la tuerta* [que] acostumbraba en la noche de luna congregar cerca de sí a todos los chicos y chicas del vecindario, embelesándolos, ya con una historieta de brujas o ánimas en pena o ya con cuentos sobre antiguallas limeñas" *(¡Ahí viene el cuco!, TPC,*

[15] *Carácter de la literatura del Perú independiente* (Lima. Pontificia Universidad Católica, 1962), *Obras Completas,* I, 187.

[16] "Cartas americanas" en *Tradiciones peruanas* (Madrid: Espasa Calpe, 1930), II, 7

667) o se encarna en el ubicuo e irresponsable "don Adeodato de la Mentirola" (ver, por ejemplo, *Franciscanos y jesuitas)* * a quien le atribuye todo lo que no puede atribuirle a otro. Con gran frecuencia los sabrosos prototipos de lengua oral de Palma, eran sólo aparentes: se los había prestado del romancero tradicional, de la literatura del Siglo de Oro, de las crónicas coloniales, del viejo costumbrismo español. En el fondo era un escritor castizo, inclinado a usar una norma lingüística de procedencia clásica, arcaizante, con la pátina de un uso secular.

El criollismo de Palma era una forma de casticismo vehemente, empeñado en una armónica conjunción de los usos americanos (especialmente peruanos) y de la pauta peninsular. Los escritores cuidadosos del buen decir español, como él, podían evitar el peligro de la pobreza y la anarquía lingüística, riesgo que Palma veía venir ligado al afrancesamiento de la generación más joven, la detestada *gali-parla* que tanto atacó:

"Yo no quiero que, en cuanto al pensamiento, seamos siempre hijos de España. Nuestra manera de ser política y social a la par que la ley del progreso ha puesto una raya divisoria y muy marcada entre América y la vieja Metrópoli. Lo que no quiero, amigo [escribe a José María Gutiérrez el 20 de febrero de 1877], es la anarquía de la lengua. Pues nacimos hablando español, y en español escribimos, no deseo que cada pueblo americano tenga su dialecto especial. La confusión de Babel sería funesta, y a todo a lo que puede aspirarse es a ir lentamente enriqueciendo el español con los americanismos más generalizados. El uso, la costumbre imponen la adopción de las palabras. Precisamente, amigo mío, es Ud. uno de los que más castizan [sic] su estilo y cada escrito de Ud. es un modelo de buen decir. Quizás no hay en América pluma más respetuosa por las formas clásico-españolas y ya sería empresa ardua echarse a buscar un solo galicismo salido de su bien cortada pluma. Mi creencia literaria, en definitiva, es que de la moral en la idea o fondo del escrito podemos ser esencialmente americanos, pero no concibo la corrección de la forma riñendo con la lengua de Cervantes" *(E*, I, 29).

Su orgullo de escritor amante de "la pureza de la lengua" es tan grande que, en América, sólo se inclina ante Montalvo y si se reconoce errores, se los disculpa de inmediato recordando los del propio Cervantes; en una carta dirigida al español Vicente Barrantes, del 28 de enero de 1890, hace una autosuficiente exhibición de sus méritos literarios:

"Como una hormiga no hace verano, es posible que en las 1.000 páginas de mis *Tradiciones*, contando el tomo de *Ropa vieja*, se me hayan escapado hasta una docena de frases incorrectas. ¡Qué mucho si a Cervantes se le escaparon, sobre todo en punto a italianismos!... Mi estilo es exclusivamente mío: mezcla de americanismo y españolismo, resultando siempre castiza la frase y ajustada la sintaxis de la lengua... Precisamente, el escritor *humorista*, para serlo con algún brillo y llamar sobre sí la atención, tiene que empaparse mucho de la índole del idioma y hacer serio estudio

de la estructura de la frase, de la eufonía y ritmo de la palabra, etc, etc Señáleme usted siquiera veinte frases mías anti-castizas o siquiera antigramaticales, una docena de palabras (salvo las subrayadas de origen americano) que no sean rigurosamente españolas o usadas por los escritores considerados como autoridades en lingüística, y rompo la pluma y me dedico a coser zapatos. Mi estilo es exclusivamente mío y muy mío, y tanto que me ha colocado en la condición del jorobado que asistió con máscara a un baile de carnaval. La joroba lo denunciaba. Y no deben ser tan detestables mi forma y estilo en prosa, cuando en América he encontrado tantos y tantos escritores que siguen la escuela por mí creada. Tengo la fatuidad (llámela usted así, sin empacho) de creer que entre los prosistas españoles de hoy, ninguno puede pretender haberme servido de modelo *(E* I, 333-34)".

Como se ve, la conquista del sabor popular se conecta con el hallazgo de un estilo que, es cierto, no tiene parangón entre los tradicionistas de su tiempo. Palma es el único prosista romántico peruano que tiene una clara conciencia de estilo. Muchos, como él, quisieron resucitar el pasado o satirizar las costumbres hablando "como habla el pueblo". No lo consiguieron porque identificaron la sátira con el repentinismo o la chocarrería. Palma le otorgó, en cambio, la gracia del arte o, mejor, de la artesanía: convencido de que la esencia de la tradición era la forma, la elaboró con la minucia y el rigor maniático de un orfebre:

"Para mí [escribe en la misma carta a Barrantes], una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo una paciencia de benedictino para limar y pulir mi frase. Es la forma, más que el fondo, lo que las ha hecho tan populares" *(Ibid,* p. 334).

En una carta a Pastor Obligado, expone muy ampliamente los orígenes de su interés histórico y de su propósito de hacer literatura con los recuerdos del pasado; seguro de que "tal fruto no podía obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar a los indoctos", concluye:

"Resultado de mis lucubraciones sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos, fue la convicción íntima de que más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma, que éste es el Credo del Tío Antón. La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, y cuando el relato le sepa a poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándolo a buscar en concienzudos libros de historia lo poco o mucho que anhela conocer, como complementario de la dedada de miel que, con una narración rápida y más o menos humorística, le diéramos a saborear. El estilo severo en una tradición cuadraría como *magnificat* en maitines; es decir que no vendría a pelo. Tal fue el origen de mis Tradiciones, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché a discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que a aquéllas convenía. Bien haya, repito, la hora que me vino en mientes el platear píldoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en chupa

deritos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aún algos, de mentira, y tal o cual dosis de verdad, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y cata la receta para escribir Tradiciones... Quien consagra sus ratos a borronear Tradiciones, debe tener lo que se llama la gracia del barbero, gracia que estriba en sacar patilla de donde no hay pelo" [17]

Nótese también cómo la cuestión de la forma se vincula con el polémico asunto de las relaciones entre la tradición y la historia, es decir, de la cuota de *veracidad* que admite el género. Ya sabemos que Palma no tenía aquellos "escrúpulos" respecto de la historicidad de un asunto (como fuente histórica es un autor sospechosísimo). Si la tradición no es historia, ¿qué es entonces, qué relación guarda con ésta? Palma dictaminó que la tradición era un *género ancilar* de la historia, un sucedáneo para educar a un pueblo poco letrado, una graciosa "hermana menor" que le agrega a la otra la dimensión de la fantasía, la superstición popular, la voluntad mitificante y legendaria de las explicaciones ingenuas pero vigentes. En el prólogo a las *Tradiciones cuzqueñas* de su discípula Clorinda Matto de Turner, hace un preciso deslinde:

"La Historia que desfigura, que omite o que aprecia sólo los hechos que convienen o como convienen; la Historia que se ajusta al espíritu de escuela o de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la Tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades" [18].

En carta a Víctor Arreguine, del 1º de octubre de 1890, postula, con tono humorístico, que hay dos historias: la alegre y la seca, la bonita y la fea. Ni qué decir que la primera se llama tradición:

"La tradición es la forma más agradable que puede tomar la historia: gusta a todos los paladares, como el buen café. La tradición no se lee nunca con el ceño fruncido, sino sonriendo. La historia es una dama aristocrática y la tradición es una muchacha alegre" *(E,* I, 327).

Y a otro corresponsal, Alberto Larco Herrera, le dice:

"La tradición no es precisamente historia, sino relato popular, y ya se sabe que para mentiroso el pueblo. Las mías han caído en gracia, no porque encarnen mucha verdad, sino porque revelan el espíritu y la expresión de las multitudes" *(E,* I, 319).

Estilo, sabor popular y gracia son, en opinión del propio Palma, tan consciente de su propio trabajo creador, las virtudes indispensables del buen tradicionista. Virtudes plurales adecuadas a un género mixto, un precipitado de los más dispares elementos, de los cuales la fórmula de Bazın sólo

[17] Carta en: *Tradiciones peruanas,* Quinta serie (Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1883).

[18] "Prólogo" en: Clorinda Matto de Turner, *Tradiciones Cuzqueñas* (Cuzco: 1954), IX-X.

señala los básicos. Caso de raro equilibrio, la tradición es un ejemplo de mestizaje literario que reúne con sutileza lo vernáculo y lo clásico, lo limeño y lo hispánico, lo colonial y lo republicano, la historia y el cuento —sin confundirse necesariamente con ninguno de ellos.

ESTRATEGIA DE NARRADOR

El arte minucioso y paciente consistía, precisamente, en dar la impresión contraria: la de la espontaneidad total, la del típico contador popular de anécdotas e historias entretenidas. "Charla de viejo", llamaba él a sus relatos. ¿Cómo los elaboraba, cómo nacían las tradiciones? El punto de partida era, por lo general, un dato o episodio histórico, escrito o recogido oralmente y luego perfeccionado por la investigación personal en cualquier clase de "papeles viejos" que Palma revolvía con tanta pasión y gusto. Sus fuentes eran variadísimas: las actas del Cabildo de Lima, el pintoresco *Año Cristiano*, el archivo de la Real Audiencia de Lima, los manuscritos de las bibliotecas conventuales y de la Biblioteca Nacional, los cronistas (especialmente Calancha, Garcilaso, Fernández de Oviedo, Acosta, Gómara, Ondegardo, etc.), memorias de virreyes, poemas coloniales, relaciones militares, estadísticas o eclesiásticas, cartas de Indias, colecciones de documentos históricos o literarios (los recopilados por Manuel de Odriozola, entre otros), historias de España y del Nuevo Mundo, obras clásicas (leídas principalmente en la edición Rivadeneira), etc. Algunas tradiciones no tienen más objeto que contar el origen de una frase divertida, o hacer lexicografía amena explicando el sentido de un refrán o el nombre de una calle, o celebrar las glorias del cigarro, o exhibir conocimientos de tauromaquia.

A partir de ese primer elemento, Palma traza un breve relato de tal manera que la perspectiva de los hechos no le impida intervenir ni estar lejos de su lector —un lector que más bien cree estar escuchando y no leyendo. Palma no es un narrador discreto, ni confía en la autonomía de su cuento; le gusta intervenir, soltar comentarios implicantes al oído, hacer acotaciones, permitirse largos paréntesis explicativos para que se vea cuánto sabe de tal o cual personaje, saltar del pasado trayéndose una alusión aguda a la época presente, hilar una anécdota tras otra siguiendo los caprichos de su memoria, etc. La forma abierta, flexible y sin rigor aparente, *adereza* el cuento. La voz narrativa se hace oír desde el principio:

"Pues, señor, allá por los años de 1814 había en Lima un maestro de escuela llamado don Bonifacio, vizcaíno que si hubiese alcanzado estos tiempos habría podido servir de durmiente en una línea férrea ¡Tanto era duro de carácter!" *(Tras la tragedia, el sainete)* *.

"Esta tradición no tiene otra fuente de autoridad que el relato del pueblo. Todos la conocen en el Cuzco como la presento" *(Los duendes del Cuzco)* *.

"Confieso que, entre las muchas tradiciones que he sacado a luz, ninguna ha puesto en mayores atrenzos que la que hoy traslado al papel. La

tinta se me vuelve borra entre los puntos de la pluma, tanto es de espinoso y delicado el argumento" *(La emplazada)* *.

Si es lícito hablar de una tradición prototipo, ésta suele tener tres partes o momentos. La primera parte presenta la historia que se va a narrar u ofrece un cuadro del ambiente en el que ocurrirá la tradición. Tomemos como ejemplo *Las orejas del alcalde* *; su primera parte comienza así:

"La villa imperial de Potosí era, a mediados del siglo XVI, el punto adonde de preferencia afluían los aventureros. Así se explica que, cinco años después de descubierto el rico mineral, excediese su población de veinte mil almas.

Pueblo minero —dice el refrán—, *pueblo vicioso y pendenciero.* Y nunca tuvo refrán más exacta verdad que tratándose de Potosí en los dos primeros siglos de la conquista".

Con frecuencia ese primer tramo de la historia adelanta una buena porción de la historia misma y la desarrolla hasta un punto crucial, que cautiva la atención del lector. En la tradición elegida esta parte continúa con el relato de una incidencia (el alcalde enamorado que encarcela a un hidalgo rival y el juramento de venganza de la víctima: cortarle las orejas), quedando por ver cómo cumplirá su promesa. En ese momento, Palma juega con la expectativa que ha creado y demora su resolución, interponiendo la segunda parte de la tradición: el "consabido parrafillo histórico". (En varias tradiciones breves, ese "parrafillo" está refundido en la primera parte, como ocurre en *Un cerro que tiene historia,* donde la segunda sección del texto comienza: "Larga nos ha salido la digresión. Reanudemos el relato" *(TPC,* 42).

Muchas cosas pueden decirse de esta parte de la tradición. Primero, que es una herencia del romanticismo y su gusto por la digresión, la parrafada erudita, moral o filosófica. Segundo, que en la opinión de Palma tenía mucha importancia didáctica (recuérdese lo de educar al pueblo haciéndole conocer su historia por fragmentos), aparte de satisfacer una pretensión de historiador que él quiere mantener usando, paradójicamente, su obra literaria como vehículo. Tercero, que el "parrafillo" es un estigma, una marca de nacimiento del género: señala su origen y su lazo con la literatura historicista. Por último, que muchas veces resulta impertinente para los efectos de la narración: sirve de pretexto para informar sobre minucias muy laterales, sobre los temblores de Lima, los piratas que asolaron sus costas, los escudos heráldicos de los virreyes, etc. Ese lastre impide, en definitiva, que la tradición sea un verdadero cuento, aunque a veces esté muy cerca de serlo. De acuerdo con su intención informativa, el tono se hacía en esa parte más frío y serio:

"Hagamos una pausa, lector amigo, y entremos en el laberinto de la historia, ya que en esta serie de *Tradiciones* nos hemos impuesto la obligación de consagrar algunas líneas al virrey con cuyo gobierno se relaciona nuestro relato".

Tras este intermedio, venía la tercera parte (complementada, como en este caso, con un brevísimo epílogo) en la que el autor redondeaba la anécdota y narraba más abundantemente. Es habitual que esta parte tenga profuso diálogo, lo que contribuye a dar vivacidad a la escena y perfil memorable a los personajes: como en el teatro, la morbidez del decorado cumple un papel fundamental en la ilusión escénica, y los caracteres se retratan con sus propias palabras. Toda la astucia verbal de Palma está aquí en su apogeo: refranes y proverbios, coplillas y epigramas, sentencias picarescas y frases intencionadas, preguntas especiosas y respuestas ingeniosas, se acumulan en un *tempo* dinámico que conduce casi sin dilación al final sorpresivo o cómico y a la moraleja del asunto; en la tradición que hemos venido usando, esta parte comienza así:

"Al día siguiente, don Cristóbal de Agüero, que tal era el nombre del soldado, se presentó ante el capitán de los tercios tucumanos, don Alvaro Castrillón, diciéndole:

—Mi capitán, ruego a usía me conceda licencia para dejar el servicio. Su Majestad quiere soldados con honra, y yo la he perdido"; y termina, descontando el epílogo:

"El hidalgo de Potosí [Cristóbal de Agüero] estaba delante, y un agudo puñal relucía en sus manos.

—Señor alcalde mayor —le dijo—, hoy vence el año y vengo por mi honra.

Y con salvaje serenidad rebanó las orejas del infeliz licenciado".

La moraleja misma contiene buena parte de la ironía del relato porque puede mostrar simpatía por el culpable de la historia, o porque mella el prestigio de un personaje muy ilustre, o porque enseña que en los asuntos más elevados juegan las pequeñas pasiones humanas. Muchas moralejas se sintetizan con versos epigramáticos:

Y aquí hago punto y rubrico,
sacando de esa conseja
la siguiente moraleja:
que no hay enemigo chico.

(Un virrey hereje y un campanero bellaco) *

o en sentencias humorísticas como "Lo que es ahora, en el siglo XX, más hacedero me parece criar moscas con biberón que hacer milagros" *(El por qué Fray Martín de Porres, santo limeño, no hace ya milagros, TPC,* 365), o en fórmulas hechas del léxico religioso, jurídico o culto usadas con intención irreverente, como: "¡Pobrecito! Dios lo haya perdonado. *Amén" (Monja y cartujo, TPC,* 384).

Lo interesante es observar que todas las alteraciones de la verdad documental, los datos inventados o supuestos ("las telarañas de mi ingenio",

decía Palma), no hacen sino crear una fuerte vivencia *histórica*, que se fija fielmente en la memoria: su atracción es irresistible. Raúl Porras Barrenechea afirmaba que la imborrable "impresión histórica" que dejan es permanente, porque en conjunto parecen "más historia que la historia misma" [19]. Palma vivificó el pasado peruano, lo hizo *existir* dándole la realidad de cosa actual, plena de color y movimiento. Sin él, realmente, gran parte de ese pasado legendario se hubiese perdido, porque la historia —la hermana seria— habría pasado de largo ante él. Sólo Palma, "limeño viejo", amante de antiguallas y de anécdotas domésticas y de desdeñadas pequeñeces, supo recoger esos restos, darles dignidad literaria y convertirlos en elementos de una obra clásica. Importa ahora averiguar qué hay detrás de esa pervivencia, qué queda literariamente de ella.

FORTUNA Y LIMITES DE UNA LITERATURA

El éxito de las *Tradiciones* y el prestigio de Palma como escritor en toda América y España, no fueron realmente puestos en tela de juicio sino en 1888, cuando el autor recibió el famoso y frontal ataque de Manuel González Prada, caudillo, ideólogo y esteta de una nueva generación —había nacido en 1844, once años después que Palma— marcada profundamente por el desastre nacional de la guerra con Chile (1879-83), afrancesada en sus gustos y, sobre todo, antirromántica. Era inevitable que Palma y González Prada chocasen; en ese encuentro hay que ver, más allá de una simple querella personal, el conflicto de dos modos de ejercer literatura, de dos actitudes ante la realidad y el lenguaje que la representa.

Ya en 1886, cuando González Prada era presidente del "Círculo Literario", había usado la tribuna de "El Ateneo" para criticar las letras peruanas y condenar, sin particularizar todavía, la herencia hispánica y el leyendismo romántico; con su peculiar grafía (el autor era también un reformador de la ortografía española), el texto de González Prada establecía:

"¡Quien escribe hoi desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas. Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado" [20].

No sabemos si Palma acusó o no este primer golpe, pero sí acusó el segundo, lanzado el crucial año 1888, durante una velada patriótica celebrada el 28 de julio en el teatro "Politeama". En su nuevo discurso, González Prada atacó violentamente a la generación precedente (no como escritores, sino por haber perdido la guerra) y lanzó un grito inclemente:

[19] *El sentido tradicional de la literatura peruana* (Miraflores: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1969), 58.

[20] Manuel González Prada, *Páginas libres* (Lima: Editorial PTCM, 1946), 21. Citamos en el texto como *PL*.

"¡Los viejos a la tumba; los jóvenes a la obra!" El 30 de octubre, en el teatro "Olimpo", vuelve sobre lo mismo, pero esta vez su encarnizada crítica se centra en asuntos literarios y específicamente en la tradición de Palma. Su análisis del panorama literario peruano es implacable:

"De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina la mala *tradición,* ese monstruo enjendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela".

Ridiculiza su estilo:

"Verdad en estilo i lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoi en idiotismo i vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen i viven; injerir [sic] en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un viejo el ojo cristalizado de una momia".

Condena toda la literatura peruana "tradicional":

"El Perú no cuenta hoi con un literato que por el caudal i atrevimiento de sus ideas se levante a la altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo-purista o del romanticismo trasnochado. Hai gala de arcaísmo, lujo de refranes i hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas, mas no se mira volar al águila" *(PL,* 39 y 45).

Palma sufrirá un hondo desaliento y una considerable crisis emocional por esos "discursos muy insolentes contra los Académicos, contra España y contra los hombres que peinan canas, culpando a éstos de todos los males del Perú" (Carta a Francisco Sosa, noviembre 28, 1889, *E,* I, 224), que afectarán la última porción de su obra de tradicionista. El 15 de febrero de 1889, todavía lamenta el ataque virulento y escribe a Riva Palacio: "Nada escribo, pues ni salud ni tiempo para ello tengo. Además empiezo a hastiarme de las letras por razones largas para escritas. Me he convencido de que, en mi tierra, ya que ellas no dan pan, debían dar siquiera honra" *(E,* I, 158). A partir de entonces, todo lo que escriba o publique Palma asumirá el carácter de última voluntad literaria, de esfuerzo postrero para clausurar un ciclo creador. Sarcásticamente, Palma señala y disimula esa intención en los títulos o subtítulos de sus inmediatas series de tradiciones. En 1889 aparece *Ropa vieja* —nombre significativo— que el autor presenta como "última serie de tradiciones". No lo será (tampoco las que sigan) pese a que, poco antes, se había prometido: "Con ese libro romperé la pluma. No quiero llegar a escribir chocheces" (Carta a Francisco Sosa, marzo 25, 1889, *E,* I, 222). En 1891 publica *Ropa apolillada,* su "octava y última serie de Tradiciones", que en la edición Montaner y Simón (1896) irá precedida por unos versos titulados *Despedida,* en los que dice.

Ya cumplí como bueno, mi sitio cedo,
no con mi época en cuentas deber quedo.
Suelto, pues, la baraja, me echo a la calle...
y que otro talle.

(*TPC,* 1460)

"Esta vez va de veras" comienza la versada, que es la misma frase que incluye en una carta a Riva Palacio: "Esta vez va de veras. Me he extendido cédula de cesantía en punto a borronear papel, salvo cuando especial motivo me obligue a tomar la pluma. Mi trabajo no será, como hasta aquí, espontáneo, sino obligado. No siento ya en mí el antiguo entusiasmo, lo que prueba decadencia en el espíritu" (Carta de setiembre 2, 1891, *E,* I, 169). Nuevamente romperá su promesa: en 1899 aparecen sus *Tradiciones y artículos históricos,* entre las que recoge textos excluidos de la edición Montaner y Simón, pues "amo con amor de padre esos infortunados escritos" [21]; y en 1900 sus *Cachivaches,* colección de tradiciones y artículos literarios y bibliográficos. En 1906, la voluntad de terminar está clara en el título: *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería* que, por cierto, tampoco lo serán, ya que en 1910 ve la luz un *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas,* que definitivamente cierra el ciclo, aunque hay tradiciones sueltas escritas hasta 1914.

Evidentemente, el autor vacilaba entre prolongar el ejercicio de un género que le había dado fama y la aceptación de que el indisputado "mito Palma" —el escritor representativo de la literatura peruana— había caído hecho pedazos bajo la furia de una juventud que condenaba a los viejos: en sus últimos veinte años de actividad la depresión anímica y la ilusión de paliarla por vía literaria, pugnaron en él. La fortuna de la tradición había llegado por entonces a su punto crítico y Palma lo siente dolorosamente como una pérdida de respeto y consideración intelectual. Bajo la vindicación parricida de González Prada, su imagen pública se había invertido por completo; señala Robert Bazin:

"Ricardo Palma n'était pas le grand écrivain péruvien; le genre qu'il avait crée n'etait qu'un monstre; son style relevait du fossile; il s'était mis au service d'un cause qu'en principe il répudiait. *Son attitude passéiste avait fait de lui, finalement, dans tous les domaines, un réactionnaire"* [22].

El debate sobre el significado real —es decir, el valor estético y humano— de las *Tradiciones* comienza allí y se ha mantenido vivo prácticamente hasta hoy: Palma ha estado sometido, al vaivén de las épocas, a una continua gimnasia de ataque y defensa, ha sido objeto de la crítica más severa y la exaltación más banal. La cuestión sigue, pues, abierta y las páginas que

[21] "Prólogo" en: *Tradiciones y Artículos históricos* (Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1899).

[22] Robert Bazin: "Les trois crises de la vie de Ricardo Palma", *Bulletin Hispanique,* LVI, Nos. 1-2, 1954, 68.

siguen no tienen la menor pretensión de cerrar la polémica cuestión palmista; sencillamente, expondremos nuestra opinión, no por el mérito de ella misma, sino con la finalidad de ofrecer al lector una pauta para que su propio examen de la obra de Palma sea más válido y tenga una posibilidad renovadora: deseamos que el lector enfrente, no a la estatua de mármol plantada en medio del panteón literario hispanoamericano, sino al verdadero escritor Ricardo Palma, y tampoco a textos intocables e inmóviles, sino a páginas vivas, con las cuales puede entablar un diálogo provechoso.

Aunque las tradiciones abarcan el más amplio registro histórico que se haya dado en la literatura del Perú —desde los Incas hasta comienzos del siglo XX—, el nombre de Palma está vinculado estrechamente a su época favorita: la colonia, especialmente la del afluente, borbónico y refinado siglo XVIII. Hubo en él, como lo evidencian las aproximadamente cuatrocientas tradiciones que tratan de esa época, una devoción colonial, que luego condujo a una rápida identificación del autor con sus temas: Palma colonialista, fue otra acusación que sus detractores usaron. Hay que precisar que Palma no adora irrestrictamente la colonia: cualquiera puede comprobar que la evoca burlándose un poco de ella, ironizando con suavidad sobre sus usos y costumbres. Pero su crítica nunca es tajante, nunca nos deja la impresión de tender entre él, liberal, y la colonia un abismo de rechazo insalvable. La fustiga y la ama; la hace víctima de sus pullas, pero también el objeto de sus remilgos y añoranzas. El espíritu de Palma no es tanto colonialista, como *ambiguo* y *tolerante:* aunque encuentre en el pasado motivos de repudio, eso no lo aparta de él, como sí lo apartan de su contexto contemporáneo las miserias de la vida nacional, la inmoralidad pública, la ingratitud y la incomprensión de las gentes. Puede tener defectos, pero el pasado es su refugio, su paraíso psicológico cuando la época actual lo hiere con su prosaísmo y practicidad. Por ejemplo, condena a los jesuitas, revela los oscuros entretelones de la Inquisición y, en general, hace gala de anticlericalismo, pero la vida religiosa lo apasiona en definitiva más que la política contemporánea. Su evasión al pasado está llena de concesiones.

La relación de Palma con la colonia es ambigua porque la imagen literaria que ofrece de ella es *complaciente* y *cortesana:* corresponde a una visión ya bastante generalizada de la vida colonial, que es la visión tradicional de la burguesía emergente tras la liberación americana. Los testimonios de viajeros, la mitificación popular, el mismo desengaño republicano, habían contribuido a hacer de la colonia una realidad legendaria aún *antes* de que Palma fijase esa imagen arcádica en sus *Tradiciones*. Palma no *inventó* el mito colonial: lo aprovechó, lo fijó en un canon literario de vasto alcance. Aunque parezca sorprendente pocos años después de la emancipación, la colonia no era en la memoria colectiva una etapa de opresión y avasallamiento, sino una era de esplendor, un jardín de delicias, una corte embrujada de amoríos y lances, un cuento hecho realidad. Las *Tradiciones* se concilian con el ánimo regresivo de la pequeña burguesía peruana que

contempla con nostalgia su propio pasado dependiente y para la que "todo tiempo pasado fue mejor". Esa *presencia del pasado* es una forma de comentario social: obedece a una experiencia frustrada de la comunidad republicana, que se manifiesta en actitudes de resentimiento y escepticismo ante los proyectos de la actualidad. Palma debió sentir el enorme peso y vigencia de esa fijación del pasado colonial en la imaginación de su pueblo: decidió radicar allí su edad ideal. Evócar lisonjera y frívolamente la colonia en la Lima de entonces, donde las huellas y los hábitos de la dominación española estaban muy vivos y constituían rasgos sustanciales de su fisonomía, era, como diría Palma, dar "en la yema del gusto". Así, la tradición fue un género de popularidad abrumadora y, luego, cuando ganó prestigio en el ámbito de la lengua, se convirtió en un clásico. Haciendo una síntesis autobiográfica para Francisco Sosa, en una carta del 31 de mayo de 1889, Palma escribe:

"En literatura, he sido una especie de cajón de sastre. Cultivé todos los géneros, hasta que acerté con un filón, riquísimo para mí —el de las tradiciones—. El género cayó en gracia y me ha dado cierta popularidad" *(E,* I, 225).

A la medida de su público, Palma desempolvó con éxito la leyenda dorada, la cerrada defensa del casticismo, el orgulloso penacho hispánico. Sus cartas lo muestran muy jactancioso de eso:

"¿Ha levantado algún escritor español pedestal más alto, que el por mí alzado, a la figura histórica de muchos de los virreyes? ¿En qué página encontrará Ud. hiel al hablar yo de España y de los españoles? Aun cuando yo me ocupo de la guerra de la Independencia ¿no enaltezco a Valdés, a Rodil mismo y a tantos otros? ¿Cuándo dejo de ser benévolo?" (Carta a Vicente Barrantes cit., *ibid,* 335).

La figura intelectual de Palma no es, pues, fácil de comprender: está llena de muy vivas contradicciones, que se traslucen en la obra y que son, quizá, la razón de tantos malentendidos. El retrato que trazaron de él George W. Umphrey y Carlos García-Prada sigue siendo vigente:

"Ricardo Palma era un mestizo representativo del siglo diecinueve, vale decir, un *americano* nuevo, inestable, en vía de formación: un espíritu sin orientación clara, precisa, definida, que se hallaba atraído por valores y realidades opuestas de fuerza para él irresistible: un espíritu en busca de su propio equilibrio. Esto lo vemos en su carácter, en su vida, en sus escritos. Quería una síntesis que no comprendía bien, y que en él actuaba de continuo. Era americano y procedía del pueblo, pero se doblegaba ante el prestigio de la aristocracia española, peninsular o americana. Se intitulaba 'liberal' y hacía campañas anticlericales, pero lisonjeaba a las clases conservadoras, y simpatizaba aún con los carlistas de España; se condolía de los pobres y de los humildes, pero pelechaba con los poderosos y se enorgullecía de los honores que le conferían a cambio de sus zalemas literarias; amaba el orden, la limpieza y el primor, pero se 'perecía' por lo abigarrado y

por lo sucio si le parecían pintorescos y divertidos; cultivaba el idioma con esmeros de académico, pero lo 'matizaba' de vulgarismos, si ello le daba sabor a sus travesuras y picardías" [23].

Hemos insistido en la conciencia artística de Palma, hemos destacado que, entre todos los satíricos y costumbristas de antes y después, es el más preocupado por la cuestión formal; hay que agregar ahora que el arte de Palma es, sin duda, un *arte menor*. Aunque la variedad de asuntos y enfoques es, como queda señalado, muy grande, Palma se repite y autoimita constantemente. El suyo es un arte de mistificación, incluyendo la mistificación de la fórmula afortunada de la tradición. Las virtudes máximas de Palma son la amenidad, la nota pintoresca, el toque gracioso; se trata de virtudes que, por cierto, no son indicio de una gran literatura. Sus cuadros evocativos, aunque realmente muy divertidos, son, a la larga, monocordes y superficiales: las situaciones son básicamente las mismas, con frecuencia sólo las palabras (los dicharachos, las copiosas paremias, las curiosidades dialectales) cambian. Las historietas de agravio y venganza, las que se resuelven mediante la presencia del diablo, las leyendas conventuales con intervención de un milagro o superchería, los idilios prohibidos que mal acaban o arruinan una honra, la fábula del pecador arrepentido o del burlador burlado son tópicos que, aparte de provenir de la comedia clásica y la picaresca española, se reiteran sistemáticamente en el repertorio del autor. Palma trabaja con unos cuantos prototipos y los prodiga sin descanso, disimulándolos entre variantes meramente léxicas. Tiene, además, la tendencia a confundir la elocuencia con la charla trivial y a desviarse de su asunto central, que por sí mismo puede ser interesante, para allegar anécdotas que no siempre vienen al caso: hay mucha garrulería, mucha dispersión y tentación miscelánica, bajo el presupuesto indulgente de que el género, como él es un "cajón de sastre". Palma no crea en profundidad: procede por acumulación, diseminando los ingredientes de humor y picardía verbales sin alterar el fondo del relato. Tenía un desarrollado instinto para las frases pintorescas y expresivas, de seguro efecto. Su pasión lexicográfica lo llevó a recogerlas en libretas o cuadernillos de apuntes; consultarlas es como visitar un depósito de recursos en disponibilidad: tomando de aquí y de allá, podía "retocar" cualquier anécdota y hacerla realmente más sabrosa, y eso es lo que, en realidad hizo, como lo revelan las sucesivas redacciones y refundiciones de sus textos.

Pero esas gracias y primores verbales no ocultan, a una mirada atenta, la colección de lugares comunes y fáciles generalizaciones, connaturales (hay que decirlo) al género, en los que se apoyan. La imagen de la mujer en las tradiciones es, para poner sólo un ejemplo, muy reveladora de su visión de la sociedad colonial o republicana del Perú. Para Palma, el destino de una mujer es casi siempre una consecuencia de su belleza (así como el del hombre lo es de su apariencia varonil y su arrogancia). La belleza física

[23] "Introducción" en *Flor de tradiciones* (México: Editorial Cultura 1943), xxvi

suele ser lo único que la mujer realmente puede llamar suyo, lo que la hace valiosa y codiciable por el hombre, más todavía si la mujer la usa con esa malicia y atrevimiento que se llama en el Perú *lisura* y que tanto exaltó Palma. Si la heroína es bella, todo parece perdonársele: sus excesos son presentados como algo gracioso, "femenino", inclusive si ellos la destruyen, lo que invierte curiosamente el sentido de la atracción física que ejerce: la subyugadora termina siendo subyugada. (Correlativamente, la ausencia de atributos físicos es reemplazada por virtudes como el ingenio, la soberbia o el coraje que son descritos desde una perspectiva de irónica superioridad y que, con frecuencia, terminan proponiendo una imagen más bien varonil de la mujer: la *marimacho,* como puede verse en *Una moza de rompe y raja* * o *¡Beba, padre, que le da la vida!* *). Hay algo romántico en aquello: la idea de que en la belleza se esconde algo fascinante, fatídico o terrible. Humorísticamente, Palma lo reconoce: "Dios concedió a la mujer cuatro armas a cual más tremenda: la lengua, las uñas, las lágrimas y la pataleta" *(Historia de una excomunión* *). Por mujeres hermosas, los hombres matan, roban, desafían la ley, los códigos morales: ellas encarnan una fuerza irresistible que Palma se esmera en presentar con todo detalle. El erotismo simplista de este esquema exige que la mujer sea vista como un "pimpollo", como una presa justo a la medida de la urgencia física del hombre y, sin embargo, inalcanzable para él: ella ocupa un altar. Véanse estos retratos, tan semejantes entre sí que son verdaderamente uno solo:

"Doña Claudia Orriamún, era por los años de 1640, el más lindo pimpollo de esta ciudad de los reyes. Veinticuatro primaveras, sal de las salinas de Lima y un palmito angelical ha sido siempre más de lo preciso para volver la boca agua a los golosos. Era una limeña de aquellas que cuando miran parece que premian, y cuando sonríen parece que besan" *(Una vida por una honra, TPC,* 367).

"Doña Violante de Ribera, dicho sea en puridad, era una linda limeña de ojos más negros que una mala intención, tez aterciopelada, riza y poblada cabellera, talle de sílfide, mano infantil y el pie más mono que han calzado zapaticos de raso. Contaba entonces veinticuatro abriles muy floridos; y a tal edad, muchacha de buen palmito y sin noviazgo o quebradero de cabeza, es punto menos que imposible" *(La monja de la llave* *).

"Imagínense ustedes una limeñita de talle ministerial, por lo flexible; de ojos de médico, por lo matadores, y de boca de periodista, por el aplomo y gracia en el mentir. En cuanto a carácter, tenía más veleidades, caprichos y engreimientos que alcalde de municipio, y sus cuentas conyugales andaban siempre más enredadas que hogaño las finanzas de la República. Lectora mía: Consuelito era una perla, no agraviando lo presente" *(El encapuchado* *).

". . . hizo salir de un convento de monjas de Lima a una esclavita, de quince a diez y seis abriles, fresca como un sorbete, traviesa como un duen-

de, alegre como una misa de aguinaldo y con un par de ojos negros, tan negros, que parecían hechos de tinieblas" (*La emplazada* *).

"Veinte abriles muy galanes; cutis de ese gracioso moreno aterciopelado que tanta fama dio a las limeñas...; ojos más negros que noche de trapisonda y velados por rizosas pestañas; boca incitante, como un azucarillo amerengado; cuerpo airoso, si los hubo, y un pie que daba pie para despertar en el prójimo tentación de besarlo; tal era, en el año de gracia de 1776, Benedicta Salazar" (*La gatita de Mari-Ramos, que halaga con la cola y araña con las manos, TPC*, 725).

Esa imagen adorable de mujer-muñeca (y, sin embargo, diosa vengativa capaz de provocar catástrofes) no sólo documenta cierta insistente puerilidad y una curiosa devoción por los pies femeninos, sino una vocación soterrada en Palma a lo largo de sus años de tradicionista: la de contar cuentos libidinosos, más procaces y picantes que eróticos, como puede comprobarse en sus calenturientas *Tradiciones en salsa verde*, que Palma hizo circular en ediciones clandestinas o privadas, "para hombres", y que sólo muy recientemente (1973) han podido ser leídas por el público en general. Palma quiso ser el viejo cronista galante de la Lima de antaño y no desaprovechó la ocasión de evocar historias licenciosas que abren sugestivas sospechas sobre la vida sexual de monjas, obispos o beatas, o de hacer cumplidos a las limeñas famosas por sus amoríos; Ventura García Calderón percibió esa vena y recogió algunas tradiciones pertinentes en el tomito titulado *La limeña* [24]. Los pasajes citados también son otra prueba de la voluntad mistificadora de Palma: esos retratos de mujeres eran los que el chismorreo y la pretensión de una sociedad patriarcal había inventado sobre ellas, igual que sobre la vida religiosa, la corte virreinal, la agitación política republicana, la misma vida criolla cotidiana. Las *Tradiciones peruanas* de Palma brindan una extensa galería de caracteres e incidencias de comedia, de género chico, en los que el lector hallará casi siempre esparcimiento, pero casi nunca verdadera trascendencia, pues la visión de Palma es ajena a los niveles problemáticos de la realidad; como afirma Luis Loayza: "Las *Tradiciones* no son una obra reaccionaria —lo reaccionario suele entrañar cierta rigidez, una resistencia malhumorada ante el cambio— pero sí una obra conformista" [25].

En el fondo, quizá, Palma era fiel a la naturaleza misma de su labor literaria: escribir tradiciones era una forma de *conservar*, literalmente, el pasado; de hacerlo resistente a los embates de la historia inmediata y a las corrientes de la actualidad; de darle un aire de cosa valiosa acuñada por el tiempo sin tiempo de la memoria humana. Que su obra sea la más notable

[24] *La limeña* (París: Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, s. f. /1922/) En carta a Francisco Sosa (mayo 31, 1889) escribe: "Como hombre privado no he sido más que adorador de Venus" (*E*, I, 225).

[25] "Palma y el pasado" en: Luis Loayza, *El sol de Lima* (Lima: Mosca Azul Editores, 1974), 115.

de su género en la época, abre también una inquietante necesidad de examen de toda nuestra literatura historicista del siglo XIX.

Hemos seleccionado un centenar de tradiciones (el total supera el medio millar), entresacándolas de las distintas series y colecciones, y teniendo en cuenta no sólo sus méritos intrínsecos, sino su capacidad de mostrar la evolución del género, los distintos estilos y asuntos que intenta, inclusive los diversos casos limítrofes en los que la tradición casi no se distingue del artículo crítico o histórico o de la mera curiosidad costumbrista. Hemos desechado varias tradiciones que, aunque célebres y citadísimas, son narrativamente muy erráticas o digresivas, aunque hemos dejado algunas como muestra. No son éstas, quizá, "las cien mejores tradiciones"; aspiran a ser "las más ilustrativas". En general, dimos la preferencia a tradiciones en las que la concisión, el interés básico de la anécdota o el retrato del personaje den un valor especial al texto. Por cierto, también hemos tratado de que representen distintas épocas históricas del Perú o América. En fin, aunque sin descuidar otros aspectos no literarios presentes en la obra de Palma, hemos intentado ofrecer lo que consideramos de más interés y vigencia para el lector de hoy. Permitirle confirmar cómo y por qué esa obra está viva es, por lo tanto, parte de la finalidad de esta antología.

Bloomington, Estados Unidos, marzo 1976.

José Miguel Oviedo

CRITERIO DE ESTA EDICION *

LAS TRADICIONES PERUANAS han sido, por cierto, antologadas muchísimas veces desde comienzos del presente siglo; son justamente conocidas, entre otras, las dos amplias hechas por Ventura García Calderón (*Las mejores tradiciones peruanas* [1] y *Tradiciones escogidas* [2]), las *Tradiciones peruanas* seleccionadas, prologadas y anotadas por Luis Alberto Sánchez [3] y la *Flor de tradiciones* de Umphrey y García-Prada, ya citada [4]. La presente no se basa en ninguna de ellas (aunque naturalmente muchos textos son comunes a todas), sino en un reexamen del corpus general de las tradiciones recogidas en el volumen *Tradiciones peruanas completas* [5] por Edith Palma, hija del autor. Esta edición, que es la más difundida y accesible hoy, resulta muy útil porque aparte de los textos mismos de las tradiciones, incluye los *Anales de la Inquisición de Lima, La bohemia de mi tiempo* y *Recuerdo de España,* artículos varios y los humorísticos "prólogos" que acompañaban algunas series, y está complementada por numerosos apéndices que cubren muy variados aspectos relativos a las tradiciones: índices cronológico, geográfico, onomástico y alfabético, por series y por títulos; lexicografía, paremiología, relación de los versos epigramáticos y festivos incorporados a los textos; fuentes de Palma, bibliografía activa y pasiva, etc.

Sin embargo, las tradiciones mismas han sido ordenadas según un criterio tan caprichoso que la consulta de la edición se hace muy engorrosa. Edith Palma ha dispuesto el material según la *cronología* o *época* a la que corresponde *temáticamente* cada tradición, a las que coloca una fecha que Palma no puso. Así, el libro comienza por las tradiciones incaicas y termina por las republicanas, mezclando textos primerizos y maduros, lo que crea desconcierto en el lector. Por otro lado, como hay algunas tradiciones que no pueden absolutamente ser fechadas según ese singular criterio (los "cuentos de la tía Catita", las tradiciones dedicadas a explicar refranes, las historias de aparecidos, etc.), la antóloga las ha agrupado en una sección que designa "Otras tradiciones" y que coloca tras las republicanas, lo que es ya una buena muestra de la arbitrariedad del sistema empleado. Al parecer, la recopiladora ha querido seguir la pauta de las antologías de García Calderón, Umphrey-García-Prada y otros, que ordenan las

* La cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Tecnico de la Biblioteca Ayacucho.

1 *Las mejores tradiciones peruanas,* Colección de Escritores Americanos, I (Barcelona, Casa Maucci, 1917).

2 Ver prólogo, nota 5.

3 *Tradiciones peruanas escogidas,* Biblioteca Amauta (Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1941).

4 Ver prólogo, nota 22.

5 Ver prólogo, nota 2.

tradiciones con el mismo criterio; aplicado a una edición de tradiciones completas, el resultado es contraproducente. Por otro lado, Edith Palma ha agregado a los textos notas por su cuenta, sin distinguirlas de las notas originales de Palma.

El autor nunca ordenó sus tradiciones de acuerdo con la cronología de sus temas, pese a lo mucho que le importaba el efecto de evocación histórica en el lector Teniendo en cuenta la época, los personajes o motivos tratados, Palma sólo formó una breve colección *El Demonio de los Andes,* serie de tradiciones dedicadas al conquistador Francisco de Carbajal [6]. Tampoco ordenó sus textos de acuerdo con la fecha original de publicación en revistas o periódicos, ni por su fecha de redacción, posiblemente porque los sometió continuamente a cambios sustantivos. En cambio, lo que sí hizo Palma fue publicar sus tradiciones en ocho *series,* a partir de 1872, complementadas hasta 1910 por colecciones preparadas por el autor para editores de Lima y Barcelona.

Por lo tanto, hemos decidido usar para esta edición el único orden absolutamente seguro que existe para las tradiciones: el de las series, aunque es cierto que el autor hizo entre ellas algunos trasiegos, aparte de cambios de título y otras variantes menores. En cierto sentido, esas mismas diferencias muestran que Palma pensaba siempre en presentar sus tradiciones por series y que continuamente repasaba y afinaba ese criterio. Además, la cronología de las tradiciones —es decir, la de su publicación o redacción— no está aún definitivamente establecida, aunque Merlin D Compton ha hecho recientemente un muy notable esfuerzo para ofrecer una lista cronológica tentativa [7]. Los datos relativos a las primeras series no son todavía muy precisos; en algunos casos puede resultar que una misma tradición tenga dos textos totalmente distintos (como hemos visto con *Mauro Cordato y El mejor amigo..., un perro)* y, consecuentemente, una doble cronología; en otros la fecha puesta por el propio Palma puede ser anterior a correcciones sustanciales introducidas luego en el texto.

Palma publicó las primeras cuatro series de *Tradiciones peruanas* entre 1872 y 1877. Posteriormente, el editor peruano Carlos Prince reordenó y recopiló hasta seis series en 1883; la séptima (*Ropa vieja*) apareció en 1889 y la octava (*Ropa apolillada*) en 1891, bajo el mismo sello. Entre 1893 y 1896, la casa Montaner y Simón de Barcelona emprendió la edición de todas las series en cuatro tomos, con variantes respecto de la ordenación hecha por Prince. Este conjunto se completa con los dos volúmenes editados, en 1906 y 1910 respectivamente, por la casa Maucci (Barcelona y Buenos Aires): *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería* y *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas.* Entre 1923 y 1925, después de la muerte de Palma (1919), apareció una edición en seis volúmenes, preparada por Espasa-Calpe de Madrid, bajo los auspicios del gobierno peruano y con la supervisión de sus hijas, sobre la base de la edición Montaner y Simón (al parecer, se usó un ejemplar corregido a mano por el propio Palma) [8]. Una segunda edición con el mismo sello, que vio la luz entre 1930 y 1939, presenta algunos cambios de paginación respecto de la anterior. Finalmente, se publicó en 1951 la primera edición peruana completa de las *Tradiciones peruanas* [9] y en 1952 la tantas veces citada *Tradiciones peruanas completas,* en Madrid. El orden que hemos seguido para esta antología es el de la edición original Espasa-Calpe, pero transcribimos los textos tal como aparecen en la edición de Edith Palma, limpiándolos de erratas advertidas y de notas no autorizadas. Esta forma de presentación, complementada con una tabla cronológica de publicación de las tradiciones recogidas que puede consultar el lector acucioso, nos parece la más adecuada para la presente antología. Si eso produce una cierta impresión de miscelánea de temas, épocas y estilos, es lo que básicamente se ciñe a la voluntad de Palma.

De acuerdo con el criterio general establecido para esta biblioteca, las notas de la presente edición no intentan ser eruditas ni absolver todas las numerosas y complejas

[6] *El Demonio de los Andes* (New York: Imprenta de "Las Novedades", 1883).

[7] Merlin D. Compton, "*Las tradiciones peruanas* de Ricardo Palma: bibliografía y lista cronológica tentativa", Duquesne Hispanic Review, VIII, Nº 3, primavera 1969, 1-24.

[8] Ver prólogo, nota 6.

[9] *Tradiciones peruanas,* 6 vols. (Lima: Editorial Cultura Antártica, 1951).

cuestiones que plantea la presencia de arcaísmos, americanismos y peruanismos en los textos de Palma están dirigidas a ayudar al lector culto general, no al especialista. Por eso, en su mayoría, sólo aclaran usos no documentados, dudosos o raros del autor; ciertas referencias a personajes históricos o literarios, circunstancias políticas y fuentes importantes; algunas correspondencias de temas, motivos y alusiones entre texto y texto; y ciertas actitudes de interés para reconstruir el ideario intelectual del escritor

Las notas del mismo Palma van señaladas con un asterisco; las notas de la edición van numeradas. En el cuerpo de éstas hemos usado las siguientes abreviaturas correspondientes a algunas obras de consulta general empleadas:

BDE — Corominas, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.* Madrid, Editorial Gredos, 1961.

DRAE — Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española,* 19a. ed. Madrid, 1970.

E — Palma, Ricardo. *Epistolario.* Lima: Editorial Cultura Antártica, 1949, 2 vols.

Malaret — Malaret, Augusto. *Diccionario de americanismos,* 3a. ed. Buenos Aires: Emecé Editores, 1946.

NyA — Palma, Ricardo. *Neologismos y americanismos,* en: *Tradiciones peruanas completas,* 5a. ed. Madrid: Aguilar, 1964.

Sbarbi — Sbarbi, José María. *Gran diccionario de refranes de la lengua española.* Buenos Aires: Joaquín Gil Editor, 1943.

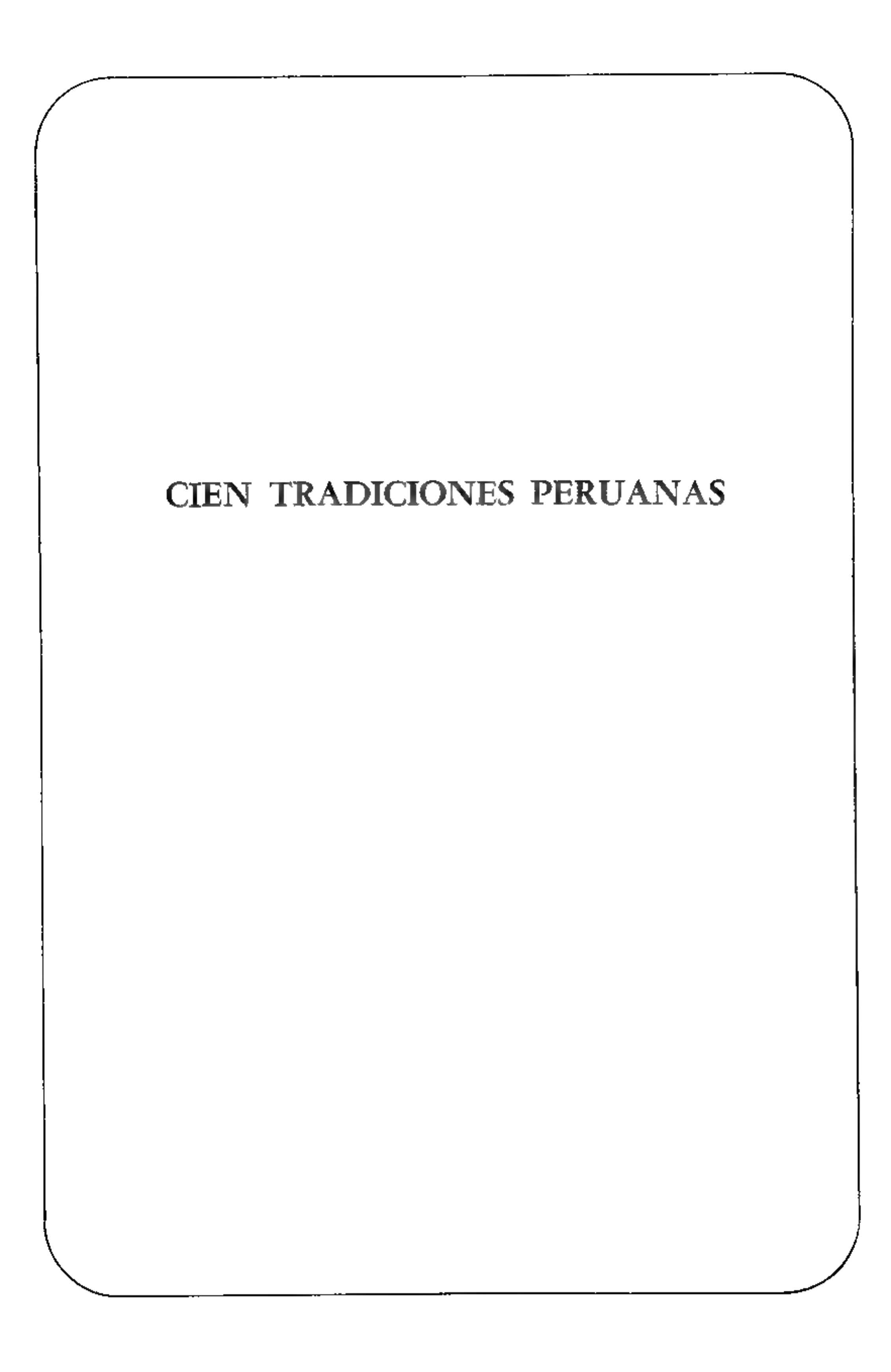
TPC — Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas completas,* ed. cit.

21,000 — Rodríguez Marín, Francisco. *Más de 21,000 refranes castellanos...* Madrid: Tip. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1926.

José Miguel Oviedo







CIEN TRADICIONES PERUANAS

PRIMERA SERIE

DON DIMAS DE LA TIJERETA

(Cuento de viejas, que trata de cómo un escribano le ganó un pleito al diablo)

I

Erase que se era, *y el mal que se vaya y el bien se nos venga,* que allá por los primeros años del pasado siglo existía, en pleno portal de Escribanos de las tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú, un cartulario de antiparras cabalgadas sobre nariz ciceroniana, pluma de ganso u otra ave de rapiña, tintero de cuerno, gregüescos de paño azul y media pierna, jubón de tiritaña y capa española de color parecido a Dios en lo incomprensible, y que le había llegado por legítima herencia, pasando de padres a hijos durante tres generaciones.

Conocíale el pueblo por tocayo del buen ladrón a quien don Jesucristo dio pasaporte para entrar en la gloria, pues nombrábase don Dimas de la Tijereta, escribano de número de la Real Audiencia, y hombre que, a fuerza de *dar fe,* se había quedado sin pizca de fe, porque en el oficio gastó en breve la poca que trajo al mundo.

Decíase de él que tenía *más trastienda que un bodegón,* más camándulas que el rosario de Jerusalén, que cargaba al cuello, y más doblas de a ocho, fruto de sus triquiñuelas, embustes y trocatintas, que las que cabían en el último galeón que zarpó para Cádiz y de que daba cuenta la *Gaceta.* Acaso fue por el por quien dijo un caquiversista lo de

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron,
como los dos tenian uñas
por la pared se subieron.

Fama es que a tal punto habíanse apoderado del escribano los tres enemigos del alma, que la suya estaba tal de zurcidos y remiendos que no le reconociera su Divina Majestad, con ser quien es y con haberla creado. Y tengo para mis adentros que si le hubiera venido en antojo al Ser Supre-

mo llamarla a su juicio, habría exclamado con sorpresa: —Dimas, ¿qué has hecho del alma que te di?

Ello es que el escribano, en punto a picardías, era la flor y nata de la gente del oficio, y que si no tenía el malo por donde desecharlo, tampoco el ángel de la guarda hallaría asidero a su espíritu para transportarlo al cielo cuando le llegara el lance de las postrimerías.

Cuentan de su merced que, siendo mayordomo del gremio, en una fiesta costeada por los escribanos, a la mitad del sermón acertó a caer un gato desde la cornisa del templo, lo que perturbó al predicador y arremolinó al auditorio. Pero don Dimas restableció al punto la tranquilidad, gritando: —No hay motivo para barullo, caballeros. Adviertan que el que ha caído es un cofrade de esta ilustre congregación, que ciertamente ha delinquido en venir un poco tarde a la fiesta. Siga ahora su reverencia con el sermón.

Todos los gremios tienen por patrono a un santo que ejerció sobre la tierra el mismo oficio o profesión; pero ni en el martirologio romano existe santo que hubiera sido escribano, pues si lo fue o no lo fue San Aproniano, está todavía en veremos y proveeremos. Los pobrecitos no tienen en el cielo camarada que por ellos intercedan.

Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, o déme longevidad de elefante con salud de enfermo, si en el retrato, así físico como moral, de Tijereta he tenido voluntad de jabonar la paciencia a miembro viviente de la respetable cofradía del *ante mí* y el *certifico.* Y hago esta salvedad digna de un lego confitado, no tanto en descargo de mis culpas, que no son pocas, y de mi conciencia de narrador, que no es grano de anís, cuanto porque ésa es gente de mucha enjundia, con la que ni me tiro ni me pago, ni le debo ni le cobro. Y basta de dibujos y requilorios, y andar andillo, y siga la zambra, que si Dios es servido, y el tiempo y las aguas me favorecen, y esta conseja cae en gracia, cuantos he de enjaretar a porrillo y sin más intervención de cartulario. *Ande la rueda y coz con ella.*

II

No sé quién sostuvo que las mujeres eran la perdición del género humano, en lo cual, mía la cuenta si no dijo una bellaquería gorda como el puño. Siglos y siglos hace que a la pobre Eva le estamos echando en cara la curiosidad de haberle pegado un mordisco a la consabida manzana, como si no hubiera estado en manos de Adán, que era a la postre un pobrete educado muy a la pata la llana, devolver el recurso *por improcedente,* y eso que, en Dios y en mi ánima, declaro que la golosina era tentadora para quien siente rebullirse un alma en su almario. ¡Bonita disculpa la de su merced el padre Adán! En nuestros días la disculpa no lo salvaba de ir a presidio, magüer barrunto que para prisión basta y sobra con la vida

asaz trabajosa y aporreada que algunos arrastramos en este valle de lágrimas y pellejerías. Aceptemos también los hombres nuestra parte de responsabilidad en una tentación que tan buenos ratos proporciona, y no hagamos cargar con todo el mochuelo al bello sexo.

¡Arriba, piernas,
arriba, zancas!
En este mundo
todas son trampas.

No faltará quien piense que esta digresión no viene a cuento. Pero ¡vaya si viene! Como que me sirve nada menos que para informar al lector que Tijereta dio a la vejez, época en que hombres y mujeres huelen, no a *patchouli,* sino a cera de bien morir, en la peor tontuna en que puede dar un viejo. Se enamoró hasta la coronilla de Visitación, gentil muchacha de veinte primaveras, con un palmito y un donaire y un aquel capaces de tentar al mismísimo general de los padres belethmitas, una cintura pulida y remonona de esa de mírame y no me toques, labios colorados como guindas, dientes como almendrucos, ojos como dos luceros y más matadores que espada y basto en el juego de tresillo o rocambor. ¡Cuando yo digo que la moza era un pimpollo a carta cabal!

No embargante que el escribano era un abejorro recatado de bolsillo y tan pegado al oro de su arca como un ministro a la poltrona, y que en punto a dar no daba ni las buenas noches, se propuso domeñar a la chica a fuerza de agasajos; y ora la enviaba unas arracadas de diamantes con perlas como garbanzos, ora trajes de rico terciopelo de Flandes, que por aquel entonces costaban un ojo de la cara. Pero mientras más derrochaba Tijereta, más distante veía la hora en que la moza hiciese con él una obra de caridad, y esta resistencia traíalo al retortero.

Visitación vivía en amor y compaña con una tía, vieja como el pecado de gula, a quien años más tarde encorozó la Santa Inquisición por rufiana y encubridora, haciéndola pasear las calles en bestia de albarda, con chilladores delante y zurradores detrás. La maldita zurcidora de voluntades no creía, como Sancho, que era *mejor sobrina mal casada que bien abarraganada;* y endoctrinando pícaramente con sus tercerías a la muchacha, resultó un día que el pernil dejó de estarse en el garabato por culpa y travesura de un pícaro gato. Desde entonces, si la tía fue el anzuelo, la sobrina, mujer completa ya, según las ordenanzas de birlibirloque, se convirtió en cebo para pescar maravedises a más de dos y más de tres acaudalados hidalgos de esta tierra.

El escribano llegaba todas las noches a casa de Visitación, y después de *notificarla* un saludo, pasaba a exponerla el *alegato* de lo bien probado de su amor. Ella le oía cortándose las uñas, recordando a algún boquirrubio que la echó flores y piropos al salir de la misa de la parroquia, di-

ciendo para su sayo: —Babazorro, arrópate, que sudas, y límpiate, que estás de huevo, o canturreando:

No pierdas en mí balas,
carabinero,
porque yo soy paloma
de mucho vuelo.
Si quieres que te quiera
me ha de dar antes
aretes y sortijas,
blondas y guantes.

Y así atendía a los requiebros y carantoñas de Tijereta, como la piedra berroqueña a los chirridos del cristal que en ella se rompe. Y así pasaron meses hasta seis, aceptando Visitación los alboroques, pero sin darse a partido ni revelar intención de cubrir la libranza, porque la muy taimada conocía a fondo la influencia de sus hechizos sobre el corazón del cartulario.

Pero ya la encontraremos caminito de Santiago, donde *tanto resbala la coja como la sana.*

III

Una noche en que Tijereta quiso levantar el gallo a Visitación, o lo que es lo mismo, meterse a bravo, ordenóle ella que *pusiese pies en pared* [1], porque estaba cansada de tener ante los ojos la estampa de la herejía, que a ella y no a otra se asemejaba don Dimas. Mal pergeñado salió éste, y lo negro de su desventura no era para menos, de casa de la muchacha; y andando, andando, y perdido en sus cavilaciones, se encontró, a obra de las doce, al pie del cerrito de las Ramas. Un vientecillo retozón, de esos que andan preñados de romadizos, refrescó un poco su cabeza, y exclamó:

—Para mi santiguada que es trajín el que llevo con esa fregona que la da de honesta y marisabidilla, cuando yo me sé de ella milagros de más calibre que los que reza el *Flos-Sanctorum.* ¡Venga un diablo cualquiera y llévese mi almilla en cambio del amor de esa caprichosa criatura!

Satanás, que desde los antros más profundos del infierno había escuchado las palabras del plumario, tocó la campanilla, y al reclamo se presentó el diablo Lilit. Por si mis lectores no conocen a este personaje, han de saberse que los demonógrafos, que andan a vueltas y tornas con las

[1] *pusiese pies en pared:* Según el *DRAE*, *poner uno los pies en pared* significa "mantenerse con tenacidad en su opinión o dictamen; insistir con empeño y tesón". Es evidente que Palma lo usa precisamente en sentido contrario como *abstenerse, dejar de insistir*

Clavículas de Salomón, libro que leen al resplandor de un carbunclo, afirman que Lilit, diablo de bonita estampa, muy zalamero y decidor, es el correveidile de Su Majestad Infernal.

—Ve, Lilit, al cerro de las Ramas y extiende un contrato con un hombre que allí encontrarás, y que abriga tanto desprecio por su alma, que la llama almilla. Concédele cuanto te pida, y no te andes con regateos, que ya sabes que no soy tacaño tratándose de una presa.

Yo, pobre y mal traído narrador de cuentos, no he podido alcanzar pormenores acerca de la entrevista entre Lilit y don Dimas, porque no hubo taquígrafo a mano que se encargase de copiarla sin perder punto ni coma. ¡Y es lástima, por mi fe! Pero baste saber que Lilit, al regresar al infierno, le entregó a Satanás un pergamino que, fórmula más o menos, decía lo siguiente:

«Conste que yo, don Dimas de la Tijereta, cedo mi almilla al rey de los abismos en cambio del amor y posesión de una mujer. Item, me obligo a satisfacer la deuda de la fecha en tres años.» Y aquí seguían las firmas de las altas partes contratantes y el sello del demonio.

Al entrar el escribano en su tugurio, salió a abrirle la puerta nada menos que Visitación, la desdeñosa y remilgada Visitación, que, ebria de amor, se arrojó en los brazos de Tijereta. *Cual es la campana, tal la badajada.*

Lilit había encendido en el corazón de la pobre muchacha el fuego de Lais, y en sus sentidos la desvergonzada lubricidad de Mesalina. Doblemos esta hoja, que de suyo es peligroso extenderse en pormenores que pueden tentar al prójimo labrando su condenación eterna, sin que le valgan la bula de Meco ni las de composición.

IV

Como no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, pasaron, día por día, tres años como tres berenjenas, y llegó el día en que Tijereta tuviese que *hacer honor* a su firma. Arrastrado por una fuerza superior y sin darse cuenta de ello, se encontró en un verbo transportado al cerro de las Ramas, que hasta en eso fué el diablo puntilloso y quiso ser pagado en el mismo sitio y hora en que se extendió el contrato.

Al encararse con Lilit, el escribano empezó a desnudarse con mucha flema; pero el diablo le dijo:

—No se tome vuesa merced ese trabajo, que maldito el peso que aumentará a la carga la tela del traje. Yo tengo fuerzas para llevarme a usarced vestido y calzado.

—Pues sin desnudarme no caigo en el cómo sea posible pagar mi deuda.

—Haga usarced lo que le plazca, ya que todavía le queda un minuto de libertad.

El escribano siguió en la operación hasta sacarse la almilla o jubón interior, y pasándola a Lilit, le dijo:

—Deuda pagada y venga mi documento.

Lilit se echó a reír con todas las ganas de que es capaz un diablo alegre y truhán.

—¿Y qué quiere usarced que haga con esta prenda?

—¡Toma! Esa prenda se llama *almilla,* y eso es lo que yo he vendido y a lo que estoy obligado. *Carta canta*[2]. Repase usarced, señor diabolín, el contrato, y si tiene conciencia, se dará por bien pagado. ¡Como que esa almilla me costó una onza, como un ojo de buey, en la tienda de Pacheco!

—Yo no entiendo de tracamundanas, señor don Dimas. Véngase conmigo y guarde sus palabras en el pecho para cuando esté delante de mi amo.

Y en esto expiró el minuto, y Lilit se echó al hombro a Tijereta, colándose con él de rondón en el infierno. Por el camino gritaba a voz en cuello el escribano que había *festinación* en el procedimiento de Lilit, que todo lo *fecho* y *actuado* era nulo y contra ley, y amenazaba al diablo alguacil con que si encontraba gente de justicia en el otro barrio le entablaría pleito, y por lo menos lo haría condenar en *costas*. Lilit ponía orejas de mercader a las voces de don Dimas, y trataba ya, por vía de amonestación, de zambullirlo en un caldero de plomo hirviendo, cuando alborotado el Cocito y apercibido Satanás del laberinto y causas que lo motivaban, convino en que se pusiese la cosa en tela de juicio. ¡Para ceñirse a la ley y huir de lo que huele a arbitrariedad y despotismo, el demonio!

Afortunadamente para Tijereta, no se había introducido por entonces en el infierno el uso de papel sellado, que acá sobre la tierra hace interminable un proceso, y en breve rato vio fallada su causa en primera y segunda instancia. Sin citar las *Pandectas* ni el *Fuero juzgo,* y con sólo la autoridad del *Diccionario de la Lengua,* probó el tunante su buen derecho; y los jueces, que en vida fueron probablemente literatos y académicos, ordenaron que sin pérdida de tiempo se le diese soltura, y que Lilit lo guiase por los vericuetos infernales hasta dejarlo sano y salvo en la puerta de su casa. Cumplióse la sentencia al pie de la letra, en lo que dió Satanás una prueba de que las leyes en el infierno no son, como en el mundo, conculcadas por el que manda y buenas sólo para escritas. Pero destruido el diabólico hechizo, se encontró don Dimas con que Visitación lo había abandonado, corriendo a encerrarse en un beaterio, siguiendo la añeja máxima de dar a Dios el hueso después de haber regalado la carne al demonio.

Satanás, por no perderlo todo, se quedó con la almilla; y es fama que desde entonces los escribanos no usan almilla. Por eso cualquier cons-

[2] *Carta canta.* V. la tradición de este título.

tipadillo vergonzante produce en ellos una *pulmonía de capa de coro y gorra de cuartel*, o una tisis tuberculosa de padre y muy señor mío.

V

Y por más que fui y vine, sin dejar la ida por la venida, no he podido saber a punto fijo si, andando el tiempo, murió don Dimas de buena o mala suerte. Pero lo que sí es cosa averiguada es que lio los bártulos, pues no era justo que quedase sobre la tierra para semilla de pícaros. Tal es, ¡oh lector carísimo!, mi creencia.

Pero un mi compadre me ha dicho, en puridad de compadres, que muerto Tijereta quiso su alma, que *tenía más arrugas y dobleces que abanico de coqueta*, beber agua en uno de los calderos de Pero Botero, y el conserje del infierno le gritó: —¡Largo de ahí! No admitimos ya escribanos.

Esto hacía barruntar al susodicho mi compadre que con el alma del cartulario sucedió lo mismo que con la de Judas Iscariote; lo cual, pues viene a cuento y la ocasión es calva, he de apuntar aquí someramente y a guisa de conclusión.

Refieren añejas crónicas que el apóstol que vendió a Cristo echó, después de su delito, cuentas consigo mismo, y vio que el mejor modo de saldarlas era arrojar las treinta monedas y hacer zapatetas, convertido en racimo de árbol.

Realizó su suicidio, sin escribir antes, como hogaño se estila, epístola de despedida, y su alma se estuvo horas y horas tocando a las puertas del purgatorio, donde por más empeños que hizo se negaron a darle posada.

Otro tanto le sucedió en el infierno, y desesperada y tiritando de frío, regresó al mundo, buscando donde albergarse.

Acertó a pasar por casualidad un usurero, de cuyo cuerpo hacía tiempo que había emigrado el alma, cansada de soportar picardías, y la de Judas dijo: «Aquí que no peco», y se aposentó en la humanidad del avaro. Desde entonces se dice que los usureros tienen alma de Judas.

Y con esto, lector amigo, y con que cada cuatro años uno es bisiesto, pongo punto redondo al cuento, deseando que así tengas la salud como yo tuve empeño en darte un rato de solaz y divertimiento.

EL CRISTO DE LA AGONIA

Al doctor Alcides Destruge

I

SAN FRANCISCO de Quito, fundada en agosto de 1534 sobre las ruinas de la antigua capital de los *Scyris*, posee hoy una población de 70.000 habitantes y se halla situada en la falda oriental del Pichincha o monte que hierve.

El Pichincha descubre a las investigadoras miradas del vajero dos grandes cráteres, que sin duda son resultado de sus varias erupciones. Presenta tres picachos o respiraderos notables, conocidos con los nombres del *Rucu-Pichincha* o Pichincha Viejo, el *Guagua-Pichincha* o Pichincha Niño, y el *Cundor-Guachana* o Nido de Cóndores. Después del *Sangay*, el volcán más activo del mundo, y que se encuentra en la misma patria de los *Scyris*, a inmediaciones de Riobamba, es indudable que el *Rucu-Pichincha* es el volcán más terrible de la América. La Historia nos ha transmitido sólo la noticia de sus erupciones en 1534, 1539, 1577, 1588, 1660 y 1662. Casi dos siglos habían transcurrido sin que sus torrentes de lava y rudos estremecimientos esparciesen el luto y la desolación, y no faltaron geólogos que creyesen que era ya un volcán sin vida. Pero el 22 de marzo de 1859 vino a desmentir a los sacerdotes de la ciencia. La pintoresca Quito quedó entonces casi destruida. Sin embargo, como el cráter principal del Pichincha se encuentra al Occidente, su lava es lanzada en dirección de los desiertos de Esmeraldas, circunstancia salvadora para la ciudad, que sólo ha sido víctima de los sacudimientos del gigante que le sirve de atalaya. De desear sería, no obstante, para el mayor reposo de sus moradores, que se examinase hasta qué punto es fundada la opinión del barón de Humboldt, quien afirma que el espacio de seis mil trescientas millas cuadradas alrededor de Quito encierra las materias inflamables de un solo volcán.

Para los hijos de la América republicana, el Pichincha simboliza una de las más bellas páginas de la gran epopeya de la revolución. A las fal-

das del volcán tuvo lugar, el 24 de mayo de 1822, la sangrienta batalla que afianzó para siempre la independencia de Colombia.

¡Bendita seas, patria de valientes, y que el genio del porvenir te reserve horas más felices que las que forman tu presente! A orillas del pintoresco Guayas me has brindado hospitalario asilo en los días de la proscripción y del infortunio [1]. Cumple a la gratitud del peregrino no olvidar nunca la fuente que apagó su sed, la palmera que le brindó frescor y sombra, y el dulce oasis donde vio abrirse un horizonte a su esperanza.

Por eso vuelvo a tomar mi pluma de cronista para sacar del polvo del olvido una de tus más bellas tradiciones, el recuerdo de uno de tus hombres más ilustres, la historia del que con las inspiradas revelaciones de su pincel alcanzó los laureles del genio, como Olmedo con su homérico canto la inmortal corona del poeta.

II

Ya lo he dicho. Voy a hablaros de un pintor, de Miguel de Santiago.

El arte de la pintura, que en los tiempos coloniales ilustraron Antonio Salas, Gorívar, Morales y Rodríguez, está encarnado en los magníficos cuadros de nuestro protagonista, a quien debe considerarse como el verdadero maestro de la escuela quiteña. Como las creaciones de Rembrandt y de la escuela flamenca se distinguen por la especialidad de las sombras, por cierto misterioso claroscuro y por la feliz disposición de los grupos, así la escuela quiteña se hace notar por la viveza del colorido y la naturalidad. No busquéis en ella los refinamientos del arte, no pretendáis encontrar gran corrección en las líneas de sus *Madonnas;* pero si amáis lo poético, como el cielo azul de nuestros valles, lo melancólicamente vago, como el *yavarí* que nuestros indios cantan acompañados de las sentimentales armonías de la quena, contemplad en nuestros días las obras de Rafael Salas, Cadenas o Carrillo.

El templo de la Merced, en Lima, ostenta hoy con orgullo un cuadro de Anselmo Yáñez. No se halla en sus detalles el estilo quiteño en toda su extensión, pero el conjunto revela bien que el artista fue arrastrado en mucho por el sentimiento nacional.

El pueblo quiteño tiene el sentimiento del arte. Un hecho bastará a probarlo. El convento de San Agustín adorna sus claustros con catorce cuadros de Miguel de Santiago, entre los que sobresale uno de grandes dimensiones, titulado *La genealogía del santo Obispo de Hipona*. Una mañana, en 1857, fue robado un pedazo del cuadro que contenía un hermoso

[1] *los días de la proscripción y del infortunio.* Palma afirma: "Sufrí dos destierros (uno a Chile y otro al Ecuador) ..." (Carta a Francisco Sosa, 31 de mayo, 1889, *E* I, 225). Ningún biógrafo ha documentado el destierro en Ecuador, que duró unos meses en 1867 y que fue consecuencia de su adhesión a la causa revolucionaria de José Balta contra el gobierno de Mariano I. Prado. Palma estuvo en 1859 en Guayaquil, como soldado de la guerra con Ecuador.

grupo. La ciudad se puso en alarma, y el pueblo todo se constituyó en pesquisidor El cuadro fue restaurado. El ladrón había sido un extranjero comerciante en pinturas.

Pero ya que, por incidencia, hemos hablado de los catorce cuadros de Santiago que se conservan en San Agustín, cuadros que se distinguen por la propiedad del colorido y la majestad de la concepción, esencialmente el del *Bautismo*, daremos a conocer al lector la causa que los produjo y que, como la mayor parte de los datos biográficos que apuntamos sobre este gran artista, la hemos adquirido de un notable artículo que escribió el poeta ecuatoriano don Juan León Mera.

Un oidor español encomendó a Santiago que le hiciera su retrato. Concluido ya, partió el artista para un pueblo llamado Guápulo, dejando el retrato al sol para que se secara, y encomendando el cuidado de él a su esposa. La infeliz no supo impedir que el retrato se ensuciase, y llamó al famoso pintor Gorívar, discípulo y sobrino de Miguel, para que reparase el daño. De regreso, Santiago descubrió en la articulación de un dedo que otro pincel había pasado sobre el suyo. Confesáronle la verdad.

Nuestro artista era de un geniazo más atufado que el mar cuando le duele la barriga y le entran retortijones. Encolerizóse con lo que creía una profanación, dio de cintarazos a Gorívar y rebanó una oreja a su pobre consorte. Acudió el oidor y lo reconvino por su violencia. Santiago, sin respeto a las campanillas del personaje, arremetióle también a estocadas. El oidor huyó y entabló acusación contra aquel furioso. Este tomó asilo en la celda de un fraile; y durante los catorce meses que duró su escondite pintó los catorce cuadros que embellecen los claustros agustinos. Entre ellos merece especial mención, por el diestro manejo de las tintas, el titulado *Milagro del peso de las ceras*. Se afirma que una de las figuras que en él se hallan es el retrato del mismo Miguel de Santiagc

III

Cuando Miguel de Santiago volvió a aspirar el aire libre de la ciudad natal, su espíritu era ya presa del ascetismo de su siglo. Una idea abrasaba su cerebro: trasladar al lienzo la suprema agonía de Cristo.

Muchas veces se puso a la obra; pero, descontento de la ejecución, arrojaba la paleta y rompía el lienzo. Mas no por esto desmayaba en su idea.

La fiebre de la inspiración lo devoraba; y, sin embargo, su pincel era rebelde para obedecer a tan poderosa inteligencia y a tan decidida voluntad Pero el genio encuentra el medio de salir triunfador.

Entre los discípulos que frecuentaban el taller hallábase un joven de bellísima figura. Miguel creyó ver en él el modelo que necesitaba para llevar a cumplida realización su pensamiento.

Hízolo desnudar, y colocólo en una cruz de madera. La actitud nada tenía de agradable ni de cómoda. Sin embargo, en el rostro del joven se dibujaba una ligera sonrisa.

Pero el artista no buscaba la expresión de la complacencia o del indiferentismo, sino la de la angustia y el dolor.

—¿Sufres? —preguntaba con frecuencia a su discípulo.

No, maestro —contestaba el joven, sonriendo tranquilamente

De repente, Miguel de Santiago, con los ojos fuera de sus órbitas, erizado el cabello y lanzando una horrible imprecación, atravesó con una lanza el costado del mancebo.

Este arrojó un gemido y empezaron a reflejarse en su rostro las convulsiones de la agonía.

Y Miguel de Santiago, en el delirio de la inspiración, con la locura fanática del arte, copiaba la mortal congoja; y su pincel, rápido como el pensamiento, volaba por el terso lienzo.

El moribundo se agitaba, clamaba y retorcía en la cruz; y Santiago, al copiar cada una de sus convulsiones, exclamaba con creciente entusiasmo:

—¡Bien! ¡Bien, maestro Miguel! ¡Bien, muy bien, maestro Miguel!

Por fin, el gran artista desata a la víctima; vela ensangrentada y exámine; pásase la mano por la frente, como para evocar sus recuerdos, y como quien despierta de un sueño fatigoso, mide toda la enormidad de su crimen y, espantado de sí mismo, arroja la paleta y los pinceles y huye precipitadamente del taller

¡El arte lo había arrastrado al crimen!

Pero su *Cristo de la Agonía* estaba terminado.

IV

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien, después de largo juicio, obtuvo sentencia absolutoria.

El cuadro fué llevado a España. ¿Existe aún, o se habrá perdido por la notable incuria peninsular? Lo ignoramos.

Miguel de Santiago, atacado desde el día de su crimen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en noviembre de 1673, y su sepulcro está al pie del altar de San Miguel, en la capilla del Sagrario.

«¡PUES BONITA SOY YO, LA CASTELLANOS!»

A Simón y Juan Vicente Camacho

MARIQUITA Castellanos era todo lo que se llama una real moza, bocado de arzobispo y golosina de oidor. Era como para cantarla esta copla popular:

Si yo me viera contigo
la llave a la puerta echada.
y el herrero se muriera,
y la llave se quebrara...

¿No la conociste, lector?

Yo tampoco; pero a un viejo, que alcanzó los buenos tiempos del virrey Amat, se me pasaban las horas muertas oyéndole referir historias de la Marujita, y él me contó la del refrán que sirve de título a este artículo.

Mica Villegas era una actriz del teatro de Lima, quebradero de cabeza del excelentísimo señor virrey de estos reinos del Perú por S. M. Carlos III, y a quien su esclarecido amante, que no podía sentar plaza de académico por su corrección en eso de pronunciar la lengua de Castilla, apostrofaba en los ratos de enojo, frecuentes entre los que bien se quieren, llamándola *Perricholi.* La *Perricholi,* de quien pluma mejor cortada que la de este humilde servidor de ustedes ha escrito la biografía, era hembra de escasísima belleza. Parece que el señor virrey no fué hombre de paladar muy delicado.

María Castellanos, como he tenido el gusto de decirlo, era la más linda morenita limeña que ha calzado zapatitos de cuatro puntos y medio

Como una y una son dos,
por las morenas me muero.
lo blanco, lo hizo un platero;
lo moreno, lo hizo Dios.

Tal rezaba una copla popular de aquel tiempo, y a fe que debió ser Marujilla la musa que inspiró al poeta. Decíame, relamiéndose, aquel súbdito de Amat, que hasta el sol se quedaba bizco y la luna boquiabierta cuando esa muchacha, puesta de veinticinco alfileres, salía *a dar un verde* por los portales.

Pero, así como la Villegas traía al retortero nada menos que al virrey, la Castellanos tenía prendido en sus enaguas al empingorotado conde de ***, viejo millonario, y que, a pesar de sus lacras y diciembres, conservaba afición por la fruta del paraíso. Si el virrey hacía locuras por la una, el conde no le iba en zaga por la otra.

La Villegas quiso humillar a las damas de la aristocracia, ostentando sus equívocos hechizos en un carruaje y en el paseo público. La nobleza toda se escandalizó y arremolinó contra el virrey. Pero la cómica, que había satisfecho ya su vanidad y capricho, obsequió el carruaje a la parroquia de San Lázaro para que en él saliese el párroco conduciendo el Viático. Y téngase presente que, por entonces, un carruaje costaba un ojo de la cara, y el de la *Perricholi* fué el más espléndido entre los que lucieron en la Alameda.

La Castellanos no podía conformarse con que su rival metiese tanto ruido en el mundo limeño con motivo del paseo en carruaje.

—¡No! Pues como a mí se me encaje entre ceja y ceja, he de confundir el orgullo de esa *pindonga*. Pues mi querido no es ningún mayorazgo de perro y escopeta, ni aprendió a robar como Amat de su mayordomo, y lo que gasta es suyo y muy suyo, sin que tenga que dar cuenta al rey de dónde salen esas misas. ¡Venirme a mí con orgullos y fantasías, como si no fuera mejor que ella, la muy cómica! ¡Miren el *charquito de agua que quiere ser brazo de río! ¡Pues bonita soy yo, la Castellanos!*

Y va de digresión. Los maldicientes decían en Lima que, durante los primeros años de su gobierno, el excelentísimo señor virrey don Manuel Amat y Juniet, caballero del hábito de Santiago y condecorado con un cementerio de cruces, había sido un dechado de moralidad y honradez administrativas. Pero llegó un día en que cedió a la tentación de hacerse rico merced a una casualidad que le hizo descubrir que la provisión de corregimientos era una mina más poderosa y boyante que las de Pasco y Potosí. Véase cómo se realizó tan portentoso descubrimiento.

Acostumbraba Amat levantarse con el alba (que, como dice un escritor amigo mío, el madrugar es cualidad de buenos gobernantes), y envuelto en una zamarra de paño burdo, descendía al jardín de Palacio, y se entretenía hasta las ocho de la mañana en cultivarlo. Un pretendiente al corregimiento de Saña o Jauja, los más importantes del virreinato, abordó al virrey en el jardín, confundiéndolo con su mayordomo, y le ofreció algunos centenares de peluconas porque emplease su influjo todo con su excelencia a fin de conseguir que él se calzase la codiciada prebenda.

—¡Por vida de Santa Cebollina, virgen y mártir, abogada de los callos! ¿Esas teníamos, señor mayordomo? —dijo para sus adentros el virrey, y

desde ese día se dió tan buenas trazas para hacer su agosto sin necesidad de acólito, que en breve logró contar con fuertes sumas para complacer en sus dispendiosos caprichos a la *Perricholi,* que, dicho sea de paso, era lo que se entiende por manirrota y botarate.

Volvamos a la Castellanos. Era moda que toda mujer que algo valía tuviese predilección por un faldero. El de Marujita era un animalito muy mono, un verdadero dije. Llegó a la sazón la fiesta del Rosario, y asistió a ella la querida del conde muy pobremente vestida y llevando tras sí una criada que conducía en brazos al chuchito. Ello dirás, lector, que nada tenía de maravilloso; pero es el caso que el faldero traía un collarín de oro macizo con brillantes como garbanzos.

Mucho dio que hablar durante la procesión al extravagancia del exhibir un perro que llevaba sobre sí tesoro tal; pero el asombro subió de punto cuando, terminada la procesión, se supo que *Cupido,* con todos sus valiosos adornos, había sido obsequiado por su ama a uno de los hospitales de la ciudad, que por falta de rentas estaba poco menos que al cerrarse.

La Mariquita ganó desde ese instante, en la simpatía del pueblo y de la aristocracia, todo lo que había perdido su orgullosa rival Mica Villegas; y es fama que siempre que la hablaban de este suceso, decía con énfasis, aludiendo a que ninguna otra mujer de su estofa la excedería en arrogancia y lujo: —¡Pues no faltaba más! *¡Bonita soy yo, la Castellanos!*

Y tanto dio en repetir el estribillo, que se convirtió en refrán popular, y como tal ha llegado hasta la generación presente.

LA FIESTA DE SAN SIMON GARABATILLO

Faustino Guerra habíase encontrado en la batalla de Ayacucho en condición de soldado raso. Afianzada la independencia, obtuvo licencia final y retiróse a la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente hombre de letras; mas para el desempeño de su cargo y tener contentos a los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes y enseñar de coro a los muchachos la doctrina cristiana.

La escuela estaba situada en la calle Ancha, en una casa que entonces era propiedad del Estado y que hoy pertenece a la familia Montesinos.

Contra la costumbre general de los *dómines* de aquellos tiempos, don Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de *San Simón Garabatillo.* Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo, y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un par de azoticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de octubre de 1826, día de San Simón y Judas por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entonces en todo su apogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya a eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Sólo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fue ése para los lampeños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, a la escuela.

Era ya más de mediodía cuando don Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando a dos robustos indios que para su servicio tenía, les mandó que *cargasen* a los niños. Desde el primero hasta el último, todos

sufrieron una docena de latigazos, a calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritería fue como para ensordecer, y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos a casa de sus padres, les dijo don Faustino:

—¡Cuenta, pícaros godos, con que vayan a contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yo que ha ido con el chisme lo *tundo* vivo.

—¿Si se habrá vuelto loco su merced? —preguntaban los muchachos; pero no contaron a sus familias lo sucedido, si bien el escozor de los ramalazos los traía aliquebrados.

¿Qué mala mosca había picado al *magister*, que de suyo era manso de genio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin recelar que se repitiese la función. Por fin, don Faustino hizo la señal de que iba a hablar.

—Hijos míos —les dijo—, estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquilícense, que estas cosas sólo las hago yo una vez al año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

—No, señor maestro —contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fué el santo del libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejen ustedes, ya que los lampeños han sido tan desagradecidos con el que los hizo *gentes,* he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora, a estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aún existen de aquel centenar de muchachos se reúnen en Lampa el 28 de octubre y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por don Faustino Guerra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

DOS MILLONES

El 16 de julio de 1826 fue día de gran agitación en Lima y el Callao. Por todas partes se encontraban grupos en animada charla. No era, en verdad, un cataclismo ni un gran acontecimiento político lo que motivaba esta excitación, sino la noticia de haber desaparecido del fondeadero el bergantín inglés *Peruvian*, cargado con dos millones de pesos en oro, barras de plata y moneda sellada.

El buque debía zarpar en ese día para Europa; pero su capitán había ido la víspera a Lima a recibir las últimas instrucciones de sus armadores, permitiendo también a varios de los tripulantes que pasasen la noche en tierra.

En el *Peruvian* se encontraban sólo el piloto y seis marineros, cuando a las dos de la madrugada fue abordado por una lancha con trece hombres, los que procedieron con tal cautela y rapidez, que la ronda del resguardo no pudo advertir lo que acontecía. Inmediatamente levaron ancla, y el *Peruvian* se hizo a la vela.

A las tres de la tarde, un bote del *Peruvian* llegó al Callao, conduciendo al piloto y sus seis marineros, puestos en libertad por los piratas.

La historia del audaz jefe de esta empresa y el éxito del tesoro que contenía el *Peruvian* es lo que hoy nos proponemos narrar rápidamente, remitiendo al lector que anhele mayor copia de datos a la obra del capitán Lafond titulada *Voyages dans les Amériques*.

I

Por los años de 1817 un joven escocés de aire bravo y simpático se presentó a las autoridades de Valparaíso, solicitando un puesto en la marina de Chile, y comprobando que había servido como aspirante en la armada real de Inglaterra. Destinado de oficial en uno de los buques, el joven Robertson se distinguió en breve por su pericia en la maniobra y su co-

raje en los combates. El esforzado Guisse, que mandaba el bergantín *Galvarino,* pidió a Robertson para su primer teniente.

Era Robertson valiente hasta el heroísmo, de mediana estatura, rojizos cabellos y penetrante mirada. Su carácter fogoso y apasionado lo arrastraba a ser feroz. Por eso, en 1822, cuando al mando de un bergantín chileno tomó prisioneros sesenta hombres de la banda realista de Benavídez, los hizo colgar de las ramas de los árboles.

No es éste un artículo a propósito para extendernos en la gloriosa historia de las hazañas navales que Cochrane y Guisse realizaron contra la formidable escuadra española.

En el encuentro de Quilca, entre la *Quintanilla* y el *Congreso,* Robertson, que había cambiado la escarapela chilena por la de Perú, y que a la sazón tenía el grado de capitán de fragata, fué el segundo comandante del bergantín que mandaba el valiente Young.

En el famoso sitio del Callao, cuyas fortalezas eran defendidas por el general español Rodil[1], quien se sostuvo en ellas trece meses y medio después de la batalla de Ayacucho, cupo a Robertson ejecutar muy distinguidas acciones.

Todo le hacía esperar un espléndido porvenir, y acaso habría alcanzado el alto rango de almirante si el diablo, en forma de una linda limeña, no se hubiera encargado de perderlo. Dijo bien el que dijo que el amor es un envenenamiento del espíritu.

Teresa Méndez era, en 1826, una preciosa joven de veintiún años, de ojos grandes, negros, decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire, todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas. Parece que me explico, picarillas, y que soy lo que se llama un cronista galante.

Viuda de un rico español, se había despertado en ella la fiebre del lujo, y su casa se convirtió en el centro de la juventud elegante. Teresa Méndez hacía y deshacía la moda.

Su felicidad consistía en tiranizar a los cautivos que suspiraban presos en el Argel de sus encantos. Jamás pudo amartelado galán vanagloriarse de haber merecido de ella favores que revelan predilección por un hombre. Teresa era una mezcla de ángel y demonio, una de aquellas mujeres que nacieron para ejercer autocrático despotismo sobre los que las rodean; en una palabra, pertenecía al número de aquellos seres sin corazón que Dios echó al mundo para infierno y condenación de hombres.

Robertson conoció a Teresa Méndez en la procesión del Corpus, y desde ese día el arrogante marino la echó bandera de parlamento, se puso al habla con ella, y se declaró buena presa de la encantadora limeña. Ella empleó para con el nuevo adorador la misma táctica que para con los otros, y un día en que Robertson quiso pecar de exigente, obtuvo de los labios de cereza de la joven este categórico ultimátum

[1] *Rodil* José Ramón Rodil (1789-1853) es personaje de las tradiciones *El fraile y la monja del Callao* y *El secreto de confesión* (*TPC,* 1034 y 1028).

—Pierde usted su tiempo, comandante. Yo no perteneceré sino al hombre que sea grande por su fortuna o por su posición, aunque su grandeza sea hija del crimen. Viuda de un coronel, no acepto a un simple comandante.

Robertson se retiró despechado, y en su exaltación confió a varios de sus camaradas el éxito de sus amores.

Pocas noches después tomaba té en casa del capitán del puerto del Callao, en unión de otros marineros, y como la conversación rodase sobre la desdeñosa limeña, uno de los oficiales dijo en tono de chanza

—Desde que la guerra con los *chapetones* ha concluído no hay esperanza de que el comandante logre enarbolar la insignia del almirantazgo En cuanto a hacer fortuna, la ocasión se le viene a la mano. Dos millones de pesos hay a bordo de un bergantín.

Robertson pareció no dar importancia a la broma, y se limitó a preguntar:

—Teniente Vieyra, ¿cómo dice usted que se llama ese barco que tiene millones por lastre?

—El *Peruvian,* bergantín inglés.

—Pues poca plata es, porque más vale Teresa —repuso el comandante, y dió sesgo distinto a la conversación.

Tres horas después Robertson era dueño del tesoro embarcado en el *Peruvian*

II

Al salir de la casa del capitán del puerto, Robertson se había dirigido a una posada de marineros y escogido entre ellos doce hombres resueltos y que le eran personalmente conocidos por haberlos manejado a bordo del *Galvarino* y del *Congreso.*

Realizado el abordaje, pensó el pirata que no le convenía hacer partícipes a tantos cómplices de los millones robados, y resolvió no detenerse en la senda del crimen a fin de eliminarlos. Asoció a su plan a dos irlandeses, Jorge y Guillermo, e hizo rumbo a Oceanía.

En la primera isla que encontraron desembarcó con algunos marineros, se encenagó con ellos en los desórdenes de un lupanar, y ya avanzada la noche regresó con todos a bordo. El vino había producido su efecto en esos desventurados. El capitán los dejó durmiendo en la chalupa, levó ancla, y cuando el bergantín se hallaba a treinta millas de la costa, cortó la amarra, abandonando seis hombres en pleno y embravecido Océano.

Además de los dos irlandeses, sólo había perdonado, por el momento, a cuatro de los tripulantes que le eran precisos para la maniobra.

Entonces desembarcó y enterró el tesoro en la desierta isla de Agrigán, y con sólo treinta mil pesos en oro se dirigió en el *Peruvian* a las islas Sandwich

En esta travesía, una noche dió a beber un narcótico a los marineros, los encerró en la bodega y barrenó el buque. Al día siguiente, en un bote arribaron a la isla de Wahou Robertson, Guillermo y Jorge, contando que el buque había zozobrado.

La Providencia lo había dispuesto de otro modo. El *Peruvian* tardó mucho tiempo en sumergirse, y encontrado por un buque ballenero, fue salvado uno de los cuatro tripulantes, pues sus compañeros habían sucumbido al hambre y la sed.

De Wahou pasaron los tres piratas a Río de Janeiro. En esta ciudad desapareció para siempre el irlandés Jorge, víctima de sus compañeros.

Después de peregrinar por Sidney, pasaron a Hobartoun, capital de Van-Diemen. Allí propusieron a un viejo inglés llamado Thompson, patrón de una goletilla pescadora, que los condujese a las islas Marianas. La goleta no tenía más que dos muchachos de tripulación, y Thompson aceptó la propuesta.

El viaje fué largo y sembrado de peligros. El calor era excesivo, y los cinco habitantes de la goleta dormían sobre el puente. Una noche, después de haberse embriagado todos menos Robertson, a quien tocaba la guardia, cayó Guillermo al mar. El viejo Thompson despertó a los desesperados gritos que éste daba. Robertson fingió esforzarse para socorrerlo; pero la oscuridad, la corriente y la carencia de bote hicieron imposible todo auxilio.

Robertson quedaba sin cómplice, mas le eran indispensables los servicios de Thompson. No le fué difícil inventar una fábula, revelando a medias su secreto al rudo patrón de la goleta y ofreciéndole una parte del tesoro.

Al tocar en la isla Tinián para procurarse víveres, el capitán de una fragata española visitó la goleta. Súpolo Robertson, al regresar de tierra, y receló que el viejo hubiese hablado más de lo preciso.

Apenas se desprendía de la rada la embarcación, cuando Robertson, olvidando su habitual prudencia, se lanzó sobre el viejo patrón y lo arrojó al agua.

Robertson ignoraba que se las había con un lobo marino, excelente nadador.

Pocos días después la fragata española, a cuyo bordo iba el viejo Thompson, descubría a la goletilla pescadora oculta en una ensenada de Saipán.

Preso Robertson, nada pudo alcanzarse de él con sagacidad, y el capitán español dispuso entonces que fuese azotado sobre cubierta

Eran transcurridos cerca de dos años, y las gacetas todas de Europa habían anunciado la desaparición del *Peruvian*, acusando al comandante Robertson. El marinero milagrosamente salvado en Wahou había también hecho una extensa declaración. Los armadores ingleses y el Almirantazgo ofrecían buena recompensa al que capturase al pirata. El crimen del aventurero escocés había producido gran ruido e indignación.

Cuando iba a ser flagelado, pareció Robertson mostrarse más razonable Convino en conducir a sus guardianes al sitio donde tenía enterrados los dos millones; pero al poner el pie en la borda del bote, se arrepintió de su debilidad y se dejó caer al fondo del mar, llevándose consigo su secreto

III

Una noticia importante por vía de conclusión, para los que aspiran a salir de pobres.

La isla de Agrigán, en las Marianas, está situada en la latitud Norte 19° 0', longitud al Este del meridiano de París 142° 0'.

Dos millones no son para despreciarlos. Conque así, lectores míos, buen ánimo, fe en Dios y a las Marianas, sin más equipaje.

LOS ENDIABLADOS DESPRECIADOS

PEPE IRASUSTA y Pancho Arellano eran amigos de uña y carne, de cama y rancho.

De repente, el pueblo dió en decir que habían hecho pacto con el demonio, y hoy mismo, al hablar de ellos, los llama los *Endiablados*.

¿Por qué? Esto es lo que el relato popular va a explicarnos.

Entre tanto, lector, si te ocurre dar un paseo por San Jerónimo de Ica [1], hasta las piedras te referirán lo que hoy, alterando nombres por razones que yo me sé, ofrece tema a mi péñola. Añadiré también, para poner fin al *introito,* que viven todavía en la ciudad de Valverde muchísimas personas que, en el decenio de 1830 a 1840, conocieron y trataron a los héroes de esta conseja o sucedido.

I

Pancho Arellano era un indio cobrizo que ganaba el pan de cada día manejando una pala como peón caminero o mozo de labranza en un viñedo. El infeliz echaba los bofes trabajando, de seis a seis, para adquirir un salario de dos a tres pesetas e ir pasando la vida a tragos. Parecía destinado a nunca salir de pobre, pues ni siquiera había en él artimaña para constituirse jefe de club eleccionario, ni hígados para capitanear una *montonera,* cargos que suelen dejar el riñón cubierto.

Un día abandonó Arellano la lampa, y sin que nadie atinara a saber de dónde había sacado dinero, echóse a dar plata sobre prendas con el interés judaico de veinte por ciento. Y fuele tan propiciamente, en oficio que requiere tener las entrañas de Caín y la socarronería de Judas, que, a poco hacer, se encontró rico como el más acaudalado del lugar.

[1] *Ica,* provincia en la costa sur del Perú.

En medio de su bienandanza, lo único que le cascabeleaba al antiguo patán era que el pueblo le negase el *don,* pues grandes y pequeños le llamaban *Ño Pancho* el de la esquina.

Esto no puede soportarse—se dijo una noche en que estaba desvelado—; es preciso que me reciba de caballero.

Y al efecto empleó dos meses en preparativos para dar en su casa un gran sarao, al que invitó a todo lo más granado de la sociedad iqueña.

El usurero, picado por el demonche de la vanidad, desató los cordones de la bolsa, gastando algunos miles de pesos en muebles y farolerías que hizo traer de Lima. La fiesta fue de lo más espléndido que cabe. Digo bastante con decir que para asistir a ella emprendieron viaje desde la capital de la República un general, tres diputados a Congreso, el cónsul de su majestad Kamahameha IV, un canónigo, un poeta periodista y varias otras notabilidades.

Terminado el festejo, que duró ocho días, en los que Arellano echó la casa por la ventana para tratar a sus convidados a cuerpo de rey, quedó ejecutoriada su decencia, y todo títere empezó a llamarle *don* Francisco. Era ya un caballero hecho y derecho, por mucho que los envidiosos de tan improvisada ascendencia le aplicaran la redondilla:

¡Qué hinchado y qué fanfarrón
entre las ramas habita!
Pues sepan que fue pepita,
aunque ya lo ven melón.

Pasaban los años, aumentaba la riqueza de don Francisco y disfrutaba de la general consideración que, en este mundo bellaco, alcanza a conquistarse todo el que tiene su pie de altar bien macizo.

Nadie paraba mientes en que el ricacho no cumplía ninguna de las prácticas de buen cristiano y que, lejos de eso, la daba de volteriano, hablando pestes del Papa y de los santos. Mas de la noche a la mañana se le vio confesar muy compungido en la iglesia de San Francisco, hacerse aplicar recios cordonazos por los frailes, beber cántaros de agua bendita y cubrirse el cuerpo de cilicios y escapularios.

Item, decía a grito herido que era muy gran pecador y que el *Malo* estaba empeñado en llevárselo en cuerpo y alma.

De aquí sacaban en limpio las comadres de Ica [2], caminando de inducción en inducción, que Arellano para salir de pobre había hecho pacto con el diablo; y que, estando para cumplirse el plazo, se le hacía muy cuesta arriba pagar la deuda.

Es testimonio unánime de los que asistieron a los funerales de don Francisco que en la caja mortuoria no había cadáver, porque el diablo cargó hasta con el envoltorio del alma.

[2] *las comadres de Ica:* V. la tradición *Las brujas de Ica.*

II

Pepe Irasusta había sido un bravo militar que, cansado de la vida de cuartel, colgó el chopo y se estableció en Ica. Aunque no vareaba la plata, como su compadre y amigo Arellano, gozaba de cómoda medianía

Por aquellos años, como hoy mismo, era fray Ramón Rojas (generalmente conocido por el padre *Guatemala*) la idolatría de los iqueños. Muerto en olor de santidad en julio de 1839, necesitaríamos escribir un libro para dar idea de sus ejemplares virtudes y de los infinitos milagros que le atribuyen.

Irasusta que hacía alarde de no tener creencias religiosas, dijo un día en un corro de *monos bravos y budingas*[3]:

—Desengañarse, amigos. Ese padre Guatemala es un cubiletero que los trae a ustedes embaucados hablándoles de la otra vida. Eso de que haya otro mundo es pampirolada, pues los hombres no pasamos de ser como los relojes, que rota la cuerda, ¡crac!, san se acabó.

—Otra cosa dirá usted, don Pepe *cuando le ronque la olla,* que más guapos que usted he visto en ese trance clamar por los auxilios de la Iglesia —arguyó uno de los presentes.

—Pues sépase usted, mi amigo, que yo ni después de muerto quiero entrar en la iglesia —insistió Irasusta.

Era la noche del Miércoles Santo, e Irasusta se sintió repentinamente atacado de un cólico *miserere* tan violento, que cuando llegó a su lecho el físico para propinarle alguna droga se encontró con que nuestro hombre había cesado de resollar.

No permitiendo el ritual que en Jueves ni en Viernes Santo se celebren funerales de cuerpo presente, ni siendo posible soportar la descomposición del cadáver, resolvieron los deudos darle inmediata sepultura en el panteón.

Así quedó cumplida la voluntad del que, ni después de muerto, quería entrar en la casa de Dios.

Pocos días después, en la iglesia de San Francisco, y con crecida concurrencia de amigos, celebráronse honras fúnebres por el finado Irasusta.

En el centro de la iglesia, y sobre una cortina negra, leíase en grandes letras cortadas de un pedazo de género blanco:

¡¡¡JOSE IRASUSTA!!!

En los momentos en que el sacerdote oficiante iba a consagrar la Hostia divina, desprendióse un cirio de la cornisa del templo e incendió

[3] *monos bravos y budingas:* estas voces no aparecen en el *DRAE* ni están registradas como americanismos o peruanismos. Tampoco las recoge Palma en *NyA*. Por el contexto en el que aparece aquí y en las tradiciones *Con días y ollas venceremos* y *Conversión de un libertino, budinga* se puede homologar a otras voces americanas como *mandinga* o *catinga* que se aplican en general a los negros (*mandinga,* además, es el nombre del diablo). *Mono bravo* añade al matiz despectivo de estas voces, una imagen caricatural fácilmente explicable. Aparte de que éstas son hipótesis que necesitan confirmación, ambas voces han caído hoy en desuso.

la cortina. Los sacristanes y monagos se lanzaron presurosos a impedir que se propagase el fuego; pero a pesar de su actividad, no alcanzaron a evitar que gran parte de la cortina fuese devorada.

Cuando se desvaneció el peligro, todos los concurrentes se fijaron en la cortina, y vieron con terror que las llamas habían consumido las seis primeras letras de la inscripción, respetando las que forman esta palabra.

ASUSTA!!!

Aquí, asustado el cronista tanto como los espectadores, suelta la pluma, dejando al lector en libertad de hacer a sus anchas los comentarios que su religiosidad le inspire.

SEGUNDA SERIE

LOS CABALLEROS DE LA CAPA

(Crónica de una Guerra Civil)

A don Juan de la Pezuela, conde de Cheste

I

Quiénes eran los caballeros de la capa y el juramento que hicieron

En la tarde del 5 de junio de 1541 hallábanse reunidos en el solar de Pedro de San Millán doce españoles, agraciados todos por el rey por sus hechos en la conquista del Perú.

La casa que los albergaba se componía de una sala y cinco cuartos, quedando gran espacio de terreno por fabricar. Seis sillones de cuero, un escaño de roble y una mugrienta mesa pegada a la pared, formaban el mueblaje de la sala. Así la casa como el traje de los habitantes de ella pregonaban, a la legua, una de esas pobrezas que se codean con la mendicidad. Y así era, en efecto.

Los doce hidalgos pertenecían al número de los vencidos el 6 de abril de 1538 en la batalla de las Salinas. El vencedor les había confiscado sus bienes, y gracias que les permitía respirar el aire de Lima, donde vivían de la caridad de algunos amigos. El vencedor, como era de práctica en esos siglos, pudo ahorcarlos sin andarse con muchos perfiles; pero don Francisco Pizarro se adelantaba a su época, y parecía más bien hombre de nuestros tiempos, en que al enemigo no siempre se mata o aprisiona, sino que se le quita por entero o merma la ración de pan. Caídos y levantados, hartos y hambrientos, eso fue la colonia, y eso ha sido y es la república. La ley del yunque y del martillo imperando a cada cambio de tortilla, o como reza la copla:

Salimos de Guate-mala
y entramos en Guate peor,
cambia el pandero de manos,
pero de sonidos, no.

o como dicen en Italia: librarse de los bárbaros para caer en los Barbarini.

Llamábanse los doce caballeros Pedro de San Millán, Cristóbal de Sotelo García de Alvarado, Francisco de Chaves, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Juan Rodríguez Barragán. Gómez Pérez, Diego de Hoces, Martín Carrillo, Jerónimo de Almagro y Juan Tello.

Muy a la ligera, y por la importancia del papel que desempeñan en esta crónica, haremos el retrato histórico de cada uno de los hidalgos, empezando por el dueño de la casa. *A tout seigneur, tout honneur*

Pedro San Millán, caballero santiagués, contaba treinta y ocho años y pertenecía al número de los ciento setenta conquistadores que capturaron a Atahualpa. Al hacerse la repartición del rescate del Inca, recibió ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Leal amigo del mariscal don Diego de Almagro, siguió la infausta bandera de éste, y cayó en la desgracia de los Pizarro, que le confiscaron su fortuna, dejándole por vía de limosna el desmantelado solar de Judíos, y como quien dice· «Basta para un gorrión pequeña jaula». San Millán, en sus buenos tiempos, había pecado de rumboso y gastador; era bravo, de gentil apostura y generalmente querido.

Cristóbal de Sotelo frisaba en los cincuenta y cinco años, y como soldado que había militado en Europa, era su consejo tenido en mucho. Fue capitán de infantería en la batalla de las Salinas.

García de Alvarado era un arrogantísimo mancebo de veintiocho años, de aire marcial, de instintos dominadores, muy ambicioso y pagado de su mérito. Tenía sus ribetes de pícaro y felón.

Diego Méndez, de la orden de Santiago, era hermano del famoso general Rodrigó Ordóñez, que murió en la batalla de las Salinas mandando el ejército vencido. Contaba Méndez cuarenta y tres años, y más que por hombre de guerra se le estimaba por galanteador y cortesano.

De Francisco de Chaves, Martín de Bilbao, Diego de Hoces, Gómez Pérez y Martín Carrillo sólo nos dicen los cronistas que fueron intrépidos soldados y muy queridos de los suyos. Ninguno de ellos llegaba a los treinta y cinco años.

Juan Tello el sevillano fue uno de los doce fundadores de Lima, siendo los otros el marqués Pizarro, el tesorero Alonso Riquelme, el veedor García de Salcedo, el sevillano Nicolás de Rivera el Viejo, Ruiz Díaz, Rodrigo Mazuelas, Cristóbal de Peralta, Alonso Martín de Don Benito, Cristóbal Palomino, el salamanquino Nicolás de Rivera el Mozo y el secretario Picado. Los primeros alcaldes que tuvo el Cabildo de Lima fueron Rivera el Viejo y Juan Tello. Como se ve, el hidalgo había sido importante personaje, y en la época en que lo presentamos contaba cuarenta y seis años.

Jerónimo de Almagro era nacido en la misma ciudad que el mariscal, y por esta circunstancia y la del apellido se llamaban primos Tal parentesco no existía, pues don Diego fue un pobre expósito. Jerónimo rayaba en los cuarenta años.

La misma edad contaba Juan Rodríguez Barragán, tenido por hombre de gran audacia, a la par que de mucha experiencia.

Sabido es que así como en nuestros días ningún hombre que en algo se estime sale a la calle en mangas de camisa, así en los tiempos antiguos nadie que aspirase a ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío o calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete cuanto en la fiesta de iglesia. Por eso sospecho que el decreto que en 1822 dio el ministro Monteagudo prohibiendo a los españoles el uso de la capa, tuvo, para la Independencia del Perú, la misma importancia que una batalla ganada por los insurgentes. Abolida la capa, desaparecía España

Para colmo de miseria de nuestros doce hidalgos, entre todos ellos no había más que una capa; y cuando alguno estaba forzado a salir, los once restantes quedaban arrestados en la casa por falta de la indispensable prenda.

Antonio Picado, el secretario del marqués don Francisco Pizarro, o más bien dicho, su demonio de perdición, hablando un día de los hidalgos los llamó *Caballeros de la capa*. El mote hizo fortuna y corrió de boca en boca.

Aquí viene a cuento una breve noticia biográfica de Picado.

Vino éste al Perú en 1534 como secretario del mariscal don Pedro de Alvarado, el del famoso salto en México. Cuando Alvarado, pretendiendo que ciertos territorios del Norte no estaban comprendidos en la jurisdicción de la conquista señalada por el emperador a Pizarro, estuvo a punto de batirse con las fuerzas de don Diego de Almagro, Picado vendía a éste los secretos de su jefe, y una noche, recelando que se descubriese su infamia, se fugó al campo enemigo. El mariscal envió fuerza a darle alcance, y no lográndolo, escribió a don Diego que no entraría en arreglo alguno si antes no le entregaba la persona del desleal. El caballeroso Almagro rechazó la pretensión, salvando así la vida a un hombre que después fue tan funesto para él y para los suyos.

Don Francisco Pizarro tomó por secretario a Picado, el que ejerció sobre el marqués una influencia fatal y decisiva. Picado era quien, dominando los arranques generosos del gobernador, lo hacía obstinarse en una política de hostilidad contra los que no tenían otro crimen que el de haber sido vencidos en la batalla de las Salinas.

Ya por el año de 1541 sabíase de positivo que el monarca, inteligenciado de lo que pasaba en estos reinos, enviaba al licenciado don Cristóbal Vaca de Castro para residenciar al gobernador; y los almagristas, preparándose a pedir justicia por la muerte dada a don Diego, enviaron, para recibir al comisionado de la corona y prevenir su ánimo con informes, a los capitanes Alonso Portocarrero y Juan Balsa. Pero el juez pesquisidor no tenía cuándo llegar. Enfermedades y contratiempos marítimos retar daban su arribo a la ciudad de los Reyes.

Pizarro, entre tanto, quiso propiciarse amigos aun entre los caballeros de la capa; y envió mensajes a Sotelo, Chaves y otros, ofreciéndoles sacarlos de la menesterosa situación en que vivían. Pero, en honra de los almagristas, es oportuno consignar que no se humillaron a recibir el mendrugo de pan que se les quería arrojar.

En tal estado las cosas, la insolencia de Picado aumentaba de día en día, y no excusaba manera de insultar a *los de Chile,* como eran llamados los parciales de Almagro. Irritados éstos, pusieron una noche tres cuerdas en la horca, con carteles que decían: *Para Pizarro — Para Picado — Para Velázquez*

El marqués, al saber este desacato, lejos de irritarse, dijo sonriendo:

—¡Pobres! Algún desahogo les hemos de dejar y bastante desgracia tienen para que los molestemos más. Son jugadores perdidos y hacen extremos de tales.

Pero Picado se sintió, como su nombre, picado; y aquella tarde, que era la del 5 de junio, se vistió un jubón y una capetilla francesa, bordada con higas de plata, y montado en un soberbio caballo, pasó y repasó, haciendo caracolear al animal, por las puertas de Juan de Rada, tutor del joven Almagro, y del solar de Pedro de San Millán, residencia de los doce hidalgos; llevando su provocación hasta el punto de que, cuando algunos de ellos se asomaron, les hizo un corte de manga, diciendo: —Para los de Chile— y picó espuelas al bruto.

Los caballeros de la capa mandaron llamar inmediatamente a Juan de Rada.

Pizarro había ofrecido al joven Almagro, que quedó huérfano a la edad de diez y nueve años, ser para él su segundo padre, y al efecto lo aposentó en palacio, pero fastidiado el mancebo de oír palabras en mengua de la memoria del mariscal y de sus amigos, se separó del marqués y se constituyó pupilo de Juan de Rada. Era éste un anciano muy animoso y respetado, pertenecía a una noble familia de Castilla, y se le tenía por hombre de gran cautela y experiencia. Habitaba en el portal de Botoneros, que así llamamos en Lima a los artesanos que en otras partes son *pasamaneros,* unos cuartos del que hasta hoy se conoce con el nombre de *callejón de los Clérigos.* Rada vio en la persona de Almagro el Mozo un hijo y una bandera para vengar la muerte del mariscal; y todos los de Chile, cuyo número pasaba de doscientos, si bien reconocían por caudillo al joven don Diego, miraban en Rada el llamado a dar impulso y dirección a los elementos revolucionarios.

Rada acudió con presteza al llamamiento de los caballeros. El anciano se presentó respirando indignación por el nuevo agravio de Picado, y la junta resolvió no esperar justicia del representante que enviaba la corona, sino proceder al castigo del marqués y de su insolente secretario

García de Alvarado, que tenía puesta esa tarde la capa de la compañía, la arrojó al suelo y parándose sobre ella, dijo:

—Juremos por la salvación de nuestras ánimas morir en guarda de los derechos de Almagro el Mozo, y recortar de esta capa la mortaja para Antonio Picado.

II

De la atrevida empresa que ejecutaron los Caballeros de la Capa

Las cosas no podían concertarse tan en secreto que el marqués no advirtiese que los de Chile tenían frecuentes conciliábulos, que reinaba entre ellos una agitación sorda, que compraban armas y que, cuando Rada y Almagro el Mozo salían a la calle, eran seguidos, a distancia, y a guisa de escolta, por un grupo de sus parciales. Sin embargo, el marqués no dictaba providencia alguna.

En esta inacción del gobernador recibió cartas de varios corregimientos participándole que los de Chile preparaban sin embozo un alzamiento en todo el país. Estas y otras denuncias le obligaron una mañana a hacer llamar a Juan de Rada.

Encontró éste a Pizarro en el jardín de palacio, al pie de una higuera que aún existe, y según Herrera, en sus *Décadas*, medió entre ambos este diálogo:

—¿Qué es eso, Juan de Rada, que me dicen que andáis comprando armas para matarme?

—En verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

—¿Pues qué causa os mueve ahora, más que en otro tiempo, a proveeros de armas?

—Porque nos dicen, señor, y es público, que su señoría recoge lanzas para matarnos a todos. Acábenos ya su señoría y haga de nosotros lo que fuese servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué ha de tener respeto a los pies. También se dice que su señoría piensa matar al juez que viene enviado por el rey. Si su ánimo es tal y determina dar muerte a los de Chile, no lo haga con todos. Destierre su señoría a don Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él adonde la fortuna nos quisiere llevar.

—¿Quién os ha hecho entender tan gran traición y maldad como ésa? Nunca tal pensé, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar el juez, que ya estuviera aquí si hubiera aceptado embarcarse en el galeón que yo le envié a Panamá. En cuanto a las armas, sabed que el otro día salí de caza, y entre cuantos íbamos ninguno llevaba lanza; y mandé a mis criados que comprasen una, y ellos mercaron cuatro. ¡Plegue a Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin, y Dios ayude a la verdad!

Por algo se ha dicho que *del enemigo el consejo.* Quizá habría Pizarro evitado su infausto fin, si, como se lo indicaba el astuto Rada, hubiese en el acto desterrado a Almagro.

La plática continuó en tono amistoso, y al despedirse Rada, le obsequió Pizarro seis higos que él mismo cortó por su mano del árbol, y que eran de los primeros que se producían en Lima.

Con esta entrevista pensó don Francisco haber alejado todo peligro, y siguió despreciando los avisos que constantemente recibía.

En la tarde del 25 de junio, un clérigo le hizo decir que, bajo secreto de confesión, había sabido que los almagristas trataban de asesinarlo, y muy en breve.

—*Ese clérigo, obispado quiere* —respondió el marqués; y con la confianza de siempre, fue sin escolta a paseo y al juego de pelota y bochas, acompañado de Nicolás de Rivera el Viejo.

Al acostarse, el pajecillo que le ayudaba a desvestirse le dijo:

—Señor marqués, no hay en las calles más novedad sino que los de Chile quieren matar a su señoría.

—¡Eh! Déjate de bachillerías, rapaz, que esas cosas no son para ti —le interrumpió Pizarro.

Amaneció el domingo 26 de junio, y el marqués se levantó algo preocupado.

A las nueve llamó al alcalde mayor, Juan de Velázquez, y recomendóle que procurase estar al corriente de los planes de los de Chile, y que si barruntaba algo de gravedad, procediese sin más acuerdo a la prisión del caudillo y de sus principales amigos. Velázquez le dio esta respuesta, que las consecuencias revisten de algún chiste:

—Descuide vuestra señoría, que mientras yo tenga en la mano esta vara ¡juro a Dios que ningún daño ha de venir!

Contra su costumbre, no salió Pizarro a misa, y mandó que se la dijesen en la capilla de palacio.

Parece que Velázquez no guardó, como debía, reserva con la orden del marqués, y habló de ella con el tesorero Alonso Riquelme y algunos otros. Así llegó a noticia de Pedro San Millán, quien se fue a casa de Rada, donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabía, y añadió: —Tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana, hoy nos hacen cuartos.

Mientras los demás se esparcían por la ciudad a llenar diversas comisiones, Juan de Rada, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Pedro de San Millán, Juan de Porras, Gómez Pérez, Arbolancha, Narváez y otros, hasta completar diez y nueve conjurados, salieron precipitadamente del callejón de los Clérigos (y no del de Petateros, como cree el vulgo) en dirección a palacio. Gómez Pérez dio un pequeño rodeo, para no meterse en un charco, y Juan de Rada lo apostrofó:

¿Vamos a bañarnos en sangre humana, y está cuidando vuesa merced de no mojarse los pies? Andad y volveos, que no servís para el caso.

Más de quinientas personas, paseantes o que iban a la misa de doce, había a la sazón en la plaza, y permanecieron impasibles mirando el grupo Algunos maliciosos se limitaron a decir: —Esos van a matar al marqués o a Picado.

El marqués, gobernador y capitán general del Perú don Francisco Pizarro se hallaba en uno de los salones del palacio en tertulia con el obispo electo de Quito, el alcalde Velázquez y hasta quince amigos más, cuando entró un paje gritando: —Los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor.

La confusión fue espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardín, y otros se descolgaron por las ventanas a la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velázquez, que para mejor asirse de la balaustrada, se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que había hecho tres horas antes; visto que si el marqués se hallaba en atrenzos, era porque él no tenía la vara en la mano, sino en la boca.

Pizarro, con la coraza mal ajustada, pues no tuvo espacio para acabarse de armar, la capa terciada a guisa de escudo y su espada en la mano, salió a oponerse a los conjurados, que ya habían muerto a un capitán y herido a tres o cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, a pesar de sus sesenta y cuatro años, se batía con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar del dintel de una puerta, defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros, que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¿Por qué me queréis matar? ¡Qué vergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa! —gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada; y a tiempo que hería a uno de los conjurados, que Rada había empujado sobre él, Martín de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú sólo pronunció una palabra: «¡Jesús!», y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo, y besándola.

Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y don Francisco Pizarro exhaló el último aliento.

Con él murieron Martín de Alcántara y los dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron más tarde sacar el cuerpo de Pizarro y arrastarlo por la plaza, pero los ruegos del obispo de Quito y el prestigio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo; le vistieron el hábito de Santiago sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido; abrieron una sepultura en el terreno de la que hoy es catedral, en el patio que aún se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón de terciopelo con broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro, bajo el altar mayor de la catedral. Por lo menos, tal es la general creencia.

Realizado el asesinato, salieron sus autores a la plaza, gritando: «¡Viva el rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Viva Almagro! ¡Póngase la tierra en justicia!» Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfacción, diciendo: «¡Dichoso día en el que se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador!».

Inmediatamente fueron presos Jerónimo de Aliaga, el factor Illán Suárez de Carbajal, el alcalde del Cabildo Nicolás de Rivera el Viejo y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botín de la primera se estimó en cien mil pesos; el de la segunda, en quince mil pesos, y el de la última, en cuarenta mil.

A las tres de la tarde, más de doscientos almagristas habían creado un nuevo Ayuntamiento; instalado a Almagro el Mozo en palacio con título de gobernador, hasta que el rey proveyese otra cosa; reconocido a Cristóbal Sotelo por su teniente gobernador, y conferido a Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced, que, así en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesión y se apresuraron a reconocer el nuevo gobierno. Gran papel desempeñaron siempre los frailes en las contiendas de los conquistadores. Húbolos que convirtieron la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de difamación contra el bando que no era de sus simpatías. Y en prueba de la influencia que sobre la soldadesca tenían los sermones, copiaremos una carta que, en 1553, dirigió Francisco Girón al padre Baltasar Melgarejo. Dice así la carta:

«Muy magnífico y reverendo señor: Sabido he que vuesa paternidad me hace más guerra con la lengua, que no los soldados con sus armas. Merced recibiré que haya enmienda en el negocio, porque de otra manera, dándome Dios victoria, forzarme ha vuesa paternidad que no mire nuestra amistad y quien vuesa paternidad es, cuya muy magnífica y reverenda persona guarde—. De este mi real de Pachacamac. — Besa la mano de vuesa paternidad su servidor. — *Francisco Hernández Girón*».

Una observación histórica. El alma de la conjuración fue siempre Rada, y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro, y el joven caudillo no tuvo en él más parte que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velázquez, consiguió hacerlo fugar su hermano el obispo del Cuzco, fray Vicente Valverde, aquel fanático de la orden dominica que tanta influencia tuvo para la captura y suplicio de Atahualpa. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir a juntarse con Vaca de Castro; pero en la isla de la Puná los indios los mataron a flechazos, junto con los otros diez y seis españoles. No sabemos a punto fijo si la Iglesia venera entre sus mártires al padre Valverde.

Velázquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no lo habrían tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de la revolución, Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme, y descubierto al día siguiente su asilo, fueron a prenderlo. Riquelme dijo a los almagristas:

—No sé dónde está el señor Picado —y con los ojos les hizo señas para que lo buscasen debajo de la cama. La pluma se resiste a hacer comentarios sobre tamaña felonía.

Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada y con anuencia de don Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró a Picado el agravio que de él hubiera recibido cuando era omnipotente cerca de Pizarro, luego le dieron tormento para que revelase dónde el marqués tenía tesoros ocultos; y, por fin, el 29 de setiembre, le cortaron la cabeza en la plaza con el siguiente pregón, dicho en voz alta por Cosme Ledesma, negro ladino, en la lengua española, a toque de caja y acompañado de cuatro soldados con picas y otros dos con arcabuces y cuerdas encendidas: —Manda Su Majestad que muera este hombre por revolvedor de estos reinos, e porque quemó e usurpó muchas provisiones reales, encubriéndolas porque venían en gran daño al marqués, e porque cohechaban e había cohechado mucha suma de pesos de oro en la tierra.

El juramento de los caballeros de la capa se cumplió al pie de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja a Antonio Picado.

III

El fin del caudillo y de los doce caballeros

No nos proponemos entrar en detalles sobre los catorce meses y medio que Almagro el Mozo se mantuvo como caudillo, ni historiar la campaña que, para vencerlo, tuvo que emprender Vaca de Castro. Por eso, a grandes rasgos hablaremos de los sucesos.

Con escasas simpatías entre los vecinos de Lima, vióse don Diego forzado a abandonar la ciudad para reforzarse en Guamanga y el Cuzco, donde contaba con muchos partidarios. Días antes de emprender la retirada, se le presentó Francisco de Chaves exponiéndole una queja, y no recibiendo reparación de ella, le dijo: —No quiero ser más tiempo vuestro amigo, y os devuelvo la espada y el caballo—. Juan de Rada lo arrestó por la insubordinación, y en seguida lo hizo degollar. Así concluyó uno de los caballeros de la capa.

Juan de Rada, gastado por los años y las fatigas, murió en Jauja al principiarse la campaña. Fue éste un golpe fatal para la causa revolucionaria. García de Alvarado lo reemplazó como general, y Cristóbal de Sotelo fue nombrado maese de campo.

En breve estalló la discordia entre los dos jefes del ejército, y hallándose Sotelo enfermo en cama, fue García de Alvarado a pedirle satisfacción por ciertas hablillas: —No me acuerdo haber dicho nada de vos ni de

los Alvarado —contestó el maese de campo—; pero si algo he dicho, lo vuelvo a decir, porque, siendo quien soy, se me da una higa de los Alvarado; y esperad a que me abandone la fiebre que me trae postrado para demandarme más explicaciones con la punta de la espada Entonces el impetuoso García de Alvarado cometió la villanía de herirlo, y uno de sus parciales lo acabó de matar. Tal fue la muerte del segundo caballero de la capa.

Almagro el Mozo habría querido castigar en el acto al aleve matador, pero la empresa no era hacedera. García de Alvarado, ensoberbecido con su prestigio sobre la soldadesca, conspiraba para deshacerse de don Diego, y luego, según le conviniese, batir a Vaca de Castro o entrar en acuerdo con él. Almagro disimuló mañosamente, inspiró confianza a Alvarado, y supo atraerlo a un convite que daba en el Cuzco Pedro de San Millán. Allá, en medio de la fiesta, un confidente de don Diego se echó sobre don García diciéndole:

—¡Sed preso!

—Preso no, sino muerto —añadió Almagro, y le dio una estocada, acabándole de matar los otros convidados.

Así desaparecieron tres de los caballeros de la capa antes de presentar batalla al enemigo. Estaba escrito que todos habían de morir de muerte violenta y bañados en su sangre.

Entre tanto, se aproximaba el momento decisivo, y Vaca de Castro hacía a Almagro proposiciones de paz y promulgaba un indulto, del que sólo estaban exceptuados los nueve caballeros de la capa que aún vivían, y dos o tres españoles más.

El domingo 16 de setiembre de 1542 terminó la guerra civil con la sangrienta batalla de Chupas. Almagro, al frente de quinientos hombres, fue casi vencedor de los ochocientos que seguían la bandera de Vaca de Castro. Durante la primera hora, la victoria pareció inclinarse del lado del joven caudillo; pues Diego de Hoces, que mandaba un ala de su ejército, puso en completa derrota una división contraria. Sin el arrojo de Francisco Carbajal [1], que restableció el orden en las filas de Vaca de Castro, y más que esto, sin la impericia o traición de Pedro de Candía, que mandaba la artillería almagrista, el triunfo de los de Chile era seguro.

El número de muertos por ambas partes pasó de doscientos cuarenta, y el de los heridos fue también considerable. Entre tan reducido número de combatientes sólo se explica un encarnizamiento igual teniendo en cuenta que los almagristas tuvieron por su caudillo el mismo fanático entusiasmo que habían profesado al mariscal su padre; y ya es sabido que el fanatismo por una causa ha hecho siempre los héroes y los mártires

[1] *Francisco de Carbajal:* A este conquistador dedica Palma una serie de tradiciones recogidas en el volumen *El Demonio de los Andes* (Nueva York): Imprenta de "Las Novedades", 1883) y en la sexta serie de *Tradiciones*. V. *Los tres motivos del oidor*

Aquéllos sí eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener gran corazón. Los combates terminaban cuerpo a cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito.

Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja, y eran más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete o arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la mecha La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros o falconetes, si para algo servían era para meter ruido como los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues no conociéndose aun escalas de puntería, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, así el mandria como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma o pluma; y ello, al fin, debe ser un consuelo que se lleva el alma al otro barrio. Decididamente, hogaño una bala de cañón es una bala científica, que nace educada y sabiendo a punto fijo dónde va a parar. Esto es progreso, y lo demás es chiribitas y agua de borrajas.

Perdida toda esperanza de triunfo, Martín de Bilbao y Jerónimo de Almagro no quisieron abandonar el campo, y se lanzaron entre los enemigos gritando: —¡A mí, que yo maté al marqués! En breve cayeron sin vida. Sus cadáveres fueron descuartizados al día siguiente.

Pedro de San Millán, Martín Carrillo y Juan Tello fueron hechos prisioneros, y Vaca de Castro los mandó degollar en el acto.

Diego de Hoces, el bravo capitán que tan gran destrozo causara en las tropas realistas, logró escapar del campo de batalla, para ser pocos días después degollado en Guamanga.

Juan Rodríguez Barragán, que había quedado por teniente gobernador en el Cuzco, fue apresado en la ciudad y se le ajustició. Las mismas autoridades que creó don Diego, al saber su derrota, se declararon por el vencedor para obtener indultos y mercedes.

Diego Méndez y Gómez Pérez lograron asilarse cerca del Inca Manco, que, protestando contra la conquista, conservaba en las crestas de los Andes un grueso ejército de indios. Allí vivieron hasta fines de 1544. Habiendo un día Gómez Pérez tenido un altercado con el Inca Manco, mató a éste a puñaladas, y entonces los indios asesinaron a los dos caballeros y a cuatro españoles más que habían buscado refugio entre ellos.

Almagro el Mozo peleó con desesperación hasta el último momento, en que, decidida la batalla, lanzó su caballo sobre Pedro de Candía, y diciéndole «¡Traidor!», lo atravesó con su lanza. Entonces Diego de Méndez lo forzó a emprender la fuga para ir a reunirse con el Inca, y habríalo logrado si a Méndez no se le antojara entrar en el Cuzco para despedirse de su querida. Por esta imprudencia fue preso el valeroso mancebo, logrando Méndez escapar para morir más tarde, como ya hemos referido, a manos de los indios.

Se formalizó proceso, y don Diego salió condenado. Apeló del fallo a la Audiencia de Panamá y al rey, y la apelación le fue denegada. Entonces dijo con entereza: —Emplazo a Vaca de Castro ante el tribunal de Dios, donde seremos juzgados sin pasión; y pues muero en el lugar donde degollaron a mi padre, ruego sólo que me coloquen en la misma sepultura, de bajo de su cadáver.

Recibió la muerte—dice un cronista que presenció la ejecución—con ánimo valiente. No quiso que le vendasen los ojos por fijarlos, hasta su pos trer instante, en la imagen del Crucificado; y, como lo había pedido, se le dio la misma tumba que al mariscal su padre.

Era este joven de veinticuatro años de edad, nacido de una india noble de Panamá, de talla mediana, de semblante agraciado, gran jinete, muy esforzado y diestro en las armas; participaba de la astucia de su progenitor, excedía en la liberalidad de su padre, que fue harto dadivoso, y como él, sabía hacerse amar con locura de sus parciales.

Así, con el triste fin del caudillo y de los caballeros de la capa, quedó exterminado en el Perú el bando de los de Chile.

LAS OREJAS DEL ALCALDE

(Crónica de la época del segundo virrey del Perú)

I

La villa imperial de Potosí era, a mediados del siglo XVI, el punto adonde de preferencia afluían los aventureros. Así se explica que, cinco años después de descubierto el rico mineral, excediese su población de veinte mil almas.

Pueblo minero —dice el refrán—, *pueblo vicioso y pendenciero.* Y nunca tuvo refrán más exacta verdad que tratándose de Potosí en los dos primeros siglos de la conquista.

Concluía el año de gracia de 1550, y era alcalde mayor de la villa el licenciado don Diego de Esquivel, hombre atrabiliario y codicioso, de quien cuenta la fama que era capaz de poner en subasta la justicia, a trueque de barras de plata.

Su señoría era también goloso de la fruta del paraíso, y en la imperial villa se murmuraba mucho acerca de sus trapisondas mujeriegas. Como no se había puesto nunca en el trance de que el cura de la parroquia le leyese la famosa epístola de San Pablo, don Diego de Esquivel hacía gala de pertenecer al gremio de los solterones, que tengo para mí constituye, si no una plaga social, una amenaza contra la propiedad del prójimo. Hay quien afirma que los comunistas y los solterones son bípedos que se asimilan.

Por entonces hallábase su señoría encalabrinado con una muchacha potosina; pero ella, que no quería dares ni tomares con el hombre de la ley, lo había muy cortésmente despedido, poniéndose bajo la salvaguardia de un soldado de los tercios de Tucumán, guapo mozo, que se derretía de amor por los hechizos de la damisela. El golilla ansiaba, pues, la ocasión de vengarse de los desdenes de la ingrata, a la par que del favorecido mancebo

Como el diablo nunca duerme, sucedió que una noche se armó gran pendencia en una de las muchas casas de juego que, en contravención a las ordenanzas y bandos de la autoridad, pululaban en la calle de *Quintu Mayu* Un jugador, novicio en prestidigitación y que carecía de limpieza para le-

vantar la *moscada,* había dejado escapar tres dados en una apuesta de interés; y otro cascarrabias, desnudando el puñal, le clavó la mano en el tapete. A los gritos y a la sanfrancia correspondiente, hubo de acudir la ronda, y con ella el alcalde mayor, armado de vara y espadín

—¡Cepos quedos, y a la cárcel! —dijo.

Y los alguaciles, haciéndose compadres de los jugadores, como es de estilo en percances tales, los dejaron escapar por los desvanes, limitándose, para llenar el expediente, a echar la zarpa a dos de los menos listos.

No fue bobo el alegrón de don Diego cuando, constituyéndose al otro día en la cárcel, descubrió que uno de los presos era su rival soldado de los tercios de Tucumán.

—¡Hola, hola, buena pieza! ¿Conque también jugadorcito?

—¡Qué quiere vueseñoría! Un pícaro dolor de dientes me traía anoche como un zarandillo, y por ver de aliviarlo, fui a esa casa en requerimiento de un mi paisano que lleva siempre en la escarcela un par de muelas de Santa Apolonia, que diz que curan esa dolencia como por ensalmo.

—¡Ya te daré yo ensalmo, truhán! —murmuró el juez, y volviéndose al otro preso, añadió—: Ya saben usarcedes lo que reza el bando: cien duros o una docena de azotes. A las doce daré la vuelta y... ¡cuidadito!

El compañero de nuestro soldado envió recado a su casa y se agenció las monedas de la multa, y cuando regresó el alcalde halló redonda la suma.

—Y tú, malandrín, ¿pagas o no pagas?

—Yo, señor alcalde, soy pobre de solemnidad; y vea vueseñoría lo que provee, porque aunque me hagan cuartos, no han de sacarme un cuarto. Perdone, hermano, no hay que dar.

—Pues la carrera de baqueta lo hará bueno.

—Tampoco puede ser, señor alcalde; que aunque soldado, soy hidalgo, y de solar conocido, y mi padre es todo un veinticuatro de Sevilla. Infórmese de mi capitán, don Alvaro Castrillón, y sabrá vueseñoría que gasto un don como el mismo rey, que Dios güarde.

—¿Tú hidalgo, don bellaco? Maese Antúnez, ahora mismo que le apliquen doce azotes a este príncipe.

—Mire el señor licenciado lo que manda, que, ¡por Cristo!, no se trata tan ruinmente a un hidalgo español.

—¡Hidalgo! ¡Hidalgo! Cuéntemelo por la otra oreja.

—Pues, señor don Diego —repuso furioso el soldado—, si se lleva adelante esa cobarde infamia, juro a Dios y a Santa María que he de cobrar venganza en sus orejas de alcalde.

El licenciado le lanzó una mirada desdeñosa, y salió a pasearse por el patio de la cárcel.

Poco después el carcelero Antúnez, con cuatro de sus pinches o satélites, sacaron al hidalgo aherrojado, y en presencia del alcalde le administraron doce bien sonados zurriagazos. La víctima soportó el dolor sin exhalar la más mínima queja, y terminado el vapuleo, Antúnez lo puso en libertad.

—Contigo, Antúnez, no va nada —le dijo el azotado—; pero anuncia al alcalde que desde hoy las orejas que lleva me pertenecen, que se las presto por un año y que me las cuide como a mi mejor prenda.

El carcelero soltó una risotada estúpida, y murmuró:

—A este prójimo se le ha barajado el seso. Si es loco furioso, no tiene el licenciado más que encomendármelo, y veremos si sale cierto aquello de que el loco por la pena es cuerdo.

II

Hagamos una pausa, lector amigo, y entremos en el laberinto de la historia, ya que en esta serie de *Tradiciones* nos hemos impuesto la obligación de consagrar algunas líneas al virrey con cuyo gobierno se relaciona nuestro relato.

Después de la trágica suerte que cupo al primer virrey don Blasco Núñez de Vela, pensó la corte de España que no convenía enviar inmediatamente al Perú otro funcionario de tan elevado carácter. Por el momento, e investido con amplísimas facultades y firmas en blanco de Carlos V llegó a estos reinos el licenciado La Gasca con el título de gobernador; y la historia nos refiere que, más que a las armas, debió a su sagacidad y talento la victoria contra Gonzalo Pizarro.

Pacificado el país, el mismo La Gasca manifestó al emperador la necesidad de nombrar un virrey para el Perú, y propuso para este cargo a don Antonio de Mendoza, marqués de Mondéjar, conde de Tendilla, como hombre amaestrado ya en cosas de gobierno, por haber desempeñado el virreinato de México.

Hizo su entrada en Lima con modesta pompa el marqués de Mondéjar, segundo virrey del Perú, el 23 de septiembre de 1551. El reino acababa de pasar por los horrores de una larga y desastrosa guerra, las pasiones de partido estaban en pie, la inmoralidad cundía, y Francisco Girón se aprestaba ya para acaudillar la sangrienta revolución de 1553.

No eran ciertamente halagüeños los auspicios bajo los que se encargó del mando el marqués de Mondéjar. Principió por adoptar una política conciliadora, rechazando —dice un historiador— las denuncias de que se alimenta la persecución. «Cuéntase de él —agrega Lorente [1]— que habiendo un capitán acusado a dos soldados de andar entre indios, sosteniéndose con la caza y haciendo pólvora para su uso exclusivo, le dijo con rostro severo:

—Esos delitos merecen más bien gratificación que castigo; porque vivir dos españoles entre indios y comer de lo que con sus arcabuces matan, y hacer pólvora para sí y no para vender, no sé qué delito sea, sino mucha vir

[1] *Lorente*: Sebastián Lorente (1813-1884), historiador y educador español, autor de varios trabajos sobre la época colonial, fuente de varias tradiciones de Palma.

tud y ejemplo digno de imitarse. Id con Dios, y que nadie me venga otro día con semejantes chismes, que no gusto de oírlos.

¡Ojalá siempre los gobernantes diesen tan bella respuesta a los palaciegos enredadores, denunciantes de oficio y forjadores de revueltas y de máquinas infernales! Mejor andaría el mundo.

Abundando en buenos propósitos, muy poco alcanzó a ejecutar el marqués de Mondéjar. Comisionó a su hijo don Francisco para que, recorriendo el Cuzco, Chucuito, Potosí y Arequipa, formulase un informe sobre las necesidades de la raza indígena; nombró a Juan Betanzos para que escribiera una historia de los Incas; creó la guardia de alabarderos; dictó algunas juiciosas ordenanzas sobre policía municipal de Lima, y castigó con rigor a los duelistas y sus padrinos. Los desafíos, aun por causas ridículas, eran la moda de la época, y muchos se realizaban vistiendo los combatientes túnicas de color de sangre.

Provechosas reformas se proponía implantar el buen don Antonio de Mendoza. Desgraciadamente, sus dolencias embotaban la energía de su espíritu, y la muerte lo arrebató en julio de 1552, sin haber completado diez meses de gobierno. Ocho días antes de su muerte, el 21 de julio, se oyó en Lima un espantoso trueno, acompañado de relámpagos, fenómeno que desde la fundación de la ciudad se presentaba por primera vez.

III

Al siguiente día, don Cristóbal de Agüero, que tal era el nombre del soldado, se presentó ante el capitán de los tercios tucumanos, don Alvaro Castrillón, diciéndole:

—Mi capitán, ruego a usía me conceda licencia para dejar el servicio. Su Majestad quiere soldados con honra, y yo la he perdido.

Don Alvaro, que distinguía mucho al de Agüero, le hizo algunas observaciones que se estrellaron en la inflexible resolución del soldado. El capitán accedió al fin a su demanda.

El ultraje inferido a don Cristóbal había quedado en el secreto, pues el alcalde prohibió a los carceleros que hablasen de la azotaina. Acaso la conciencia le gritaba a don Diego que la vara de juez le había servido para vengar en el jugador los agravios del galán.

Y así corrieron tres meses, cuando recibió don Diego pliegos que lo llamaban a Lima para tomar posesión de una herencia; y obtenido permiso del corregimiento principió a hacer sus aprestos de viaje.

Paseábase por Cantumarca en la víspera de su salida, cuando se le acercó un embozado, preguntándole:

—¿Mañana es el viaje, señor licenciado?

—¿Le importa algo al muy impertinente?

—¿Que si me importa? ¡Y mucho! Como que tengo que cuidar esas orejas.

Y el embozado se perdió en una callejuela, dejando a Esquivel en un mar de cavilaciones.

En la madrugada emprendió su viaje al Cuzco. Llegado a la ciudad de los Incas, salió el mismo día a visitar a un amigo, y al doblar una esquina, sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Volvióse sorprendido don Diego, y se encontró con su víctima de Potosí.

No se asuste, señor licenciado. Veo que esas orejas se conservan en su sitio y huélgome de ello.

Don Diego se quedó petrificado.

Tres semanas después llegaba nuestro viajero a Guamanga, y acababa de tomar posesión en la posada cuando al anochecer llamaron a la puerta.

—¿Quién?—preguntó el golilla.

—¡Alabado sea el Santísimo!—contestó el de fuera.

—Por siempre alabado, amén—y se dirigió don Diego a abrir la puerta.

Ni el espectro de Banquo en los festines de Macbeth, ni la estatua del Comendador en la estancia del libertino Don Juan, produjeron más asombro que el que experimentó el alcalde, hallándose de improviso con el flagelado de Potosí.

—Calma, señor licenciado. ¿Esas orejas no sufren deterioro? Pues entonces, hasta más ver.

El terror y el remordimiento hicieron enmudecer a don Diego.

Por fin, llegó a Lima, y en su primera salida encontró a nuestro hombre fantasma, que ya no le dirigía la palabra, pero que le lanzaba a las orejas una mirada elocuente. No había medio de esquivarlo. En el templo y en el paseo era el pegote de su sombra, su pesadilla eterna.

La zozobra de Esquivel era constante y el más leve ruido le hacía estremecer. Ni la riqueza, ni las condecoraciones que, empezando por el virrey, le dispensaba la sociedad de Lima, ni los festines, nada, en fin, era bastante para calmar sus recelos. En su pupila se dibujaba siempre la imagen del tenaz perseguidor.

Y así llegó el aniversario de la escena de la cárcel.

Eran las diez de la noche, y don Diego, seguro de que las puertas de su estancia estaban bien cerradas, arrellanado en su sillón de baqueta, escribía su correspondencia a la luz de una lámpara mortecina. De repente un hombre se descolgó cautelosamente por una ventana del cuarto vecino, dos brazos nervudos sujetaron a Esquivel, una mordaza ahogó sus gritos y fuertes cuerdas ligaron su cuerpo al sillón.

El hidalgo de Potosí estaba delante, y un agudo puñal relucía en sus manos.

Señor alcalde mayor —le dijo—, hoy vence el año y vengo por mi honra

Y con salvaje serenidad rebanó las orejas del infeliz licenciado

IV

Don Cristóbal de Agüero logró trasladarse a España, burlando la persecución del virrey marqués de Mondéjar, solicitó una audiencia de Carlos V, lo hizo juez de su causa, y mereció, no sólo el perdón del soberano, sino el título de capitán de un regimiento que se organizaba para México.

El licenciado murió un mes después, más que por consecuencia de las heridas, de miedo al ridículo de oírse llamar el *Desorejado.*

UN PRONOSTICO CUMPLIDO

(Crónica de los virreyes Marqués de Cañete y Conde de Nieva)

I

Ni la tragedia de Saxahuamán, en que se levantó el cadalso para el *muy magnífico* don Gonzalo Pizarro y su bravo maese de campo Francisco de Carbajal, ni el sangriento fin del capitán Francisco Girón, ahorcado algunos años después en la plaza de Lima, alcanzaron a extinguir en el virreinato los motivos de civil discordia. En todos los pueblos del Perú existían dispersos y pronto a ponerse en combustión, tan luego como apareciese un hombre audaz y con sobrada inteligencia para darles dirección, infinitos elementos de anarquía.

Carlos V, en vísperas de encerrarse ya en el monasterio de Yuste y en vista de los circunstanciados informes que recibió de las colonias, llegó a convencerse del peligro en que estaba de perder con el Perú el más bello florón de su corona. Para conjurar la amenazadora tormenta, confirió amplios poderes a don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y el título de virrey que el conde de Casa Palma no había querido admitir. No se engañó el monarca en la elección de su representante, de quien dice un concienzudo historiador que unía la prudencia de La Gasca a la de Blasco Núñez de Vela.

Antes de hacer su entrada en Lima, entrada que se verificó con solemnidad no vista hasta entonces, pasó el marqués de Cañete un oficio al Cabildo, en el cual daba a sus miembros el tratamiento de *nobles señores*. Su antecesor, el débil don Antonio de Mendoza, los había acostumbrado al título de *muy nobles señores*. Alguna agitación produjo el oficio entre los cabildantes, azuzándola los tenientes de la rebeldía de Girón, que persistían en traer revuelto al país. Uno de los sempiternos bochincheros, Martín de Robles, dijo en pleno Cabildo:

—Que venga el señor virrey, que ya le enseñaremos a tener crianza.

Y, en efecto, llegó el virrey, y su primer paso fue cortar por lo sano, mandando matar a todos los trastornadores, inclusive Robles, dándosele

un bledo del indulto que les había acordado la Real Audiencia por sus pasados extravíos.

Estos actos de severa justicia, y la sagacidad con que supo atraerse al Inca don Cristóbal Sayri Tupac, heredero del imperio de Atahualpa, y que desde la sierra mantenía en alarma a los españoles, pusieron a raya a los turbulentos, y don Andrés pudo consagrarse con tranquilidad a la organización del virreinato. Cuentan que convidado con Cristóbal a un banquete que en obsequio suyo dió el arzobispo, tomó entre los dedos una hilacha del fleco del mantel y dijo, aludiendo a que sólo se le había dejado el cacicazgo de Urubamba: —Todo el mantel fue mío, y hoy apenas si es mía esta hilachita.

Datan de esta época las fundaciones de la villa de Cañete y de la ciudad de Cuenca.

Por entonces se ensayó desaguar la célebre laguna de Urcos con el propósito de extraer de ella la cadena de oro del Inca; se trajeron del Cuzco las momias de varios monarcas, a las que se enterró en el patio del hospital de San Andrés, y se celebraron con mucha pompa, en toda América, los funerales del emperador Carlos V.

Pero el marqués de Cañete, a quien tanto debía su soberano, confiaba demasiado en el reconocimiento de Felipe II. Los enemigos que por llenar su misión se había creado eran numerosos e influyentes en la corte, y alcanzaron del ingrato monarca que don Andrés fuese relevado desairosamente. El rey no tuvo en cuenta sus servicios ni los de su hijo don García, que tan bizarramente había vengado en Chile a Pedro de Valdivia, sacrificado por los araucanos, y nombró virrey del Perú al conde de Nieva, don Diego López de Zúñiga y Velasco.

Era éste el hombre con menos dotes de mando que podía encontrarse. Apenas llegado a Panamá, principió a difamar al anciano marqués y a constituirse en eco de las acusaciones de los descontentos. Hurtado de Mendoza se había anticipado a enviar un emisario que lo recibiese en el istmo, y cuentan que entre los dos sólo se cambiaron estas palabras:

—S. E. el marqués de Cañete me manda cerca de V. E. para...

El conde de Nieva no dejó continuar su arenga al emisario, pues, montando en ira, le interrumpió:

—Entienda, señor capitán, que aquí no hay más excelencia que yo, y que el sandio del marqués tiene que adueñarse desde hoy, si le place, del tratamiento de señoría. Y andad y decid a vuestro amo que así lo tengo por sabido.

El emisario regresó inmediatamente a Lima, mientras el nuevo virrey se detenía visitando algunos pueblos del Norte.

Verdad inconcusa es que hasta en el cielo se da importancia a lisonjeros tratamientos. El cristiano que, en la gloria eterna, aspire a hacerse simpático, tiene que empezar por aplaudir, con más entusiasmo que en el teatro, los gorgoritos de los serafines, y no tropezar con San José sin dar un par de ósculos bien sonados a la varilla de azucenas que en la mano lleva

A cada santo ha de hacerle respetuosa genuflexión, añadiendo la obligada frase de· —Beso a su merced los pies—. Por supuesto, que no ha de dirigir la palabra a la Madre de Dios sin llamarla antes *turris eburnea* y *regina coeli*, ¡y guay de él si no exclama por tres veces al encontrarse con el Padre Eterno· *Sanctus!... Sanctus!... Sanctus!* Tal es la opinión de un escritor ilustre, que sostiene ser la lisonja claro indicio de buena educación en el hombre, y que escuchar piropos es gratísimo no sólo a oídos humanos, sino hasta a los divinos.

El marqués de Cañete, que no quiso halagar la vanidad de los cabildantes dándoles el tratamiento a que su antecesor los había acostumbrado, iba a pasar por humillación idéntica.

Grande fué la impresión que en el respetable marqués de Cañete produjeron las desatentas palabras de que le dio noticia el emisario. Su orgullo nobiliario estaba herido cruelmente. En el acto cayó enfermo, para morir pocos días antes de que entrase en Lima su sucesor, y en el delirio de la fiebre exclamaba sin cesar:

—¡Nieva! ¡Tendrás mala muerte!

El cómo se realizó la profecía del febricitante marqués es lo que verá el lector en el siguiente capítulo.

II

El gobierno de don Diego López de Zúñiga y Velasco, conde de Nieva y señor de las villas de Arnedo, Cerezos y Arenzanas, no excedió de tres años, y habría pasado sin dejar la menor huella en la historia sin el misterioso y romancesco fin que cupo a este virrey. Encontró el país como una balsa de aceite merced a las fatigas y tino de su antecesor, y gobernó como quien trata sólo de llenar el expediente. Más que en la administración, pensó en fiestas y galanteos.

Fue el conde de Nieva quien con el título de villa de Arnedo fundó el pueblo de Chancay, a doce leguas de Lima, con el propósito de establecer allí una Universidad que compitiera acaso con la de Salamanca, y comisionó a don Cristóbal Valverde para la fundación de la ciudad de Ica. Entiendo que Saña, destruida después por una inundación, fue también fundada por ese gobernante.

No encuentro en los cronistas dato alguno que interese sobre esa época, salvo el de la creación de un hospital para leprosos, que emprendió un buen hombre, conocido por Antón Sánchez, en desagravio por haberse burlado en España de su padre, llamándolo lazarino.

Era el 19 de febrero de 1564, y después de la medianoche descendía un embozado, con ayuda de una escala de cuerda, de un balcón situado en el ángulo que hoy forman la plaza de la Inquisición y la solitaria calle de los Trapitos.

Noche, balcón, escala y embozado, denuncian, a través de los siglos, asunto de faldas y amoríos: el sempiterno ¿quién es ella?, que trae al retortero este pícaro mundo desde que a Dios le vino en antojo crearlo.

La casa a que el balcón pertenecía aún era habitada por una de las familias más acaudaladas, influyentes y aristocráticas de aquella época.

Cuando faltaban al galán pocos peldaños para tocar en el suelo, se desprendió la escala del balcón, y al mismo tiempo cinco embozados principiaron a descargar, con gran fuerza, costalazos de arena sobre el caído, gritándole:

—¡Ladrón de honras!

Los criados del futuro marqués de Zárate, cuyos descendientes fueron los marqueses de Montemira y conde de Valle-Oselle, que habitaban en la casa fronteriza, en la calle que hoy mismo lleva ese nombre, despertaron a los gritos de los agresores y de la víctima, lanzándose fuera para prestar auxilio al que lo demandaba. Mas cuando llegaron al sitio sólo encontraron un cadáver.

Este era el del conde de Nieva, cuarto virrey del Perú, que había perecido oscura y traidoramente, sacrificado a la justa venganza de un esposo ofendido, cuyo nombre, según un cronista, era don Rodrigo Manrique de Lara.

Aunque los restos del virrey fueron llevados a palacio antes de amanecer, y la Audiencia procuró hacer creer al pueblo que había fallecido repentinamente en su cama, por consecuencia de un ataque de apoplejía, la verdad del caso era sabida en todo Lima.

Este virrey, como su antecesor, fué sepultado con gran pompa en la iglesia de San Francisco.

La Real Audiencia siguió, muy en secreto, causa para castigar al asesino; pero resultando comprometidos altos personajes, tomó el prudente partido de echar tierra sobre el proceso y evitar así mayor escándalo.

A luengas distancias, luengas mentiras, dice el refrán. De suponerse es cuán abultada llegaría a España la noticia, y los comentarios a que ella se prestó.

Felipe II resolvió entonces, mientras nombraba nuevo virrey, enviar al licenciado don Lope García de Castro con el título de presidente de la Audiencia, dándole el especial encargo de formar proceso al asesino y sus cómplices.

Pero al arribo del licenciado a Lima, que fue el 22 de setiembre de 1564, había muerto don Rodrigo, el principal acusado; cuatro de sus parientes, que habían sido sus cómplices, aunque del sumario no aparecían pruebas claras, eran personajes ricos y de gran significación social, y, por fin, la viuda, joven y bella, era aindamás de la rancia nobleza de Castilla, como prima segunda de su amante el virrey conde de Nieva

El presidente de la Real Audiencia lo tuvo todo en cuenta, y rompió el protocolo diciendo a sus colegas:

—Quédese esto quedo, que peor es meneallo.

LA MONJA DE LA LLAVE

(Crónica de la época del sexto y séptimo virreyes del Perú)

I

Corría el mes de mayo del año de gracia 1587.

Media noche era por filo cuando un embozado escalaba, en la calle que hoy es plaza de Bolívar, un balcón perteneciente a la casa habitada por el conquistador Nicolás de Ribera el Mozo, a quien el marqués don Francisco Pizarro había favorecido con pingües repartimientos y agraciado Carlos V con el hábito de Santiago. Quien lea el acta de fundación de Lima (18 de enero 1535) encontrará los nombres de Nicolás de Ribera el Viejo y Nicolás de Ribera el Mozo. Por la época de esta tradición, la mocedad de Ribera el Mozo era una pulla, pues nuestro poblador de la ciudad de los Reyes rayaba en los ochenta diciembres.

No se necesita inspiración apostólica para adivinar que era un galán el que así penetraba en casa de Ribera el Mozo, y que el flamante caballero santiagués debía de tener una hija hermosa y casadera.

Doña Violante de Ribera, dicho sea en puridad, era una linda limeña de ojos más negros que una mala intención, tez aterciopelada, riza y poblada cabellera, talle de sílfide, mano infantil y el pie más mono que han calzado zapaticos de raso. Contaba entonces veinticuatro abriles muy floridos; y a tal edad, muchacha de buen palmito y sin noviazgo o quebradero de cabeza, es punto menos que imposible. En vano su padre la tenía bajo la custodia de una dueña quintañona, *más gruñidora que mastín de hortelano* e incólume hasta de la sospecha de haberse ejercitado en los días de su vida en zurcir voluntades. ¡Bonita era doña Circuncisión para tolerar trapicheos, ella que cumplía con el precepto todas las mañanas y que comulgaba todos los domingos!

Pero Violante tenía un hermano nombrado don Sebastián, oficial de la escolta del virrey, el cual hermano se trataba íntimamente con el capitán de escopeteros Rui Díaz de Santillana; y como el diablo no busca sino pre-

texto para perder a las almas, aconteció que el capitancito se le entró por el ojo derecho a la niña, y que hubo entre ambos este dialoguito.

—¿Hay quien nos escuche? —No.
—¿Quieres que te diga? —Dí.
—¿Tienes un amante? —¡Yo!
—¿Quieres que lo sea? —Sí.

La honrada doña Circuncisión acostumbrada cada noche hacerse leer por su pupila la vida del santo del día, rezar con ella un rosario cimarrón, mezclado de caricias al *michimorrongo,* y, oyendo a las nueve las campanadas de la queda, apurar una jícara de soconusco acompañada de bizcochos y mantecados. Pero es el caso que Violante se daba trazas para, al descuido y con cuidado, echar en el chocolate de la dueña algunas gotas de extracto de floripondios, que producían en la beata un sueño que distaba no mucho del eterno. Así, cuando ya no se movía ni una paja en la casa ni en la calle, podía el capitán Rui Díaz, con auxilio de una escala de cuerda, penetrar en el cuarto de su amada sin temor a importuna sorpresa de la dueña.

Madre, la mi madre,
¿guardas me ponéis?
Si yo no me guardo,
no me guardaréis

dice una copla antigua, y a fe que el poeta que la compuso supo dónde tenía la mano derecha y lo que son femeniles vivezas. Y ya sabemos que

cuando dos que se quieren
se ven solitos,
se hacen unos cariños
muy rebonitos

En la noche de mayo de que hablamos al principio, apenas acabó el galán de escalar el balcón cuando un acceso de tos lo obligó a llevar a la boca su pañuelo de batista, retirándole al instante teñido en sangre, y cayendo desplomado en los brazos de la joven.

No es para nuestra antirromántica pluma pintar el dolor de Violante. Mal huésped es un cadáver en la habitación de una noble y reputada doncella

La hija de Ribera el Mozo pensó, al fin, que lo primero era esconder su falta a los ojos del anciano y orgulloso padre; y dirigiéndose al cuarto de su hermano don Sebastián, entre sollozos y lágrimas, lo informó de su comprometida situación.

Don Sebastián principió por irritarse; mas, calmándose luego, se encaminó al cuarto de Violante, echó sobre sus hombros al muerto, se descol-

gó con él por la escala del balcón, y merced a la oscuridad, ya que en esos tiempos era difícil encontrar en la calle alma viviente después de las diez de la noche, pudo depositar el cadáver en la puerta de la Concepción, cuya fábrica estaba en ese año muy avanzada.

Vuelto a su casa, ayudó a su hermana a lavar las baldosas del balcón, para hacer desaparecer la huella de la sangre; y terminada tan conveniente faena, la dijo:

—¡Ira de Dios, hermana! Por lo pronto, sólo el cielo y yo sabemos tu secreto y que has cubierto de infamia las honradas canas de Ribera el Mozo. Apréstate para encerrarte en el convento si no quieres morir entre mis manos y llevar la desesperación al alma de nuestro padre.

En aquellos tiempos se hilaba muy delgado en asuntos de honra.

Y, en efecto, algunos días después Violante tomaba el velo de novicia de la Encarnación, única congregación de monjas que, por entonces, existía en Lima.

Y por más honrar en la persona de su hija al caballero santiagués, asistió a la ceremonia como padrino de hábito el virrey del Perú, conde de Villardompardo.

No será fuera de oportunidad apuntar aquí que, a la muerte de Ribera el Mozo, fué demolida la casa, edificándose en el terreno la famosa cárcel de la Inquisición, tribunal que hasta entonces había funcionado en la casa fronteriza a la iglesia de la Merced.

II

Echemos, lector, el obligado parrafillo histórico, ya que incidentalmente nombramos al conde Villardompardo, a quien las traviesas limeñas llamaban el *Temblecón,* aludiendo a la debilidad nerviosa de sus manos.

Gobierno bien fatal fue el del Excelentísimo Sr. D. Fernando de Torres y Portugal, conde de Villardompardo, séptimo virrey del Perú por S. M. don Felipe II. Sucediendo a don Martín Enriquez, de la casa de los marqueses de Alcañices, y que antes había sido virrey de México, diríase que éste le legó también su desgracia en el mando; pues sabido es que don Martín apenas gobernó veintiún meses, si es que puede llamarse gobierno el de un hombre cuyas dolencias físicas no le permitían más que prepararse a bien morir.

En cuanto a obras públicas, parece que ambos virreyes sólo proyectaron una: adoquinar la *vía láctea.*

El terremoto que en 1582 arruinó a Arequipa, y el que en 1585 dejó a Piura y Lima en escombros; el tercer Concilio limense presidido por el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, y que se disolvió con grave escándalo, los desastres de la flota que condujo quinientos treinta hombres para colonizar Magallanes y que sucumbieron todos, menos veinte, al rigor de las privaciones y del clima; los excesos en el Pacífico del pirata inglés To-

más Cavendish; una peste de viruelas que hizo millares de víctimas en el Perú; la pérdida de las sementeras, que trajo por consecuencia una carestía tal de víveres que la fanega de trigo se vendió a diez pesos; y, por fin, la nueva del destrozo sufrido por la invencible escuadra, destinada contra la *reina virgen* Elisabeth de Inglaterra: ved en compendio la historia de don Martín Enríquez, el *Gotoso,* y de su sucesor, don Fernando de Torres, el *Temblecón.*

En los tres años de su gobierno no hizo el conde de Villardompardo sino amenguar el patronato, entrar en querellas ridículas con los inquisidores, dar pábulo a las disensiones de la Audiencia, dejar sin castigo a los defraudadores del fisco y permtir que en todas las esferas oficiales se entronizase la inmoralidad. Relevado con el segundo marqués de Cañete, retiróse el de Villardompardo a vivir en el conventillo franciscano del pueblo de la Magdalena, hasta que se le proporcionó navío para regresar a España.

III

Ajusticiado en la plaza de Lima, en diciembre de 1554, el capitán don Francisco Hernández Girón, que había alzado bandera contra el rey, su viuda, doña Mencía de Sosa, y la madre de ésta, doña Leonor Portacerrero, fundaron en 25 de marzo de 1558, y provisionalmente en la misma casa que habitaban, un monasterio en el que profesaron en breve muchas damas de la nobleza colonial. Doña Leonor fué reconocida como abadesa y doña Mencía aceptada como superiora.

La profesión de una de las hijas del mariscal Alvarado, que fue maese de campo del licenciado La Gasca en la campaña contra Gonzalo Pizarro, ocasionó un conflicto; pues realizóse con sólo el permiso del arzobispo Loayza y sin anuencia del vicario provincial agustino, que se oponía porque doña Isabel y doña Inés de Alvarado, aunque hijas de hombre tan ilustre y rico, eran mestizas.

El mariscal dotaba a cada una de sus dos hijas con veinte mil pesos y ofrecía hacer testamento a favor del monasterio Las monjas aprovecharon de un vaje al Cuzco del padre provincial para dar la profesión a doña Isabel, pues no eran para despreciadas su dote y las esperanzas de la herencia. Cuando regresó a Lima el vicario y se impuso de lo acontecido, castigó a las monjas cortándolas una manga del hábito. Todas las clases sociales se ocuparon con calor de este asunto, hasta que, aplacadas las iras del vicario, perdonó a las religiosas, devolviendo a cada una la manga de que la había despojado.

Esto influyó para que, puestas las monjas bajo la protección del arzobispo e interesándose por ellas la sociedad limeña, el virrey marqués de Salinas activase la fábrica del actual convento, al que se trasladaron las canonesas.

Los capítulos para elección de abadesa fueron siempre, hasta la época de la Independencia, muy borrascosos entre las canonesas; y por los años de 1634, siendo arzobispo de Lima el señor don Fernando de Arias Ugarte, la monja Ana María de Frías asesinó con un puñal a otra religiosa. Enviada la causa a Roma, la Congregación de cardenales condenó a la delincuente a seis años de cárcel en el monasterio, privación de voz activa y pasiva, prohibición de locutorio y ayuno todos los sábados El vulgo dice que la monja Frías fué *emparedada*, lo que no es cierto, pues en el Archivo Nacional se encuentra una copia legalizada de la sentencia expedida en Roma.

Fue éste el primer monasterio que hubo en Lima; pues el de la Concepción, fundado por una cuñada del gobernador Pizarro, y los de la Trinidad, Descalzas y Santa Clara, se erigieron durante los últimos veinticinco años del siglo de la conquista. Los de Santa Catalina, el Prado, Trinitarias y el Carmen fueron establecidos en el siglo XVII, y datan desde el pasado siglo los de Nazarenas, Mercedarias, Santa Roma y Capuchinas de Jesús y María.

Como sólo las nobles y ricas descendientes de conquistadores podían ser admitidas entre las aristocráticas canonesas de la Encarnación, pronto dispuso este monasterio de crecida renta, aparte de los donativos y protección decidida que le acordaron muchos virreyes.

Volvamos a Violante de Ribera, cuya toma de hábito y profesión solemne, que para siempre la apartaban del mundo, se realizaron con un año de intervalo en la primitiva casa de las monjas.

La tristeza dominaba el espíritu de la joven. Su corazón era de aquellos que no saben olvidar lo que amaron.

Su profunda melancolía y una llavecita de oro que pendiente de una cadenilla de plata llevaba al cuello, daban tema a las conversaciones y conjeturas de sus compañeras de claustro. Aunque monjas, no habían dejado de ser mujeres y curiosas y perdían su latín por adivinar tanto el motivo de la pena como el misterio que para ellas debía significar la cadenilla. Cansadas al fin de murmuraciones, bautizaron a Violante con el nombre de *La monja de la llave*

Y así corrió otro año, hasta que murió Violante, casi de una manera súbita, víctima de los sufrimientos morales que la devoraban

Entonces las monjas desprendieron de su cuello la misteriosa llavecita de oro, que tan intrigadas las había traído, y abrieron con ella una pequeña caja de sándalo que Violante guardaba cuidadosamente en un mueble de su celda.

La ca ita de sandalo encerraba las cartas de amor y el pañuelo ensangrentado del capitán Rui Díaz de Santillana.

LOS DUENDES DEL CUZCO

(Crónica que trata de cómo el virrey poeta entendía la justicia)

ESTA TRADICIÓN no tiene otra fuente de autoridad que el relato del pueblo. Todos la conocen en el Cuzco tal como hoy la presento. Ningún cronista hace mención de ella, y sólo en un manuscrito de rápidas apuntaciones, que abarca desde la época del virrey marqués de Salinas hasta la del duque de la Palata, encuentro las siguientes líneas:

«En este tiempo del gobierno del príncipe de Esquilache murió malamente en el Cuzco, a manos del diablo, el almirante de Castilla conocido por el descomulgado».

Como se ve, muy poca luz proporcionan estas líneas, y me afirman que en los *Anales del Cuzco* que posee inéditos el señor obispo Ochoa, tampoco se avanza más, sino que el misterioso suceso está colocado en época diversa a la que yo le asigno.

Y he tenido en cuenta para preferir los tiempos de don Francisco de Borja y Aragón no sólo la apuntación ya citada, sino la especialísima circunstancia de que, conocido el carácter del virrey poeta[1], son propias de él las espirituales palabras con que termina esta leyenda.

Hechas las salvedades anteriores en descargo de mi conciencia de cronista, pongo punto redondo y entro en materia.

I

Don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache y conde de Mavalde, natural de Madrid y caballero de las Ordenes de Santiago y Montesa, contaba treinta y dos años cuando Felipe III, que lo estimaba en mucho, lo nombró virrey del Perú. Los cortesanos criticaron el nombramiento, porque don Francisco sólo se había ocupado hasta entonces en escribir versos, galanteos y desafíos. Pero Felipe III, a cuyo regio oído, y contra la cos

[1] *virrey poeta:* V. la tradición *Una aventura del virrey-poeta.*

tumbre, llegaron las murmuraciones, dijo: «Es verdad» que es el más joven de los virreyes que hasta hoy han ido a Indias; pero en Esquilache hay cabeza, y más que cabeza, brazo fuerte».

El monarca no se equivocó. El Perú estaba amagado por flotas filibusteras, y por muy buen gobernante que hiciese don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, faltábanle los bríos de la juventud. Jorge Spitberg, con una escuadra holandesa, después de talar las costas de Chile, se dirigió al Callao. La escuadra española le salió al encuentro el 22 de julio de 1615, y después de cinco horas de reñido y feroz combate frente a Cerro Azul o Cañete, se incendió la capitana, se fueron a pique varias naves, y los piratas, vencedores, pasaron a cuchillo los prisioneros.

El virrey marqués de Montesclaros se constituyó en el Callao para dirigir la resistencia, más por llenar el deber que porque tuviese la esperanza de impedir, con los pocos y malos elementos de que disponía, el desembarco de los piratas y el consiguiente saqueo de Lima. En la ciudad de los reyes dominaba un verdadero pánico, y las iglesias no sólo se hallaban invadidas por débiles mujeres, sino por hombres que, lejos de pensar en defender como bravos sus hogares, invocaban la protección divina contra los herejes holandeses. El anciano y corajudo virrey disponía escasamente de mil hombres en el Callao, y nótese que, según el censo de 1614, el número de habitantes de Lima ascendía a 25.454.

Pero Spitberg se conformó con disparar algunos cañonazos, que le fueron débilmente contestados, e hizo rumbo para Paita. Peralta en su *Lima fundada,* y el conde de la Granja [2], en su poema de *Santa Rosa,* traen detalles sobre esos luctuosos días. El sentimiento cristiano atribuye la retirada de los piratas a milagro que realizó la Virgen limeña, que murió dos años después, el 24 de agosto de 1617.

Según unos el 18, y según otros el 23 de diciembre de 1615, entró en Lima el príncipe de Esquilache, habiendo salvado providencialmente, en la travesía de Panamá al Callao, de caer en manos de los piratas.

El recibimiento de este virrey fue suntuoso, y el Cabildo no se paró en gastos para darle esplendidez.

Su primera atención fue crear una escuadra y fortificar el puerto, lo que mantuvo a raya la audacia de los filibusteros hasta el gobierno de su sucesor, en que el holandés Jacobo L'Hermite acometió su formidable empresa pirática.

Descendiente del Papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia) y de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el príncipe de Esquilache, como años más tarde su sucesor y pariente el conde de Lemos, gobernó el Perú bajo la influencia de los jesuítas.

Calmada la zozobra que inspiraban los amagos filibusteros, don Francisco se contrajo al arreglo de la hacienda pública, dictó sabias ordenanzas

[2] *conde de la Granja:* V. el comienzo de *Lluvia de cuernos*

para los minerales de Potosí y Huancavelica, y en 20 de diciembre de 1619 erigió el tribunal del Consulado de Comercio.

Hombre de letras, creó el famoso colegio del Príncipe, para educación de los hijos de caciques, y no permitió la representación de comedias ni autos sacramentales que no hubieran pasado antes por su censura «Deber del que gobierna decía—es ser solícito por que no se pervierta el gusto»

La censura que ejercía el príncipe de Esquilache era puramente literaria, y a fe que el juez no podía ser más autorizado. En la pléyade de poetas del siglo XVII, siglo que produjo a Cervantes, Calderón, Lope, Quevedo, Tirso de Molina, Alarcón y Moreto, el príncipe de Esquilache es uno de los más notables, si no por la grandeza de la idea, por la lozanía y corrección de la forma. Sus composiciones sueltas y su poema histórico *Nápoles recuperada* bastan para darle lugar preeminente en el español Parnaso.

No es menos notable como prosador castizo y elegante. En uno de los volúmenes de la obra *Memorias de los virreyes* se encuentra la *Relación* de su época de mando, escrito que entregó a la Audiencia para que ésta lo pasase a su sucesor, don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar. La pureza de dicción y la claridad del pensamiento resaltan en este trabajo, digno en verdad, de juicio menos sintético.

Para dar idea del culto que Esquilache rendía a las letras, nos será suficiente apuntar que en Lima estableció una academia o *club* literario, como hoy decimos, cuyas sesiones tenían lugar los sábados en una de las salas de palacio. Según un escritor amigo mío y que cultivó el ramo de crónicas, los asistentes no pasaban de doce, personajes los más caracterizados en el foro, la milicia o la Iglesia. «Allí asistía el profundo teólogo y humanista don Pedro de Yarpe Montenegro, coronel de ejército; don Baltasar de Laza y Rebolledo, oidor de la Real Audiencia; don Luis de la Puente, abogado insigne; fray Baldomero Illescas, religioso franciscano, gran conocedor de los clásicos griegos y latinos; don Baltasar Moreyra, poeta, y otros cuyos nombres no han podido atravesar los dos siglos y medio que nos separan de su época. El virrey los recibía con exquisita urbanidad, y los bollos, bizcochos de garapiña, chocolate y sorbetes distraían las conferencias literarias de sus convidados. Lástima que no se hubieran extendido actas de aquellas sesiones, que seguramente serían preferibles a las de nuestros Congresos».

Entre las agudezas del príncipe de Esquilache cuentan que le dijo a un sujeto muy cerrado de mollera que leía mucho y ningún fruto sacaba de la lectura. «Déjese de libros, amigo, y persuádase que el *huevo mientras más cocido, más duro*».

Esquilache, al regresar a España en 1622, fue muy considerado del nuevo monarca Felipe IV, y murió en 1658 en la coronada villa del oso y del madroño

Las armas de la casa de Borja eran un toro de gules en campo de oro bordura de sínople y ocho brezos de oro.

Presentado el virrey poeta, pasemos a la tradición popular

II

Existe en la ciudad del Cuzco una soberbia casa conocida por la del *Almirante;* y parece que el tal almirante tuvo tanto de marino como alguno que yo me sé y que sólo ha visto el mar en pintura. La verdad es que el título era hereditario y pasaba de padres a hijos.

La casa era obra notabilísima. El acueducto y el tallado de los techos, en uno de los cuales se halla modelado el busto del almirante que la fabricó, llaman preferentemente la atención.

Que vivieron en el Cuzco cuatro almirantes lo comprueba el árbol genealógico que en 1861 presentó ante el Soberano Congreso del Perú el señor don Sixto Laza, para que se le declarase legítimo y único representante del Inca Huáscar, con derecho a una parte de las huaneras, al ducado de Medina de Ríoseco, al marquesado de Oropesa y varias otras gollerías. ¡Carillo iba a costarnos el gusto de tener príncipe en casa! Pero conste, para cuando nos cansemos de la república, teórica o práctica, y proclamemos, por variar de plato, la monarquía, absoluta o constitucional, que todo puede suceder, Dios mediante y el trotecito trajinero que llevamos.

Refiriéndose a ese árbol genealógico, el primer almirante fue don Manuel de Castilla, el segundo don Cristóbal de Castilla Espinosa y Lugo, al cual sucedió su hijo don Gabriel de Castilla Vázquez de Vargas, siendo el cuarto y último don Juan de Castilla y González, cuya descendencia se pierde en la rama femenina.

Cuéntase de los Castilla, para comprobar lo ensoberbecidos que vivían de su alcurnia, que cuando rezaban el Avemaría usaban esta frase: *Santa María, Madre de Dios, parienta y señora nuestra, ruega por nos.*

Las armas de los Castilla eran: escudo tronchado; el primer cuartel en gules y castillo de oro aclarado de azur; el segundo de plata, con león rampante de gules y banda de sinople con dos dragantes también de sinople.

Aventurado sería determinar cuál de los cuatro es el héroe de la tradición, y en esta incertidumbre puede el lector aplicar el mochuelo a cualquiera, que de fijo no vendrá del otro barrio a querellarse de calumnia.

El tal almirante era hombre de más humos que una chimenea, muy pagado de sus pergaminos y más tieso que su almidonada gorguera. En el patio de la casa ostentábase una magnífica fuente de piedra, a la que el vecindario acudía para proveerse de agua, tomando al pie de la letra el refrán de que *agua y candela a nadie se niegan.*

Pero una mañana se levantó su señoría con un humor de todos los diablos y dio orden a sus fámulos para que moliesen a palos a cualquier bicho de la canalla que fuese osado a atravesar los umbrales en busca de elemento refrigerador.

Una de las primeras que sufrió el castigo fue una pobre vieja lo que produjo algún escándalo en el pueblo.

Al otro día el hijo de ésta, que era un joven clérigo que servía la parroquia de San Jerónimo, a pocas leguas del Cuzco, llegó a la ciudad y se

impuso del ultraje inferido a su anciana madre. Dirigióse inmediatamente a casa del almirante; y el hombre de los pergaminos lo llamó hijo de cabra y vela verde, y echó verbos y gerundios, sapos y culebras por esa aristocrática boca, terminando por darle una soberana paliza al sacerdote

La excitación que causó el atentado fue inmensa. Las autoridades no se atrevían a declararse abiertamente contra el magnate y dieron tiempo al tiempo, que a la postre todo lo calma. Pero la gente de iglesia y el pueblo declararon excomulgado al orgulloso almirante.

El insultado clérigo, pocas horas después de recibido el agravio, se dirigió a la Catedral y se puso de rodillas a orar ante la imagen de Cristo, obsequiada a la ciudad por Carlos V. Terminada su oración dejó a los pies del Juez Supremo un memorial exponiendo su queja y demandando la justicia de Dios, persuadido que no había de lograrla de los hombres. Diz que volvió al templo al siguiente día y recogió la querella proveída con un decreto marginal de *Como se pide: se hará justicia* Y así pasaron tres meses, hasta que un día amaneció frente a la casa una horca, y pendiente de ella el cadáver del excomulgado, sin que nadie alcanzara a descubrir los autores del crimen por mucho que las sospechas recayeron sobre el clérigo, quien supo, con numerosos testimonios, *probar la coartada.*

En el proceso que se siguió declararon dos mujeres de la vecindad que habían visto un grupo de hombres *cabezones y chiquirriticos,* vulgo duendes, preparando la horca; y que cuando ésta quedó alzada, llamaron por tres veces a la puerta de la casa, la que se abrió al tercer aldabonazo. Poco después el almirante, vestido de gala, salió en medio de los duendes, que sin más ceremonia lo suspendieron como un racimo.

Con tales declaraciones la justicia se quedó a oscuras, y no pudiendo proceder contra los duendes, pensó que era cuerdo el sobreseimiento.

Si el pueblo cree como artículo de fe que los duendes dieron fin del excomulgado almirante, no es un cronista el que ha de meterse en atolladeros para convencerlo de lo contrario, por mucho que la gente descreída de aquel tiempo murmurara por lo bajo que todo lo acontecido era obra de los jesuitas, para acrecer la importancia y respeto debidos al estado sacerdotal.

III

El intendente y los alcaldes del Cuzco dieron cuenta de todo al virrey, quien después de oír leer el minucioso informe, le dijo a su secretario.

—¡Pláceme el tema para un romance moruno! ¿Qué te parece de esto mi buen Estúñiga?

—Que vuecelencia debe echar una mónita a esos sandíos golillas que no han sabido hallar la pista de los fautores del crimen.

—Y entonces se pierde lo poético del sucedido—repuso el de Esquilache, sonriéndose.

—Verdad, señor; pero se habrá hecho justicia.

El virrey se quedó algunos segundos pensativo; y luego, levantándose de su asiento, puso la mano sobre el hombro de su secretario:

—Amigo mío, lo hecho está bien hecho, y mejor andaría el mundo si, en casos dados, no fuesen leguleyos trapisondistas y demás cuervos de Temis, sino duendes, los que administrasen justicia. Y con esto, buenas noches y que Dios y Santa María nos tengan en su santa guarda y nos libren de duendes y remordimientos.

EL ENCAPUCHADO

(Crónica de la época del décimosexto virrey del Perú)

I

Por el mes de noviembre del año 1651 era preciso estar curado de espanto para atreverse a pasar, después del toque de queda, por el callejón de San Francisco. Entonces, como ahora, una de las aceras de esta calleja, larga y estrecha como la vida del pobre, la formaban casas de modesto aspecto, con fondo al río, y la fronteriza era una pared de gran altura, sin más puerta que la excusada del convento de los padres seráficos. En estos tiempos, en que no había gas ni faroles públicos, aumentaba lo sombrío y pavoroso de la calle un nicho, que aún existe, con la imagen de la Dolorosa, alumbrado por una mortecina lamparilla de aceite.

Lo que traía aterrorizados a los vecinos era la aparición de un fantasma, vestido con el hábito de los religiosos y cubierta la faz con la capucha, lo que daba por completo semblanza de amortajado. Como el miedo es el mejor anteojo de larga vista que se conoce, contaban las comadres del barrio, a quienes la curiosidad, más poderosa en las mujeres que el terror, había hecho asomar por las rendijas de las puertas, que el encapuchado no tenía sombra, que unas veces crecía hasta perderse su cabeza en las nubes y que otras se reducía a proporciones mínimas.

Un baladrón de esos que tienen tantos jemes de lengua como pocos quilates de esfuerzo en el corazón, burlándose, en un corrillo, de brujas aparecidas y diablos coronados, dijo que él era todo un hombre que ni mandado hacer de encargo para poner el cascabel al fantasma. Y ello es que, entrada la noche, fue a la calleja y no volvió a dar cuenta de la empresa a sus camaradas que lo esperaban anhelantes. Venida la mañana, lo encontraron privado de sentido bajo el nicho de la Virgen, y vuelto en sí, juró y perjuró que el fantasma era alma en pena en toda regla.

Con esta aventura del matón, que se comía cruda la gente, imagínese el lector si el espanto tomaría creces en el supersticioso pueblo. El encapuchado fue, pues, la comidilla obligada de todas las conversaciones, la cau

sa de los arrechuchos de todas las viejas gruñonas y el coco de todos los muchachos mal criados.

Muchas son las leyendas fantásticas que se refieren sobre Lima, incluyendo entre ellas la tan popular del coche de Zavala, vehículo que personas de edad provecta y duros espolones nos afirman haber visto a medianoche paseando la ciudad y rodeado de llamas infernales y de demonios. Para dar vida a tales consejas necesitaríamos poseer la robusta y galana fantasía de Hoffmann o de Edgar Poe. Nuestra pluma es humilde y se consagra sólo a hechos reales e históricamente comprobados, como el actual, que ocurrió siendo décimosexto virrey del Perú por su majestad Don Felipe IV el excelentísimo señor conde de Salvatierra

II

Don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, marqués del Sobrado y caudillo mayor del reino y obispado de Jaén, fue, como virrey de México, el más poderoso auxiliar que tuvieron los jesuítas en su lucha con el esclarecido Palafox, obispo de Puebla. El rey, procediendo sagazmente, creyó oportuno separar a don García de ese gobierno, nombrándolo para Lima, donde hizo su entrada solemne, y en medio de grandes festejos, el día 20 de septiembre de 1648.

En su época aconteció en Quito un robo de hostias consagradas, y el milagro de la aparición de un Niño Jesús en la custodia de la iglesia de Eten. Los jesuítas influyeron también en el Perú, como lo habían hecho en México, sobre el ánimo del anciano y achacoso virrey, que les acordó muchas gracias y protegió eficazmente en sus misiones de Maynas y del Paraguay.

Bajo este gobierno el famoso terremoto que arruinó el Cuzco. Hablando de esta catástrofe, dice Lorente [1] «que un cura de la montaña, que regresaba a su parroquia, se halló suspendido sobre un abismo y sin acceso posible al terreno firme, y que siendo inútiles los esfuerzos por salvarle, murió de hambre a los cinco días de tan terrible agonía».

En 1659 hizo el conde de Salvatierra construir la elegante pila de bronce que existe en la Plaza Mayor de Lima, sustituyendo a la que, en 1578, había hecho colocar el virrey Toledo. La actual pila costó ochenta y cinco mil pesos

En 1655 vino el conde Alba de Liste a relevar al de Salvatierra; mas sus dolamas impidieron a éste regresar a Europa, y murió en Lima el 26 de junio de 1656.

Las armas de la casa de Sotomayor eran: escudo en plata, con tres barras de sable jaqueladas de doble barra de gules y oro.

[1] *Lorente* V nota 1 de *Las orejas del alcalde*

III

Por el año de 1648 vivía en una casa del susodicho callejón de San Francisco, vecina a la que hoy es templo masónico, un acaudalado comerciante asturiano, llamado don Gutierre de Ursán, el cual hacía dos años que había encontrado la media naranja que le faltaba en una linda chica de veinte abriles muy frescos. Llamábase Consuelo la niña, y los maldicientes decían que sabía hacer honor al nombre de pila.

Imagínense ustedes una limeñita de talle ministerial, por lo flexible, de ojos de médico, por lo matadores, y de boca de periodista, por el aplomo y gracia en el mentir. En cuanto a carácter, tenía más veleidades, caprichos y engreimientos que alcalde de municipio, y sus cuentas conyugales andaban siempre más enredadas que hogaño las finanzas de la República. Lectora mía: Consuelito era una perla, no agraviando lo presente.

El bueno de don Gutierre tenía, entre otros mortalísimos pecados, los de estar enamorado de su mujer hasta más arriba de la coronilla, ser celoso como un musulmán y muy sensible en lo que atañe a la negra honrilla. Con cualidades tales, don Gutierre tenía que oler a puchero de enfermo.

En ese año de 1648 recibió cartas que lo llamaban a España para recoger una valiosa herencia, y después de confesado y comulgado, emprendió el fatigoso viaje, dejando al frente de la casa de comercio a su hermano don Iñigo de Ursán, y encomendándole muy mucho que cuidase de su honor como de cosa propia.

Nunca tal resolviera el infeliz; pero diz que es estrella de los predestinados hacer al gato despensero. Era don Iñigo mozo de treinta años, bien encarado y apuesto, y a quien algunas fáciles aventurillas con Dulcineas de medio pelo habían conquistado la fama de un Tenorio. Con este retrato dicho se está que no hubo de parecerle mal bocado la cuñadita, y que ella no gastó muchos melindres para inscribir en el abultado registro de San Cornelio al que iba por esos mares rumbo a Cádiz.

Dice San Agustín, que si no fue santo entendido en materia geográfica (pues negó la existencia de los antípodas), lo fue en achaques de hembras: «Día llegará en que los hombres tengan que trepar a los árboles huyendo de las mujeres». Demos gracias a Dios porque, salvo excepciones, la profecía no va camino de cumplirse en lo que resta de vida al siglo XIX.

IV

En España se encontró don Gutierre, que había creído no tener más que hacer que llegar y besar, envuelto en un pleito con motivo de la herencia, y Dios sabe si habría tenido que enmohecer en la madre patria esperando la conclusión del litigio, pues segura cosa es que mientras haya sobre la tierra papel del sello, escribas y fariseos, un pleito es gasto de dinero y de tiempo y trae más desazones que un uñero en dedo gordo.

Llevaba ya casi dos años en España, cuando el galeón de Indias le trajo, entre otras cartas de Lima, la siguiente, en que, sobre poco más o menos, le decía un amigo, de esos que son siempre solícitos para dar malas nuevas.

«Señor don Gutierre de Ursán. Muy señor mío y mi dueño: Malhadada suerte es que, tratándose de tan cumplido caballero como vuesa merced, todos se hagan en Lima lenguas de lo mal guardado que anda su honor y murmuren sobre si le apunta o no le apunta hueso de más en la frente. Con este aviso, vuesa merced hará lo que mejor estime para su desagravio, que yo cumplo como amigo con poner en su noticia lo antedicho, añadiéndole que es su mismo hermano quien tan felonamente lo ultraja. Que Dios Nuestro Señor dé a vuesa merced fortaleza para echar un remiendo en la honra, y mande con imperio en su amigo, servidor y capellán, Q. B. S. M., *Críspulo Quincoces*».

No era don Gutierre de la pasta de aquel marido cuyo sueño interrumpió un oficioso para darle esta nueva: —A tu mujer se la ha llevado Fulano. —¡Pues buena plepa se lleva!—contestó el paciente, se volvió al otro lado del lecho y siguió roncando como un bendito

V

El 8 de diciembre de 1658 era el cumpleaños de Consuelo, y por tal causa celebrábase en la casa del callejón de San Francisco un festín de familia, en el que lucían la clásica empanada, la sopa teóloga con menudillos, la sabrosa *carapulera* y el obligado pavo relleno, y para remojar la palabra, el turbulento *motocachi* y el retinto de Cataluña. Los banquetes de esos siglos era de cosa sólida y que se pega al riñón, y no de puro soplillo y oropel, como los de los civilizados tiempos que alcanzamos. Verdad es que antaño era más frecuente morir de un hartazgo apoplético.

Por miedo al fantasma encapuchado, las casas de ese barrio se cerraban a tranco y cerrojo con el último rayo del crepúsculo vespertino. ¡Tonterías humanas! Las buenas gentes no sospechaban que las almas del otro mundo, en su condición de espíritus, tienen carta blanca para colarse, como un vientecillo, por el ojo de la llave.

Los amigos y deudos de Consuelo estaban en el salón con una copa más de las precisas en el cuerpo, cuando a la primera campanada de las nueve, sin que atinasen cómo ni por dónde había entrado, se apareció el encapuchado.

Que el espanto hizo a todos dar diente con diente es cosa que de suyo se deja adivinar. Los hombres juzgaron oportuno eclipsarse, y las faldas no tuvieron otro recurso que el tan manoseado de cerrar los ojos y desmayarse, y ¡*coto a bríos, baco balillo*!, que razón había harta para tamaña confusión. ¿Quién es el guapo que se atreve a resollar fuerte en presencia de un ánima del Purgatorio?

Cuando, pasada la primera impresión, regresaron algunos de los hombres y resucitaron las damas, vieron en medio del salón los cadáveres de Iñigo y de Consuelo. El encapuchado los había herido en el corazón con un puñal.

VI

Don Gutierre, después de haber lavado con sangre la mancha de su honor, se presentó preso ante el alcalde del crimen, y en el juicio probó la criminal conducta del traidor hermano y de la liviana esposa. La justicia lo sentenció a dar mil pesos de limosna al convento de la Orden, por haberse servido del hábito seráfico para asegurar su venganza y esparcido el terror en el asustadizo vecindario. *Todo es ventura*—dice el refrán—*salir a la calle sano y volver rota la mano.*

Satisfecha la multa, don Gutierre se embarcó para España, y los vecinos del callejón de San Francisco, donde desde 1848 funciona el Gran Oriente de la masonería peruana, no volvieron a creer en duendes ni encapuchados.

UN VIRREY HEREJE Y UN CAMPANERO BELLACO

(Crónica de la época del decimoséptimo virrey del Perú)

I

Azotes por un repique

El templo y el convento de los padres agustinos estuvieron primitivamente (1551) establecidos en el sitio que ahora es iglesia parroquial de San Marcelo, hasta que en 1573 se efectuó la traslación a la vasta área que hoy ocupan, no sin gran litigio y controversia de dominicos y mercedarios, que se oponían al establecimiento de otras órdenes monásticas.

En breve los agustinianos, por la austeridad de sus costumbres y por su ilustración y ciencia, se conquistaron una especie de supremacía sobre las demás religiones. Adquirieron muy valiosas propiedades, así rústicas como urbanas, y tal fue el manejo y acrecentamiento de sus rentas, que, durante más de un siglo, pudieron distribuir anualmente, por Semana Santa, cinco mil pesos en limosnas. Los teólogos más eminentes y los más distinguidos predicadores pertenecían a esta comunidad, y de los claustros de San Ildefonso, colegio que ellos fundaron en 1606 para la educación de sus novicios salieron hombres verdaderamente ilustres.

Por los años de 1656 un limeño llamado Jorge Escoiquiz, mocetón de veinte abriles, consiguió vestir el hábito; pero como manifestase más disposición para la truhanería que para el estudio, los padres, que no querían tener en su noviciado gente molondra y holgazana, trataron de expulsarlo. Mas el pobrete encontró valedor en uno de los caracterizados conventuales, y los religiosos convinieron caritativamente en conservarlo y darle el elevado cargo de campanero.

Los campaneros de los conventos ricos tenían por subalternos dos muchachos esclavos, que vestían el hábito de donados. El empleo no era, pues, tan despreciable, cuando el que lo ejercía, aparte de seis pesos de sueldo, casa, refectorio y manos sucias, tenía bajo su dependencia gente a quien mandar.

En tiempo del virrey conde de Chinchón creóse por el Cabildo de Lima el empleo de *campanero de la queda,* destino que se abolió medio siglo después. El campanero de la queda era la categoría del gremio, y no tenía más obligación que la de hacer tocar a las nueve de la noche campanadas en la torre de la Catedral. Era cargo honorífico y muy pretendido, y disfrutaba el sueldo de un peso diario.

Tampoco era destino para dormir a pierna suelta, pues si hubo y hay en Lima oficio asendereado y que reclame actividad, es el de campanero; mucho más en los tiempos coloniales, en que abundaban las fiestas religiosas y se echaban al vuelo las campanas por tres días, lo menos, siempre que llegaba el *cajón* de España con la plausible noticia de que al infantico real le había salido la última muela o librado con bien del sarampión y la alfombrilla.

Que no era el de campanero oficio exento de riesgo, nos lo dice bien claro la crucecita de madera que hoy mismo puede contemplar el lector limeño incrustada en la pared de la plazuela de San Agustín. Fue el caso que, a fines del siglo pasado, cogido un campanero por las aspas de la *Mónica* o campana volteadora, voló por el espacio sin necesidad de alas, y no paró hasta estrellarse en la pared fronteriza de la torre.

Hasta mediados del siglo XVII no se conocían en Lima más carruajes que las carrozas del virrey y del arzobispado, y cuatro o seis calesas pertenecientes a oidores o títulos de Castilla. Felipe II, por real cédula de 24 de noviembre de 1577, dispuso que en América no se fabricasen carruajes ni se trajeran de España, dando motivo para prohibir el uso de tales vehículos que, siendo escaso el número de caballos, éstos no debían emplearse sino en servicio militar. Las penas señaladas para los contraventores eran rigurosas. Esta real cédula, que no fue derogada por Felipe III, empezó a desobedecerse en 1610. Poco a poco fue cundiendo el lujo de hacerse arrastrar, y sabido es que ya en los tiempos de Amat pasaban de mil los vehículos que el día de la Porciúncula lucían en la alameda de los Descalzos.

Los campaneros y sus ayudantes, que vivían de perenne atalaya en las torres, tenían orden de repicar siempre que por la plazuela de sus conventos pasasen el virrey o el arzobispo, práctica que se conservó hasta los tiempos del marqués de Castel-dos-Rius.

Parece que el virrey conde de Alba de Liste, que, como verá el lector más adelante, sus motivos tenía para andar escamado con la gente de iglesia, salió un domingo en coche y con escolta a pagar visitas. El ruido de un carruaje era en esos tiempos acontecimento tal, que las familias, confundiéndolo con el que precede a los temblores, se lanzaban presurosas a la puerta de la calle.

Hubo el coche de pasar por la plazuela de San Agustín; pero el campanero y sus adláteres se hallarían probablemente de regodeo y lejos del nido, pues no se movió badajo en la torre. Chocóle esta desatención a su excelencia, y hablando de ella en su tertulia nocturna, tuvo la ligereza de culpar al prior de los agustinos. Súpole éste, y fue al día siguiente a Palacio

a satisfacer al virrey, de quien era amigo personal; y averiguada bien la cosa, el campanero, por no confesar que no había estado en su puesto, dijo que aunque vio pasar el carruaje, no creyó obligatorio el repique, pues los bronces benditos no debían alegrarse por la presencia de un virrey hereje.

Para Jorge no era éste el caso del obispo don Carlos Marcelo Corni, que cuando en 1621, después de consagrarse en Lima, llegó a Trujillo, lugar de su nacimiento, y cuya diócesis iba a regir, exclamó: «Las campanas que repican más alegremente lo hacen porque son de mi familia, como que las fundió mi padre nada menos». Y así era la verdad.

La falta, que pudo traer grave desacuerdo entre el representante del monarca y la comunidad, fue calificada por el definitorio como digna de severo castigo, sin que valiese la disculpa al campanero, pues no era un pajarraco de torre el llamado a calificar la conducta del virrey en sus querellas con la Inquisición.

Y cada padre, armado de disciplina, descargó un ramalazo penitencial sobre las desnudas espaldas de Jorge Escoiquiz.

II

El virrey hereje

El excelentísimo señor don Luis Henríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste y de Villaflor y descendiente de la casa real de Aragón, fue el primer grande de España que vino al Perú con el título de virrey, en febrero de 1655, después de haber servido igual cargo en México. Era tío del conde de Salvatierra, a quien relevó en el mando del Perú. Por Guzmán, sus armas eran escudo flanqueado, jefe y punta de azur y una caldera de oro, jaquelada de gules, con siete cabezas de sierpe, flancos de plata y cinco arminios de sable en sautor.

Magistrado de buenas dotes administrativas y hombre de ideas algo avanzadas para su época, su gobierno es notable en la Historia únicamente por un cúmulo de desdichas. Los seis años de su administración fueron seis años de lágrimas, luto y zozobra pública.

El galeón que bajo las órdenes del marqués de Villarrubia conducía a España cerca de seis millones en oro y plata y seiscientos pasajeros, desapareció en un naufragio en los arrecifes de Chanduy, salvándose únicamente cuarenta y cinco personas. Rara fue la familia de Lima que no perdió allí algún deudo Una empresa particular consiguió sacar del fondo del mar cerca de trescientos mil pesos, dando la tercera parte a la Corona.

Un año después, en 1656, el marqués de Baides, que acababa de ser gobernador de Chile, se trasladaba a Europa con tres buques cargados de riquezas, y vencido en combate naval cerca de Cádiz por los corsarios ingleses, prefirió a rendirse pegar fuego a la santabárbara de su nave.

Y, por fin, la escuadrilla de don Pablo Contreras, que en 1652 zarpó de Cádiz conduciendo mercancías para el Perú, fue deshecha en un temporal, perdiéndose siete buques.

Pero, para Lima, la mayor de las desventuras fue el terremoto del 13 de noviembre de 1655. Publicaciones de esa época describen minuciosamente sus estragos, las procesiones de penitencia y el arrepentimiento de grandes pecadores; y a tal punto se aterrorizaron las conciencias, que se vio el prodigio de que muchos pícaros devolvieran a sus legítimos dueños fortunas usurpadas.

El 15 de marzo de 1657 otro temblor cuya duración pasó de un cuarto de hora causó en Chile inmensa congoja; y últimamente, la tremenda erupción del Pichincha, en octubre de 1660, son sucesos que bastan a demostrar que este virrey vino con aciaga estrella.

Para acrecentar el terror de los espíritus, apareció en 1660 el famoso cometa observado por el sabio limeño don Francisco Luis Lozano, que fue el primer cosmógrafo mayor que tuvo el Perú.

Y para que nada faltase a este sombrío cuadro, la guerra civil vino a enseñorearse de una parte del territorio. El indio Pedro Bohorques, escapándose del presidio de Valdivia, alzó bandera, proclamándose descendiente de los Incas, y haciéndose coronar, se puso a la cabeza de un ejército. Vencido y prisionero, fue conducido a Lima, donde lo esperaba el patíbulo.

Jamaica, que hasta entonces había sido colonia española, fue tomada por los ingleses y se convirtió en foco de filibusterismo, que durante siglo y medio tuvo en constante alarma a estos países.

El virrey conde de Alba de Liste no fue querido en Lima, por la despreocupación de sus ideas religiosas, creyendo el pueblo, en su candoroso fanatismo, que era él quien atraía sobre el Perú las iras del cielo. Y aunque contribuyó a que la Universidad de Lima, bajo el rectorado del ilustre Ramón Pinelo, celebrase con gran pompa el breve de Alejandro VII sobre la Purísima Concepción de María, no por eso le retiraron el apodo de *virrey hereje* que un egregio jesuita, el padre Alloza, había contribuído a generalizar; pues habiendo asistido su excelencia a una fiesta en la iglesia de San Pedro, aquel predicador lo sermoneó de lo lindo porque no atendía a la palabra divina, distraído en conversación con uno de los oidores.

El arzobispo Villagómez se presentó un año con quitasol en la procesión del Corpus, y como el virrey lo reprendiese, se retiró de la fiesta. El monarca los dejó iguales, resolviendo que ni virrey ni arzobispo usasen quitasol

Opúsose el de Alba de Liste a que se consagrase fray Cipriano Medina, por no estar muy en regla las bulas que lo instituían obispo de Guamanga. Pero el arzobispo se dirigió a medianoche al noviciado de San Francisco, y allí consagró a Medina.

Habiendo puesto presos los alcaldes de corte a los escribanos de la curía por desacato, el arzobispo excomulgó a aquéllos. El virrey, apoyado por la Audiencia, obligó a sus ilustrísima a levantar la excomunión.

Sobre provisión de beneficios eclesiásticos, tuvo el de Alba de Liste infinitas cuestiones con el arzobispo, cuestiones que contribuyeron para que el fanático pueblo lo tuviese por hombre descreído y mal cristiano, cuando en realidad no era sino celoso defensor del patronato regio.

Don Luis Henríquez de Guzmán tuvo también la desgracia de vivir en guerra abierta con la Inquisición, tan omnipotente y prestigiosa entonces. El virrey, entre otros libros prohibidos, había traído de México un folleto escrito por el holandés Guillermo Lombardo, folleto que en confianza mostró a un inquisidor o familiar del Santo Oficio. Mas éste lo denunció, y el primer día de Pascua de Espíritu Santo, hallándose su excelencia en la Catedral con todas las corporaciones, subió al púlpito un comisario del tribunal de la fe y leyó un edicto compeliendo al virrey a entregar el libelo y a poner a disposición del Santo Oficio a su médico César Nicolás Wandier, sospechoso de luteranismo. El virrey abandonó el templo con gran indignación y elevó a Felipe IV una fundada queja. Surgieron de aquí serias cuestiones, a las que el monarca puso término, reprobando la conducta inquisitorial, pero aconsejando amistosamente al de Alba de Liste que entregase el papelucho motivo de la querella.

En cuanto al médico francés, el noble conde hizo lo posible para libertarlo de caer bajo las garras de los feroces torniceros; pero no era cosa fácil arrebatarle una víctima a la Inquisición. En 8 de octubre de 1667, después de más de ocho años de encierro en las mazmorras del Santo Oficio, fue penitenciado Wandier. Acusáronlo, entre otras quimeras, de que con apariencias de religiosidad tenía en su cuarto un crucifijo y una imagen de la Virgen, a la que prodigaba palabras blasfemas. Después del auto de fe, en el que, felizmente, no se condenó al reo a la hoguera, hubo en Lima tres días de rogativa, procesión de desagravio y otras ceremonias religiosas, que terminaron trasladando las imágenes de la Catedral a la iglesia del Prado, donde presumimos que existen hoy.

En agosto de 1661, y después de haber entregado el gobierno al conde de Santisteban, regresó a España el de Alba de Liste, muy contento de abandonar una tierra en la que corría el peligro de que lo convirtiesen en chicharrón, quemándolo por hereje.

III

La venganza de un campanero

Es probable que a Escoiquiz no se le pasara tan aína el escozor de los ramalazos, pues juró en sus adentros vengarse del melindroso virrey que tanta importancia diera a repique más o menos.

No había aún transcurrido una semana desde el día del vapuleo, cuando una noche, entre doce y una, las campanas de la torre de San Agustín echaron un largo y entusiasta repique. Todos los habitantes de Lima se hallaban a esa hora entre palomas y en lo mejor del sueño, y se lanzaron a la calle preguntándose cuál era la halagüeña noticia que con lenguas de bronce festejaban las campanas.

Su excelencia don Luis Henríquez de Guzmán, sin ser por ello un libertino, tenía su trapicheo con una aristocrática dama; y cuando, dadas las diez, no había ya en Lima quien se aventurase a andar por las aceras, el virrey salía de tapadilo por una puerta excusada que cae a la calle de los Desamparados, muy rebujado en el embozo, y en compañía de su mayordomo encaminábase a visitar a la hermosa que le tenía el alma en cautiverio. Pasaba un par de horitas de sabrosa intimidad, y después de media noche regresaba a Palacio con la misma cautela y misterio.

Al día siguiente fue notorio en la ciudad que un paseo nocturno del virrey había motivado el importuno repique. Y hubo corrillos y mentidero largo en las gradas de la Catedral, y todo eran murmuraciones y conjeturas, entre las que tomó cuerpo y se abultó infinito la especie de que el señor conde se recataba para asistir a algún misterioso conciliábulo de herejes, pues nadie podía sospechar que un caballero tan seriote anduviese a picos pardos y con tapujos de contrabandista como cualquier mozalbete.

Mas su excelencia no las tenía todas consigo, y recelando una indiscreción del campanero, hízole secretamente venir a Palacio, y encerrándose con él en su camarín, le dijo:

—¡Gran tunante! ¿Quién te avisó anoche que yo pasaba?

—Señor excelentísimo —respondió Escoiquíz sin turbarse—, en mi torre hay lechuzas.

—¿Y qué diablos tengo yo que ver con que las haya?

—Vuecencia, que ha tenido sus dimes y diretes con la Inquisición y que anda con ella al morro, debe saber que las brujas se meten en el cuerpo de las lechuzas.

—¿Y para ahuyentarlas escandalizaste la ciudad con tus cencerros? Eres un bribón de maca, y tentaciones me entran de enviarte a presidio.

—No sería digno de vuecencia castigar con tan extremo rigor a quien como yo es discreto, y que ni al cuello de su camisa le ha contado lo que trae a todo un virrey del Perú en idas y venidas nocturnas por la calle de San Sebastián.

El caballeroso conde no necesitó de más apunte para conocer que su secreto, y con él la reputación de una dama, estaban a merced del campanero.

—¡Bien, bien! —le interrumpió—. Ata corto la lengua, y que el badajo de tus campanas sea también mudo.

—Lo que soy yo, callaré como un difunto, que no me gusta informar a nadie de vidas ajenas; pero en lo que atañe al de oro de *Mónica* y de mis otras compañeras no cedo ni el canto de una uña, que no las fundió

el herrero para rufianas y tapaderas de paseos pecaminosos. Si vuecencia no quiere que ellas den voces, facililllo es el remedio. Con no pasar por la plazuela salimos de compromisos.

—Convenido. Y ahora dime, ¿en qué puedo servirte?

Jorge Escoiquíz, que, como se ve, no era corto de genio, rogó al virrey que intercediese con el prior para volver a ser admitido en el noviciado. Hubo su excelencia de ofrecérselo, y tres o cuatro meses después el superior de los agustinianos relevaba al campanero. Y tanto hubo de valerle el encumbrado protector, que en 1660 fray Jorge Escoiquiz celebraba su primera misa, teniendo por padrino de vinajeras nada menos que al virrey hereje.

Según unos, Escoiquiz no pasó de ser un fraile de misa y olla; y según otros, alcanzó a las primeras dignidades de su convento. La verdad quede en su lugar.

Lo que es para mí punto formalmente averiguado es que el virrey, cobrando miedo a la vocinglería de las campanas, no volvió a pasar por la plazuela de San Agustín cuando le ocurría ir de galanteo a la calle de San Sebastián.

Y aquí hago punto y rubrico,
sacando de esta conseja
la siguiente moraleja:
que no hay enemigo chico.

EL JUSTICIA MAYOR DE LAYCACOTA

(Crónica de la época del décimonono virrey del Perú)

Al doctor don José Mariano Jiménez

I

En una serena tarde de marzo del año del Señor de 1665 hallábase reunida a la puerta de su choza una familia de indios. Componíase ésta de una anciana que se decía descendiente del gran general Ollantay[1], dos hijas, Carmen y Teresa, y un mancebo llamado Tomás.

La choza estaba situada a la falda del cerro de Laycacota. Ella con quince o veinte más constituían lo que se llama una aldea de cien habitantes.

Mientras las muchachas se entretenían en hilar, la madre contaba al hijo, por la milésima vez, la tradición de su familia. Esta no es un secreto, y bien puedo darla a conocer a mis lectores, que la hallarán relatada con extensos y curiosos pormenores en el importante libro que, con el título *Anales del Cuzco,* publicó mi ilustrado amigo y compañero de Congreso don Pío Benigno Mesa.

He aquí la tradición sobre Ollantay:

Bajo el imperio del Inca Pachacutec, noveno soberano del Cuzco, era Ollantay, curaca de Ollataytambo, el generalísimo de los ejércitos. Amante correspondido de una de las *ñustas* o infantas, solicitó de Pachacutec, y como recompensa a importantes servicios, que le acordase la mano de la joven. Rechazada su pretensión por el orgulloso monarca, cuya sangre, según las leyes del imperio, no podía mezclarse con la de una familia que no descendiese directamente de Manco-Capac, el enamorado cacique desapareció una noche del Cuzco, robándose a su querida Cusicoyllor.

Durante cinco años fue imposible al Inca vencer al rebelde vasallo, que se mantuvo en armas en las fortalezas de Ollataytambo, cuyas ruinas son hoy la admiración del viajero. Pero Rumiñahui, otro de los generales de Pachacutec, en secreta entrevista con su rey, lo convenció de que, más

1 *Ollantay:* V. la tradición de este nombre (*TPC,* 1409).

que a la fuerza, era preciso recurrir a la maña y a la traición para sujetar a Ollantay El plan acordado fue poner preso a Rumiñahui, con el pretexto de que había violado el santuario de las vírgenes del Sol. Según lo pactado, se le degradó y azotó en la plaza pública para que, envilecido así, huyese del Cuzco y fuese a ofrecer sus servicios a Ollantay, que viendo en él una ilustre víctima, a la vez que un general de prestigio, no podría menos que dispensarle entera confianza. Todo se realizó como inicuamente estaba previsto, y la fortaleza fue entregada por el infante Rumiñahui, mandando el Inca decapitar a los prisioneros *.

Un leal capitán salvó a Cusicoyllor y su tierna hija Imasumac, y se estableció con ellas en la falda de Laycacota, y en el sitio donde en 1669 debía erigirse la villa de San Carlos de Puno.

Concluía la anciana de referir a su hijo esta tradición, cuando se presentó ante ella un hombre, apoyado en un bastón, cubierto el cuerpo con un largo poncho de bayeta, y la cabeza por un ancho y viejo sombrero de fieltro. El extranjero era un joven de veinticinco años, y a pesar de la ruindad de su traje, su porte era distinguido, su rostro varonil y simpático y su palabra graciosa y cortesana.

Dijo que era andaluz, y que su desventura lo traía a tal punto, que se hallaba sin pan ni hogar. Los vástagos de la hija de Pachacutec le acordaron de buen grado la hospitalidad que demandaba.

Así transcurrieron pocos meses. La familia se ocupaba en la cría de ganado y en el comercio de lanas, sirviéndola el huésped muy útilmente. Pero la verdad era que el joven español se sentía apasionado de Carmen, la mayor de las hijas de la anciana, y que ella no se daba por ofendida con ser objeto de las amorosas ansias del mancebo.

Como el platonismo, en punto a terrenales afectos, no es eterno, llegó un día en que el galán, cansado de conversar con las estrellas en la soledad de sus noches, se espontaneó con la madre, y ésta, que había aprendido a estimar al español, le dijo:

* Sobre este argumento, el cura de Tinta, don Antonio Valdés, escribió por los años de 1780 un drama en lengua quechua, el cual se representó en presencia del rebelde Inca Tupac-Amaru. Tschudi, Markham, Nadal, Barranca y muchos americanistas se empeñaron en sostener que el drama *Ollanta* había sido compuesto en los tiempos incásicos, y que era, por consiguiente, un monumento literario anterior a la conquista Traducido en verso por un poeta peruano, Constantino Carrasco, publicó el autor de estas *Tradiciones* un ligero juicio crítico, en el que se atrevió a apuntar (alegando muy al correr de la pluma varias razones en apoyo de su opinión) que el *Ollanta* era ni más ni menos que comedia española, de las de capa y espada, escrita en voces quechuas, y que, aunque lo diga Garcilaso, que no pocos embustes estampó en los *Comentarios reales*, los antiguos peruanos estuvieron muy lejos de cultivar la literatura dramática. Tanto osamos escribir, y se nos vino la casa a cuestas... Hasta de mal patriota nos acusó un quechuista; y un señor Pacheco Zegarra, entre otros cultos piropos, nos llamó ignorante y charlatán. Con razones de ese fuste nos dimos por convencidos de que habíamos estampado un disparate de a folio. Pero en 1881 el literato argentino don Bartolomé Mitre, en un serio y extenso estudio, con gran acopio de pruebas y con sesuda argumentación, puso en transparencia la filiación, genuinamente española, del drama *Ollanta* en su forma, en su fondo y hasta en sus elementos lingüísticos

—Mi Carmen te llevará en dote una riqueza digna de la descendiente de emperadores.

El novio no dio por el momento importancia a la frase; pero tres días después de realizado el matrimonio, la anciana lo hizo levantarse de madrugada y lo condujo a una bocamina, diciéndole:

—Aquí tienes la dote de tu esposa.

La hasta entonces ignorada, y después famosísima, mina de Laycacota fue desde ese día propiedad de don José Salcedo [2], que tal era el nombre del afortunado andaluz.

II

La opulencia de la mina y la generosidad de Salcedo y de su hermano don Gaspar atrajeron, en breve, gran número de aventureros a Laycacota.

Oigamos a un historiador: «Había allí plata pura y metales, cuyo beneficio dejaba tantos marcos como pesaba el cajón. En ciertos días se sacaron centenares de miles de pesos».

Estas aseveraciones parecían fabulosas si todos los historiadores no estuviesen uniformes en ellas.

Cuando algún español, principalmente andaluz o castellano, solicitaba un socorro de Salcedo, éste le regalaba lo que pudiese sacar de la mina en determinado número de horas. El obsequio importaba casi siempre por lo menos el valor de una barra, que representaba dos mil pesos.

Pronto los catalanes, gallegos y vizcaínos que residían en el mineral entraron en disensiones con los andaluces, castellanos y criollos favorecidos por los Salcedo. Se dieron batallas sangrientas con variado éxito, hasta que el virrey don Diego de Benavides, conde de Santisteban, encomendó al obispo de Arequipa, fray Juan de Almoguera, la pacificación del mineral. Los partidarios de los Salcedo derrotaron a las tropas del obispo, librando mal herido el corregidor Peredo.

En estos combates, hallándose los de Salcedo escasos de plomo, fundieron balas de plata. No se dirá que no mataban lujosamente.

Así las cosas, aconteció en Lima la muerte del que Santisteban, y la Real Audiencia asumió el poder. El gobernador que ésta nombró para Laycacota, viéndose sin fuerzas para hacer respetar su autoridad, entregó el mando a don José Salcedo, que lo aceptó bajo título de *justicia mayor*. La Audiencia se declaró impotente y contemporizó con Salcedo, el cual, recelando nuevos ataques de los vascongados, levantó y artilló una fortaleza en el cerro.

En verdad que la Audiencia tenía por entonces mucho grave de que ocuparse con los disturbios que promovía en Chile el gobernador Meneses y con la tremenda y vasta conspiración del Inca Bohorques, descubierta

[2] *Salcedo:* V. la siguiente tradición.

en Lima casi al estallar, y que condujo al caudillo y sus tenientes al cadalso

El orden se había por completo restablecido en Laycacota, y todos los vecinos estaban contentos del buen gobierno y caballerosidad del justicia mayor

Pero en 1667 la Audiencia tuvo que reconocer al nuevo virrey llegado de España.

Era éste el conde de Lemos, mozo de treinta y tres años, a quien, según los historiadores, *solo faltaba sotana para ser completo jesuita.* En cerca de cinco años de mando, brilló poco como administrador. Sus empresas se limitaron a enviar, aunque sin éxito, una fuerte escuadra en persecución del bucanero Morgan, que había incendiado Panamá, y a apresar en las costas de Chile a Enrique Clerk. Un año después de su destrucción por los bucaneros (1670), la antigua Panamá, fundada en 1518, se trasladó al lugar donde hoy se encuentra. Dos voraces incendios, uno en febrero de 1737 y otro en marzo de 1756, convirtieron en cenizas dos terceras partes de los edificios, entre los que algunos debieron ser monumentales, a juzgar por las ruinas que aún llaman la atención del viajero.

El virrey conde de Lemos se distinguió únicamente por su devoción. Con frecuencia se le veía barriendo el piso de la iglesia de los Desamparados, tocando en ella el órgano, y haciendo el oficio de cantor en la solemne misa dominical, dándosele tres pepinillos de las murmuraciones de la nobleza, que juzgaba tales actos indignos de un grande de España.

Dispuso este virrey, bajo pena de cárcel y multa, que nadie pintase cruz en sitio donde pudiera ser pisada; que todos se arrodillasen al toque de oraciones; y escogió para padrino de uno de sus hijos al cocinero del convento de San Francisco, que era un negro con un jeme de jeta y fama de santidad.

Por cada individuo de los que ajusticiaba, mandaba celebrar treinta misas; y consagró, por lo menos, tres horas diarias al rezo del oficio parvo y del rosario, confesando y comulgando todas las mañanas, y concurriendo al jubileo y a cuanta fiesta o distribución religiosa se le anunciara.

Jamás se han visto en Lima procesiones tan espléndidas como las de entonces; y Lorente [3], en su *Historia,* trae la descripción de una en que se trasladó desde palacio a los Desamparados, dando largo rodeo, una imagen de María que el virrey había hecho traer expresamente desde Zaragoza. Arco hubo en esa fiesta cuyo valor se estimó en más de doscientos mil pesos: tal era la profusión de alhajas y piezas de oro y plata que lo adornaban. La calle de Mercaderes lució por pavimento barras de plata, que representaban más de dos millones de ducados. *¡Viva el lujo y quien lo trujo!*

El fanático don Pedro Antonio de Castro y Andrade, conde de Lemos, marques de Sarria y de Gátiva y duque de Taurifanco, que cifraba su

[3] *Lorente* V. nota 1 de *Las orejas del alcalde*

orgullo en descender de San Francisco de Borja, y que, a estar en sus manos, como él decía, habría fundado en cada calle de Lima un colegio de jesuítas, apenas fue proclamado en Lima como representante de Carlos II, el *Hechizado,* se dirigió a Puno con gran aparato de fuerza y aprehendió a Salcedo.

El justicia contaba con poderosos elementos para resistir; pero no quiso hacerse reo de rebeldía a su rey y señor natural.

El virrey, según muchos historiadores, lo condujo preso, tratándolo durante la marcha con extremado rigor. En breve tiempo quedó concluída la causa, sentenciando a Salcedo a muerte y confiscando sus bienes en provecho del real tesoro.

Como hemos dicho, los jesuítas dominaban al virrey. Jesuíta era su confesor, el padre Castillo, y jesuítas sus secretarios. Las crónicas de aquellos tiempos acusan a los hijos de Loyola de haber contribuído eficazmente al trágico fin del rico minero, que había prestado no pocos servicios a la causa de la corona y enviado a España algunos millones por el quinto de los provechos de la mina.

Cuando leyeron a Salcedo la sentencia, propuso al virrey que le permitiese apelar a España, y que por el tiempo que transcurriese desde la salida del navío hasta su regreso con la resolución de la corte de Madrid, lo obsequiaría diariamente con una barra de plata.

Y téngase en cuenta no sólo que cada barra de plata se valorizaba en dos mil duros, sino que el viaje del Callao a Cádiz no era realizable en menos de seis meses.

La tentación era poderosa, y el conde de Lemos vaciló.

Pero los jesuítas le hicieron presente que mejor partido sacaría ejecutando a Salcedo y confiscándole sus bienes.

El que más influyó en el ánimo de su excelencia fue el padre Francisco del Castillo, jesuíta peruano que está en olor de santidad, el cual era padrino de bautismo de don Salvador Fernández de Castro, marqués de Almuña * e hijo del virrey.

Salcedo fue ejecutado en el sitio llamado *Oraca-Pata,* a poca distancia de Puno.

III

Cuando la esposa de Salcedo supo el terrible desenlace del proceso, convocó a sus deudos y les dijo:

—Mis riquezas han traído mi desdicha. Los que las codician han dado muerte afrentosa al hombre que Dios me deparó por compañero. Mirad cómo le vengáis.

---

* No existe ese título en España.

Tres días después la mina de Laycacota había *dado en agua,* y su entrada fue cubierta con peñas, sin que hasta hoy haya podido descubrirse el sitio donde ella existió.

Los parientes de la mujer de Salcedo inundaron la mina, haciendo estéril para los asesinos del justicia mayor el crimen a que la codicia los arrastrara.

Carmen, la desolada viuda, había desaparecido, y es fama que se sepultó viva en uno de los corredores de la mina.

Muchos sostienen que la mina de Salcedo era la que hoy se conoce con el nombre del *Manto.* Este es un error que debemos rectificar. La codiciada mina de Salcedo estaba entre los cerros Laycacota y Cancharani.

El virrey, conde de Lemos, en cuyo período de mando tuvo lugar la canonización de Santa Rosa, murió en diciembre de 1673, y su corazón fue enterrado bajo el altar mayor de la iglesia de los Desamparados.

Las armas de este virrey eran, por Castro, un sol de oro sobre gules.

En cuanto a los descendientes de los hermanos Salcedo, alcanzaron bajo el reinado de Felipe V la rehabilitación de su nombre y el título de marqués de Villarica para el jefe de la familia.

«¡BEBA, PADRE, QUE LE DA LA VIDA!»

(Crónica de la época de mando de una virreina)

Dama de mucho cascabel y de más temple que el acero toledano fue doña Ana de Borja, condesa de Lemos y virreina del Perú. Por tal la tuvo S. M. doña María Ana de Austria, que gobernaba la monarquía española durante la minoría de Carlos II; pues al nombrar virrey del Perú al marido, lo proveyó de real cédula, autorizándolo para que, en caso de que el mejor servicio del reino le obligase a abandonar Lima, pusiese las riendas del gobierno en manos de su consorte.

En tal conformidad, cuando su excelencia creyó indispensable ir en persona a apaciguar las turbulencia de Laycacota, ahorcando al rico minero Salcedo, quedó doña Ana en esta ciudad de los reyes presidiendo la Audiencia, y su gobierno duró desde junio de 1668 hasta abril del año siguiente.

El conde de Bornos decía que la mujer de más ciencia sólo es apta para gobernar doce gallinas y un gallo. ¡Disparate! Tal afirmación no puede rezar con doña Ana de Borja y Aragón, que, como ustedes verán, fue una de las infinitas excepciones de la regla. Mujeres conozco yo capaces de gobernar veinticuatro gallinas... y hasta dos gallos.

Así como suena, y mal que nos pese a los peruleros, hemos sido durante diez meses gobernados por una mujer..., y francamente que con ella no nos fue del todo mal, porque el pandero estuvo en manos que lo sabían hacer sonar.

Y para que ustedes no digan que por mentir no pagan los cronistas alcabala, y que los obligo a que me crean bajo la fe de mi honrada palabra, copiaré lo que sobre el particular escribe el erudito señor de Mendiburu [1] en su *Diccionario Histórico:* «Al emprender su viaje a Puno el conde de Lemos, encomendó el gobierno del reino a doña Ana, su mujer, quien lo ejerció durante su ausencia, resolviendo todos los asuntos, sin que

1 *Señor de Mendiburu:* Manuel de Mendiburu (1805-1885), militar e historiador peruano, una de las fuentes importantes de Palma. V. *Sobre el "Quijote" en America* y la nota del autor en *La conspiración de capitanes.*

nadie hiciese la menor observación, principiando por la Audiencia, que reconocía su autoridad. Tenemos en nuestro poder un despacho de la virreina, nombrando un empleado del tribunal de Cuentas, y está encabezado como sigue: «Don Pedro Fernández de Castro y Andrade, conde de Lemos, y doña Ana de Borja, su mujer, condesa de Lemos, en virtud de la facultad que tiene para el gobierno de estos reinos, atendiendo a lo que representa el tribunal, he venido en nombrar y nombro de muy buena gana, etc. etc.».

Otro comprobante. En la colección de *Documentos históricos,* de Odriozola [2] se encuentra una provisión de la virreina, disponiendo aprestos marítimos contra los piratas.

Era doña Ana, en su época de mando, dama de veintinueve años, de gallardo cuerpo, aunque de rostro poco agraciado. Vestía con esplendidez y nunca se la vio en público sino cubierta de brillantes. De su carácter dicen que era en extremo soberbio y dominador, y que vivía muy infatuada con su abalorio y pergaminos.

¡Si sería chichirinada la vanidad de quien, como ella, contaba entre los santos de la corte celestial nada menos que a su abuelo Francisco de Borja!

Las picarescas limeñas, que tanto quisieron a doña Teresa de Castro, la mujer del virrey don García, no vieron nunca de buen ojo a la condesa de Lemos, y la bautizaron con el apodo de la *Patona.* Presumo que la virreina sería mujer de mucha base

Entrando ahora en la tradición, cuéntase de la tal doña Ana algo que no se le habría ocurrido al ingenio del más bragado gobernante, y que prueba, en sustancia, cuán grande es la astucia femenina y que, cuando la mujer se mete en política o en cosas de hombre, sabe dejar bien puesto su pabellón.

Entre los pasajeros que en 1668 trajo al Callao el galeón de Cádiz, vino un fraile portugués de la orden de San Jerónimo. Llamábase el padre Núñez. Era su paternidad un hombrecito regordete, ancho de espaldas, barrigudo, cuellicorto, de ojos abotagados y de nariz roma y rubicunda. Imagínate, lector, un candidato para una apoplejía fulminante, y tendrás cabal retrato del jeronimita.

Apenas llegado éste a Lima, recibió la virreina un anonimo en que la denunciaban que el fraile no era tal fraile, sino espía o comisionado secreto de Portugal, quien, para el mejor logro de alguna maquinación política, se presentaba disfrazado con el santo hábito.

La virreina convocó a los oidores y sometió a su acuerdo la denuncia Sus señorías opinaron por que, inmediatamente y sin muchas contemplaciones, se echase guante al padre Núnez y se le ahorcase *coram populo* ¡Ya se ve! En esos tiempos no estaban de moda las garantías individuales ni otras candideces de la laya que hogaño se estilan, y que así garantizan

[2] *Odriozola:* Manuel de Odriozola (1804-1889), militar y publicista peruano.

al prójimo que cae debajo, como una cota de seda de un garrotazo en la espalda.

La sagaz virreina se resistió a llevar las cosas al estricote, y viniéndosele a las mientes algo que narra Garcilaso de Francisco de Carbajal, dijo a sus compañeros de Audiencia: «Déjenlo vueseñorías por mi cuenta, que, sin necesidad de ruido ni de tomar el negocio por donde quema, yo sabré descubrir si es fraile o monago; que el hábito no hace al monje, sino el monje al hábito. Y si resulta preste tonsurado por barbero y no por obispo, entonces sin más kiries ni letanías llamamos a Gonzalvillo para que le cuelgue por el pescuezo en la horca de la plaza».

Este Gonzalvillo, negro retinto y feo como un demonio, era el verdugo titular de Lima.

Aquel mismo día la virreina comisionó a su mayordomo para que invitase al padre Núñez a *hacer penitencia* en palacio.

Los tres oidores acompañaban a la noble dama en la mesa, y en el jardín esperaba órdenes el terrible Gonzalvillo.

La mesa estaba opíparamente servida, no con esas golosinas que hoy se usan y que son como manjar de monja, soplillo y poca sustancia, sino con cosas suculentas, sólidas y que se pegan al riñón. La fruta de corral, pavo, gallina y hasta *chancho enrollado,* lucía con profusión.

El padre Núñez no comía. . . , devoraba. Hizo cumplido honor a todos los platos.

—¡Bien engulle! Fraile es.

La virreina guiñaba el ojo a los oidores como diciéndoles:

Sin saberlo, el padre Núñez había salido bien de la prueba. Faltábale otra.

La cocina española es cargada de especias, que naturalmente despiertan la sed.

Moda era poner en la mesa grandes vasijas de barro de Guadalajara, que tiene la propiedad de conservar más fresca el agua, prestándola muy agradable sabor.

Después de consumir, como postres, una muy competente ración de alfajores, pastas y dulces de las monjas, no pudo el comensal dejar de sentir imperiosa necesidad de beber; que *seco garganta, ni gruñe ni canta*

—¡Aquí te quiero ver, escopeta! —murmuró la condesa.

Esta era la prueba decisiva que ella esperaba. Si su convidado no era lo que por el traje revelaba ser, bebería con la pulcritud que no se acostumbra en el refectorio.

El fraile tomó con ambas manos el pesado cántaro de Guadalajara, lo alzó casi a la altura de la cabeza, recostó ésta en el respaldo de la silla, echóse a la cara el porrón y empezó a despacharse a su gusto.

La virreina, viendo que aquella sed era como la de un arenal y muy frailuno el modo de apaciguarla, le dijo, sonriendo:

—¡Beba, padre, beba, que le da la vida!

Y el fraile, tomando el consejo como amistoso interés por su salud, no despegó la boca del porrón hasta que lo dejó sin gota. En seguida su paternidad se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor que le corría a chorros, y echó por la boca un regüeldo que imitaba el bufido de una ballena arponada.

Doña Ana se levantó de la mesa y salióse al balcón seguida de los oidores.

—¿Qué opinan vueseñorías?

—Señora, que es fraile y de campanillas —contestaron a una los interpelados.

—Así lo creo en Dios y en mi ánima. Que se vaya en paz el bendito sacerdote.

¡Ahora digan ustedes si no fue mucho hombre la mujer que gobernó el Perú!

LA EMPLAZADA

(Crónica de la época del virrey arzobispo)

CONFIESO que, entre las muchas tradiciones que he sacado a luz, ninguna me ha puesto en mayores atrenzos que la que hoy traslado al papel. La tinta se me vuelve borra entre los puntos de la pluma, tanto es de espinoso y delicado el argumento. Pero a Roma por todo, y quiera un buen numen sacarme airoso de la empresa, y que alcance a cubrir con un velo de decoro, siquier no sea muy tupido, este mi verídico relato de un suceso que fue en Lima *más sonado que las narices*

I

Doña Verónica Aristizábal, no embargante sus cuarenta pascuas floridas, era, por los años de 1688, lo que en toda tierra de herejes y cristianos se llama una buena moza. Jamón mejor conservado, ni en Westfalia

Viuda del conde de Puntos Suspensivos —que es un título como otro cualquiera, pues el real no se me antoja ponerlo en letras de molde—, habíala éste, al morir, nombrado tutora de sus dos hijos, de los cuales el mayor contaba a la sazón cinco años. La fortuna del conde era lo que se dice señora fortuna, y consistía, amén de la casa solariega y valiosas propiedades urbanas, en dos magníficas haciendas situadas en uno de los fertilísimos valles próximos a esta ciudad de los reyes Y perdóname, lector, que altere nombres y que no determine el lugar de la acción, pues, al hacerlo, te pondría los puntos sobre las íes, y acaso tu malicia te haría sin muchos tropezones señalar con el dedo a los descendientes de la condesa de Puntos Suspensivos, como hemos convenido en llamar a la interesante viuda. En materia de guardar un secreto, soy canciller del sello de la Puridad

Luego que pasaron los primeros meses de luto y que hubo llenado fórmulas de etiqueta social, abandonó Verónica la casa de Lima, y fue con baúles y petacas a establecerse en una de las haciendas Para que el

lector se forme concepto de la importancia del feudo rústico, nos bastará consignar que el número de esclavos llegaba a mil doscientos

Había entre ellos un robusto y agraciado mulato, de veinticuatro años, a quien el difunto conde había sacado de pila y, en su calidad de ahijado, tratado siempre con especial cariño y distinción. A la edad de trece años, Pantaleón, que tal era su nombre, fue traído a Lima por el padrino, quien lo dedicó a aprender el empirismo rutinero que en esos tiempos se llamaba ciencia médica, y de que tan cabal idea nos ha legado el Quevedo limeño Juan de Caviedes en su graciosísimo *Diente del Parnaso* Quizá Pantaleón, pues fue contemporáneo de Caviedes, es uno de los tipos que campean en el libro de nuestro original y cáustico poeta.

Cuando el conde consideró que su ahijado sabía ya lo suficiente para enmendarle una receta al mismo Hipócrates, lo volvió a la hacienda con el empleo de médico y boticario, asignándole cuarto fuera del galpón habitado por los demás esclavos, autorizándolo para vestir decentemente y a la moda, y permitiéndole que ocupara asiento en la mesa donde comían el mayordomo o administrador, gallego burdo como un alcornoque, el primer caporal, que era otro ídem fundido en el mismo molde, y el capellán, rechoncho fraile mercedario y con más cerviguillo que un berrendo de Bujama. Estos, aunque no sin murmurar por bajo, tuvieron que aceptar por comensal al flamante *dotor:* y en breve, ya fuese por la utilidad de servicios que éste les prestara librándolos en más de un atracón, o porque se les hizo simpático por la agudeza de su ingenio y distinción de modales, ello es que el capellán, mayordomo y caporal no podían pasar sin la sociedad del esclavo, a quien trataban como a íntimo amigo y de igual a igual.

Por entonces llegó mi señora la condesa a establecerse en la hacienda, y aparte del capellán y los dos gallegos, que eran los empleados más caracterizados del fundo, admitió en su tertulia nocturna al esclavo, que para ella, aparte el título de ahijado y protegido de su difunto, tenía la recomendación de ser el don Preciso para aplicar un sedativo contra la jaqueca, o administrar una pócima en cualquiera de los achaques a que es tan propensa nuestra flaca naturaleza.

Pero Pantaleón no sólo gozaba del prestigio que da la ciencia, sino que su cortesanía, su juventud y su vigorosa belleza física formaban contraste con la vulgaridad y aspecto del mercedario y los gallegos. Verónica era mujer, y con eso está dicho que su imaginación debía dar mayores proporciones al contraste. El ocio y aislamiento de vida en una hacienda, los nervios siempre impresionables en las hijas de Eva, la confianza que para calmarlos se tiene en el *agua de melisa,* sobre todo si el médico que la propina es joven, buen mozo e inteligente, la frecuencia e intimidad del trato y. . . ¡qué sé yo! , hicieron que a la condesa le clavara el pícaro de Cupido un acerado dardo en mitad del corazón Y como *cuando el diablo no tiene que hacer, mata moscas con el rabo,* y en

levas de amor no hay tallas, sucedió... lo que ustedes sin ser brujos ya habrán adivinado. Con razón dice una copla:

Pocos eclipses el sol
y mil la luna padece;
que son al desliz más prontas
que los hombres las mujeres.

II

Lector: un cigarrillo o un palillo para los dientes, y hablemos de historia colonial.

El señor don Melchor de Liñán y Cisneros entró en Lima, con el carácter de arzobispo, en febrero de 1678; pero teniendo el terreno tan bien preparado en la corte de Madrid que, cinco meses después, Carlos II, destituyendo al conde de Castellar, nombraba a su ilustrísima virrey del Perú; y entre otras mercedes, concedióle más tarde el título de conde de Puebla de los Valles, título que el arzobispo transfirió a uno de sus hermanos.

Sus armas eran las de los Liñán: escudo bandado de oro y gules.

El virrey conde de Castellar entregó bien provistas las reales cajas, y el virrey arzobispo se cuidó de no incurrir en la nota de derrochador. Sino de riqueza, puede afirmarse que no fue de penuria la situación del país bajo el gobierno de Liñán y Cisneros, quien, hablando de la Hacienda, decía muy espiritualmente que era preciso guardarla de los muchos que la guardaban, y defenderla de los muchos que la defendían.

Desgraciadamente, lo soberbio de su carácter y la mezquina rivalidad que abrigara contra su antecesor, hostilizándolo indignamente en el juicio de residencia, amenguan ante la historia el nombre del virrey arzobispo.

Bajo esta administración fue cuando los vecinos de Lima enviaron barrillas de oro para el *chapín de la reina,* nombre que se daba al obsequio que hacían los pueblos al monarca cuando éste contraía matrimonio: era, digámoslo así, el regalo de boda que ofrecían los vasallos.

Los brasileños se apoderaron de una parte del territorio fronterizo a Buenos Aires, y su ilustrísima envió con presteza tropas que, bajo el mando del maestre de campo don José de Garro, gobernador del Río de la Plata, los desalojaron después de reñidísima batalla. La paz de Utrecht vino a poner término a la guerra, obteniendo Portugal ventajosas concesiones de España.

Los filibusteros Juan Guarín (Warlen) y Bartolomé Chearps, apoyados por los indios del Darién, entraron por el mar del Sur, hicieron en Panamá algunas presas de importancia, como la del navío *Trinidad,* saquearon los puertos de Barbacoas, Ilo y Coquimbo, incendiaron la Serena, y el 9 de

febrero de 1681 desembarcaron en Arica. Gaspar de Oviedo, alférez real y justicia mayor de la provincia, se puso a la cabeza del pueblo, y después de ocho horas de encarnizado combate, los piratas tuvieron que acogerse a sus naves, dejando entre los muertos al capitán Guarín y once prisioneros. Liñán de Cisneros equipó precipitadamente en el Callao dos buques, los artilló con treinta piezas y confirió su mando al general Pantoja; y aunque es verdad que nuestra escuadra no dio caza a los piratas, sus maniobras influyeron para que éstos, desmoralizados ya con el desastre de Arica, abandonasen nuestros mares. En cuanto a los once prisioneros, fueron ajusticiados en la Plaza Mayor de Lima.

Fue esta época de grandes cuestiones religiosas. Las competencias de frailes y jesuítas en las misiones de Mojos, Carabaya y Amazonas, un tumultuoso capítulo de las monjas de Santa Catalina, en Quito, muchas de las cuales abandonaron la clausura, y la cuestión del obispo Mollinedo en los canónigos del Cuzco, por puntos de disciplina, darían campo para escribir largamente. Pero la conmoción más grave fue la de los franciscanos de Lima, que el 23 de diciembre de 1680, a las once de la noche, pusieron fuego a la celda del comisario general de la Orden fray Marcos Terán.

Bajo el gobierno de Liñán de Cisneros, vigésimo primo virrey del Perú, se recibieron en Lima los primeros ejemplares de la *Recopilación de leyes de Indias,* impresión hecha en Madrid en 1680; se prohibió la fabricación de aguardientes que no fuesen de los conchos puros del vino, y se fundó el conventillo de Santa Rosa de Viterbo para beatas franciscanas.

III

El mayor monstruo los celos, es el título de una famosa comedia del teatro antiguo español, y a fe que el poeta anduvo acertadísimo en el mote.

Un año después de establecida la condesa en la hacienda, hizo salir de un convento de monjas de Lima a una esclavita, de quince a diez y seis abriles, fresca como un sorbete, traviesa como un duende, alegre como una misa de aguinaldo y con un par de ojos negros, tan negros que parecían hechos de tinieblas. Era la predilecta, la *engreída* de Verónica. Antes de enviarla al monasterio para que perfeccionase su educación aprendiendo labores de aguja y demás cosas en que son tan duchas las buenas madres, su ama la había pagado maestros de música y baile; y la muchacha aprovechó tan bien las lecciones que no había en Lima más diestra tañedora de arpa, ni timbre de voz más puro y flexible para cantar la *bella Aminta* y el *pastor feliz,* ni pies más ágiles para trenzar una *sajuriana,* ni cintura más cenceña y revolucionaria para bailar un bailecito de la tierra.

Describir la belleza de Gertrudis sería para mí obra de romanos. Pálido sería el retrato que emprendiera yo hacer de la mulata, y basta que el lector se imagine uno de esos tipos de azúcar refinada y canela de Ceylán,

que hicieron decir al licencioso ciego de la Merced [1], en una copla que yo me guardaré de reproducir con exactitud:

Canela y azúcar fue
la bendita Magdalena. .
Quien no ha querido a una china,
no ha querido cosa buena.

La llegada de Gertrudis a la hacienda despertó en el capellán y el médico todo el apetito que inspira una golosina Su reverencia frailuna dio en padecer de distracciones cuando abría su libro de horas; y el médico-boticario se preocupó con la mocita a extremo tal que, en cierta ocasión, administró a uno de sus enfermos palaja en vez de goma arábiga, y en un tumbo de dado estuvo que lo despachase sin postillón al país de las calaveras.

Alguien ha dicho (y por si nadie ha pensado en decir tal paparrucha, diréla yo) que un rival tiene ojos de telescopio para descubrir, no digo un cometa crinito, sino una pulga en el cielo de sus amores. Así se explica que el capellán no tardase en comprender y adquirir pruebas de que entre Pantaleón y Gertrudis existían lo que, en política, llamaba uno de nuestros prohombres connivencias criminales. El despechado rival pensó entonces en vengarse, y fue a la condesa con el chisme, alegando hipócritamente que era un escándalo y un faltamiento a tan honrada casa que dos esclavos anduviesen entretenidos en picardihuelas que la moral y la religión condenan. ¡Bobería! *No se fundieron campanas para asustarse del repique*

Probable es que si el mercedario hubiera podido sospechar que Verónica había hecho de su esclavo algo más que un médico, se habría abstenido de acusarlo. La condesa tuvo la bastante fuerza de voluntad para dominarse, dio las gracias al capellán por el cristiano aviso, y dijo sencillamente que ella sabría poner orden en su casa.

Retirado el fraile, Verónica se encerró en su dormitorio para dar expansión a la tormenta que se desarrollaba en su alma. Ella, que se había dignado descender del pedestal de su orgullo y preocupaciones para levantar hasta su altura a un miserable esclavo, no podía perdonar al que traidoramente la engañaba.

Una hora después, Verónica, afectando serenidad de espíritu, se dirigió al trapiche e hizo llamar al médico. Pantaleón se presentó en el acto, creyendo que se trataba de asistir a algún enfermo. La condesa, con el tono severo de un juez, lo interrogó sobre las relaciones que mantenía con Gertrudis, y exasperada por la tenaz negativa del amante, ordenó a los negros que, atándolo a una argolla de hierro, lo flagelasen cruelmente Después de media hora de suplicio, Pantaleón estaba casi exánime La

[1] *Ciego de La Merced:* Fray Francisco del Castillo, poeta popular V la tradición *El ciego de La Merced* (*TPC*, 603).

condesa hizo suspender el castigo y volvió a interrogarlo. La víctima no retrocedió en su negativa; y más irritada que antes, la condesa lo amenazó con hacerlo arrojar en una paila de miel hirviendo.

La energía del infortunado Pantaleón no se desmintió ante la feroz amenaza y abandonando el aire respetuoso con que hasta ese instante había contestado a las preguntas de su ama, dijo:

—Hazlo, Verónica, y dentro de un año, tal un día como hoy, a las cinco de la tarde, te cito ante el tribunal de Dios.

—¡Insolente! —gritó furiosa la condesa, cruzando con su chicotillo el rostro del infeliz—. ¡A la paila! ¡A la paila con él!

¡Horror!

Y el horrible mandato quedó cumplido en el instante.

IV

La condesa fue llevada a sus habitaciones en completo estado de delirio. Corrían los meses, el mal se agravaba, y la ciencia se declaró vencida. La furiosa loca gritaba en sus tremendos ataques:

—¡Estoy emplazada!

Y así llegó la mañana del día en que expiraba el fatal plazo, y ¡admirable fenómeno!, la condesa amaneció sin delirio. El nuevo capellán que había reemplazado al mercedario fue llamado por ella y le oyó en confesión, perdonándola en nombre de Aquel que es todo misericordia.

El sacerdote dió a Gertrudis su carta de libertad y una suma de dinero que la obsequiaba su ama. La pobre mulata, cuya fatal belleza fue la causa de la tragedia, partió una hora después para Lima, y tomó el hábito de donada en el monasterio de las clarisas.

Verónica pasó tranquila el resto del día.

El reloj de la hacienda dio la primer campanada de las cinco. Al oírla, la loca saltó de su lecho, gritando:

—¡Son las cinco! ¡Pantaleón! ¡Pantaleón!

Y cayó muerta en medio del dormitorio.

LA FUNDACION DE SANTA LIBERATA

(Crónica de la época del vigésimo quinto virrey del Perú)

I

COMO FRUTO de una de las calaveradas de la mocedad del conde de Cartago, vino al mundo un mancebo, conocido con el nombre de Hernando Hurtado de Chávez. El noble conde pasaba una modesta pensión a la madre, encargándola diese buen ejemplo al rapaz y cuidase de educarlo. Pero Fernandico era el mismo pie de Judas. Travieso, enredador y camorrista; más que en la escuela, se le encontraba, con otros pillastres de su edad, haciendo novillos por las huertas y murallas. Ni el látigo ni la palmeta, atributos indispensables del *dómine* de esos tiempos, podían moderar los malos instintos del muchacho.

Así creciendo, cumplió Fernando veinte años, y muerto el conde y valetudinaria la madre, hízose el mozo un dechado de todos los vicios. No hubo garito de que no fuese parroquiano, ni hembra de tumbo y trueno con quien no se tratase tú por tú. Fernando era lo que se llama un pie útil para una francachela. Tañía el arpa como el mismísimo rey David, punteaba la guitarra de lo lindo, cantaba el *pollito* y el *agua rica,* trovos muy a la moda entonces, con más salero que los comediantes de la tonadilla, y para bailar el *punto* y las *mollares* tenía un aquel y una desvergüenza que pasaban de castaño claro. En cuanto a empinar el codo, frecuentaba las ermitas de Baco y bebía el zumo de parra con más ardor que los campos la lluvia del cielo; y en materia de tirarse de puñaladas, hasta con el gallo de la Pasión, si le quiquiriqueaba recio, nada tenía que aprender del mejor baratero de Andalucía.

Retratado el protagonista, entremos sin más dibujos en la tradición

II

Un velo fúnebre parecía extenderse sobre la festiva ciudad de los reyes en los días 31 de enero y 1 de febrero del año 1711. Las campanas tocaban rogativas, y grupos de pueblo cruzaban las calles siguiendo a algún sacerdote que, crucifijo en mano, recitaba salmos y preces. Y como si el cielo participara de la tristeza pública, negras nubes se cernían en el espacio.

Sepamos lo que traía tan impresionados los espíritus

A las diez de la mañana del 20 de enero, un joven se presentó al cura del Sagrario pidiendo se le permitiese buscar una partida de bautismo en los libros parroquiales. El buen cura, engañado por las decentes apariencias del peticionario, no puso obstáculo y lo dejó solo en el bautisterio.

Cuando nuestro hombre se persuadió de que no sería interrumpido, se dirigió resueltamente al altar mayor y se metió con presteza en el bolsillo un grueso copón de oro, en el que se hallaban ciento cincuenta y tres hostias consagradas. En seguida salió del templo y con paso tranquilo se encaminó a la Alameda. En el tránsito encontró a dos o tres amigos que le preguntaron qué bulto llevaba en el bolsillo, y él contestó con aplomo «que era un almirez que había comprado de lance».

Hasta la mañana del 31, en que hubo necesidad de administrar el viático a un moribundo, no se descubrió la sustracción de la píxide. De imaginarse es la agitación que se apoderaría del católico pueblo; y el testimonio del párroco hizo recaer en Fernando de Chávez la sospecha de que él, y no otro, era el sacrílego ladrón.

Fernando anduvo a salto de mata, pues su excelencia el obispo don Diego Ladrón de Guevara, virrey del Perú, echó tras el criminal toda una jauría de alguaciles, oficiales y oficiosos.

III

El ilustrísimo señor don Diego Ladrón de Guevara, de la casa y familia de los duques del Infantado, obispo de Quito y que antes lo había sido de Panamá y Guamanga, estaba designado por Felipe V en tercer lugar para gobernar el Perú en caso de fallecer el virrey marqués de Castell-dos-Ríus. Cuando murió éste, en 1710, habían también pasado a mejor vida los otros dos personajes de la terna. Al poco tiempo de ejercer el mando el ilustrísimo Ladrón de Guevara se recibió en Lima la noticia del triunfo de Villaviciosa, que consolidó en España a Felipe V y la dinastía borbónica Entre las fiestas con que la ciudad de los reyes celebró la nueva, fue la más notable la representación, en una sala de palacio, convertida en teatro, de la comedia en verso *Triunfos de amor y poder*, escrita por el poeta limeño Peralta.

El virrey obispo logró ahuyentar de la costa a un pirata inglés que había apresado tres buques mercantes, y comisionó al marqués de Villar del

bajo para que destruyese a los negros cimarrones, que, enseñoreados de los montes de Huachipa, habían establecido en ellos fortificaciones y osado presentar batalla a las tropas reales.

A ejemplo de su antecesor el virrey literato, acordó el obispo gran protección a la Universidad de San Marcos, y más que de enviar gruesos contingentes de dinero a la corona, cuidó de que los fondos públicos se gastasen en el Perú en templos, puentes y caminos. Un virrey que no mandaba millones a España no servía para el cargo. Esto y el haber colocado las regalías de la iglesia antes que las del soberano, fueron motivos para que en 1716 se le reemplazase con el príncipe de Santo Buono.

Regresando para España llamado por el rey, que le excusaba así el *rubor* de volver a Quito, como dice el cronista Alcedo, quiso el obispo visitar el reino de México, en cuya capital murió el 19 de noviembre de 1718.

IV

Las diez de la noche del 1 de febrero acababan de sonar en el reloj de la Compañía, cuando el catalán Jaime Albites, preparándose a cerrar su pulpería, situada en las esquinas de las calles de Puno y de la Concepción, vio pasar un hombre cuyo rostro iba casi cubierto por las anchas alas de un chambergo. Pocos pasos había éste avanzado, cuando el pulpero echó a gritar desaforadamente:

—¡Vecinos! ¡Vecinos! ¡Ahí va el ladrón del Sagrario!

Como por arte de encantamiento se abrieron puertas, y la calle se vio en un minuto cubierta de gente. El ladrón emprendió la carrera; mas una mujer le acertó con una pedrada en las piernas, a la vez que un carpintero de la vecindad le arrimaba un trancazo contundente. Cayó sobre él la turba, y acaso habría tenido lugar un *gutierricidio*[1] o acto de justicia popular, como llamamos nosotros los *republicanos prácticos* a ciertas barbaridades, si el escribano Nicolás de Figueroa y Juan de Gadea, boticario del hospital de la Caridad, sujetos que gozaban de predicamento en el pueblo, no lo hubieran impedido, diciendo: —Si ustedes matan a este hombre, nos quedaremos sin saber dónde tiene escondido a Nuestro Amo.

A este tiempo asomó una patrulla y dio con el criminal en la cárcel de corte.

Allí declaró que su sacrílego robo no le había producido más que cuatro reales, en que vendió la crucecita de oro que coronaba el copón; y que horrorizado de su crimen y asustado por la persecución, había escondido la

[1] *Gutierricidio*: alusión sarcástica a la muerte de los hermanos Tomás, Silvestre Marcelino y Marcelino Gutiérrez que iniciaron en 1872 una revuelta contra el presidente José Balta, imponiendo una breve dictadura que provocó el asesinato en prisión de Balta y finalmente la muerte violenta de los Gutiérrez, en una manifestación de repudio popular. V. la tradición *Un Maquiavelo criollo* y el año correspondiente en la Cronología.

píxide en el altar de la sacristía de San Francisco, donde, en efecto, se encontró

En cuanto a las sagradas formas, confesó que las había enterrado, envueltas en un papel, al pie de un árbol, en la Alameda de los Descalzos

En la mañana del 2 de febrero hízose entrar al reo en una calesa, con las cortinillas corridas, y con gran séquito de oidores, canónigos, cabildantes y pueblo se le condujo a la Alameda. La turbación de Fernando era tanta, que le fue imposible determinar a punto fijo el árbol, y ya comenzaba el cortejo a desesperar cuando un negrito de ocho años de edad, llamado Tomás Moya, dijo: —Bajo este naranjo vi el otro día a ese hombre, y me tiró de piedras para que no me impusiera de lo que hacía

Las divinas formas fueron encontradas, y al negrito, que era esclavo, se le recompensó, pagando el Cabildo cuatrocientos pesos por su libertad

Describir la alegría de la población, los repiques, luminarias y fiestas religiosas y profanas, es tarea superior a nuestras fuerzas. Publicaciones hay de esa época, como la *Imagen política*, de Peralta, a las que remitimos al lector cuya curiosidad sea muy exigente.

El virrey obispo, en solemne procesión, condujo las hostias a la Catedral. Se quitó el velo morado que cubría el altar mayor y desaparecieron de las torres e iglesias los crespones que las enlutaban.

La hierba y tierra próximas al naranjo fueron puestas en fuentes de plata y repartidas, como reliquias, en los monasterios y entre las personas notables.

El 10 de mayo fue trasladado Fernando a las cárceles de la Inquisición Dicen que se le condenó a ser quemado vivo; pero en ninguno de los documentos que conocemos del Santo Oficio de Lima hemos podido hallar noticia del auto de fe.

El vecindario contribuyó a porfía para la inmediata erección de una capilla, de cuarenta y cuatro varas de largo por doce de ancho, en el sitio donde se encontraron las formas. El altar mayor, dice un cronista, formado en esqueleto, permite transitar, por su parte inferior, hasta el sitio donde estuvieron enterradas las hostias.

Tal es la historia de la fundación de la iglesia de Santa Liberata, junto a la que los padres crucíferos de San Camilo establecieron en 1754 un conventillo. Fronterizo a éste se encuentra el beaterio del Patrocinio, fundado en 1688 para beatas dominicas, y en el mismo sitio en que el santo fray Juan Macías pastaba marranos y ovejas antes de vestir hábito.

MUERTA EN VIDA

(Crónica de la época del vigésimo sexto y vigésimo séptimo virreyes)

I

LAURA VENEGAS era bella como un sueño de amor en la primavera de la vida. Tenía por padre a don Egas de Venegas, garnacha de la Real Audiencia de Lima, viejo más seco que un arenal, hinchado de prosopopeya y que nunca volvió atrás de lo que una vez pensara. Pertenecía a la secta de los infalibles, que, de paso sea dicho, son los más propensos a engañarse.

Con padre tal, Laura no podía ser dichosa. La pobre niña amaba locamente a un joven médico español llamado don Enrique de Padilla, el cual, desesperado de no alcanzar el consentimiento del viejo, había puesto mar de por medio y marchado a Chile. La resistencia del golilla, hombre de voluntad de hierro, nacía de su decisión por unir los veinte abriles de Laura con los cincuenta octubres de un compañero de oficio. En vano Laura, agotando el raudal de sus lágrimas, decía a su padre que ella no amaba al que la deparaba por esposo.

—¡Melindres de muchachas!—la contestaba el flemático padre—. El amor se cría.

¡El amor se cría! Palabras que envenenaron muchas almas, dando vida más tarde al remordimiento. La casta virgen, fiada en ellas, se dejaba conducir al altar, y nunca sentía brotar en su espíritu el amor prometido.

¡El amor se cría! Frase inmoral que servía de sinapismo para debilitar los latidos del corazón de la mujer, frase típica que pinta por completo el despotismo en la familia.

En aquellos siglos había dos expedientes soberanos para hacer entrar en vereda a las hijas y a las esclavas.

¿Era una esclava ligera de cascos o se espontaneaba sobre algún chichisbeo de su ama? Pues la panadería de don Jaime, el catalán, o de cualquier otro desalmado, no estaba lejos, y la infeliz criada pasaba allí semanas o meses sufriendo azotaina diaria, cuaresmal ayuno, trabajo crecido y todos los riesgos del más bárbaro tratamiento. Y cuenta que esos siglos no fueron librepensadores, como el actual, sino siglos cristianos, de evangélico

ascetismo y suntuosas procesiones; siglos, en fin, de fundaciones monásticas, de santo y de milagro.

Para las hijas desobedientes al paternal precepto se abrían las puertas de un monasterio Como se ve, el expediente era casi tan blando como el de la panadería.

Laura, obstinada en no arrojar de su alma el recuerdo de Enrique, prefirió tomar el velo de novicia en el convento de Santa Clara; y un año después pronunció los solemnes votos, ceremonia que solemnizaron con su presencia los cabildantes y oidores, presididos por el virrey, recién llegado entonces a Lima

II

Don Carmine Nicolás Caracciolo, grande de España, príncipe de Santo Buono, duque de Castel de Sangro, marqués de Buquianico, conde de Esquiabi, de Santobido y de Capracota, barón de Monteferrato, señor de Nalbelti, Frainenefrica, Gradinarca y Castelnovo, recibió el mando del Perú de manos del obispo de la Plata don fray Diego Morcillo Rubio de Auñón, que había sido virrey interino desde el 15 de agosto hasta el 3 de octubre de 1716.

Para celebrar su recepción, Peralta, el poeta de la *Lima fundada,* publicó un panegírico del virrey napolitano, y Bermúdez de la Torre, otro titulado *El sol en el zodiaco.* Ambos libros son un hacinamiento de conceptos extravagantes y de lisonjas cortesanas en estilo gongorino y campanudo.

De un virrey que, como el excelentísimo señor don Carmine Nicolás Caracciolo, necesitaba un carromato para cargar sus títulos y pergaminos, apenas hay huella en la historia del Perú. Sólo se sabe de su gobierno que fue impotente para poner diques al contrabando, que los misioneros hicieron grandes conquistas en las montañas, y que en esa época se fundó el colegio de Ocopa.

Los tres años y tres meses del mando del príncipe de Santo Buono se hicieron memorables por una epidemia que devastó el país, excediendo de sesenta mil el número de víctimas en la raza indígena.

Fue bajo el gobierno de este virrey cuando se recibió una real cédula prohibiendo *carimbar* a los negros esclavos. Llamábase *carimba* cierta marca que con hierro hecho ascua ponían los amos en la piel de esos infelices.

Solicitó entonces el virrey la abolición de la *mita;* pues muchos encomenderos habían llevado el abuso hasta el punto de levantar horca y amenazar con ella a los indios *mitayos;* pero el monarca dio carpetazo a la bien intencionada solicitud del príncipe de Santo Buono.

Ninguna obra pública, ningún progreso, ningún bien tangible ilustran la época de un virrey de tantos títulos.

Una tragedia horrible—dice Lorente [1]—impresionó por entonces a la piadosa ciudad de los reyes. Encontróse ahorcado de una ventana a un

[1] *Lorente:* V. nota 1 de *Las orejas del alcalde.*

infeliz chileno, y en su habitación una especie de testamento, hecho la víspera del suicidio, en el que dejaba su alma al diablo si conseguía dar muerte a su mujer y a un fraile de quien ésta era barragana. Cinco días después fueron hallados, en un callejón, los cadáveres putrefactos de la adúltera y de su cómplice.

El 15 de agosto de 1719, pocos minutos antes de las doce del día, se obscureció de tal manera el cielo que hubo necesidad de encender luces en las casas. Fue éste el segundo eclipse total de sol experimentado en Lima después de la conquista, y dio motivo para procesión de penitencia y rogativas.

El mismo fray Diego Morcillo, elevado ya a la dignidad de arzobispo de Lima, fue nombrado por Felipe V virrey en propiedad, y reemplazó al finchado príncipe de Santo Buono en 16 de enero de 1720. Del Virrey arzobispo decía la murmuración que a fuerza de oro compró el nombramiento de virrey: tanto le había halagado el mando en los cincuenta días de su interinato. Lo más notable que ocurrió en los cuatro años que gobernó el mitrado fue que principiaron los disturbios del Paraguay entre los jesuítas y Antequera, y que el pirata inglés Juan Cliperton apresó el galeón en que venía de Panamá el marqués de Villacocha con su familia.

III

Y así como así, transcurrieron dos años, y sor Laura llevaba con resignación la clausura.

Una tarde hallábase nuestra monja acompañando en la portería a una anciana religiosa, que ejercía las funciones de tornera, cuando se presentó el nuevo médico nombrado para asistir a las enfermas del monasterio.

Por entonces, cada convento tenía un crecido número de moradoras, entre religiosas, educandas y sirvientas; y el de Santa Clara, tanto por espíritu de moda cuanto por la gran área que ocupaba, era el más poblado de Lima.

Fundado este convento por Santo Toribio, se inauguró el 4 de enero de 1606; y a los ocho años de su fundación—dice un cronista— contaba con ciento cincuenta monjas de velo negro y treinta y cinco de velo blanco, número que fue, a la vez que las rentas, aumentándose hasta el de cuatrocientas de ambas clases.

Las dos monjas, al anuncio del médico, se cubrieron el rostro con el velo; la portera le dio entrada, y la más anciana, haciendo oír el metálico sonido de una campanilla de plata, precedía en el claustro al representante de Hipócrates.

Llegaron a la celda de la enferma, y allí sor Laura, no pudiendo sofocar por más tiempo sus emociones, cayó sin sentido. Desde el primer momento había reconocido en el nuevo médico a su Enrique. Una fiebre nerviosa se

apoderó de ella, poniendo en peligro su vida y haciendo precisa la frecuente presencia del médico.

Una noche, después de las doce, dos hombres escalaban cautelosamente una tapia del convento, conduciendo un pesado bulto, y poco después ayudaban a descender a una mujer.

El bulto era un cadáver robado del hospital de Santa Ana.

Media hora más tarde, las campanas del monasterio se echaban a vuelo anunciando incendio en el claustro. La celda de sor Laura era presa de las llamas.

Dominado el incendio, se encontró sobre el lecho un cadáver completamente carbonizado.

Al siguiente día, y después del ceremonial religioso, se sepultaba en el panteón del monasterio a la que fue en el siglo Laura Venegas. ¿Y... y?

¡Aleluya! ¡Aleluya!
Sacristán de mi vida,
toda soy tuya.

IV

Pocos meses después, Enrique, acompañado de una bellísima joven, a la que llamaba su esposa, fijó su residencia en una ciudad de Chile.

¿Ahogaron sus remordimientos? ¿Fueron felices? Puntos son éstos que no incumbe al cronista averiguar.

LUCAS EL SACRILEGO

(Crónica de la época del vigésimo nono virrey del Perú)

I

El que hubiera pasado por la plazuela de San Agustín a hora de las once de la noche del 22 de octubre de 1743, habría visto un bulto sobre la cornisa de la fachada del templo, esforzándose a penetrar en él por una estrecha claraboya. Grandes pruebas de agilidad y equilibrio tuvo sin duda que realizar el escalador hasta encaramarse sobre la cornisa, y el cristiano que lo hubiese contemplado habría tenido que santiguarse tomándolo por el *enemigo malo* o por duende cuando menos. Y no se olvide que, por aquellos tiempos, era de pública voz y fama que, en ciertas noches, la plazuela de San Agustín era invadida por una procesión de ánimas del purgatorio con cirio en mano. Yo ni quito ni pongo; pero sospecho que con la República y el gas les hemos metido el resuello a las ánimas benditas, que se están muy mohínas y quietas en el siglo donde a su Divina Majestad plugo ponerlas.

El atrio de la iglesia no tenía por entonces la magnífica verja de hierro que hoy la adorna, y la policía nocturna de la ciudad estaba en abandono tal, que era asaz difícil encontrar una ronda. Los buenos habitantes de Lima se encerraban en casita a las diez de la noche, después de apagar el farol de la puerta, y la población quedaba sumergida en plena tiniebla, con gran contentamiento de gatos y lechuzas, de los devotos de la hacienda ajena y de la gente dada a amorosas empresas.

El avisado lector, que no puede creer en duendes ni en demonios coronados, y que, como es de moda en estos tiempos de civilización, acaso no cree ni en Dios, habrá sospechado que es un ladrón el que se introduce por la claraboya de la iglesia. *Piensa mal y acertarás.*

En efecto. Nuestro hombre, con auxilio de una cuerda, se descolgó al templo, y con paso resuelto se dirigió al altar mayor.

Yo no sé, lector, si alguna ocasión te has encontrado de noche en un vasto templo, sin más luz que la que despiden algunas lamparillas coloca-

das al pie de las efigies, y sintiendo el vuelo y el graznar fatídico de esas aves que anidan en las torres y bóvedas. De mi sé decir que nada ha producido en mi espíritu una impresión más sombría y solemne a la vez, y que por ello tengo a los sacristanes y monaguillos en opinión, no diré de santos, sino de ser los hombres de más hígados de la cristiandad. ¡Me río yo de los bravos de la Independencia!

Llegado nuestro hombre al sagrario, abrió el recamarín, sacó la Custodia, envolvió en su pañuelo la Hostia divina, dejándola sobre el altar, y salió del templo por la misma claraboya que le había dado entrada.

Sólo dos días después, en la mañana del sábado 25, cuando debía hacerse la renovación de la Forma, vino a descubrirse el robo. Había desaparecido el sol de oro, evaluado en más de cuarenta mil pesos, y cuyas ricas perlas, rubíes, brillantes, zafiros, ópalos y esmeraldas eran obsequio de las principales familias de Lima. Aunque el pedestal era también de oro y admirable como obra de arte, no despertó la codicia del ladrón.

Fácil es imaginarse la conmoción que este sacrilegio causaría en el devoto pueblo. Según refiere el erudito escritor del *Diario de Lima,* en los números de 4 y 5 de octubre de 1791, hubo procesión de penitencia, sermón sobre el texto de David: *Exurge, Domine et judica causam tuam,* constantes rogativas, prisión de legos y sacristanes, y carteles fijando premios para quien denunciase al ladrón. Se cerraron los coliseos, y el duelo fue general cuando, corriendo los días sin descubrirse al delincuente, recurrió la autoridad eclesiástica al tremendo resorte de leer censuras y apagar candelas.

Por su parte, el marqués de Villagarcía, virrey del Perú, había llenado su deber, dictando todas las providencias que en su arbitrio estaban para capturar al sacrílego. Los expresos a los corregidores y demás autoridades del virreinato se sucedieron sin tregua, hasta que a fines de noviembre llegó a Lima un alguacil del intendente de Huancavelica, don Jerónimo Solá, ex consejero de Indias, con pliegos en los que éste comunicaba a su excelencia que el ladrón se hallaba aposentado en la cárcel y con su respectivo par de calcetas de Vizcaya. Bien dice el refrán que *entre bonete y almete se hacen cosas de copete.* [1]

Las campanas se echaron a vuelo, el teatro volvió a funcionar, los vecinos abandonaron el luto y Lima se entregó a fiestas y regocijos.

II

Ciñéndonos al plan que hemos seguido en las *Tradiciones*, viene aquí a cuento una rápida reseña histórica de la época de mandato del excelentísimo

[1] *Entre bonete... cosas de copete:* el refrán *bonete y almete hacen casas de copete* significa (según Sbarbi, 148) que "las armas y las letras dan lustre a las familias y ennoblecen los linajes", según Rodríguez Marín *(21,000,* 195) la oposición es "entre el estado eclesiástico y la milicia" No es muy claro el sentido en el que lo usa aquí Palma, quizá debido a la confusión entre *cosas* y *casas.*

señor don José de Mendoza Caamaño y Sotomayor, marqués de Villagarcía, de Monroy y de Cusano, conde de Barrantes y señor de Vista Alegre, Rubianes y Villanueva, vigésimo nono virrey del Perú por su majestad don Felipe V, y que, a la edad de sesenta años, se hizo cargo del gobierno de estos reinos, en 4 de enero de 1736.

El marqués de Villagarcía se resistió mucho a aceptar el virreinato del Perú, y persuadiéndolo uno de los ministros del rey para que no rechazase lo que tantos codiciaban, dijo:

—Señor, vuesaseñoría me ponga a los pies de Su Majestad, a quien venero como es justo y de ley, y represéntele que haciendo cuentas conmigo, mismo, he hallado que me conviene más vivir pobre hidalgo que morir rico virrey.

El soberano encontró sin fundamento la excusa, y el nombrado tuvo que embarcarse para América.

Sucediendo al enérgico márquez de Castelfuerte, la ley de las compensaciones exigía del nuevo virrey una política menos severa. Así, a fuerza de sagacidad y moderación, pudo el de Villagarcía impedir que tomase incremento las turbulencias de Oruro y mantener a raya al cuzqueño Juan Santos [2], que se había proclamado Inca.

No fue tan feliz con los almirantes ingleses Vernon y Jorge Andson, que con sus piraterías alarmaban la costa. Haciendo grandes esfuerzos e imponiendo una contribución al comercio, logró el virrey alistar una escuadra, cuyo jefe evitó siempre poner sus naves al alcance de los cañones ingleses, dando lugar a que Andson apresara al galeón de Manila, que llevaba un cargamento valuado en más de tres millones de pesos.

Bajo su gobierno fue cuando el mineral del Cerro de Pasco principió a adquirir la importancia de que hoy goza, y entre otros sucesos curiosos de su época merecen consignarse la aurora boreal que se vio una noche en el Cuzco, y la muerte que dieron los fanáticos habitantes de Cuenca al cirujano de la expedición científica que a las órdenes del sabio La Condamine visitó la América. Los sencillos naturales pensaron, al ver unos extranjeros examinando el cielo con grandes telescopios, que esos hombres se ocupaban de hechicerías y malas artes.

A propósito de la venida de la comisión científica, leemos en un precioso manuscrito que existe en la Biblioteca de Lima, titulado *Viaje al globo de la luna,* que el pueblo limeño bautizó a los ilustres marineros españoles don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa y a los sabios franceses Gaudin y La Condamine con el sobrenombre de los *caballeros del punto fijo,* aludiendo a que se proponían determinar con *fijeza* la magnitud y figura de la tierra. Un pedante, creyendo que los cuatro comisionados tenían facultad para alejar de Lima cuanto quisiesen la línea equinoccial, se echó a murmurar entre el pueblo ignorante contra el virrey marqués de Villagarcía, acusán-

[2] *Juan Santos:* Juan Santos Atahualpa, caudillo indígena de una importante rebelión (1742 56) que levantó a los selvícolas contra los misioneros españoles

dolo de tacaño y menguado; pues por ahorrar un gasto de quince o veinte mil pesos que pudiera costar la obra, consentía en que la línea equinoccial se quedase como se estaba y los vecinos expuestos a sufrir los recios calores del verano. Trabajillo parece que costó convencer al populacho de que aquel charlatán ensartaba disparates. Así lo refiere el autor anónimo del ya citado manuscrito.

Después de nueve años y medio de gobierno, y cuando menos lo esperaba, fue el virrey desairosamente relevado con el futuro conde de Superunda [3], en julio de 1745. Este agravio afectó tanto al anciano marqués de Villagarcía, que regresando para España, a bordo del navío *Héctor,* murió en el mar, en la costa patagónica, en diciembre del mismo año.

III

Lucas de Valladolid era un mestizo, de la ciudad de Huamanga, que ejercía en Lima el oficio de platero. Obra de sus manos eran las mejores alhajas que a la sazón se fabricaban. Pero el maestro Lucas picaba de generoso y en el juego, el vino y las mozas de partido derrochaba sus ganancias.

Los padres agustinos le dispensaban gran consideración, y el maestro Lucas era uno de sus obligados comensales en los días de mantel largo. Nuestro platero conocía, pues, a palmos el convento y la iglesia, circunstancia que le sirvió para realizar el robo de la Custodia, tal como lo dejamos referido.

Dueño de tan valiosa prenda, se dirigió con ella a su casa, desarmó el sol, fundió el oro y engarzó en anillos algunas piedras. Viendo la excitación que su crimen había producido, se resolvió a abandonar la ciudad y emprendió viaje a Huancavelica, enterrando antes en la falda de San Cristóbal una parte de su riqueza.

La esposa del intendente Solá era limeña, y a ésta se presentó el maestro Lucas ofreciéndola en venta seis magníficos anillos. En uno de ellos lucía una preciosa esmeralda, y examinándola la señora, exclamó: «¡Qué rareza! Esta piedra es idéntica a la que obsequié para la custodia de San Agustín».

Turbóse el platero, y no tardó en despedirse.

Pocos minutos después entraba el intendente en la estancia de su esposa, y le participó que acababa de llegar un expreso de Lima con la noticia del sacrílego robo.

—Pues, hijo mío —le interrumpió la señora –, hace un rato que he tenido en casa al ladrón.

Con los informes de la intendenta procedióse en el acto a buscar al maestro Lucas; pero ya éste había abandonado la población. Redobláronse

[3] *Conde de Superunda:* V. la tradición *Un virrey y un arzobispo.*

los esfuerzos y salieron inmediatamente algunos indios en todas direcciones en busca del criminal, logrando aprehenderlo a tres leguas de distancia

El sacrílego principió por una tenaz negativa; pero le aplicaron garrotillo en los pulgares o un cuarto de rueda, y cantó de plano.

Cuando el virrey recibió el oficio del intendente de Huancavelica, despachó para guarda del reo una compañía de su escolta.

Llegada ésta a Lima, en enero de 1744, costó gran trabajo impedir que el pueblo lo hiciese añicos. ¡Las justicias populares son cosa rancia por lo visto!

A los pocos días fue el ladrón puesto en capilla, y entonces solicitó la gracia de que se acordasen cuatro meses para fabricar una custodia superior en méritos a la que él había destruído. Los agustinos intercedieron y la gracia fue otorgada.

Las familias pudientes contribuyeron con oro y nuevas alhajas, y cuatro meses después, día por día, la Custodia, verdadera obra de arte, estaba concluida. En este intervalo el maestro Lucas dio en su prisión tan positivas muestras de arrepentimiento, que le valieron la merced de que se le conmutase la pena.

Es decir, que en vez de achicharrarlo como a sacrílego, se le ahorcó muy pulcramente como a ladrón.

UN VIRREY Y UN ARZOBISPO

(Crónica de la época del trigésimo virrey del Perú)

La época del coloniaje, fecunda en acontecimientos que de una manera providencial fueron preparando el día de la Independencia del Nuevo Mundo, es un venero poco explotado aún por las inteligencias americanas.

Por eso, y perdónese nuestra presuntuosa audacia, cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros, demonio tentador al que mal puede resistir la juventud, evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia de ayer de un pueblo que no vive de recuerdos ni de esperanzas, sino de actualidad.

Lo repetimos: en América la tradición apenas tiene vida. La América conserva todavía la novedad de un hallazgo y el valor de un fabuloso tesoro apenas principiado a explotar.

Sea por la indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos, o por descuido de nuestros antepasados en no consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes. Los tiempos primitivos del imperio de los Incas, tras los que está la huella sangrienta de la conquista, han llegado hasta nosotros con fabulosos e inverosímiles colores. Parece que igual suerte espera a los tres siglos de la dominación española.

Entre tanto, toca a la juventud hacer algo para evitar que la tradición se pierda completamente. Por eso, en ella se fija de preferencia nuestra atención, y para atraer la del pueblo creemos útil adornar con las galas del romance toda narración histórica. Si al escribir estos apuntes sobre el fundador de Talca y los Angeles no hemos logrado nuestro objeto, discúlpesenos en gracia a la buena intención que nos guiara y de la inmensa cantidad de polvo que hemos aspirado al hojear crónicas y deletrear manuscritos en países donde, aparte de la escasez de documentos, no están los archivos muy fácilmente a la disposición del que quiera consultarlos.

I

El número 13

El excelentísimo señor don José Manso de Velasco, que mereció el título de conde de Superunda por haber reedificado el Callao (destruído a con secuencia del famoso terremoto en 1746), sé encargó del mando de los reinos del Perú el 13 de junio de 1745, en reemplazo del marqués de Villagarcía. Maldita la importancia que un cronista daría a esta fecha si, según cuentan añejos papeles, ella no hubiera tenido marcada influencia en el ánimo y porvenir del virrey; y aquí con venia tuya, lector amigo, va mi pluma a permitirse un rato de charla y moraleja.

Cuando más inteligente o audaz es el hombre parece que su espíritu es más susceptible de acoger una superstición. El vuelo o el canto de un pájaro es para muchos un sombrío augurio, cuyo prestigio no alcanza a vencer la fuerza del raciocinio. Sólo el necio no es supersticioso. César en una tempestad confiaba su fortuna. Napoleón, el que repartía tronos como botín de guerra, recordaba al dar una batalla la brillantez del sol de Austerlitz, y aun es fama que se hizo decir la buenaventura por una echadora de cartas (mademoiselle Lenormand).

Pero la preocupación nunca es tan palmaria como cuando se trata del número 13. La casualidad hizo algunas veces que de trece convidados a un banquete, uno muriera en el término del año; y es seguro que de allí nace el prolijo cuidado de que los cabalistas cuentan las personas que se sientan a una mesa. Los devotos explican que la desgracia del 13 surge de que Judas completó este número en la divina cena.

Otra de las particularidades del 13, conocido también por *docena de fraile*, es la de designar las monedas que se dan en arras cuando un prójimo resuelve hacer la última calaverada. Viene de allí el horror instintivo que los solteros le profesan, horror que no sabremos decir si es o no fundado, como no osaríamos declararnos partidarios o enemigos de la santa coyunda matrimonial.

Quejábase un prójimo de haber asistido a un banquete en que eran trece los comensales. —¿Y murió alguno? ¿Aconteció suceso infausto? —¿Cómo no?—contestó el interrogado—. En ese año... me casé.

El hecho es que cuando el virrey quedó solo en palacio, con su secretario Pedro Bravo de Ribera, no pudo excusarse de decirle:

—Tengo para mí, Pedro, que mi gobierno me ha de traer desgracia El corazón me da que este otro 13 no ha de parar en bien.

El secretario sonrió burlonamente de la superstición de su señor, en cuya vida, que él conocía a fondo, habría probablemente alguna aventura en la que desempeñara papel importante el fatídico número a que acababa de aludir.

Y que el corazón fue leal profeta para el virrey (pues en sus quince años de gobierno abundaron las desgracias) nos lo comprueba una rápida reseña histórica

Poco más de un año llevaba en el mando don José Manso de Velasco cuando aconteció la ruina del Callao, y tras ella una asoladora epidemia en la sierra, y el incendio del archivo del gobierno que se guardaba en casa del marqués de Salinas, incendio que se tuvo por malicioso. Temblores formidables en Quito, Latacunga, Trujillo y Concepción de Chile, la inundación de Santa, un incendio que devoró a Panamá y la rebelión de los indios de Huarochirí, que se sofocó ahorcando a los principales cabecillas, figuran entre los sucesos siniestros de esa época.

En agosto de 1747 fundóse a inmediaciones del destruído Callao el pueblo de Bellavista; se elevó el convento de Ocopa a colegio de *propaganda fide;* se consagró la iglesia de los padres descalzos; la monja y literata sor María Juana, con otras cuatro capuchinas, fundó un monasterio en Cajamarca; se observó el llamado cometa de Newton; se estableció el estanco de tabacos; se extinguió la Audiencia de Panamá, y en 1755 se formó un censo en Lima, resultando empadronados 54.000 habitantes.

II

Que trata de una excomunión, y de cómo por ella el virrey y el arzobispo se convirtieron en enemigos

La obligación de motivar el capítulo que a éste sigue nos haría correr el riesgo de tocar con hechos que acaso pudieran herir quisquillosas susceptibilidades si no adoptáramos el partido de alterar nombres y narrar el suceso a galope. En una hacienda del valle de Ate, inmediata a Lima, existía un pobre sacerdote que desempeñaba las funciones de capellán del fundo. El propietario, que era, nada menos que un título de Castilla, por cuestiones de poca monta y que no son del caso referir, hizo una mañana pasear por el patio de la hacienda, caballero en un burro y acompañado de rebenque, al bueno del capellán, el cual diz que murió a poco de vergüenza y de dolor.

Este horrible castigo, realizado en un ungido del Señor, despertó en el pacífico pueblo una gran conmoción. El crimen era inaudito. La Iglesia fulminó excomunión mayor contra el hacendado, en la que se mandaba derribar las paredes del patio donde fue escarnecido el capellán y que se sembrase sal en el terreno, amén de otras muchas ritualidades de las que haremos gracia al lector.

Nuestro hacendado, que disfrutaba de gran predicamento en el ánimo del virrey y que aindamáis era pariente por afinidad del secretario Bravo, se encontró amparado por éstos, que recurrieron a cuantos medios hallaron a sus alcances para que menguase en algo el rigor de la excomunión. El

virrey fue varias veces a visitar al arzobispo con tal objeto; pero éste se mantuvo erre que erre.

Entre tanto cundía ya en el pueblo una especie de somatén y crecían los temores de un serio conflicto para el Gobierno. La multitud, cada día más irritada, exigía el pronto castigo del sacrílego; y el virrey, convencido de que el metropolitano no era hombre de provecho para su empeño, se vio, mal de su grado, en la precisión de ceder.

¡Vive Dios, que aquéllos sí eran tiempos para la Iglesia! El pueblo, no contaminado aún por la impiedad, que, al decir de muchos, avanza a pasos de gigante, creía entonces con la fe del carbonero. ¡Pícara sociedad que ha dado en la maldita fiebre de combatir las preocupaciones y errores del pasado! ¡Perversa raza humana, que tiende a la libertad y al progreso, y que en su roja bandera lleva impreso el imperativo de la civilización. *¡Adelante! ¡Adelante!* [1]

Repetimos que muy en embrión y con gran cautela hemos apuntado este curioso hecho, desentendiéndonos de adornarlo con la multitud de glosas y de incidentes que sobre él corren. Las viejas cuentan que, cuando murió el hacendado, desapareció su cadáver, que de seguro no recibió sepultura eclesiástica, arrebatado por el que pintan a los pies de San Miguel, y que en las altas horas de la noche paseaba por las calles de Lima en un carro inflamado por llamas infernales y arrastrado por una cuadriga diabólica. Hoy mismo hay gentes que creen en estas papartuchas a pies juntillas. Dejemos al pueblo con sus locas creencias y hagamos punto y acápite.

III

De cómo el arzobispo de Lima celebró misa después de haber almorzado

Sabido es que para los buenos habitantes de la republicana Lima las cuestiones de fueros y regalías entre los poderes civil y eclesiásticos han sido siempre piedrecilla de escándalo. Aun los que hemos nacido en estos asendereados tiempos, recordamos muchas *enguinfingalfas* entre nuestros presidentes y el metropolitano o los obispos. Mas en la época en que por su majestad don Fernando VI mandaba estos reinos del Perú el señor conde de Superunda estaban casi contrabalanceados los dos poderes, y harto tímido era su excelencia para recurrir a golpes de autoridad. Cuestioncillas, fútiles acaso en su origen, como la que en otro capítulo dejamos consignada, agriaron los espíritus del virrey y del arzobispo Barroeta hasta engendrar entre los dos una seria odiosidad.

«Grande fue la competencia—dice Córdova Urrutia—entre el arzobispo y el virrey, por haber dispuesto aquél que se le tocase órgano al entrar

[1] *¡Vive Dios .. ¡Adelante! ¡Adelante!*, el sentido irónico del pasaje es un buen testimonio del anticlericalismo de Palma. V. el final del parágrafo IV

en la Catedral, y no al representante del monarca, y levantando quitasol, al igual de éste, en las procesiones. Las quejas fueron a la corte y ésta falló contra el arzobispo».

El conde de Superunda, en su relación de mando, dice, hablando del arzobispo «Tuvo la desgracia de encontrar genios de fuego conocidos por turbulentos y capaces de alterar la república más bien ordenada. Estos le indujeron a mandar sin reflexión, persuadiéndolo que debía mandar su jurisdicción con vigor, y que ésta se extendía sin límite. Y como obraba sin experiencia, brevemente se llenó de tropiezos con su Cabildo y varios Tribunales. Los caminos a que indujo muchas veces al arzobispo, atendiendo su decoro y la tranquilidad de la ciudad, eran máximas muy contrarias a las de sus consultores, y no perdieron tiempo en persuadirse que se subordinaba con desaire de su dignidad y que debía dar a conocer que era arzobispo, desviándose del virrey, que tanto le embarazaba. El concepto que le merecían los que así le aconsejaban, y la inclinación del arzobispo a mandar despóticamente, lo precipitaron a escribirme una esquela privada con motivo de cierta cuestión particular, diciéndome que lo dejase obrar, y procuró retirarse cuanto pudo de mi comunicación. A poco tiempo se aumentaron las competencias con casi todos los tribunales y se llenó de edictos y mandatos la ciudad, poniéndose en gran confusión su vecindario. Si se hubieran de expresar todos los incidentes y tropiezos que se ofrecieron posteriormente al Gobierno con el arzobispo, se formaría un volumen o historia de mucho bulto».

Y prosigue el conde de Superunda narrando la famosa querella del quitasol o baldaquino, en la procesión de la novena de la Concepción, que tuvo lugar por los años de 1752. No cumpliendo ella a nuestro propósito, preferimos dejarla en el tintero y contraernos a la última cuestión entre el representante de la corona y el arzobispo de Lima.

Práctica era que sólo cuando pontificaba el metropolitano se sentase bajo un dosel inmediato al del virrey, y para evitar que el arzobispo pudiera sufrir lo que la vanidad calificaría de un desaire, iba siempre a palacio un familiar la víspera de la fiesta con el encargo de preguntar si su excelencia concurriría o no.

En la fiesta de Santa Clara, monasterio fundado por Santo Toribio de Mogrovejo, y al que legó su corazón, encontró Manso el medio, infalible en su concepto, de humillar a su adversario, contestando al mensajero que se sentía enfermo y que, por tanto, no concurriría a la función. Preparáronse sillas para la Real Audiencia, y a las doce de la mañana se dirigió Barroeta a la iglesia y se arrellanó bajo el dosel; mas con gran sorpresa vio poco después que entraba el virrey, precedido por las distintas corporaciones.

¿Qué había decidido a su excelencia a alterar así el ceremonial? Poca cosa La certidumbre de que su ilustrísima acababa de almorzar, en presencia de legos y eclesiásticos, una tísica o robusta polla en estofado,

que tanto no se cuidó de averiguar el cronista, con su correspondiente apéndice de bollos y chocolate de las monjas.

Convengamos en que era durilla la posición del arzobispo, que sin echarse a cuestas lo que él creía un inmenso ridículo, no podía hacer bajar su dosel. Su ilustrísima se sentía tanto más confundido cuanto más altivas y burlonas eran las miradas y sonrisas de los palaciegos. Pasaron así más de cinco minutos sin que diese principio la fiesta. El virrey gozaba en la confusión de Barroeta, y todos veían asegurado su triunfo. La espada humillaba a la sotana.

Pero el bueno del virrey hacía su cuenta sin la huéspeda, o lo que es lo mismo, olvidaba que quien hizo la ley hizo la trampa. Manso habló al oído de uno de sus oficiales, y éste se acercó al arzobispo, manifestándole, en nombre de su excelencia, cuán extraño era que permaneciese bajo dosel y de igual a igual quien, no pudiendo celebrar misa, por causa de la consabida polla del almuerzo, perdía el privilegio en cuestión. El arzobispo se puso de pie, paseó su mirada por el lado de los golillas de la Audiencia y dijo, con notable sangre fría:

—¡Señor oficial! Anuncie usted a su excelencia que pontifico.

Y se dirigió resueltamente a la sacristía, de donde salió en breve revestido.

Y lo notable del cuento es que lo hizo como lo dijo.

IV

Donde la polla empieza a indigestarse

Dejamos a la imaginación de nuestros lectores calcular el escándalo que produciría la aparición del arzobispo en el altar mayor, escándalo que subió de punto cuando le vieron consumir la divina Forma. El virrey no desperdició la ocasión de esparcir la cizaña en el pueblo con el fin de que la grey declarase que su pastor había incurrido en flagrante sacrilegio. ¡Bien se barrunta que su excelencia no conocía a esa sufrida oveja que se llama pueblo! Los criollos, después de comentar largamente el suceso, se disolvieron con esta declaratoria, propia del fanatismo de aquella época:

—Pues que comulgó su ilustrísima después de almorzar, licencia tendría de Dios.

Acaso por estas quisquillas se despertó el encono de la gente de claustro contra el virrey Manso; pues un fraile, predicando el sermón del Domingo de Ramos, tuvo la insolencia de decir que Cristo había entrado en Jerusalén montado en un burro *manso*, bufonería con la que creyó poner en ridículo a su excelencia.

Entre tanto, el arzobispo no dormía, y mientras el virrey y la Real Audiencia dirigían al monarca y su Consejo de Indias una fundada acusación contra Barroeta, éste reunía en su palacio al Cabildo eclesiástico. Ello

es que se extendió acta de lo ocurrido, en la que después de dictar a los santos padres, de recurrir a los breves secretos de Paulo III y otros pontífices, y de destrozar los cánones, fue aprobada la conducta del que no se paró en pollas ni en panecillos con tal de sacar avante lo que se llama fuero y dignidad de la Iglesia de Cristo. Con el acta recurrió el arzobispo a Su Santidad, quien dio por bueno su proceder.

El Consejo de Indias no se sintió muy satisfecho, y aunque no increpó abiertamente a Barroeta, lo tildó de poco atento en haber recurrido a Roma sin tocar antes con la corona. Y para evitar que en lo sucesivo se renovasen las rencillas entre las autoridades políticas y religiosas, creyó conveniente su sacra real majestad trasladar a Barroeta a la silla archiepiscopal de Granada, y que se encargase de la de Lima el señor don Diego del Corro, que entró en la capital en 26 de noviembre de 1758 y murió en Jauja después de dos años de gobierno.

Don Pedro Antonio de Barroeta y Angel, natural de la Rioja, en Castilla la Vieja, es, entre los arzobispos que ha tenido Lima, uno de los más notables por la moralidad de su vida y por su instrucción e ingenio. Hizo reimprimir las sinodales de Lobo Guerrero, y durante los siete años que, según Unanue, duró su autoridad, publicó varios edictos y reglamentos para reformar las costumbres del clero, que, al decir de un escritor de entonces, no eran muy evangélicas. A juzgar por el retrato que de él existe en la sacristía de la Catedral, sus ojos revelan la energía del espíritu, y su despejada frente muestra claros indicios de inteligencia. Consiguió hacerse amar del pueblo, mas no de los canónigos, a quienes frecuentemente hizo entrar en vereda, y sostuvo con vigor los que, para el espíritu de su siglo y para su educación, consideraba como privilegios de la Iglesia.

En cuanto a nosotros, si hemos de ser sinceros, declaramos que no nos viene al magín medio de disculpar la conducta del arzobispo en la fiesta de Santa Clara; porque creemos, creencia de que no alcanzarán a apearnos todos los teólogos de la cristiandad, que la religión del Crucificado, religión de verdad severa, no puede permitir dobleces ni litúrgicos lances teatrales. Antes de sacar triunfante el orgullo, la vanidad clerical; antes de hacer elásticas las leyes sagradas; antes de abusar de la fe de un pueblo y sembrar en él la alarma y la duda, debió el ministro del Altísimo recordar las palabras del libro inmortal: *¡Ay de aquel por quien venga el escándalo! Quémese la casa y no salga humo*, era el refrán con que nuestros abuelos condenaban el escándalo.

V

Agudezas episcopales

Y por si no vuelve a presentárseme ocasión para hablar del arzobispo Barroeta, aprovecho ésta y saco a relucir algunas agudezas suyas. *Cuando pasan rábanos, comprarlos.*

Visitando su ilustrísima los conventos de Lima, llegó a uno donde encontró a los frailes arremolinados contra su provincial o superior. Quejábase la comunidad de que éste tiranizaba a sus inferiores, hasta el punto de prohibir que ninguno pusiese pie fuera del umbral de la portería sin previa licencia. El provincial empezó a defender su conducta; pero le interrumpió el señor Barroeta, diciéndole:

—¡Calle, padre; calle, calle, calle!

El provincial se puso candado en la boca, el arzobispo echó una bendición y tomó el camino de la puerta, y los frailes quedaron contentísimos viendo desairado a su guardián.

Cuando le pasó a éste la estupefacción, se dirigió al palacio arzobispal, y respetuosamente se querelló ante su ilustrísima de que, a presencia de la comunidad, le hubiera impuesto silencio.

—Lejos, muy lejos —le contestó Barroeta— estoy de ser grosero con nadie, y menos con su reverencia, a quien estimo. ¿Cuáles fueron mis palabras?

—Su ilustrísima interrumpió mis descargos, diciéndome: «¡Calle, calle, calle!».

—¡Bendito de Dios! ¿Qué pedían los frailes? ¿Calle? Pues déles calle su reverencia, déjelos salir a la calle y lo dejarán en paz. No es culpa mía que su paternidad no me entendiera *y que tomara el ascua por donde quema.*

Y el provincial se despidió, satisfecho de que en el señor Barroeta no hubo propósito de agravio.

Fue este arzobispo aquel de quien cuentan que al salir del pueblo de Mala, lugarejo miserable y en el que su ilustrísima y comitiva tuvieron que conformarse con mala cena y peor lecho, exclamó:

Entre médanos de arena,
para quien bien se regala,
no tiene otra cosa Mala
que tener el agua buena.

Y, para concluir, vaya otra agudeza de su ilustrísima.

Parienta suya era la marquesa de X*** y persona cuyo empeño fue siempre atendido por el arzobispo. Interesóse ésta un día para que confiriese un curato vacante a cierto clérigo su protegido. Barroeta, que tenía poco concepto de la ilustración y moralidad del pretendiente, desairó a la marquesa. Encaprichóse ella, acudió a España, gastó largo, y en vez de curato, consiguió para su ahijado una canonjía metropolitana. Con la real cédula en la mano, fue la marquesa a visitar al arzobispo, y le dijo:

—Señor don Pedro, el rey hace canónigo al que usted no quiso hacer cura.

—Y mucho dinero le ha costado el conseguirlo, señora marquesa.

—Claro está —contestó la dama—; pero toda mi fortuna la habría gastado con gusto por no quedarme con el desaire en el cuerpo.

—Pues, señora mía, si su empeño hubiera sido por canonjía, de balde se la hubiera otorgado; pero dar cura de almas a un molondro... *nequaquam*. El buen párroco necesita cabeza y para ser buen canónigo no se necesita poseer más que una cosa buena.

—¿Qué cosa? —preguntó la marquesa.

—Buenas posaderas para repantigarse en un sillón del coro.

VI

Donde se eclipsa la estrella de su excelencia

Después de diez y seis años de gobierno, sin contar los que había pasado en la presidencia de Chile, el conde de Superunda, que había solicitado de la corte su relevo, entregó el mando al excelentísimo señor don Manuel de Amat y Juniet, el 12 de octubre de 1761.

El de Superunda es, sin disputa, una de las más notables figuras de la época del coloniaje. A él debe Chile la fundación de seis de sus más importantes ciudades, y la historia, justiciera siempre, le consagra páginas honrosas. El pueblo nunca es ingrato para con los que se desvelan por su bien; halagüeña verdad que, por desgracia, ponen frecuentemente en olvido los hombres públicos en Sud-américa. Manso, mientras ejerció la presidencia de Chile, fue recto en la administración, conciliador con las razas conquistadora y conquistada, infatigable en promover mejoras materiales, tenaz en despertar en la muchedumbre el hábito del trabajo. Con tan dignos antecedentes pasó al virreinato del Perú, en donde se encontró combatido por rastreras intrigas que entrabaron la marcha de su gobierno e hicieron inútiles sus buenas disposiciones. Por otra parte, su antecesor le entregaba el país en un estado de violenta conmoción. *Apu Inca,* al frente de algunas tribus rebeldes y ensoberbecidas por pequeños triunfos alcanzados sobre las fuerzas españolas, amenazaba desde Huarochirí un repentino ataque sobre la capital. Manso desplegó toda su actividad y energía, y en breve consiguió apresar y dar muerte al caudillo, cuya cabeza fue colocada en el arco del Puente de Lima. No se nos tilde de faltos de amor a la causa americana porque llamamos rebelde a Apu Inca. Las naciones se hallan siempre dispuestas a recibir el bienhechor rocío de la libertad, y en nuestro concepto, dando fe a documentos que hemos podido consultar, Apu-Inca no era ni el apóstol de la idea redentora, ni el descendiente de Manco Capac. Sus pretensiones eran las del ambicioso sin talento, que, usurpando un nombre, se convierte en jefe de una horda. Él proclamaba el exterminio de la raza blanca, sin ofrecer al indígena su rehabilitación política. Su causa era la de la barbarie contra la civilización.

Cansado Manso de los azares que lo rodeaban en el Perú, regresábase a Europa por Costa Firme, cuando, por su desdicha, tocó el buque que lo conducía en la isla de Cuba, asediada a la sazón por los ingleses.

Don Modesto de la Fuente, en su *Historia de España*, trae curiosos pormenores acerca del famoso sitio de la Habana, en el que verá el lector cuán triste papel cupo desempeñar al conde de Superunda. Como teniente general, presidió el consejo de guerra reunido para decidir la rendición o resistencia de las plazas amenazadas; *mas ya fuese que el aliento de Manso se hubiese gastado con los años,* como lo supone el marqués de Obando, o porque en realidad creyese imposible resistir, atrastró la decisión del consejo a celebrar una capitulación, en virtud de la que un navío inglés condujo a Manso y sus compañeros al puerto de Cádiz.

Del juicio a que en el acto se les sujetó resultaba que la capitulación fue cobarde e ignominiosos los artículos consignados en ella, y que el conde de Superunda, causa principal del desastre, merecía ser condenado a la pérdida de honores y empleos, con la añadidura, nada satisfactoria, de dos años de encierro en la fortaleza de Montjuich.

Don José Manso, hombre de caridad ejemplar, no sacó, por cierto, una fortuna de su dilatado gobierno en el Perú. Cuéntase que habiéndole un día pedido limosna un pordiosero, le dio la empuñadura de su espada, que era de maciza plata, y notorios son los beneficios que prodigó a la multitud de familias que sufrieron las consecuencias del horrible terremoto [2] que arruinó a Lima en 1746. Por ende, al salir de la prisión de Montjuich, se encontró el de Superunda tan falto de recursos como el más desharrapado mendigo.

VII

Donde aumenta en brillo la estrella de su ilustrísima

Empezaba la primavera del año de 1770, cuando, paseando una tarde por la Vega el arzobispo de Granada, encontró un ejército de chiquillos que, con infantil travesura, retozaban por las calles de árboles. La simpatía que los viejos experimentan por los niños nos la explicamos recordando que la ancianidad y la infancia, «el ataúd y la cuna», están muy cerca de Dios.

Su ilustrísima se detuvo mirando con paternal sonrisa aquella alegre turba de escolares, disfrutando de la recreación que, en los días jueves, daban los preceptores de aquellos tiempos a sus discípulos El *dómine* se hallaba sentado en un banco de césped, absorbido en la lectura de un libro, hasta que un familiar del arzobispo vino a sacarlo de su ocupación llamándolo en nombre de su ilustrísima.

2 *terremoto* V. la tradición *Conversión de un libertino, que relata el acontecimiento.*

Era el *dómine* un viejo venerable, de facciones francas y nobles, y que, a pesar de su pobreza, llevaba la raída ropilla con cierto aire de distinción. Poco tiempo hacía que, establecido en Granada, dirigía una escuela, siendo conocido bajo el nombre del maestro Velazco y sin saberse nada de la historia de su vida.

Apenas lo miró el arzobispo, cuando reconoció en él al conde de Superunda y lo estrechó en los brazos. Pasado el primer transporte vinieron las confidencias; y, por último, Barroeta lo comprometió a vivir a su lado y aceptar sus favores y protección. Manso rehusaba obstinadamente, hasta que su ilustrísima le dijo:

—Paréceme, señor conde, que aún me conserva rencor vueseñoría y creeré que por soberbia rechaza mi apoyo, o que me injuria suponiendo que en la adversidad trato de humillarlo.

—¡El poder, la gloria, la riqueza no son más que vanidad de vanidades! Y si imagináis, señor arzobispo, que por altivez no aceptaba vuestro amparo, desde hoy abandonaré la escuela para vivir en vuestra casa.

El arzobispo lo abrazó nuevamente y lo hizo montar en su carroza.

—Así como así —agregó el conde—, vuestro ministerio os obliga a curarme de mi loco orgullo. *Debellare superbos!*

VIII

Desde aquel día, aunque amargadas por el recuerdo de sus desventuras y de la ingratitud del soberano, que al fin le devolvió su clase y honores, fueron más llevaderas o tranquilas las horas del desgraciado Superunda.

RUDAMENTE, PULIDAMENTE, MAÑOSAMENTE

(Crónica de la época del virrey Amat)

I

En que el lector hace conocimiento con una hembra del coco, de rechupete y tilín

LEONORCICA Michel era lo que hoy llamaríamos una limeña de *rompe y rasga,* lo que en los tiempos del virrey Amat se conocía por una mocita del *tecum* y de las que se amarran la liga encima de la rodilla. Veintisiete años con más mundo que el que descubrió Colón, color sonrosado, ojos de más preguntas y respuestas que el catecismo, nariz de escribano por lo picaresca, labios retozones y una tabla de pecho como para asirse a ella un náufrago: tal era en compendio la muchacha. Añádanse a estas perfecciones, brevísimo pie, torneada pantorrilla, cintura estrecha, aire de taco y sandunguero, de esos que hacen estremecer hasta a los muertos del campo santo. La moza, en fin, no era *boccato di cardenale,* sino *boccato* de concilio ecuménico.

Paréceme que con el retrato basta y sobra para esperar mucho de esa pieza de tela emplástica, que

era como el canario
que va y se baña,
y luego se sacude
con arte y maña.

Leonorcica, para colmo de venturanza, era casada con un honradísimo pulpero español, más bruto que el que asó la manteca, y a la vez más manso que todos los carneros juntos de la cristiandad y morería. El pobrete no sabía otra cosa que aguar el vino, vender gato por liebre y ganar en su comercio muy buenos cuartos, que su bellaca mujer se encargaba de gastar bonitamente en cintajos y faralares, no para más encariñar

a su cónyuge, sino para engatusar a los oficiales de los regimientos del rey. A la chica, que de suyo era tornadiza, la había agarrado el diablo por la milicia y... ¡échele usted un galgo a su honestidad! Con razón decía uno -*Algo tendrá el matrimonio, cuando necesita bendición de cura*

El pazguato del marido, siempre que la sorprendía en gatuperios y juegos nada limpios con los militares, en vez de coger una tranca y derrengarla, se conformaba con decir:

—Mira, mujer: que no me gustan militronchos en casa y que un día me pican las pulgas y hago una que sea sonada.

—Pues mira, ¡atrastrado!, no tienes más que empezar —contestaba la mozuela, puesta en jarras y mirando entre ceja y ceja a su víctima.

Cuentan que una vez fue el pulpero a querellarse ante el provisor y a solicitar divorcio, alegando que su conjunta lo trataba mal.

—¡Hombre de Dios! ¿Acaso te pega? —le preguntó su señoría.

—No, señor —contestó el pobre diablo—; no me pega..., pero me la pega.

Este marido era de la misma masa de aquel otro que cantaba:

Mi mujer me han robado
tres días ha:
ya para bromas basta:
vuelvanmelá.

Al fin, la cachaza tuvo su límite, y el marido hizo... una que fue sonada. ¿Perniquebró a su costilla? ¿Le rompió el bautismo a algún galán? ¡Quia! Razonando filosóficamente, pensó que era tontuna perderse un hombre por perrerías de una mala pécora; que de hembras está más que poblado este pícaro mundo, y que, como dijo no sé quién, *las mujeres son como las ranas, que por una que zabulle, salen cuatro a flor de agua.*

De la noche a la mañana traspasó, pues, la pulpería, y con los reales que el negocio le produjo se trasladó a Chile, donde en Valdivia puso una cantina.

¡Qué fortuna la de las anchovetas! En vez de ir al puchero, se las deja tranquilamente en el agua.

Esta metáfora, traducida a buen romance, quiere decir que Leonorcica, lejos de lloriquear y tirarse de las greñas, tocó generala, revistó a sus amigos de cuartel, y de entre ellos, sin más recancamusas, escogió para amante de relumbrón al alférez del regimiento de Córdoba don Juan Francisco Pulido, mocito que andaba siempre *más emperejilado que rey de baraja fina.*

II

Mano de historia

Si ha caído bajo tu dominio, lector amable, mi primer libro de *Tradiciones* habrás hecho conocimiento con el excelentísimo señor don Manuel Amat y Juniet, trigésimo primo virrey del Perú por su majestad Fernando VI. Ampliaremos hoy las noticias históricas que sobre él teníamos consignadas

La capitanía general de Chile fue, en el siglo pasado, un escalón para subir al virreinato. Manso de Velazco, Amat, Jáuregui, O'Higgins y Avilés, después de haber gobernado en Chile, vinieron a ser virreyes del Perú.

A fines de 1771 se hizo Amat cargo del gobierno «Traía —dice un historiador— la reputación de activo, organizador, inteligente, recto hasta el rigorismo y muy celoso de los intereses públicos, *sin olvidar la propia conveniencia*». Su valor personal lo había puesto a prueba en una sublevación de presos en Santiago. Amat entró solo en la cárcel, y, recibido a pedradas, contuvo con su espada a los rebeldes. Al otro día ahorcó a docena y media de ellos. Como se ve, el hombre no se andaba con repulgos.

Amat principió a ejercer el gobierno cuando, hallándose más encarnizada la guerra de España con Inglaterra y Portugal, las colonias de América recelaban una invasión. El nuevo virrey atendió perfectamente a poner en pie de defensa la costa desde Panamá a Chile, y envió eficaces auxilios de armas y dinero al Paraguay y Buenos Aires. Organizó en Lima milicias cívicas, que subieron a cinco mil hombres de infantería y dos mil de caballería, y él mismo se hizo reconocer por el coronel del regimiento de nobles, que contaba con cuatrocientas plazas. Efectuada la paz, Carlos III premió a Amat con la cruz de San Jenaro, y mandó a Lima veintidós hábitos de caballeros de diversas órdenes para los vecinos que más se habían distinguido por su entusiasmo en la formación, equipo y disciplina de las milicias.

Bajo su gobierno se verificó el Concilio provincial de 1772, presidido por el arzobispo don Diego Parada, en que fueron confirmados los cánones del Concilio de Santo Toribio.

Hubo de curioso en este Concilio que habiendo investido Amat al franciscano fray Juan de Marimón, su paisano, confesor y aun pariente, con el carácter de teólogo representante del real patronato, se vio en el conflicto de tener que destituirlo y desterrarlo por dos años a Trujillo. El padre Marimón, combatiendo en la sesión del 28 de febrero al obispo Espiñeyra y al crucífero Durán, que defendían la doctrina del probabilismo, anduvo algo cáustico con sus adversarios. Llamado al orden, Marimón contestó, dando una palmada sobre la tribuna: «Nada de gritos, ilustrísimo señor, que respetos guardan respetos, y si su señoría vuelve a gritarme, yo tengo pulmón más fuerte y le sacaré ventaja». En uno de los volúmenes de *Papeles varios* de la Biblioteca de Lima se encuentran un

opúsculo del padre agonizante Durán, una carta del obispo fray Pedro Angel de Espiñeyra, el decreto de Amat y una réplica de Marimón, así como el sermón que pronunció éste en las exequias del padre Pachi, muerto en olor de santidad.

El virrey, cuyo liberalismo en materia religiosa se adelantaba a su época, influyó, aunque sin éxito, para que se obligase a los frailes a hacer vida común y a reformar sus costumbres, que no eran ciertamente evangélicas. Lima encerraba entonces entre sus murallas la bicoca de mil trescientos frailes, y los monasterios de monjas la pigricia de setecientas mujeres.

Para espiar a los frailes que andaban en malos pasos por los barrios de Abajo el Puente, hizo Amat construir el balcón del Palacio que da a la plazuela de los Desamparados, y se pasaba muchas horas escondido tras las celosías.

Algún motivo de tirria debieron darle los frailes de la Merced, pues siempre que divisaba hábito de esa comunidad murmuraba entre dientes: «¡Buen blanco!» Los que le oían pensaban que el virrey se refería a la tela del traje, hasta que un curioso se atrevió a pedirle aclaración, y entonces dijo Amat: «¡Buen blanco para una bala de cañón!».

En otra ocasión hemos hablado de las medidas prudentes y acertadas que tomó Amat para cumplir la real orden por la que fueron expulsados los miembros de la Compañía de Jesús. El virrey inauguró inmediatamente en el local del colegio de los jesuítas el famoso Convictorio de San Carlos, que tantos hombres ilustres ha dado a la América.

Amotinada en el Callao, a los gritos de «¡Viva el rey y muera su mal gobierno!», la tripulación de los navíos *Septentrión* y *Astuto*, por retardo en el pagamento de sueldos, el virrey enarboló en un torreón la bandera de justicia, asegurándola con siete cañonazos. Fue luego a bordo, y tras brevísima información, mandó colgar de las entenas a los dos cabecillas y diezmó la marinería insurrecta, fusilando diecisiete. Amat decía que la justicia debe ser como el relámpago.

Amat cuidó mucho de la buena policía, limpieza y ornato de Lima. Un hospital para marineros en Bellavista; el templo de las Nazarenas, en cuya obra trabajaba a veces como carpintero; la Alameda y plaza de Acho para las corridas de toros, y el Coliseo, que ya no existe, para las lidias de gallos, fueron de su época. Emprendió también la fábrica, que no llegó a terminarse, del Paseo de Aguas y que, a juzgar por lo que aún se ve, habría hecho competencia a Saint-Cloud y a Versalles.

Licencioso en sus costumbres, escandalizó bastante al país con sus aventuras amorosas. Muchas páginas ocuparían las historietas picantes en que figura el nombre de Amat unido al de Micaela Villegas, la *Perricholi*, actriz del teatro de Lima.

Sus contemporáneos acusaron a Amat de poca pureza en el manejo de los fondos públicos, y daban por prueba de su acusación que vino de

Chile con pequeña fortuna y que, a pesar de lo mucho que derrochó con la *Perricholi*, que gastaba un lujo insultante, salió del mando millonario Nosotros ni quitamos ni ponemos, no entramos en esas honduras, y decimos caritativamente que el virrey supo, en el juicio de residencia, hacerse absolver de este cargo, como hijo de la envidia y de la maledicencia humanas.

En julio de 1776, después de cerca de quince años de gobierno, lo reemplazó el excelentísimo señor don Manuel Guirior.

Amat se retiró a Cataluña, país de su nacimiento, en donde, aunque octogenario y achacoso, contrajo matrimonio con una joven sobrina suya. Las armas de Amat eran: escudo en oro con una ave de siete cabezas de azur.

III

Donde el lector hallará tres retruécanos no rebuscados, sino históricos

Por los años de 1772 los habitantes de esta hoy prácticamente republicana ciudad de los reyes, se hallaban poseídos del más profundo pánico. ¿Quién era el guapo que después de las diez de la noche asomaba las narices por esas calles? Una carrera de gatos o ratones en el techo bastaba para producir en una casa soponcios femeniles, alarmas masculinas y barullópolis mayúsculo.

La situación no era para menos. Cada dos o tres noches se realizaba algún robo de magnitud, y según los cronistas de esos tiempos, tales delitos salían, en la forma, de las prácticas hasta entonces usadas por los discípulos de Caco. Caminos subterráneos, forados abiertos por medio de fuego, escalas de alambre y otras invenciones mecánicas revelaban, amén de la seguridad de sus golpes, que los ladrones no sólo eran hombres de enjundia y pelo en pecho, sino de imaginativa y cálculo. En la noche del 10 de julio ejecutaron un robo que se estimó en treinta mil pesos.

Que los ladrones no eran gentuza de poco más o menos, lo reconocía el mismo virrey, quien, conversando una tarde con los oficiales de guardia que lo acompañaban a la mesa, dijo con su acento de catalán cerrado:

—¡Muchi diablus de latrons!

—En efecto, excelentísimo señor —le repuso el alférez don Juan Francisco Pulido—. Hay que convenir en que roban *pulidamente*.

Entonces el teniente de artillería don José Manuel Martínez Ruda lo interrumpió:

—Perdone el alférez. Nada de pulido encuentro; y lejos de eso, desde que desvalijan una casa contra la voluntad de su dueño, digo que proceden *rudamente*

—¡Bien! Señores oficiales, se conoce que hay chispa —añadió el alcalde ordinario don Tomás Muñoz, y que era, en cuanto a sutileza, capaz de

sentir el galope del caballo de copas—. Pero no en vano empuño yo una vara que hacer caer *mañosamente* sobre esos pícaros que traen al vecindario con el credo en la boca.

IV

Donde se comprueba que, a la larga, el toro fina en el matadero y el ladrón en la horca

Al anochecer del 31 de julio del susodicho año de 1772, un soldado entró cautelosamente en la casa del alcalde ordinario don Tomás Muñoz, y se entretuvo con él una hora en secreta plática.

Poco después circulaban por la ciudad rondas de alguaciles y agentes de la policía, que fundó Amat con el nombre de *encapados*.

En la mañana del 1º de agosto todo el mundo supo que en la cárcel de la corte y con gruesas barras de grillos se hallaban aposentados el teniente Ruda, el alférez Pulido, seis soldados del regimiento de Saboya, tres del regimiento de Córdoba y ocho paisanos. Hacíanles también compañía doña Leonor Michel y doña Manuela Sánchez, queridas de los dos oficiales, y tres mujeres del pueblo, mancebas de soldados. Era justo que *quienes estuvieron a las maduras, participasen de las duras. Quien comió la carne, que roa el hueso.*

El proceso, curiosísimo en verdad y que existe en los archivos de la excelentísima Corte Suprema, es largo para extractado. Baste saber que el 13 de agosto no quedó en Lima títere que no concurriese a la Plaza Mayor, en la que estaban formadas las tropas regulares y milicias cívicas.

Después de degradados con el solemne ceremonial de las ordenanzas militares los oficiales Ruda y Pulido, pasaron, junto con nueve de sus cómplices, a balancearse en la horca, alzada frente al callejón de Petateros. El verdugo cortó luego las cabezas, que fueron colocadas en escarpias en el Callao y en Lima.

Los demás reos obtuvieron pena de presidio, y cuatro fueron absueltos, contándose entre éstos doña Manuela Sánchez, la querida de Ruda. El proceso demuestra que si bien fue cierto que ella percibió los provechos, ignoró siempre de dónde salían las misas.

V

En que se copia una sentencia que puede arder en un candil

«En cuanto a doña Leonor Michel, receptora de especies furtivas, la condeno a que sufra cincuenta azotes, que le darán en su prisión de mano del verdugo, y a ser rapada de cabeza y cejas, y después de pasada tres

veces por la horca, será conducida al real beaterio de Amparadas de la Concepción de esta ciudad, a servir en los oficios más bajos y viles de la casa, reencargándola a la madre superiora para que la mantenga con la mayor custodia y precaución, ínterin se presenta ocasión de navío que salga para la plaza de Valdivia, adonde será trasladada en partida de registro a *vivir en unión de su marido,* y se mantendrá perpetuamente en dicha plaza. Dio y pronunció esta sentencia el excelentísimo señor don Manuel de Amat y Juniet, caballero de la Orden de San Juan, del Consejo de Su Majestad, su gentilhombre de cámara con entrada, teniente general de sus reales ejércitos, virrey, gobernador y capitán general de estos reinos del Perú y Chile; y en ella firmó su nombre estando haciendo audiencia en su gabinete, en los reyes, a 11 de agosto de 1772, siendo testigo don Pedro Juan Sanz, su secretario de cámara, y don José Garmendia, que lo es de cartas.—*Gregorio González de Mendoza,* escribano de su majestad y Guerra».

¡Cáscara! ¿No les parece a ustedes que la sentencia tiene tres pares de peredengues?

Ignoramos si el marido entablaría recurso de fuerza al rey por la parte en que, *sin comerlo ni beberlo,* se le obligaba a vivir en ayuntamiento con la media naranja que le dio la Iglesia, o si cerró los ojos y aceptó la libranza, que bien pudo ser, pues para todo hay genios en la viña del Señor.

EL RESUCITADO

(Crónica de la época del trigésimo segundo virrey del Perú)

A PRINCIPIOS del actual siglo existía en la Recolección de los descalzos un octogenario de austera virtud y que vestía el hábito de hermano lego. El pueblo, que amaba mucho al humilde monje, conocíalo sólo con el nombre de *el Resucitado.* Y he aquí la auténtica y sencilla tradición que sobre él ha llegado hasta nosotros.

I

En el año de los tres sietes (número apocalíptico y famoso por la importancia de los sucesos que se realizaron en América) presentóse un día en el Hospital de San Andrés un hombre que frisaba en los cuarenta agostos, pidiendo ser medicinado en el santo asilo. Desde el primer momento, los médicos opinaron que la dolencia del enfermo era mortal, y le previnieron que alistase el bagaje para pasar a mundo mejor.

Sin inmutarse oyó nuestro individuo el fatal dictamen, y después de recibir los auxilios espirituales o de tener *el práctico a bordo,* como decía un marino, llamó a Gil Paz, ecónomo del hospital, y díjole, sobre poco más o menos:

—Hace quince años que vine de España, donde no dejo deudos, pues soy un pobre expósito. Mi existencia en Indias ha sido la del que honradamente busca el pan por medio del trabajo; pero con tan aviesa fortuna que todo mi capital, fruto de mil privaciones y fatigas, apenas pasa de cien onzas de oro, que encontrará vuesamerced en un cincho que llevo al cuerpo. Si, como creen los físicos, y yo con ellos, su Divina Majestad es servida llamarme a su presencia, lego a vuesamerced mi dinero para que lo goce, pidiéndole únicamente que vista mi cadáver con una buena mortaja del seráfico padre San Francisco, y pague algunas misas en sufragio de mi alma pecadora.

Don Gil juró por todos los santos del calendario cumplir religiosamente con los deseos del moribundo, y que no sólo tendría mortaja y misas, sino un decente funeral. Consolado así el enfermo, pensó que lo mejor que le quedaba por hacer era morirse cuanto antes; y aquella misma noche empezaron a enfriársele las extremidades, y a las cinco de la madrugada era alma de la otra vida.

Inmediatamente pasaron las peluconas al bolsillo del ecónomo, que era un avaro más ruín que la encarnación de la avaricia. Hasta su nombre revela lo menguado del sujeto: *¡¡¡Gil Paz!!!* No es posible ser más tacaño de letras ni gastar menos tinta para una firma.

Por entonces no existía aún en Lima el cementerio general, que, como es sabido, se inauguró el martes 31 de mayo de 1808; y aquí es curioso consignar que el primer cadáver que se sepultó en nuestra necrópolis al día siguiente fue el de un pobre de solemnidad llamado Matías Isurriaga, quien, cayéndose de un andamio sobre el cual trabajaba como albañil, se hizo tortilla en el atrio mismo del cementerio. Los difuntos se enterraban en un corralón o campo santo que tenía cada hospital, o en las bóvedas de las iglesias, con no poco peligro de la salubridad pública.

Nuestro don Gil reflexionó que el finado le había pedido muchas gollerías; que podía entrar en la fosa común sin asperges, responsos ni sufragios; y que, en cuanto a ropaje, bien aviado iba con el raído pantalón y la mugrienta camisa con que lo había sorprendido la Flaca.

«En el hoyo no es como en el mundo —filosofaba Gil Paz— donde nos pagamos de exterioridades y apariencias, y muchos hacen papel por la tela del vestido. ¡Vaya una pechuga la del difunto! No seré yo, en mis días, quien halague su vanidad, gastando los cuatro pesos que importa la jerga franciscana. ¿Querer lujo hasta para pudrir tierra? ¡Hase visto presunción de la laya! ¡Milagro no le vino en antojo que lo enterrase con guantes de gamuza, botas de campana y gorgueras de encaje! Vaya al agujero como está el muy bellaco, y agradézcame que no lo mande en el traje que usaba el padre Adán antes de la golosina».

Y dos negros esclavos del hospital cogieron el cadáver y lo transportaron al corralón que servía de cementerio.

Dejemos por un rato en reposo al muerto, y mientras el sepulturero abre la zanja, fumemos un cigarrillo, charlando sobre el gobierno y la política de aquellos tiempos.

II

El excelentísimo señor don Manuel Guirior, natural de Navarra y de la familia de San Francisco Javier, caballero de la Orden de San Juan, teniente general de la real armada, gentilhombre de cámara y marqués de Guirior, hallábase como virrey en el nuevo reino de Granada, donde había

contraído matrimonio con doña María Ventura, joven bogotana, cuando fue promovido por Carlos III al gobierno del Perú.

Guirior, acompañado de su esposa, llegó a Lima de incógnito el 17 de julio de 1776, como sucesor de Amat. Su recibimiento público se verificó con mucha pompa el 3 de diciembre, es decir, a los cuatro meses de haberse hecho cargo del gobierno. La sagacidad de su carácter y sus buenas dotes administrativas le conquistaron en breve el aprecio general. Atendió mucho a la conversión de infieles, y aun fundó en Chanchamayo colonias y fortalezas, que posteriormente fueron destruídas por los salvajes. En Lima estableció el alumbrado público, con pequeño gravamen de los vecinos, y fue el primer virrey que hizo publicar bandos contra el diluvio llamado juego de carnavales. Verdad es que, entonces como ahora, bandos tales fueron letra muerta.

Guirior fue el único, entre los virreyes, que cedió a los hospitales los diez pesos que, para sorbetes y pastas, estaban asignados por real cédula a su excelencia siempre que honraba con su presencia una función de teatro. En su época se erigió el virreinato de Buenos Aires y quedó terminada la demarcación de límites del Perú, según el tratado de 1777 entre España y Portugal, tratado que después nos ha traído algunas desazones con el Brasil y el Ecuador.

En el mismo aciago año de los tres sietes nos envió la corte al consejero de Indias don José de Areche, con el título de superintendente y visitador general de la real Hacienda, y revestido de facultades omnímodas tales, que hacían casi irrisoria la autoridad del virrey. La verdadera misión del enviado regio era la de exprimir la naranja hasta dejarla sin jugo. Areche elevó la contribución de indígenas a un millón de pesos; creó la junta de diezmos; los estancos y alcabalas dieron pingües rendimientos; abrumó de impuestos y socaliñas a los comerciantes y mineros, y tanto ajustó la cuerda, que en Huaraz, Lambayeque, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Moquegua y otros lugares estallaron serios desórdenes, en los que hubo corregidores, alcabaleros y empleados reales ajusticiados por el pueblo. «La excitación era tan grande —dice Lorente[1]— que en Arequipa los muchachos de una escuela dieron muerte a uno de sus camaradas que, en sus juegos, había hecho el papel de aduanero, y en el llano de Santa Marta dos mil arequipeños osaron, aunque con mal éxito, presentar batalla a las milicias reales». En el Cuzco se descubrió muy oportunamente una vasta conspiración encabezada por don Lorenzo Farfán y un indio cacique, los que, aprehendidos, terminaron su existencia en el cadalso.

Guirior se esforzó en convencer al superintendente de que iba por mal camino; que era mayúsculo el descontento, y que con el rigorismo de sus medidas no lograría establecer los nuevos impuestos, sino crear el peligro de que el país en masa recurriese a la protesta armada, previsión que dos años más tarde, y bajo otro virrey, vino a justificar la sangrienta

[1] *Lorente*. V. nota 1 de *Las orejas del alcalde*.

rebelión de Tupac-Amaru. Pero Areche pensaba que el rey lo había enviado al Perú para que, sin pararse en barras, enriqueciese al real Tesoro a expensas de la tierra conquistada, y que los peruanos eran siervos cuyo sudor, convertido en oro, debía pasar a las arcas de Carlos III Por tanto, informó al soberano que Guirior lo embarazaba para esquilmar el país y que nombrase otro virrey, pues su excelencia maldito si servía para lobo rapaz y carnicero. Después de cuatro años de gobierno, y sin más leve fórmula de cortesía, se vio destituido don Manuel Guinior, trigésimo segundo virrey del Perú, y llamado a Madrid, donde murió pocos meses después de su llegada.

Vivió una vida bien vivida.

Así, en el juicio de residencia, como en el secreto que se le siguió, salió victorioso el virrey y fue castigado Areche severamente.

III

En tanto que el sepulturero abría la zanja, una brisa fresca y retozona oreaba el rostro del muerto, quien ciertamente no debía estarlo en regla, pues sus músculos empezaron a agitarse débilmente, abrió luego los ojos y, al fin, por uno de esos maravillosos instintos del organismo humano, hízose cargo de su situación Un par de minutos que hubiera tardado nuestro español en volver de su paroxismo o catalepsia, y las paladas de tierra no le habrían dejado campo para rebullirse y protestar.

Distraído el sepulturero con su lúgubre y habitual faena, no observó la resurrección que se estaba verificando hasta que el muerto se puso sobre sus puntales y empezó a marchar con dirección a la puerta. El buho de cementerio cayó accidentado, realizándose casi al pie de la letra aquello que canta la copla:

El vivo se cayó muerto
y el muerto partió a correr.

Encontrabase don Gil en la sala de San Ignacio vigilando que los topiqueros no hiciesen mucho gasto de azúcar para endulzar las tisanas cuando una mano se posó familiarmente en su hombro y oyó una voz cavernosa que le dijo: «¡Avariento! ¿Dónde está mi mortaja!»

Volviose aterrorizado don Gil. Sea el espanto de ver un resucitado de tan extraño pelaje, o sea que la voz de la conciencia hubiese hablado en él muy alto, es el hecho que el infeliz perdió desde ese instante la razón. Su sacrílega avaricia tuvo la locura por castigo.

En cuanto al español, quince días más tarde salía del hospital completamente restablecido, y después de repartir en limosnas las peluconas causa de la desventura de don Gil, tomó el hábito de lego en el convento de los padres descalzos, y personas respetables que lo conocieron y trataron afirman que alcanzó a morir en olor de santidad allá por los años de 1812

EL CORREGIDOR DE TINTA

(Crónica de la época del trigésimo tercero virrey del Perú)

Ahorcaban a un delincuente
y decía su mujer:
—No tengas pena, pariente:
todavía puede ser
que la soga se reviente.

(Anónimo)

I

Era el 4 de noviembre de 1780, y el cura de Tungasuca, para celebrar su santo patrón, que lo era también de su majestad Carlos III, tenía congregados en opíparo almuerzo a los más notables vecinos de la parroquia y a algunos amigos de los pueblos inmediatos, que, desde el amanecer, habían llegado a felicitarlo por su cumpleaños.

El cura don Carlos Rodríguez era un clérigo campechano, caritativo y poco exigente en el cobro de los diezmos y demás provechos parroquiales, cualidades apostólicas que lo hacían ídolo de sus feligreses. Ocupaba aquella mañana la cabecera de la mesa, teniendo a su izquierda a un descendiente de los Incas, llamado don José Gabriel Tupac-Amaru, y a su derecha a doña Micaela Bastidas, esposa del cacique. Las libaciones se multiplicaban y, como consecuencia de ellas, reinaba la más expansiva alegría. De pronto sintióse el galope de un caballo que se detuvo a la puerta de la casa parroquial, y el jinete, sn descalzarse las espuelas, penetró en la sala del festín.

El nuevo personaje llamábase don Antonio de Arriaga, corregidor de la provincia de Tinta, hidalgo español muy engreído con lo rancio de su nobleza y que despotizaba, por plebeyos, a europeos y criollos. Grosero en sus palabras, brusco de modales, cruel para con los indios de la mita y avaro hasta el extremo de que si en vez de nacer hombre hubiera nacido reloj, por no dar, no habría dado ni las horas, tal era su señoría. Y para colmo de desprestigio, el provisor y canónigos del Cuzco lo habían excomulgado solemnemente por ciertos avances contra la autoridad eclesiástica

Todos los comensales se pusieron de pie a la entrada del corregidor quien, sin hacer atención en el cacique don José Gabriel, se dejó caer sobre la silla que éste ocupaba, y el noble indio fue a colocarse a otro extremo de la mesa, sin darse por entendido de la falta de cortesía del empingo-

rotado español. Después de algunas frases vulgares, de haber refocilado el estómago con las viandas y remojado la palabra, dijo su señoría

No piense vuesa merced que me he pegado un trote desde Yanaoca sólo por darle saludos.

—Usiría sabe contestó el párroco— que cualquiera que sea la causa que lo trae, es siempre bien recibido en esta humilde choza

Huélgome por vuesa merced de haberme convencido personalmente de la falsedad de un aviso que recibí ayer, que a haberlo encontrado real, juro cierto que no habría reparado en hojalandas [1] ni tonsura para amarrar a vuesa merced y darle una zurribanda de que guardara memoria en los días de su vida, que mientras yo empuñe la vara, ningún monigote me ha de resollar gordo.

—Dios me es testigo de que no sé a qué vienen las airadas palabras de su señoría —murmuró el cura, intimidado por los impertinentes conceptos de Arriaga.

—Yo me entiendo y bailo solo, señor don Carlos. Bonito es mi pergenio para tolerar que en mi corregimiento, a mis barbas, como quien dice, se lean censuras ni esos papelotes de excomunión que contra mí reparte el viejo loco que anda de provisor en el Cuzco, y ¡por el ánima de mi padre, que esté en gloria, que tengo de *hacer mangas y capirotes* con el primer cura que se me descantille en mi jurisdicción! ¡Y cuenta que se me suba la mostaza a las narices y me atufe un tantico, que en un verbo me planto en el Cuzco y torno chanfainas y picadillo a esos canónigos barrigudos y abarraganados!

Y enfrascado el corregidor en sus groseras baladronadas, que sólo interrumpía para apurar gordos tragos de vino, no observó que don Gabriel y algunos de los convidados iban desapareciendo de la sala.

II

A las seis de la tarde, el insolente hidalgo galopaba en dirección a la villa de su residencia, cuando fue enlazado su caballo, y don Antonio se encontró en medio de cinco hombres armados, en los que reconoció a otros tantos de los comensales del cura.

—Dése preso vuesa merced —le dijo Tupac-Amaru, que era el que acaudillaba el grupo.

Y sin dar tiempo al maltrecho corregidor para que opusiera la menor resistencia, le remacharon un par de grillos y lo condujeron a Tungasuca. Inmediatamente salieron indios con pliegos para el Alto Perú y otros lugares, y Tupac-Amaru alzó bandera contra España.

Pocos días después, el 10 de noviembre, destacábase una horca frente a la capilla de Tungasuca, y el altivo español, vestido de uniforme y

1 *hojalandas*: *hopalanda* es, según Corominas (*BDE*, 318), "vestidura talar larga y pomposa"

acompañado de un sacerdote que lo exhortaba a morir cristianamente, oyó al pregonero estas palabras:

Esta es la justicia que don José Gabriel I, por la gracia de Dios, Inca, rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y continente de los mares del Sur, duque y señor de los Amazonas y del gran Paititi, manda hacer en la persona de Antonio Arriaga por tirano, alevoso, enemigo de Dios y sus ministros, corruptor y falsario.

En seguida, el verdugo, que era un negro esclavo del infeliz corregidor, le arrancó el uniforme, en señal de degradación, le vistió una mortaja y le puso la soga al cuello. Mas al suspender el cuerpo a pocas pulgadas de la tierra, reventó la cuerda, y Arriaga, aprovechando la natural sorpresa que en los indios produjo este incidente, echó a correr en dirección a la capilla, gritando: «¡Salvo soy! ¡A iglesia me llamo! ¡La iglesia me vale!».

Iba ya el hidalgo a penetrar en sagrado, cuando se le interpuso el Inca Tupac-Amaru y lo tomó del cuello, diciéndole:

—¡No vale la iglesia a tan gran pícaro como vos! ¡No vale la iglesia a un excomulgado por la Iglesia!

Y volviendo el verdugo a apoderarse del sentenciado, dio pronto remate a su sangrienta misión.

III

Aquí deberíamos dar por terminada la tradición; pero el plan de nuestra obra exige que consagremos algunas líneas por vía de epílogo al virrey en cuya época de mando aconteció este suceso.

El excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui, natural de Navarra y de la familia de los condes de Miranda y de Teba, caballero de la Orden de Santiago y teniente general de los reales ejércitos, desempeñaba la presidencia de Chile cuando Carlos III relevó con él, injusta y desairosamente, al virrey don Manuel Guirior. El caballero de Jáuregui llegó a Lima el 21 de junio de 1780, y, francamente, que ninguno de sus antecesores recibió el mando bajo peores auspicios.

Por una parte, los salvajes de Chanchabayo acababan de incendiar y saquear varias poblaciones civilizadas; y por otra, el recargo de impuestos y los procedimientos tiránicos del visitador Areche habían producido serios disturbios, en los que muchos corregidores y alcabaleros fueron sacrificados a la cólera popular. Puede decirse que la conflagración era general en el país, sin embargo de que Guirior había declarado en suspenso el cobro de las odiosas y exageradas contribuciones, mientras con mejor acuerdo volvía el monarca sobre sus pasos.

Además en 1779 se declaró la guerra entre España e Inglaterra, y reiterados avisos de Europa afirmaban al nuevo virrey que la reina de los mares alistaba una flota con destino al Pacífico.

Jáuregui (apellido que, en vascuence, significa *demasiado señor)*, en previsión de los amagos piráticos, tuvo que fortificar y artillar la costa organizar milicias y aumentar la marina de guerra, medidas que reclamaron fuertes gastos, con los que se acrecentó la penuria pública

Apenas hacía cuatro meses que don Agustín de Jáuregui ocupaba el solio de los virreyes, cuando se tuvo notica de la muerte dada al corregidor Arriaga, y con ella de que en una extensión de más de trescientas leguas era proclamado por Inca y soberano del Perú el cacique Tupac Amaru.

No es del caso historiar aquí esta tremenda revolución, que, como es sabido, puso en grave peligro al gobierno colonial. Poquísimo faltó para que entonces hubiese quedado realizada la obra de la Independencia.

El 6 de abril, Viernes de Dolores del año 1781, cayeron prisioneros el Inca y sus principales vasallos, con los que se ejercieron los más bárbaros horrores. Hubo lenguas y manos cortadas, cuerpos descuartizados, horca y garrote vil. Areche autorizó barbaridad y media.

Con el suplicio del Inca, de su esposa doña Micaela, de sus hijos y hermanos, quedaron los revolucionarios sin un centro de unidad. Sin embargo, la chispa no se extinguió hasta julio de 1783, en que tuvo lugar en Lima la ejecución de don Felipe Tupac, hermano del infortunado Inca, caudillo de los naturales de Huarochirí. «Así —dice el deán Funes— terminó esta revolución, y difícilmente presentará la historia otra ni más justificada ni menos feliz».

Las armas de la casa de Jáuregui eran: escudo cortinado; el primer cuartel en oro con un roble copado y un jabalí pasante; el segundo de gules y un castillo de plata con bandera; el tercero de azur, con tres flores de lis

Es fama que el 26 de abril de 1784 el virrey don Agustín de Jáuregui recibió el regalo de un canastillo de cerezas, fruta a la que era su excelencia muy aficionado, y que apenas hubo comido dos o tres cayó al suelo sin sentido. Treinta horas después se abría en palacio la gran puerta del salón de recepciones; y en un sillón, bajo el dosel, se veía a Jáuregui vestido de gran uniforme. Con arreglo al ceremonial del caso, el escribano, de cámara, seguido de la Real Audiencia avanzó hasta pocos pasos distante del dosel, y dijo en voz alta por tres veces: «¡Excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui!» Y luego, volviéndose al concurso, pronunció esta frase obligada. «Señores, no responde. ¡Falleció! ¡Falleció!». En seguida sacó un protocolo, y los oidores estamparon en él sus firmas.

Así vengaron los indios la muerte de Tupac-Amaru.

EL VIRREY DE LA ADIVINANZA

(Crónica de la época del trigésimo octavo virrey del Perú)

PREGUNTÁBAMOS hace poco tiempo a cierto anciano, amigote nuestro, sobre la edad que podría contar una respetable matrona de nuestro conocimiento; y el buen viejo, que gasta más agallas que un ballenato, nos dijo después de consultar su caja de polvillo:

—Yo le sacaré de curiosidad, señor cronista. Esa señora nació dos años antes de que se volviera a España *el virrey de la adivinanza*. Conque ajuste usted la cuenta.

La respuesta nada tenía de satisfactoria, porque así sabíamos quién fue el susodicho virrey, como la hora en que el goloso padre Adán dio el primer mordisco a la agridulce manzana del Edén.

—¿Y quién era ese señor adivino?

—¡Hombre! ¿No lo sabe usted? El virrey Abascal, ese virrey a quien debe Lima su cementerio general y la mejor escuela de Medicina de América, y bajo cuyo gobierno se recibió la última partida de esclavos africanos, que fueron vendidos a seiscientos pesos cada uno.

Pero por más que interrogamos al setentón, nada pudimos sacar en limpio, porque él estaba a oscuras en punto a la adivinanza. Echámonos a tomar lenguas, tarea que nos produjo el resultado que verá el lector si tiene la paciencia de hacernos compañía hasta el fin de este relato.

I

¡Fortuna nos dé Dios!

Cuentan que el asturiano don Fernando de Abascal era en sus verdes años un hidalgo segundón, sin más bienes que su gallarda figura y una rancia ejecutoria que probaba siete ascendencias de sangre azul, sin mezcla de moro ni judío. Viéndose un día sin blanca y aguijado por la necesidad, entró como dependiente de mostrador en una, a la sazón famosa, hostería

de Madrid, contigua a la Puerta del Sol, hasta que su buena estrella le deparó conocimiento con un bravo alférez del real ejército, apellidado Vallerriestra, constante parroquiano de la casa, quien brindó a Fernandico una plaza en el regimiento de Mallorca. El mancebo asió la ocasión por el único pelo de la calva, y después de gruesas penurias y de dos años de soldadesca consiguió plantarse a la jineta; y tras un gentil sablazo, recibido y devuelto en el campo de batalla de Argel en 1775, pasó sin más examen a oficial. A contar de aquí, empezó la fortuna a sonreír a don Fernando, tanto que en menos de un lustro ascendió a capitán como una loma.

Una tarde en que a inmediaciones de uno de los sitios reales disciplinaba su compañía, acertó a pasar la carroza en que iba de paseo su majestad, y por uno de esos caprichos frecuentes no sólo en los monarcas, sino en los gobernantes republicanos, hizo parar el carruaje para ver evolucionar a los soldados. En seguida mandó llamar al capitán, le preguntó su nombre, y sin más requilorio le ordenó regresar al cuartel y constituirse en arresto.

Dábase de calabazadas nuestro protagonista, inquiriendo en su magín la causa que podría haberle hecho incurrir en el real desagrado; pero cuanto más se devanaba el caletre, más se perdía en extravagantes conjeturas. Sus camaradas huían de él como de un apestado, que cualidad de las almas mezquinas es abandonar al amigo en la hora de la desgracia, viniendo por ende a aumentar su zozobra el aislamiento a que se veía condenado.

Pero como no queremos hacer participar al lector de la misma angustia, diremos de una vez que todo ello era una amable chanza del monarca, quien, vuelto a Madrid, llamó a su secretario, y abocándose con él:

—¿Sabes —le interrogó— si está vacante el mando de algún regimiento?

—Vuestra majestad no ha nombrado aún el jefe que ha de mandar, en la campaña de Rosellón, el regimiento de las *Ordenes militares.*

—Pues extiende un nombramiento de coronel para el capitán don José Fernando de Abascal y confiérele ese mando.

Y su majestad salió, dejando cariacontecido a su ministro.

Caprichos de esta naturaleza eran sobrado frecuentes en Carlos IV. Paseando una tarde en coche, se encontró detenido por el Viático, que marchaba a casa de un moribundo. El rey hizo subir en su carroza al sacerdote, y cirio en mano acompañó al Sacramento hasta el lecho del enfermo. Era éste un abogado en agraz, que, restablecido de su enfermedad, fue destinado por Carlos IV a la Audiencia del Cuzco, en donde el zumbón y epigramático pueblo lo bautizó con el apodo del *oidor del Tabardillo.* Sigamos con Abascal.

Veinticuatro horas después salía de su arresto, rodeado de las felicitaciones de los mismos que poco antes le huían cobardemente Solicitó

luego una entrevista con su majestad, en la que, tras de darle las gracias por sus mercedes, se avanzó a significarle la curiosidad que lo aquejaba de saber lo que motivara su castigo.

El rey, sonriendo con aire paternal, le dijo:

—¡Ideas, coronel, ideas!

Terminada la campaña del Rosellón, en que halló gloriosa tumba de soldado el comandante en jefe del ejército don Luis de Carbajal y Vargas, conde de la Unión y natural de Lima, fue Abascal ascendido a brigadier y trasladado a América con el carácter de presidente de la Real Audiencia de Guadalajara.

Algunos años permaneció en México don Fernando, sorprendiéndose cada día más del empeño que el rey se tomaba en el adelanto de su carrera. Cierto es también que Abascal prestaba importantísimos servicios a la corona. Baste decir que al ser trasladado al Perú con el título de virrey, hizo su entrada en Lima, por retiro del excelentísimo señor don Gabriel de Avilés, a fines de julio de 1806, anunciándose como mariscal de campo, y que seis años después fue nombrado marqués de la Concordia, en memoria de un regimiento que fundó con este nombre para calmar la tempestad revolucionaria y del que, por más honrarlo, se declaró coronel.

Abascal fue, hagámoles justicia, esclarecido militar, hábil político y acertado administrador.

Murió en Madrid en 1821, a los setenta y siete años de edad, invistiendo la alta clase de capitán general.

Sus armas de familia eran: escudo en cruz; dos cuarteles en gules con castillo de plata, y dos en oro, con un lobo de sable pasante.

II

Gajes del oficio

Allá por los años de 1815, cuando la popularidad del virrey don José Fernando de Abascal comenzaba a convertirse en humo, cosa en que siempre viene a parar el incienso que se quema a los magnates, tocóle a su excelencia asistir a la catedral en compañía del Cabildo, Real Audiencia y miembros de la por entonces magnífica Universidad de San Marcos, para solemnizar una fiesta de tabla. Habíase encargado del sermón un reverendo de la orden de Predicadores, varón muy entendido en súmulas, gran comentador de los santos padres y sobre cuyo lustroso cerviguillo descansaba el docto capelo.

Subió su paternidad al sagrado púlpito, ensartó unos cuantos latinajos, y después de media hora en que echó flores por el pico ostentando una erudición indigesta y gerundiana, descendió muy satisfecho entre los murmullos del auditorio.

Su excelencia, que tenía la pretensión de hombre entendido y apreciador del talento, no quiso desperdiciar la ocasión que tan a las manos se le presentaba, aunque para sus adentros el único mérito que halló al sermón fue el de la brevedad, en lo cual, según el sentir de muy competentes críticos de esa época, no andaba el señor marqués descaminado. Así es que cuando el predicador se hallaba más embelesado en la sacristía, recibiendo plácemes de sus allegados y aduladores, fue sorprendido por un ayuda de campo del virrey, que en nombre de su excelencia le invitaba a comer en palacio. No se lo hizo, por cierto, repetir el convidado, y contestó que, con sacrificio de su modestia, concurriría a la mesa del virrey.

Un banquete oficial no era en aquellos tiempos tan expansivo como en nuestros días de congresos constitucionales; sin embargo, de que ya por entonces, empezaba la República a sacar los pies del plato, y se hablaba muy a las callandas de patria y de libertad. Pero, volviendo a los banquetes, antes de que se me vaya el santo al cielo por echar una mano de político palique, si bien no lucía en ellos la pulcra porcelana, se ostentaba en cambio la deslumbradora vajilla de plata, y si se desconocía la cocina francesa con todos sus encantos, el gusto gastronómico encontraba mucho de sólido y suculento, y váyase lo uno por lo otro.

Nuestro reverendo, que así hilvanaba un sermón como devoraba un pollo en alioli o una sopa teóloga con prosaicas tajadas de tocino, hizo cumplido honor a la mesa de su excelencia; y aun agregan que se puso un tanto chispo menudeando tragos de catalán y valdepeñas, vinos que, sin bautizar, salían de las moriscas cubas que el marqués reservaba para los días de mantel largo, junto con el exquisito y alborotador aguardiente de *Motocachi*.

Terminada la comida, el virrey se asomó al balcón que mira a la calle de los Desamparados, y allí permaneció en sabrosa plática con su comensal hasta la hora del teatro, única distracción que se permitía su excelencia. El fraile, a quien el calorcillo del vino prestaba más locuacidad de la precisa, dio gusto a la lengua, desatándola en bellaquerías que su excelencia tomó por frutos de un ingenio esclarecido.

Ello es que en esa noche el padre obtuvo una pingue capellanía, con la añadidura de una cruz de brillantes para adorno de su rosario.

III

Sucesos notables en la época de Abascal

A los cuatro meses de instalado en el gobierno don José Fernando de Abascal, y en el mismo día en que se celebraba la inauguración de la Junta propagadora del flúido vacuno, llegó a Lima un propio con pliegos que comunicaban la noticia de la reconquista de Buenos Aires por Liniers

El propio, que se apellidaba Otayza, hizo el viaje de Buenos Aires a Lima en treinta y tres días, y quedó inutilizado para volver a montar a caballo El virrey le asignó una pensión vitalicia de cincuenta pesos; que lo rápido de tal viaje raya, hoy mismo, en lo maravilloso y hacía al que lo efectuó digno de recompensa.

El 1 de diciembre de 1806 se sintió en Lima un temblor que duró dos minutos y que hizo oscilar las torres de la ciudad. La braveza del mar en el Callao fue tanta, que las olas arrojaron por sobre la barraca del capitán del puerto un ancla que pesaba treinta quintales. Gastáronse ciento cincuenta mil pesos en reparar las murallas de la ciudad, y nueve mil en construir el arco o portada de Maravillas.

En 1808 se instaló el Colegio de abogados y se estrenó el cementerio general, en cuya fabricación se emplearon ciento diez mil pesos. Dos años después se inauguró solemnemente el colegio de San Fernando para los estudiantes de Medicina

Entre los acontecimientos notables de los años 1812 y 1813, consignaremos el gran incendio de Guayaquil, que destruyó media ciudad, un huracán que arrancó de raíz varios árboles de la alameda de Lima, terremotos en Ica y Piura, y la abolición del Santo Oficio.

En octubre de 1807 se vio en Lima un cometa [1], y en noviembre de 1811 otro que durante seis meses permaneció visible sin necesidad de telescopio.

Los demás sucesos importantes —y no son pocos— de la época de Abascal se relacionan con la guerra de Independencia, y exigirían de nosotros un estudio ajeno a la índole de las *Tradiciones*.

IV

Que trata del ingenioso medio de que se valió un fraile para obligar al marqués a renunciar el gobierno

El virrey que se encontraba hacía algún tiempo en lucha abierta con los miembros del Cabildo y el alto clero, se burlaba de los pasquines y anónimos que pululaban no sólo en las calles, sino hasta en los corredores de palacio. La grita popular, que amenazaba tomar las serias proporciones de un motín, tampoco le inspiraba temores, porque su excelencia contaba con dos mil quinientos soldados para su resguardo, y con cuerdas nuevas de cáñamo para colgar racimos humanos en una horca.

Que Abascal era valiente hasta la temeridad lo comprueba, entre muchas acciones de su vida, la que vamos a apuntar. Hallábase, como buen español, durmiendo siesta en la tarde del 7 de noviembre de 1815, cuando le avisaron que en la plaza de Santa Catalina estaba formado el regimiento

[1] *cometa:* V la tradición *El mejor amigo.. , un perro.*

de Extremadura en plena rebeldía contra sus jefes, y que la desmoralización se había extendido ya a los cuarteles de húsares y dragones El virrey montó precipitadamente a caballo, y sin esperar escolta, penetró solo en los cuarteles de los sublevados, bastando su presencia y energía para restablecer el orden.

Realizada por entonces la Independencia de algunas Repúblicas americanas, la idea de libertad hacía también su camino en el Perú. Abascal había sofocado la revolución en Tacna y en el Cuzco, y sus refuerzos, por el momento, se consagraban a vencerla en el Alto Perú. Mientras él permaneciese al frente del poder juzgaban los patriotas de Lima que era casi imposible salir avante.

Felizmente, el premio otorgado por Abascal al molondro predicador vino a sugerir a otro religioso agustino, el padre Molero, hombre de ingenio y de positivo mérito, que sus motivos tendría para sentirse agraviado, la idea salvadora que sin notable escándalo fastidiase a su excelencia obligándole a irse con la música a otra parte. Para ejecutar su plan le fue necesario ganarse al criado en cuya lealtad abrigaba más confianza el virrey, y de aquí cómo se produjo el mayor efecto a que un sermoncillo de mala muerte diera causa.

Una mañana, al acercase el marqués de la Concordia a su mesa de escribir, vio sobre ella tres saquitos, los que mandó arrojar a la calle después de examinar su contenido. Su excelencia se encolerizó, dio voces borrascosas, castigó criados y aun es fama que se practicaron dos o tres arrestos. La broma probablemente no le había llegado a lo vivo hasta que se repitió a los quince días.

Entonces no alborotó el cotarro, sino que muy tranquilamente anunció a la Real Audiencia que no sentándole bien los aires de Lima y necesitando su salud de los cuidados de su hija única, la hermosa Ramona Abascal —que recientemente casada con el brigadier Pereira había partido para España—, se dignase apoyar la renuncia que iba a dirigir a la corte. En efecto, por el primer galeón que zarpó del Callao para Cádiz envió el consabido memorial, y el 7 de julio de 1816 entregó el mando a su favorito don Joaquín de la Pezuela.

Claro, muy claro vio Abascal que la causa de la corona era perdida en el Perú, y como hombre cuerdo prefirió retirarse con todos sus laureles. El escribió a uno de sus amigos de España estas proféticas palabras: «Harto he hecho por atajar el torrente, y no quiero, ante la Historia y ante mi rey, cargar con la responsabilidad de que el Perú se pierda para España entre mis manos. Tal vez otro logre lo que yo no me siento con fuerzas para alcanzar».

La honradez política de Abascal y su lealtad al monarca superan a todo elogio. Una espléndida prueba de esto son las siguientes líneas que transcribimos de su biógrafo don José Antonio de Lavalle:

«España, invadida por las huestes de Napoleón, veía atónita los sucesos de El Escorial, el viaje a Bayona y la prisión de Valençay, e indignada de tanta audacia, levantábase contra el usurpador. Pero con la prisión del rey se había perdido el centro de gravedad en la vasta monarquía de Fernando VII, y las provincias americanas, aunque tímidamente aún, comenzaban a manifestar sus deseos de separarse de una corona que moralmente no existía ya. Dicen que en Lima se le instó a Abascal para que colocase sobre sus sienes la corona de los Incas. Asegúrase que Carlos IV le ordenó que no obedeciese a su hijo; que José Bonaparte le brindó honores, y que Carlota, la princesa del Brasil, le dio sus plenos poderes. El noble anciano no se dejó deslumbrar por el brillo de una corona. Con lágrimas en los ojos cerró los oídos a la voz del que ya no era su rey; despreció indignado los ofrecimientos del invasor de su patria, y llamó respetuosamente a su deber a la hermana de Fernando. La población de Lima esperaba con la mayor ansiedad el día destinado para jurar a Fernando VII, pues nadie ignoraba las encontradas intrigas que rodeaban a Abascal, la gratitud que éste tenía a Carlos IV y la amistad que lo unía a Godoy. El anhelo general en Lima era la Independencia bajo el reinado de Abascal. Nobleza, clero, ejército y pueblo lo deseaban y lo esperaban. Las tropas formadas en la plaza, el pueblo apiñado en las calles, las corporaciones reunidas en palacio aguardaban una palabra. Abascal, en su gabinete, era vivamente instado por sus amigos. Hombre, al fin, sus ojos se deslumbraron con el esplendor del trono, y dicen que vaciló un momento. Pero volviendo luego en sí, tomo su sombrero y salió con reposado continente al balcón de palacio, y todos le escucharon atónitos hacer la solemne proclamación de Fernando VII y prestar juramento al nuevo rey. Un grito inmenso de admiración y entusiasmo acogió sus palabras, y el rostro del anciano se dilató con el placer que causa la conciencia del deber cumplido; placer tanto más intenso cuanto más doloroso ha sido vencer, para alcanzarlo, la flaca naturaleza de la humanidad».

V

La curiosidad se pena

Ahora saquemos del limbo al lector.

El contenido de los saquitos que tan gran resultado produjeron era:

SAL-HABAS-CAL

Sin consultar brujas descifró su excelencia esta charada en acción *Sopla, vivo te lo doy, y si muerto me lo das, tú me lo pagarás.*

He aquí por qué tomó el *tole* para España el excelentísimo señor don José Fernando de Abascal, y por qué es llamado el *virrey del Acertijo*

CON DIAS Y OLLAS VENCEREMOS

A PRINCIPIOS de junio de 1821, y cuando acababan de iniciarse las famosas negociaciones o armisticio de Punchauca entre el virrey La Serna y el general San Martín, recibió el ejército patriota, acantonado en Huaura, el siguiente salto, seña y contraseña: *Con días—y ollas— venceremos.*

Para todos, exceptuando Monteagudo [1], Luzuriaga, Guido y García del Río, el santo y seña era una charada estúpida, una frase disparatada; y los que juzgaban a San Martín más cristiana y caritativamente se alzaban de hombros murmurando: «¡Extravagancias del general!»

Sin embargo, el santo y seña tenía malicia o entripado, y es la síntesis de un gran suceso histórico. Y de eso es de lo que me propongo hoy hablar, apoyando mi relato, más que en la tradición oral que he oído contar al amanuense de San Martín y a otros soldados de la patria vieja, en la autoridad de mi amigo el escritor bonaerense don Mariano Pelliza, que a vuela pluma se ocupa del santo y seña en uno de sus interesantes libros.

I

San Martín, por juiciosas razones que la historia consigna y aplaude, no quería deber la ocupación de Lima al éxito de una batalla, sino a los manejos y ardides de la política. Sus impacientes tropas, ganosas de habérselas cuanto antes con los engreídos realistas, rabiaban mirando la aparente pachorra del general; pero el héroe argentino tenía en mira, como acabamos de apuntarlo, pisar Lima sin consumo de pólvora y sin, lo que

[1] *Monteagudo:* Bernardo de Monteagudo (1790-1825), prócer argentino de la Independencia. Fue secretario de San Martín en la expedición libertadora y luego Ministro. Favoreció los planes monarquistas de San Martín y fue expulsado del país en 1822. Murió asesinado de manera misteriosa. A este discutido personaje dedica Palma la tradición *María Abascal (TPC,* 954) y un estudio histórico, *Monteagudo y Sánchez Carrión* (Lima, 1877) que fue objeto de muy duras críticas.

para él importaba más, exponer la vida de sus soldados, pues en verdad no andaba sobrado de ellos.

En correspondencia secreta y constante con los patriotas de la capital, confiaba en el entusiasmo y actividad de éstos para conspirar, empeño que había producido ya, entre otros hechos de importancia para la causa libertadora, la defección del batallón de Numancia.

Pero con frecuencia los espías y las partidas de exploración o avanzadas lograban interceptar las comunicaciones entre San Martín y sus amigos, frustrando no pocas veces el desarrollo de un plan. Esta contrariedad, reagravada con el fusilamiento que hacían los españoles de aquellos a quienes sorprendían con cartas en clave, traía inquieto y pensativo al emprendedor caudillo. Era necesario encontrar a todo trance un medio seguro y expedito de comunicación.

Preocupado con este pensamiento, paseaba una tarde el general, acompañado de Guido y un ayudante, por la larga y única calle de Huaura, cuando, a inmediaciones del puente, fijó su distraída mirada en un caserón viejo que en el patio tenía un horno para fundición de ladrillos y obras de alfarería. En aquel tiempo, en que no llegaba por acá la porcelana hechiza, era éste lucrativo oficio; pues así la vajilla de uso diario, como los utensilios de cocina, eran de barro cocido y calcinado en el país, salvo tal cual jarrón de Guadalajara y las escudillas de plata, que ciertamente figuraban sólo en la mesa de gente acomodada.

San Martín tuvo una de esas repentinas y misteriosas inspiraciones que acuden únicamente al cerebro de los hombres de genio, y exclamó para sí: «*Eureka!* Ya está resuelta la *x* del problema».

El dueño de la casa era un indio entrado en años, de espíritu despierto y gran partidario de los insurgentes. Entendióse con él San Martín, y el alfarero se comprometió a fabricar una olla con doble fondo, tan diestramente preparada que el ojo más experto no pudiera descubrir la trampa.

El indio hacía semanalmente un viajecito a Lima, conduciendo dos mulas cargadas de platos y ollas de barro, que aún no se conocían por nuestra tierra las de peltre o cobre estañado. Entre estas últimas, y sin diferenciarse ostensiblemente de las que componían el resto de la carga, iba la *olla revolucionaria,* llevando en su doble fondo importantísimas cartas en cifra. El conductor se dejaba registrar por cuanta partida de campo encontraba, respondía con naturalidad a los interrogatorios, se quitaba el sombrero cuando el oficial del piquete pronunciaba el nombre de Fernando VII, nuestro amo y señor, y lo dejaban seguir su viaje, no sin hacerle gritar antes: «¡Viva el rey! ¡Muera la patria!» ¿Quién demonio iba a imaginarse que ese pobre indio viejo andaba tan seriamente metido en belenes de política?

Nuestro alfarero era, como cierto soldado, gran repentista o improvisador de coplas que, tomado prisionero por un coronel español, éste, como por burla o para hacerle renegar de su bandera, le dijo:

–Mira, *palangana,* te regalo un peso si haces una cuarteta con el pie forzado que voy a darte:

Viva el séptimo Fernando
con su noble y leal nación.

—No tengo el menor *conveniente,* señor coronel —contestó el prisio nero—. Escuche usted:

Viva el séptimo Fernando
con su noble y leal nación,
pero es con la condición
de que en mí no tenga mando....,
y venga mi patacón

II

Vivía el señor don Francisco Javier de Luna Pizarro, sacerdote que ejerció desde entonces gran influencia en el país, en la casa fronteriza a la iglesia de la Concepción, y él fue el patriota designado por San Martín para entenderse con el *ollero.* Pasaba éste a las ocho de la mañana por la calle de la Concepción pregonando con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Ollas y platos! ¡Baratos! ¡Baratos!*, que, hasta hace pocos años los vendedores de Lima podían dar tema para un libro por la especialidad de sus pregones. Algo más. Casas había en que para saber la hora no se consultaba reloj, sino el pregón de los vendedores ambulantes.

Lima ha ganado en civilización; pero se ha despoetizado, y día por día pierde todo lo que de original y típico hubo en sus costumbres.

Yo he alcanzado esos tiempos en los que parece que, en Lima, la ocupación de los vecinos hubiera sido tener en continuo ejercicio los molinos de masticación llamados dientes y muelas. Juzgue el lector por el siguiente cuadrito de cómo distribuían las horas en mi barrio, allá cuando yo andaba haciendo novillos por huertas y murallas, y muy distante de escribir tradiciones y *dragonear* de poeta, que es otra forma de matar el tiempo o hacer novillos.

La *lechera* indicaba las seis de la mañana.

La *tisanera* y la *chichera* de Terranova daban su pregón a las siete en punto

El *bizcochero* y la vendedora de *leche-vinagre,* que gritaba *¡a la cuajadita!,* designaban las ocho, ni minuto más ni minuto menos

La vendedora de *zanguito de ñajú* y *choncholíes* marcaba las cuatro, hora de canónigos

La *tamalera* era anuncio de las diez.

A las once pasaban la *melonera* y la mulata del convento vendiendo *ranfañote, cocada, bocado de rey, chancaquitas de cancha y de maní, y fréjoles colados.*

A las doce aparecían el *frutero* de canasta llena y el proveedor de empanaditas de picadillo.

La una era indefectiblemente señalada por el vendedor de *ante con ante*, la *arrocera* y el *alfajorero*.

A las dos de la tarde la *picaronera*, el *humitero* y el de la rica *causa de Trujillo* atronaban con sus pregones.

A las tres el *melcochero*, la *turronera* y el *anticuchero* o vendedor de *bisteque en palito* clamoreaban con más puntualidad que la Mari-Angola de la catedral.

A las cuatro gritaban la *picantera* y el de la *piñita de nuez*.

A las cinco chillaban el *jazminero*, el de las *caramanducas* y el vendedor de flores de trapo, que gritaba: *¡Jardín, jardín! ¿Muchacha, no hueles?*

A las seis canturreaban el *raicero* y el *galletero*.

A las siete de la noche pregonaban el *caramelero*, la *mazamorrera* y la *champucera*.

A las ocho el *heladero* y el *barquillero*.

Aun a las nueve de la noche, junto con el toque de cubrefuego, el *animero* o sacristán de la parroquia salía con capa colorada y farolito en mano pidiendo para las ánimas benditas del purgatorio o para la cera de Nuestro Amo. Este prójimo era el terror de los niños rebeldes para acostarse.

Después de esa hora, era el *sereno* del barrio quien reemplazaba a los relojes ambulantes, cantando entre pitea y pitea: —*¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado! ¡Viva el Perú, y sereno!* Que eso sí, para los serenos de Lima, por mucho que el tiempo estuviese nublado o lluvioso, la consigna era declararlo ¡sereno! Y de sesenta en sesenta minutos se repetía el canticio hasta el amanecer.

Y hago caso omiso de innumerables pregones que se daban a una hora fija.

¡Ah tiempos dichosos! Podía en ellos ostentarse por pura *chamberinada* un cronómetro; pero para saber con fijeza la hora en que uno vivía, ningún reloj más puntual que el pregón de los vendedores. Ese sí que no discrepaba pelo de segundo ni había para qué limpiarlo o enviarlo a la enfermería cada seis meses. ¡Y luego la baratura! Vamos; si cuando empiezo a hablar de antiguallas se me va el santo al cielo y corre la pluma sobre el papel como caballo desbocado. Punto a la digresión y sigamos con nuestro insurgente *ollero*.

Apenas terminaba su pregón en cada esquina, cuando salían a la puerta todos los vecinos que tenían necesidad de untensilios de cocina

III

Pedro Manzanares, mayordomo del señor Luna Pizarro, era un negrito retinto, con toda la lisura [2], criolla de los *budingas* [3], y mataperros de Lima, gran decidor de desvergüenzas, *cantador*, guitarrista y navajero, pero muy leal a su amo y muy mimado por éste. Jamás dejaba de acudir al pregón y pagar un real por una olla de barro; pero al día siguiente volvía a presentarse en la puerta, utensilio en mano, gritando: —Oiga usted, so *cholo* ladronazo, con sus ollas que se *chirrean toditas*... Ya puede usted cambiarme ésta que le compré ayer, antes de que se la rompa en la *tutuma* para enseñarlo a no engañar al marchante. ¡Pedazo de pillo!

El alfarero sonreía como quien desprecia injurias, y cambiaba la olla.

Y tanto se repitió la escena de compra y cambio de ollas y el agasajo de palabrotas, soportadas siempre con paciencia por el indio, que el barbero de la esquina, andaluz muy entrometido, llegó a decir una mañana:

—¡Córcholis! ¡Vaya con el cleriquito para cominero! Ni yo, que soy un pobre de hacha, hago tanta alharaca por un miserable real. ¡Recórcholis! Oye, *macuito*. Las ollas de barro y las *mujeres*, que también son de barro, se toman sin lugar a devolución, y el que se lleva chasco, ¡contracórcholis!, se mama el dedo meñique, y ni chispa ni mista y se aguanta el clavo, sin molestar con gritos y lamentaciones al vecindario.

—Y a usted, so godo de cuernos, cascabel sonajero, ¿quién le dio vela en este entierro? —contestó con su habitual insolencia el negrito Manzanares—. Vaya usted a desollar barbas y cascar liendres, y no se meta en lo que no le va ni le viene, so adefesio en misa de una, so chapetón embreado y de ciento en carga...

Al oírse apostrofar así, se le avinagró al andaluz la mostaza, y exclamó, ceceando:

—¡María Zantícima! Hoy me pierdo. . ¡Aguárdate, gallinazo de muladar!

Y echando mano al puñalito o limpiadientes, se fue sobre Perico Manzanares, que sin esperar la embestida se refugió en las habitaciones de su amo. ¡Quién sabe si la camorra entre el barbero y el mayordomo habría servido para despertar sospechas sobre las ollas, que de pequeñas causas han surgido grandes efectos! Pero, afortunadamente, ella coincidió con el último viaje que hizo el alfarero trayendo olla contrabandista; pues el escándalo pasó el 5 de julio, y al amanecer del siguiente día abandonaba el virrey La Serna la ciudad, de la cual tomaron posesión los patriotas en la noche del 9.

Cuando el indio, a principios de junio, llevó a San Martín la primera olla devuelta por el mayordomo del señor Luna Pizarro, hallábase el general en su gabinete dictando la orden del día. Suspendió la ocupación,

[2] *lisura:* en el Perú, "atrevimiento, grosería", pero también "gracia, picardía".

[3] *budingas:* V. nota. 3 de *Los endiablados*

y después de leer las cartas que venían en el doble fondo, se volvió a sus ministros García del Río y Monteagudo y les dijo sonriendo:

—Como lo pide el suplicante.

Luego se aproximó al amanuense y añadió:

—Escribe, Manolito, santo, seña y contraseña para hoy: *Con días—y ollas—venceremos.*

La victoria codiciada por San Martín era apoderarse de Lima sin quemar pólvora; y merced a las ollas que llevaban en el vientre ideas, más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fue tan espléndido, que el 28 de julio se juraba en Lima la Independencia y se declaraba la autonomía del Perú. Junín y el Ayacucho fueron el corolario.

TERCERA SERIE

CARTA CANTA

Hasta mediados del siglo XVI vemos empleada por los más castizos prosadores o prosistas castellanos esta frase: rezan cartas, en la acepción de que tal o cual hecho es referido en epístolas. Pero de repente las cartas no se conforman con *rezar,* sino que rompieron a *cantar, y* hoy mismo, para poner remate a una disputa, solemos echar mano al bolsillo y sacar una misiva diciendo: —Pues, señor, *carta canta*—. Y leemos en público las verdades o mentiras que ella contiene, y el campo queda por nosotros. Lo que es la gente ultracriolla no hace rezar ni cantar a las cartas, y se limita a decir: *papelito habla.*

Leyendo anoche al jesuíta Acosta que, como ustedes saben, escribió largo y menudo sobre los sucesos de la conquista, tropecé con una historia, y díjeme: —Ya pareció aquello— o lo que es lo mismo, aunque no lo diga el padre Acosta—, cata el origen de la frasecilla en cuestión, para la cual voy a reclamar ante la Real Academia de la Lengua los honores de peruanismo.

Y esto dicho, basta de circunloquio y vamos a lo principal.

Creo haber contado antes de ahora, y por si lo dejé en el tintero aquí lo estampo, que cuando los conquistadores se apoderaron del Perú no eran en él conocidos el trigo, el arroz, la cebada, la caña de azúcar, lechuga, rábanos, coles, espárragos, ajos, cebollas, berenjenas, hierbabuena, garbanzos, lentejas, habas, mostaza, anís, alhucema, cominos, orégano, ajonjolí ni otros productos de la tierra, que sería largo enumerar. En cuanto al frísol o fréjol lo teníamos en casa, así como otras variadas producciones y frutas por las que los españoles se chupaban los dedos de gusto.

Algunas de las nuevas semillas dieron en el Perú más abundante y mejor fruto que en España; y con gran seriedad y aplomo cuentan varios muy respetables cronistas e historiadores que en el valle de Azapa, jurisdicción de Arica, se produjo un rábano tan colosal, que no alcanzaba un hombre a rodearlo con los brazos, y que don García Hurtado de Mendoza,

que por entonces no era aún virrey del Perú, sino gobernador de Chile, se quedó extático y con un palmo de boca abierta mirando tal maravilla. ¡Digo, si el rabanito sería pigricia!

Era don Antonio Solar, por los años de 1558, uno de los vecinos más acomodados de esta ciudad de los Reyes. Aunque no estuvo entre los compañeros de Pizarro en Cajamarca, llegó a tiempo para que en la repartición de la conquista le tocase una buena partija. Consistió ella en un espacioso lote para fabricar su casa en Lima, en doscientas fanegadas de feraz terreno en los valles de Supe y Barranca, y en cincuenta *mitayos* o indios para su servicio.

Para nuestros abuelos tenía valor de aforismo o de artículo constitucional este refranejo: —*Casa en la que vivas, viña de la que bebas, y tierras cuantas veas y puedas.*

Don Antonio formó en Barranca una valiosa hacienda, y para dar impulso al trabajo mandó traer de España dos yuntas de bueyes, acto al que en aquellos tiempos daban los agricultores la misma importancia que en nuestros días a las maquinarias por vapor que hacen venir de Londres o de Nueva York. «Iban los indios (dice un cronista) a verlos arar, asombrados de una cosa para ellos tan mostruosa y decían que los españoles, de haraganes, por no trabajar, empleaban aquellos grandes animales.»

Fue don Antonio Solar aquel rico *encomendero* a quien quiso hacer ahorcar el virrey Blasco Núñez de Vela, atribuyéndole ser autor de un pasquín en que aludiéndose a la misión reformadora que su excelencia traía, se escribió sobre la pared del tambo de Barranca: *Al que me echare de mi casa y hacienda, yo lo echaré del mundo.*

Y pues he empleado la voz *encomendero,* no estará fuera de lugar que consigne el origen de ella. En los títulos o documentos en que a cada conquistador se asignaban terrenos, poníase la siguiente cláusula: «Item, se os *encomiendan* (aquí el número) indios para que los doctrinéis en las cosas de nuestra santa fe».

Junto con las yuntas llegáronle semillas o plantas de melón, nísperos, granadas, cidras, limones, manzanas, albaricoques, membrillos, guindas, cerezas, almendras, nueces y otras frutas de Castilla no conocidas por los naturales del país, que tal hartazgo se darían con ellas, cuando a no pocos les ocasionaron la muerte. Más de un siglo después, bajo el gobierno del virrey duque de la Palata, se publicó un bando que los curas leían a sus feligreses después de la misa dominical, prohibiendo a los indios comer pepinos, fruta llamada por sus fatales efectos *mataserrano*

Llegó la época en que el melonar de Barranca diese su primera cosecha, y aquí empieza nuestro cuento.

El mayordomo escogió diez de los melones mejores, acondicionólos en un par de cajones, y los puso en hombros de dos indios mitayos, dándoles una carta para el patrón.

Habían avanzado los conductores algunas leguas, y sentáronse a descansar junto a una tapia. Como era natural, el perfume de la fruta despertó

la curiosidad de los mitayos, y se entabló en sus ánimos ruda batalla entre el apetito y el temor.

—¿Sabes, hermano —dijo al fin uno de ellos en su dialecto indígena—, que he dado con la manera de que podamos comer sin que se descubra el caso? Escondamos la carta detrás de la tapia, que no viéndonos ella comer no podrá denunciarnos.

La sencilla ignorancia de los indios atribuía a la escritura un prestigio diabólico y maravilloso. Creían, no que las letras eran signos convencionales, sino espíritus, que no sólo funcionaban como mensajeros, sino también como atalayas o espías.

La opinión debió parecer acertada al otro mitayo, pues sin decir palabra, puso la carta tras de la tapia, colocando una piedra encima, y hecha esta operación se echaron a devorar, que no a comer, la incitante y agradable fruta.

Cerca ya de Lima, el segundo mitayo se dio una palmada en la frente, diciendo:

—Hermano, vamos errados. Conviene que igualemos las cargas; porque si tú llevas cuatro y yo cinco, nacerá alguna sospecha en el amo.

—Bien discurrido —dijo el otro mitayo.

Y nuevamente escondieron la carta tras otra tapia, para dar cuenta de un segundo melón, esa fruta deliciosa que, como dice el refrán, *en ayunas es oro, al mediodía plata, y por la noche mata; que,* en verdad, no la hay más indigesta y provocadora de cólicos cuando se tiene el *pancho* lleno.

Llegados a casa de don Antonio pusieron en sus manos la carta, en la cual le anunciaba el mayordomo el envío de diez melones.

Don Antonio, que había contraído compromiso con el arzobispo y otros personajes de obsequiarles los primeros melones de su cosecha, se dirigió muy contento a examinar la carga.

—¡Cómo se entiende, ladronzuelos!... —exclamó, bufando de cólera—. El mayordomo me manda diez melones, y aquí faltan dos —y don Antonio volvía a consultar la carta.

—Ocho no más, *taitai* —contestaron los mitayos.

—La carta dice que diez y ustedes se han comido dos por el camino... ¡Ea! Que les den una docena de palos a estos pícaros

Y los pobres indios, después de bien zurrados, se sentaron mohinos en un rincón del patio, diciendo uno de ellos:

—¿Lo ves, hermano? *¡Carta canta!*

Alcanzó a oírlos don Antonio, y les gritó:

—Sí, bribonazos, y cuidado con otra, que ya saben ustedes que carta canta

Y don Antonio refirió el caso a sus tertulios, y la frase se generalizó y pasó el mar.

ACEITUNA, UNA

Acabo de referir que uno de los tres primeros olivos que se plantaron en el Perú fue *reivindicado* por un prójimo chileno, sobre el cual recayó por el hurto nada menos que excomunión mayor, recurso terrorífico merced al cual años más tarde restituyó la robada estaca, que a orillas del Mapocho u otro río fuera la fundadora de un olivar famoso.

Cuando yo oía decir *aceituna, una,* pensaba que la frase no envolvía malicia o significación, sino que era hija del diccionario de la rima o de algún quídam que anduvo a caza de ecos y consonancias. Pero ahí verán ustedes que la erré de medio a medio, y que si aquella frase como esta otra: *aceituna, oro es una; la segunda, plata, y la tercera, mata,* son frases que tienen historia y razón de ser.

Siempre se ha dicho por el hombre que cae generalmente en gracia o que es simpático: *Este tiene la suerte de las aceitunas,* frase de conceptuosa profundidad, pues las aceitunas tienen la virtud de no gustar ni disgustar a medias, sino por entero. *Llegar a las aceitunas* era también otra locución con la que nuestros abuelos expresaban que había uno presentádose a los postres de un convite, o presenciado sólo el final de una fiesta. *Aceituna zapatera* llamaban a la oleosa que ha perdido color y buen sabor y que por falta de jugo empieza a encogerse. Así decían por la mujer hermosa a quien los años o los achaques empiezan a desmejorar: —Estás, hija, hecha una aceituna zapatera—. Probablemente los cofrades de San Crispín no podían consumir sino aceitunas de desecho.

Cuentan varios cronistas, y citaré entre ellos al padre Acosta, que es el que más a la memoria me viene, que a los principios, en los grandes banquetes, y *por mucho regalo y magnificencia,* se obsequiaba a cada comensal con una aceituna. El dueño del convite, como para disculpar una mezquindad que en el fondo era positivo lujo, pues la producción era escasa y carísima, solía decir a sus convidados: *caballeros, aceituna, una* Y así nació la frase.

Ya en 1565, y en la huerta de don Antonio de Ribera, se vendían cuatro aceitunas por un real. Este precio permitía a un anfitrión ser rumboso, y desde ese año eran tres las aceitunas asignadas para cada cubierto.

Sea que opinasen que la buena crianza exige no consumir toda la ración del plato, o que el dueño de la casa dijera, agradeciendo el elogio que hicieran de las oleosas: *aceituna, oro es una; dos son plata, y la tercera, mata,* ello es que la conclusión de la coplilla daba en qué cavilar a muchos cristianos, que después de masticar la primera y segunda aceituna no se atrevían con la última, que eso habría equivalido a suicidarse a sabiendas. Si la tercera mata, dejémosla estar en el platillo y que la coma su abuela.

Andando los tiempos vinieron los de *ño Cerezo,* el aceitunero del Puente, un vejestorio que a los setenta años de edad dio pie para que le sacasen esta ingeniosa y epigramática redondilla:

Dicen por ahí que Cerezo
tiene encinta a su mujer.
Digo que no puede ser,
porque no puede ser eso.

Como iba diciendo, en los tiempos de Cerezo era la aceituna inseparable compañera de la copa de aguardiente, y todo buen peruano hacía ascos a la cerveza, que para amarguras bastábanle las propias. De ahí la frase que se usaba en los días de San Martín y Bolívar para tomar las *once* (hoy se dice *lunch,* en gringo):—Señores, vamos a remojar una aceitunita.

¿Y por qué —preguntará alguno— llamaban los antiguos las *once* al acto de echar, después del mediodía, un remiendo al estómago? ¿Por qué?

Once las letras son del aguardiente.
Ya lo sabe el curioso impertinente.

Gracias a Dios que hoy nadie nos ofrece ración tasada y que hogaño nos atracamos de aceitunas sin que nos asusten frases. ¡Lo que va de tiempo a tiempo!

Hoy también se dice: *Aceituna, una; mas si es buena, una docena.*

"ESQUIVE VIVIR EN QUIVE"

A POCO MÁS de quince leguas de Lima vense las ruinas de una población que, en otro tiempo, debió de ser habitada por tres o cuatro mil almas, a juzgar por los vestigios que de ella quedan.

Hoy no puede ni llamarse aldehuela, pues en ella sólo viven dos familias de indios, al cuidado de un tambo o ventorrillo y de la posta para el servicio de los viajeros que se dirigen al Cerro del Pasco.

Amigo, *esquive vivir en Quive* era un refrancillo popularizado, hasta principios de este siglo, entre los habitantes de la rica provincia de Canta. Y como todo su refrán tiene su porqué, ahí va, lector, lo que he podido sacar en claro sobre el que sirve de título a esta tradicioncita:

Por los años de 1597 habitaba en Quive don Gaspar Flores, natural de Puerto Rico y ex alabardero de la guardia del virrey, administrador de una boyante mina del distrito de Araguay, mina que producía metales de plata cuyo beneficio dejaba al dueño doscientos marcos por cajón. Acompañaban al administrador su esposa, doña María Oliva, y una niña de once años, hija de ambos, llamada Isabel, predestinada por Dios para orgullo y ornamento de la América, que la venera en los altares bajo el nombre de Santa Rosa de Lima.

Como sus vecinos de Huarochirí, los canteños fueron rebeldes para someterse al yugo de la dominación española, dando no poco que hacer a don Francisco Pizarro; y como aquéllos, se mostraron también harto reacios para aceptar la nueva religión.

En 1597 emprendió Santo Toribio la segunda visita de la diócesis, y detúvose una mañana en Quive para administrar a los fieles el sacramento de la confirmación. El párroco, que era un fraile de la Merced, habló al digno prelado de la ninguna devoción de sus feligreses, de lo mucho que trabajaba para apartarlos de la idolatría y de que, a pesar de sus exhortaciones, ruegos y amenazas, escaso fruto obtenía. Afligióse el arzobispo de escuchar informes tales y encaminóse a la capilla del pueblo, donde sólo

encontró dos niños y una niña, que, llevados por sus padres, recibieron la confirmación.

La niña se llamaba Isabel Flores.

Con ánimo abatido salió Santo Toribio de la capilla, convencido de que la idolatría había echado raíces muy hondas en Quive, cuando entre más de tres mil almas, sólo había encontrado tres familias de sentimientos cristianos...

Los muchachos, aleccionados sin duda por sus padres, esperaban al santo arzobispo en la calle y le siguieron hasta la casa donde se había hospedado, gritándole en quechua y en son de burla:

—¡Narigudo! ¡Narigudo! ¡Narigudo!

Dice la tradición que su ilustrísima no levantó la mano para bendecir a la chusma, sino que, llenándosele los ojos de lágrimas, murmuró:

—¡Desgraciados! ¡No pasaréis de tres!...

Temblores, derrumbes en las minas, pérdidas de cosechas, copiosas lluvias, incendios, caída de rayos, enfermedades y todo linaje de desventuras contribuyeron a que, antes de tres años, quedase el pueblo deshabitado, trasladándose a los caseríos y aldeas inmediatas los vecinos que tras tantas calamidades quedaron con resuello.

Desde entonces nunca han excedido de tres las familias que han habitado Quive; agregando el cronista de quien tomamos los principales datos de esta tradición: «Es tanta la fe que tienen los indígenas en la profecía de Santo Toribio, que por ningún interés se establecería en el pueblo una cuarta familia, pues dicen estar seguros de que morirían en breve de mala muerte».

En el censo oficial de 1876 ya no figura el nombre de Quive ni como humilde aldehuela. ¡La profecía de Santo Toribio está cumplida!

En cuanto a la casa en que vivió Santa Rosa de Lima y que de cuando en cuando es visitada por algún viajero curioso, la religiosidad de los canteños poco o nada cuida de su conservación.

UNA AVENTURA DEL VIRREY-POETA

I

El bando de los *vicuñas,* llamado así por el sombrero que usaban sus afiliados, llevaba la peor parte en la guerra civil de Potosí. Los vascongados dominaban por el momento, porque el corregidor de la imperial villa, don Rafael Ortiz de Sotomayor, les era completamente adicto.

Los vascongados se habían adueñado de Potosí, pues ejercían los principales cargos públicos. De los veinticuatro regidores del Cabildo la mitad eran vascongados, y aun los dos alcaldes ordinarios pertenecían a esa nacionalidad, no embargante expresa prohibición de una real pragmática. Los criollos, castellanos y andaluces, formaron alianza para destruir o equilibrar, por lo menos, el predominio de aquéllos, y tal fue el origen de la lucha que durante muchos años ensangrentara esa región, y a la que el general de los *vicuñas,* don Francisco Castillo, puso término en 1624, casando a su hija doña Eugenia con don Pedro de Oyanume, uno de los principales vascongados.

En 1617, el virrey, príncipe de Esquilache, escribió a Ortiz de Sotomayor una larga carta sobre puntos de gobierno, en la cual, sobre poco más o menos, se leía lo siguiente: «E catad, mi buen don Rafael, que los bandos potosinos trascienden a rebeldía que es un pasmo, y venida es la hora del rigor extremo y de dar remate a ellos; que toda blandura resultaría en deservicio de su majestad, en agravio de Dios Nuestro Señor y en menosprecio de estos reinos. Así nada tengo que encomendar a la discreción de vuesa merced que, como hombre de guerra, valeroso y mañero, pondrá el cauterio allí donde aparezca la llaga; que con estas cosas de Potosí anda suelto el diablo y cundir puede el escándalo como aceite en pañizuelo. Contésteme vuesa merced que ha puesto buen término a las turbulencias y no de otra guisa; que ya es tiempo de que esas parcialidades hayan fin antes que, cobrando aliento, sean en estas Indias otro tanto que los comuneros en Castilla».

Los *vicuñas* se habían juramentado a no permitir que sus hijas o hermanas casasen con vascongados; y uno de éstos, a cuya noticia llegó el formal compromiso del bando enemigo, dijo en plena plaza de Potosí:
—Pues de buen grado no quieren ser nuestras las *vicuñitas,* hombres somos para conquistarlas con la punta de la espada.

Esta baladronada exaltó más los odios, y hubo batalla diaria en las calles de Potosí.

No era Ortiz de Sotomayor hombre para conciliar los ánimos. Partidario de los vascongados, creyó que la carta del virrey lo autorizaba para cometer una barrabasada; y una noche hizo apresar, secreta y traidoramente, a don Alfonso Yáñez y a ocho o diez de los principales *vicuñas,* mandándoles dar muerte y poner sus cabezas en el rollo.

Cuando al amanecer se encontraron los *vicuñas* con este horrible espectáculo, la emprendieron a cuchilladas con las gentes del corregidor, quien tuvo que tomar asilo en una iglesia. Mas recelando la justa venganza de sus enemigos, montó a caballo y vínose a Lima, propalando antes que no había hecho sino cumplir al pie de la letra instrucciones del virrey, lo que como hemos visto no era verdad, pues su excelencia no lo autorizaba en su carta para decapitar a nadie sin sentencia previa.

Tras de Ortiz de Sotomayor viniéronse a Lima muchos de los *vicuñas.*

II

Celebrábase en Lima el Jueves Santo del año de 1618 con toda la solemnidad propia de aquel ascético siglo. Su excelencia don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, con una lujosa comitiva, salió de palacio a visitar siete de las principales iglesias de la ciudad.

Cuando se retiraba de Santo Domingo, después de rezar la primera estación tan devotamente cual cumplía a un deudo de San Francisco de Borja, duque de Gandía, encontróse con una bellísima dama, seguida de una esclava que llevaba la indispensable alfombrilla. La dama clavó en el virrey una de esas miradas que despiden magnéticos efluvios, y don Francisco, sonriendo ligeramente, la miró también con fijeza, llevándose la mano al corazón, como para decir a la joven que el dardo había llegado a su destino.

A la mar, por ser honda,
se van los ríos,
y detrás de tus ojos
se van los míos.

Era su excelencia muy gran galanteador, y mucho se hablaba en Lima de sus buenas fortunas amorosas. A una arrogantísima figura y a un aire marcial y desenvuelto unía el vigor del hombre en la plenitud de la vida,

pues el de Esquilache apenas frisaba en los treinta y cinco años. Con una imaginación ardiente, donairoso en la expresión, valiente hasta la temeridad y generoso hasta rayar en el derroche, era don Francisco de Borja y Aragón el tipo más cabal de aquellos caballerosos hidalgos que se hacían matar por su rey o por su dama.

Hay cariños históricos, y en cuanto a mí confieso que me lo inspira y muy entusiasta el virrey-poeta, doblemente noble por sus heredados pergaminos de familia y por los que él borroneara con su elegante pluma de prosador y de hijo mimado de las musas. Cierto es que acordó en su gobierno demasiada influencia a los jesuítas; pero hay que tener en cuenta que el descendiente de un general de la Compañía, canonizado por Roma, mal podía estar exento de preocupaciones de raza. Si en ello pecaba, la culpa era de su siglo, y no se puede exigir de los hombres que sean superiores a la época en que les cupo en suerte vivir.

En las demás iglesias, el virrey encontró siempre al paso a la dama y se repitió cautelosamente el mismo cambio de sonrisas y miradas.

Por Dios, si no me quieres
que no me mires;
ya que no me rescates,
no me cautives.

En la última estación, cuando un paje iba a colocar sobre el escabel un cojinillo de terciopelo carmesí con flecadura de oro, el de Esquilache, inclinándose hacia él, le dijo rápidamente:

—Jeromillo, tras de aquella pilastra hay caza mayor. Sigue la pista.

Parece que Jeromillo era diestro en cacerías tales y que en él se juntaban olfato de perdiguero y ligereza de halcón; pues cuando su excelencia, de regreso a palacio, despidió la comitiva, ya lo esperaba el paje en su camarín.

—Y bien, Mercurio, ¿quién es ella? —le dijo el virrey, que, como todos los poetas de su siglo, era aficionado a la mitología.

—Este papel, que trasciende a sahumerio, se lo dirá a vuecencia —contestó el paje sacando del bolsillo una carta.

—¡Por Santiago de Compostela! ¿Billetico tenemos? ¡Ah galopín! Vales más de lo que pesas, y tengo de inmortalizarte en unas octavas reales que dejen atrás a mi poema de *Nápoles*.

Y acercándose a una lamparilla, leyó:

Siendo el galán cortesano
y de un santo descendiente,
que haya ayunado es corriente
como cumple a un buen cristiano.
Pues besar quiere mi mano,
según su fina expresión,

le acuerdo tal pretensión,
si es que a más no se propasa,
y honrada estará mi casa
si viene a hacer colación.

La misteriosa dama sabía bien que iba a habérselas con un poeta, y para más impresionarlo recurrió al lenguaje de Apolo.

—¡Hola, hola! —murmuró don Francisco—. Marisabidilla es la niña; como quien dice, Minerva encarnada en Venus. Jeromillo, estamos de aventura. Mi capa, y dame las señas del Olimpo de esa diosa.

Media hora después, el virrey, recatándose en el embozo, se dirigía a casa de la dama.

III

Doña Leonor de Vasconcelos, bellísima española y viuda de Alonso Yáñez, el decapitado por el corregidor de Potosí, había venido a Lima resuelta a vengar a su marido, y ella era la que, tan mañosamente y poniendo en juego la artillería de Cupido, atraía a su casa al virrey del Perú. Para doña Leonor era el príncipe de Esquilache el verdadero matador de su esposo.

Habitaba la viuda de Alonso Yáñez una casa con fondo al río en la calle de Polvos Azules, circunstancia que, unida a frecuente ruido de pasos varoniles en el patio e interior de la casa, despertó cierta alarma en el espíritu del aventurero galán.

Llevaba ya don Francisco media hora de ceremoniosa plática con la dama cuando ésta le reveló su nombre y condición, procurando traer la conferencia al campo de las explicaciones sobre los sucesos de Potosí; pero el astuto príncipe esquivaba el tema, lanzándose por los vericuetos de la palabrería amorosa.

Un hombre tan avisado como el de Esquilache no necesitaba de más para comprender que se le había tendido una celada; y que estaba en una casa que probablemente era por esa noche el cuartel general de los *vicuñas,* de cuya animosidad contra su persona tenía ya algunos barruntos.

Llegó el momento de dirigirse al comedor para tomar la colación prometida. Consistía ella en ese agradable revoltijo de frutas que los limeños llamamos *ante,* en tres o cuatro conservas preparadas por las monjas y en el clásico *pan de dulce.* Al sentarse a la mesa cogió el virrey una garrafa de cristal de Venecia que contenía un delicioso Málaga, y dijo:

Siento, doña Leonor, no honrar tan excelente Málaga, porque tengo hecho voto de no beber otro vino que un soberbio pajarete, producto de mis viñas en España.

Por mí no se prive el señor virrey de satisfacer su gusto. Fácil es enviar uno de mis criados donde el mayordomo de vuecencia

—Adivina vuesa merced, mi gentil amiguita, el propósito que tengo

Y volviéndose a un criado, le dijo:

—Mira, tunante. Llégate a palacio, pregunta por mi paje Jeromillo, dale esta llavecita y dile que me traiga las dos botellas de pajarete que encontrará en la alacena de mi dormitorio. No olvides el recado, y guárdate esa onza, para pan de dulce.

El criado salió, prosiguiendo el de Esquilache, con aire festivo.

—Tan exquisito es mi vino, que tengo que encerrarlo en mi propio cuarto, pues el bellaco de mi secretario Estúñiga tiene, en lo de catar, propensión de mosquito, e inclinación a escribano en no dejar botella de la que no se empeñe en dar fe. Y ello ha de acabar en que me amosque un día y le rebane las orejas para escarmiento de borrachos.

El virrey fiaba su salvación a la vivacidad de Jeromillo y no desmayaba en locuacidad y galantería. *Para liberarse de lazos, antes cabeza que brazos,* dice el refrán.

Cuando Jeromillo, que no era ningún necio de encapillar, recibió el recado, no necesitó de más apuntes para sacar en limpio que el príncipe de Esquilache corría grave peligro. La alacena del dormitorio no encerraba más que dos pistoletes con incrustaciones de oro, verdadera alhaja regia que Felipe III había regalado a don Francisco el día en que éste se despidiera del monarca para venir a América.

El paje hizo arrestar al criado de doña Leonor, y por algunas palabras que se le escaparon al fámulo en medio de la sorpresa, acabó Jeromillo de persuadirse que era urgente volar en socorro de su excelencia.

Por fortuna, la casa de la aventura sólo distaba una cuadra del palacio; y pocos minutos después el capitán de la escolta, con un piquete de alabarderos, sorprendía a seis de los *vicuñas* conjurados para matar al virrey o para arrancarle por la fuerza alguna concesión en daño de los vascongados.

Don Francisco, con su burlona sonrisa, dijo a la dama:

—Señora mía, las mallas de vuestra red eran de seda y no extrañéis que el león las haya roto. ¡Lástima es que no hayamos hecho hasta el fin vos el papel de Judith, y yo el de Holofernes!

Y volviéndose al capitán de la escolta, añadió:

—Don Jaime, dejad en libertad a esos hombres, y ¡cuenta con que se divulgue el lance y ande mi nombre en lengua! Y vos, señora mía, no me toméis por un felón, y honrad más al príncipe de Esquilache, que os jura, por los cuarteles de su escudo, que si ordenó reprimir con las armas de la ley los escándalos de Potosí, no autorizó a nadie para cortar cabezas que no estaban sentenciadas.

IV

Un mes después, doña Leonor y los *vicuñas* volvían a tomar el camino de Potosí; pero la misma noche en que abandonaron Lima, una ronda encontró en una calleja el cuerpo de Ortiz de Sotomayor con un puñal clavado en el pecho.

LOS AZULEJOS DE SAN FRANCISCO

(Tradición en que se prueba que ni estando bajo la horca ha de perderse la esperanza)

I

SEPAN CUANTOS *presentes estén que la muy justificada y Real Audiencia de esta ciudad de los Reyes del Perú ha condenado a sufrir muerte ignominiosa en la horca a Alonso Godínez, natural de Guadalajara, en España, por haber asesinado a Marta Villoslada, sin temor a la justicia divina ni humana. ¡Quien tal hizo que tal pague! Sirva a todos los presentes la lección para que no lleguen a verse en semejante trance. Paso a la justicia.*

Tal era el pregón que, a las once de la mañana del día 13 de noviembre de 1619, escuchaba la muchedumbre en la Plaza Mayor de Lima. Frente a la bocacalle del callejón de Petateros levantábase la horca destinada para el suplicio del reo.

Oigamos lo que se charlaba en un grupo de ociosos y noticieros, reunidos en el tendejón de un pasamanero.

—¡Por la cruz de mis calzones, qué guapo mozo se pierde —decía un mozalbete andaluz bien encarado— por culpa de una mal pécora, casquivana y rabicortona! ¿Se creerá este virrey que despabilar a un prójimo es como componer jácaras y coplas de ciego?

—Déjese de murmuraciones, Gil Menchaca, que la justicia es justicia y sabe lo que se pesca; y no por dar suelta a la sin pelos, tenga usarced el aparreado fin de don Martín de Robles, que no fue ningún rapabolsillos, sino todo un hidalgo de gotera, y que finó feamente por burlas que dijo del virrey marqués de Cañete —contestó el pasamanero, que era un catalán cerrado

—Pues yo, señor Montufar, no dejo que se me cocinen en el buche las palabras y largo el arcabuzazo, y venga lo que viniere; y digo y repito que no es justo penar de muerte los pecados de amor.

—Buen cachidiablo será el tal condenado... De fijo que ha de ser peor que un cólico miserere.

—¡Quedo, señor Montufar! Alonso Godínez es honrado y bravo a carta cabal.

—Y con toda su honradez y bravura, eche usarced por arriba o eche por abajo —insistió el catalán—, una pícara hembra lo trae camino de la horca.

—¡Reniego de las mujeres y de los petardos que dan! La mejorcita corta un pelo en el aire. ¡Mal haya el bruto que se pirra por ellas! Yo lo digo, y firma el rey.

—No hable el señor Gil Menchaca contra las faldas, que mal con ellas y peor sin ellas, ni chato ni narigón; y vuesa merced con toda su farándula es el primero en relamerse cuando tropieza con un palmito como el mío —dijo, terciando en el diálogo, una graciosa tapada, más mirada y remirada que estampa de devocionario.

El andaluz guiñó el ojo, diciendo:

—¡Viva la sal de Lima! ¡Adiós, manojito de claveles! *¡Folgad, gallinas, que aquí está el gallo!*

A tus labios rosados,
niña graciosa,
van a buscar almíbar
las mariposas.

Y se preparaba a echar tras la tapada, cuando el oleaje del populacho y un ronco son de tambores y cornetas dieron a conocer la aproximación de la fúnebre escolta.

Un hermano de la cofradía de la Caridad se detuvo frente al grupo, pronunciando estas fatídicas palabras con un sonsonete gangoso y particular.

—¡Hagan bien para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar!...

—Tome, hermano —gritó Gil Menchaca, echando dos columnarias en el platillo de las ánimas, generosidad que imitaron los del grupo—. ¡Pues como yo pudiera se había de salvar mi paisano! Sobre que no merece morir en la plaza como un perro de casta cruzada, sino cristianamente en un convento de frailes.

—Y en convento morirá —murmuró una voz.

Todos se volvieron sorprendidos, y vieron que el que así había hablado era nada menos que el guardián de San Francisco, que, abriéndose paso entre la multitud, se dirigía a la horca, a cuyo pie se encontraba ya el reo.

Era éste un hombre de treinta años, en la plenitud de vigor físico Su aspecto, a la vez que valor, revelaba resignación.

El crimen que lo llevaba al suplicio era haber dado muerte a su manceba en castigo de una de esas picardihuelas que, desde que el mundo es mundo, comete el sexo débil; por supuesto, arrastrado por su misma debilidad.

Llegado el guardián al sitio donde se elevaba el fatal palo, y cuando el verdugo terminaba de arreglar los bártulos del oficio, sacó un pliego de la manga y lo entregó al capitán de la escolta. Luego, tomando del brazo al condenado, atravesó con él por entre la muchedumbre, que los siguió palmoteando hasta la portería del convento de San Francisco

Alonso Godínez había sido indultado por su excelencia don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache.

II

Echemos un parrafillo histórico.

La iglesia y convento de San Francisco, de Lima, son obras verdaderamente monumentales. «En el mismo año de la fundación de Lima —dice un cronista— llegaron los franciscanos, y Pizarro les concedió un terreno bastante reducido, en el cual principiaron a edificar. Pidieron luego aumento de terreno, y el virrey, marqués de Cañete, les acordó todo el que pudieran cercar en una noche. Bajo la fe de esta promesa colocaron estacas, tendieron cuerdas y al amanecer eran los franciscanos dueños de una extensión de cuatrocientas varas castellanas de frente, obstruyendo una calle pública. El Cabildo reclamó por el abuso; pero el virrey hizo tasar todo el terreno y pagó el importe de su propio peculio».

Mientras se terminaba la fábrica del templo, cuya consagración solemne se hizo en 1673, la comunidad franciscana levantó una capilla provisional en el sitio que hoy ocupa la de Nuestra Señora del Milagro. Esos frailes no usaban manteles, ni colchón, y sus casullas para celebrar misa eran de paño o de tafetán.

No cuadra al carácter ligero de las *Tradiciones* entrar en detalles sobre todas las bellezas artísticas de esta fundación. La fachada y torres, el arco toral, la bóveda subterránea, los relieves de la media naranja y naves laterales, las capillas, el estanque donde se bañaba San Francisco Solano, el jardín, las dieciséis fuentes, la enfermería, todo, en fin, llama la atención del viajero. El mismo cronista dice, hablando del primer claustro: «Cuanto escribiéramos sobre el imponderable mérito de sus techos sería insuficiente para encomiar la mano que los talló; cada ángulo es de diferente labor, y el conjunto de molduraje y de sus ensambladuras, tan magníficamente trabajadas, no sólo manifiestan la habilidad de los operarios, sino que también dan una idea de la opulencia de aquella época».

Pero, hijos legítimos de España, no sabemos conservar, sino destruir. Hoy los famosos techos del claustro son pasto de la polilla. ¡Nuestra incuria es fatal! Los lienzos, obra de notables pintores del viejo mundo y en los que el convento poseía un tesoro, han desaparecido. Parece que sólo queda en Lima el cuadro de la *Comunión de San Jerónimo,* original del Dominiquino, y que es uno de los que forman la rica galería de pinturas del señor Ortiz de Zeballos.

Entre tanto, lectores míos, ¿cuánto piensan ustedes que cuesta a los frailes la madera empleada en este techo espléndido? Un pocillo de chocolate... Y no se rían ustedes, que la tradición es auténtica.

Diz que existía en Lima un acaudalado comerciante español, llamado Juan Jiménez Menacho, con el cual ajustaron los padres un contrato para que los proveyese de madera para la fábrica. Corrieron días, meses y años sin que, por mucho que el acreedor obrase, pudiesen pagarle con otra cosa que con palabras de buena crianza, moneda que no sabemos haya tenido nunca curso en plaza.

Llegó así el año de 1638. Jiménez Menacho, convaleciente por entonces de una grave enfermedad, fue invitado por el guardián para asistir a la fiesta del Patriarca. Terminada ésta, fue cuestión de pasar al refectorio, donde estaba preparado un monacal refrigerio, al que hizo honores nada menos que su excelencia don Pedro de Toledo y Leyva, marqués de Mancera, y décimoquinto virrey de estos reinos por su majestad don Felipe IV.

Jiménez Menacho, cuyo estómago se hallaba delicado, no pudo aceptar más que una taza de chocolate. Vino el momento de abandonar la mesa, y el comerciante, a quien los frailes habían colmado de atenciones y agasajos, dijo, inclinándose hacia el guardián:

—Nunca bebí mejor soconusco, y ya sabe su reverencia que soy conocedor.

—Que se torne en salud para el alma y para el cuerpo, hermano.

—Que ha de aprovechar al alma, no lo dudo, porque es chocolate bendito y con goce de indulgencia. En lo que atañe al cuerpo, créame su paternidad que me siento refocilado, y justo es que pague esta satisfacción con una limosna en bien de la orden seráfica.

Y colocó junto al pocillo el legajo de documentos. Todos llevaban su firma al pie de la cancelación.

Pocos años después moría tan benévolo como generoso acreedor, que obsequió también al convento las baldosas de la portería. En ella se lee aún esta inscripción:

JIMENEZ MENACHO DIO DE LIMOSNA
ESTOS AZULEJOS
VUESTRAS REVERENCIAS LO ENCOMIENDEN
A DIOS
AÑO DE 1643

En conclusión, la monumental fábrica de San Francisco se hizo toda con limosnas de los fieles.

Y téngase en consideración que se gastaron en ella dos millones doscientos cincuenta mil pesos. ¡Gastar es!

«En este convento —dice el cronista— se halla el cuerpo de San Francisco Solano, aunque sus religiosos ignoran el sitio donde está y sólo conservan el ataúd y la calavera, que exponen al público por el mes de julio en el novenario del santo. También enseñan los frailes una gran cruz de madera y de la cual no hay devoto que no se lleve una astilla. La suegra de un amigo mío carga como reliquia dos astillitas; pero ni por ésas se le dulcifica el carácter a la condenada vieja».

III

Volvamos a Alonso Godínez.

La *cacica* doña Catalina Huanca hizo venir de España, y como obsequio para el convento, algunos millares de azulejos o ladrillos vidriados, formándose de la unión de varios de ellos imágenes de santos. Pero doña Catalina olvidó lo principal, que era mandar traer un inteligente para colocarlos.

Años hacía, pues, que los azulejos estaban arrinconados, sin que se encontrase en Lima obrero capaz de arreglarlos en los pilares correspondientes.

En la mañana en que debía ser ahorcado Alonso Godínez fue a confesarlo el guardián de San Francisco, y de la plática entre ambos resultó que el reo era hombre entendido en obras de alfarería. No echó el guardián en saco roto tan importante descubrimiento; y sin pérdida de tiempo fue a palacio y obtuvo del virrey y de los oidores que se perdonara la vida al delincuente, bajo condición de que vestiría el hábito de lego y no pondría nunca los pies fuera de las puertas del convento.

Alonso Godínez no tan sólo colocó en un año los azulejos, sino que fabricó algunos, según lo revela esta chabacana rima que se lee en los ángulos del primer claustro:

Nuevo oficial, trabajá,
que todos gustan de veros
estar haciendo pucheros
del barro de por acá.

Por fin, Alonso Godínez alcanzó a morir en olor de santidad, y es uno de los cuarenta a quienes las crónicas franciscanas reputan entre los venerables de la orden que han florecido en Lima.

TRASLADO A JUDAS

(Cuento disparatado de la tía Catita)

Que no hay causa tan mala que no deje resquicio para defensa, es lo que querían probar las viejas con la frase: «Traslado a Judas.» Ahora oigan ustedes el cuentecito: fíjense en lo sustancioso de él y no paren mientes en pormenores; que en punto a anacronismos, es la narradora anacronismo con faldas.

Mucho orden en las filas, que la tía *Catita* tiene la palabra. Atención, y mano al botón. *Ande la rueda y coz con ella.*

Han de saber ustedes, angelitos de Dios, que uno de los doce apóstoles era colorado como el ají y rubio como la candela. Mellado de un diente, bizco de mirada, narigudo como ave de rapiña y alicaído de orejas, era su merced feo hasta para feo.

En la parroquia donde lo cristianaron púsole el cura Judas por nombre, correspondiéndole el apellido de Iscariote, que, si no estoy mal informado, hijo debió de ser de algún *bachiche* pulpero.

Travieso salió el nene, y a los ocho años era el primer mataperros de su barrio. A esa edad ya tenía hecha su reputación como ladrón de gallinas.

Aburrido con él su padre, que no era mal hombre, le echó una repasata y lo metió por castigo en un barco de guerra, como quien dice *anda, mula, y piérdete.*

El capitán del barco era un gringo borrachín, que le tomó cariño al pilluelo y lo hizo su pajecico de cámara.

Llegaron al cabo de años a un puerto; y una noche en que el capitán, después de beber setenta y siete *grogs,* se quedó dormido debajo de la mesa, su engreído Juditas lo desvalijó de treinta onzas de oro que tenía al cinto, y se desertó embarcado en el *chinchorro,* que es un botecito como una cáscara de nuez, y... ¡la del humo!

Cuando pisó la playa, se dijo: «Pies, ¿para qué os quiero?», y anda, anda, no paró hasta Europa.

Anduvo Judas la Ceca y la Meca y la Tortoleca, visitando cortes y haciendo pedir pita [1] a las treinta onzas del gringo. En París de Francia casi le echa guante la policía, porque el capitán había hecho parte telegráfico pidiendo una cosa que dicen que se llama extradición, y que debe de ser alguna trampa para cazar pajaritos. Judas olió a tiempo el ajo, tomó pasaje de segunda en el ferrocarril, y ¡abur!, hasta Galilea. Pero *¿adónde irá el buey que no are?*, o lo que es lo mismo, *el que es ruin en su villa, ruin será en Sevilla*

Allí, haciéndose el santito y el que no ha roto un plato, se presentó al Señor, y muy compungido le rogó que lo admitiese entre sus discípulos. Bien sabía el pícaro que a buena sombra se arrimaba para verse libre de persecuciones de la Policía y requisitorias del juez, que los apóstoles eran como los diputados en lo de gozar de inmunidad.

Poquito a poco fue el hipocritonazo ganándole la volunta al Señor, y tanto que lo nombró limosnero del apostolado. A peores manos no podía haber ido a parar el caudal de los pobres.

Era por entonces no sé si prefecto, intendente o gobernador de Jerusalén un caballero medio bobo, llamado don Poncio Pilatos el catalán, sujeto a quien manejaban como un zarandillo un tal Anás y un tal Caifás, que eran dos bribones que se perdían de vista. Estos, envidiosos de las virtudes y popularidad del Señor, a quien no eran dignos de descalzar una sandalia, iban y venían con chismes y más chismes donde Pilatos; y le contaban esto, y lo otro, y lo de más allá, y que el Nazareno había dado proclama revolucionaria incitando al pueblo para echar abajo al gobierno. Pero Pilatos, que para hacer una alcaldada tenía escrúpulos de Marigargajo, les contestó: Compadritos, la ley me ata las manos para tocar ni un pelo de la túnica del ciudadano Jesús. Mucha andrómina es el latinajo aquel del *habea corpus*. Consigan ustedes del Sanedrín (que así llamaban los judíos al Congreso) que declare la patria en peligro y eche al huesero las garantías individuales, y entonces dense una vueltecita por acá y hablaremos».

Anás y Caifás no dejaron eje por mover, y armados ya de *extraordinarias* [2], le hurgaron con ellas la nariz al gobernante, quien estornudó *ipso facto* un mandamiento de prisión. Líbrenos Dios de estornudos tales *per omnia saecula saeculorum Amén*, que con *amén* se sube al Edén.

A fin de que los corchetes no diesen golpe en vago, resolvieron aquellos dos canallas ponerse al habla con Judas, en quien por la pinta adivinaron que debía ser otro que tal. Al principio se manifestó el rubio medio ofendido y les dijo: «¿Por quién me han tomado ustedes, caballeros?» Pero cuando vió relucir treinta monedas, que le trajeron a la memoria reminiscencias de las treinta onzas del gringo, y a las que había

[1] *pedir pita* peruanismo que significa "pedir tregua o piedad".

[2] *extraordinarias* es decir, *facultades extraordinarias*, para seguir el tono de las alusiones irónicas a la política republicana.

dado finiquito, se dejó de melindres y exclamó: «Esto ya es otra cosa, señores míos. Tratándome con buenos modos, yo soy hombre que atiendo a razones. Soy de ustedes, y manos a la obra».

La verdad es que Judas, como limosnero, había metido cinco y sacado seis, y estaba con el alma en un hilo temblando de que, al hacer el ajuste de cuentas, quedase en transparencia el gatuperio.

El pérfido Judas no tuvo, pues, empacho para vender y sacrificar a su Divino Maestro.

Al día siguiente, y muy con el alba, Judas, que era extranjero en Jerusalén y desconocido por el vecindario, se fue a la plaza del mercado y se anduvo de grupo en grupo, ganoso de averiguar el cómo el pueblo comentaba los sucesos de la víspera.

—Ese Judas es un pícaro que no tiene coteja —gritaba uno que en sus mocedades fue escribano de hipotecas.

—Dicen que desde chico era ya un peine —añadía un tarambana.

—Se conoce. ¡Y luego, cometer tal felonía por tan poco dinero! ¡Puf, qué asco! —argüía un jugador de gallos con coracita.

—Hasta en eso ha sido ruin —comentaba una moza de trajecito a media pierna—. *Balandrán de desdichado, nunca saldrá de empeñado.*

—¡Si lo conociera yo, de la paliza que le arrimaba en los lomos lo dejaba para el hospital de tísicos! —decía, con aire de matón, un jefe de club que en todo bochinche se colocaba en sitio donde no llegasen piedras—. Pero por las *aleluyas* lo veremos hasta quemado.

Y de corrillo en corrillo iba Judas oyéndose poner como trapo sucio. Al cabo se le subió la pimienta a la nariz de pico de loro, y parándose sobre la mesa de un carnicero, gritó:

—¡Pido la palabra!

—La tiene el extranjero —contestó uno que, por la prosa que gastaba. sería lo menos vocal de junta consultiva.

Y el pueblo se volvió todo oídos para escuchar la arenga.

—¿Vuesas mercedes conocen a Judas?

—¡No! ¡No! ¡No!

—¿Han oído sus descargos?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Y entonces, pedazos de cangrejo, ¿cómo fallan sin oírlo? ¿No saben vuesas mercedes que las apariencias suelen ser engañosas?

—¡Por Abraham, que tiene razón el extranjero! —exclamó uno que dicen que era regidor del Municipio.

—¡Que se corra traslado a Judas!

—Pues yo soy Judas.

Estupefacción general. Pasado un momento, gritaron diez mil bocas

—¡Traslado a Judas! ¡Traslado a Judas! ¡Sí, sí! ¡Que se defienda! ¡Que se defienda!

—Contesto al traslado. Sepan vuesas mercedes que en mi conducta nada hay de vituperable, pues todo no es más que una burleta que les he hecho a esos mastuerzos de Anás y Caifás. Ellos están muy sí señor y muy en ello de que no se les escapa Jesús de Nazareth. ¡Toma tripita! ¡Flojo chasco se llevan, por mi abuela! A todos consta que tantos y tan portentosos milagros ha realizado el Maestro, que naturalmente debéis confiar en que hoy mismo practicará uno tan sencillo y de piripao como el salir libre y sano del poder de sus enemigos, destruyendo así sus malos propósitos y dejándolos con un palmo de narices, gracias a mí, que lo he puesto en condición de ostentar su poder celeste. Entonces sí que Anás y Caifás se tirarán de los pelos al ver la sutileza con que les he birlado sus monedas, en castigo de su inquina y mala voluntad para con el Salvador. ¿Qué me decís ahora, almas de cántaro?

—Hombre, que no eres tan pícaro como te juzgábamos, sin dejar por eso de ser un grandísimo bellaco —contestó un hombre de muchas canas y de regular meollo, que era redactor en jefe de uno de los periódicos más *populares* de Jerusalén.

Y la turba, después de oír la opinión del Júpiter de la prensa, prorrumpió en un: «¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva Judas!»

Y se disolvieron los grupos sin que la gendarmería hubiese tenido para qué tomar cartas en esa manifestación plebiscitaria, y cada prójimo entró en casita diciendo para sus adentros:

—En verdad en verdad que no se debe juzgar de ligero. Traslado a Judas.

LA TRENZA DE SUS CABELLOS

Al poeta español don Tomás Rodríguez Rubí, autor de un drama que lleva el mismo título de esta tradición

I

De cómo Mariquita Martínez no quiso que la llamasen Mariquita La Pelona

ALLÁ POR los años de 1734 paseábase muy risueña por estas calles de Lima Mariquita Martínez, muchacha como una perla, mejorando lo presente, lectora mía. Paréceme estarla viendo, no porque yo la hubiese conocido, ¡qué diablos! (pues cuando ella comía pan de trigo, este servidor de ustedes no pasaba de la categoría de proyecto en la mente del Padre Eterno), sino por la pintura que de sus prendas y garabato hizo un coplero de aquel siglo, que por la pinta debió de ser enamoradizo y andar bebiendo los vientos tras de ese pucherito de mixtura. Mariquita era de esas limeñas que tienen más gracia andando que un obispo confirmando, y por las que dijo un poeta:

Parece en Lima más clara
la luz, que cuando hizo Dios
el sol que al mundo alumbrara,
puso amoroso, en la cara
de cada limeña, dos

En las noches de luna era cuando había que ver a Mariquita paseando. Puente arriba, y Puente abajo, con albísimo traje de zaraza, pañuelo de tul blanco, zapatito de cuatro puntos y medio, dengue de resucitar difuntos, y la cabeza cubierta de jazmines. Los rayos de la luna prestaban a la belleza de la joven un no sé qué de fantástico; y los hombres, que nos pirramos siempre por esas fantasías de carne y hueso, le echaban una andanada de requiebros, a los que ella, por no quedarse con nada ajeno, contestaba con aquel oportuno donaire que hizo proverbiales la gracia y agudeza de la limeña

Mariquita era de las que dicen: «Yo no soy la *salve* para suspirar y gemir». ¡Vida alegre y hacer sumas hasta que se rompa el lápiz o se gaste la pizarra!

En la época colonial casi no se podía transitar por el Puente en las noches de luna. Era éste el punto de cita para todos. Ambas aceras estaban ocupadas por los jóvenes elegantes, que a la vez que con el airecito del río hallaban refrigerio al calor canicular, deleitaban los ojos clavándolos en las limeñas que salían a aspirar la fresca brisa, embalsamando la atmósfera con el suave perfume de los jazmines que poblaban sus cabelleras.

La moda no era lucir constantemente aderezos de rica pedrería, sino flores; y tal moda no podía ser más barata para padres y maridos, que con medio real de plata salían de compromisos, y aun sacaban alma del purgatorio. Tenían, además, la ventaja de satisfacer curiosidades sobre el estado civil de las mujeres, pues las solteras acostumbraban ponerse las flores al lado izquierdo de la cabeza y las casadas al derecho.

Todas las tardes de verano cruzaban por las calles de Lima varios muchachos, y al pregón de *¡el jazminero!* salían las jóvenes a la ventana de reja, y compraban un par de hojas de plátano, sobre las que había una porción de jazmines, diamelas, aromas, suches, azahares, flores de chirimoya y otras no menos perfumadas. La limeña de entonces buscaba sus adornos en la naturaleza, y no en el arte.

La antigua limeña no usaba elixires odontálgicos ni polvos para los dientes; y, sin embargo, era notable la regularidad y limpieza de éstos. Ignorábase aún que en la caverna de una muela se puede esconder una California de oro, y que con el marfil se fabricarían mandíbulas que nada tendrían que envidiar a las que Dios nos regalara. ¿Saben ustedes a quién debía la limeña la blancura de sus dientes? Al *raicero*. Como el jazminero era éste otro industrioso ambulante que vendía ciertas raíces blancas y jugosas, que las jóvenes se entretenían en morder restregándoselas sobre los dientes.

Parece broma; pero la industria decae. Ya no hay jazmineros ni raiceros, y es lástima; que a haberlos, les caería encima una contribución municipal que los partiera por el eje, en estos tiempos en que hasta los perros pagan su cuota por ejercer el derecho de ladrar. Y, con venia de ustedes, también se ha eclipsado el *pajuelero* o vendedor de mechas azufradas, el *puchero* o vendedor de puntas de cigarros, el *anticuchero* y otros industriosos.

Digresiones a un lado, y volvamos a Mariquita.

La limeña de marras no conoció peluquero ni *castañas*, sino uno que otro ricito volado en los días de repicar gordo, ni fierros calientes ni papillotas, ni usó jamás aceitillo, bálsamos, glicerina ni pomada para el pelo. El agua de Dios y san se acabó y las cabelleras eran de lo bueno lo mejor.

Pero hoy dicen las niñas que el agua pudre la raíz del pelo, y no estoy de humor para armar gresca con ellas sosteniendo la contraria. También los borrachos dicen que prefieren el licor, porque el *agua cría ranas y sabandijas*

Mariquita tenía su diablo en su mata de cabellos. Su orgullo era lucir dos lujosas trenzas que, como dijo Zorrilla pintando la hermosura de Eva

la medían en pie la talla entera.

Una de esas noches de luna iba Mariquita por el Puente lanzando una mirada a éste, esgrimiendo una sonrisa a aquél, endilgando una pulla al de más allá, cuando de improviso un hombre la tomó por la cintura, sacó una afilada navaja, y ¡zis!, ¡zas!, en menos de un periquete le rebanó una trenza.

Gritos y confusión. A Mariquita le acometió la pataleta, la gente echó a correr, hubo cierre de puertas, y a palacio llegó la noticia de que unos corsarios se habían venido a la chita callando por la boca del río y tomado la ciudad por sorpresa.

En conclusión, la chica quedó *mocha*, y para no dar campo a que la llamasen *Mariquita la Pelona* se llamó a bien vivir, entró en un beaterio y no se volvió a hablar de ella.

II

De cómo la trenza de sus cabellos fue causa de que el Perú tuviera una gloria artística

El sujeto que por berrinche había trasquilado a Mariquita era un joven de veintiséis años, hijo de un español y de una india. Llamábase Baltasar Gavilán. Su padre le había dejado algunos cuartejos; pero el muchacho, encalabrinado con la susodicha hembra, se dio a gastar hasta que vio el fondo de la bolsa, que ciertamente no podía ser perdurable como las cinco monedas de Juan Espera-en-Dios, alias el Judío Errante.

Era padrino de Baltasar el guardián de San Francisco, fraile de muchas campanillas y circunstancias, quien, aunque profesaba al ahijado gran cariño, echó un sermón de tres horas al informarse del motivo que traía en cuitas al mancebo. El alcalde del crimen reclamó, en los primeros días, la persona del delincuente; pero fuese que Mariquita meditara que, aunque ahorcaran a su enemigo, no por eso había de recobrar la perdida trenza, o, lo más probable, que el influjo de su reverencia alcanzase a torcer las narices a la justicia, lo cierto es que la autoridad no hizo hincapié en el artículo de extradición.

Baltasar, una distraerse en su forzada vida monástica, empezó por labrar un trozo de madera y hacer de él los bustos de la Virgen, el Niño Jesús, los tres Reyes Magos, y, en fin, todos los accesorios del misterio de Belén. Aunque las figuras eran de pequeñas dimensiones, el conjunto quedó lucidísimo, y los visitantes del guardián propalaban que aquello era una maravilla artística. Alentado con los elogios, Gavilán se consagró a hacer

imágenes de tamaño natural, no sólo en madera, sino en piedra de Huamanga, algunas de las cuales existen en diversas iglesias de Lima.

La obra más aplaudida de nuestro artista fue una *Dolorosa,* que no sabemos si se conserva aún en San Francisco. El virrey marqués de Villagarcía, noticioso del mérito del escultor, quiso personalmente convencerse, y una mañana se presentó en la celda convertida en taller. Su excelencia, declarando que los palaciegos se habían quedado cortos en el elogio, departió familiarmente con el artista; y éste, animado por la amabilidad del virrey, le dijo que ya le aburría la clausura, que harto purgada estaba su falta en tres años de vida conventual, y que anhelaba ancho campo y libertad. El marqués se rascó la punta de la oreja, y le contestó que la sociedad necesitaba un desagravio, y que pues en el Puente había dado el escándalo, era preciso que en el Puente se ostentase una obra cuyo mérito hiciese olvidar la falta del hombre para admirar el genio del artista. Y con esto, su excelencia giró sobre los talones y tomó el camino de la puerta.

Cinco meses después, en 1738, celebrábase en Lima, con solemne pompa y espléndidos festejos, la colocación sobre el arco del Puente de la estatua ecuestre de Felipe V.

En la descripción que de estas fiestas hemos leído, son grandes los encomios que se tributan al artista. Desgraciadamente para su gloria, no le sobrevivió su obra, pues en el famoso terremoto de 1746, al derrumbarse una parte del arco, vino al suelo la estatua.

Y aquí queremos consignar una coincidencia curiosa. Casi a la vez que caía de su pedestal el busto del monarca, recibióse en Lima la noticia de la muerte de Felipe V a consecuencia de una apoplejía fulminante, que es como quien dice un terremoto en el organismo.

SANTIAGO EL VOLADOR

Difícilmente se encontrará limeño que, en su infancia por lo menos, no haya concurrido a funciones de títeres. Fue una española, doña Leonor de Goromar, la primera que, en 1693, solicitó y obtuvo licencia del virrey conde de la Monclova para establecer un espectáculo que ha sido y será la delicia infantil, y que ha inmortalizado los nombres de *Ño* Pancho, *Ño* Manuelito y *Ño* Valdivieso, el más eximio titiritero de nuestros días.

Entre los muñecos de títeres, los que de más popularidad disfrutan son *Ño* Silverio, *Ña* Gerundia González, Chocolatito, Mochuelo, Piticalzón, Perote y Santiago el Volador. Los primeros son tipos caprichosos; pero lo que es el último fue individuo tan de carne y hueso como los que hoy comemos pan. Y no fue tampoco un quídam, sino un hombre de ingenio, y la prueba está en que escribió un originalísimo libro que inédito se encuentra en la Biblioteca Nacional, y del que poseo una copia.

Este manuscrito, en el que la tinta, con el transcurso de los años, ha tomado color entre blanco y rubio, debió haber pasado por muchas aduanas y corrido recios temporales antes de llegar a ser numerado en la sección de manuscritos; pues no sólo carece de sus últimas páginas, sino, lo que es verdaderamente de sentir, que algún travieso le arrancó varias de las láminas dibujadas a la pluma, y que, según colijo por la lectura del texto, debieron ser quince.

Titúlase la obra *Nuevo sistema de navegación por los aires,* por Santiago de Cárdenas, natural de Lima en el Perú. *

Por el estilo se ve que, en materia de letras, era el autor hombre muy a la pata la llana, circunstancia que él confiesa con ingenuidad Hijo de padres pobrísimos, aprendió a leer no muy de corrido, y a escribir signos, que así son letras como garabatos para apurar la paciencia de un paleógrafo.

* En 1878 se publicó en Valparaíso, por la Casa editorial de Jover, en un tomo de 230 páginas en 8º, con cuatro grabados, sirviendo de prólogo este artículo

En 1736 contaba Santiago de Cárdenas diez años de edad, y embarcóse en calidad de grumete o pilotín en un navío mercante que hacía la carrera entre el Callao y Valparaíso.

El vuelo de una ave, que él llama *tijereta,* despertó en Santiago la idea de que el hombre podía también enseñorearse del espacio, ayudado por un aparato que reuniere las condiciones que en su libro designa.

Precisamente, muchas de las más admirables invenciones y descubrimientos humanos débense a causas triviales, si no a la casualidad. La oscilación de una lámpara trajo a Galileo la idea del péndulo; la caída de una manzana sugirió a Newton su teoría de la atracción; la vibración de la voz en el fondo de un sombrero de copa inspiró a Edison el fonógrafo; sin los estremecimientos de una rana moribunda, Galvani no habría apreciado el poder de la electricidad, inventando el telégrafo, y, por fin, sin una hoja de papel arrojada casualmente en la chimenea y ascendente aquélla por el humo y el calórico, no habría Montgolfier inventado en 1783 el globo aerostático. ¿Por qué, pues, Santiago en el vuelo del pájaro *tijereta* no habría de encontrar la causa primaria de una maravilla que inmortalizase su nombre?

Diez años pasó navegando, y su preocupación constante era estudiar el vuelo de las aves. Al fin, y por consecuencia del cataclismo de 1746, en que se fue a pique la nave en que él servía, tuvo que establecerse en Lima, donde se ocupó en oficios mecánicos, en los que, según él mismo cuenta, era muy hábil; pues llegó a hacer de una pieza guantes, bonetes de clérigo y escarpines de vicuña, con la circunstancia de que *el paño más fino no alcanza la delicadeza de mis obras, que en varias artes entro y salgo con la misma destreza que si las hubiera aprendido por reglas; pero, desgraciadamente, las medras las he gastado sin medrar.*

Siempre que Santiago lograba ver juntos algunos reales, desaparecía de Lima e iba a vivir en los cerros de Amancaes, San Jerónimo o San Cristóbal, que están a pocas millas de la ciudad. Allí se ocupaba en contemplar el vuelo de los pájaros, cazarlos y estudiar su organismo. Sobre este particular hay en su libro muy curiosas observaciones.

Después de doce años de andar subiendo y bajando cerros, y de perseguir a los cóndores y a todo bicho volátil, sin exclusión ni de las moscas, creyó Santiago haber alcanzado al término de sus fatigas, y gritó *¡Eureka!*

En noviembre de 1761 presentó un memorial al excelentísimo señor virrey don Manuel de Amat y Juniet, en el que decía que por medio de un aparato o máquina que había inventado, pero para cuya construcción le faltaban recursos pecuniarios, era el volar cosa más fácil que sorberse un huevo fresco, y de menos peligro que el persignarse. Otrosí, impetraba del virrey una audiencia para explayarle su teoría.

Probable es que su excelencia se prestara a oírlo, y que se quedara después de las explicaciones tan a obscuras como antes. Lo que sí aparece del libro es que Amat puso la solicitud en conocimiento de la Real Audiencia según lo comprueba este decreto:

Lima y noviembre, 6 de 1761. Remítase al doctor don Cosme Bueno, catedrático de Prima de Matemáticas, para que oyendo al suplicante le suministre el auxilio correspondiente. — Tres firmas y una rúbrica.

Mientras don Cosme Bueno, el hombre de más ciencia que por entonces poseía el Perú, formulaba su informe, era este asunto el tema obligado de las tertulias, y en la mañana del 22 de noviembre un ocioso o malintencionado esparció la voz de que a las cuatro de la tarde iba Cárdenas a volar, por vía de ensayo, desde el cerro de San Cristóbal a la Plaza Mayor.

Oigamos al mismo Santiago relatar las consecuencias del embuste: «En el genio del país, tan novelero y ciego de ver cosas prodigiosas, no quedó noble ni plebeyo que no se aproximase al cerro u ocupase los balcones, azoteas de las casas y torres de las iglesias. Cuando se desengañaron de que no había ofrecido a nadie volar, en semejante oportunidad, desencadenó Dios su ira, y el pueblo me rodeó en el atrio de la Catedral, diciéndome: 'O vuelas o te matamos a pedradas'. Advertido de lo que ocurría, el señor virrey mandó una escolta de tropa que me defendiese, y rodeado de ella fui conducido a palacio, libertándome así de los agravios de la muchedumbre».

Desde este día nuestro hombre se hizo de moda. Todos olvidaron que se llamaba Santiago de Cárdenas para decirle Santiago el *Volador,* apodo que el infeliz soportaba resignado, pues de incomodarse habría habido compromiso para sus costillas.

Hasta el Santo Oficio de la Inquisición tuvo que tomar cartas en protección de Santiago, prohibiendo por un edicto que se cantase la *Pava,* cancioncilla indecente de la plebe, con la cual Cárdenas servía de pretexto para herir la honra del prójimo.

Excuso copiar las cuatro estrofas de la *Pava* que hasta mí han llegado, porque contienen palabras y conceptos extremadamente obscenos. Para muestra basta un botón:

Cuando voló una marquesa,
un fraile también voló,
pues recibieron lecciones
de Santiago el Volador.
¡Miren qué pava para el marqués!
¡Miren qué pava para los tres!

Al fin, don Cosme Bueno expidió su informe con el título *Disertación sobre el arte de volar.* Dividiólo en dos partes. En la primera apoya la posibilidad de volar; pero en la segunda destruye ésta con serios argumentos. La disertación del doctor Bueno corre impresa, y honra la erudición y talento del informante.

Sin embargo de serle desfavorable el informe, Santiago de Cárdenas no se dio por vencido. «Dejé pasar un año —dice— y presenté mi segundo memorial. Las novedades de la guerra con el inglés y las nuevas que de Buenos Aires llegaban me parecieron oportunidad para ver realizado mi proyecto»

Algunos comerciantes, acaso por burlarse del *Volador*, le ofrecieron la suma necesaria para que construyese el aparato, siempre que el Gobierno lo autorizase para volar. Santiago se comprometía a servir de correo entre Lima y Buenos Aires, y aun si era preciso iría hasta Madrid, viaje que él calculaba hacer en tres jornadas, en este orden: «un día para volar de Lima a Portobelo, otro día de Portobelo a La Habana, y el tercero de La Habana a Madrid». Añade: «Todavía es mucho tiempo, pues si alcanzo a volar como el cóndor (ochenta leguas por hora) me bastará menos de un día para ir a Europa».

«Este memorial —dice Cárdenas —no causó en Lima la admiración y alboroto del primero, y confieso que, con la sagacidad de que me dotó el cielo, había ya conseguido partidarios para mi proyecto». Aquí es del caso decir con el refrán: *un loco hace ciento.*

En cuanto al virrey Amat, con fecha 6 de febrero de 1763, puso a la solicitud el siguiente decreto: *No ha lugar.*

Otro menos perseverante que Santiago habría abandonado el proyecto; pero mi paisano, que aspiraba a ser émulo de Colón en la constancia, se puso entonces a escribir un libro con el propósito de remitirlo al rey con un memorial, cuyo tenor copia en el proemio de su abultado manuscrito.

Parece también que el duque de San Carlos se había constituido protector del Icaro limeño, y ofrecídole solemnemente hacer llegar el libro a manos del monarca; pero en 1766, cuando Cárdenas terminó de escribir, el duque se había ausentado del Perú.

Pocos meses después, el espíritu de Santiago Cárdenas emprendía el vuelo al mundo donde cuerdos y locos son medidos por un rasero.

El autor de un curioso manuscrito titulado *Viaje al globo de la luna,* libro que existe en la Biblioteca de Lima, y que debió escribirse por los años de 1790, dice, hablando de Santiago de Cárdenas: «Este buen hombre, que era, en efecto, de fina habilidad para trabajos mecánicos, estaba a punto de perder el seso con su teoría de volar, y hablaba desde luego aun mejor que lo hiciera. El se había hecho retratar a la puerta de su tienda, en la calle pública, vestido de plumas y con alas extendidas en acción de volar, ilustrando su pintura con dísticos latinos y castellanos, alusivos a su ingenio y al arte de volar, que blasonaba poseer. Recuerdo esta inscripción: *ingenio posem superas volitare per arces me nisi paupertas invida deprimeret* Acechaba con el mayor estudio el vuelo de las aves, discurría sobre la gravedad y leyes de sus movimientos, en muchos casos con acertado criterio. Una tarde se alborotó el vulgo de la ciudad por el rumor vago que corrió de que el tal hombre se arrojaba a volar por lo más encumbrado del cerro de San Cristóbal. Y sucedió que el tal *Volador* (que ignorante del rumor salía descuidado de su casa) hubo menester refugiarse en el sagrado de una iglesia para libertarse de una feroz tropa de muchachos que lo seguía con gran algazara. Cierto chusco mantuvo en expectación al pueblo

diseminado por las faldas del monte y riberas del Rimac; porque trepando al cerro en una mula que cubría con su capa y extendidos sus vuelos con ambos brazos, daba a la curiosidad popular una adelantada idea de un volapié, como lo hacen los grandes pájaros para desprenderse del suelo Así gritaba la chusma: «¡Ya vuela! ¡Ya vuela! ¡Ya vuela!»

También Mendiburu [1], en su *Diccionario histórico*, consagra un artículo a don José Hurtado y Villafuerte, hacendado en Arequipa, quien por los años de 1810 domesticó un cóndor, el cual se remontó hasta la cumbre del más alto cerro de Uchumayo, llevando encima un muchacho, y descendió después con su jinete.

Hurtado y Villafuerte, en una carta que publicó por entonces en la *Minerva Peruana*, periódico de Lima, cree en la posibilidad de viajar sirviendo de cabalgadura un cóndor, y calcula que siete horas bastarían para ir de Arequipa a Cádiz.

La obra de Cárdenas es incuestionablemente ingeniosa, y contiene observaciones que sorprenden, por ser fruto espontáneo de una inteligencia sin cultivo. Pocos términos científicos emplea; pero el hombre se hace entender.

Después de desarrollar largamente su teoría, se encarga de responder a treinta objeciones; y tiene el candor de tomar por lo serio y dar respuesta a muchas que le fueron hechas con reconocida intención de burla.

Yo no atinaré a dar una opinión sobre si la navegación aérea es paradoja que sólo tiene cabida en cerebros que están fuera de su caja, o si es hacedero que el hombre domine el espacio cruzado por las aves. Pero lo que sí creo con toda sinceridad es que Santiago de Cárdenas no fue un charlatán embaucador, sino un hombre convencido y de grandísimo ingenio.

Si Santiago de Cárdenas fue un loco, preciso es convenir en que su locura ha sido contagiosa. Hoy mismo, más de un siglo después de su muerte, existe en Lima quien desde hace veinte años persigue la idea de entrar en competencia con las águilas. Don Pedro Ruiz es de aquellos seres que tienen la fe de que habló Cristo y que hace mover los montes.*

Una observación. don Pedro Ruiz no ha podido conocer el manuscrito de que me he ocupado, y, ¡particular coincidencia!, su punto de partida y las condiciones de su aparato son, en buen análisis, los mismos que imaginó el infeliz protegido del duque de San Carlos.

Concluyamos. Santiago de Cárdenas aspiró a inmortalizarse, realizando acaso el más portentoso de los descubrimientos, y, ¡miseria humana!, su nombre vive sólo en los fastos titiritescos de Lima.

Hasta después de muerto lo persigue la rechifla popular

El Destino tiene ironías atroces.

[1] *Mendiburu:* V. nota 1 de *¡Beba, padre, que le da la vida!*

* Don Pedro Ruiz, natural de Eten, fue un hábil mecánico En mayo de 1880 pereció en el Callao, al hacer el ensayo de un torpedo de su invención y que se proponía lanzar sobre los buques chilenos que bloqueaban el puerto. Ruiz publicó en 1878 un opúsculo, ilustrado con veinticuatro láminas sobre el arte de volar

SABIO COMO CHAVARRIA

A Juana de los Heros

I

Que trata de cómo una de las Pantojas me hizo tomar el rábano por las hojas

¡CÓMO! ¡Qué cosa! ¿No conoció usted a las Pantojas? ¡Chimbambolo! ¡Pues hombre, si las Pantojas han sido en Lima más conocidas que los agujeros de los oídos!

Las Pantojas que yo alcancé eran tres hermanas como las tres Marías, las tres Gracias y las tres hijas de Elena, salvo que aquí marra la segunda parte del refrán, porque las tres eran buenas como una bendición.

En cuanto a belleza, no eran de ¡Jesús! ni de ¡Caramba!; lo que, en buen romance, quiere decir que ni asustaban como el coco, ni embelesaban como Venus. Las Pantojas eran unas cotorritas enclenques, siempre emperejiladas, limpias como el agua de Dios, hacendosas como las hormigas, trabajadoras como una colmena, llanas como camino real o sin encrucijada, y cristianas rancias y cuidadosas de la salud del alma.

Hasta hace quince o veinte años tenían un tenducho de baratijas y juguetes en la calle de Valladolid, y el más caro de sus artículos de comercio se pagaba en un real, y la venta cundía y las Pantojas pelechaban. Ellas tuvieron por parroquianos a los que eran niños cuando *entró la Patria,* y a los convalecientes del sarampión y la alfombrilla cuando Castilla y Echenique gobernaban al país por el sistema antiguo (teóricamente); y, ¡qué diablos!, parece que con la teoría [1] no le iba del todo mal a la patria.

Las Pantojas no quisieron alcanzar los días de progreso, en que las muñequitas de trapo serían reemplazadas por *poupées* de marfil, y en que el lujo para vestir una de éstas haría subir su valor a un centenar de duros.

[1] *con la teoría.* alusión a los resultados negativos de la "república práctica" del tiempo de Palma. V. el final de *El alcalde de Paucarcolla.*

¡Qué tiempos aquellos! ¡Cuánto atraso y miseria![2] Hoy papás, mamás y padrinos derrochan, por pascua de diciembre, un dineral en juguetes para los nenes, que así *duran en sus manos como mendrugo en boca de hambriento*. La vanidad ha penetrado hasta en los pasatiempos de la infancia.

Había el que esto escribe salido de la edad del babador y el mameluco y entrado en la del capotillo de barragán y la mataperrada, cuando una tarde, caminito de la escuela, ocurrióle llegar a la tienda de las Pantojas y gastar la peseta dominguera en un trompo, un bolero y un piporro

Sobre cuartillo más, cuartillo menos, disputamos hasta tente bonete, y entablé con ellas una de interpeladuras o interpelaciones, yo que en los días de mi vida he vuelto a tener entraña para interpelar ni a un ministro en el Congreso; porque eso de andar con preguntas y respuestas, como en el catecismo del padre Astete, maldito si me hace pizca de gracia. Tal sería lo contundente de mi argumentación, que doña Martinita Pantoja, declarando terminado el debate, me dió un suave tironcito de orejas, me regaló un par de nueces y otro de cocos, y me dijo:

—¡Anda con Dios, angelito! Tú sabes tanto como Chavarría.

Contentísimo salí con el piropo. De fijo que Chavarría sería un prójimo superior a Séneca y demás sabios de la cristiandad y judería de que hacen mención las historias.

Mi dómine se llamaba don Pascual Guerrero[3] (algunos de mis lectores guardarán reminiscencias de su chicote encintado), y, cascabeleándome la curiosidad, fuime a él y contéle lo que una de las Pantojas me había dicho; que yo era tan sabio como Chavarría.

—¡Ah! ¡El gran Chavarría! ¡Hombre, si tú hubieras conocido al gran Chavarría! ¡Famoso Chavarría!

Y el hombre de la palmeta con sus exclamaciones y aspavientos me dio menos luz que un fósforo de cerilla, influyendo así para que el diablillo de la presunción se entrase, *como Pedro por su casa*, en el alma de un trastuelo del codo a la mano. Ello es que di en la flor de mirar por encima del hombro a los demás escolares, que, según mis barruntos, no podían ser sino animalitos de orejas largas y puntiagudas, comparados conmigo, que sabía tanto como Chavarría.

¡Ah! Si don Pascual Guerrero me hubiera dicho entonces lo que después he sabido sobre Chavarría, habrían tenido las Pantojas (que de eterna gloria gocen), sarna que rascar con el, por aquellos días, futuro ciudadano. ¡Qué inquina, tirria o mala voluntad la que les habría tomado a las pobrecitas!

¡Pues no faltaba más que tratarme de igual a igual con Chavarría!

2 *¡Qué tiempos aquellos!. . atraso y miseria!:* otro sarcástico contraste entre el pasado y el presente. V. la nota 1 de *Un virrey y un arzobispo*.

3 *Pascual Guerrero:* es el nombre real del maestro de primeras letras que tuvo Palma.

II

De cómo a fines del siglo pasado todo era en Lima Chavarría por activa y Chavarría por pasiva

El segundo día de Navidad del año de gracia 1790, grandes y chicos, encopetados y plebeyos, no hablaban en Lima sino del mismo asunto. Desde el virrey Bailío hasta el más desharrapado pelafustán, era idéntico el tema de conversación entre los cincuenta mil y pico de habitantes que, según el censo, vivían de murallas adentro en la capital del virreinato.

No habría producido más grande sensación la llegada del *cajón de España,* nombre que daba el pueblo a la valija de correspondencia de la metrópoli, y que era recibido de seis en seis meses con general repique de campanas, siempre que nuestro amo el rey continuaba sin novedad mayor en su importante salud, o que la reina nuestra señora había salido con bien del último embuchado, regalando a sus súbditos de allende y de aquende con un nuevo lagartijo.

Bueno será que dejando marañas y parlerías entremos en el café de Francisquín y alquilemos orejas para ponernos al corriente de la novedad del día. Y nota, lector, que singularizo el café, porque ..., pero esto merece que eche a lucir mi erudición. A ver si hay guapo que me contradiga sobre la autenticidad de los datos que voy a sacar a plaza.

Desde Pizarro hasta 1771, toda persona con apariencias de decente que aspiraba a tomar un refresco fuera del domicilio, sólo podía hacerlo en los establecimientos destinados para el juego de pelota y bochas. Estos sitios fueron poco a poco democratizándose, y la gente de copete dejó de concurrir a ellos, hasta que en 1772, y favorecido por el rumboso virrey Amat, un italiano o francés, llamado Francisquín, estableció en la calle de la Merced un café (el primero que tuvimos en Lima) que podía hacer competencia al mejorcito de Madrid. Cuatro años después, un español, don Francisco Serio, fundó el famoso café de Bodegones, que hasta hace poco disfrutó de gran nombradía. Y aquí pongo punto, pues me parece que he dicho algo y que me he lucido en este ramo de la historia cafetuna.

Entremos, pues, en el café de Francisquín y oigamos lo que se charlaba en una mesa donde saboreaban jícaras del sabroso chocolate de Yungas, con canela y vainilla, un reverendo de la orden de predicadores, un depositario de la fe pública, un estudiante de prima de leyes, que así cursaba leyes como aleluyas, y un empleado del real estanco de salitres, digo, de tabacos[4] ¡Vaya un *lapsus plumoe* condenado! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡*Escupe,*

[4] *salitres ... tabacos.* Palma alude con intención burlona a un hecho político de actualidad en 1873 (un año antes de publicarse este texto) el gobierno de Pardo había ordenado un impuesto a la exportación del salitre, una de las principales riquezas del Perú de entonces, para lo que creó un estanco.

Guadalupe, escupe! ¡Bonitos están los tiempos para andarse con equivoquillos!

—Pues, señor —decía el notario—, el tal Chavarría es el demonio. ¡Y lo que sabe el maldito!

—Pues si sabe tanto como de él cuentan, no puede ser sino en virtud de malas artes —añadía el estanquero—. ¿No cree su paternidad que sea caso de Inquisición?

—Puede... —contestó con gravedad el dominico, echándose al gollete el último sorbo del cangilón.

—Yo me pirro por conocer a Chavarría; pero no lo haré sin consultarlo con mi confesor.

—Y acertará, hermano —añadió el reverendo—. La salvación es antes que Chavarría. Consulte, que así librará de caer en algún lazo que le tienda el *maligno.*

—¡Qué lazo ni qué garambaina! —terció el estudiante—. Los talentos de Chavarría son notorios desde los tiempos de Plinio; y a la paz de Dios, caballeros, que son ya las siete dadas y me espera Chavarría.

III

Donde a la postre salimos con una pata de gallo

—Pero hasta aquí —dirá el lector— no sabemos quién es Chavarría. Vamos, preséntemelo usted a Chavarría.

—Pues con venia de usted. Chavarría es... Chavarría.

—¡Buen achaquito, compadre Cantarranas! Quedo enterado.

—¡Vaya! Si no sé cómo decirlo. En fin, Chavarría es..., que lo diga por mí el *Diario de Lima,* en su número correspondiente al 25 de diciembre de 1790 y en los sucesivos. ¡Cataplum! Trátase de un perro pericotero que se exhibió en el teatro de esta ciudad de los reyes.

—Chavarría salió vestido de mujer, bailando el fandango, el villano y la mariangola —dice un bombo.

—Chavarría salió con capa colorada, bien empelucado y con sombrero de picos, bailando el don Mateo —cuenta un suelto.

—Chavarría hizo el papel de muerto, y resucitó oyendo pronunciar el nombre de nuestro muy amado rey y señor don Carlos IV —prosigue el *humbug* periodístico.

—Chavarría salió de capa y con espada en mano, y tuvo un desafío con un inglés, al cual estiró sin más ni menos.

—¡Cáscaras con Chavarría!

Chavarría cantó el *mambrú* a dúo con un niño. —¡Demonche!

Chavarría, con los ojos vendados, sacó el peso doble e hizo pruebas con un pañuelo y con las cuarenta cartas de un naipe—. ¡Maravilloso!

—Chavarría hizo ejercicio militar con fusil y bayoneta calada, y estando de centinela quiso sorprenderlo un inglés. Chavarría le arrimó un balazo y lo envió a pudrir tierra.

Y basta con lo apuntado, que la lista de habilidades es larga y el bombo del *Diario de Lima* estrepitoso.

Lástima, y grande, es que por aquel año no hubiera existido en Lima otro periódico, que de fijo no se habría quedado corto en poner por las nubes las gracias de Chavarría. Quede sentado que el bombo gacitillero no es invención de nuestro siglo.

Lo cierto es que nuestros abuelos se quedaron con tamaña boca abierta y creyendo en los portentos, con las bufonadas de Chavarría. ¡Ya se ve! Ellos no podían soñar que en el siglo XIX tendría las mismas y mayores habilidades cualquier mastín de casta cruzada, y que hasta los ratones y las pulgas serían susceptibles de recibir una educación artística. ¡Qué sencillez tan patriarcal la de nuestros progenitores!

La prueba de lo mucho que con Chavarría se impresionaron es el refrán que se les caía de la boca cuando querían ponderar la travesura o ingenio de un muchacho: *¡Sabes más que Chavarría! ¡Sabio como Chavarría!*

Hoy son pocos los que dicen estas palabras. El refrán está sentenciado a morir junto con el último octogenario.

IV

Donde concluye el autor formulando una cuestión que otros se encargarán de resolver

Y ahora díganme ustedes en conciencia: ¿no les parece que las Pantojas me hicieron un insulto mayúsculo, comparando mi talento con el de un perro, y que sobra justicia para entablar contra ellas querella de agravio?

LA NIÑA DEL ANTOJO

GENERALIZADA creencia era entre nuestros abuelos que a las mujeres encinta debía complacérselas en sus más extravagantes caprichos. Oponerse a ellos equivalía a malograr obra hecha. Y los discípulos de Galeno eran los que más contribuían a vigorizar esa opinión, si hemos de dar crédito a muchas tesis o disertaciones médicas que, impresas en Lima, en diversos años, se encuentran reunidas en el tomo XXIX de *Papeles varios* de la Biblioteca Nacional.

Las mujeres de suyo son curiosas, y bastaba que les estuviera vedado entrar en claustros para que todas se desviviesen por pasear conventos. No había, pues, en el siglo pasado limeña que no los hubiese recorrido desde la celda del prior o abadesa hasta la cocina.

Tan luego como en la familia se presentaba hija de Eva en estado interesante, las hermanitas, amigas y hasta las criadas se echaban a arreglar programa para un mes de romería por los conventos. Y la mejor mañana se aparecían diez o doce tapadas en la portería de San Francisco, por ejemplo, y la más vivaracha de ellas decía, dirigiéndose al lego portero:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida. ¿Qué se ofrece, hermanitas?

—Que vaya usted donde el reverendo padre guardián y le diga que esta niña, como a la vista está, se encuentra abultadita, que se le ha antojado pasear el convento, y que nosotros venimos acompañándola por si le sucede un trabajo.

—¡Pero tantas!. . . —murmuraba el lego entre dientes.

—Todas somos de la familia: esta buena moza es su tía carnal; estas dos son sus hermanas, que en la cara se les conoce; estas tres gordinfloncitas son sus primas por parte de madre; yo y esta borradita [1], sus sobrinas, aunque no lo parezcamos; la de más allá, esa negra chicarrona, es la *mama* que la crió; ésta es su. . .

[1] *borradita:* peruanismo por "picado de viruelas".

—Basta, basta con la parentela, que es larguita —interrumpía el lego sonriendo.

Aquí la niña del antojo lanzaba un suspiro, y las que la acompañaban decían en coro:

—¡Jesús, hijita! ¿Sientes algo? Vaya usted prontito, hermano, a sacar la licencia ¡No se embrome y tengamos aquí un trabajo! ¡Virgen de la Candelaria! ¡Corra usted, hombre, corra usted!

Y el portero se encaminaba, paso entre paso, a la celda del guardián; y cinco minutos después regresaba con la superior licencia, que su paternidad no tenía entrañas de ogro para contrariar deseos de embarazada.

—Puede pasar la niña del antojo con toda la sacra familia.

Y otro lego asumía las funciones de guía o cicerone.

Por supuesto que en muchas ocasiones la barriga era de pega, es decir, rollo de trapos; pero ni guardián ni portero podían meterse a averiguarlo.

Para ellos vientre abovedado era pasaporte en regla.

Y de los conventos de frailes pasaban a los monasterios de monjas; y de cada visita regresaba a casa la niña del antojo provista de ramos de flores, cerezas y albaricoques, escapularios y pastillas. Las camaradas participaban también del pan bendito.

Y la romería en Lima duraba un mes por lo menos.

Un arzobispo, para poner coto al abuso y sin atreverse a romper abiertamente con la costumbre, dispuso que las antojadizas limeñas recabasen la licencia no de la autoridad conventual, sino de la curia; pero como había que gastar en una hoja de papel sellado, y firmar solicitud, y volver al siguiente día por el decreto, empezaron a disminuir los antojos.

Su sucesor, el señor La Reguera, cortó de raíz el mal, contestando un *no* rotundo a la primera prójima que fue con el empeño.

—¿Y si malparo, ilustrísimo señor? —insistió la postulante.

—De eso no entiendo yo, hijita, que no soy comadrón, sino arzobispo.

Y lo positivo es que no hay tradición de que limeña alguna haya abortado por no pasear claustros.

Entre los manuscritos que en la Real Academia de la Historia, en Madrid, forman la colección de Matalinares, archivo de curiosos documentos relativos a la América, hay un (cuaderno 3º del tomo LXXVII) códice que no es sino el extracto de un proceso a que en el Perú dio motivo la niña del antojo.

Guardián de la Recoleta de Cajamarca era, por los años de 1806, fray Fernando Jesús de Arce, quien, contrariando la arzobispal y disciplinaria disposición, dio en permitir el paseíto por su claustro a las cristianas que lo solicitaban alegando el delicado achaque. La autoridad civil tuvo o no tuvo sus razones para pretender hacerlo entrar en vereda, y se armó proceso, y gordo.

El padre comisario general apoyó al padre Arce, presentando, entre otros argumentos, el siguiente que, a su juicio, era capital y decisivo: —La conservación del feto es de derecho natural y el precepto de la clausura es

de derecho positivo, y por consideración al último no sería caritativo exponer una mujer al aborto.

El padre Arce decía que para él era caso de conciencia consentir en el capricho femenino; pues una vez que se negó a conceder tal licencia aconteció que, a los tres días, se le presentó la niña del antojo llevando el feto en un frasco y culpándole de su desventura. Añadía el padre Arce que por él no había de ir otra almita al limbo y que no se sentía con hígados para hacer un feo a antojos de mujer encinta.

El vicario foráneo se vio de los hombres más apurado para dar su fallo, y solicitó el dictamen de Matalinares, que era a la sazón fiscal de la Audiencia de Lima. Matalinares sostuvo que no por el peligro del feto, sino por corruptelas y consideraciones de conveniencia o por privilegios apostólicos para determinadas personas de distinción, se había tolerado la entrada de mujeres en clausura de regulares, y que eso de los antojos era grilla y preocupación. En resumen, terminaba opinando que se previniese al padre comisario general ordenase al guardián de la Recoleta que por ningún pretexto consintiese en lo sucesivo visitas de faldas, bajo las penas designadas por la Bula de Benedicto XV, expedida en 3 de enero de 1742.

El vicario, apoyándose en tan autorizado dictamen, falló contra el guardián; pero éste no se dio por derrotado, y apeló ante el obispo, quien confirmó la resolución.

Fray Fernando Jesús de Arce era testarudo, y dijo en el primer momento que no acataba el mandato mientras no viniese del mismo Papa; pero su amigo, el comisario general, consiguió apaciguarlo, diciéndole:

—Padre reverendo, *más vale maña que fuerza.* Pues la cuestión ante todo es de amor propio, éste quedará a salvo acatando y no cumpliendo.

El padre Arce quedó un minuto pensativo; y luego, pegándose una palmada en la frente, como quien ha dado en el *quid* de intrincado asunto, exclamó:

—¡Caballito! ¡Eso es!

Y en el acto hizo formal renuncia de la guardianía, para que otro y no él cargase con el mochuelo de enviar almitas al limbo.

LA LLORONA DEL VIERNES SANTO

(Cuadro tradicional de costumbres antiguas)

EXISTÍA en Lima, hasta hace cincuenta años, una asociación de mujeres todas garabateadas de arrugas y más pilongas que piojo de pobre, cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. ¡Vaya una profesión perra y barrabasada! Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea como un chisme y con pespuntes de bruja y rufiana. En España dábanlas el nombre de *plañideras;* pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de *doloridas* o *lloronas.*

Que el gobierno colonial hizo lo posible por desterrarlas, me lo prueba un bando o reglamento de duelos que el virrey don Teodoro de Croix mandó promulgar en Lima con fecha 31 de agosto de 1786, y que he tenido oportunidad de leer en el tomo XXXVIII de *Papeles varios* de la Biblioteca Nacional. Dice así, al pie de la letra, el artículo 12 del bando:

«El uso de las lloronas o plañideras, tan opuesto a las máximas de nuestra religión como contrario a las leyes, queda perpetuamente proscrito y abolido, imponiéndose a las contraventoras la pena de un mes de servicio en un hospital, casa de misericordia o panadería».

Parece que este bando fue, como tantos otros, letra muerta.

No bien fallecía el prójimo que dejase hacienda con que pagar un decente funeral, cuando el albacea y deudos se echaban por esas calles en busca de la llorona de más fama, la cual se encargaba de contratar a las comadres que la habían de acompañar. El estipendio, según reza un añejo centón que he consultado, era de cuatro pesos para la plañidera en jefe y dos para cada subalterna. Y cuando los dolientes, echándola de rumbosos añadían algunos realejos sobre el precio de tarifa, entonces las doloridas estaban también obligadas a hacer algo extraordinario, y este algo era acompañar el llanto con patatuses, convulsiones epilépticas y repelones Ellas, en unión de los llamados *pobres de hacha,* que concurrían con un cirio en la

mano, esperaban a la puerta del templo la entrada y salida del cadáver para dar rienda suelta a su aflicción de contrabando.

Dígase lo que se quiera en contra de ellas; pero lo que yo sostengo es que ganaban la plata en conciencia. Habíalas tan adiestradas que no parece sino que llevaban dentro del cuerpo un almacén de lágrimas, tanto eran éstas bien fingidas, merced al expediente de pasarse por los ojos los dedos untados en zumo de ajos y cebollas. Con frecuencia, así habían conocido ellas al difunto como al moro Muza, y mentían que era un contento exaltando entre ayes y congojas las cualidades del muerto.

—¡Ay, ay! ¡Tan generoso y caritativo! —y el que iba en el cajón había sido usurero nada menos.

—¡Ay, ay! ¡Tan valiente y animoso! —y el infeliz había liado los bártulos por consecuencia del mal de espanto que le ocasionaron los duendes y las *penas.*

—¡Ay, ay! ¡Tan honrado y buen cristiano! —y el difunto había sido, por sus picardías y por lo encallecida que traía la conciencia, digno de morir en alto puesto, es decir, en la horca.

Y por este tono eran las jeremiadas.

No concluía aquí la misión de las lloronas. Quedaba aún el rabo por desollar; esto es, la ceremonia de *recibir el duelo* en casa del difunto durante treinta noches. Enlutábanse con cortinajes negros la sala y cuadra, alumbrándolas con un fanal o guardabrisa cubierta por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz, o bien encendían una palomilla de aceite que despedía algo como amago de claridad, pero que realmente no servía sino para hacer más terrorífica la lobreguez. Desde las siete de la noche los amigos del finado entraban silenciosos en la sala y tomaban asiento sin proferir palabra. Un duelo era en buen romance una congregación de mudos.

La cuadra era el cuartel general de las faldas y de las pulgas. Las amigas imitaban a los varones en no mover sus labios, lo cual, bien mirado, debía ser ruda penitencia para las hijas de Eva. Sólo a las lloronas les era lícito sonarse con estrépito y lanzar de rato en rato un *¡ay Jesús!* o un suspiro cavernoso, que parecía del otro mundo.

Escenas ridículas acontecían en los duelos. Un travieso, por ejemplo, largaba media docena de ratoncillos en la cuadra, y entonces se armaba una de gritos, carreras, chillidos y pataletas.

Por fortuna, con las campanadas de las ocho terminaba la recepción: aquí eran los apuros entre las mujeres. Ninguna quería ser la primera en levantarse. Llamábase este acto *romper el chivato.*

A la postre se decidía alguna a dar esta muestra de coraje, y acercándose a la no siempre inconsolable viuda, le decía:

—¡Cómo ha de ser! Hágase la voluntad de Dios. Confórmate, hija mía, que él está entre santos y descansando de este mundo ingrato. No te des a la pena, que eso es ofender a quien todo lo puede.

Y todas iban despidiéndose con idéntica retahila.

Cuando la familia regresaba de *dar el pésame*, por supuesto que ponían sobre el tapete a la viuda y a la concurrencia, y cortaban las muchachas, con la tijera que Dios les dio, unos sayos primorosos. Lo que es la abuela o alguna tía, a quienes el romadizo había impedido *ir a cumplir* con la viuda, preguntaban

—¿Y quién *rompió el chivato?*

—Doña Estatira, la mujer del escribano.

—Ella había de ser, ¡la muy sinvergüenza! ¡Ya se ve..., una mujer que tiene coraje para llamarse Estatira!...

Por más que cavilo no acierto a darme cuenta del porqué de esta murmuración. ¡Caramba! Supongo que una visita no ha de ser eterna, y que alguien ha de dar el ejemplo en lo de tomar el camino de la puerta, y que no hay ofensa a Dios ni al prójimo en llamarse Estatira.

En cada noche recibía la llorona una peseta columnaria, y un bollo de chocolate. Y no se olvide que la ganga duraba un mes cabal.

Sólo en el fallecimiento de los niños no tenían las lloronas misión que desempeñar. ¡Ya se ve! ¡Angelitos al cielo!

Pero entre todas las plañideras había una que era la categoría, el *non plus ultra* del género, y que sólo se dignaba asistir a entierro de virrey, de obispo o personajes muy encumbrados. Distinguíase con el título de la *llorona del Viernes Santo*. El pueblo la llamaba con otro nombre que, por no ruborizar a nuestras lectoras, dejamos en el fondo del tintero.

Así se decía: «El entierro de don Fulano ha estado de lo bueno lo mejor. ¡Con decirte, niña, que hasta la llorona del Viernes Santo estuvo en la puerta de la iglesia!».

Para mí sólo hay una profanación superior a ésta, y es la que anualmente se realiza, en las grandes ciudades, con el paseo o romería que en noviembre se emprende al cementerio. La vanidad de los vivos y no el dolor de los deudos es quien ese día adorna las tumbas con flores, cintas y coronas emblemáticas.

—¿Qué se diría de nosotros? —dicen los cariñosos parientes—. Es preciso que los demás vean que gastamos lujo—. *Y encontré vanidad hasta en la muerte*, dice el más sabio de los libros.

Las losas sepulcrales son objeto de escarnio y difamación en esa romería.

—¡Hombre! —dice un mozalbete a otro chisgarabís de su estofa, pasando revista a las lápidas—. Mira quién está aquí... La Carmencita... ¿No te acuerdas, chico?... La que fue querida de mi primo el banquero, y le costó un ojo de la cara... Muchacha muy caritativa... y bonita, eso sí, sólo que se pintaba las cejas y fruncía la boca para esconder un diente mellado. —¡Preciosa corona le han puesto a don Melquíades! Mejor se la puso su mujer en vida. —¡Buen mausoleo tiene don Junípero! ¡Podía ser mejor, que para eso robó bastante cuando fue ministro de Hacienda! ¡Valiente pillo! —Fíjate en el epitafio que le han puesto a don Milón, que no fue sino un borrico con herrajes de oro y albarda de plata. ¡Llamar pozo de

ciencia y de sabiduría a ese grandísimo cangrejo! ¡Gran zorra fue doña Remedios! La conocí mucho, mucho. ¡Como que casi tuve un lance con el Juan Lanas de su marido! —No sabía yo que se había ya muerto el marqués del Algarrobo. ¡Bien viejo ha ido al hoyo! ¡Como que era contemporáneo de los espolines de Pizarro! ¡Pucha! Aquí está un patriota abnegado, de esos que *dan el ala para comerse la pechuga* y que saben sacar provecho de toda calamidad pública.

Y basta para muestra de irreverente murmuración. A estos maldicientes les viene a pelo la copla popular:

El zapato traigo roto,
¿con qué lo remendaré?
Con picos de malas lenguas
que propalan lo que no es

El verdadero dolor huye del bullicio. Ir de paseo al cementerio el día de finados por ver y hacerse ver, por aquello de —*¿adónde vas, Vicente?, adonde va toda la gente*— como se va a la plaza de toros, por novelería y por matar tiempo, es cometer el más repugnante y estúpido de los sacrilegios.

Dejo en paz a los difuntos y vuelvo a las lloronas.

Los padres mercedarios, en competencia con lo que la víspera hacían los agustinos, sacaban el Viernes Santo en procesión unas andas con el sepulcro de Cristo, y tras ellas y rodeadas por multitud de beatas, iba una mujer desgreñada, dando alaridos, echando maldiciones a Judas, a Caifás, a Pilatos y a todos los sayones; y lo gracioso es que, sin que se escandalizase alma viviente, lanzaba a los judíos apóstrofes tan subidos de punto como el llamarlos hijos de... la mala palabra.

De la capilla de la Vera Cruz salía también, a las once de la noche, la famosa procesión de la *Minerva,* que, como se sabe, era costeada por los nobles descendientes de los compañeros de Pizarro, quien fue el fundador de la aristocrática hermandad y obtuvo que el Papa enviara para la iglesia un trozo de verdadero *lignum crucis,* reliquia que aún conservan los dominicos.

Pero en esta procesión todo era severidad, a la vez que lujo y grandeza. La aristocracia no dio cabida nunca a las *lloronas,* dejando ese adorno para la popular procesión de los mercedarios.

El arzobispo don Bartolomé María de las Heras no había gozado de esas mojigangas; y el primer año, que fue el de 1807, en que asistió a la procesión hizo, a media calle, detener las andas, ordenando que se retirase aquella mujer escandalosa que, sin respeto a la santidad del día, osaba pronunciar palabrotas inmundas.

¿Creerán ustedes que el pueblo se arremolinó para impedirlo? Pues así como suena. ¡No faltaba más que deslucir la procesión eliminando de ella a la llorona!

El sagaz arzobispo se sonrió y, acatando la voluntad del pueblo, mandó que siguiese su curso la procesión; pero en el año siguiente con toda entereza prohibió a los mercedarios semejante profanación.

En cuanto a las plañideras de entierros, ellas pelecharon por algunos años más

Como se ve por este ligero cuadro, si había en Lima oficio productivo era el de las lloronas. Pero *vino la Patria* con todo su cortejo de impiedades, y desde entonces da grima morirse; pues lleva uno al mudar de barrio la certidumbre de que no lo han de llorar en regla.

A las lloronas las hemos reemplazado con algo peor si cabe. con las necrologías de los periódicos.

CONVERSION DE UN LIBERTINO

Un faldellín he de hacerme
de bayeta de temblor,
con un letrero que diga
¡misericordia, Señor!

(¿Copla popular en 1746?)

En el convento de la Merced existe un cuadro representando un hombre a caballo (que no es San Pedro Nolasco, sino un criollo del Perú), dentro de la iglesia y rodeado de la comunidad. Como esto no pudo pintarse a humo de pajas, sino para conmemorar algún suceso, díme a averiguarlo, y he aquí la tradición que sobre el particular me ha referido un religioso.

I

Don Juan de Andueza era todo lo que hay que ser de tarambana y mozo tigre. Para esto de chamuscar casadas y encender doncellas no tenía coteja.

Gran devoto de San Rorro, patrón de holgazanes y borrachos, vivía, como dicen los franceses, *au jour le jour,* y tanto se le daba de lo de arriba como de lo de abajo. Mientras encontrara sobre la tierra mozas, vino, naipes, pendencias y francachelas, no había que esperar reforma en su conducta.

Para gallo sin traba, todo terreno es cancha.

El 28 de octubre de 1746 hallábase en una taberna del Callao, reunido con otros como él y media docena de hembras de la *cuerda,* gente toda de no inspirar codicia ni al demonio. El *copeo* era en regla, y al son de una guitarra con romadizo, una de las mozuelas bailaba con su respectivo galán una desenfrenada *sajuriana* o *cueca,* como hoy decimos, haciendo contorsiones de cintura, que envidiaría una culebra, para levantar del suelo, con la boca y sin auxilio de las manos, un cacharro de aguardiente. A la vez llevando el compás con palmadas, cantaban los circunstantes:

Levántamelo, María;
levántamelo, José;
si tú no me lo levantas
yo me lo levantaré.

¡Que se quema el sango!
¡No se quemará,
pues vendrán las olas
y lo apagarán!

Aquella bacanal no podía ser más inmunda, ni la bailarina más asquerosamente lúbrica en sus movimientos. Eso era para escandalizar hasta a un *budinga* [1] Con decir que la jarana era de las llamadas de *cascabel gordo,* ahorro gasto de tinta.

La *zamacueca* o *mozamala* es un bailecito de mi tierra y que, nacido en Lima, no ha podido aclimatarse en otros pueblos. Para bailarlo bien es indispensable una limeña con mucha sal y mucho rejo. Según la pareja que lo baila, puede tocar en los extremos: o fantásticamente espiritual o desvergonzadamente sensual; habla al alma o a los sentidos. Todo depende de la *almea.*

Refieren que un arzobispo vio de una manera casual bailar la mozamala, y volviéndose al familiar que lo acompañaba preguntó:

—¿Cómo se llama este bailecito?

—La zamacueca, ilustrísimo señor.

—Mal puesto nombre. Esto debe llamarse la *resurrección de la carne* [2].

II

Acababa de *picar* a bordo del navío de guerra *San Fermín* (construído en 1731 en el astillero de Guayaquil, con gasto de ochenta mil pesos) las diez y media de la noche, cuando un ruido espantoso, acompañado de un atroz sacudimiento de tierra, vino a interrumpir a los jaranistas. Pasado éste, y sin cuidarse de averiguar lo ocurrido en la población, volvió aquella gentuza a meterse en el chiribitil y a continuar el fandango.

Un cuarto de hora después Juan de Andueza, que había dejado su caballo a la puerta del lupanar, salió para sacar cigarros de la bolsa del pellón, y de una manera inconsciente dirigió la mirada hacia el mar. El espectáculo que éste ofrecía era tan aterrador, que Andueza se puso de un brinco sobre la silla, y aplicando espuela al caballo, partió al escape, no sin gritar a sus compañeros de orgía:

—¡Agarrarse, muchachos , que el mar se sale y apaga el *sango!*

En efecto, el mar, como un gladiador que reconcentra sus fuerzas para lanzarse con mayor brío sobre su adversario, se había retirado dos millas de la playa, y una ola gigantesca y espumosa avanzaba sobre la población

De los siete mil habitantes del Callao, según las relaciones del marqués de Obando, del jesuíta Lozano y del ilustrado Llano Zapata, no alcanzó

1 *budinga:* V. nota de *Los endiablados.*
2 *la resurrección de la carne.* la misma frase aparece en *La cong*

al número de doscientos el de los que salvaron de perecer arrastrados por las olas.

El terremoto, habido a las diez y media de la noche, ocasionó en Lima no menores estragos; pues de setenta mil habitantes quedaron cuatro mil sepultados entre las ruinas de los edificios. «En tres minutos —dice uno de los escritores citados— quedó en escombros la obra de doscientos once años, contados desde la fundación de la ciudad».

Aunque los templos no ofrecían seguro asilo, y algunos, como el de San Sebastián, estaban en el suelo, abriéronse las puertas de las principales iglesias, cuyas comunidades elevaban preces al Altísimo, en unión del aterrorizado pueblo, que buscaba refugio en la casa del Señor.

Entre tanto, ignorábase en Lima el atroz cataclismo del Callao, cuando después de las once, un jinete, penetrando a escape por un lienzo derrumbado de la muralla, cruzó el Rastro de San Jacinto y la calle de San Juan de Dios, y viendo abierta la iglesia de la Merced, lanzóse en ella y llegó a caballo hasta cerca del altar mayor, con no poco espanto del afligido pueblo y de los mercedarios, que no atinaban a hallar disculpa para semejante profanación.

Detenido por los fieles el fogoso animal, dejóse caer el alebronado jinete, y poniéndose de rodillas delante del comendador, gritó:

—¡Confesión! ¡Confesión! ¡El mar se sale!

Tan tremenda noticia se esparció por Lima con velocidad eléctrica, y la gente echó a correr en dirección al San Cristóbal y demás cerros vecinos.

No hay pluma capaz de describir escena de desolación tan infinita.

El virrey Manso de Velazco estuvo a la altura de la aflictiva situación, y el monarca le hizo justicia premiándole con el título de conde de Superunda [3].

III

Juan de Andueza, el libertino, cambió por completo de vida y vistió el hábito de lego de la Merced, en cuyo convento murió en olor de santidad.

3 *conde de Superunda:* V *Un virrey y un arzobispo*

DONDE Y COMO EL DIABLO PERDIO EL PONCHO

(Cuento disparatado)

Y SÉPASE usted, querido, que perdí la chaveta, y anduve *en mula chúcara y con estribos largos* por una muchacha nacida en la tierra donde al diablo le quitaron el poncho.

Así terminaba la narración de una de las aventuras de su mocedad mi amigo don Adeodato de la Mentirola, anciano que militó al lado del coronel realista Sanjuanena y que, hoy mismo, prefiere a todas las repúblicas teóricas y prácticas, habidas y por haber, el paternal gobierno de Fernando VII. Quitándole esta debilidad o manía, es mi amigo don Adeodato una alhaja de gran precio. Nadie como él sabe al dedillo la antigua crónica escandalosa de esta ciudad de los reyes. Cuenta las cosas con cierta llaneza de lenguaje que pasma; y yo, que me pirro por averiguar la vida y milagros, no de los que viven, sino de los que están pudriendo tierra y criando malvas con el cogote, ando pegado a él como botón a la camisa, y le doy cuerda, y el señor De la Mentirola *afloja* lengua.

—¿Y dónde y cómo fue que el diablo perdió el poncho? —le interrogué.

—¡Cómo! ¿Y usted que hace décimas, y que la hecha de cronista o de historietista y que escribe en los papeles públicos, y que ha sido diputado a Congreso, ignora lo que en mi tiempo sabían hasta los chicos de la *amiga?* Así son las reputaciones literarias desde que *entró la Patria.* ¡Hojarasca y soplillo! ¡Oropel, puro oropel!

—¡Qué quiere usted, don Adeodato! Confieso mi ignorancia y ruégole que me ilustre, que enseñar al que no sabe, precepto es de la doctrina cristiana.

Parece que el contemporáneo de Pezuela y La Serna se sintió halagado con mi humildad; porque, tras encender un cigarrillo, se arrellanó cómodamente en el sillón, y soltó la sin hueso con el relato que va en seguida

Por supuesto que, como ustedes saben, ni Cristo ni sus discípulos soñaron en trasmontar los Andes (aunque doctísimos historiadores afirman que el apóstol Tomás o Tomé predicó el Evangelio en América), ni en estos tiem

pos se conocían el telégrafo, el vapor y la imprenta. Pero háganse ustedes los de vista miope con esos y otros anacronismos, y ahí va *ad pedem litterae* la conseja.

I

Pues, señor, cuando Nuestro Señor Jesucristo peregrinaba por el mundo, caballero en mansísima borrica, dando vista a los ciegos y devolviendo a los tullidos el uso y abuso de sus miembros, llegó a una región donde la arena formaba horizonte. De trecho en trecho alzábase enhiesta y gárrula una palmera, bajo cuya sombra solían detenerse el Divino Maestro y sus discípulos escogidos, los que, como quien no quiere la cosa, llenaban de dátiles las alforjas.

Aquel arenal parecía ser eterno; algo así como Dios, sin principio ni fin. Caía la tarde y los viajeros tenían ya entre pecho y espalda el temor de dormir siriviéndoles de toldo la bóveda estrellada, cuando con el último rayo de sol dibujóse en lontananza la silueta de un campanario.

El Señor se puso la mano sobre los ojos, formando visera para mejor concentrar la visual, y dijo:

—Allí hay población. Pedro, tú que entiendes de náutica y geografía, ¿me sabrás decir qué ciudad es ésa?

San Pedro se relamió con el piropo y contestó:

—Maestro, esa ciudad es Ica.

—¡Pues pica, hombre, pica!

Y todos los apóstoles hincaron con un huesecito el anca de los rucios, y a galope pollinesco se encaminó la comitiva al poblado.

Cerca ya de la ciudad se apearon todos para hacer una mano de *toilette*. Se perfumaron las barbas con bálsamo de Judea, se ajustaron las sandalias, dieron un brochazo a la túnica y al manto, y siguieron la marcha, no sin prevenir antes el buen Jesús a su apóstol favorito:

—Cuidado, Pedro, con tener malas pulgas y cortar orejas. Tus genialidades nos ponen siempre en compromisos.

El apóstol se sonrojó hasta el blanco de los ojos; y nadie habría dicho, al ver su aire bonachón y compungido, que había sido un cortacaras.

Los iqueños recibieron en palmas, como se dice, a los ilustres huéspedes; y aunque a ellos les corriera prisa continuar su viaje, tan buenas trazas se dieron los habitantes para detenerlos, y fueron tales los agasajos y festejos, que se pasaron ocho días como un suspiro.

Los vinos de Elías, Boza y Falconí anduvieron a boca qué quieres. En aquellos ocho días fue Ica un remedio de la gloria. Los médicos no pelechaban, ni los boticarios vendían drogas: no hubo siquiera un dolor de muelas o un sarampioncito vergonzante.

A los escribanos les crió moho la pluma, por no tener ni un mal testimonio de que dar fe. No ocurrió la menor pelotera en los matrimonios y,

lo que es verdaderamente milagroso, se les endulzó la ponzoña a las serpientes de cascabel que un naturalista llama suegras y cuñadas.

Bien se conocía que en la ciudad moraba el Sumo Bien. En Ica se respiraban paz, alegría y dicha.

La amabilidad, gracia y belleza de las iqueñas inspiraron a San Juan un soneto con estrambote que se publicó a la vez en el *Comercio, Nacional* y *Patria* Los iqueños, entre copa y copa, comprometieron al apóstol-poeta para que escribiese el Apocalipsis:

> *pindárico poema, inmortal obra,*
> *donde falta razón, mas genio sobra,*

como dijo un poeta amigo mío.

En esta y las otras terminaba el octavo día, cuando el Señor recibió un parte telegráfico en que lo llamaban con urgencia a Jerusalén, para impedir que la Samaritana le arrancase el moño a la Magdalena; y recelando que el cariño popular pusiera obstáculos al viaje, llamó al jefe de los apóstoles, se encerró con él, y le dijo:

—Pedro, componte como puedas, pero es preciso que con el alba tomemos el *tole,* sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hay en que tiene uno que despedirse a la francesa.

San Pedro redactó el artículo del caso en la orden general, lo puso en conocimiento de sus subalternos, y los huéspedes anochecieron y no amanecieron bajo techo.

La Municipalidad tenía dispuesto un *albazo* para aquella madrugada; pero se quedó con los crespos hechos. Los viajeros habían atravesado ya la laguna de Huacachina y perdídose en el horizonte.

Desde entonces, las aguas de Huacachina adquirieron la virtud de curar todas las dolencias, exceptuando las mordeduras de los *monos bravos* [1].

Cuando habían ya puesto algunas millas de por medio, el Señor volvió el rostro a la ciudad, y dijo:

—¿Conque dices, Pedro, que esta tierra se llama Ica?

—Sí, Señor, Ica.

—Pues, hombre, ¡qué tierra tan rica!

Y alzando la mano derecha, la bendijo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

II

Como los corresponsales de los periódicos hubieran escrito a Lima, describiendo larga, menuda y pomposamente los jolgorios y comilonas, recibió el

1 *monos bravos:* V nota 3 de Los endiablados

Diablo, por el primer vapor de la mala de Europa, la noticia y pormenores transmitidos por todos nuestros órganos de publicidad.

Diz que *Cachano* se mordió de envidia el hocico, ¡pícaro trompudo!, y que exclamó:

—¡Caracoles! ¡Pues yo no he de ser menos que El! No faltaba más A mí nadie me echa la pata encima.

Y convocando incontinenti a doce de sus cortesanos, los disfrazó con las caras de los apóstoles. Porque, eso sí, *Cucufo* sabe más que un cómico y que una coqueta en eso de adobar el rostro y remedar fisonomías.

Pero como los corresponsales hubieran olvidado describir el traje de Cristo y el de sus discípulos, se imaginó el *Maldito* que, para salir del atrenzo, bastaríale consultar las estampas de cualquier álbum de viajes. Y sin más ni menos, él y sus camaradas se calzaron botas granaderas, y echáronse sobre los hombros capa de cuatro puntas, es decir, *poncho.*

Los iqueños, al divisar la comitiva, creyeron que era el Señor que regresaba con sus escogidos, y salieron a recibirlo, resueltos a echar esta vez la casa por la ventana, para que no tuviese el Hombre-Dios motivo de aburrimiento y se decidiese a sentar para siempre sus reales en la ciudad.

Los iqueños eran hasta entonces felices, muy felices, archifelices. No se ocupaban de política, pagaban sin chistar la contribución, y les importaba un pepino que gobernase el preste Juan o el moro Muza. No había entre ellos chismes ni quisquillas de barrio a barrio y de casa a casa. No pensaban sino en cultivar los viñedos y hacerse todo el bien posible los unos a los otros. Rebosaban, en fin, tanta ventura y bienandanza, que daban dentera a las comarcas vecinas.

Pero *Carrampempe,* que no puede mirar la dicha ajena sin que le castañeteen de rabia las mandíbulas, se propuso desde el primer instante meter la cola y llevarlo todo a barrisco.

Llegó el *Cornudo* a tiempo que se celebraban en Ica el matrimonio de un mozo como un carnero con una moza como una oveja. La pareja era como mandada hacer de encargo, por la igualdad de condición y de caracteres de los novios, y prometía vivir siempre en paz y en gracia de Dios.

—Ni llamado con campanilla podría haber venido yo en mejor oportunidad —pensó el *Demonio*—. ¡Por vida de Santa Tecla, abogada de los pianos roncos!

Pero desgraciadamente para él, los novios habían confesado y comulgado aquella mañana; por ende, no tenían vigor sobre ellos las asechanzas y tentaciones del *Patudo.*

A las primeras copas bebidas en obsequio de la dichosa pareja, todas las cabezas se trastornaron, no con aquella alegría del espíritu noble, expansiva y sin malicia que reinó en los banquetes que honrara el Señor con su presencia, sino con el delirio sensual e inmundo de la materia.

Un mozalbete, especie de don Juan Tenorio en agraz, principió a dirigir palabras subversivas a la novia; y una jamona, jubilada en el servicio, lanzó al novio miradas de codicia. La vieja aquella era petróleo purito, y

buscaba en el joven una chispa de fosfórica correspondencia para producir un incendio que no bastasen a apagar la bomba Garibaldi ni todas las compañías de bomberos. No paró ahí la cosa.

Los abogados y escribanos se concertaron para embrollar pleitos, los médicos y boticarios celebraron acuerdos para subir el precio del *aqua fontis*, las suegras se propusieron sacarles los ojos a los yernos; las mujeres se tornaron pedigüeñas y antojadizas de joyas y trajes de terciopelo; los hombres serios hablaron de club y de bochinche; y, para decirlo de una vez, hasta los municipales vociferaban sobre la necesidad de imponer al prójimo contribución de diez centavos por cada estornudo.

Aquello era la anarquía con todos sus horrores. Bien se ve que el *Rabudo* andaba metido en la danza.

Y corrían las horas, y ya no se bebía por copas, sino por botellas, y los que antaño se arreglaban pacíficas *monas*, se arrimaron esa noche una *mona* tan brava..., tan brava..., que rayaba en hidrofóbica.

La pobre novia, que, como hemos dicho, estaba en gracia de Dios, se afligía e iba de un lado para otro, rogando a todos que pusiesen paz entre dos guapos que, armados de sendas estacas, se estaban suavizando el cordobán a garrotazos.

«El diablo se les ha metido en el cuerpo; no puede ser por menos», pensaba para sí la infeliz, que no iba descaminada en la presunción, y acercándose al *Uñas Largas*, lo tomó del poncho, diciéndole:

Pero, señor, vea usted que se matan.

—¿Y a mí qué me cuentas? —contestó con gran flema el *Tiñoso*—. Yo no soy de esta parroquia... ¡Que se maten enhorabuena! Mejor para el cura y para mí, que le serviré de sacristán.

La muchacha, que no podía por cierto calcular todo el alcance de una frase vulgar, le contestó:

—¡Jesús! ¡Y qué malas entrañas había su merced tenido! La cruz le hago.

Y unió la acción a la palabra.

No bien vió el *Maligno* los dedos de la chica formando las aspas de una cruz, cuando quiso escaparse como perro a quien ponen maza; pero, teniéndolo ella sujeto del poncho, no le quedó al *Tunante* más recurso que sacar la cabeza por la abertura, dejando la capa de cuatro puntas en manos de la doncella.

El *Patón* y sus acólitos se evaporaron; pero es fama que desde entonces viene de cuando en cuando Su Majestad Infernal a la ciudad de Ica en busca de su poncho. Cuando tal sucede, hay larga francachela entre los *monos bravos y...*

pin — pin,
San Agustín,
que aquí el cuento tiene fin.

JOHAN DE LA COBA

Antaño e hogaño

La tradición que va a leerse tiene más padres que el mamón aquel de que habla el romance de Quevedo. Hémosla escrito teniendo a la vista, entre otros documentos, las *Memorias de los virreyes,* donde se habla de la bancarrota del banquero don Juan de la Cueva, y una graciosa y bien comprobada biografía que Acisclo Villarán [1] publicó en *La Broma.*

Según Acisclo, que, por razón de empleo, hace y deshace del Archivo de la Municipalidad de Lima, don Juan de la Cueva y Campuzano, consiliario perpetuo de la Inquisición y guarda mayor de montes y plantíos de la ciudad de los reyes, desempeñaba en 1634, entre otros mercantiles, el cargo de tesorero de la riquísima archicofradía de la Virgen de la O; y añade el chistoso biógrafo que un día anocheció y no amaneció en Lima, fugándose más redondo que la O de que era tesorero. Doscientos mil duros mal contados se evaporaron con su señoría, que no paró hasta Lisboa.

Siguióse causa criminal al ausente y, mientras ella se sentenciaba, dispuso el Cabildo que un muñeco o figurón de trapo, con joroba doble, antiparras de cáscara de chirimoya y un plátano por nariz, montado sobre un jumento enclenque, se exhibiera, representando al de la Cueva, en las procesiones de Corpus y Cuasimodo, paseo de alcaldes, volatines del Tajamar de los Alguaciles, maronas de Matienzo y demás farsas públicas y recreos populares, permitiéndose a los concurrentes hacer mofa e irrisión de su nombre, dirigirle injurias y hasta llamarlo hijo de... cabra. Los muchachos formaban el cortejo del muñeco, cantando coplas que empiezan así:

Juan de la Coba,
coscoroba, [2]
niño bonito
con platanito...

y que concluyen con no pocas palabras sucias y obscenas.

[1] *Acisclo Villarán:* escritor romántico peruano. V. *La bohemia de mi tiempo* (*TPC,* 1315)

[2] *coscoroba:* expresión humorística formada por la unión del verbo *coscorear* (americanismo por "conseguir algo astutamente") y el sustantivo *joroba.*

Esta mojiganga duró hasta los primeros años del gobierno de Abascal.

No nos ha sido posible examinar el proceso de la quiebra de don Juan de la Cueva, proceso que existe en la escribanía del tribunal del Consulado de Comercio, pero en el Archivo Nacional, códice 2.407, hemos encontrado un documento por el que consta que el número de acreedores, que en minuciosa lista figuran, fue de doscientos cuarenta, y que la quiebra fue declarada por los jueces en 16 de mayo de 1635. Juan de la Cueva poseía en Lima bienes suficientes para responder, y vino de España una real cédula disponiendo que no se rematasen las propiedades del fallido, sino que con el producto de ellas se fuesen pagando las acrencias. El concurso ha durado casi dos siglos y medio, pues fue sólo en 1880 cuando quedó satisfecho el último acreedor.

Una de las avenidas que conducen a la plaza de Bolívar es conocida hoy mismo por el pueblo con el nombre de *calle de Juan de la Coba,* y en ella existe la casa que habitó el banquero.

Hagamos punto, que para introito explicatorio basta con lo dicho. Ahora ahí va la tradición que, por diferenciar, se nos antoja escribir en *fabla* o castellano del siglo XIV

I

Corónicas añejas e tradiciones gravedosas, que a lueñes eras soben, fablan con scriptura de verdat e sin falagüero afeite, que en aquesta villa dicha entonce real e tres vegadas corobnada cibdat de los Reyes del Pirú, omes e acostumbranzas, e ansí por igual, regidores e justicias, más se lembraron de haber corazones e sanos fechos que non los omes que hogaño vida gozan.

Los nuesos fidalgos mal endotrinados el su brasón afincan e entuerto facer al amigo e deudo, e despropiar teneres del prójimo; e ítem mais, con los sus peculios en mazmorra escura les asepoltar, por arte de leixes mercadas a cohecho; ca justicia e premáticas sanctimoniosas, hogaño se mercan ansí de ordinario ¡Válanos Mari Pura!

Entre omes de preptéritas eras el bueno sentir e bien operar tenidos se eran como cuartel e blasón de virtude e como afincaban la onor en el sutentamiento de los su contractos; do, en vez de las scripturas por mano de cartulario fechas, el mero dicho de boca a bastanza era farto a porta fe, e muy más alcanzaba valía que los de agora sellos e timbres en pergaminos e papiros.

Hogaño, aquestas fórmulas de sellados folios e rúbricas, non allegan fines otros que estirar litigianzas e buscarlas lo ambiguo e caras diversas, non sólo en el decir de la frasi, mas en el intento que cada un home le intenta trobar para en la ruibna del un ome, el medro afincar el ome otro

Catad como entonces al malo, en justicia asaz justa, ordenanza esta daba de enforcarle o descabezarle so el vil garrote.

E catad como hogaño ansí non se face; mas si contrariamente jactancia se face de aviesos manejos e de fechorías asaz insibdiosas

Antaño, a la culpa seguía el castigo. Hogaño, al ardido, cuando en harto furta, el premio le surge, e halagos, saludos e cortesanías le piomban encima.

¿En qué diferencian las señas e signos de civilisanza? ¿A dó hanse fugado nosciones benignas de sana morale?

El Johán de la Coba, el su jozgamiento e la su sentencia, como linfa clara, muy más claro fablan que de civilisanza cual hoy la prendemos, que es, non cabe dúbita, estrangulamiento de morale e aniquileza de justicia.

E a guisa de exemplo e de caso propio a facer parangón, la estoria veraz del Johán de la Coba afinca oportuna en aquestos párrafos. E descimos a las gentes de agora que, munidas de seso e de sano cripterio, fagan el cotego entre aquesos sieclos de pura morale e los nuesos días de vicio que triunpha e de crimen que ríe de leixes e de reyes.

¡Válame don Jesucristo, Fijo de la Gloriosa! Amén.

II

E disce e comienza. El dicho Johán de la Coba, fidalgo fué de condisción asaz desprendida e de diestra asaz longánima e abierta, que las sus tenencias e haberes de hierarquía e prosapia menguada parte eran a la fin de pábulo dar a los sus arranques obstentosos e de fantasía.

Ca non había en la su fabla el vocablo *non;* mas el *sí* a cuantos a las sus larguezas acogiéranse.

E ansí andando, por vía de larguezas sin tasa, non de luengo plazo pudiéranle durar. A la postre, ovo de le caer la hora de las mermas, do el magnánimo infanzón topádose oviera con la vado enjuta del arroyo de las sus dádivas; ca sabido se está que, en noria que non les urge agua e agua se le saca, de secarse ha presto.

Era el de su ofiscio o cargo en el don Johán de la Coba, recabdador e deposcitario de las rentas e cabdales de la cofradía dicha que se era de la O, Mari Sancta Madre del Redemptor.

Falencia imprevista a las arcas de la cofradía vinose sin la esperar, e fallido resta el sin ventura tesaurero.

Las arcas sin dinero se trova el don Johán; e cuentas e cargos habrá de rendir; e marcan jostitos patacos cient mil. Questión de graveza e magna cuantía aquesa fué entonce; ca, en eras ansí de puro cripterio mesmísima cosa, idéntico efeto facían en las pesas de la morale, en punto a delinquenza, un maravadí que un cuento de reales.

III

Hábedes de saber, oh discretos cormanos leyentes de esta leyenda signada en antiguos estoriales, que non antes como agora, los ribaldos e tunos

e trohanes prendían dineros e cosas ajenas, e quietos e soscegados vueltas daban por plazas e calles de la villa, sin que funcionario angunt les posiere estorbo a los sus triumphos.

Timorosos de Dios, pavor habían de juesces e del que fablar podieran las gentes otras. E delinqüenza mínima, al par que máxima por ende, trovaban condenación; e non, como agora, impunes restaban.

En cuitas acerbas vídose el don Johán; ca en la su condisción de fallido, haber non podía un otro remedio que el de reponer o el de sofrir resultanzas del su escalabro. E suscediendo entonces, como agora mesmo acontesce, que cuando un dadivoso ome cae manesteroso, non le acorre ningunt, y muy menos que otros aquesos que de larguezas del congojado disfroptaron, ansí el malhadado don Johán non vía de salvamento otra poterna que la de se encomendar a la fuga. E fuga asaz precipitosa imprendió a do todos ovieron de inorarlo.

E descubierto el caso e publisciado lo acaescído, e verificadas con prolijeza suma deligentes pesquisas, como ánima que los espíritos cargado la oviesen, ansí desaparecido de la haz de la tierra el don Johán, tornado en duende o trasgo, o como endriago o visión non pudo ser habido e sí pudo ser proscesado, e jozgado, e fallado, e aindamáis pudo ser enjosticiado en imagen, como reo que non está en la persona e sí lo está en la delinqüenza.

IV

E rematado que fué el jozgamento e no teniendo la justicia aferrado en las sus manos al fautor, de fuerza era que por la desagravianza a la humanal vindicta oviese de quedar cumplida la sentencia.

Catad estonce como del fugado criminoso el artificio de suprencia al ome dañero, e forjan remedo complido del cuerpo e del rostro del que en carne non puede restar enjosticiado. E rematado que está el estantigua o monigote en lienzo repleto de salvado e paja, a símile del títere que facen los bodegoneros del Judas Iscariote, para le quemar en vísperas pascuales, ansí mesmo, a tal usanza al moñeco del don Johán de la Coba le prenden, e le cabalgan de horcajadas cabe el lomo de un rucio, e tornando el su rostro del ome de trapo a la trasera parte del rucio, en camino va delinqüente efigiado.

Enfarinescido el rostro, e a guisa de apéndice, afíncale al dorso bultosa giba, e ya non se evade del garrote vil.

Rapaces gritones en turba sin fin, cortego luenguísimo le facen al reo hechizo, e folgan, e triscan, fablando en voz rescía:

El Johán de la Coba
con magna joroba

V

Que sepades conviene, oh lectores, ca en tal ocasión la justicia de entonces afanosa por non le dejar al crimen el su triumpho e salvamento, propósito facía de afincar el baldón e la infamia cabe el nom del ome que delinquió, e tal cuantía de ludibrio allegaba potente a los fijos de los fijos e fijas del reo, seyendo aquésa la razón por que el nome infamado del reo fugoso padrón de inominia fincaba perpetuo.

E tened intendido que aquesos sesudos judgadores de antaño en mente ovieron, vigilosos del moral común, que non befas ficiera el crimen de la honra e de la justicia.

En aquesta guisa, a pregón de eraldos e corchetes, el fecho relatan a son de batientes atambores e chilladoras trompas que de *chirisuya* han nome. E manda e ordena el Consejo que el nome infamado del reo resuene con risas e burlas en los volatines e títeres. Aindamáis, que el remedio del cuerpo del reo, con la fisonomía rubra como el tizón, con trisca e denuestos parezca en las farsas e demás intremeses que forman histriones, payasos e matachines.

Ansi cual narrada en aquestos folios aguisada queda la estoria del Johán de la Coba; ansí en la verdat que tal sucedió, seyendo viso-rey el perínclito conde de Chinchón.

E finado he, yo el coronista, en gracia del Padre o del Fijo o del Parácleto.

TRAS LA TRAGEDIA, EL SAINETE

I

PUES, SEÑOR, allá por los años de 1814 había en Lima un maestro de escuela llamado don Bonifacio, vizcaíno que si hubiese alcanzado estos tiempos habría podido servir de durmiente en una línea férrea. ¡Tanto era duro de carácter!

El supradicho don Bonifacio esgrimía la despótica palmeta en una escuela de la feligresía de San Sebastián, situada en la casa no sabemos por qué motivo llamada de la *campaña* *, y era tenido generalmente por el Nerón de los *dómines. Más cardenales hace el chicote que el Papa,* solía decir don Bonifacio. Gastaba látigo especial para cada día de la semana, lo que constituía un verdadero lujo, y todos habían sido bautizados con diverso nombre. El del lunes llamábase *Terremoto;* el del martes, *Sacasuertes;* el del miércoles, *San Pascual Bailón;* el del jueves, *Cascadura;* el del viernes, *Bizcochuelo;* el del sábado, *San Martín*. Desde la víspera del cumpleaños del *magister,* los muchachos le pedían las seis disciplinas y la palmeta; y en la mañana del santo, tras de quemar algunos paquetes de cohetecitos de la China y de tirar por alto cocos y nueces, le devolvían los cotidianos instrumentos de suplicio adornados con cintas y cascabeles. El dómine concedía asueto, y los chicos se desparramaban como bandada de pájaros por las murallas y huertas de la ciudad, armando más de una pelotera.

En esos tiempos era, como quien dice, artículo constitucional (por supuesto, mejor cumplido que los que hogaño trae, en clarísimo tipo de imprenta, nuestra carta política) aquel aforismo de *la letra con sangre entra* También el refrán *ceño y enseño al mal niño lo hacen bueno,* era habitual en la boca de su merced.

* Ahora teatro Forero.

Pedía el maestro la lección de Astete o de Ripalda, y ¡ay del arrapiezo que equivocaba sílaba al repetirla de coro! Don Bonifacio le aplicaba un palmetazo, diciéndole: «¡Ah bausán! Ya va un punto». Con el escozor del castigo y con la reprimenda, acabábase de turbar el futuro ciudadano y trabucábasele por completo la aprendida lección. Proseguía, no obstante, gimoteando y limpiándose la moquita con el dorso de la mano. El dómine le corregía la segunda falta, gritando: «¡Ah cocodrilo! Te has comido una *ese* del plural. Van dos puntos». Segundo palmetazo. A la tercera equivocación se llenaba la medida de la benevolencia magistral. Don Bonifacio echaba chispas por sus ojillos, y de sus labios brotaba esta lacónica y significativa frase: «¡Al rincón!».

El rincón era lo que la capilla para un reo condenado a muerte. Cuando ya tenía un competente número de *arrinconados*, cogía don Bonifacio el zurriago correspondiente al día, y ¡zis, zas!, cada muchacho recibía seis bien sonados chicotazos. Sin perjuicio de la azotaina, al que durante tres días no sabía al dedillo la lección lo plantaba en el patio de la casa a la vergüenza pública, adornándole la cabeza con una coroza o cucurucho de cartón donde estaban escritas con letras gordas como celemines estas palabras: «¡Por borrico!».

En ciertas escuelas protegidas por la nobleza de Lima los condesitos y marquesitos gozaban de un privilegio curioso. Todos concurrían acompañados de un negrito de su misma edad, hermano de leche del *amito*, el cual era el editor responsable de las culpas de su aristocrático dueño. ¿No sabía el niño la lección? Pues el negrito aguantaba la azotaina, y santas pascuas. En otras escuelas, el maestro acostumbraba los sábados dar a los alumnos, en premio de su buena conducta o aplicación, unas cedulillas impresas, conocidas con el nombre de *parco-tibi*, y que eran ni más ni menos que vales al portador para libertarlo de seis azotes. Así, cuando un muchacho delinquía y el dómine le condenaba al rincón, con decir: «Señor maestro, tengo *parco-tibi*», alcanzaba la absolución plenaria. Por nada de este mundo perecedero habría dejado un dómine de respetar el *parco-tibi*. Proceder de otra manera habría sido despreciar el papel del Estado.

Estos vales al portador se cotizaban como cualquier papel de Bolsa, tenían alza y baja. Cuando el maestro había hecho larga emisión de ellos, los chicos beneficiados vendían a los no favorecidos un *parco-tibi* por medio real de plata, y a fin de semana llegaba una cedulilla a valer un real. El precio tenía que estar en armonía con la demanda y escasez del papel circulante en plaza.

Sigamos con los rigores de don Bonifacio.

Entendido se está que la más leve travesura, como el colocar *palomita* de azufre sobre el zapato, o hilachas y colgandijos en la espalda de la chupa o mameluco, era penada poniendo al travieso de rodillas, con los brazos en cruz, durante las horas de escuela, y arrimándole un palmetazo

de padre y muy señor mío siempre que el cansancio obligaba al paciente a bajar las aspas.

De cuando en cuando acontecía el milagro, en esos tiempos en que los había a mantas, de que todos los muchachos daban una tarde buena lección, evitando además proporcionar todo pretexto para el vapuleo. ¿Creen ustedes que por eso dejaba de funcionar el rebenque? ¡Ni con mucho! Precisamente ése era el día de repartir más cáscara de novillo.

Cuando reinaba la mayor compostura entre los escolares, y se felicitaban en sus adentros de poder salir ese día con las posaderas sin verdugones; cuando el silencio era tan profundo que el volar de una mosca se hubiera tomado por el ruido de una tempestad, saltaba don Bonifacio con esta pregunta:

—¿Quién se ha... reído?

—No he sido yo, señor maestro —se apresuraban a contestar, temblorosos, los alumnos.

—Pues alguno ha sido. ¿No quieren confesar? ¡Hágase la voluntad de Dios! Tendremos *juicio*.

Y don Bonifacio cerraba puertas y ventanas de la sala y a obscuras empezaba a dar, hasta quedar rendido de fatiga, látigo sin misericordia. Los muchachos se escondían bajo las mesas, se echaban encima los tinteros, volcaban sillas y bancos, y gritaban como energúmenos. Para imaginada que no para escrita, es la escena a que el dómine llamaba *juicio*, parodia de la confusión y zalagarda que nos reserva en el valle de Josafat para el día postrero de la bellaca humanidad. Para don Bonifacio tenían autoridad de evangelio las palabras del refrán: *al niño y al mulo al*... digo, adonde suene mucho y dañe poco.

Recuerdo que mi dómine tenía dos látigos, bautizado el uno con el nombre de *Orbegoso* y el otro con el de *Salaberry* [1], y que los muchachos solíamos decirle:

—Señor maestro, pégueme usted con *Orbegoso* y no me pegue con *Salaberry*.

¡Dios tenga a su merced en gloria! Pero todavía en los tiempos de la otra República, es decir, de la teórica, y a pesar de la ley que prohíbe en las escuelas el uso y abuso del jarabe de cuero, alcanzamos en Lima un profesor de latinidad (gran compositor de hexámetros y pentámetros, que echaba a lucir en los certámenes universitarios), el cual podía dar baza y triunfo en lo de manejar azote y palmeta al mismísimo don Bonifacio, protagonista del verídico sucedido que voy a relatar.

[1] *Orbegoso* . *Salaverry:* el general Luis Orbegoso era presidente cuando el general Felipe Santiago Salaverry se sublevó contra él en 1833, el año en que nació Palma V la parte final de *La tradición de la saya y el manto.*

II

Por si no ha caído por tu cuenta, campechano lector, mi primer libro de *Tradiciones,* te diré someramente que en él hay una titulada *¡Predestinación!,* cuyo argumento es la muerte a puñaladas que el actor Rafael Cebada dio a su querida la actriz María Moreno. El criminal sufrió garrote vil en la Plaza Mayor de Lima el día 28 de enero de 1815, ayudándolo a bien morir un sacerdote de la Recolección de los descalzos, llamado el padre Espejo, el cual en su mocedad había sido también cómico e íntimo amigo de Cebada. Esta es, en síntesis, mi pobrecita tradición histórica, comprobada con documentos y con el testimonio de personas que intervinieron en el proceso o presenciaron la ejecución.

Era costumbre de la época que asistiesen los dómines con sus escolares, siempre que se realizaba alguno de esos sangrientos episodios en que el verdugo *Grano de Oro,* o su sucesor *Pancho Sales,* estaba llamado a funcionar. El espectáculo era gratis, y nuestros antepasados creían conveniente y moralizador familiarizar con él a la infancia. Aquí vendrían de perilla cuatro floreos bien parladitos contra la pena de muerte; pero retráeme del propósito el recuerdo de que, en nuestros días, Víctor Hugo y otros ingenios han escrito sobre el particular cosas muy cucas, y que sus catilinarias han sido sermón perdido, pues la sociedad continúa levantando cadalsos en nombre de la justicia y del derecho.

Don Bonifacio, con más de ochenta muchachos, algunos de los cuales son hoy generales, senadores y magistrados de la República, fue de los primeros en colocarse desde las once de la mañana bajo los arcos del Portal de Botoneros, próximos al patíbulo. Cuando a la una del día aparecieron el verdugo *Pancho Sales,* negro de gigantesca estatura, la víctima, arrogante mocetón de treinta años, y el auxiliar padre Espejo, empezó don Bonifacio a arengar a sus discípulos, a guisa de los grandes capitanes en el campo de batalla.

—¡Muchachos! Mírense en ese espejo —les gritaba.

Y los obedientes chicos, imaginándose que el dómine se refería al padre Espejo, se volvían ojos para contemplar al seráfico sacerdote, diciéndose: «¿Qué tendrá de nuevo su reverencia para que nos lo recomiende el maestro?».

—¡Muchachos! —continuaba el preceptor—. Vean adónde nos conducen las muchachas bonitas con sus caras pecadoras.

Y a tiempo que Cebada exhalaba el último aliento y que se daba por terminada la fiesta, recordó que el látigo no se había desayunado aquella mañana, y terciándose la capa, añadió:

—Y para que no olviden la lección y les quede bien impresa . . ., *¡ juicio!*

Y sacando a lucir el *San Martín de cinco ramales* empezó la azotaina. Los muchachos se escondieron entre la muchedumbre, y don Bonifacio,

entusiasmado en la faena, no ya sólo hizo crujir el látigo sobre los escolares, sino sobre hombres y mujeres del pueblo.

La turba echó a correr sin darse cuenta de lo que pasaba. Unos tunantes gritaron: ¡toro!, ¡toro!, y hubo cierrapuertas [2] general. Un oficioso llegó jadeando a Palacio, y dio al virrey Abascal aviso de que los insurgentes de Chile estaban en la plaza pidiendo a gritos la cabeza de su excelencia.

Aquélla fue una confusión que ni la de Babilonia.

Por fin salió una compañía del Fijo, que estaba de guardia en el Principal, con bala en boca y ánimo resuelto de hacer trizas a los facciosos insurgentes; pero no se encontró más que a un hombre descargando furiosos chicotazos sobre los leones de bronce que adornaban la soberbia pila de la plaza.

Don Bonifacio fue conducido a San Andrés, que a la sazón servía de hospital de locos, con gran contentamiento de los muchachos, para quienes la locura del dómine no era de reciente, sino de antigua data.

2 *cierrapuertas:* peruanismo por "cierre general de tiendas, lugares públicos o casas, a causa de disturbios".

CUARTA SERIE

TRES CUESTIONES HISTORICAS SOBRE PIZARRO

¿Supo o no supo escribir?
¿Fue o no fue marqués de los Atavillos?
¿Cuál fue y dónde está su gonfalón de guerra?

I

VARIADÍSIMAS y contradictorias son las opiniones históricas sobre si Pizarro supo o no escribir, y cronistas sesudos y minuciosos aseveran que ni aun conoció la O por redonda. Así se ha generalizado la anécdota de que estando Atahualpa en la prisión de Cajamarca, uno de los soldados que lo custodiaban le escribió en la uña la palabra *Dios*. El prisionero mostraba lo escrito a cuantos le visitaban, y hallando que todos, excepto Pizarro, acertaban a descifrar de corrido los signos, tuvo desde ese instante en menos al jefe de la conquista, y lo consideró inferior al último de los españoles. Deducen de aquí malignos o apasionados escritores que don Francisco se sintió lastimado en su amor propio, y que por tan pueril quisquilla se vengó del Inca haciéndole degollar.

Duro se nos hace creer que quien hombreándose con lo más granado de la nobleza española, pues alanceó toros en presencia de la reina doña Juana y de su corte, adquiriendo por su gallardía y destreza de picador fama tan imperecedera como la que años más tarde se conquistara por sus hazañas en el Perú, duro es, repetimos, concebir que hubiera sido indolente hasta el punto de ignorar el abecedario, tanto más cuanto que Pizarro, aunque soldado rudo, supo estimar y distinguir a los hombres de letras.

Además, en el siglo del emperador Carlos V no se descuidaba tanto como en los anteriores la instrucción. No se sostenía ya que eso de saber leer y escribir era propio de segundones y de frailes, y empezaba a causar risa la fórmula empleada por los Reyes Católicos en el pergamino con que agraciaban a los nobles a quienes hacían la merced de nombrar ayudas de Cámara, título tanto o más codiciado que el hábito de las órdenes de Santiago, Montesa, Alcántara y Calatrava. Una de las frases más curiosas y que, dígase lo que se quiera en contrario, encierra mucho de ofensivo a la dignidad del hombre, era la siguiente: «Y por cuanto vos (Perico

el de los Palotes) nos habéis probado *no saber leer ni escribir y ser expedito en el manejo de la aguja*, hemos venido en nombraros ayuda de nuestra real Cámara», etc.

Pedro Sancho y Francisco de Jerez, secretarios de Pizarro antes que Antonio Picado desempeñara tal empleo, han dejado algunas noticias sobre su jefe, y de ellas, lejos de resultar la sospecha de tan suprema ignorancia, aparece que el gobernador *leyó cartas*.

No obstante, refiere Montesinos en sus *Anales del Perú* que en 1525 se propuso Pizarro aprender a leer, que su empeño fue estéril y que contentóse sólo con aprender a firmar. Reíase de esto Almagro, y agregaba que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir una herida sin poder darla.

Tratándose de Almagro el Viejo es punto históricamente comprobado que no supo leer.

Lo que sí está para nosotros fuera de duda, como lo está para el ilustre Quintana, es que don Francisco Pizarro no supo escribir, por mucho que la opinión de sus contemporáneos no ande uniforme en este punto. Bastaría para probarlo tener a la vista el contrato de compañía celebrado en Panamá, a 10 de marzo de 1525, entre el clérigo Luque, Pizarro y Almagro, que concluye literalmente así: «Y porque no saben firmar el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro».

Un historiador del pasado siglo dice:

«En el archivo eclesiástico de Lima he encontrado varias cédulas e instrumentos firmados del marqués (en gallarda letra), los que mostré a varias personas, cotejando unas firmas con otras, admirado de las audacias de la calumnia con que intentaron sus enemigos desdorarlo y apocarlo, vengando así contra este gran capitán las pasiones propias y heredadas».

En oposición a éste, Zárate y otros cronistas dicen que Pizarro sólo sabía hacer dos rúbricas, y que en medio de ellas, el secretario ponía estas palabras: *El marqués Francisco Pizarro.*

Los documentos que de Pizarro he visto en la Biblioteca de Lima, sección de manuscritos, tienen todos las dos rúbricas. En uno se lee *Franx.º Piçarro*, y en muy pocos *El marqués.* En el Archivo Nacional y en el del Cabildo existen también varios de estos autógrafos.

Poniendo término a la cuestión de si Pizarro supo o no firmar, me decido por la negativa, y he aquí la razón más concluyente que para ello tengo:

En el Archivo general de Indias, establecido en la que fue Casa de Contratación en Sevilla, hay varias cartas en las que, como en los documentos que poseemos en Lima, se reconoce, hasta por el menos entendido en paleografía, que la letra de la firma es, a veces, de la misma mano del pendolista o amanuense que escribió el cuerpo del documento. «Pero si la duda cupiese —añade un distinguido escritor bonaerense, don Vicente Quesada, que en 1874 visitó el Archivo de Indias—, he visto en una

información, en la cual Pizarró declara como testigo, que el escribano *da fe* de que, después de prestada la declaración, la señaló con las *señales que acostumbra hacer,* mientras que da fe en otras declaraciones de que los testigos las *firman* a su presencia».

II

Don Francisco Pizarro no fue marqués de los Atavillos ni marqués de las Charcas, como con variedad lo llaman muchísimos escritores. No hay documento oficial alguno con que se puedan comprobar estos títulos, ni el mismo Pizarro, en el encabezamiento de órdenes y bandos, usó otro dictado que éste: *El marqués.*

En apoyo de nuestra creencia, citaremos las palabras de Gonzalo Pizarro cuando, prisionero de Gasca, lo reconvino éste por su rebeldía e ingratitud para con el rey, que tanto había distinguido y honrado a don Francisco: —La merced que su majestad hizo a mi hermano fue solamente el título y nombre de marqués, sin darle estado alguno, y si no díganme cuál es.

El blasón y armas del marqués Pizarro era el siguiente: escudo puesto a mantel: en la primera parte, en oro, aguila negra, columnas y aguas; y en rojo, castillo de oro, orla de ocho lobos, en oro; en la segunda parte, puesto a mantel en rojo, castillo de oro con una corona; y en plata, león rojo con una F, y debajo, en plata, león rojo; en la parte baja, campo de plata, once cabezas de indios y la del medio coronada; orla total con cadenas y ocho grifos, en oro; al timbre, coronel de marqués.

En una carta que con fecha 10 de octubre de 1537 dirigió Carlos V a Pizarro se leen estos conceptos que vigorizan nuestra afirmación: «Entre tanto, os llamaréis marqués, como os lo escribo, que, por no saber el nombre que tendrá la tierra que en repartimiento se os dará, no se envía ahora dicho título»; y como hasta la llegada de Vaca de Castro no se habían determinado por la corona las tierras y vasallos que constituirían el marquesado, es claro que don Francisco no fue sino marqués a secas, o marqués sin marquesado, como dijo su hermano Gonzalo.

Sabido es que Pizarro tuvo en doña Angelina, hija de Atahualpa, un niño, a quien se bautizó con el nombre de Francisco, el que murió antes de cumplir quince años. En doña Inés Huylas o Yupanqui, hija de Manco-Capac, tuvo una niña, doña Francisca, la cual casó en España en primeras nupcias con su tío Hernando, y después con don Pedro Arias

Por cédula real, y sin que hubiera mediado matrimonio con doña Angelina o doña Inés, fueron declarados legítimos los hijos de Pizarro. Si éste hubiera tenido tal título de marqués de los Atavillos, habríanlo heredado sus descendientes. Fue casi un siglo después, en 1628, cuando don Juan Fernando Pizarro, nieto de doña Francisca, obtuvo del rey el título de marqués de la Conquista.

Piferrer, en su *Nobiliario español,* dice que, según los genealogistas, era muy antiguo e ilustre el linaje de los Pizarro; que algunos de ese apellido se distinguieron con Pelayo en Covadonga, y que luego sus descendientes se avecindaron en Aragón, Navarra y Extremadura. Y concluye estampando que las armas del linaje de los Pizarro son: «escudo de oro y un pino con piñas de oro, acompañado de dos lobos empinantes al mismo y de dos pizarras al pie del tronco». Estos genealogistas se las pintan para inventar abolengos y entroncamientos. ¡Para el tonto que crea en los muy embusteros!

III

Acerca de la bandera de Pizarro hay también un error que me propongo desvanecer.

Jurada en 1821 la Independencia del Perú, el Cabildo de Lima pasó al generalísimo don José de San Martín un oficio, por el cual la ciudad le hacía el obsequio del *estandarte de Pizarro.* Poco antes de morir en Boulogne, este prohombre de la revolución americana hizo testamento, devolviendo a Lima la obsequiada bandera. En efecto, los albaceas hicieron formal entrega de la preciosa reliquia a nuestro representante en París, y éste cuidó de remitirla al gobierno del Perú en una caja muy bien acondicionada. Fue esto en los días de la fugaz administración del general Pezet, y entonces tuvimos ocasión de ver el clásico estandarte depositado en uno de los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores. A la caída de este gobierno, el 6 de noviembre de 1865, el populacho saqueó varias de las oficinas de palacio, y desapareció la bandera, que acaso fue despedazada por algún rabioso demagogo, que se imaginaría ver en ella un comprobante de las calumnias que, por entonces, inventó el espíritu de partido para derrocar al presidente Pezet, vencedor en los campos de Junín y Ayacucho, y a quien acusaban sus enemigos políticos de *connivencias criminales* con España, para someter nuevamente el país al yugo de la antigua metrópoli.

Las turbas no raciocinan ni discuten, y mientras más absurda sea la especie, más fácil aceptación encuentra.

La bandera que nosotros vimos tenía, no las armas de España, sino las que Carlos V acordó a la ciudad por real cédula de 7 de diciembre de 1537. Las armas de Lima eran: un escudo en campo azul con tres coronas regias en triángulo, y encima de ellas una estrella de oro cuyas puntas tocaban las coronas. Por orla, en campo colorado, se leía este mote en letras de oro: *Hoc signum vere regum est.* Por timbre y divisa, dos águilas negras con corona de oro, una *J* y una *K* (primeras letras de Karolus y Juana, los monarcas), y encima de estas letras una estrella de oro. Esta bandera era la que el alférez real por juro de heredad paseaba

el día 5 de enero en las procesiones de Corpus y Santa Rosa, proclamación de soberano y otros actos de igual solemnidad.

El pueblo de Lima dio impropiamente en llamar a ese estandarte la bandera de Pizarro, y sin examen aceptó que ése fue el pendón de guerra que los españoles trajeron para la conquista. Y pasando sin refutarse de generación en generación, el error se hizo tradicional e histórico

Ocupémonos ahora del verdadero estandarte de Pizarro.

Después del suplicio de Atahualpa, se encaminó al Cuzco don Francisco Pizarro, y creemos que fue el 16 de noviembre de 1533 cuando verificó su entrada triunfal en la augusta capital de los Incas.

El estandarte que en esa ocasión llevaba su alférez Jerónimo de Aliaga era de la forma que la gente de iglesia llama gonfalón. En una de sus caras, de damasco color grana, estaban bordadas las armas de Carlos V; y en la opuesta, que era de color blanco según unos, o amarillo según otros, se veía pintado al apóstol Santiago en actitud de combate sobre un caballo blanco, con escudo, coraza y casco de plumeros o airones, luciendo cruz roja en el pecho y una espada en la mano derecha.

Cuando Pizarro salió del Cuzco (para pasar el valle de Jauja y fundar la ciudad de Lima), no lo hizo en son de guerra, y dejó depositada su bandera o gonfalón en el templo del Sol, convertido ya en catedral cristiana. Durante las luchas civiles de los conquistadores, ni almagristas, ni gonzalistas, ni gironistas [1], ni realistas se atrevieron a llevarlo a los combates, y permaneció como objeto sagrado en un altar. Allí, en 1825, un mes después de la batalla de Ayacucho, lo encontró el general Sucre; éste lo envió a Bogotá, y el gobierno inmediatamente lo remitió a Bolívar, quien lo regaló a la municipalidad de Caracas, donde actualmente se conserva. Ignoramos si tres siglos y medio de fecha habrán bastado para convertir en hilachas el emblema marcial de la conquista.

1 *gironistas*: partidarios de Hernández Girón, uno de los conquistadores protagonistas de las guerras civiles.

EL VERDUGO REAL DEL CUZCO [1]

I

HABÍA en Sevilla, por los años de 1541, dos jóvenes hidalgos, amigos de uña y carne, gallardos, ricos y calaveras.

El mayor de ellos llamábase don Carlos, y abusando de la intimidad y confianza que le acordaba su amigo don Rafael, sedujo a la hermana de éste. ¡Pecadillos de la mocedad!

Pero como sobre la tierra no hay misterio que no se trasluzca, y a la postre y con puntos y comas se sabe todo, hasta lo de la callejuela, adquirió don Rafael certidumbre de su afrenta, y juró por las once mil y por los innumerables de Zaragoza lavar con sangre el agravio. Echóse a buscar al seductor; pero éste, al primer barrunto que tuvo de haberse descubierto el gatuperio, desapareció de Sevilla sin que alma viviente pudiera dar razón de su paradero.

Al fin, y después de meses de andar tomando lenguas, supo el ultrajado hermano, por informes de un oficial de la Casa de Contratación, que don Carlos había pasado a Indias, escondiendo su nombre verdadero bajo el de Antonio de Robles.

Don Rafael realizó inmediatamente su ya mermada hacienda, encerró en el convento a la desventurada hermana, y por el primer galeón que zarpó de Cádiz para el Callao vínose al Perú en busca de venganza y no de desagravio.

II

La víspera del Corpus del año 1547 un gentil mancebo de veintiocho años presentóse, a seis leguas de distancia del Cuzco, al capitán Diego Centeno

[1] Sobre este tema, Palma escribió su primera obra teatral: *La hermana del verdugo*, estrenada en 1851. V. *La bohemia de mi tiempo (TPC*, 1301)

y pidióle plaza de soldado. Simpático y de marcial aspecto era el mozo, y el capitán, que andaba escaso de gente (pues, según cuenta Garcilaso, sólo había podido reunir cuarenta y ocho hombres para la arriesgada empresa que iba a acometer), lo aceptó de buen grado, destinándolo cerca de su persona.

Antonio de Robles, favorito de Gonzalo Pizarro, estaba encargado de la defensa del Cuzco, y contaba con una guarnición de trescientos soldados bien provistos de picas y arcabuces. Pero la estrella del *muy magnífico* gobernador del Perú comenzaba a menguar, y el espíritu de defección se apoderaba de sus partidarios. En la imperial ciudad érale ya hostil el vecindario, que emprendía un trabajo de mina sobre la lealtad de la guarnición.

Centeno, fiando más en la traición que en el esfuerzo de los suyos, pasada ya la media noche, atacó con sus cuarenta y ocho hombres a los trescientos de Robles, que, formando en escuadrón, ocupaban la plaza mayor. Al estruendo de la arcabucería salieron los vecinos en favor de los que atacaban, y pocos minutos después la misma guarnición gritaba: «¡Centeno, y viva el rey!».

La bandera de Centeno lucía, además de las armas reales, este mote en letras de oro:

Aunque mucho se combata,
al fin se defiende e mata.

A los primeros disparos, Pedro de Maldonado (a quien se conocía con el sobrenombre de *Gigante,* por ser el hombre más corpulento que hasta entonces se viera en el Perú) guardóse en el pecho el libro de Horas en que estaba rezando, y armado de una pica salió a tomar parte en el bochinche. Densa era la oscuridad, y el *Gigante,* sin distinguir amigo ni enemigo, se lanzó sobre el primer bulto que al alcance de la pica le vino. Encontróse con Diego Centeno, y como Pedro de Maldonado, más que por el rey, se batía por el gusto de batirse, arremetió sobre el caudillo con tanta bravura, que, aunque ligeramente, lo hirió en la mano izquierda y en el muslo, y tal vez habría dado cuenta de él si el recién alistado en aquel día no disparara su arcabuz, con tan buen acierto, que vino al suelo el *Gigante.*

En este asalto o combate hubo mucho ruido y poca sangre, pues no corrió otra que la de Centeno, que, como hemos dicho, la guarnición apenas si aparentó resistencia. Ni aun Maldonado el *Gigante* sacó rasguño, porque la pelota del arcabuz dio en el libro de Horas, atravesando el forro del pergamino y cuarenta páginas, suceso que se calificó de milagro patente y dio mucho que hablar a la gente devota.

Después de tan fácil victoria, que fue como el *gazpacho del tío Damián, mucho caldo y poco pan,* llamó Centeno al soldado que le librara la vida y díjole.

—¿Cómo te llamas, valiente?

—Nombre tuve en España; pero en Indias llámanme Juan Enríquez, para servir a vueseñoría.

—Hacerte merced quiero, que de agradecido me precio. Dime, ¿te convendría un alferazgo?

—Perdone vueseñoría; no pico tan alto.

—¿Qué quieres ser entonces, muchacho?

—Quiero ser verdugo real —contestó el soldado con voz sombría.

Diego Centeno y los que con él estaban se estremecieron.

—Pues, Juan Enríquez —contestó el capitán después de breve pausa—, verdugo real te nombro, y harás justicia en el Cuzco.

Y pocas horas después empezaba Juan Enríquez a ejercer las funciones de su nuevo empleo, cortando con mucho desembarazo la cabeza del capitán don Antonio de Robles.

III

De apuesto talle y de hermoso rostro, habría sido Juan Enríquez lo que se llama un buen mozo a no inspirar desapego el acerado sarcasmo de sus palabras y la sonrisa glacial e irónica que vagaba por sus labios.

Era uno de esos seres sin ventura que viven con el corazón despedazado, y que dudando de todo llegan a alimentar sólo desdén por la Humanidad y por la vida.

Satisfecha ya su venganza en Antonio de Robles, el pérfido seductor de su hermana, pensó Juan Enríquez que no había rehabilitación para quien pretendió el cargo de ejecutor de la justicia humana.

El verdugo no encuentra corazones que le amen ni manos que estrechen las suyas. El verdugo inspira asco y terror. Lleva en sí algo del cementerio. Es menos que un cadáver que paseara por la tierra, porque en los muertos hay siquiera un no sé qué de santidad.

Fue Juan Enríquez quien ajustició a Gonzalo Pizarro, a Francisco de Carbajal y a los demás capitanes vencidos en Saxahuamán; y pues viene a cuento, refiramos lo que pasó entre él y aquellos dos desdichados.

Al poner la venda sobre los ojos de Gonzalo, éste le dijo:

—No es menester. Déjala, que estoy acostumbrado a ver la muerte de cerca.

—Complazco a vueseñoría —le contestó el verdugo—, que yo siempre gusté de la gente brava.

Y a tiempo que desenvainaba el alfanje, le dijo Pizarro:

—Haz bien tu oficio, hermano Juan.

—Yo se lo prometo a vueseñoría —contestó Enríquez.

«Y diciendo esto —añade Garcilaso—, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía crecida de un palmo, según era la moda, y de un

revés le cortó la cabeza con tal facilitad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano enseñándola a los circunstantes».

Cuenta que cuando fue a ajusticiar a Carbajal, éste le dijo:

—Hermano Juan, pues somos del oficio, trátame como de sastre a sastre

—Descuide vuesa merced y fíe en mi habilidad, que no he de darle causa de queja para cuando nos veamos en el otro mundo.

Fue Juan Enríquez quien, por orden del presidente La Gasca, le sacó la lengua por el colodrillo a Gonzalo de los Nidos, el *Maldiciente*, y al ver lo trabajoso de la bárbara operación, exclamó:

—¡Pues había sido obra desarmar a un escorpión!

Es tradicional también que siempre que Juan Enríquez hacía justicia se quedase gran rato contemplando con melancolía el cadáver; pero luego, como avergonzado de su debilidad, se dibujaba en su boca la fatídica sonrisa que le era habitual, y se ponía a canturrear:

¡Ay abuelo! ¡Ay abuelo!
Sembrasteis alazor y naciónos anapelo.

IV

Al siguiente día de rebelado don Francisco Hernández Girón, Juan Enríquez, que era muy su amigo y partidario, se puso más borracho que un mosquito y salió por las calles del Cuzco cargado de cordeles, garrotes y alfanje, para ahorcar y cortar pescuezos de los que no siguiesen su bandera.

Derrotado el caudillo un año después, cayó Juan Enríquez en poder del general don Pablo Meneses, junto con Alvarado y Cobos, principales tenientes de Girón, y diez capitanes más.

Meneses condenó a muerte a los doce, y volviéndose al verdugo le dijo:

—Juan Enríquez, pues sabéis bien el oficio, dad garrote a estos doce caballeros, vuestros amigos, que los señores oidores os lo pagarán.

El verdugo, comprendiendo la burla de estas palabras, le contestó:

—Holgárame de no ser pagado, que la paga ha de ser tal, que después que concluya con estos compañeros venga yo a hacer cabal la docena del fraile. *Aceituna comida, hueso fuera.*

Y dirigiéndose a los sentenciados, añadió.

—¡Ea, señores, dejen vuesas mercedes hacer justicia, y confórtense con saber que mueren de mano de amigo!

Y habiendo Juan Enríquez dado término a la tarea, dos negros esclavos de Meneses finalizaron con el verdugo real del Cuzco, echándole al cuello un cordel con nudo escurridizo.

LA SANDALIA DE SANTO TOMAS

SI USTEDES se echan a leer crónicas e historiadores brasileros, no podrán dejar de creer a pie juntillas que Santo Tomás recorrió la América del Sur predicando el Evangelio. Tan auténticos son los datos y documentos en que se apoyan esos caballeros, que no hay flanco por donde meterles el diente.

En Ceara, en San Luis de Maranhao, en Pernambuco y en otras provincias del vecino imperio existen variadas pruebas de la visita apostólica.

Al que esto escribe le enseñaron en Belén del Pará [1] una piedra, tenida en suma veneración, sobre la cual piedra se había parado el discípulo de Cristo. Si fue o no cierto, es averiguación en que no quiero meterme, que Dios no me creó para juez instructor de procesos.

Además, el asunto no es dogma de fe ni a nadie se le ha puesto dogal al cuello para que crea o reviente.

Los peruleros no podíamos quedarnos atrás en lo de la evangélica visita. ¡Pues no faltaba otra cosa sino que, hallándose Santo Tomás de tertulia por la vecindad, no hubiera hecho ascos o andado con melindres para venir a soltar una cana por esta su casa del Perú!

En Calango, a dieciséis leguas de Lima y cerca de Mala, existe sobre una ladera una piedra blanca y muy lisa y bruñida. Yo no la he visto; pero quien la vio y la palpó me lo ha contado. Notábase en ella, y hundida como en blanda cera, la huella de un pie de catorce puntos, y alrededor, caracteres griegos y hebreos. El padre Calancha [2] dice, en su *Crónica Agustina,* que en 1615 examinó él esta peña, y que diez años más tarde el licenciado Duarte Fernández, recorriendo la diócesis por encargo del arzobispo don Gonzalo de Ocampo, mandó destruir los caracteres, porque los indios idólatras les daban significación diabólica. ¡Digo, que es lástima y grande!

[1] *Belén del Para:* en 1864 Palma obtuvo un nombramiento como consúl en el Pará, aunque es poco probable que llegase a ejercer ese cargo.
[2] *padre Calancha:* V. la parte final de *Bolívar y el padre Calancha*

Siendo tan corta la distancia de Calango a Lima y nada áspero el camino, no es aventurado asegurar que tuvimos un día de huésped y bebiendo agua del Rimac a uno de los doce queridos discípulos del Salvador Y si esto no es para Lima un gran título de honor, como las recientes visitas del duque de Génova y don Carlos de Borbón, que no valga.

—Pero, señor tradicionista, ¿por dónde vino, desde Galicia a Lima, Santo Tomás?

—Eso, ¿qué sé yo? Vayan al cielo a preguntárselo a él. Sería por globo aerostático, a nado o *pedibus andando*. Lo que yo afirmo, y conmigo escritores de copete, así sagrados como profanos, es que su merced estuvo por estos trigos y san se acabó, y no hay que gerundiarme el alma con preguntas impertinentes.

Pero todavía hay más chicha. Otros pueblos del Perú reclaman idéntica felicidac

En Frías, departamento de Piura, hay una peña que conserva la huella de la planta del apóstol. En Cajatambo vese otra igual, y cuando Santo Toribio hizo su visita a Chachapoyas, concedió indulgencias a los que orasen delante de cierta piedra, pues su ilustrísima estaba convencido de que sobre ella había predicado el Evangelio tan esclarecido personaje.

A muchos maravilló lo gigantesco de la huella, que catorce puntos o pulgadas no son para pie de los pecadores hijos de Adán. Pero a esto responde sentenciosamente un cronista religioso que para tan gran varón aún son pocos catorce puntos.

¡Varajolines! ¡Y qué pata!

Pero como hasta en Bolivia y el Tucumán dejó rastro el apóstol, según lo comprueba un libro en que se habla muy largo sobre la cruz de Carabuco, venerada como prenda que perteneció al santo viajero, los peruanos quisimos algo más; y cata que cuando al volcán de Omate o Huaina-Putina se le antojó en 1601 hacer una de las suyas, encontraron los padres dominicos de un convento de Parinacochas, entre la ceniza o lava, nada menos que una sandalia de Santo Tomás.

No dicen las crónicas si fue la del pie derecho o la del izquierdo, olvido indisculpable en tan sesudos escritores.

La sandalia era de un tejido que jamás se usó entre indios ni españoles; lo que prueba que venía directamente del taller de Ashaverus o Juan Espera-en-Dios (el Judío Errante), famoso zapatero de Jerusalén, como si dijéramos el Frasinetti de nuestros días.

El padre fray Alonso de Ovalle, superior del convento, la metió con mucha ceremonia en una caja de madera de rosa con broches de oro, y por los años de 1603, poco más o menos, la trajo a Lima, donde fue recibida en procesión bajo palio y con grandes fiestas, a las que asistió el virrey marqués de Salinas.

Dicen eruditos autores de aquel siglo que la bendita sandalia hizo en Lima muchos, muchísimos milagros, y que fue tenida en gran devoción por los dominicos.

Calancha afirma que, satisfecha la curiosidad de los limeños, el padre Ovalle se volvió con la reliquia a Patinacochas; pero otros sostienen que la sandalia no salió de Lima.

La verdad queda en su lugar. Yo no quito ni pongo, ni altero ni comento, ni niego ni cedo.

Apunto, sencillamente, la tradición, *poniendo el asunto en consejo para que unos digan blanco y otros bermejo.*

SAN ANTONIO DE MONTESCLAROS

A POCO más de noventa leguas de Arequipa, y a cuarenta leguas del mar, existe en la provincia de la Unión el famoso mineral de San Antonio de Montesclaros, que fue propiedad del rey de España. Mes hubo en que, sin contar lo que se evaporó, entre las uñas de los empleados reales, produjo la mina una docena de arrobas de oro. ¡Aprieta, manco! Yo no lo aseguro, y me atengo a las afirmaciones ajenas y a lo que consignan plumas tenidas por muy veraces.

Sea de esto lo que fuere, lo positivo es que hasta nuestros días ha llegado la fama de la riqueza del mineral, y que desde el pasado siglo no han sido flojos los afanes para encontrar la bocamina, tapada por un derrumbe del cerro. El ilustre geólogo y naturalista don Nicolás de Piérola, por los años de 1828 a 1830, emprendió la obra de un socavón o galería de cincuenta varas en busca de la veta principal; pero la falta de capitales lo obligó a suspender el trabajo, si bien quedó convencido de que hasta en los desmontes había tierra aurífera.

Hoy mismo (1883) asegúrannos que se ha organizado una Sociedad para echar a un lado la pigricia de nueve a diez mil metros cúbicos de arena, cascajo y piedra, confiando en que al fin de la tarea (que no es magna, pues ni demanda largos meses ni subido desembolso) se descubrirá la entrada a la mina de tradicional riqueza, y no habrá más que hacer que llenarse de oro los bolsillos. Dios los ampare, que prójimos son y en desearles bien lleno evangélico precepto.

Para mí no es inverosímil el buen éxito, desde que es incuestionable la abundancia de vetas de oro en los cerros de la Unión. En 1830, como si dijéramos ayer, un indio, Angelino Torres, descubrió la prodigiosa veta de Huayllura, que en tres años produjo seis milloncejos. El hecho es contemporáneo y de sencilla comprobación. Acaso en otra leyenda refiera la causa que, en 1834, obligó a Angelino Torres a derrumbar la mina; pues por hoy sólo me propongo poner en letras de molde lo que cuentan

los indios sobre el cataclismo de San Antonio de Montesclaros, acaecido a fines del siglo XVII.

Administraba la mina un vizcaíno nombrado don Ireneo Villena y Gorrocháteguí, quien vino desde España, designado por su majestad, para el desempeño del cargo, y provisto de omnímodas atribuciones y regalías que hacían de él altísimo personaje. Los seiscientos mitayos puestos bajo sus órdenes le tenían más miedo que al tifus: que el vizcaíno era hombre muy de la cáscara amarga y que por un pelillo mataba a palos a un indio como quien mata a un perro sarnoso. Según él, para los *cholos* no había cielo ni infierno, sino purgatorio eterno en esta vida y en la otra.

En una de las galerías de la mina levantó don Ireneo una capilla, donde un sacerdote, contratado por él con el carácter de capellán, celebraba misa los días de obligado precepto, y en las noches doctrinaba a los indios y les hacía rezar el rosario.

La capilla estaba dedicada a San Antonio, cuya efigie era de oro y medía más de media vara de altura.

Bajo el altar en que estaba colocado el santo patrono de la mina había una trampa o puerta secreta que conducía a un depósito de seis varas cuadradas, en el cual se guardaban las barrillas de oro que, como el de Australia, es de veintitrés quilates. Para penetrar en el depósito era indispensables mover un resorte que formaba el dedo gordo del pie derecho de la efigie. Giraba entonces San Antonio, dando la espalda al administrador, que era la única persona que conocía el mecanismo pedestre, y abríase la portezuela. No podía, pues, el tesoro tener mejor guardián.

Aconteció que un domingo hallábanse congregados todos los indios en la capilla y revestido el sacerdote, y la misa no tenía cuándo empezarse, porque el señor don Ireneo no daba acuerdo de su persona, entretenido en subversiva conversación con una hembra del caserío vecino. Pasaba el tiempo, y aburrido el capellán dijo a un indio que saliese a avisar al señor administrador que era hora de misa.

—Que espere ese monigote —contestó don Ireneo.

Y pasaron quince minutos, y volvió el indio con nueva embajada, y regresó con idéntica respuesta. El capellán se fastidió de seguir esperando, y subió la gradilla del altar. Llegaba al *ite missa est,* volviéndose al concurso para echar la bendición, cuando se presentó en la capilla don Ireneo, más furioso que tigre mordido.

—¡Cómo se entiende, señor monigote! ¿Le pago a usted mi plata para que se me insubordine? ¡Caracolines!

Y alzando el puño, dio tan feroz trompada al capellán, que le desbarató las narices. Cayó el infeliz bañado en sangre y sobre su cuerpo repiqueteó don Ireneo una zarabanda de patadas, mandándolo después poner fuera de la mina.

Añade la tradición que aquella noche el cerro se meció como hamaca por diez minutos; que el terremoto produjo un derrumbe tal, que se perdió por completo hasta la memoria del sitio donde estuvo la bocamina, y que se vio por los aires una legión de diablos llevándose el alma de don Ireneo.

LAS TRES PUERTAS DE SAN PEDRO

Que las iglesias catedrales luzcan tres puertas en su frontis es cosa en que nadie para mientes. Pero ¿por qué San Pedro de Lima, que no es catedral, ni con mucho, se ha engalanado con ellas?

Aunque digan que me meto en libros de caballerías o en lo que no me va ni me viene conveniencia, he de echarme hoy a borronear un pliego sobre tan importantísimo tema. ¡Así saque con mi empresa un alma del purgatorio!

Confieso que por más que he buscado en crónicas y archivos la solución del problema, hame sido imposible encontrar datos y documentos que mi empeño satisfagan; y aténgome a lo que me contó un viejo, gran escudriñador de antiguallas y que sabía cuántos pelos tenía el diablo en el testuz y cuáles fueron las dos torres de Lima en las que, por falta de maravedises para hacerlas de bronce, hubo campanas de madera, no para repicar, sino para satisfacer la vanidad de los devotos y engañar a los bobos con apariencias. Creo que esas torres fueron las de Santa Teresa y el Carmen.

Volviendo a mis carneros, o, lo que es lo mismo, a las tres puertas de San Pedro, he aquí sin muchos perfiles lo que cuenta la tradición.

Fue San Francisco de Borja, tercer general de la Compañía de Jesús, quien, por los años de 1568, mandó a Lima al padre Jerónimo Ruiz del Portillo con cinco *adláteres,* para que fundasen esa institución sobre la que tanto de bueno como de malo se ha dicho. Yo no quito ni pongo, y por esta vez dejo en paz a los jesuitas [1], sin hacer de ellos jiras y capirotes.

Poco después de llegados a la ciudad de los Reyes, dieron principio a la fábrica de los claustros llamados entonces Colegio Máximo de San Pablo, y que, después de la expulsión de los jesuitas en 1767, tomaron el nombre de convento de San Pedro con que hoy se les conoce.

[1] *por esta vez dejo en paz a los jesuitas:* en 1886 Palma participó activamente en una campaña que logró la expulsión de los jesuitas del Perú. V. *E,* I, 129 y ss.

Este templo, cuya fábrica se principió en 1623 y duró quince años, es, entre todos los de Lima, el de más sólida construcción, y mide sesenta y seis varas de largo por treinta y tres de ancho. Todo en él es severo a la par que valioso. Altares tiene, como el de San Ignacio, que son maravilla de arte. El templo fue solemnemente consagrado el 3 de julio de 1638, con asistencia del virrey conde de Chinchón y de ciento sesenta jesuitas. El mismo día se bendijo la campana por el obispo Villarroel, bautizándola con el nombre de la *Agustina*. La campana pesa cien quintales, es la más sonora que posee Lima, y las paredes que forman la torre fueron construídas después de colocada esa gran mole; de manera que para bajar la campana sería preciso empezar por destruir la torre.

Las fiestas de consagración duraron tres días y fueron espléndidas. La custodia, obsequio de varias familias adeptas a la Compañía de Jesús, se estimó en valor de doce mil ducados.

Principiada la fábrica, exhibieron los jesuitas un plano en el que se veía la iglesia dividida en tres naves, dejando presumir a los curiosos que la nave central era para dar entrada al templo. Entre tanto, el superior de Lima había enviado un memorial a Roma pidiendo a Su Santidad *licencia para una puerta.*

Aquéllos eran los tiempos en que el Vaticano cuidaba de halagar a las comunidades religiosas que se fundaban en el Perú. Así otorgó a la monumental iglesia de San Francisco, de Lima, los mismos honores y prerrogativas de que disfruta San Juan de Letrán, en Roma. Esto explica el porqué sobre la puerta principal de San Francisco se ven la tiara y las llaves del Pontífice. Los franciscanos, para manifestar su gratitud a la Santa Sede, grabaron desde entonces en su coro, en letras como el puño, esta curiosa inscripción anagramática, en la que hay tal ingenio en la combinación de letras, que leídas al derecho o al revés, de arriba para abajo y al contrario, resultan siempre las mismas palabras:

R A R O
A M O R
R O M A
O R A R

Al recibir el Papa la solicitud de los jesuítas, no supo por el momento si tomar a risa o a lo serio la pretensión. «¿Es humildad la de los hijos de Loyola, candor o malicia? ¿Quieren dar una prueba de acatamiento al representante de Cristo sobre la tierra, buscando su apostólica aquiescencia hasta para lo más trivial?» Todo esto y mucho más se preguntaba Su Santidad. «Sea de ello lo que fuere —concluyó el Padre Santo—, allá va el permiso, que por más que alambico el asunto no alcanzo a descubrir el entripado».

Por algo se dijo lo de que *un jesuita y una suegra saben más que una culebra*, y en esta ocasión los sucesos se encargaron de comprobar la exactitud del refrán.

Cuando los jesuitas de Lima tuvieron bajo los ojos la licencia pontificia, construyeron tres arcos y plantaron puerta en cada uno de ellos.

El Cabildo eclesiástico armó un toletole de todos los diablos y ocurrió al poder civil para que hiciese por la fuerza quitar una puerta. «¡Cómo, cómo! ¿De cuándo acá —gritaron los canónigos— se arroga la Compañía privilegios de catedral? ¡Eso no puede soportarse!».

Entonces los jesuitas, que contaban con amigos en el gobierno y con gran partido en el vecindario, sacaron a lucir el consabido permiso pontificio. Argumentaron los canónigos que ese documento necesitaba más notas explicatorias que un epigrama latino de Marcial, y que todo podía significar, menos autorización expresa para abrir tres puertas.

A esto contestaban los jesuitas, con mucha sorna: «¡Miren qué gracia! Ya nos sabíamos que para dos puertas no necesitábamos venia de alma viviente. Conque dos puertas a que tenemos derecho y una que nos concede el Papa, son tres puertas. Esto, señores canónigos, no tiene vuelta de hoja y es de una lógica de chaquetilla ajustada».

El Cabildo no se dio por convencido con el argumento, un sí es no es sofístico y rebuscado, y para poner fin a la controversia ambos contrincantes ocurrieron a Roma.

Su Santidad no pudo dejar de reconocer, *in petto*, que los jesuitas le habían hecho una jugada limpia y de mano maestra; pero como no era digno del sucesor de Pedro confesar la burla *urbi et orbi*, con escándalo de la cristiandad, adoptó un expediente que conciliaba todos los caprichos o vanidades de sotana.

El Papa expidió no sé si bula o rescripto concediendo, por especial privilegio y razones reservadas, tres puertas a la nueva iglesia de San Pedro; pero prohibía bajo severas penas canónicas que se abriese la tercera, salvo casos de incendio, terremoto y aseo o refacción de la fábrica.

¿Han visto ustedes, lectoras mías, ni el sábado de gloria, que es el día en que San Pedro se convierte en rinconcito del cielo con ángeles y serafines y música y perfumes, que se hayan abierto las tres? ¿No lo han visto ustedes? Pues yo tampoco.

Un cerrojo, cubierto de moho, prueba que en San Pedro hay una puerta por adorno, por lujo, por fantasía, por *chambertnada*, como decimos los criollos, y que esa puerta no sirve para lo que han querido todas las puertas desde la del arca de Noé, la más antigua de que hacen mención las historias, hasta la de la jaula de mi loro.

LOS TESOROS DE CATALINA HUANCA

Los *huancas* o indígenas del valle de Huancayo constituían, a principios del siglo XI, una tribu independiente y belicosa, a la que el Inca Pachacutec logró, después de fatigosa campaña, someter a su imperio, aunque reconociendo por cacique a Oto Apu-Alaya y declarándole el derecho de transmitir título y mando a sus descendientes.

Prisionero Atahualpa, envió Pizarro fuerzas al riñón del país, y el cacique de Huancayo fue de los primeros en reconocer el nuevo orden de gobierno, a trueque de que respetasen sus antiguos privilegios. Pizarro, que a pesar de los pesares fue sagaz político, apreció la conveniencia del pacto; y para más halagar al cacique e inspirarle mayor confianza, se unió a él por un vínculo sagrado, llevando a la pila bautismal, en calidad de padrino, a Catalina Apu-Alaya, heredera del título y dominio.

El pueblo de San Jerónimo, situado a tres leguas castellanas de Huancayo y a tres kilómetros del convento de Ocopa, era por entonces cabeza de cacicazgo.

Catalina Huanca, como generalmente es llamada la protagonista de esta leyenda, fue mujer de gran devoción y caridad. Calcúlese en cien mil pesos ensayados el valor de los azulejos y maderas que obsequió para la fábrica de la iglesia y convento de San Francisco; y asociada al arzobispo Loayza y al obispo de la Plata fray Domingo de Santo Tomás, edificó el hospital de Santa Ana. En una de las salas de este santo asilo contémplase el retrato de doña Catalina, obra de pincel churrigueresco.

Para sostenimiento del hospital dio además la cacica fincas y terrenos de que era en Lima poseedora. Su caridad para con los pobres, a los que socorría con esplendidez, se hizo proverbial.

En la real caja de censos de Lima estableció una fundación, cuyo producto debía emplearse en pagar parte de la contribución correspondiente a los indígenas de San Jerónimo, Mito, Orcotuna, Concepción, Cincos, Chupaca y Sicaya, pueblecitos inmediatos a la capital del cacicazgo.

Ella fue también la que implantó en esos siete pueblos la costumbre, que aún subsiste, de que todos los ciegos de esa jurisdicción se congreguen en la festividad anual del patrón titular de cada pueblo y sean vestidos y alimentados a expensas del mayordomo, en cuya casa se les proporciona además alojamiento. Como es sabido, en los lugares de la sierra esas fiestas duran de ocho a quince días, tiempo en que los ciegos disfrutan de festines, en los que la *pacha manca* de carnero y la *chicha de poira* [1] se consumen sin medida.

Murió Catalina Huanca en los tiempos del virrey marqués de Guadalcázar, de cerca de noventa años de edad, y fue llorada por grandes y pequeños.

Doña Catalina pasaba cuatro meses del año en su casa solariega de San Jerónimo, y al regresar a Lima lo hacía en una litera de plata y escoltada por trescientos indios. Por supuesto, que en todos los villorios y caseríos del tránsito era esperada con grandes festejos. Los naturales del país la trataban con las consideraciones debidas a una reina o dama de mucho cascabel, y aun los españoles la tributaban respetuoso homenaje.

Verdad es que la codicia de los conquistadores estaba interesada en tratar con deferencia a la cacica, que, anualmente, al regresar de su paseo a la sierra, traía a Lima (¡y no es chirigota!) cincuenta acémilas cargadas de oro y plata. ¿De dónde sacaba doña Catalina esa riqueza? ¿Era el tributo que la pagaban los administradores de sus minas y demás propiedades? ¿Era acaso parte de un tesoro que durante siglos, y de padres a hijos, habían ido acumulando sus antecesores? Esta última era la general creencia.

II

Cura de San Jerónimo, por los años de 1642, era un fraile dominico muy mucho celoso del bien de sus feligreses, a los que cuidaba así en la salud del alma como en la del cuerpo. Desmintiendo el refrán —*el abad de lo que canta yanta*—, el buen párroco de San Jerónimo jamás hostilizó a nadie para el pago de diezmos y primicias, ni cobró pitanza por entierro o casamiento, ni recurrió a tanta y tanta socaliña de frecuente uso entre los que tienen cura de almas a quienes esquilmar como el pastor a los carneros.

¡Cuando yo digo que su paternidad era *avis rara!*

Con tan evangélica conducta, entendido se está que el padre cura andaría siempre escaso de maravedises y mendigando bodigos, sin que la estrechez en que vivía le quitara un adarme de buen humor ni un minuto

1 *chicha de poira: poi* es una voz mapuche que se aplica al frijol maduro o granado, *poicar* es "granar las legumbres y cereales" (Malaret, 672) El *DRAE* registra la palabra *poisa* como "cáscara que envuelve los granos de los cereales".

de sueño Pero llegó día en que, por primera vez, envidiara el fausto que rodeaba a los demás curas sus vecinos. Por esto se dijo, sin duda, lo de:

Abeja y oveja
y parte en la igreja,
desea a su hijo la vieja.

Fue el caso que, por un oficio del Cabildo eclesiástico, se le anunciaba que el ilustrísimo señor arzobispo don Pedro Villagómez acababa de nombrar un delegado o visitador de la diócesis.

Y como acontece siempre en idéntico caso, los curas se prepararon para echar la casa por la ventana, a fin de agasajar al visitador y su comitiva.

Y los días volaban, y a nuestro vergonzante dominico le corrían letanías por el cuerpo y sudaba avellanas, cavilando en la manera de recibir dignamente la visita.

Pero por más que se devanaba la sesera, sacaba siempre en limpio que *donde no hay harina todo es mohina, y que de los codos no salen lonjas de tocino*

Reza el refrán que *nunca falta quien dé un duro para un apuro;* y por esta vez el hombre para el caso fue aquel en quien menos pudo pensar el cura; como si dijéramos, el último triunfo de la baraja humana, que por tal ha sido siempre tenido el prójimo que ejerce los oficios de sacristán y campanero de parroquia.

Eralo de San Jerónimo un indio que apenas podía llevar a cuestas el peso de su partida de bautismo, arrugado como pasa, nada aleluyado y que apestaba a miseria a través de sus harapos.

Hízose en breve cargo de la congoja y atrenzos del buen dominico, y una noche, después del toque de queda y cubrefuego, acercóse a él y le dijo·

—*Tatta* cura, no te aflijas. Déjate vendar los ojos y ven conmigo, que yo te llevaré a donde encuentres mas plata que la que necesites.

Al principio pensó el reverendo que su sacristán había empinado el codo más de lo razonable; pero tal fue el empeño del indio y tales su seriedad y aplomo, que terminó el cura por recordar el refrán —*del viejo, el consejo, y del rico, el remedio*— y por dejarse poner un pañizuelo sobre los ojos, coger su bastón y apoyado en el brazo del campanero, echarse a andar por el pueblo.

Los vecinos de San Jerónimo, entonces como hoy, se entregaban a *Morfeo* a la misma hora en que lo hacen las gallinas, así es que el pueblo estaba desierto como un cementerio y más oscuro que una madriguera. No había, pues, que temer importuno encuentro, ni menos aún miradas curiosas

El sacristán, después de las marchas y contramarchas necesarias para que el cura perdiera la pista, dio en una puerta tres golpecitos cabalísticos, abrieron, y penetró con el dominico en un patio. Allí se repitió lo de las vueltas y revueltas, hasta que empezaron a descender escalones que conducían a un subterráneo.

El indio separó la venda de los ojos del cura, diciéndole.

—*Taita,* mira y coge lo que necesites:

El dominico se quedó alelado y como quien ve visiones; y a permitírselo sus achaques, hábito y canas, se habría, cuando volvió en sí de la sorpresa, echado a hacer zapatetas y a cantar:

Uno, dos, tres y cuatro,
cinco, seis, siete,
¡en mi vida he tenido
gusto como éste!

Hallábase en una vasta galería, alumbrada por hachones de resina sujetos a las pilastras. Vio ídolos de oro colocados sobre andamios de plata, y barras de este reluciente metal profusamente esparcidas por el suelo.

¡Pimpinela! ¡Aquel tesoro era para volver loco al Padre Santo de Roma!

III

Una semana después llegaba a San Jerónimo el visitador, acompañado de un clérigo secretario y de varios monagos.

Aunque el propósito de su señoría era perder pocas horas en esa parroquia, tuvo que permanecer tres días, tales fueron los agasajos de que se vio colmado. Hubo toros, comilonas, danzas y demás festejos de estilo; pero todo con un boato y esplendidez que dejó maravillados a los feligreses.

¿De dónde su pastor, cuyos emolumentos apenas alcanzaban para un mal puchero, había sacado para tanta bambolla? Aquello era de hacer perder su latín al más despierto.

Pero desde que continuó viaje el visitador, el cura de San Jerónimo, antes alegre, expansivo y afectuoso, empezó a perder carnes como si lo chuparan brujas, y a ensimismarse y pronunciar frases sin sentido claro, como quien tiene el caletre fuera de su caja.

Llamó también y mucho la atención, y fue motivo de cuchicheo al calor de la lumbre para las comadres del pueblo, que desde ese día no se volvió a ver al sacristán ni vivo ni pintado, ni a tener noticia de él, como si la tierra se lo hubiera tragado.

La verdad es que en el espíritu del buen religioso habíanse despertado ciertos escrúpulos, a los que daba mayor pábulo la repentina desaparición

del sacristán. Entre ceja y ceja clavósele al cura la idea de que el indio había sido el demonio en carne y hueso, por ende regalo del infierno el oro y plata gastados en obsequiar al visitador y su comitiva. ¡Digo, si su paternidad tenía motivo, y gordo, para perder la chaveta!

Y a tal punto llegó su preocupación y tanto melancolizósele el ánimo, que se encaprichó en morirse, y a la postre le cantaron *gori-gori.*

En el archivo de los frailes de Ocopa hay una declaración que prestó el moribundo sobre los tesoros que el diablo le hizo ver. El *Maldito* lo había tentado por la vanidad y la codicia.

Existe en San Jerónimo la casa de Catalina Huanca. El pueblo cree a pie juntillas que en ella deben estar escondidas en un subterráneo las fabulosas riquezas de la cacica, y aun en nuestros tiempos se han hecho excavaciones para impedir que las barras de plata se pudran o críen moho en el encierro.

FRANCISCANOS Y JESUITAS

I

DICE la historia que dominicos, franciscanos y mercedarios anduvieron al morro durante un cuarto de siglo, disputándose la antigüedad en el Perú.

Los dominicos sostenían que a ellos les correspondía tal honor, no sólo porque tal dijo fray Reginald Pedraza, que vino al Perú junto con fray Vicente Valverde, de siniestra recordación, sino porque el marqués Pizarro así lo reconoció cuando fundara la cofradía de la Vera Cruz

Los mercedarios argüían que, habiendo sido el padre Antonio Bravo quien celebró en Lima la primera misa, claro era como el agua que a ellos tocaba la antigüedad, y que si Pizarro no había querido reconocerlo así, su voto no pesaba en la balanza, pues cometió tamaña injusticia por vengarse de los hijos de Nolasco, que no pertenecieron a su parcialidad, sino a la de Almagro el Viejo.

En cuanto a los franciscanos, no hacían más que sonreír, y sin armar alboroto, enseñaban a los fieles una bula pontificia que les otorgaba la tan reñida antigüedad, atendiendo a que fray Marcos de Niza, sacerdote seráfico, se encontró en Cajamarca cuando la captura de Atahualpa y contribuyó a su conversión al cristianismo. Y pues lo dijo el Papa, que no puede engañarse ni engañarnos, punto en boca y san se acabó.

Al fin cansáronse dominicos, mercedarios y franciscanos de tan pueril quisquilla, y echando tierra sobre ella, se confabularon para impedir que otras religiones fundasen convento en Lima. Los primeros con quienes tuvieron que romper lanzas fueron los agustinos; pero ¡con buenos gallos se las habían! Los discípulos del santo obispo de Hipona se ampararon en tales padrinos, y diéronse tan buenas trazas y manejaron las cosas el pespunte con tanta reserva, que *todo fue para ellos soplar y hacer limetas* Los adversarios, no hallando por dónde hincarles diente, tuvieron que tragar saliva y resignarse.

En 1568, año en que hubo peste de langostas, nos cayeron como llovidos de las nubes los jesuitas, que, apoyados por el virrey y por los agustinos y combatidos por la demás frailería, empezaron a levantar templo, y *pian piano* se adueñaron de las conciencias y de grandes riquezas temporales

La rivalidad entre dominicos y jesuitas era de antigua data en el orbe cristiano, y muchos libros se escribieron por ambas partes en pro y en contra de la manera como los dominicos definían la Concepción de María. La guerra de epigramas era también sostenida con habilidad. Los dominicos compusieron este epigramático juego de palabras:

Si cum jesuitis itis, nunquam cum Jesu itis; al que contestaron los hijos de San Ignacio de Loyola con un ingeniosísimo retruécano:

Si cum dominicanis canis, nunquam cum Domino canis

Cuentan que el padre Esteban Dávila (que fue uno de los cinco enviados por San Francisco de Borja, tercer general de la Compañía, para fundar convento en Lima bajo la dirección del padre Ruiz de Portillo) tenía una de dimes y diretes con fray Diego Angulo, comendador de la Merced y sucesor del famoso fray Miguel Orenes en su tercer período de mando. El comendador Angulo tenía el cabello de un rubio azafranado, y fijándose en esta circunstancia, le dijo el jesuita:

—*Rubicundus erat Judas.*

A lo que el mercedario contestó sin retardo:

—*Et de societate Jesu.*

Agudísima respuesta que dejó aliquebrado al padre Dávila.

En cuanto a la enemistad entre franciscanos y jesuitas en América, la causa era que ambas órdenes aspiraban al predominio en la reducción de infieles y establecimiento de misiones.

De repente se vio con sorpresa que ratón y gato comían en un plato; o lo que es lo mismo, que jesuitas y franciscanos se pusieron a partir de un confite, y que se visitaban y había entre ellos comercio de finezas y cortesías, a la par que alianza ofensiva y defensiva contra las otras comunidades. Mucho, muchísimo he rebuscado en cronistas y papeles viejos la causa de tan súbito cambio, y cuando ya desesperanzado de saberla, hablé anoche sobre el particular con mi amigo don Adeodato de la Mentirola, aquel que de historia patria sabe cómo y dónde el diablo perdió el poncho [1], el buen señor soltó el trapo a reír, diciéndome:

—¡Hombre, en qué poca agua se ahoga usted! Pues sobre el punto en cuestión oiga lo que me contó mi abuela, que Dios haya entre santos.

—¿Es cuento o sucedido histórico?

—Llámelo usted como quiera; pero ello ha de ser verdad, que mi abuela no supo inventar ni mentir, que no era la bendita señora de la pasta de que se hacen hogaño periodistas y ministros.

[1] *dónde y como el diablo perdió el poncho.* V la tradición homonima.

Armé un cigarrillo, repantiguéme en la butaca, y fui todo oídos para no perder sílaba del relato que van ustedes a conocer.

II

Erase que se era, que en buena hora sea; el bien que se venga a pesar de Menga, y si viene el mal, sea para la manceba del abad; frío y calentura para la moza del cura, y gota coral para el rufo tal por cual, como diz que dio comienzo Avellaneda o el mexicano Alarcón a un libro que, valgan verdades, no he tenido coraje para leer, que allá por los años 1615 existía a la entrada de un pueblecito, en la jurisdicción de Huamanga, una doña Pacomia, vieja tan vieja, que pasar podía por contemporánea de las cosquillas, la cual vieja ejercía los importantísimos y socorridos cargos de *tambera* (léase dueña de posada), bruja y (con perdón sea dicho) zurcidora de voluntades.

Hacíanla compañía sus hijas, cuatro mozas de regular ver y mediano palpar, hembras de muy equívoca honestidad, y tan entendidas como la que las llevó en el vientre en preparar filtros amorosos con grasa de culebra, sangre de chivo, sesos de lechuza, enjundia de sapo y zumo de cebollas estrujadas a la hora que la luna entra en conjunción. Para decirlo todo, sépase que las mozuelas eran para los mozalbetes del villorio cuatro pilitas de agua bendita... envenenada.

Las tales pécoras pasaban sus ratos de ocio tan alegremente como era posible pasarlos en un lugarejo de la sierra, cantando *yaravíes* y bailando *cachua* al son de un pésimo rabel, tocado por un indio viejo, sacristán de la parroquia y compadre de doña Pacomia.

Hallábanse así entretenidas a la caída de una tarde de verano en la sala de la posada, cuando llegaron al corredor o patiecillo, caballeros en guapas mulas tucumanas, dos frailes y un lego franciscano, salidos de Lima con destino al convento del Cuzco.

La vieja, que en este momento se ocupaba de clavetear con alfileres un muñequito de trapo, dentro del cual había puesto, a guisa de alba, un trozo de rabo de lagartija, abandonó tan interesante faena, y después de guardar el maniquí bajo una olla de la cocina, salió presurosa a recibir a los huéspedes.

—Apéense sus reverencias, que en esta su casa, aunque me esté mal el decirlo, serán tratados como obispos.

—Dios le pague, hermanitas, la caridad —contestó el lego.

Desmontaron los frailes, y las muchachas cesaron el jaleo, revelando en un mohín nada mono el disgusto que las causaba verse interrumpidas en el jolgorio.

Notólo el más caracterizado de los franciscanos, y las dijo:

—Prosigan, hijitas, sin *acholarse* por nosotros, que a no turbar tan honesta diversión somos venidos.

Pues con permiso de su paternidad —contestó la más ladina de las hembras—, siga la cuerda, *ño* Cotagaita.

Y las cuatro aprendizas de brujería y malas artes continuaron *cachuando* con mucho desparpajo, mientras Pacomia atendía a los huéspedes con algunos *matecillos* de *gloriado* bien cargadito.

Como aderezado por la bruja, pronto empezó a hacerles efecto el *gloriadito.* Sus paternidades reverendas sintieron calorcillo en la sangre, los pies les bailaban solos, y la cabeza se les alborotó por completo. Uno de ellos, no pudiendo resistir más el maligno tentador que con el licor se les metiera en el cuerpo, lanzóse entre las mozas y cogió pareja, diciendo:

—¡Ea, muchachas! También el santo rey Davil echaba una cana al aire, que en el danzar no hay peligro si la intención no es libidinosa.

El otro franciscano, por no ser menos que su compañero, se entusiasmó también y echóse a bailar, gritando:

—¡Escobille, padre maestro, escobille como yo!

El lego, que voluntariamente se había dado de alta en la banda de música, tamborileaba sobre la puerta.

De pronto advirtió éste que tres jinetes se dirigían a la posada. Reconociólos y dio aviso a sus superiores que abandonaran en el acto las parejas, y raspahilando, se escondieron en otra habitación.

Los huéspedes eran tres padres de la Compañía de Jesús, que, como los franciscanos, iban también camino del Cuzco. A fuer de corteses dijeron a las bailarinas que no eran venidos a aguar la fiesta y que podían continuar, mientras ellos, en un rinconcito de la sala, leían su breviario.

Ellas no eran sordas para hacerse repetir la autorización, y siguió la *cachua* sin que los padres alzasen ojo del libro.

Entre tanto doña Pacomia hacía beber a los jesuitas del mismo brebaje que administrara a los franciscanos, y tan sabrosos hubieron de encontrarlo, que menudearon tragos hasta perder los estribos del juicio y tomar pareja. Y tanto y tanto se entusiasmaron los hijos de Loyola, que al poner fin a un *cachete,* exclamaron en coro:

—¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!

Cuando los franciscanos oyeron grito tan subversivo, se les sulfuró la bilis y resolvieron echarlo todo a doce si volvía a repetirse.

—Santo y bueno es vivar a Dios Hijo —se dijeron—. Pero qué, ¿San Francisco es nadie? ¿No es también persona? Estos jesuitas son unos egoístas de marca, y es imposible que transija con ellos un buen franciscano que tenga sangre en el ojo.

Por desgracia, o por fortuna, bailóse otro *cachete,* y al repetir los jesuitas su acostumbrada exclamación de ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!, agotóse la humildad y paciencia de los franciscanos, que, abandonando el escondite, se lanzaron en mitad del corro, gritando como poseídos: «¡Y el Seráfico también! ¡Y el Seráfico también!»

Y aquí tiene usted, mi amigo, el cómo y el porqué jesuitas y francisca nos echaron pelillos al agua [2] y se unieron como una y dedo, pues cuando se desvaneció en sus cerebros el *gloriado* de la bruja, entraron en cuentas con la conciencia; y sacaron en limpio que les convenía dejarse de rivalidades y ser grandes amigotes, única manera de impedir que algunas de las partes contrincantes soltase lengua, llegando así a imponerse el mundo de que, como humanos, habían tenido su cuartito de hora de fragilidad.

[2] *echaron pelillos al agua:* olvidaron rencillas o agravios.

EL ALCALDE DE PAUCARCOLLA

De cómo el diablo, cansado de gobernar en los infiernos, vino a ser alcalde en el Perú

La tradición que voy a contar es muy conocida en Puno, donde nadie osará poner en duda la realidad del sucedido. Aún recuerdo haber leído algo sobre este tema en uno de los cronistas religiosos del Perú. Excúseseme que altere el nombre del personaje, porque, en puridad de verdad, he olvidado el verdadero. Por lo demás, mi relato difiere poco del popular.

Es preciso convenir en que lo que llaman civilización, luces y progreso del siglo, nos ha hecho un flaco servicio al suprimir al diablo. En los tiempos coloniales en que su merced andaba corriendo cortés, gastando más prosopopeya que el cardenal Camarlengo y departiendo familiarmente con la prole del padre Adán, apenas si se ofrecía cada cincuenta años un caso de suicidio o de amores incestuosos. Por respeto a los tizones y al plomo derretido, los pecadores se miraban y remiraban para cometer crímenes que hogaño son moneda corriente. Hoy el diablo no se mete, para bueno ni para malo, con los míseros mortales; ya el diablo pasó de moda, y ni en el púlpito lo zarandean los frailes; ya el diablo se murió, y lo enterramos.

Cuando yo vuelva, que de menos nos hizo Dios, a ser diputado a Congreso [1], tengo que presentar un nuevo proyecto de ley resucitando al diablo y poniéndolo en pleno ejercicio de sus antiguas funciones. Nos hace falta el diablo; que nos lo devuelvan. Cuando vivía el diablo y había infierno, menos vicios y picardías imperaban en mi tierra.

Protesto contra la supresión del enemigo malo en nombre de la historia *pirotécnica* y de la literatura *fosforescente*. Eliminar al diablo es matar la tradición.

1 *diputado a Congreso:* Palma fue diputado y senador por cuatro legislaturas desde 1868

I

Paucarcolla es un pueblecito ribereño del Titicaca, que fue en el siglo XVII capital del corregimiento de Puno, y de cuya ciudad dista sólo tres leguas.

In diebus illis (creo que cuando Felipe III tenía la sartén por el mango) fue alcalde de Paucarcolla un tal don Angel Malo..., y no hay que burlarse, porque éste es un nombre como otro cualquiera, y hasta aristocrático por más señas. ¿No tuvimos, ya en tiempo de la República, un don Benigno Malo, estadista notable del Ecuador? ¿Y no hubo, en épocas del coloniaje, un don Melchor Malo, primer conde de Monterrico, que dio su nombre a la calle que aún hoy se llama de Melchor Malo? Pues entonces, ¿por qué el alcalde de Paucarcolla no había de llamarse don Angel Malo? Queda zanjada la cuestión de nombre, y adelante con los faroles.

Cuentan que un día aparecióse en Paucarcolla, y como vomitado por el Titicaca, un joven andaluz, embozado en una capa grana con fimbría de chinchilla.

No llegaban por entonces a una docena los españoles avecindados en el lugar, y así éstos como los indígenas acogieron con gusto al huésped, que, amén de ser simpático de persona, rasgueaba la guitarra primorosamente y cantaba seguidillas con muchísimo salero. Instáronlo para que se quedara en Paucarcolla y aceptando él el partido diéronle terrenos, y echóse nuestro hombre a trabajar con tesón, siéndolo en todo y por todo propicia la fortuna.

Cuando sus paisanos lo vieron hecho ya un potentado, empezaron las hablillas, hijas de la envidia, y no sabemos con qué fundamento decíase de nuestro andaluz que era moro converso y descendiente de una de las familias que, después de la toma de Granada por los Reyes Católicos, se refugiaron en las crestas de las Alpujarras.

Pero a él se le daba un rábano de que lo llamasen cristiano nuevo, y dejando que sus émulos esgrimiesen la lengua, cuidaba sólo de engordar la hucha y de captarse el afecto de los naturales.

Y diose tan buena maña que a los tres años de avecindado en Paucarcolla fue por general aclamación nombrado alcalde del lugar.

Los paucarcollanos fueron muy dichosos bajo el gobierno de don Angel Malo. Nunca la vara de la justicia anduvo menos torcida ni rayó más alta la moral pública. Con decir que abolió el monopolio de *lanas*[2], está todo dicho en elogio de la autoridad.

El alcalde no toleraba holgazanes, y obligaba a todo títere a ganarse el pan con el sudor de su frente, que, como reza el refrán, *en esta tierra caduca el que no trabaja no manduca*. Prohibió jaranas y pasatiempos, y recordando que Dios no creó al hombre para que viviese solitario como el

[2] *lanas*: la producción y el comercio lanar eran importantes en la región en la que ocurre esta historia.

hongo, conminó a los solteros para que, *velis nolis,* tuviesen legítima costilla y se dejasen de merodear en propiedad ajena. El decía:

Nadie pele la pava,
porque está visto
que de pelar la pava
nacen pavitos.

Lo curioso es que el alcalde de Paucarcolla era como el capitán Araña, que decía: «¡Embarca, embarca!», y él se quedaba en tierra de España.

Don Angel Malo casaba gente que era una maravilla; pero él se quedaba soltero. Verdad es también que por motivo de faldas no dio nunca el más ligero escándalo, y que no se le conoció ningún arreglillo o trapicheo.

Más casto que su señoría ni el santo aquel que dejó a su mujer, la reina Edita, muchacha de popa redonda y de cara como unas pascuas, morir en estado de doncellez.

Los paucarcollanos habían sido siempre un tanto retrecheros para ir, en los días de precepto, a la misa del cura o al sermón de cuaresma. El alcalde, que era de los que sostienen que no hay moralidad posible en pueblo que da al traste con las prácticas religiosas, plantábase el sombrero, cubríase con la capa grana, cogía la vara, echábase a recorrer el lugar a caza de remolones, y a garrotazos los conducía hasta la puerta de la iglesia.

Lo notable es que jamás se le vio pisar los umbrales del templo, ni persignarse, ni practicar actos de devoción. Desde entonces quedó en el Perú como refrán el decir que todo aquel que no practica lo que aconseja u ordena: *Alcalde de Paucarcolla, nada de real y todo bambolla.*

Un día en que, cogido de la oreja, llevaba un indio a la parroquia, díjole éste en tono de reconvención:

—Pero si es cosa buena la iglesia, ¿cómo es que tú nunca oyes el sermón de *taita* cura?

La pregunta habría partido por el eje a cualquier prójimo que no hubiera tenido el *tupé* del señor alcalde.

—Cállate, mastuerzo —le contestó—, y no me vengas con filosofías ni dingolodangos que no son para zamacucos como tú. *Mátenme cuerdos, y no me den vida necios. ¡Si ahora hasta los escarabajos empinan la cola! Haz lo que mando y no lo que yo hago, que una cosa es ser tambor y otra ser tamborilero*

Sospecho que el alcalde de Paucarcolla habría sido un buen presidente constitucional ¡Qué lástima que no se haya exhibido su candidatura en los días que corremos! El sí que nos habría traído bianandanzas y sacado a esta patria y a los patriotas de atolladeros.

II

Años llevaba ya don Angel Malo de alcalde de Paucarcolla cuando llegó al pueblo, en viaje de Tucumán para Lima, un fraile conductor de pliegos importantes para el provincial de su orden. Alojóse el reverendo en casa del alcalde, y hablando con éste sobre la urgencia que tenía de llegar pronto a la capital del virreinato, díjole don Angel:

-Pues tome su paternidad mi mula, que es más ligera que el viento para tragarse leguas, y le respondo que en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, llegará al término de la jornada.

Aceptó el fraile la nueva cabalgadura, púsose en marcha, ¡y prodigioso suceso!, veinte días después entraba en su convento de Lima.

Viaje tan rápido no podía haberse hecho sino por arte del diablo. A revientacaballos habíalo realizado en mes y medio un español en los tiempos de Pizarro.

Aquello era asunto de Inquisición, y para tranquilizar su conciencia fuese el fraile a un comisario del Santo Oficio y le contó el romance, haciéndole formal entrega de la mula. El hombre de la cruz verde principió por destinar la mula para que le tirase la calesa, y luego envió a Puno un familiar, provisto de cartas para el corregidor y otros cristianos rancios, a fin de que le prestasen ayuda y brazo fuerte para conducir a Lima al alcalde de Paucarcolla.

Paseábase éste una tarde a orillas del lago Titicaca cuando, después de haber apostado sus lebreles o alguaciles en varias encrucijadas, acercóse el familiar, y poniéndole la mano sobre la espalda le dijo:

—¡Aquí de la Santa Inquisición! Dése preso vuesa merced.

No bien oyó el morisco mentar a la Inquisición cuando, recordando sin duda las atrocidades que ese tribunal perverso hiciera un día con sus antepasados, metióse en el lago y escondióse entre la espesa *totora* que crece a las márgenes del Titicaca. El familiar y su gente echáronse a perseguirle; pero, poco o nada conocedores del terreno, perdieron pronto la pista.

Lo probable es que don Angel andaría fugitivo y de Ceca en Meca hasta llegar a Tucumán o Buenos Aires, o que se refugiaría en el Brasil o Paraguay, pues nadie volvió en Puno a tener noticia de él.

Esta es mi creencia, que vale tanto como otra cualquiera. Por lo menos, así me parece.

Pero los paucarcollanos, que motivos tienen para saber lo positivo, afirman con juramento que fue el diablo en persona el individuo que con capa colorada salió del lago, para hacerse después nombrar alcalde, y que se hundió en el agua y con la propia capa cuando, descubierto el trampantojo, se vio en peligro de que la Inquisición le pusiera la ceniza en la frente

Sin embargo, los paucarcollanos son gente honradísima y que saben hacer justicia hasta al *enemigo malo.*

¡Cruz y Ave María Purísima por todo el cuerpo!

Desde los barrabasados tiempos del rey nuestro señor don Felipe III, hasta los archifelices de la *república práctica,* no ha tenido el Perú un gobernante mejor que el alcalde de Paucarcolla.

Esto no lo digo yo; pero te lo dirá, lector, hasta el diputado por Paucarcolla, si te viene en antojo preguntárselo.

EL MANCHAY-PUITO

A la señora Mercedes Cabello de Carbonera

I

No SABRÉ decir con fijeza en qué año del pasado siglo era cura de Yanaquihua, en la doctrina de Andaray, perteneciente a la diócesis del Cuzco, el doctor don Gaspar de Angulo y Valdivieso, pero sí diré que el señor cura era un buen pastor, que no esquilmaba mucho a sus ovejas, y que su reputación de sabio iba a la par de su moralidad. Rodeado siempre de infolios con pasta de pergamino, disfrutaba de una fama de hombre de ciencia, tal como no se reconoció entonces sino en gente que peinara canas. Gran latinista y consumado teólogo, el obispo y su Cabildo no desperdiciaban ocasión de consultarlo en los casos difíciles, y su dictamen era casi siempre acatado.

El doctor Angulo y Valdivieso vivía en la casa parroquial, acompañado del sacristán y un *pongo* o muchacho de servicio. Su mesa rayaba en frugal y por lo que atañe el cumplimiento de los sagrados deberes de su ministerio, daba ejemplo a todos sus compañeros de la diócesis.

Aunque sólo contaba treinta y cuatro años de edad y era de bello rostro, vigoroso de cuerpo, hábil músico e insinuante y simpático en la conversación, nunca había dado pábulo a la maledicencia ni escandalizado a los feligreses con un pecadillo venial de esos que un faldellín de bandera, vestido por cuerpo de buena moza, ha hecho y hace aún cometer a más de cuatro ministros del altar. El estudio absorbía por completo el alma y los sentidos del cura de Yaniquihua, y así por esta circunstancia como por la benevolencia de su carácter era la idolatría de la parroquia.

Pero llegó un día fatal, probablemente el de San Bartolomé, en que el diablo anda suelto y tentando al prójimo. Una linda muchacha de veinte pascuas muy floridas, con una boquita como un azucarillo, y unos ojos como el lucero del alba, y una sonrisita de *Gloria in excelsis Deo,* y una cintura cenceña, y un piececito como el de la emperatriz de la Gran China, y un todo más revolucionario que el Congreso, se atravesó en el camino del

doctor Angulo, y desde ese instante anduvo con la cabeza a pájaros y hecho un memo Anita Sielles, que así se llamaba la doncella, lo traía hechizado. El pastor de almas empezó a desatender el rebaño, y los libros allí se estaban sin abrir y cubiertos de polvo y telarañas.

Decididamente el cuerpo le pedía jarana... y, ¡vamos!, no todo ha de ser rigor Alguna vez se le ha de dar gusto al pobrecito sin que raye en vicioso; que *ni un dedo hace manco ni una golondrina verano.*

Y es el caso que como amor busca correspondencia, y el platonicismo es manjar de poetas melenudos y de muchachas desmelenadas, el doctor Angulo no se anduvo con muchos dibujos, y fuese a Anita y la cantó de firme y al oído la letanía de Cupido. Y tengo para mí que la tal letanía debió de llegar al pericardio del corazón y a las entretelas del alma, porque la muchacha abandonó una noche el hogar materno y fuese a hacer las delicias de la casa parroquial, con no poca murmuración de las envidiosas comadres del pueblo.

Medio año llevaban ya los amantes de arrullos amorosos, cuando el doctor Angulo recibió una mañana carta en que se exigía su presencia en Arequipa para realizar la venta de un fundo que en esa ciudad poseía. Fiarse de apoderarse era, amén de pérdidas de tiempo y de tener que soportar embustes, socaliñas y trabacuentas, exponerse a no recibir un cuarto. Nuestro cura se dijo:

Al agua patos,
no se coman el grano los gurrupatos [1].

La despedida fue de lo más romántico que cabe. No se habría dicho sino que el señor cura iba de viaje al fabuloso país de la Canela.

Dos semanas era el tiempo mayor que debía durar la ausencia. Hubo llanto y soponcio y... ¡qué sé yo! Allá lo sabrán los que alguna vez se han despedido de una querida.

El doctor Angulo entró en Arequipa con ventura, porque todo fue para él llegar y besar. En un par de días terminó sin gran fatiga el asunto, y después de emplear algún dinerillo en arracadas de brillantes, gargantillas de perlas, vestidos y otras frioleras para emperejilar a su sultana, enfrenó la mula, calzóse espuelas y volvió grupa camino de Yanaquihua.

Iba nuestro enamorado tragándose leguas, y hallándose ya dos jornadas distante del curato, cuando le salió al encuentro un indio y puso en sus manos este lacónico billete:

«¡Ven! El cielo o el infierno quieren separarnos. Mi alma está triste y mi cuerpo desfallece. ¡Me muero! ¡Ven, amado mío! Tengo sed de un último beso».

1 *gurrupatos*: el americanismo *gurrupié* (del francés *croppier*) significa "ayudante del banquero en las casas de juego" o "falso postor en los remates", *gurrumino* es "listo, astuto". *Gurrupatos*, que no aparece registrado como americanismo ni como peruanismo, puede ser una derivación humorística de Palma, que aprovecha además la rima

II

Al otro día, a la puesta del sol, se apeaba el doctor Angulo en el patio de la casa parroquial, gritando como un frenético:

—¡Ana! ¡Ana mía!

Pero Dios había dispuesto que el infeliz no escuchase la voz de la mujer amada

Hacía pocas horas que el cadáver de Ana había sido sepultado en la iglesia.

Don Gaspar se dejó caer sobre una silla y se entregó a un dolor mudo No exhaló una imprecación, ni una lágrima se desprendió de sus ojos

Esos dolores silenciosos son insondables como el abismo.

Parecía que su sensibilidad había muerto, y que Ana se había llevado su alma.

Pero cerrada la noche, y cuando todo el pueblo estaba entregado al reposo, abrió una puertecilla que comunicaba con la sacristía del templo, penetró en él con una linterna en la mano, tomó un azadón, dirigióse a la fosa y removió la tierra.

¡Profanación! El cadáver de Ana quedó en breve sobre la superficie. Don Gaspar lo cogió entre sus brazos, lo llevó a su cuarto, lo cubrió de besos, rasgó la mortaja, lo vistió con un traje de raso carmesí, echóle al cuello el collar de perlas y engarzó en sus orejas las arracadas de piedras preciosas.

Así adornado, sentó el cadáver en un sillón cerca de la mesa, preparó dos tazas de hierba del Paraguay, y se puso a tomar *mate*.

Después tomó su quena, ese instrumento misterioso al que mi amigo el poeta Manuel Castillo llamaba

Flauta sublime de una voz extraña
que llena el corazón de amarga pena

lo colocó dentro de un cántaro y la hizo producir sonidos lúgubres, verdaderos ecos de una angustia sin nombre e infinita. Luego, acompañado de estas armonías indefinibles, solemnemente tristes, improvisó el *yaraví* que el pueblo del Cuzco conoce con el nombre del *Manchay-Puito* (infierno aterrador).

He aquí dos de sus estrofas, que traducimos del *quichua* sin alcanzar, por supuesto, a darlas el sentimiento que las presta la índole de aquella lengua, en la que el poeta o *haravicu* desconoce la música del consonante o asonante, hallando la armonía en sólo el eufonismo de las palabras

Abreme, infierno, tus puertas
para sepultar mi espíritu
en tus cavernas.

Aborrezco la existencia
sin la que era la delicia
¡ay! de mi vida
Sin mi dulce compañera,
mil serpientes me devoran
las entrañas.
No es Dios bueno el Dios que manda
al corazón esas penas
¡ay! del infierno.

El resto del *Manchay-Puito hampuy nihuay* contiene versos nacidos de una alma desesperada hasta la impiedad, versos que estremecen por los arrebatos de la pasión y que escandalizan por la desnudez de las imágenes. Hay en ese *yaraví* todas las graduaciones del amor más delicado y todas las extravagancias del sensualismo más grosero.

Los perros aullaban, lastimosa y siniestramente, alrededor de la casa parroquial, y aterrorizados los indios de Yanaquihua abandonaban sus chozas.

Y las dolientes notas de la quena y las palabras tremendas del *haravicu* seguían impresionando a los vecinos como las lamentaciones del profeta de Babilonia.

Y así pasaron tres días sin que el cura abriese la puerta de su casa.

Al cabo de ellos enmudeció la quena, y entonces un vecino español atrevióse a escalar paredes y penetrar en el cuarto del cura.

¡Horrible espectáculo!

La descomposición del cadáver era completa, y don Gaspar, abrazado al esqueleto, se arrastraba en las convulsiones de la agonía.

III

Tal es la popularísima tradición.

La Iglesia fulminó excomunión mayor contra los que cantasen el *Manchay-Puito* o tocasen quena dentro de cántaro.

Esta prohibición es hoy mismo respetada por los indios del Cuzco, que por ningún tesoro de la tierra consentirían en dar el alma al demonio.

LA MISA NEGRA

(Cuento de la abuelita)

A mis retoños Clemente y Angélica Palma.[1]

Ve y cómprame un pañuelo
para la baba:
en la tienda del puente
los hay de a vara.
(Popular)

ERASE lo que era. El aire para las aves, el agua para los peces, el fuego para los malos, la tierra para los buenos y la gloria para los mejores; y los mejores son ustedes, angelitos de mi coro, a quien su Divina Majestad haga santos y sin vigilia.

Pues, hijitos, en 1802, cuando mandaba Avilés, que era un virrey tan bueno como el bizcocho caliente, alcancé a conocer a la madre San Diego. Muchas veces me encontré con ella en la misa de nueve, en Santo Domingo, y era un encanto verla tan contrita, y cómo se iba elevada, que parecía que no pisaba la tierra, hasta el comulgatorio. Por bienaventurada la tuve; pero ahí verán ustedes cómo todo ello no era sino arte y trapacería y embolismo del demonio. Persígnense, niños, para espantar al Maligno.

Ña San Diego, más que menos, tendría entonces unos cincuenta años, e iba de casa en casa curando enfermos y recibiendo por esta caridad sus limosnitas. Ella no usaba remedios de botica, sino reliquias y oraciones, y con poner la correa de su hábito sobre la boca del estómago quitaba, como con la mano, el más rebelde cólico *miserere*. A mí me sanó de un dolor de muelas con sólo ponerse una hora en oración mental y aplicarme a la cara un huesecito, no sé si de San Fausto, San Saturnino, San Teófilo, San Julián, San Aciano o San Sebastián, que de los huesos de tales santos envió el Papa un cargamento de regalo a la catedral de Lima. Pregúntenselo ustedes, cuando sean grandes, al señor arzobispo o al canónigo Cucaracha, que no me dejarán por mentirosa. No fue, pues, la beata quien me sanó, sino el Demonio, Dios me lo perdone, que si pequé fue por ignorancia. Hagan la cruz bien hecha, sin *apuñuscar* los dedos, y vuelvan a persignarse, angelitos del Señor.

[1] *Clemente y Angélica Palma.* Clemente Palma escribió cuentos y novelas fantásticas, Angélica Palma, además de narradora, fue biógrafa de su padre (*Ricardo Palma*, Buenos Aires, 1933).

Ella vivía, me parece que la estuviera viendo, en un cuartito del callejón de la Toma, como quien va para los baños de la Luna, torciendo a mano derecha

Cuando más embaucada estaba la gente de Lima con la beatitud de *Ña* San Diego, la Inquisición se puso ojo con ella y a seguirla la pista. Un señor inquisidor, que era un santo varón sin más hiel que la paloma, y a quien conocí y traté como a mis manos, recibió la comisión de ponerse en *aguaite* un sábado por la noche, y a eso de las doce, ¿qué dirán ustedes que vio? A la San Diego, hijos, a la San Diego que, convertida en lechuza, salió volando por la ventana del cuarto. ¡Ave María Purísima!

Cuando al otro día fue ella, muy oronda y como quien no ha roto un plato, a Santo Domingo, para reconciliarse con el padre Bustamante, que era un pico de oro como predicador, ya la esperaba en la plazuela la calesita verde de la Inquisición. ¡Dios nos libre y nos defienda!

Yo era muchacha del barrio, y me consta, y lo diré hasta en la hora de la muerte, que cuando registraron el cuarto de la San Diego halló el Santo Oficio de la Inquisición, encerrados en una alacena, un conejo ciego, una piedra imán con cabellos rubios envueltos en ella, un muñeco cubierto de alfileres, un alacrán disecado, un rabo de lagartija, una chancleta que dijeron ser de la reina Sabá y, ¡Jesús me ampare!, una olla con aceite de lombrices para untarse el cuerpo y que le salieran plumas a la muy bruja para remontar el vuelo después de decir, como acostumbra esa gente canalla: ¡«Sin Dios ni Santa María!» Acompáñenme ustedes a rezar una salve por la herejía involuntaria que acabo de proferir.

Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar *ñizca;* pero ¿adónde había de ir ella a parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha *marraqueta* [2], que fue mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen ustedes un padrenuestro y una avemaría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieras que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito, y entonces empezó a hacer visajes como una mona, y a vomitarlo todo, digo, que cantó de plano: porque el demonio puede ser renitente a cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerle charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario. Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!) en concubinaje con Pateta. Ustedes no saben lo que es concubinaje, y ojalá nunca lleguen a saberlo. Por mi ligereza en hablar y habérseme escapado esta mala palabra, recen ustedes un credo en cruz.

También declaró que todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurje, y que volando, volando se iba hacia

[2] *mucha marraqueta:* americanismo que significa "pan en forma de bizcocho" o "palmada que se da sobre el muslo, apretando la carne con los dedos al retirar la mano" (Malaret, 544). Ninguno de estos dos sentidos parece convenir al pasaje, donde tiene un valor aproximado a "ínfulas, importancia".

el cerrito de las Ramas, donde se reunía con otros brujos y brujas a bailar deshonestamente y oír la Misa Negra. ¿No saben ustedes lo que es la Misa Negra? Yo no la he oído nunca, creánmelo; pero el padre Pardiñas, que esté en gloria, me dijo que Misa Negra era la que celebra el diablo, en figura de macho cabrío, con unos cuernos de a vara y más puntiagudos que aguja de colchonero. La hostia es un pedazo de carroña de cristiano y con ella da la comunión a los suyos. No vayan ustedes, dormiloncitos, a olvidarse de rezar esta noche a las benditas ánimas del purgatorio y al ángel de la guarda, para que los libre y los defienda de brujas que chupan la sangre a los niños y los encanijan.

Lo recuerdo como si hubiera pasado esta mañana. ¡Jesucristo sea conmigo!

El domingo 27 de agosto de 1803 sacaron a la San Diego en burro y vestida de *obispa*. Pero como ustedes no han visto ese vestido, les diré que era una coroza en forma de mitra, y un saco largo que llamaban sambenito, donde estaban pintados, entre llamas del infierno, diablos, diablesas y culebrones. Dense ustedes tres golpecitos de pecho.

Con la San Diego salió otra picarona de su casta, tan hechicera y condenada como ella. Llamábase la Ribero, y era una vieja más flaca que gallina de diezmo con moquillo. Llegaron hasta Santo Domingo, y de allí las pasaron al beatorio de Copacabana. Las dos murieron en esa casa, antes de que *entrara la patria* y con ella la herejía. Dios las haya perdonado.

Y fui y vine, y no me dieron nada... más que unos zapatitos de cabritilla, otros de plomo, y otros de caramelo; los de cabritilla me los calcé, los de plomo se los regalé al Patudo, y los de caramelo los guardé para ti y para ti.

Y ahora, pipiolitos, a rezar conmigo un rosario de quince misterios, y después entre palomas, y besando antes la mano a mamita y a papaíto, para que Dios los ayude y los haga unos benditos. *Amenemén, amén.*

ALTIVEZ DE LIMEÑA

ENTRE el señor conde de San Javier y Casa-Laredo y la cuarta hija del conde de la Dehesa de Velayos existían, por los años de 1780, los más volcánicos amores.

El de la Dehesa de Velayos, fundadas o infundadas, por razones tenía para no ver de buen ojo la afición del de San Javier por su hija doña Rosa, y esta terquedad paterna no sirvió sino para aumentar combustible a la hoguera. Inútil fue rodear a la joven de dueñas y rodrigones, argos y cerberos, y aun encerrarla bajo siete llaves, que los amantes hallaron manera para comunicarse y verse a hurtadillas, resultando de aquí algo muy natural y corriente entre los que bien se quieren. *Las cuentas claras y el chocolate espeso*... Doña Rosa tuvo un hijo de secreto.

Entre tanto corría el tiempo como montado en velocípedo, y fuese que en el de San Javier entrara el resfriamiento, dando albergue a nueva pasión, o que motivos de conveniencia y de familia pesaran en su ánimo, ello es que, de la mañana a la noche, salió el muy ingrato casándose con la marquesita de Casa-Manrique. Bien dice el cantarcillo:

No te fíes de un hombre
(de mí el primero),
y te lo digo, niña,
porque te quiero.

Doña Rosa tuvo la bastante fuerza de voluntad para ahogar en el pecho su amor y no darse para con el aleve por entendida del agravio, y fue a devorar sus lágrimas en el retiro de los claustros de Santa Clara, donde la abadesa, que era muy su amiga, la aceptó como seglar pensionista, corruptela en uso hasta poco después de la Independencia. Raras veces se llenaba la fórmula de solicitar la aquiescencia del obispo o del vicario para que las rejas de un monasterio se abriesen, dando libre entrada a las jóvenes o viejas que, por limitado tiempo, decidían alejarse del mundo y sus tentaciones

Algo más. En 1611 concedióse a la sevillana doña Jerónima Esquivel que profesase solemnemente en el monasterio de las Descalzas de Lima sin haber comprobado en forma su viudedad. A poco llegó el marido, a quien se tenía por difunto, y, encontrado que su mujer y su hija eran monjas descalzas, resolvió él meterse fraile franciscano, partido que también siguió su hijo. Este cuaterno monacal pinta con elocuencia el predominio de la Iglesia en aquellos tiempos y el afán de las comunidades para engrosar sus filas, haciendo caso omiso de enojosas formalidades.

No llevaba aún el de San Javier un año de matrimonio, cuando aconteció la muerte de la marquesita. El viudo sintió renacer en su alma su antigua pasión por doña Rosa y solicitó de ésta una entrevista, la que después de alguna resistencia, real o disimulada, se le acordó por la noble reclusa.

El galán acudió al locutorio, se confesó arrepentido de su gravísima falta, y terminó solicitando la merced de repararla casándose con doña Rosa. Ella no podía olvidar que era madre, y accedió a la demanda del condesito; pero imponiendo la condición *sino qua non* de que el matrimonio se verificase en la portería del convento, sirviendo de madrina la abadesa.

No puso el de San Javier reparos, desató los cordones de la bolsa, y en una semana estuvo todo allanado con la curia y designado el día para las solemnes ceremonias de casamiento y velación.

Un altar portátil se levantó en la portería, el arzobispo dio licencia para que penetrasen los testigos y convidados de ambos sexos, gente toda de alto coturno; y el capellán de las monjas, luciendo sus más ricos ornamentos, les echó a los novios la inquebrantable lazada.

Terminada la ceremonia, el marido, que tenía coche de gala para llevarse a su costilla, se quedó hecho una estantigua al oír de labios de doña Rosa esta formal declaración de hostilidades:

—Señor conde, la felicidad de mi hijo me exigía un sacrificio, y no he vacilado para hacerlo. La madre ha cumplido con su deber. En cuanto a la mujer, Dios no ha querido concederla que olvide que fue vilmente burlada. Yo no viviré bajo el mismo techo del hombre que despreció mi amor y no saldré de este convento sino después de muerta.

El de San Javier quiso agarrar las estrellas con la mano izquierda, y suplicó y amenazó. Doña Rosa se mantuvo terca.

Acudió la madrina, y el marido, a quien se le hacía muy duro no dar un mordisco al pan de boda, la expuso su cuita, imaginándose encontrar en la abadesa persona que abogase enérgicamente en su favor. Pero la madrina, aunque monja, era mujer, y como tal comprendía todo lo que de altivo y digno había en la conducta de su ahijada.

—Pues, señor mío —le contestó la abadesa—, mientras estas manos empuñen el báculo abacial no saldrá Rosa del claustro sino cuando ella lo quiera.

El conde tuvo a la postre que marcharse desahuciado. Apeló a todo género de expedientes e influencias para que su mujer amainase, y cuando se

convenció de la esterilidad de su empeño por vías pacíficas y conciliatorias, acudió a los tribunales civiles y eclesiásticos.

Y el pleito duró años y años y se habría eternizado si la muerte del de San Javier no hubiera venido a ponerle término.

El hijo de doña Rosa entró entonces en posesión del título y hacienda de su padre; y la altiva limeña, libre ya de escribanos, procuradores, papel de sello y demás enguinfingalfas que trae consigo un litigio, terminó tranquilamente sus días en los tiempos de Abascal, sin poner pie fuera del monasterio de las clarisas.

¡Vaya una limeñita de carácter!

EL MEJOR AMIGO..., UN PERRO

I

APUESTO, lector limeño, a que entre los tuyos has conocido algún viejo de esos que alcanzaron el año del cometa (1807), que fue cuando por primera vez se vió en Lima perros con hidrofobia, y a que lo oíste hablar con delicia de la *Perla sin compañera.*

Sin ser yo todavía viejo, aunque en camino voy de serlo muy en breve, te diré que no sólo he oído hablar de ella, sino que tuve la suerte de conocerla, y de que cuando era niña me regalara rosquetes y confituras. ¡Como que fue mi vecina en el Rastro de San Francisco!

Pero entonces la *Perla* ya no tenía oriente, y nadie habría dicho que esa anciana, arrugada como higo seco, fue en el primer decenio del siglo actual la más linda mujer de Lima; y eso que en mi tierra ha sido siempre óptima la cosecha de buenas mozas.

Allá por los años de 1810 no era hombre de gusto, sino tonto de caparazón y gualdrapa, quien no la echaba un piropo, que ella recibía como quien oye llover, pues callos tenía el tímpano de oír palabritas melosas.

Yo no acertaré a retratarla, ni hace falta. Bástame repetir con sus contemporáneos que era bellísima, pluscuambellísima.

Hasta su nombre era precioso. Háganse ustedes cargo: se llamaba María Isabel.

Y, sobre todo, tenía un alma de ángel y una virtud a prueba de tentaciones.

Disfrutaba de cómoda medianía, que su esposo no era ningún potentado, ni siquiera título de Castilla, sino un modesto comerciante en lencería.

Eso sí, el marido era también gallardo mozo y vestía a la última moda, muy currutaco y muy echado para atrás. Los envidiosos de la joya que poseía por mujer, hallando algo que criticar en su garbo y elegancia, lo bautizaron con el apodo de *Niño de Gonces.*

La parejita era como mandada hacer. Imagínate, lector, un par de tortolitas amarteladas, y si te gustan los buenos versos te recomiendo la pintura que de ese amor hace Clemente Althaus [1], en una de sus más galanas poesías que lleva por título *Una carta de la Perla sin compañera.*

II

Llegó por ese año a Lima un caballero que andaba corriendo mundo y con el bolsillo bien provisto, pues se gastaba un dineral en sólo las *mixtureras.*

Después de la misa del domingo acostumbraban los limeños dar paseo por los portales de la plaza, bajo cuyas arcadas se colocaban algunas mulatas que vendían flores, mixturas, sahumerios y perfumes, y que aindamáis eran maestrísimas zurcidoras de voluntades.

Los marquesitos y demás jóvenes ricos y golosos no regateaban para pagar un doblón o media onza de oro por una matimoña, un tulipán, un arirumba, un ramo de claveles disciplinados, un pucherito de mixtura o un cestillo enano de capulíes, nísperos, manzanitas y frutillas con su naranjita de Quito en el centro.

Oigan ustedes hablar de esas costumbres a los abuelitos. El más modesto dice: «¡Vaya si me han comido plata las mixtureras! Nunca hice el domingo con menos de una pelucona. Los mozos de mi tiempo no éramos comineros como los de hoy, que cuando gastan un real piden *sencilla* o buscan el *medio vuelto.* Nosotros dábamos hasta la camisa casi siempre, sin interés y de puro rumbosos; y bastábanos con que fuera amiga nuestra la dama que pasaba por el portal para que echásemos la casa por la ventana, y allá iba el ramo o el pucherito, que las malditas mixtureras sabían arreglar con muchísimo primor y gusto. Y después, ¿qué joven salía de una casa el día de fiesta sin que las niñas le obsequiasen la pastillita de briscado o el nisperito con clavos de olor, y le rociaran el pañuelo con *agua rica,* y lo abrumasen con mil finezas de la *laya?* ¡Aquélla sí era gloria, y no la de estos tiempos de cerveza amarga y papel manteca [2]!»

Pero dejando a los abuelitos regocijarse con remembranzas del pasado, que ya vendrá para nuestra generación la época de imitarlos, maldiciendo del presente y poniendo por las nubes el ayer, sigamos nuestro relato.

Entre los asiduos concurrentes al Portal encontrábase nuestro viajero, cuya nacionalidad nadie sabía a punto fijo cuál fuese. Según unos, era griego; según otros, italiano, y no faltaba quien lo creyese árabe.

Llamábase Mauro Cordato. Viajaba sin criado y en compañía de un hermoso perro de aguas, del cual jamás se apartaba en la calle ni en visitas,

[1] *Clemente Althaus:* poeta romántico peruano. V. *La bohemia de mi tiempo* (*TPC,* 1312)

[2] *papel-manteca:* alusión humorística al papel moneda, entonces de reciente introducción.

y cuando concurría al teatro, compraba en la boletería entrada y asiento para su perro, que, la verdad sea dicha, se manejaba durante el espectáculo como toda una persona decente.

El animal era, pues, parte integrante o complementaria del caballero, casi su *alter ego;* y tanto, que hombres y mujeres decían con mucha naturalidad y como quien nada de chocante dice: «Ahí van Mauro Cordato y su perro».

III

Sucedió que un domingo, después de oir misa en San Agustín, pasó por el Portal la *Perla sin compañera,* de bracero con su dueño y señor el *Niño de Gonces.* Verla Mauro Cordato y apasionarse de ella furiosamente todo fue uno. Escopetazo a quemarropa y... ¡aliviarse!

Echóse Mauro a tomar lenguas de sus amigos y de las mixtureras más conocedoras y ladinas, y sacó en claro el consejo de que no perdiera su tiempo emprendiendo tal conquista, pues era punto menos que imposible alcanzar siquiera una sonrisa de la esquiva limeña.

Picóse el amor propio del aventurero, apostó con sus camaradas a que él tendría la fortuna de rendir la fortaleza, y desde ese instante, sin darse tregua ni reposo, empezó a escaramucear.

Pasaron tres meses, y el galán estaba tan adelantado como el primer día. Ni siquiera había conseguido que lo calabaceasen en forma, pues María Isabel no ponía pie fuera de casa sino acompañada de su marido; ni su esclava se habría atrevido, por toda la plata del Potosí, a llevarla un billete o un mensaje; ni en su salón entraba gente libertina, de este o del otro sexo, que era el esposo hombre que vivía muy sobre aviso y no economizaba cautela para alejar moros de la costa.

Mauro Cordato, que hasta entonces se habría creído sultán del gallinero, empezaba a llamar al diablo en su ayuda. Había el libertino puesto en juego todo su arsenal de ardides, y siempre estérilmente.

Y su pasión crecía de minuto en minuto. ¡Qué demonche! No había más que dar largas al tiempo, y esperar sin desesperarse, que por algo dice la copla:

Primero hizo Dios al hombre
y después a la mujer;
primero se hace la torre
y la veleta después.

IV

Acostumbraba María Isabel ir de seis en seis meses a la Recolección de los descalzos, donde a los pies de un confesor depositaba los escrúpulos de su alma, que en ella no cabía sombra de pecado grave.

En la mañana del 9 de setiembre de 1810 encaminóse, seguida de su esclava, al lejano templo.

Pero la casualidad, o el diablo, que no duerme, hizo que Mauro Cordato y su perro estuvieran también respirando la brisa matinal y paseándose por la extensa alameda de sauces que conducía a la Recolección franciscana.

El osado galán encontró propicia la oportunidad para pegarse a la dama de sus pensamientos, como pulga a la oreja, y encarecerla los extremos de la pasión que le traía sorbido el seso.

Pensado y hecho. El hombre no se quedó corto en alambicar conceptos; pero María no movió los labios para contestarle, ni lo miró siquiera, ni hizo de sus palabras más caso que del murmullo del agua de la Puente-Amaya.

Encocoróse Mauro de estar fraseando con una estatua, y cuando vio que la joven se encontraba a poquísima distancia de la portería del convento, la detuvo por el brazo, diciéndola:

—De aquí no pasas sin darme una esperanza de amor.

—¡Atrás, caballero! —contestó ella desasiéndose con energía de la tosca empuñada del mancebo—. Está usted insultando a una mujer honrada y que jamás, por nadie y por nada, faltará a sus deberes.

El despecho ofuscó el cerebro del aventurero, y sacando un puñal lo clavó en el seno de María.

La infeliz lanzó un grito de angustia, y cayó desplomada.

La esclava echó a correr, dando voces, y la casi siempre solitaria (hoy como entonces) Alameda fue a poco llenándose de gente.

Mauro Cordato, apenas vio caer a su víctima, se arrodilló para socorrerla, exclamando con acento de desesperación:

«¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho! He muerto a la que era vida de mi vida».

Y se arrancaba pelos de la barba y se mordía los labios con furor.

Entre tanto, la muchedumbre se arremolinaba gritando: «Al asesino, al asesino!», y a todo correr venía una patrulla por el beaterio del Patrocinio.

Mauro Cordato se vio perdido.

Sacó del pecho un pistolete, lo amartilló y se voló el cráneo.

Tableau!, como dicen los franceses.

V

La herida de la *Perla sin compañera* no fue mortal; pues, afortunadamente para ella, el arma se desvió por entre las ballenas del monillo. Como hemos dicho, la conocimos en 1839, cuando ya no era ni sombra de lo que fuera.

Hacía medio siglo, por lo menos, que no se daba en Lima el escándalo de un suicidio. Calcúlese la sensación que éste produciría. De fijo que pro-

porcionó tema para conversar un año; que, por entonces, los sucesos no envejecían, como hoy, a las veinticuatro horas.

Tan raro era un suicidio en Lima, que formaba época, digámoslo así. En este siglo, y hasta que se proclamó la Independencia, sólo había noticia de dos: el de Mauro Cordato y el de don Antonio de Errea, caballero de la orden de Calatrava, regidor perpetuo del Cabildo, prior del Tribunal del Consulado y tesorero de la acaudalada congregación de la O. Errea, que en 1816 ejercía el muy honorífico cargo de alcalde de la ciudad, llevaba el guión o estandarte en una de las solemnes procesiones de catedral, cuando tuvo la desdicha de que un cohete o volador mal lanzado le reventara en la cabeza, dejándolo sin sentido. Parece que, a pesar de la prolija curación, no quedó con el juicio muy en sus cabales, pues, en 1819, subióse un día al campanario de la Merced y dio el salto mortal. Los maldicientes de esa época dijeron... (yo no lo digo, y dejo la verdad en su sitio), dijeron... (y no hay que meterme a mí en la danza ni llamarme cuentero, chismoso y calumniador...). Conque decíamos que los maldicientes dijeron... (y repito que no vaya alguien a incomodarse y agarrarla conmigo) que la causa de tal suicidio fue el haber confiado Errea a su hijo político, que era factor de la real Compañía de Filipinas, una gruesa suma perteneciente a la congregación de la O, dinero que el otro no devolvió en la oportunidad precisa.

La iglesia dispuso que el cadáver de Mauro Cordato no fuera sepultado en lugar sagrado, sino en el cerrito de las Ramas.

Ni los compañeros de libertinaje, con quienes derrochara sus caudales el infeliz joven, dieron muestra de aflicción por su horrible desventura. Y eso que, en vida, contaba los amigos por docenas.

Rectifico. La fosa de Mauro Cordato tuvo durante treinta días un guardián leal que no permitió que se acercase nada a profanarla: que se mantuvo firme en su puesto, sin comer ni beber, como el centinela que cumple con la consigna y que al fin quedó sobre la tumba muerto de inanición.

Desde entonces, y no sin razón, los viejos de Lima dieron en decir: «El mejor amigo..., un perro».

UNA MOZA DE ROMPE Y RAJA

I

El primer papel moneda

Sin las noticias histórico-económicas que voy a consignar, y que vienen de perilla en estos tiempos de bancario desbarajuste, acaso sería fatigoso para mis lectores entender la tradición.

A principios de 1822, la causa de la Independencia corría grave peligro de quedar como la gallina que formó alharaca para poner un huevo, y ése huero. Las recientes atrocidades de Carratalá en Cangallo y de Maroto en Potosí, si bien es cierto que retemplaron a los patriotas de buena ley, trajeron algún pánico a los espíritus débiles y asustadizos. San Martín mismo, desconfiando de su genio y fortuna, habíase dirigido a Guayaquil en busca de Bolívar y de auxilio colombiano, dejando en Lima, el cargo del gobierno, al gran mariscal marqués de Torretagle.

Hablábase de una formidable conspiración para entregar la capital al enemigo; y el nuevo Gobierno, a quien los dedos se le antojaban huéspedes [1], no sólo adoptó medidas ridículas, como la prohibición de que usasen capa los que no habían jurado la Independencia, sino que recurrió a expedientes extremos y terroríficos. Entre éstos enumeraremos la orden mandando salir del país a los españoles solteros, y el famoso decreto que redactó don Juan Félix Berindoaga, conde de San Donás, barón de Urpín y oficial mayor de un ministerio. Disponía este decreto que los traidores fuesen fusilados y sus cadáveres colgados en la horca. ¡Misterios del destino! El único en quien, cuatro años más tarde, debió tener tal castigo cumplida ejecución fue en el desdichado Berindoaga, autor del decreto

Estando Pasco y Potosí en poder de los realistas, la casa de Moneda no tenía barras de plata que sellar, y entre los grandes políticos y financistas

[1] *los dedos se le antojaban huéspedes:* ser excesivamente suspicaz.

de la época surgió la idea salvadora de emitir papel moneda para atender a los gastos de la guerra. *Cada uno estornuda como Dios lo ayuda.*

El pueblo, a quien se le hacía muy cuesta arriba concebir que un retazo de papel puede reemplazar al metal acuñado, puso el grito en el séptimo cielo: y para acallarlo fue preciso que don Bernardo de Torretagle escupiese por el colmillo, mandando promulgar el 1º de febrero un bando de espantamoscas, en el cual se determinaban las penas en que incurrían los que, en adelante, no recibiesen de buen grado los billetes de a dos y cuatro reales, únicos que se pusieron en circulación.

La medida produjo sus efectos. El pueblo refunfuñaba, y poniendo cara de vinagre agachó la cabeza y pasó por el aro; mientras que los hombres de Palacio, satisfechos de su coraje para imponer la ley a la chusma, se pusieron, como dice la copla, del *coup de nez.*

en la nariz el pulgar
y los demás en hilera,
y. . . perdonen la manera
de señalar.

Sin embargo, temió el Gobierno que la mucha tirantez hiciera reventar la soga, y dio al pueblo una dedada de miel con el nombramiento de García del Río, quien marcharía a Londres para celebrar un empréstito, destinado a la amortización del papel y a sacar almas del purgatorio. El comercio, por su parte, no se echó a dormir el sueño de los justos, y entabló gestiones; y al cabo de seis meses de estudiarse el asunto, se expidió el 13 de agosto un decreto para que el papel (que andaba tan despreciado como los billetes de hoy) fuese recibido en la Aduana del Callao y el Estanco de Tabacos. ¡Bonito agosto hicieron los comerciantes de buen olfato! Eso sí que fue *andar al trote para ganarse el capote.*

Cierto es que San Martín no intervino directamente en la emisión del papel moneda; pero el cándido pueblo, que la da siempre de malicioso y de no tragar anchoveta por sardina, se le puso en el magín que el Protector había sacado la brasa por mano ajena, y que él era el verdadero responsable de la no muy limpia operación. Por eso, cuando el 20 de agosto, de regreso de su paseo a Guayaquil, volvió San Martín a encargarse del mando, apenas si hubo señales de alborozo público. Por eso también el pueblo de Lima se había reunido poco antes en la Plaza Mayor, pidiendo la cabeza de Monteagudo [2], quien libró de la borrasca saliendo camino del destierro. Obra de este ministro fue el decreto de 14 de diciembre de 1821 que creaba el Banco nacional de emisión.

Fue bajo el gobierno del gran mariscal Riva Agüero cuando, en marzo de 1823, a la vez que llegaba la noticia de quedar en Londres oleado y sacramentado el empréstito, resolvió el Congreso que se sellara (por primera

[2] *Monteagudo:* V. nota 1 de *Con días y ollas venceremos.*

vez en el Perú) medio millón de pesos en moneda de cobre para amortizar el papel, del que, después de destruir las matrices, se quemaron diariamente en la puerta de la Tesorería billetes por la suma de quinientos pesos, hasta quedar extinguida la emisión.

Así se puso término entonces a la crisis, y el papel con garantía o sin garantía del Estado, que para el caso da lo mismo, no volvió a parecer hasta que... Dios fue servido de enviarnos plétora de billetes de Banco y eclipse total de monedas. Entre los patriotas y los patrioteros hemos dejado a la patria en los huesos y como para el carro de la basura.

Pero ya es hora de referir la tradición, no sea que la pluma se deslice y entre en retozos y comparaciones políticas, de suyo peligrosas en los tiempos que vivimos.

II

La "Lunareja"

Mas desvergonzada que la Peta Winder de nuestros días fue, en 1822, una hembra, de las de navaja en la liga y pata de gallo en la cintura, conocida en el pueblo de Lima con el apodo de la *Lunareja*, y en la cual se realizaba al pie de la letra lo que dice el refrán:

Mujer lunareja,
mala hasta vieja.

Tenía la tal un tenducho o covachuela de zapatos en la calle de Judíos, bajo las gradas de la catedral. Eran las covachuelas unos chiribitiles subterráneos que desaparecieron hace pocos años, no sin resistencia de los canónigos, que percibían el arrendamiento de esas húmedas y feísimas madrigueras.

Siempre que algún parroquiano llegaba al cuchitril de Gertrudis la *Lunareja*, en demanda de un par de zapatos de orejita, era cosa de taparse los oídos con algodones para no escucharla echar por la boca de espuerta que Dios la dio sapos, culebras y demás sucias alimañas. A pesar del riguroso bando conminatorio, la zapatera se negaba resueltamente a recibir papelitos, aderezando su negativa con una salsa parecida a ésta:

—Miren, miren al ladronazo de *Ñó* San Martín, que, no contento con desnudar a la Virgen del Rosario, quiere llevarse la plata y dejarnos cartoncitos *imprentados*... ¡La perra que lo parió al muy pu...chuelero!

Y la maldita, que era *goda* hasta la médula de los huesos, concluía su retahila de insultos contra el Protector cantando a grito herido una copla del *mizmiz*, bailecito en boga, en la cual se le zurraba la badana al supremo delegado marqués de Torretagle.

Peste de pericotes
hay en tu cuarto;
deja la puerta abierta,
yo seré el gato.

¡Muera la patria!
¡Muera el marqués!
¡Que viva España!
¡Que viva el rey!

¡Canario! El cantarcito no podía ser más subversivo en aquellos días, en que la palabra *rey* quedó tan proscrita del lenguaje, que se desbautizó al peje-rey para llamarlo *peje-patria*, y al pavo real se le confirmó con el nombre de *pavo nacional*.

Los descontentos que a la sazón pululaban aplaudían las insolencias y obscenidades de la *Lunareja*, que propiedad de pequeños y cobardes es festejar la inmundicia que los maldicientes escupen sobre las espaldas de los que están en el poder. Así envalentonada la zapatera, acrecía de hora en hora el atrevimiento, haciendo *huesillo* [3] a los agentes de Policía, que, de cuando en cuando, la amonestaban para que no escandalizase al patriota y honesto vecindario.

Impuesta de todo la autoridad, vaciló mucho el desgraciado Torretagle para poner coto al escándalo. Repugnaba a su caballerosidad el tener que aplicar las penas del bando en una mujer.

El alcalde del barrio recibió al fin orden de acercarse a la *Lunareja* y reprenderla; pero ésta, que, como hemos dicho, tenía *lengua de barbero, afilada y cortadora*, acogió al representante de la autoridad con un aluvión de dicterios tales, que al buen alcalde se le subió la mostaza a las narices, y llamando a cuatro soldados hizo conducir, amarrada y casi arrastrando, a la procaz zapatera a un calabozo de la cárcel de la Pescadería. Lo menos que le dijo a su merced fue:

Usía y mi marido
van a Linares
a comprar cuatro bueyes:
vendrán tres pares

Vivos hay todavía y comiendo *pan de la patria* (que así llamaban en 1822 al que hoy llamamos pan de hogaza) muchos que presenciaron los verídicos sucesos que relatados dejo, y al testimonio de ellos apelo para que me desmientan, si en un ápice me aparto de la realidad histórica

[3] *hacer huesillo:* esta expresión no está registrada como americanismo, pero sí *huesillo*, 'durazno secado al sol" y, por lo tanto, arrugado. Es esta imagen la que predomina en el giro usado por Palma: "haciendo morisquetas, molestando".

Al siguiente día (22 de febrero) levantóse por la mañana en la Plaza Mayor de Lima un tabladillo con un poste en el centro. A las dos de la tarde, y entre escolta de soldados, sacaron de la Pescadería a la *Lunareja*

Un sayón o ministril la ató al poste, y le cortó el pelo al rape Durante esta operación lloraba y se retorcía la infeliz, gritando:

—¡Perdone mi amo Torretagle, que no lo haré más!

A lo que los *mataperritos* que rodeaban el tabladillo, azuzando al sayón que manejaba tijera y navaja, contestaban en coro:

Dele, maestro, dele,
hasta que cante el miserere.

Y la *Lunareja,* pensando que los muchachos aludían al estribillo del *miz-miz,* se puso a cantar, y como quien satisface cantando la palinodia:

¡Viva la patria
de los peruanos!
¡Mueran los godos,
que son tiranos!

Pero la granujada era implacable y comenzó a gritar con especial sonsonete:

¡Boca dura y pies de lana!
Dele, maestro, hasta mañana

Terminada la rapadura, el sayón le puso a Gertrudis una canilla de muerto por mordaza, y hasta las cuatro de la tarde permaneció la pobre mujer expuesta a la vergüenza pública.

Desde ese momento nadie se resistió a recibir el papel moneda.

Parece que mis palabras aprovecharon de la lección en cabeza ajena, y que no murmuraron más de las cosas gubernamentales.

III

El fin de una moza tigre

Cuando nosotros los insurgentes perdimos las fortalezas del Callao, por la traición de Moyano y Oliva, la *Lunareja* emigró al Real Felipe [1], donde Rodil la asignó sueldo de tres pesetas diarias y ración de oficial.

[1] *Real Felipe* la última plaza militar que defendieron los españoles en Lima. V *El fraile y la monja del Callao* (*TPC,* 1034).

El 3 de noviembre de 1824 fue día nefasto para Lima por culpa del *pantorrilludo* [5] Urdaneta, que proporcionó a los españoles gloria barata. El brigadier don Mateo Ramírez, de feroz memoria, sembró cadáveres de mujeres, y niños, y hombres inermes en el trayecto que conduce de la portada del Callao a las plazas de la Merced y San Marcelo. Las viejas de Lima se estremecen aún de horror cuando hablan de tan sangrienta hecatombe.

Gertrudis la *Lunareja* fue una de aquellas furiosas y desalmadas bacantes que vinieron ese día con la caballería realista que mandaba el marqués de Valleumbroso, don Pedro Zabala, y que, como refiere un escritor contemporáneo, cometieron indecibles obscenidades con los muertos bailando en torno de ellos la *mariposa* y el *agua de nieve* [6].

El 22 de enero de 1826, fecha en que Rodil firmó la capitulación del Callao, murió la *Lunareja,* probablemente atacada de escorbuto, como la mayoría de los que se encerraron en aquella plaza. Mas, por entonces, se dijo que la zapatera había apurado un veneno y preferido la muerte a ver ondear en los castillos el pabellón de la República.

La *Lunareja* exhaló el último aliento gritando: «¡Viva el rey!»

[5] *pantorrilludo:* peruanismo por "presuntuoso, fatuo".

[6] *agua de nieve:* baile negroide.

JUSTICIA DE BOLIVAR

A Ricardo Bustamante.

En junio de 1824 hallábase el ejército libertador escalonado en el departamento de Ancachs, preparándose a emprender las operaciones de la campaña que, en agosto de ese año, dio por resultado la batalla de Junín y cuatro meses más tarde el espléndido triunfo de Ayacucho.

Bolívar residía en Caraz con su Estado Mayor, la caballería que mandaba Necochea, la división peruana de La Mar, y los batallones Bogotá, Caracas, Pichincha y Voltíjeros, que tan bizarramente se batieron a las órdenes del bravo Córdova.

La división de Lara, formada por los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba cuarteles en la ciudad de Huaraz. Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que así eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Venus. A la vez que se alistaban para luchar heroicamente con el aguerrido y numeroso ejército realista, acometían en la vida de guarnición, con no menos arrojo y ardimiento, a las descendientes de los golosos desterrados del Paraíso.

La oficialidad colombiana era, pues, motivo de zozobra para las muchachas, de congoja para las madres y de cuita para los maridos; porque aquellos malditos militronchos no podían tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como más tarde el valiente Córdova: *Adelante, y paso de vencedor,* y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido menos escamado y quisquilloso. ¡Vaya si eran confianzudos los libertadores!

Para ellos estaban abiertas las puertas de todas las casas, y era inútil que alguna se les cerrase, pues tenían siempre su modo de matar pulgas y de entrar en ella como en plaza conquistada. Además, nadie se atrevía a tratarlos con despego: primero, porque estaban de moda; segundo, porque habría sido mucha ingratitud hacer ascos a los que venían desde las márgenes del Cauca y del Apure a ayudarnos a romper el aro y participar de nuestros reveses y de nuestras glorias, y tercero, porque en la *patria vieja* nadie quería sentar plaza de patriota tibio.

Teniendo la división Lara una regular banda de música, los oficiales, que, como hemos dicho, eran gente amiga del jolgorio, se dirigían con ella después de la lista de ocho a la casa que en antojo les venía, e improvisaban un baile para el que la dueña de la casa comprometía a sus amigas de la vecindad.

Una señora, a la que llamaremos la señora de Munar, viuda de un acaudalado español, habitaba en una de las casas próximas a la plaza en compañía de dos hijas y de dos sobrinas, muchachas todas en condición de aspirar a inmediato casorio, pues eran lindas, ricas, bien endoctrinadas y pertenecientes a la antigua aristocracia del lugar. Tenían lo que entonces se llamaba sal, pimienta, orégano y cominillo; es decir, las cuatro cosas que los que venían de la península buscaban en la mujer americana.

Aunque la señora de Munar, por lealtad sin duda a la memoria de su difunto, era goda y *requetegoda,* no pudo una noche excusarse de recibir en su salón a los caballeritos colombianos, que a son de música manifestaron deseo de armar jarana en el aristocrático hogar.

Por lo que atañe a las muchachas, sabido es que el alma les brinca en el cuerpo cuando se trata de zarandear a dúo el costalito de las tentaciones.

La señora de Munar tragaba saliva a cada piropo que los oficiales endilgaban a las doncellas, y ora daba un pellizco a la sobrina que se descantillaba con una palabrita animadora, o en voz baja llamaba al orden a la hija que prestaba más atención de la que exige la buena crianza de las garatusas de un libertador.

Media noche era ya pasada cuando una de las niñas, cuyos encantos habían sublevado los sentidos del capitán de la cuarta compañía del batallón Vargas, sintióse indispuesta y se retiró a su cuarto. El enamorado y libertino capitán, creyendo burlar al Argos de la madre, fuese a buscar el nido de la paloma. Resistíase ésta a las exigencias del tenorio, que probablemente llevaban camino de pasar de turbio a castaño oscuro, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que el oficial llevaba al cinto y le clavó la hoja en el costado.

Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la anciana señora de Munar.

El capitán se lanzó al salón cubriéndose la herida con las manos. Sus compañeros, de quienes era muy querido, armaron gran estrépito, y después de rodear la casa con soldados y de dejar preso a todo títere con faldas, condujeron al moribundo al cuartel.

Terminaba Bolívar de almorzar cuando tuvo noticia de tamaño escándalo y en el acto montó a caballo e hizo en poquísimas horas el camino de Caraz a Huaraz.

Aquél día se comunicó al ejército la siguiente

«ORDEN GENERAL. — Su Excelencia el Libertador ha sabido con indignación que la gloriosa bandera de Colombia, cuya custodia encomendó al batallón Vargas, ha sido infamada por los mismos que debieron ser más

celosos de su honra y esplendor, y en consecuencia, para ejemplar castigo del delito, dispone:

»1º El batallón Vargas ocupará el último número de la línea, y su bandera permanecerá depositada en poder del general en jefe hasta que, por una victoria sobre el enemigo, borre de dicho cuerpo la infamia que sobre él ha caído

»2º El cadáver del delincuente será sepultado sin los honores de ordenanza, y la hoja de la espada que Colombia le diera, para defensa de la libertad y la moral, se romperá por el furriel en presencia de la compañía».

Digna del gran Bolívar es tal orden general. Sólo con ella podía conservar su prestigio la causa de la Independencia y retemplarse la disciplina militar.

Sucre, Córdova, Lara y todos los jefes de Colombia se empeñaron con Bolívar para que derogase el artículo en que degradaba al batallón Vargas por culpa de uno de sus oficiales. El Libertador se mantuvo inflexible durante tres días, al cabo de los cuales creyó político ceder. La lección de moralidad estaba dada, y poco significaba ya la subsistencia del primer artículo.

Vargas borró la mancha de Huaraz con el denuedo que desplegó en Matará y en la batalla de Ayacucho.

Después de sepultado el capitán colombiano, dirigióse Bolívar a casa de la señora de Munar y la dijo:

—Saludo a la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debilidad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser goda, y contestó con entusiasmo:

—¡Viva el Libertador! ¡Viva la patria!

BOLIVAR Y EL CRONISTA CALANCHA

A Aurelio García y García

I

DESPUÉS de la batalla de Ayacucho había en el Perú gente que no daba el brazo a torcer; y que todavía abrigaba la esperanza de que el rey Fernando VII mandase de la metrópoli un ejército para someter a la obediencia a sus rebeldes vasallos. La obstinación de Rodil en el Callao y la resistencia de Quintanilla en Chiloé, daban vigor a esta loca creencia del círculo godo; y aun desaparecidos de la escena estos empecinados jefes, hubo en Bolivia, a fines de 1828, un cura, Salvatierra, y un don Francisco Javier de Aguilera que alzaron bandera por su majestad. Verdad es que dejaron los dientes en la tajada.

Lo positivo es que entre republicanos nuevos y monarquistas añejos había una de no entenderse, y cada cual tiraba de la manta a riesgo de hacerla jirones. No sin razón decía un propietario de aquellos tiempos: «*La madre patria* me ha quitado dinero y alhajas, y el *padre rey* [1], ganados y granos. No me queda más que el pellejo; ¿quién lo quiere?»

Existe en el campo de batalla de Ayacucho una choza o casuca habitada por Sucre el día de la acción. Pocas horas después de alcanzada la victoria, uno de los ayudantes del general puso en la pared esta inscripción:

9 de diciembre de 1824
postrer día del despotismo

Una semana más tarde se alojaba en la misma choza la marquesita de Mozobamba del Pozo, peruana muy goda, y añadía estas palabras:

Y primero de lo mismo

[1] *padre rey:* referencia humorística a San Martín, en oposición a España como *madre patria.*

En el Cuzco, último baluarte del virrey La Serna, había un partido compacto, aunque diminuto, por la causa de España. Componíanlo veinte o treinta familias de sangre azul como el añil, que no podían conformarse con que la República hubiera venido a hacer tabla rasa de pergamino y privilegios. Y tan cierto es que la política colonial supo poner raya divisoria entre conquistadores y conquistados, que para probarlo me bastará citar el bando que en 17 de julio de 1706 hizo promulgar la Real Audiencia disponiendo que ningún indio, mestizo, ni hombre alguno que no fuera español, pudiese traficar, tener tienda, ni vender géneros por las calles, por no ser decente que se ladeasen con los peninsulares que tenían ese ejercicio, debiendo los primeros ocuparse sólo de oficios mecánicos.

Mientras los patriotas usaban capas de colores oscuros, los recalcitrantes realistas adoptaron capas de paño grana; y sus mujeres, dejando para las insurgentes el uso de perlas y brillantes, se dieron a lucir zarcillos o aretes de oro.

Con tal motivo cantaban los patriotas en los bailes populares esta redondilla:

¡Tanta capa colorada
y tanto zarcillo de oro!...
Si fuera la vaca honrada
cuernos no tuviera el toro.

A la sazón dirigióse al Cuzco el Libertador Bolívar, donde el 26 de junio de 1825 fue recibido con gran pompa, por entre arcos triunfales y pisando alfombras de flores. Veintinueve días permaneció don Simón en la ciudad de los Incas, veintinueve días de bailes, banquetes y fiestas. Para conmemorar la visita de tan ilustre huésped se acuñaron medallas de oro, plata y cobre con el busto del Padre y Libertador de esta tierra peruana, tan asendereada después.

Bolívar estaba entonces en la plenitud de su gloria, y de aquí el retrato que de él nos ha legado un concienzudo historiador, y que yo tengo la llaneza de copiar:

«Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era franco y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete. Aunque sus maneras eran buenas y sin afectación, a primera vista no predisponía mucho en su favor. Sus ojos, negros y penetrantes; pero al hablar no miraba de frente Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada La expresión de su semblante, cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter, viciado por adulación, arrogante, caprichoso y con ligera propensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo; pero extremadamente celoso Tenía gran afición a valsear, y era muy ligero; pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de eti

queta. Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo, dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba grandes convites; pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria».

El mariscal Miller, que trató con intimidad a Bolívar, y Lorente [2] y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerlo, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citar el testimonio de muchísimos próceres de la Independencia que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado.

El viajero Laffond dice: «Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. Aunque su lenguaje fuese algunas veces grosero, esa grosería era afectada, pues la empleaba para darse un aire más militar».

Casi igual retrato hace el general don Jerónimo Espejo, quien en un interesantísimo libro, publicado en Buenos Aires en 1873, sobre la entrevista de Guayaquil, refiere, para dar idea de la vanidad de Bolívar, que en uno de los banquetes que se efectuaron entonces dijo el futuro Libertador: «Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo». Francamente, nos parece sospechoso el brindis, y perdone el venerable general Espejo que lo sujetemos a cuarentena. Bolívar pudo ser todo, menos tonto de capirote.

Otro escritor, pintando la arrogancia de Bolívar y su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo [3], en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste se lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón, y volviendo la cara hacia el grupo de acompañantes, gritó: «Un criado que reciba el sombrero de su excelencia».

En cuanto al retrato que de Bolívar hace Pruvonena [4], lo juzgamos desautorizado y fruto del capricho y de la enemistad política y personal.

II

Pasadas las primeras y más estrepitosas fiestas, quiso Bolívar examinar si los cuzqueños estaban contentos con sus autoridades; y a cuantos lo visi-

[2] *Lorente:* V. nota 1 de *Las orejas del alcalde.*

[3] *Monteagudo:* V. nota 1 de *Con días y ollas venceremos.*

[4] *Pruvonena:* anagrama *(Un peruano)* del mariscal José de la Riva-Agüero. V. la primera parte de *Una moza de rompe y raja.*

taban, pedía informes sobre el carácter, conducta e ideas políticas de los hombres que desempeñaban algún cargo importante.

Como era natural, recibía informes contradictorios. Para unos, tal empleado era patriota, honrado e inteligente; y el mismo, para otros, era godo, pícaro y bruto.

Sin embargo, hubo un animal presupuestívoro (léase empleado) de quien *nemine discrepante* todos, grandes y chicos, se hacían lenguas para recomendarlo al Libertador.

Maravillado Bolívar de encontrar tal uniformidad de opiniones, llegó a menear la cabeza, murmurando entre dientes:

—¡La pim...pinela! No puede ser.

Y luego, alzando la voz, preguntaba:

—¿Juega?

—Ni a las tabas ni a la brisca, excelentísimo señor.

—¿Bebe?

—Agua pura, excelentísimo señor.

—¿Enamora?

—Es marido ejemplar, excelentísimo señor.

—¿Roba?

—Ni el tiempo, excelentísimo señor.

—¿Blasfema?

—Cristiano viejo es, señor excelentísimo, y cumple por cuaresma con el precepto.

—¿Usa capa colorada?

—Más azul que el cielo, excelentísimo señor.

—¿Es rico?

—Heredó unos terrenos y una casa y, ayudado con el sueldecito, pasa la vida a tragos, excelentísimo señor.

Aburrido, Bolívar ponía fin a su interrogatorio lanzando su favorita y ya histórica interjección.

Cuando se despedía el visitante, dirigíase el general a su secretario don Felipe Santiago Estenós:

—¿Qué dice usted de esto, doctorcito?

—Señor, que no puede ser —contestaba el hábil secretario—. Un hombre de quien nadie habla mal es más santo que los que hay en los altares.

—¡No —insistía don Simón—, pues yo no descanso hasta tropezar con alguien que ponga a ese hombre como nuevo!

Y su excelencia llamaba a otro vecino, y vuelta al diálogo y a oír las mismas respuestas, y torna a despedir al informante y a proferir la interjección consabida.

Así llegó el 25 de julio, víspera del día señalado por Bolívar para continuar su viaje triunfal hasta Potosí, y las autoridades y empleados andaban temerosas de una *poda* o reforma que diese por resultado traslaciones y cesantías

A media noche salió el Libertador de su cuarto, con un abultado libro forrado en pergamino, y gritando como un loco:

—¡Estenós! ¡Estenós! Ya saltó la liebre.

—¿Qué liebre, mi general? preguntó, alelado, el buen don Felipe Santiago.

—Lea usted lo que dice aquí este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de la Grecia. ¡Boliviano había de ser' —añadió con cierta burlona fatuidad.

Estenós tomó el libro. Era la *Crónica Agustina,* escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

El secretario leyó en el infolio: *No es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperen, ni nada bueno que le envidien.*

Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente raciocinio:

—O ese individuo es un intrigante contemporizador, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o un memo a quien todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos, no sirve para el servicio, como dice la ordenanza.

En cuanto a los demás empleados, desde el prefecto al portero, no hizo el Libertador alteración alguna.

¿Tuvo razón Bolívar?

Tengo para mí que el agustino Calancha... no era fraile de manga ancha

QUINTA SERIE

EL AHIJADO DE LA PROVIDENCIA

I

El cuarto monarca del Perú, en la dinastía incásica, allá por los años de 1170, se detuvo con su ejército en un valle despoblado, pero amenísimo, al que llamó *Ari-qquepas,* que quiere decir *quedémonos aquí;* pero el padre Blas Valera, nacido en el Cuzco y muy entendido en las lenguas quichua y aimará, sostiene que *Arequipa* significa *Trompeta sonora;* porque *qquepan* llamaban los indios a un caracol marino del que usaban a guisa de trompa bélica.

Dicho Inca repartió terrenos entre tres mil familias, las que fundaron los caseríos o pueblos de Yanahuara, Caima, Tlabaya, Paucarpata, Socayaba, Characato, Chiguata y otros.

Fue a fines de 1539 cuando Francisco Pizarro comisionó al capitán Pedro Anzures Henríquez de Camporredondo, soldado muy experimentado, hombre de gran juicio v suficiencia, y del que ningún historiador cita nada que lo deshonre o haga odiosa su memoria, para que fundase la actual ciudad del Misti con el nombre de *Villa de la Asunción de Nuestra Señora del Valle Hermoso,* desatendiendo a los que opinaban que la fundación debía hacerse a inmediaciones de la caleta de Quilca.

Los españoles que para tal misión acompañaron a Camporredondo, aparte de veinticinco soldados obscuros, fueron don Garci-Manuel de Carvajal, nombrado teniente gobernador de la villa, y los capitanes Miguel Cornejo (el Bueno), Marcos Retamoso, Jerónimo de Villegas, Martín López, Pedro Pizarro (el Historiador), Fernando de Ribera, Francisco Madueño, Alonso de Luque, Hernando Alvarez de Carmona, Juan Navarro y Pedro Godínez, entre los que se distribuyeron los cargos del Cabildo, tocando el empleo de alguaciles mayores a Nicolás de Almazán y al caballero de espuela dorada don Juan de la Torre. Algunos de ellos figuran entre los conquistadores a quienes tocó parte del rescate de Atahualpa, y otros entre los que más se

comprometieron en las banderías de almagristas y pizarristas. Por supuesto que fueron muy favorecidos con solares, para edificar sus casas, y con excelentes terrenos de sembradío.

Parece que Pizarro no quería tener cerca de sí mucha gente de pluma, porque también envió para que fundasen la villa a los licenciados Escobedo, Cuéllar, León, Alvaro de Toledo y Juan de San Juan, y a los bachilleres Francisco Rodríguez, Pedro Blasco y Cristóbal Tovilla. No es, pues, de extrañar que, abundando los leguleyos trapisondistas, hayan salido los hijos de Arequipa aficionadillos a estudios jurídicos y a la chicana del foro. *Quien lo hereda no lo hurta.*

No tenía la villa un año de fundada cuando Carlos V, por cédula de 22 de diciembre de 1540, la elevaba a la categoría de ciudad, dándole escudo de armas, en el que se ve un grifo que en la mano trae una bandera, en la cual se lee este mote: *Del Rey.*

Nada entendido en heráldica el demócrata que esto escribe, atiénese a la explicación que sobre tal alegoría da un cronista. Dice que la inscripción de la bandera expresa la posesión que el rey tomó de Arequipa, y que al colocar aquélla, no bajo los pies, sino en la mano del grifo, quiso el monarca manifestar su aprecio por la ciudad, no pisándola como a vasallo, sino dándola la mano como a favorecida. Si hay quien lo explique mejor, que levante el dedo.

Por la conducta que observó Arequipa en las guerras civiles de los conquistadores, mereció de Felipe II, entre otras distinciones, el título de *Noble y Leal.*

Hablando de las aristocráticas pretensiones de los arequipeños, y con carácter de proverbio, decíase en Lima: *Arequipa, ciudad de dones, pendones y muchachos sin calzones;* y si no miente don Bernardino de Pimentel, duque de Frías, he aquí el origen del refrán, tal como lo relata en el librejo que lleva por título *Deleite de la discreción.* El ejemplar que he consultado se encuentra en la Biblioteca Nacional.

Diz que a la puerta de una posada se hallaba un muchacho vestido de harapos en circunstancias de llegar, caballero en briosa mula, un fraile de campanillas, el cual, dirigiéndose al mozalbete, dijo:

—Mancebo, téngame el estribo y daréle un real de cruz.

Ofendióse el de los harapos, y contestó:

—Padre, mida sus expresiones, y sépase que habla con don Fulano de Tal, de Tal y de Tal.

Y vomitó hasta media docena de apellidos. A lo que el fraile contestó con mucha flema:

—Pues señor don Fulano de Tal, de Tal y de Tal, vuesa merced se vista como se llama o llámese como se viste.

Y si ello es embuste o invención, no me pidan cuenta los arequipeños, que es el duque, y no yo, quien lo refiere.

Si he traído a cuento este cardumen de datos históricos ha sido tanto por hacerlos populares cuanto porque, en la tradición que voy a contar, campa Alonso de Luque (a quien ya he nombrado entre los fundadores), conocido por *el abijado de la Providencia*.

II

Por los años de 1560 daba, en Arequipa, motivo a popular alboroto la venta de pescado fresco en la recova o plaza de abasto. Esto se explica teniendo en consideración la distancia que hay de la ciudad al mar, así como la escasez de pesca en esa costa.

Aunque no a precio tan fabuloso como en Potosí, donde un *robalo* se pagó en miles de duros, el pescado se vendía en Arequipa bastante caro para que sólo fuese plato de ricos.

Una mañana, en la Cuaresma de ese año, presentóse en la plaza un pescador con un cesto de *corvinas*, las que a poco rato hallaron compradores que pagaron sin regatear.

Quedaba la última, y disputábanse la posesión de ella un fraile dominico, cuyo nombre calla la crónica, y Alonso de Luque, el conquistador, anciano generalmente estimado, y que, por su familia en el reino de León, ostentaba escudo de armas, castillo de oro en gules y ocho armiños negros por orla.

—Perdone su paternidad —decía Luque—, el pescado es mío, que en tres duros lo tengo conchabado.

—Pero no pagado —argüía el fraile—, y la prenda es del primero que da por ella *pecunia numerata;* pues como dice el proverbio, *no sirve faré, faré, que más vale un toma que dos te daré*.

Alonso de Luque se quedó bizco oyendo el latinajo, recelando que él encerrase algún versículo de la Biblia o, por lo menos, un texto de los Santos Padres. Sin embargo, balbució, echando mano a la corvina:

—Será todo lo que su reverencia diga y quiera, pero no porque me haya dejado en casa la bolsa deja mi palabra de ser buena moneda.

—Hágase a un lado el viejo irreverente y no falte al respeto a un ministro del Señor —contestó amoscado el fraile, poniendo también mano sobre el objeto del litigio.

Alonso de Luque tiraba de la cabeza y el dominico de la cola.

De pronto éste alzó la mano que le quedaba libre, y sin ser obispo confirmó a su contendor.

Luque, que había dado pruebas de su bravura en los campos de batalla y desafiado la muerte en muchas ocasiones, se sintió poseído de coraje y llevó la diestra a la empuñadura de su espada.

Pero en aquellos tiempos era inmenso el prestigio que sobre los españoles ejercía un hábito monacal, y el audaz soldado de la conquista tembló como un niño ante la idea de incurrir en excomunión si maltrataba o hería al ungido del Señor.

Entonces, desesperado, sacó la hoja, que era de finísimo acero de Toledo, y poniendo sobre ella el pie, exclamó:

—No volveré a usarte, pues inútil me eres para procurarme desagravio.

La espada se partió en dos trozos, quedando el de la empuñadura en manos de Luque, y, ¡juicios misteriosos de Dios!, el pedazo de la punta rebotó, clavándose en el antebrazo del dominico, que, olvidando la mansedumbre a que por sus votos y condición estaba obligado, se dejó arrebatar de la ira hasta el punto de abofetear a un honrado y respetable anciano.

Fue, pues, el cielo quien se encargó de desagraviar a Alonso de Luque, y de aquí el porqué llamaban a éste en Arequipa *el ahijado de la Providencia*

FRAY JUAN SIN MIEDO

TENTADO estuve de llamar a esta tradición cuento de viejas, pues más arrugada que una pasa fue la mujer a quien en mi infancia oí el relato. Pero registrando manuscritos en la Biblioteca Nacional, encontréme uno titulado *Crónica de la Religión Agustina en esta provincia del Perú desde 1657 hasta 1721, por fray Juan Teodoro Vásquez,* donde está largamente narrada la tradición. El libro del padre Vázquez es continuación de los cronistas Calancha y Torres, y hay en esa obra noticias curiosísimas que dan luz sobre muchos acontecimientos notables de la época colonial. ¡Lástima es que tal libro permanezca inédito!

Por los años de 1640 vino de Extremadura a estos reinos del Perú un mozo a quien llamaban en Lima *Juan Sin Miedo.* Dedicóse al comercio sin lograr en él cosa de provecho, porque el extremeño era muy para nada y de un talento más tupido que caldo de habas.

Fincaba el tal su vanidad en ser el hombre más terne que desde los tiempos del Cid produjeron las Españas, y raro era el día en que, por s. fueron tejas o tejos, no anduviese al morro con el prójimo y repartiendo trancazos y mojicones. Perseguido una vez por pendenciero, escapó de caer en manos de alguaciles tomando asilo en los claustros de San Agustín.

Como no había corrido sangre ni valía un pepino la querella, la justicia no volvió a acordarse de él; pero Juan, que había cobrado gusto por la vida holgazana y regalada del convento, se avino a vestir el hábito de lego, aunque sin renunciar por eso a sus humos de matón.

Dice el padre Vázquez, en elogio de este hermano, que era puntual en el cumplimiento de sus deberes monásticos, sobrio, honesto y adornado de varias virtudes; pero conviene en que traía al retortero a sus iguales por la irascibilidad de su carácter, que lo impulsaba a cortar toda disputa, empleando como canta la copla:

¡Santo Cristo del garrote,
leña del cuerpo divino!

Los superiores estaban ya hartos de amonestarlo, y si no le daban pasaporte era por consideración a sus buenas cualidades, y porque esperaban que el tiempo venciese en él la propensión camorrista.

Costumbre era en Lima, cuando fallecía alguna persona de distinción, que velasen el cadáver dos religiosos del convento en cuyas bóvedas debía ser sepultado. Tocóle, pues, a *Juan Sin Miedo* ir una noche a llenar esta tarea acompañando al padre Farfán de Rivadeneira, que era uno de los sacerdotes más caracterizados de la religión agustina.

Después de agasajados por la familia nuestros dos religiosos con un buen cangilón de chocolate acompañado de bizcochos, pasaron a la habitación donde, sobre una tarima cubierta de terciopelo y en medio de cuatro cirios, yacía el finado.

Era más de media noche cuando, fatigado del rezo y de encomendar el alma, empezó el sueño a apoderarse del padre Farfán de Rivadeneira, quien, después de encargar al hermano lego que no pestañease, se recostó sobre el único estrado del cuarto, y a poco se quedó profundamente dormido.

El sueño es contagioso; porque viendo el lego que su superior roncaba como diz que sólo los frailes saben hacerlo, empezó a dar bostezos de a cuarta, y decidióse a tomar también la horizontal. A falta de mejor lecho, acostóse en la tarima del cadáver, y empujando a éste, dijo con aire de chunga y como para que el desacato de la acción llevase un realce en las palabras:

—Hermano difunto, hágase a un lado, que para dormir ya no le sirve la cama y déjemela por un rato, que si tiene sueño de muerto, yo estoy muerto de sueño.

Dicho esto, sin sobresalto del ánimo ni asco en lo físico, acomodó la cabeza en la almohada del cadáver. A éste no debió de agradarle la compañía, porque (maravíllate, lector) se puso inmediatamente sobre sus puntales.

Juan Sin Miedo abrió tamaños ojos; pero, sin perder los bríos, le dijo:

—¿Qué es eso, señor hidalgo? ¿Estaba vuesa merced dormido o viene del otro mundo a algún negocio que se le había olvidado? Acuéstese como pueda y durmamos en paz, si no quiere que le sirva de *despenador*.

Antes de continuar digamos lo que en muchos pueblos del Perú se conocía por *despenador*. Era el de éste un oficio como otro cualquiera, y ejercíase con muy buenos emolumentos en esta forma:

Cuando el curandero del lugar desahuciaba a un enfermo y estaba éste aparejado para el viaje, los parientes, deseando evitarle una larga y dolorosa agonía, llamaban al *despenador* de la comarca. Era el sujeto, por lo general, un indio de feo y siniestro aspecto, que habitaba casi siempre en el monte o en alguna cueva de los cerros. Recibía previamente dos o cuatro pesos, según los teneres del moribundo, sentábase sobre el pecho de éste, cogíale la cabeza, e introduciéndole la uña, que traía descomunalmente cre-

cida, en la *hoya* del pescuezo, lo estrangulaba y libraba de penas en menos de un periquete.

A Dios gracias, hace cincuenta años que murió en Huacho el último despenador, y el oficio se ha perdido para siempre.

Sigamos con la tradición.

El muerto, que no quería compartir su lecho con alma viviente, cogió uno de los candelabros que sustentaban los cirios y lo lanzó sobre el hermano Juan, con tan buen acierto, que lo privó de sentido.

Al estrépito despertó el sacerdote, acudió la familia, y hallaron que el difunto había vuelto a su condición de cadáver, y junto a él, poco menos que descalabrado, yacía el lego agustino.

Aquí comenta y concluye el padre Vázquez citando la autoridad del padre Farfán de Rivadeneira, que también escribió sobre el suceso un libro que se ha perdido: «Dios determinó este golpe, no para ruina, sino para corrección de aquella alma soberbia e iracunda engañada por Satanás. Restituído el hermano a su claustro, tornóse cordero manso el antes furioso león».

Agrega la tradición que *Juan Sin Miedo* cambió este nombre por el de *Juan del Susto;* y si no miente, que mentir no puede, el ilustre cronista padre Vázquez, definidor del convento, lector de la Universidad pontificia, regente mayor, visitador de libros y librerías, y fraile, en fin, de más campanillas que mula madrina, alcanzó nuestro lego a morir en olor de santidad, que tengo para mí ha de ser algo así como olor a rosas y verbena inglesa.

LA PROCESION DE ANIMAS DE SAN AGUSTIN

No HAY limeño que, en su infancia, no haya oído hablar de la procesión de ánimas de San Agustín. Recuerdo que antes que tuviésemos alumbrado de gas no había hija de Eva que se aventurase a pasar, dada la medianoche, por esa plazuela sin persignarse previamente, temerosa de un encuentro con las ciudadanas del purgatorio.

Ni Calancha ni su continuador el padre Torres hablan en la *Crónica Agustina* de esta procesión, y eso que se refieren cosas todavía más estupendas. Sin embargo, en el *Suelo de Arequipa convertido en cielo* se relata del alcalde ordinario don Juan de Cárdenas algo muy parecido a lo que voy a contar.

A falta, pues, de fuente más auténtica, ahí va la tradición, tal como me la contó una vieja muy entendida en historias de duendes y almas en pena.

I

Alcalde del crimen por los años 1697 era don Alfonso Arias de Segura, hijo de los reinos de España y hombre que se había conquistado en el ejercicio de su cargo la reputación de severo hasta rayar en la crueldad. Reo que caía bajo su férula no libraba sino con sentencia de horca, que, como ven ustedes, no era mal librar. Con él no había circunstancias atenuantes ni influencias de faldas o bragas. Y en esta su intransigencia y en el terror que llegó a inspirar fincaba el señor alcalde su vanidad.

Habitaba su señoría en la casa fronteriza a la iglesia de San Agustín, y hallábase una noche, a hora de las nueve, leyendo un proceso, cuando oyó voces que clamaban socorro. Cogió don Alfonso sombrero, capa y espada, y seguido de dos alguaciles echóse a la calle, donde encontró agonizante a un joven de aristocrática familia, muy conocido por lo pendenciero de su genio y por el escándalo de sus aventuras galantes.

Junto al moribundo estaba un pobre diablo que vestía hábito de lego agustino, con un puñal ensangrentado en la mano.

Era éste un indiecillo de raquítica figura, capaz por lo feo de dar susto a una noche oscura, al que todo Lima conocía por el hermano *Cominito*. Era el lego generalmente querido por lo servicial y afectuoso de su carácter, así como por su reputación de hombre moral y devoto. El repartía al pueblo los *panecitos de San Nicolás*, y por esa causa gozaba de más popularidad que el Gobierno.

Incapaz, por la mansedumbre de su espíritu, de matar una rata, regresaba al convento después de cumplir una comisión del padre provincial, cuando acudió en auxilio del herido, y creyendo salvarlo le quitó el puñal del pecho, acto caritativo con el que apresuró su triste fin.

Viéndolo así armado, nuestro alcalde le dijo:

—¡Ah, pícaro asesino! ¡Date a la justicia!

La intimación asustó de tal modo al hermano *Cominito*, que, poniendo pies en polvorosa, se entró en la portería del convento. Siguióle el alcalde, echando ternos, y dióle alcance en el corredor del primer claustro.

Alborotáronse los frailes, que, encariñados con *Cominito*, sacaron a lucir un arsenal de argumentos y latines en defensa de su lego y de la inmunidad del asilo claustral; pero Arias de Segura no entendía de algórgoras, y *Cominito* fue a dormir en la cárcel de corte, escoltado por una jauría de alguaciles, gente de buenos puños y de malas entrañas.

Al día siguiente principió a formarse causa. Las apariencias condenaban al preso. Se le había encontrado puñal en mano junto al difunto y emprendió la fuga, como hacen los delincuentes, al presentársele la justicia. *Cominito* negó, poniendo por testigos a Dios y sus santos, toda participación en el crimen; pero en aquellos tiempos la justicia disponía de un recurso con cuya aplicación resultaba criminal de cuenta cualquier papamoscas. Después de un cuarto de rueda que le hizo crujir los huesos, se declaró *Cominito* convicto y confeso de un delito que, como sabemos, no soñó en cometer. La tortura es argumento al que pocos tienen coraje para resistir.

Queda, pues, sobrentendido que el terrible alcalde, a quien bastaba con una sombra de delito para dar ocupación al verdugo, sentenció a *Cominito* a ser ahorcado por el pescuezo.

Llegó la mañana en que la vindicta pública debía ser satisfecha. Al pueblo se le hizo muy cuesta arriba creer en la criminalidad del lego, y se formaron corrillos en el Portal de Botoneros para arbitrar la manera de libertarlo. Los agustinos, por su parte, no se descuidaban, y a la vez que azuzaban al pueblo conseguían conquistar al verdugo, no sé si con indulgencias o con relucientes monedas.

Ello es que al pie de la horca, y entregado ya al ejecutor, éste, en un momento propicio, le dijo al oído:

—Ahora es tiempo, hermano. Corre, corre, que no hay galgos que te pillen.

Cominito, que estaba inteligenciado de que el pueblo lo protegería en su fuga, emprendió la carrera en dirección de las gradas de la catedral para alcanzar la puerta del Perdón. El pueblo le abría paso y lo animaba con sus gritos.

Pero el infeliz había nacido predestinado para morir en la ene de palo. El alcalde Arias de Segura desembocaba a caballo por la esquina de la Pescadería a tiempo que el fugitivo llevaba vencida la mitad del camino. Don Alfonso aplicó espuelas al animal, y atropellando al pueblo lanzóse sobre *Cominito* y le echó la zarpa encima.

El verdugo murmuró:

—Por mí no ha quedado: ese alcalde es un demonio.

Y cumplió su ministerio, y *Cominito* pasó a la tierra de los calvos.

Y qué verdad tan grande la que dijo el poeta que zurció estos versos:

La vida es comparable a una ensalada,
en que todo se encuentra sin medida:
que unas veces resulta desabrida
y otras, hasta el fastidio, avinagrada.

II

La víspera de estos sucesos, un criado del conde *** se presentó en casa del alcalde Arias de Segura y puso en sus manos una carta de su amo. Don Alfonso, a quien asediaban los empeños en favor de *Cominito,* la guardó sin abrirla en un cajón del escritorio, murmurando:

—Esos agustinos no dejan eje por mover para que prevarique y se tuerza la justicia. ¡Mucha gente es la frailería!

Despachado ya el lego para el viaje eterno, entró en su casa el alcalde después de las diez de la noche, y acordándose de la carta despegó la oblea. El firmante escribía desde su hacienda, a quince leguas de Lima:

«Señor licenciado: Cargo de conciencia se me hace no estorbar que tan sesuda y noble persona como vuesa merced se extravíe por celo y amor a la justicia. El devoto agustino, que en carcelería mantiene, está inocente de culpa. Agravios en mi honra me autorizaron para hacer matar a un miserable. Otra conducta habría sido dar publicidad al deshonor, y no lavar la mancha. Vuesa merced tome acuerdo en su hidalguía y sobresea en la causa, dejando en paz al muerto y a los vivos. Nuestro Señor conserve y aumente en su santo servicio la magnífica persona de vuesa merced. A lo que vuesa merced mandare.— *El conde de* ***».

Conforme avanzaba en la lectura de esta carta, el remordimiento se iba apoderando del espíritu de don Alfonso. Había condenado a un inocente y

por no haber leído en el momento preciso la fatal carta tenía un crimen en su conciencia. Su orgullo de juez lo había cegado.

La cabeza del alcalde era un volcán. Se ahogaba en la tibia atmósfera del dormitorio, y necesitaba aire que refrescase su cerebro. Abrió una celosía del balcón y recostóse en él de codos, con la frente entre las manos.

Sonó la medianoche, y don Alfonso dirigió una mirada hacia la iglesia fronteriza. Lo que vio heló la sangre en sus venas, y quedóse como figura de paramento El templo estaba abierto y de él salía una larga procesión de frailes con cirios encendidos. Don Alfonso quiso huir, pero una fuerza misteriosa lo mantuvo como clavado en el sitio.

Entre tanto, la procesión adelantaba por la plazuela, salmodiando el fúnebre *miserere*, y se detenía bajo el balcón.

Entonces Arias de Segura pudo, al resplandor fatídico de las luces, contemplar, en vez de rostros, descarnadas calaveras, y que los cirios eran canillas de difuntos. Y de pronto cesaron las voces, y uno de aquellos extraños seres, dirigiéndose al alcalde, le dijo:

—¡Ay de tí, mal juez! Por tu soberbia has sido injusto, y por tu soberbia has sido feroz con nuestro hermano que gime en el purgatorio, porque tú lo hiciste dudar de la justicia de Dios. ¡Ay de ti, mal juez!

Y tres campanadas de la gran campana de la torre resonaron siniestramente, poniendo término a la procesión de ánimas. La campana era generalmente llamada en Lima *la Mónica*, nombre de la madre de San Agustín.

Y continuó su camino la procesión alrededor de la plazuela, hasta perderse en las naves del templo.

III

¿Sería esto una alucinación del cerebro de don Alfonso? Lo juicioso es dejar sin respuesta la pregunta y que cada cual crea lo que su espíritu le dicte.

Por la mañana un criado encontró a don Alfonso privado de sentido en el frío piso del balcón. Al volver en sí refirió a los deudos y amigos que lo cuidaban la escena de la procesión, y el relato se hizo público en la ciudad.

Pocos días más tarde don Alfonso Arias de Segura hizo dimisión de la vara y tomó el hábito de novicio de la Compañía de Jesús, donde es fama que murió devotamente.

Hubo más. Dos viejas declararon, con juramento, que desde la calle de San Sebastián habían visto las luces de los cirios, y ante tan autorizado testimonio no quedó en Lima prójimo que no creyera a puño cerrado en la procesión de ánimas de San Agustín.

Y a propósito de procesión de ánimas, es tradicional entre los vecinos del barrio de San Francisco que los lunes salía también una de la capilla de la Soledad, y que habiéndose asomado a verla cierta vieja grandísima pe-

cadora, sucedióla que al pasar por su puerta cada fraile encapuchado apagaba el cirio que en la mano traía, diciéndole:

—Hermana, guárdeme esta velita hasta mañana.

La curiosa se encontró así depositaria de casi un centenar de cirios, proponiéndose en sus adentros venderlos al día siguiente, sacar subido producto, pues artículo caro era la cera, y mudar de casa antes que los aparecidos vinieran a fastidiarla con reclamaciones. Mas al levantarse por la mañana encontróse que cada cirio se había convertido en una canilla y que la vivienda era un camposanto u osario. Arrepentida la vieja de sus culpas, consultóse con un sacerdote que gozaba fama de santidad, y éste le aconsejó que escondiese bajo el manto un niño recién nacido, y que lo pellizcase hasta obligarlo a llorar cuando se presentara la procesión. Hízole así la ya penitente vieja, y gracias al ardid no se la llevaron las ánimas benditas por no cargar también con el mamón, volviendo las canillas a convertirse en cirios que iba devolviendo a sus dueños.

Francamente, no puede ser más prosaico este siglo diecinueve en que vivimos. Ya no asoma el diablo por el cerrito de las Ramas, ya los duendes no tiran piedras ni toman las casas por asalto, ya no hay milagros ni apariciones de santos, y ni las ánimas del purgatoro se acuerdan de favorecernos siquiera con una procesioncita vergonzante. Lo dicho: con tanta prosa y con el descreimiento que nos han traído los masones [1], está Lima como para correr de ella.

[1] *los masones:* todo este pasaje y la alusión a los masones son profundamente sarcásticos y prueban la ambigüedad de la visión de Palma: considera la época colonial mas "poética" e interesante que el siglo XIX, aunque su ingenua religiosidad le parezca criticable. Palma perteneció a la logia masónica desde los años de su destierro en Chile. V. nota 1 de *Un virrey y un arzobispo.*

CREO QUE HAY INFIERNO

CURA de San Juan de Lurigancho por los años de 1790 era fray Nepomuceno Cabanillas, religioso de la Orden dominica y fanático como un musulmán. Ejercía sobre sus feligreses una autoridad más despótica que la del soberano de todas las Rusias, y un mandato suyo era tanto o más acatado que una real cédula de Carlos IV. Prohibió bajo pena de excomunión que en su parroquia se bailasen el *Bateque-bate*, el *Don Mateo* y la *Remensura*, y por empeño de una su confesada, chica de faldellín de raso y peineta de cacho con lentejuelas, consistió en tolerar el *Agua de nieve* [1], el *Gatito Miz-Miz* y el *Minué*.

Allí nadie dejaba de oír misa el domingo, ni de cumplir con el precepto por la Cuaresma, ni, por supuesto, hubo títere que escapara de pagar con puntualidad diezmos y primicias. Mucho hombre fue su paternidad. Por un quítame allá esa paja amenazaba al prójimo con excomunión o con hacerlo tostar por sus señorías los inquisidores.

Dueño de la única cantina o pulpería del pueblo era un andaluz, el cual, vendiendo bacalao y vino peleón, iba bonitamente rellenando la hucha. Aunque el cura decía que era ese hombre un bote de malicias, la verdad es que Pepete no pasaba de ser un pobre diablo, que hablaba mucho y mal y que, sin respetos por nadie, salpicaba la conversación con dicharachos tabernarios y tacos más redondos que una bola.

La cantina de Pepete era el lugar de tertulia de los seis u ocho notables del pueblo, y de vez en cuando el padre cura no desdeñaba honrarla con su presencia, aunque las gracias del andaluz no le caían muy en gracia. El andaluz rasgueaba lindamente la guitarra y cantaba:

La prima del cura
de Chuchurumbel,
por no hacer dos camas,
se acuesta con él

1 *Agua de nieve:* V. nota 6 de *Una moza de rompe y raja*

Amoscado un día fray Nepomuceno por ciertas palabrillas un sí es no es irreligiosas que se le escaparon al cantinero, levantóse de la silla y dijo:

—Pepete, hombre, tú vas a tener mal fin si no sientas la cabeza. Véndeme un cuartillo de pajuela, y que Dios te dé luz.

El cura puso un real sobre el mostrador, mientras el andaluz cortaba un trozo de la cuerda azufrada que los fósforos han venido a proscribir para siempre. Pepete buscó en el cajón de la venta moneda menuda para dar vuelta al fraile, y no encontrándola, dijo:

—Lleve no más su merced la pajuela, que otro día pagará.

—Convenido, Pepete; y si no te pago en esta vida, será en la otra.

—¡Alto, padre! —interrumpió el andaluz—. Venga la pajuela, que si para allá me emplaza, hacerme trampa quiere. Yo no fío para que me paguen en el infierno, es decir, nunca.

—¡Hereje! ¿No crees en el infierno?

—¡Qué he de creer, padre! ¿Soy yo tozudo? Eso del infierno es cuento de frailes borrachos para embaucar beatas, ¡qué cuerno!

Y por este tono empezó a enfrascarse la querella.

El cura se empeñó en probar por $a+b$ que hay infierno, purgatorio y limbo, esto es, tres cárceles penitenciarias. El andaluz se encaprichó en no dejarse convencer, y puso por los pies de los caballos al Padre Santo de Roma y a todos los que en la cristiandad se visten por la cabeza como las mujeres, con no poco escándalo de los tertulios, que se persignaban a cada despropósito o interjección cruda que largaba el muy zamarro.

Al fin, aburrióse el padre Cabanillas y salió de la cantina diciendo:

—Ahora verás, pícaro hereje, si hay infierno.

Y encontrando al paso al sacristán, añadió:

—Jerónimo, hijo, sube a la torre y toca a excomunión.

Y en efecto. Un minuto después la campana doblaba y los vecinos acudieron al templo, y diz que el cura, suprimiendo fórmulas de ritual y moniciones, fulminó excomunión en toda regla.

Pepete se vio desde ese instante en gravísimo peligro; pues los feligreses se habían congregado en el atrio de la parroquia y resuelto por unanimidad de votos quemarlo vivo, disintiendo sólo sobre el sitio donde debían encender la hoguera. Unos opinaban que en la plaza y otros que en las afueras del pueblo, y tanto se acaloraron en la discusión, que casi se arma una de cachete y garrotazo.

El cantinero sintió frío de terciana ante el amago de justicia popular, y queriendo evitar que después de quemado saliese algún cristiano con el despapucho de que aquella barbaridad había sido *lección tremenda pero justa,* ensilló el caballejo y a todo correr se vino a Lima.

Solicitó una entrevista con el arzobispo, le contó la cuita en que se hallaba y le pidió humildemente que arbitrara forma de salvarlo. Su ilustrísima tomó las informaciones del caso, y pasados algunos días despachó a Pepete, acompañado del clérigo secretario, con carta para fray Nepomuceno,

en la cual se le ordenaba alzar la excomunión, previa penitencia que el andaluz se allanaba a hacer.

Tuvo, pues, Pepete, no sólo que confesarse y recibir en la espalda desnuda tres ramalazos con una vara de membrillo, sino que (¡y ésta es la gorda!), para que viviese en gracia de Dios, se le forzó a contraer matrimonio con una hembra de peor carácter que un tabardillo entripado, con la cual hacía meses mantenía no sé qué brujuleos pecaminosos. Item (y el ítem es cola de pavo real) la novia le tría una suegra más feroz que tigre cebado.

Desde entonces, Pepete se dió un par de puntadas en la boca y no volvió a meterse en filosofías. A lo sumo, cuando su mujer le armaba un tiberio y la suegra le arañaba, se conformaba con murmurar:

—¡Vaya si tuvo razón el padre cura! Ahora sí que creo en el infierno, porque, con suegra y mujer, lo tengo metido en casa.

UNA ASTUCIA DE ABASCAL

I

QUE EL excelentísimo señor virrey don Fernando de Abascal y Souza, caballero de Santiago y marqués de la Concordia, fue hombre de gran habilidad es punto en que amigos y enemigos que alcanzaron a conocerlo está de acuerdo. Y por si alguno de mis contemporáneos lo pone en tela de juicio, bastaráme para obligarle a arriar bandera referir un suceso que aconteció en Lima a fines de 1808; es decir, cuando apenas tenía Abascal año y medio de ejercicio en el mando.

Regidor de primera nominación, en el Cabildo de esta ciudad de los reyes, era el señor de ***, ¿de qué? No estampo el nombre por miedo de verme enfrascado en otro litigio *pati-gallináceo* [1]... Llamémoslo H ***.

Su señoría el regidor H *** era de la raza de las cebollas. Tenía la cabeza blanca y el resto verde; esto es, que a pesar de sus canas y achaques todavía galleaba y se le alegraba el ojo con las tataranietas de Adán. Hacía vida de solterón, tratábase a cuerpo de príncipe, que su hacienda era pingüe, y su casa y persona estaban confiadas al cuidado de una ama de llaves y de una legión de esclavos.

Una mañana, cuando apuraba el señor de H *** la jícara del sabroso chocolate del Cuzco con canela y vainilla, presentósele un pobre diablo, vendedor de alhajas, con una cajita que contenía un alfiler, un par de arracadas y tres anillos de brillantes. Recordó el sujeto que la Pascua se aproximaba y que para entonces tenía compromiso de obsequiar esa fruslería a una chica que lo traía engatusado. Duro más, duro menos, cerró trato por cien onzas de oro, guardó la cajita y despidió al mercader con estas palabras·

Bien, mi amigo; vuélvase usted dentro de ocho días por su plata

[1] *pati-gallináceo: pata de gallo* es, en sentido figurado, "despropósito, dicho necio o impertinente", según el *DRAE.* Quizá sea ésta otra alusión de Palma al *affaire* provocado por su trabajo sobre Monteagudo. V. nota 1 de *Con días y ollas venceremos*

Llegó el día del plazo, y tras éste, otro y otro, y el acreedor no lograba hablar con su deudor: unas veces porque el señor había salido, otras porque estaba con visita de gente de copete, y al fin porque el negro portero no quiso dejarlo pasar del zaguán. Abordólo al cabo una tarde en la puerta del Cabildo, y a presencia de varios de sus colegas le dijo:

Dispénseme su señoría si no pudiendo encontrarlo en su casa, me le hago presente en este sitio, que los pobres tenemos que ser importunos.

¿Y qué quiere el buen hombre? ¿Una limosna? Tome, hermano, y vaya con Dios.

Y el señor H *** sacó del bolsillo una peseta.

—¿Qué es eso de limosna? —contestó, indignado, el acreedor—. Págueme usía las cien onzas que me debe.

—¡Habráse visto desvergüenza de pícaro! —gritó un regidor—. A ver, alguacil. Agárreme usted a este hombre y métalo en la cárcel.

Y no hubo otro remedio. El infeliz protestó; pero como las protestas del débil contra el fuerte son agua de malvas, con protesta y todo fue nuestro hombre por veinticuatro horas a chirona por desacato a la caracterizada persona de un municipal o *municipillo.*

Cuando lo pusieron en libertad, anduvo el pobre con su queja de Caifás a Pilatos; pero como no presentaba testigos ni documentos, lo calificó el uno de loco y el otro de bribón.

Llegó el caso a oídos del virrey, y éste hizo ir secretamente a Palacio a la víctima, le interrogó con minuciosidad y le dijo:

—Vaya usted tranquilo y no cuente a nadie que nos hemos visto. Le ofrezco que, para mañana, o habrá recobrado sus prendas o irá por seis meses a presidio como calumniador.

II

Exceptuando las noches de teatro, al que Abascal sólo por enfermedad u otro motivo grave dejaba de concurrir, recibía de siete a diez a sus amigos de la aristocracia. La linda Ramona, aunque apenas frisaba en los catorce años, hacía con mucha gracia los honores del salón, salvo cuando veía correr por la alfombra un ratoncillo. Tan melindrosa era la mimada hija de Abascal, que su padre prohibió quemar cohetes a inmediaciones de Palacio, porque al estallido acometían a la niña convulsiones nerviosas. ¡Repulgos de muchacha engreída! Corriendo los años no se asustó con los mostachos de Pereira, un buen mozo a quien mandó el rey para hacer la guerra a los insurgentes, y que no hizo en Perú más que llegar y besar, conquistando en el acto la mano y el corazón de Ramona y volviéndose con su costilla para España. ¡Buen calabazazo llevaron todos los marquesitos y condesitos de Lima que bailaban por la chica el *agua de nieve!* Aquella noche concurrió, como de costumbre, el señor de H *** a la tertulia palaciega. El virrey agarróse mano a mano en conversación con él, pidióle un polvo, y su señoría

le pasó la caja de oro con cifras de rubíes. Abascal sorbió una narigada de rapé, y por distracción, sin duda, guardó la caja ajena en el bolsillo de la casaca

De repente Ramona empezó a gritar. Una arañita *morroñosa* se paseaba por el raso blanco que tapizaba las paredes del salón, y Abascal, con el pretexto de ir a traer agua de melisa o el frasquito del vinagre de los siete ladrones, que es santo remedio contra los nervios, escurrióse por una puertecita, llamó al capitán de la guardia de alabarderos y le dijo:

—Don Carlos, vaya usted a casa del señor de H *** y dígale a Conce, su ama de llaves, que por señas de esta caja de rapé, que dejará usted en poder de ella, manda su patrón por la cajita de alhajas que compró hace quince días, pues quiere enseñarlas a Ramoncica, que es lo más curiosa que en mujer cabe.

III

A las diez de la noche regresó a su casa el señor H ***, y la ama de llaves le sirvió la cena. Mientras su señoría saboreaba un guiso criollo, doña Conce, con la confianza de antigua doméstica, le preguntó:

—¿Y qué tal ha estado la tertulia, señor?

—Así, así. A la cándida de la Ramona le dió la pataleta, que eso no podía faltar. Esa damisela es una doña Remilgos y necesita un marido de la cáscara amarga, como yo, que con una paliza a tiempo estaba seguro de curarla de espantos. Y lo peor es que su padre es un viejo pechugón, que me *codeó* un polvo y se ha quedado con mi caja de los días de fiesta.

—No, señor. Aquí está la caja, que la trajo uno de los oficiales de Palacio.

—¿A qué hora, mujer?

—Acababan de tocar las ocho en las Nazarenas, y obedeciendo el recado que usted me enviaba, le di al oficial la cajita.

—Tú estás borracha, Conce. ¿De qué cajita me hablas?

—¡Toma! De la de alhajas que compró usted el otro día.

El señor de H *** quedó como herido por un rayo. Todo lo había adivinado.

A los pocos días emprendió viaje para el Norte, donde poseía un valioso fundo rústico, y no volvió a vérsele en Lima.

Por supuesto que comisionó antes a su mayordomo para que pagase al acreedor.

El caballero Abascal recomendó al capitán de alabarderos y al dueño de las alhajas que guardasen profundo secreto; pero la historia llegó a saberse con todos sus pormenores por aquello de que *secreto de tres, vocinglero es.*

SEXTA SERIE

LOS TRES MOTIVOS DEL OIDOR

EL 27 de octubre de 1544 estaban los vecinos de Lima que no les llegaba la camisa al cuello. Y con razón, eso sí.

Al levantarse de la cama y abrir puertas para dar libre paso a la gracia de Dios, se hallaron con la tremenda noticia de que Francisco de Carbajal [1], sin ser de nadie sentido, se había colado en la ciudad con cincuenta de los suyos, puesto en prisión a varios sujetos principales tildados de amigos del virrey Blasco Núñez, y ahorcado, no como quiera, a un par de pobres diablos, sino a Pedro del Barco y Machín de Florencia, hombres de fuste, y tanto que fueron del número de los primeros conquistadores, es decir, de los que capturaron a Atahualpa en la plaza de Cajamarca.

Carbajal previno caritativamente a los vecinos de Lima que estaba resuelto a seguir ahorcando prójimos y saquear la ciudad si ésta no aceptaba por gobernador del Perú a Gonzalo Pizarro, quien, con el grueso de su ejército, se encontraba esperando la respuesta a dos leguas de camino.

Componían a la sazón la Real Audiencia los licenciados Cepeda, Tejada y Zárate, pues el licenciado Alvarez había huído el bulto, declarándose en favor del virrey. Asustados los oidores con la amenaza de Carbajal, convocaron a los notables en Cabildo. Discutióse el punto muy a la ligera, pues no había tiempo que perder en largos discursos ni en flores de retórica, y extendióse acta reconociendo a Gonzalo por gobernador.

Cuando le llegó turno de firmar al oidor Zárate, que, según Palentino, era un viejo chocho, empezó por dibujar una †, y bajo de ella, antes de estampar su garabato, escribió: *Juro a Dios y a esta † y a las palabras de los Santos Evangelios que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo*

[1] *Francisco de Carbajal:* V. *El verdugo real del Cuzco* y *El Demonio de los Andes (TPC, 76)*.

Vivía el oidor Zárate en compañía de una hija, doña Teresa, moza de veinte años muy lozanos, linda desde el zapato hasta la peineta, y que traía en las venas todo el ardor de su sangre andaluza, causa más que suficiente para barruntar que el estado de doncellez se la iba haciendo muy cuesta arriba. La muchacha, cosa natural en las rapazas, tenía su quebradero de cabeza con Blasco de Soto, alférez de los tercios de Carbajal, quien la pidió al padre y vió rechazada la demanda, que su merced quería para marido de su hija hombre de cuadal saneado. No se descorazonó el galán con la negativa, y puso su cuita en conocimiento de Carbajal.

—¡Cómo se entiende! —gritó furioso don Francisco—. ¡Un oidor de mojiganga desairar a mi alférez, que es un chico como unas perlas! Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopín, no te atortoles, que o no soy Francisco de Carbajal, o mañana te casas. Yo apadrino tu boda, y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, *que el amor es el vino que más presto se avinagra;* pero eso no es cuenta mía, sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicaréis hasta que se gaste la pizarra.

Y el maestre de campo enderezó a casa del oidor, y sin andarse con dibujos de escolar pidió para su ahijado la mano de la niña. El pobre Zárate se vió comido de gusanos, balbució mil excusas y terminó dándose a partido. Pero cuando el notario le exigió que suscribiese el consentimiento, lanzó el buen viejo un suspiro, cogió la pluma de ganso y escribió: *Conste por esta señal de la † que consiento por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Así llegó a hacerse proverbial en Lima esta frase. *Los tres motivos del oidor,* frase que hemos recogido de boca de muchos viejos y que vale tanto como aquella de las noventa y nueve razones que alegaba el artillero para no haber hecho una salva: —Razón primera, no tener pólvora.—Guárdese en el pecho las noventa y ocho restantes.

A poco del matrimonio de la hija, cayó Zárate gravemente enfermo de disentería, y en la noche que recibió la Extremaunción llegó a visitarlo Carbajal y le dijo:

—Vuesa merced se muere porque quiere. Déjese de galenos y bébase, en tisana, una pulgarada de polvos de cuerno de unicornio, que son tan eficaces para su mal como huesecito de santo.

No, mi señor don Francisco —contestó el enfermo—; me muero, no por mi voluntad, sino por tres motivos...

No los diga, que los sé —interrumpió Carbajal, y salió riéndose del aposento del moribundo.

LA EXCOMUNION DE LOS ALCALDES DE LIMA

I

EN MITAD de la calle del Milagro había, por los años de 1717, una casa de humilde apariencia, vecina a la de Pilatos [1].

Ocupaban la casita del Milagro una vieja con más pliegues y arrugas que camisolín de novia, y su sobrina Jovita, la chica más linda para quien amasaban pan los panaderos de esa época.

Doña O, que tal era el nombre de la tía, era beata de la Orden Tercera y de aquellas que, al andar por la calle, se inclinan con frecuencia al suelo para separar las pajitas, diciendo, como la *ña Catita* de una preciosa comedia de Manuel Segura [2]:

...aquí hay una cruz:
no la vayan a pisar.

Doña O no admitía en su casa más visita masculina que la de algunos frailes cogotudos y la de don Alonso Esquivel, con quien la vieja andaba en arreglos para casarlo con la sobrina. Pero Jovita se había encaprichado en no querer para marido a hombre que, amén de peinar canas y sufrir de reuma gotoso, exhalaba olor a cera de sacristía. Decía la mocita que los viejos son como los cuernos: duros, huecos y retorcidos. Melindres aparte, yo diré a ustedes en confianza que si la niña hacía fieros al cascado galán era por tener sus dares y tomares con un buen mozo llamado don Juan Manuel Ballesteros, por quien doña O experimentaba más tirria que el diablo por el agua bendita. Jovita era tan firme en su querer, que no parece sino que para ella se escribieron estas coplas:

1 *de Pilatos:* la Casa de Pilatos es una casona colonial que todavía se conserva en Lima. Palma explica el origen de su nombre en la tradición *La Casa de Pilatos (TPC,* 360).

2 *Manuel Segura:* Manuel Ascensio Segura (1805-1871), el mayor comediógrafo peruano de su época. V. *La bohemia de mi tiempo* (TPC, 1304).

El Padre Santo de Roma
me dijo que no te amara,
y le dije: —Padre mío,
aunque me recondenara.

Y el padre·Santo me dijo
que te deje, que te deje,
y contesté: —Padre mío,
con la muerte, con la muerte.

El don Alonso Esquivel había sido secretario de cartas y favorito del virrey arzobispo don fray Diego Morcillo Rubio de Auñón, en los cincuenta días que duró su gobierno hasta la llegada del príncipe de Santo Buono, nombrado virrey en propiedad. Después del interinato político pasó Esquivel a desempeñar el empleo de mayordomo de su ilustrísima, quien a la sazón se preparaba para regresar a su diócesis de La Plata. Además, el de Esquivel blasonaba de nobleza y lucía escudo cortado: el primer cuartel en oro con un águila en sable, y el segundo en azur con cuatro barras de oro, que son las armas del apellido Esquivel. Como se ve, no era don Alonso ningún majagranzas pobretón, sino todo un personaje.

Entre la tía, que patrocinaba los amores de éste, y la sobrina, reacia en desahuciarlo, sosteníase diariamente cruda batalla. Baste, para formar idea del carácter de esa lucha, el oír parte de la conversación que, en la tarde del 16 de junio de 1717, tenían en la puerta de calle la beata y su protegido:

—Fibra, mi señora doña O, mucha fibra, si no quiere usted que esa descocada y ese mozo libertino hagan *chichirimico* de nosotros. Córtela usted las trenzas, y al convento con ella, que ya la madre abadesa sor Estefanía de los Clavos está prevenida y se pinta sola para domeñar doncellitas levantiscas.

—Así se hará como vuesa merced me lo aconseja, mi señor don Alonso. Mañana mismo dormirá Jovita en las bernardas de la Santísima Trinidad.

—*Amén* y hasta la noche, que daré la vuelta, trayéndole la licencia del vicario para que la moza sea recibida en el santo claustro. Beso a usted la mano, mi señora doña O.

—Acompañe Dios al caballero.

II

Tocaban las ocho en San Francisco cuando tía y sobrina salían de la Salve de la Soledad.

En la plazuela, oscurísima como es de imaginarse en aquellos tiempos en que no se conocía en Lima sistema alguno de alumbrado público, encontrábase un embozado, quien con el disimulo propio de experto conquistador se acercó a Jovita, la dió una carta y recibió otra. Por supuesto que doña O no echó de ver aquella actividad de estafetas, que gente moza y enamoradiza se la pega hasta al demonio en figura de beata y semisuegra.

El galán siguió su camino y entró en la botica de la esquina, donde había constante tertulia de ociosos jugando a las damas o murmurando de la vida ajena. Allí, a la luz del farolillo, leyó este billetico:

«Juan, sálvame, por Dios. Mañana me cierra la tía en la Trinidad. Esta noche traerá don Alonso la licencia».

Ballesteros quedóse gran rato pensativo, y luego, como quien ha adoptado una resolución, despidióse de los contertulios, que tenían sus cinco sentidos puestos en el tablero, engolfados en un lance de *dama chancho*, y enderezó a la calle del Milagro.

En ese instante don Alonso Esquivel llegaba a la puerta de la casa de Jovita cuando se le interpuso un embozado.

—Una palabra, señor mayordomo.

—Hable, señor mío.

—Vuesa merced trae encima un papel que, ¡por Dios vivo!, ha de entregarme.

—Hablara vuesa merced con buenos modos, y acaso nos enredáramos en razones; pero mire cómo ha de ser, que yo a impertinencias tales no acostumbro dar respuesta.

Y don Alonso volvió la espalda y se dispuso a pasar el quicio de la puerta; mas Ballesteros le cogió del brazo y le hundió en el pecho la hoja de su daga.

Esquivel se desplomó, gritando:

—¡Muerto soy!... ¡Cristo me valga!

III

El asesino emprendió la fuga y tomó asilo en el convento de los padres Descalzos, donde contaba con deudos y amigos que lo amparasen.

Alcalde de primer voto era don García de Híjar y Mendoza, conde de Villanueva del Soto, noble tan de primera agua, que en su escudo de gules ostentaba nada menos que las armas de Aragón y Navarra, favorecedor de Esquivel e íntimo amigo del trinitario Rubio de Auñón. Su señoría alborotó a los cabildantes, y los dos alcaldes ordinarios se dirigieron a los frailes Descalzos reclamando la persona del reo; pero los religiosos contestaron con un arsenal de latines. Los alcaldes, a quienes poco se les alcanzaba de la lengua de Horacio y Cicerón, hicieron caso omiso de textos y versículos, y seguidos de escribanos y alguaciles encamináronse a los Descalzos, pusieron esbirros en el cerrito de las Ramas y penetraron en la iglesia, donde Ballesteros se había refugiado al pie de un altar y abrazádose a un crucifijo. Los alcaldes nada respetaron, y el pobre don Juan Manuel, atado codo con codo, fue conducido a la cárcel de la Pescadería.

El arzobispo de Lima don Antonio de Zuloaga y el Cabildo eclesiástico, que por entonces tenían sus quisquillas con el Cabildo de la ciudad y que además no partían de un confite con el señor Rubio de Auñón (quien, corriendo los años, llegó también a ser arzobispo de Lima, y les puso las

peras a cuarto a los canónigos), tomaron la cosa muy a pechos, e inmediatamente mandaron tocar entredicho en todas las iglesias de Lima y notificar a los alcaldes, dándoles una hora de plazo para devolver el reo al santo asilo. Aquello era un proceder muy ejecutivo. Nada de pañitos calientes.

Aunque los alcaldes alegaron después, en su defensa, que no habían recibido en hora oportuna la notificación, la verdad es que se hicieron sordos a ella, y sin pararse en barras sometieron al infeliz Ballesteros a cuestión de tormento, que no debió ser muy blando, porque el reo se les quedó entre las manos tan muerto como Mahoma.

Pero a las ocho de la noche de este día, que fue el 21 de junio, sus señorías los alcaldes ordinarios sintieron frío de terciana, y estaban sin tener quien les valiese ni santo a quien encomendarse. «Con horror y estrépito nunca visto —dice un cronista— efectuóse esa noche la tremenda ceremonia de anatema, que se ejecutó procesionalmente con cruz alta y cirios verdes».

Allí fué el crujir de dientes. Ni el virrey, ni los oidores, ni los cabildantes atinaban a salvar la situación.

Cuéntase del arzobispo virrey, y aun creemos haberlo leído en la *Vida de la madre Antonia,* fundadora de Nazarenas, que cuando le presentaron la real licencia para la erección del monasterio, dijo: «¡No en mis días!, que las nazarenas son malas para beatas y peores para monjas». Y, en efecto, la fundación vino a autorizarse en tiempos del virrey marqués de Castelfuerte, no sin oposición del arzobispo de Lima, que lo era a la sazón el que como mandatario político había dicho: «¡No en mis días!»

Hemos apuntado este hecho para probar que el señor Rubio de Auñón no contaba con muchas simpatías entre la gente devota, y, por tanto, la muerte de su mayordomo era menos lamentada por el pueblo que el infortunio de su matador. Los excomulgados alcaldes se vieron comidos de piojos, y gracias que libraron de que la beatería los hiciese trizas. Lima estaba casi amotinada contra ellos, y el virrey príncipe de Santo Buono, que no las tenía todas consigo, empezaba a desesperar.

Por fin, el día 23 se reunió, bajo la presidencia del arzobispo Zuloaga, un consejillo de teólogos, el que, más por ruegos del virrey y porque no tomase mayores creces la turbulencia popular, convino, tras larga y acalorada discusión, en que el cura del Sagrario absolviese a los alcaldes.

Después de humillación tamaña todavía les cayó otra más gorda a los alcaldes. El rey les envió un *pax-christi* de esos de chuparse los dedos de gusto, y como quien dice: «Ahítate, glotón, con esas guindas», los privaba perpetuamente de ejercer cargos de justicia y los multaba en mil duros, amén de otras pequeñas gurruminas envueltas en frasecitas de acíbar y rejalgar.

IV

—Y ¿qué me dice usted de Jovita y de doña O?

—¡Hombre! ¡Vaya una curiosidad impertinente! Supongo que la chica se consolaría y que a la vieja se la llevaría Pateta.

LAS BRUJAS DE ICA [1]

I

Tierra de buenas uvas y de eximias brujas llamaban los antiguos limeños a la que, en este siglo, fue teatro de los milagros del venerable fray Ramón Rojas, generalmente conocido por *El padre Guatemala* y sobre cuya canonización por Roma se trata con empeño.

Yo no creo en más hechizos que en los que naturalmente tiene una cara de buena moza. Toda mujer bonita lleva en sus ojos un par de diablitos familiares que a nosotros los varones nos hacen caer en más de una tentación y en renuncios de grueso calibre.

Pero el pueblo iqueño es dado a creer en lo sobrenatural, y ni con tiranas carretas se le hace entender que es mentira aquello de que las brujas viajan por los aires, montadas en cañas de escoba, y que hacen maleficios, y que leen sin deletrear en el libro del porvenir como yo en un mamotreto del otro siglo.

Verdad es que la Inquisición de Lima contribuyó mucho a vigorizar la fama de brujas que disfrutaban las iqueñas. Aquí están mis *Anales,* donde figuran entre las penitenciadas muchas prójimas oriundas de la villa de Valverde y de cuyas marrullerías no quiero ocuparme en este artículo, porque no digan que me repito como bendición de obispo.

II

El primer brujo que floreció en Ica (allá por los años de 1611) merecía más bien el título de astrólogo. Era blanco, de mediana estatura, pelo castaño, nariz perfilada, hablaba muy despacio y en tono sentencioso y ejercía la profesión de curandero.

1 V. *Los endiablados.*

Era el Falb de su siglo, gran pronosticador de temblores y muy diestro en agorerías.

Parece que aun intentó escribir un libro, a juzgar por las siguientes líneas, extractadas de una carta que dirigió a un amigo:

«*Modo de conocer cuándo un año será abundante en agua.*— Se observa el aspecto que presenta el cielo el 1º de enero en la tarde, y si éste es color *cañapatito* será un buen año de agua».

Explica, además, la abundancia del agua, cuando no ocurre aquella condición, como prerrogativa de los años bisiestos.

Califica también los años de *solarios* o *lunarios*, según la mayor o menor influencia del Sol y la Luna.

«*¿Cómo se sabrá cuándo pueda declararse una epidemia?*— Para esto —dice— no hay más que fijarse si en el mes de febrero se forman o no remolinos en el aire. En el primer caso es segura la peste, siendo de notarse que la viruela, por ejemplo, donde primero aparece es en las hojas de la parra».

No deja de ser curiosa la teoría del astrólogo iqueño sobre las lluvias. «Las nubes —decía— no son otra cosa que masas semejantes a una esponja, que tiene la cualidad de absorber el agua. Estas esponjas se ponen en contacto con el mar, y, satisfecha ya su sed, se elevan a las regiones superiores de la atmósfera, en donde los vientos las exprimen y cae el agua sobre la tierra». En cuanto a la gran cantidad de *sapitos* (ranas) que aparecen en Ica después de un aguacero, decía que eran debidos a que los gérmenes contenidos en las nubes se desarrollan antes de llegar a la tierra. Daba el nombre de *penachería doble* a toda aglomeración de nubes, y entonces el aluvión tomaba el calificativo de avenida *macho*

Ello es que, como sucede a todos los charlatanes cuando se meten a explicar fenómenos de la Naturaleza, ni él se entendía ni nadie alcanzaba a entenderlo; condiciones más que suficientes para hacerse hombre prestigioso.

—Sólo teniendo pacto con el diablo puede un mortal saber tanto —decía el pueblo, y todos en sus dolencias acudían a comprarle hierbas medicinales.

III

No porque las Cortes de Cádiz extinguieran en 1813 el tribunal de la Inquisición desaparecieron de Ica las brujas. Pruebas al canto.

Hasta hace poco vivía *mamá Justa,* negra repugnantísima, encubridora de robos y rufiana, muy diestra en preparar filtros amorosos, *alfiletear* muñecos y (¡Dios nos libre!) atar la agujeta. *Mala hasta vieja la zangarilleja* Contra su sucesora, *ña Manonga Lévano,* no hubo más acusación formal de brujería que la de varias vecinas que juraron, por la Hostia consagrada, haberla visto volar convertida en lechuza.

La Lévano ejercía el oficio de comadrona. Llegaba a casa de la parturienta, ponía sobre la cabeza de ésta un ancho sombrero de paja, que ella

decía haber pertenecido al arzobispo Perlimpimpín, y antes de cinco minutos venía al mundo un retoño. No hubo tradición de que el sombrero *mágico* marrase.

Ña Dominguita la del Socorro vive aún, y todo Ica la llama bruja, sin que ella lo tome a enojo. Es una anciana encorvada ya por los años, y que es el coco de los muchachos porque usa una especie de turbante en la cabeza. En el huertecito de su casa hay un arbolito, que fue plantado por el padre Guatemala, el cual da unas florecitas color de oro, las que, según *ña* Dominguita, se desprenden el día de Cuasimodo; florecitas que poseen virtudes prodigiosas. Fue educada en el beaterio del Socorro, fundado en el siglo anterior por el dominico fray Manuel Cordero, cuyo retrato se conserva tras de la puerta de la capilla. *Ña* Dominguita odia todo lo que huele a progreso y augura que el *fierrocandil* ha de traer mil desventuras a Ica. La víspera de la batalla de Saraja,[2] no sólo pronosticó el éxito, que para eso no necesitaba ser bruja, sino que designó por sus nombres a los iqueños que habían de morir en ella. Sus palabras son siempre de doble sentido y admira su ingenio para salir de atrenzos.

Don Jerónimo Illescas, vecino y natural de Ica, blanco, obeso y decidor, era lo que se entiende por un brujo aristocrático. Sabía echar las cartas como una francesa embaucadora. *Ño Chombo Llescas,* como lo llamaba el pueblo, tenía, hasta hace pocos años que murió, pulpería en la esquina de San Francisco y vendía exquisitas salchichas confeccionadas por Tiburcio, negro borrachín a quien don Jerónimo ocupaba en la cocina. El tal Tiburcio era también un tipo, pues había encontrado manera para disculpar su constante embriaguez.

—¡Negro! ¿Por qué estás borracho? —preguntábale algún caballero del lugar.

—Mi amo — contestaba Tiburcio—, ¿cómo no quiere usted que me emborrache de gusto si las salchichas me han salido deliciosas?

Si al día siguiente era también reconvenido, contestaba:

—¡Ay mi amo! ¿Cómo no me he de emborrachar de sentimiento si las salchichas se me han echado a perder y están malísimas?

La fama de don Jerónimo como adivino se había extendido de la ciudad al campo. Las indias, sobre todo, venían desde largas distancias y le pagaban un peso por consulta.

En Lima hay bobos que, por parecerse a Napoleón el Grande, pagan cuatro soles a la echadora de cartas.

IV

Como las brujas de Mahudes y Zugarramurdi, en España, son famosas en Ica las de Cachiche, baronía, condado o señoría de un mi amigo Cachicha-

[2] *batalla de Saraja:* caserío agrícola en Ica, donde en 1854 se libró una batalla entre las fuerzas del gobierno de Echenique y las de un caudillo local, Domingo Elías, que salió derrotado.

na y bruja son sinónimos. Nadie puede ir a Cachiche, en busca de los sabrosos dátiles que ese lugar produce, sin regresar maleficiado

Contribuye también al renombre de Cachiche la excelencia de los higos de sus huertas. Estos higos son como los de Vizcaya, de los que se dice que, para ser buenos, han de tener cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojo de viuda, esto es, cuello seco, cáscara arrugadita y extremedidad vertiendo almíbar.

Sigamos con las brujas de Cachiche.

Para no pecar de fastidiosos, vamos a hablar únicamente de Melchorita Zugaray, la más famosa hechicera que Cachiche ha tenido en nuestros tiempos.

El laboratorio o sala de trabajo de esta picarona era un cuarto con puerta de pellejo, y en el fondo oscuro de las paredes destacábase un lienzo blanco, sobre el cual proyectaban rayos de luz atravesando agujeros convenientemente preparados en el techo.

El que venía a consultar con Melchora sobre alguna enfermedad era conducido al laboratorio, donde, después de ciertas ceremonias cabalísticas, lo colocaba la bruja frente al cuadro luminoso y lo interrogaba mañosamente sobre su vida y costumbres, sin descuidar todo lo relativo a amigos y enemigos del paciente. Cortábale en seguida un trozo de vestido o un mechón de pelo, citándolo para el siguiente día a fin de *sacar muñeco*. Concurría el enfermo, llevábalo Melchora al campo o a algún corral y desenterraba una figurilla de trapo claveteada de alfileres. Pagaba la víctima una buena propina, y si no sanaba era porque había recurrido tarde a la ciencia de la hechicera.

Otros, sobre todo las mujeres celosas y los galanes desdeñados, buscaban a Melchora para que les pusiese en relación íntima con el diablo. Vestíase la bruja de hombre, y acompañada del solicitante encaminábase al monte, donde, entre otros conjuros para evocar al Maligno (¡Jesús tres veces!), empleaba el siguiente:

Patatín, patatín, patatín,
calabruz, calabruz, calabruz,
no hay mal que no tenga fin,
si reniego de la cruz.

Por supuesto que el diablo se hacía el sordo, y la bruja, que previamente había recibido la pitanza, daba por terminado el sortilegio, diciendo que si Pateta no se presentaba era porque la víctima tenía miedo o falta de fe.

V

No hace cuatro años que los tribunales de la República condenaron a unos infelices de la provincia de Tarapacá por haber quemado a una bruja,

y creo que más recientemente se ha repetido la escena de la hoguera en otros pueblos del Sur.

En cuanto a Ica, consta en uno de los números de *El Imparcial,* periódico que en 1873 se publicaba en esta ciudad, que una pobre mujer de Pueblo Nuevo fue atada a un árbol por un hombre, el que la aplicó una terrible azotaina en castigo de haberlo maleficiado. Cosa idéntica se había realizado en 1860 con Jesús Valle, negra octogenaria y esclava de los antiguos marqueses de Campoameno, a la que costó gran trabajo impedir que los peones de una hacienda la convirtiesen en tostón.

VI

Y para concluir con las brujas de Ica, que ya este artículo va haciéndose más largo de lo que conviene, referiré el porqué José Cabrera, el *Chirote,* conquistó en Ica fama de catedrático en brujería.

Aconteció que la conjunta de un amigo de éste sintióse acometida de los dolores de parto, y mientras el marido fue en busca de comadrona quedóse el *Chirote* en la casa al cuidado de la mujer. Esta chillaba y hacia tantos aspavientos, que Cabrera, a quien apestaban los melindres, le arrimó un bofetón de cuello vuelto. Recibirlo y dar a luz un muchacho fue asunto de dos minutos.

El marido, la matrona y las vecinas calificaron de brujo a *ño* Cabrera, y hoy mismo no hay quien le apee el mote de *Chirote el brujo,* a lo cual contesta él con mucha flema.

—Merecido lo tengo. Eso he ganado por haberme metido a hacer un bien.

EL OBISPO "CHICHEÑÓ"

LIMA, como todos los pueblos de la Tierra, ha tenido (y tiene) un gran surtido de tipos extravagantes, locos mansos y *cándidos*. A esta categoría pertenecieron, en los tiempos de la República, Bernardito, Basilio Yegua, Manongo Moñón, Bofetada del Diablo, Saldamando, Cognoy, el Príncipe, Adefesios en misa de una, Felipe la *Cochina*, y pongo punto por no hacer interminable la nomenclatura.

Por los años de 1780 comía pan en esta ciudad de los reyes un bendito de Dios, a quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Ramón. Era éste un pobrete de solemnidad, mantenido por la caridad pública, y el hazmerreír de muchachos y gente ociosa. Hombre de pocas palabras, pues para complemento de desdichas era tartamudo, a todo contestaba con un *sí, señor*, que al pasar por su desdentada boca se convertía en *chí, cheño*.

El pueblo llegó a olvidar que nuestro hombre se llamaba Ramoncito, y todo Lima lo conocía por *Chicheñó*, apodo que se ha generalizado después, aplicándolo a las personas de carácter benévolo y complaciente que no tienen hiel para proferir una negativa rotunda. Diariamente, y aun tratándose de ministros de Estado, oímos decir en la conversación familiar: —¿Quién? ¿Fulano? ¡Si ese hombre no tiene calzones! Es un *Chicheñó*.

En el año que hemos apuntado llegaron a Lima, con procedencia directa de Barcelona, dos acaudalados comerciantes catalanes trayendo un valioso cargamento. Consistía éste en sederías de Manila, paño de San Fernando, alhajas, casullas de lama y brocado, mantos para imágenes y lujosos paramentos de iglesia. Arrendaron un vasto almacén en la calle de Bodegones, adornando una de las vidrieras con pectorales y cruces de brillantes, cálices de oro con incrustaciones de piedras preciosas, anillos, arracadas y otras prendas de rubíes, ópalos, zafiros, perlas y esmeraldas. Aquella vidriera fue pescadero de las limeñas y tenaz conflicto para el bolsillo de padres, maridos y galanes.

Ocho días llevaba abierto el elegante almacén cuando tres andaluces, que vivían en Lima más pelados que ratas de colegio, idearon la manera de apropiarse parte de las alhajas, y para ello ocurrieron al originalísimo expediente que voy a referir.

Después de proveerse de un traje completo de obispo vistieron con él a Ramoncito, y dos de ellos se plantaron sotana, solideo y sombrero de clérigo.

Acostumbraban los miembros de la Audiencia ir a las diez de la mañana a Palacio en coche de cuatro mulas, según lo dispuesto en una real prágmática.

El conde de Pozos Dulces, don Melchor Ortizo Rojano, era a la sazón regente de la Audiencia, y tenía por cochero a un negro, devoto del aguardiente, quien, después de dejar a su amo en Palacio, fue seducido por los andaluces, que le regalaron media pelucona, a fin de que pusiese el carruaje a disposición de ellos.

Acababan de sonar las diez, hora del almuerzo para nuestros antepasados, y las calles próximas a la Plaza Mayor estaban casi solitarias, pues los comerciantes cerraban las tiendas a las nueve y media, y seguidos de sus dependientes iban a almorzar en familia. El comercio se reabría a las once.

Los catalanes de Bodegones se hacían llevar con un criado el almuerzo a la trastienda del almacén, e iban ya a sentarse a la mesa cuando un lujoso carruaje se detuvo a la puerta. Un paje de aristocrática librea, que iba a la zaga del coche, abrió la portezuela y bajó el estribo, descendiendo dos clérigos y tras ellos un obispo.

Penetraron los tres en el almacén. Los dos comerciantes se deshicieron en cortesías, besaron el anillo pastoral y pusieron junto al mostrador silla para su ilustrísima. Uno de los familiares tomó la palabra y dijo:

—Su señoría, el señor obispo de Huamanga, de quien soy humilde capellán y secretario, necesita algunas alhajitas para decencia de su persona y de su santa Iglesia Catedral, y sabiendo que todo lo que ustedes han traído de España es de última moda, ha querido darles la preferencia.

Los comerciantes hicieron, como es de práctica, la apología de sus artículos, garantizando, bajo palabra de honor, que ellos no daban gato por liebre, y añadiendo que el señor obispo no tendría que arrepentirse por la distinción con que los honraba.

—En primer lugar —continuó el secretario—, necesitamos un cáliz de todo lujo para las fiestas solemnes. Su señoría no se para en precios, que no es ningún roñoso.

—¿No es así, ilustrísimo señor?

—*Chí, cheñó* —contestó el obispo.

Los catalanes sacaron a lucir cálices de primoroso trabajo artístico. Tras los cálices vinieron cruces y pectorales de brillantes, cadena de oro, anillos, alhajas para la Virgen de no sé qué advocación y regalos para las monjitas de Huamanga. La factura subió a quince mil duros mal contados.

Cada prenda que escogían los familiares la enseñaban a su superior, preguntándole:

—¿Le gusta a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó* —respondió el obispo.

—Pues al coche.

Y el pajecito cargaba con la alhaja, a la vez que uno de los catalanes apuntaba el precio en un papel.

Llegado el momento del pago, dijo el secretario:

—Iremos por las talegas al palacio arzobispal, que es donde está alojado su señoría, y él nos esperará aquí. Cuestión de quince minutos. ¿No le parece a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó* —respondió el obispo.

Quedando en rehenes tan caracterizado personaje, los comerciantes no tuvieron ni asomo de desconfianza, amén que aquéllos no eran esos tiempos de Bancos y *papel-manteca* [1] en que quince mil duros no hacen peso en el bolsillo.

Marchados los familiares, pensaron los comerciantes en el desayuno, y acaso por llenar fórmula de etiqueta dijo uno de ellos:

—¿Nos haría su señoría ilustrísima el honor de acompañarnos a almorzar?

—*Chí, cheñó.*

Los catalanes enviaron a las volandas al fámulo por algunos platos extraordinarios y sacaron sus dos mejores botellas de vino para agasajar al príncipe de la Iglesia, que no sólo les dejaba fuerte ganancia en la compra de alhajas, sino que les aseguraba algunos centenares de indulgencias valederas en el otro mundo.

Sentáronse a almorzar, y no les dejó de parecer chocante que el obispo no echase su bendición al pan ni rezase siquiera en latín, ni, por más que ellos se esforzaron en hacerlo conversar, pudieron arrancarle otras palabras que *chicheñó.*

El obispo tragó como un Heliogábalo.

Y entre tanto pasaron dos horas, y los familiares con las quince talegas no daban acuerdo de sus personas.

—Para una cuadra que distamos de aquí al palacio arzobispal es ya mucha tardanza —dijo, al fin, amoscado, uno de los comerciantes—. *¡Ni que hubieran ido a Roma por bulas!* ¿Le parece a su señoría que vaya a buscar a sus familiares?

—*Chí, cheñó.*

Y calándose el sombrero, salió el catalán desempedrando la calle

En el palacio arzobispal supo que allí no había huésped mitrado y que el obispo de Huamanga estaba tranquilo en su diócesis cuidando de su rebaño

[1] *papel-manteca:* V nota 2 de *El mejor amigo ..., un perro*

El hombre echó a correr, vociferando como un loco; alborotóse la calle de Bodegones, el almacén se llenó de curiosos, para quienes Ramoncito era antiguo conocido, descubrióse el pastel, y por vía de anticipo, mientras llegaban los alguaciles, la emprendieron los catalanes a mojicones con el obispo de pega

De ene es añadir que *Chicheñó* fue a chirona; pero, reconocido por tonto de capirote la justicia lo puso pronto en la calle.

En cuanto a los ladrones, hasta hoy (y ya hace un siglo), que yo sepa, no se ha tenido noticia de ellos.

SEPTIMA SERIE

EL ROSAL DE ROSA [1]

A mi hija Augusta.

POR LOS años de 1581, el griego Miguel Acosta y los navieros y comerciantes de Lima hicieron una colecta que, en menos de dos meses, subió a cuarenta mil pesos, para fundar un hospital destinado a la asistencia de marineros, gente toda que al llegar a América *pagaba la chapetonada,* frase con la que nuestros mayores querían significar que el extranjero, antes de aclimatarse, era atacado por la terciana y por lo que entonces se llamaba *bicho alto* y hoy disentería.

Establecióse así el hospital del Espíritu Santo, suprimido en 1821, y que desde entonces ha servido de Museo Nacional, de colegio para señoritas, de Escuela Militar, de Filarmónica, de cuartel, de comisaría, etcétera. Los pontífices acordaron al hospital del Espíritu Santo gracias y preeminencias que no dispensaron a otros establecimientos de igual carácter en Lima.

Al respaldo del sitio en que se edificó el hospital quedaba un lote espacioso, en el cual el propietario Gaspar Flores edificó toscamente (que don Gaspar no era rico para emprender lujosa fábrica) unos pocos cuartuchos, en uno de los cuales naciera el 30 de abril de 1586 su hija Isabel, o sea Santa Rosa de Lima, siendo pontífice Sixto V, rey de España y sus colonias Felipe II, arzobispo de Lima Toribio de Mogrovejo y gobernando la Real Audiencia, por muerte del virrey, don Martín Enríquez, el *Gotoso,* aquel que después de veintiún meses de gobierno se fue al mundo de donde no se vuelve sin haber hecho nada de memorable en el país. Fue de los gobernantes que, en punto a obras públicas, realizan la de adoquinar la vía láctea y secar el óceano con una esponja.

Gran espacio de terreno ocioso quedaba en el caserón de don Gaspar Flores, que su hija supo convertir en huerto y jardinillo.

Por aquel siglo, más afición tenían en Lima al cultivo de árboles frutales que a la floricultura, y tanto, que en los jardines domésticos, que pú-

[1] V *Esquive vivir en Quive.*

blicos no los había, apenas si se veían plantas de esas que no reclaman esmero. La flor de lujo era el clavel en toda su variedad de especies.

Las rosas no se producían en el Perú, pues según lo afirma Garcilaso en sus *Comentarios Reales,* los jazmines, mosquetas, clavelinas, azucenas y rosas no eran conocidos antes de la conquista. Grande fue, pues, la sorpresa de la virgen limeña cuando se encontró con que espontáneamente había brotado un rosal en su jardinillo; y rosal fue, que sus retoños se proveyeron las familias para embellecer corredores y las limeñas para adornar sus rizas, negras y profusas cabelleras.

Y tan a la moda pusiéronse las rosas, que el empirismo médico descubrió en ellas admirables propiedades medicinales, y las hojas secas de la flor se guardaban como oro en paño para emplearlas en el alivio o curación de complicadas dolencias.

Mendiburu [2], en su artículo *Lozano,* dice que las primeras rosas que se produjeron en Lima fueron las del jardín del Espíritu Santo, confundiendo éste, por la vecindad, con el de nuestra egregia limeña.

Cuentan que cuando en 1669 presentaron al Papa Clemente IX el expediente para la beatificación de Rosa, no supo disimular el Padre Santo una ligera desconfianza, y murmuró entre dientes:

—¿Santa? ¿Y limeña? ¡Hum, hum! Tanto daría una lluvia de rosas.

Y el milagro fue patente, porque perfumadas hojas de rosa cayeron sobre la mesa de Su Santidad.

Añaden que nació de este incidente el entusiasmo del Papa por Rosa de Lima; pues en dos años expidió, amén del breve para su beatificación (12 de febrero de 1669), otros seis en honor de nuestra compatriota. El último fue nombrándola Patrona de Lima y del Perú, y reformando la constitución de Urbano VIII para acelerar los trámites de canonización, la que realizó su sucesor, Clemente X, en 1671, junto con la de San Francisco de Borja, duque de Gandía y general de los jesuitas. Santa Rosa fue canonizada a los cincuenta y cuatro años de su fallecimiento.

Muerto Clemente IX en diciembre de 1669, hallóse en su testamento un fuerte legado para construir en Pistoya, su ciudad natal, una espléndida capilla a Santa Rosa de Lima.

El dominico Parra, en su *Rosa Laureada,* impresa en Madrid en 1760, dice que la primera firma que como monarca puso Felipe IV fue para pedir la beatificación de Rosa, y añade que el 7 de octubre de 1668, día en que celebraron los madrileños las fiestas de beatificación, se vio lucir una estrella vecina al sol.

Cuando en febrero de 1672, siendo virrey el conde de Lemus, marqués de Sarria y duque de Taurifanco con grandeza de España, se efectuaron las fiestas solemnes de canonización, las calles de Lima fueron pavimentadas con barras de plata, estimándose, según lo afirman cronistas que presencia-

[2] *Mendiburu:* V. nota 1 de *¡Beba, padre, que le da la vida!*

ron las fiestas, en ocho millones de pesos el valor de ellas y el de las alhajas que adornaban los arcos y altares.

Fue entonces cuando don Pedro de Valladolid y don Andrés Vilela, propietarios a la sazón de la casa y jardinillo, cedieron el terreno para que en él se edificase el Santuario de Rosa de Lima.

El rosal que ella cultivaba se trasplantó al jardín que tienen los padres dominicos en el claustro principal de su convento.

REFRANERO

I

Estar a tres dobles y un repique

VITIGUDINO en Castilla era, allá en las mocedades del festivo poeta y señor de la Torre de Juan de Abad [1], un pueblo de mil vecinos con no pocos terrones de buen cultivo. Los vitigudinenses parecían de raza de inmortales: todos llegaban a viejos y hacían la morisqueta del carnero lo más tarde que posible les era. Así es que el cura y el sacristán poco o nada pelechaban con misas de San Gregorio, responsos, entierros y *cabos de año*.

Luquillas, que así se llamaba el pazguato que servía a la vez los importantísimos cargos de sacristán y campanero, con el pret de cuatro reales vellón a la semana, tan luego como vino nuevo párroco hizo ante él formal renuncia del destinillo, salvo que su merced se aviniera a aumentarle la pitanza, que *con latín, rocín y florín se va del mundo hasta el fin*, o como reza la copla:

En el cielo manda Dios,
los diablos en el infierno,
y en este pícaro mundo
el que manda es el dinero.

El curita, que era un socarrón de encargo, empezó por endulzar al sacristán con un par de cañitas de manzanilla y unas copas del tinto de Rosa, y luego le hizo firmar un contrato con arreglo al cual el párroco le pagaría semanalmente seis reales vellón por cada repique, pero en cambio el campanero pagaría al cura dos reales vellón por cada doble.

Como los vitigudinenses no habían dado en la fea costumbre de morirse, el contrato no podía ser más ventajoso para Luquillas. Contaba con la renta

[1] *señor de la Torre de Juan de Abad:* Francisco de Quevedo.

segura del repique dominical, sin más merma que la de uno o dos dobles por mes. El pobrete no sabía que quien hizo la ley hizo la trampa

A mitad de semana díjole el cura:

Luquillas, hijo, veme en el cuadernillo a qué santo reza hoy la Iglesia.

—San Caralampio, mártir y confesor.

—¿Mártir dice?

—Sí, padre cura; mártir y confesor.

—Yo creo que a ti te estorba lo negro. ¿No te has equivocado, hombre? Vuelve a leer.

—Así como suena, padre cura: mártir y confesor.

—Pues hijo, si fue mártir hay que sacar ánima del purgatorio Sube a la torre y dobla.

Y no hubo tu tía, sino doble en regla.

Y llegó el viernes, y el cura preguntó al sacristán:

—¿Qué día es hoy, Luquillas?

—Viernes, padre cura.

—¿Estás seguro, hombre?

—Sí, padre cura.

—Hombre, tú has bebido, no puede ser por menos. ¿Viernes hoy? Imposible.

—Sí, padre cura. Le juro por esta cruz de Dios que hoy es viernes.

—Pues hijo, lo creo porque lo juras. Yo por nada de este mundo pecador dejo de sacar ánima en viernes. Conque está dicho, sube a la torre y dobla

Y sucedió que el sábado, la Parca, alguacilada por los rigores del invierno, arrastró al hoyo a un nonagenario o macrobio del pueblo, víctima de un reumatismo que el boticario, el barbero y el albéitar de Vitigudino, reunidos en junta, declararon ser obra maestra de reumatismos.

El doble era de obligación, sin que el cura tuviese para qué recordárselo al sacristán.

El domingo, después del repique de misa mayor, se puso Luquillas a arreglar sus *finanzas* (perdón por el galicismo), y encontróse con que si era acreedor a seis reales por el repique, también resultaba deudor de seis reales por los tres dobles de la semana. Fuese con su coima a la taberna, que como dijo un sabio que debió de ser gran bebedor, el hombre ha nacido para emborracharse y la mujer para acompañarlo, pidió un *tatarrete* de lo fino, y cuando llegó el trance de pagar en buenos maravedises del rey le dijo al tabernero

- Compadre, fíeme usted hasta que Dios mejore sus horas, porque esta semana *estoy a tres dobles y un repique*

II

Estar a la cuarta pregunta

En tiempos antiguos —digo, hasta que se desbautizó al pejerrey para llamarlo pejepatria [2]— había en los juzgados un formulario de preguntas, al que, sin discrepar letra ni sílaba, se ajustaba el escribano cuando tomaba declaración a cualquier pelambre. Estas preguntas, después del obligado juramento, eran cuatro en el orden siguiente:

1ª Nombre y edad.
2ª Patria y profesión.
3ª Religión y estado.
4ª Renta.

Lo general era que los litigantes, respondiendo a la cuarta pregunta, declarasen ser *pobres de hacha,* o de solemnidad, como hoy decimos, lo que les permitía emplear para los alegatos y demás garambainas judiciales papel del sello sexto, que era el más barato.

Sucedía que, entrando en el meollo de una declaración, hiciera el juez alguna pregunta que con el bolsillo del declarante se relacionara, y éste contestaba remitiéndose a lo ya dicho por él al responder a la cuarta pregunta. Así, el escribano redactaba en estos o parecidos términos, por ejemplo: Preguntado si era cierto que en la nochebuena de Navidad gastó en esto, y lo otro y lo de más allá, dijo no ser cierto, por *estar a la cuarta pregunta,* y responde. Preguntado si se allanaba a satisfacer en el acto los veinte pesos motivo de la demanda, dijo no serle posible por *estar a la cuarta pregunta,* y responde.

Estar a la cuarta pregunta era como decir: estoy más pelado que una rata; soy más pobre que Carracuca; no tengo un ochavo moruno ni sobre qué caerme muerto, a no ser sobre el santo suelo.

Por lo demás, es incuestionable que ahora, en punto a *cumquibus,* los hijos de esta patria estamos en la condición de los litigantes del tiempo del rey. Para la caja fiscal se ha hecho mal crónico *el estar a la cuarta pregunta*. . . , y responde. . . a las exigencias de empleados y pensionistas.

III

¡Fíate en el justo juez. . . y no corras!

Cuando yo estuve en presidio [3]. . . ; sí, señores, yo he sido presidiario, aquí donde ustedes me ven, tan cejijunto y formalote.

Allá en mis tiempos de periodista, esto es, ha más de un cuarto de siglo, alguna chilindrina mía, de esas chilindrinas bestialmente inofensivas,

[2] *pejepatria.* V. la segunda parte de *Una moza de rompe y raja*
[3] *yo estuve en presidio:* en 1867, como opositor al gobierno de Mariano I. Prado

debió indigestársele al gobernante de mi tierra, pues sin más ni menos me encontré de la noche a la mañana enjaulado en el presidio o Casamata del Callao, en amor y compañía con un cardumen de revolucionarios o pecadores políticos.

Si bien a los politiqueros nos pusieron en departamento distinto al de los rematados por delitos comunes, eso no impidió que fuese huésped del presidio, y que por curiosidad y novelería entablase relaciones con un famoso bandido que respondía al apodo de *Viborita,* condenado a quince años de cadena por robos, estupros y asesinatos en despoblado. Era el niño una alhaja de las que el diablo empeñó y no sacó.

Una tarde le pregunté:

—¿Estás contento con la vida de presidio?

—¡*Desabraca*! —me contestó—. Ni alegre ni triste, caballero, porque de mi voluntad depende largarme con viento fresco el día en que se me antoje.

—¡Palangana! —murmuré, no tan bajo que no alcanzara él a oírme.

—¡*Ajonjolí*! Pues para que usted vea, señor, que no es *palanganada,* le prometo escaparme esta misma noche y llevarme a los que quieran seguirme.

—¡Hombre, eso es gordo! —le contesté—. ¿Contarás con la protección de alguno de los guardianes?

—¡La *leva*! Me basta con la Oración del Justo Juez, que tengo en este escapulario.

Y desprendiéndoselo del cuello, puso en mis manos uno de esos escapularios que trabajan las monjas del Carmen, y dentro del cual sentí como un papel enrollado. Después de examinarlo se lo devolví, y lo besó antes de volvérselo a poner.

—Ayer me lo trajeron, mi patrón, y como usted me ha metido *punto,* aunque no pensaba dejar tan pronto la casa, acabo de decidirme a fugar esta noche. Tómeme la palabra, ¡*carachitas!*

—Hombre, a mí nada me importa que te vayas o te quedes. ¿Y cuántos de tus compañeros poseen esa oracioncita?

—Yo soy el único en todo el presidio, patroncito.

—Pues, hijo —le repuse con tono de burla y descreimiento—, ¡*fíate en tu Justo Juez... y no corras*! —recordando el refrán popular que dice: *Fíate en la Magdalena... y no corras.*

Y me separé del racimo de horca sin dar la menor importancia a sus palabras.

Aquella noche, a poco más de las doce, me despertó gran alboroto en el presidio. Sentí carreras, gritos y detonaciones de rifle.

«Vamos —dije para mí—, ciertos han sido los toros».

Media hora más tarde todo quedó en silencio y proseguí mi interrumpido sueño.

Al otro día supimos que nueve bandidos, encabezados por *Viborita,* habían logrado sorprender al oficial y a los treinta soldados de la guardia, adueñándose de algunos rifles y escalando los muros del castillo.

Pasado el pánico de la sorpresa, rehiciéronse los soldados y se lanzaron en persecución de los fugitivos, consiguiendo matar a uno de ellos y capturar a cuatro.

Precisamente el muerto era *Viborita,* que en vez de ponerse alas en los talones quiso darla de *guapo,* y perdió tiempo batiéndose con la tropa

Cuando fui a ver el cadáver en el patio del presidio, me llamó la atención el escapulario en manos de un soldado. No tuvo inconveniente para cedérmelo por cuatro reales.

Ya en mi zaquizamí, deshice el escapulario, y en un pedazo de papel vitela, escrita con sangre, leí la *Oración del Justo Juez,* que a la letra copio para satisfacción de curiosos que han oído y oyen hablar de tal amuleto:

«Hay leones que vienen contra mí. Deténganse en sí propios, como se detuvo mi Señor Jesucristo y le dijo al Justo Juez: —¡Ea, Señor! A mis enemigos veo venir, y tres veces repito: ojos tengan, no me vean; boca tengan, no me hablen, manos tengan, no me toquen; pies tengan, no me alcancen. La sangre les beba y el corazón les parta. Por aquella camisa en que tu Santísimo Hijo fue envuelto, me he de ver libre de malas lenguas, de prisiones, de hechicerías y maleficios, para lo cual me encomiendo a todo lo angélico y sacrosanto, y me han de amparar los Santos Evangelios, y llegaréis derribados a mí como el Señor derribó el día de Pascua a sus enemigos. Y por la Virgen María y Hostia consagrada que me he de ver libre de prisiones, ni seré herido, ni atropelado, ni mi sangre derramada, ni moriré de muerte repentina. Dios conmigo, yo con El; Dios delante, yo tras El. Jesús, María y José»

Con el ejemplo de Viborita hay de sobra para perder la fe en la eficacia y virtudes de la oración o amuleto.

El la llevaba sobre el pecho como coraza que lo premunía contra las balas traidoras, y otro gallo le habría cantado si hubiese fiado la salvación a la ligereza de sus *pinreles* más que a la tan famosa oracioncita del Justo Juez.

Y ya que he dado a conocer la famosa oración del Justo Juez, no creo fuera de lugar hacer lo mismo con la que, envuelta en un trozo de piedra imán, usan los enamorados, los rateros y ladrones de baja estofa. Dice así la *Oración de la piedra imán:*

Poderosa piedra imán
que entre mármoles naciste,
y la arenilla comiste
en el río del Jordán,
donde te dejó San Juan,
acero debías vencer

y al mismo aire substraer;
luego te cogió San Pedro,
que estaba bajo de un cedro,
para extender tu virtud,
y con muy crecida luz
dijo que excelente fueras.
Si un viviente te cogiera,
ha de quedar victorioso
y llamarse muy dichoso
con tu preciosa virtud,
siempre que te haga la cruz
o te tenga encajonada
y siempre reverenciada
en donde no te dé el sol;
pues Dios mismo te dotó
para que sola parieses
y que otra piedra no hubiese
al igual de tu nación.
Consígame tu oración
acertado entendimiento
para conseguir mi intento,
siguiendo con devoción,
piedra imán del corazón,
piedra imán de mi alegría,
a Jesús, José y María.

IV

Salir con un domingo siete

Esto es, con un despapucho, sandez o *adefesio.*

(Y a propósito. La voz *adefesio,* que muchos escriben *adefecio,* trae su origen de la epístola del apóstol *ad efesios.* Y para paréntesis, ya éste es largo, y cierro).

En una colección de cuentecitos alemanes que anda en mano de los niños, refieren que hubo una aldea en la que todas las mujeres eran brujas, y por ende celebraban los sábados, congregadas en un bosque, la famosa *misa negra,* a que asistía el diablo disfrazado de macho cabrío.

Vecinos del pueblo eran dos jorobados, uno de los cuales extravióse una tarde en el campo y, sorprendido por la tormenta, refugióse en el bosque.

Media noche era por filo cuando, caballeras en cañas de escobas, llegaron las madamas, y empezó el aquelarre, y vino la misa, y siguió el bailoteo con mucho de

Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicano el demonio
y republicana yo.
¡Fuera la ropa!
Carnero, carnerito,
carnero, topa.

Las brujas, tomadas de las manos, formaron rueda, en cuyo centro se plantó Cachirulo, y removieron los pies y el taleguillo de los pecados, canturreando:

Lunes y martes,
miércoles tres.

El jorobado, que tenía sus pespuntes de poeta, pensó que la copla estaba inconclusa y que sería oportuno redondearla. Y sin más meditarlo, gritó desde su escondite:

Jueves y viernes,
sábado seis.

¡Gran conmoción en el aquelarre! Hasta el diablo palmoteó.

La aritmética de las brujas, que hasta entonces sólo les había permitido llegar en punto a cuentas al número tres, acababa de progresar. Agradecidas, se echaron a buscar al intruso matemático por entre las ramas; dieron a la postre con él, que quien busca encuentra, y en premio de su travesura e ingenio le quitaron la carga que a *nativitate* llevaba sobre las espaldas.

Limpio de giba, más gallardo que un don Gaiferos o un don Miramamolín de Persia y más enhiesto que la vara de la justicia, presentóse nuestro hombre en la aldea, lo que maravilló no poco al otro jorobado. Contóle en puridad de amigos el ex jorobeta la aventura, y el otro dijo para sí: «¡Albricias! Aún le queda a la semana un día».

Y fuese al bosque, en la noche del inmediato aquelarre; y a tiempo y sazón que las brujas cantaban:

Lunes y martes,
miércoles tres,
jueves y viernes,
sábado seis.

nuestro hombrecillo gritó con toda la fuerza de sus pulmones «¡Domingo siete!».

Esto sería verdad como un templo, pero no caía en verso, y las brujas se pagan mucho de la medida y de la rima; así es que se arremolinaron y

pusieron como *ají rocoto,* echaron la zarpa al entrometido, y en castigo de su falta de chirumen y para escarmiento de poetas chirles, le acomodaron sobre el pecho la maleta de que en el anterior sábado habían despojado a su homólogo

Por ampliación del cuento, cuando cae en siete el primer domingo de un mes, dice el pueblo: «¡Con qué domingo siete nos saldrá este mes!», que es como vivir prevenido a que no le coja a uno de nuevo un cataclismo o una crisis ministerial, de esas que entre nosotros concluyen con algún domingo siete; esto es, la forma menos prevista.

Y siguiendo la ampliación, sucede lo de: *víspera de mucho y día de nada;* o bien aquello de: *por la noche chichirimoche, en la madrugada chichirinada.*

Así, por ejemplo, un quídam ve los toros de lejos y arrellanado en galería no equivoca estocada; un militar, con el plano sobre la mesa de su cuarto, dirige campañas y no pierde batalla; un político, desde las columnas de un periódico hilvana a pedir de boca lecciones de buen gobierno y zurce planes de hacienda, que a realizarse permitirían al más desdichado almorzar menudillos de gallina, comer faisán dorado y cenar pavo con trufas. Pero póngalos usted con las manos en la masa: plante al uno en el redondel con un corniveleto a veinte pasos; entregue al otro soldados con el enemigo al frente; haga, por fin, ministro al último y... espere el domingo siete.

Y pongo punto, antes de que diga el lector que también yo he salido con un domingo siete, o me aplique lo de

Castilla no sabes,
vascuences olvidas,
y en once de varas
te metes camisa.

EL ALACRAN DE FRAY GOMEZ

A Casimiro Prieto Valdés

Principio principiando;
principiar quiero,
por ver si principiando
principiar puedo.

IN DIEBUS ILLIS, digo, cuando yo era muchacho, oía con frecuencia a las viejas exclamar, ponderando el mérito y precio de una alhaja:

—¡Esto vale tanto como el alacrán de fray Gómez!

Tengo una chica, remate de lo bueno, flor de la gracia y espumita de la sal, con unos ojos más pícaros y trapisondistas que un par de escribanos:

chica que se parece
al lucero del alba
cuando amanece,

al cual pimpollo he bautizado, en mi paternal chochera, con el mote de *alacrancito de fray Gómez*. Y explicar el dicho de las viejas y el sentido del piropo con que agasajo a mi Angélica [1], es lo que me propongo, amigo y camarada Prieto, con esta tradición.

El sastre paga deudas con puntadas, y yo no tengo otra manera de satisfacer la literaria que con usted he contraído que dedicándole estos cuatro palotes.

I

Este era un lego contemporáneo de don Juan de la Pipirindica, el de la valiente pica, y de San Francisco Solano; el cual lego desempeñaba en Lima, en el convento de los padres seráficos, las funciones de refitolero en

[1] *mi Angélica:* V. nota 1 de *La misa negra*

la enfermería u hospital de los devotos frailes. El pueblo lo llamaba fray Gómez, y fray Gómez lo llamaban las crónicas conventuales, y la tradición lo conoce por fray Gómez. Creo que hasta en el expediente que para su beatificación y canonización existe en Roma no se le da otro nombre

Fray Gómez hizo en mi tierra milagros a mantas, sin darse cuenta de ellos y como quien no quiere la cosa. Era de suyo milagrero, como aquel que hablaba en verso sin sospecharlo.

Sucedió que un día iba el lego por el puente, cuando un caballo desbocado arrojó sobre las losas al jinete. El infeliz quedó patitieso, con la cabeza hecha una criba y arrojando sangre por la boca y narices.

—¡Se descalabró, se descalabró! —gritaba la gente—. ¡Que vayan a San Lázaro, por el santo óleo!

Y todo era bullicio y alharaca.

Fray Gómez acercóse pausadamente al que yacía en tierra, púsole sobre la boca el cordón de su hábito, echóle tres bendiciones, y sin más médico ni más botica el descalabrado se levantó tan fresco, como si golpe no hubiera recibido.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Viva fray Gómez! —exclamaron los espectadores.

Y en su entusiasmo intentaron llevar en triunfo al lego. Este, para sustraerse a la popular ovación, echó a correr camino de su convento y se encerró en su celda.

La crónica franciscana cuenta esto último de manera distinta. Dice que fray Gómez, para escapar de sus aplaudidores, se elevó en los aires y voló desde el puente hasta la torre de su convento Yo ni lo niego ni lo afirmo. Puede que sí y puede que no. Tratándose de maravillas, no gasto tinta en defenderlas ni en refutarlas.

Aquel día estaba fray Gómez en vena de hacer milagros, pues cuando salió de su celda se encaminó a la enfermería, donde encontró a San Francisco Solano acostado sobre una tarima, víctima de una furiosa jaqueca. Pulsóle el lego y le dijo:

—Su paternidad está muy débil, y haría bien en tomar algún alimento.

—Hermano —contestó el santo—, no tengo apetito.

—Haga un esfuerzo, reverendo padre, y pase siquiera un bocado.

Y tanto insistió el refitolero, que el enfermo, por librarse de exigencias que picaban ya en majadería, ideó pedirle lo que hasta para el virrey habría sido imposible conseguir, por no ser la estación propicia para satisfacer el antojo.

Pues mire, hermanito, sólo comería con gusto un par de pejerreyes.

Fray Gómez metió la mano derecha dentro de la manga izquierda, y sacó un par de pejerreyes tan fresquitos que parecían acabados de salir del mar

—Aquí los tiene su paternidad, y que en salud se le conviertan. Voy a guisarlos.

Y ello es que con los benditos pejerreyes quedó San Francisco curado como por ensalmo.

Me parece que estos dos milagritos de que incidentalmente me he ocupado no son paja picada. Dejo en mi tintero otros muchos de nuestro lego, porque no me he propuesto relatar su vida y milagros.

Sin embargo, apuntaré, para satisfacer curiosidades exigentes, que sobre la puerta de la primera celda del pequeño claustro, que hasta hoy sirve de enfermería, hay un lienzo pintado al óleo representando estos dos milagros, con la siguiente inscripción:

«El venerable Fray Gómez. —Nació en Extremadura en 1560. Vistió el hábito en Chuquisaca en 1580. Vino a Lima en 1587. —Enfermero fue cuarenta años, ejercitando todas las virtudes, dotado de favores y dones celestiales. Fue su vida un continuo milagro. Falleció en 2 de mayo de 1631, con fama de santidad. En el año siguiente se colocó el cadáver en la capilla de Aranzazú, y en 13 de octubre de 1810 se pasó debajo del altar mayor, a la bóveda donde son sepultados los padres del convento. Presenció la traslación de los restos el señor doctor don Bartolomé María de las Heras. Se restauró este venerable retrato en 30 de noviembre de 1882, por M. Zamundio».

II

Estaba una mañana fray Gómez en su celda, entregado a la meditación, cuando dieron a la puerta unos discretos golpecitos, y una voz de quejumbroso timbre dijo:

—*Deo gratias*... ¡Alabado sea el Señor!

—Por siempre jamás, amén. Entre, hermanito —contestó fray Gómez.

Y penetró en la humildísima celda un individuo algo desharrapado, *vera efigie* del hombre a quien acongojan pobrezas, pero en cuyo rostro se dejaba adivinar la proverbial honradez del castellano viejo.

Todo el mobiliario de la celda se componía de cuatro sillones de vaqueta, una mesa mugrienta y una tarima sin colchón, sábanas ni abrigo, y con una piedra por cabezal o almohada.

—Tome asiento, hermano, y dígame sin rodeos lo que por acá le trae —dijo fray Gómez.

—Es el caso, padre, que yo soy hombre de bien a carta cabal. .

—Se le conoce, y que persevere deseo, que así merecerá en esta vida terrena la paz de la conciencia, y en la otra la bienaventuranza.

—Y es el caso que soy buhonero, que vivo cargado de familia y que mi comercio no cunde por falta de medios, que no por holgazanería y escasez de industria en mí.

—Me alegro, hermano, que a quien honradamente trabaja Dios le acude

—Pero es el caso, padre, que hasta ahora Dios se me hace el sordo, y en acorrerme tarda . .

—No desespere, hermano; no desespere.

Pues es el caso que a muchas puertas he llegado en demanda de habilitación por quinientos duros, y todas las he encontrado con cerrojo y cerrojillo. Y es el caso que anoche, en mis cavilaciones, yo mismo me dije a mí mismo: «¡Ea!, Jeromo, buen ánimo y vete a pedirle el dinero a fray Gómez, que si él lo quiere, mendicante y pobre como es, medio encontrará para sacarte del apuro». Y es el caso que aquí estoy porque he venido, y a su paternidad le pido y ruego que me preste esa puchuela por seis meses, seguro que no será por mí por quien se diga:

En el mundo hay devotos
de ciertos santos,
la gratitud les dura
lo que el milagro;
que un beneficio
da siempre vida a ingratos
desconocidos.

—¿Cómo ha podido imaginarse, hijo, que en esta triste celda encontraría ese caudal?

—Es el caso, padre, que no acertaría a responderle, pero tengo fe en que no me dejará ir desconsolado.

—La fe lo salvará, hermano. Espere un momento.

Y paseando los ojos por las desnudas y blanqueadas paredes de la celda, vio un alacrán que caminaba tranquilamente sobre el marco de la ventana. Fray Gómez arrancó una página de un libro viejo, dirigióse a la ventana, cogió con delicadeza a la sabandija, la envolvió en el papel, y tornándose hacia el castellano viejo, le dijo:

—Tome, buen hombre, y empeñe esta alhajita; no olvide, sí, devolvérmela dentro de seis meses.

El buhonero se deshizo en frases de agradecimiento, se despidió de fray Gómez y más que de prisa se encaminó a la tienda.

La joya era espléndida, verdadera alhaja de reina morisca, por decir lo menos. Era un prendedor figurando un alacrán. El cuerpo lo formaba una magnífica esmeralda engarzada sobre oro, y la cabeza un grueso brillante con dos rubíes por ojos.

El usurero, que era hombre conocedor, vio la alhaja con codicia, y ofreció al necesitado adelantarle dos mil duros por ella; pero nuestro español se empeñó en no aceptar otro préstamo que el de quinientos duros por seis meses, y con un interés judaico, se entiende. Extendiéronse y firmáronse los documentos o papeletas de estilo, acariciando el agiotista la esperanza de que a la postre el dueño de la prenda acudiría por más dinero, que con el recargo de intereses lo convertiría en propietario de joya tan valiosa por su mérito intrínseco y artístico.

Y con este capitalito fuele tan prósperamente en su comercio, que a la terminación del plazo pudo desempeñar la prenda, y, envuelta en el mismo papel en que la recibiera, se la devolvió a fray Gómez.

Este tomó el alacrán, lo puso sobre el alféizar de la ventana, le echó una bendición y dijo:

—Animalito de Dios, sigue tu camino.

Y el alacrán echó a andar libremente por las paredes de la celda.

Y vieja, pelleja,
aquí dio fin la conseja.

LAS CUATRO P P P P DE LIMA

ARZOBISPO de Guatemala era, por los años de 1750, el peruano don fray Pedro Pablo Pardo, a la vez que el cargo de capitán general, gobernador y presidente de la Real Audiencia guatemalteca era desempeñado por otro peruano, el señor don José de Araujo y Río.

Del último no sé más sino que antes de ser trasladado a Guatemala había servido en Quito los cargos de oidor y presidente de la Audiencia.

En cuanto a don fray Pedro Pablo Pardo Figueroa sé que nació en Lima, que perteneció a la Orden de mínimos de San Francisco de Paula, que como procurador de su convento pasó tres años en Madrid y Roma y que fue el último obispo y el primer arzobispo que tuvo Guatemala. Consiguió lo que en vano habían pretendido sus dieciocho antecesores; esto es, que la catedral de Guatemala fuese en 1742 elevada a metropolitana.

En tiempo no remoto se ha dicho que Lima tiene tres M M M notables —Mujeres, Médicos y Músicos—. En los antiguos, es decir, antes que *entrara la patria,* todo el mundo decía que Lima era la ciudad de las cuatro P P P P. Viejos y mozos hablaban de estas cuatro letras sin cuidarse de averiguar a qué aludían. Gracias al Inca *Concolorcorbo* y a su desvergonzado librejo *Lazarillo de caminantes,* he logrado averiguar la significación de las enigmáticas letras.

Cuenta Concolorcorbo que un día, y escrita con almagre, apareció en la puerta de la casa arzobispal de Guatemala la siguiente copla:

Regalo cincuenta pesos,
con más un refresco encima,
al que a descifrarme acierte
las cuatro P P P P de Lima.

Aquella noche fue el acertijo tema obligado de conversación en la tertulia de Su Ilustrísima, y como nadie diese en bola y fuesen los asistentes cortesanos y aduladores, dijo un canónigo:

¿A qué devanarnos más los sesos, caballeros? Las cuatro P P P P quieren decir Pedro, Pablo, Pardo, Perulero.

Y todos aplaudieron, y ya iba a darse por ejecutoria la lisonjera solución cuando entró de visita un caballero limeño que estaba a la sazón de tránsito en Guatemala, y que a juzgar por la gallardía y compostura de su persona y traje, debía ser hombre de fuste, de mucho fuste

Vestía el tal sombrero *caramanduca* con toquilla de cinta de la China, asegurada por hebilla de oro guarnecida de brillantes, abrigándose el cuello con un pañuelo de *clarín* bordado de seda negra. La capa era de paño azul de Carcasona, y la chupa, de terciopelo negro con botones de oro. Los calzones eran de los llamados *tapabalazo,* también de terciopelo, y remataban sobre la rodilla con una charretera de tres dedos de ancho de galón de oro. Las medias eran de las mejores de seda filipina, y los zapatos, de cordobán de lustre, a doble suela, con estrellita de oro sobre el empeine. En la mano lucía seis o siete riquísimas tumbagas, y de un ojal de la chaquetilla pendía gruesa cadena con esmeralda por eslabones. La camisa parecía ser de finísimo *elefante* (imitación de holán batista), con tres andanadas de trencillas de Quito y encarrujados de encaje de Flandes.

Descrito el traje, mis lectores convendrán conmigo en que no era un pelafustán, sino muy empingorotada persona, el limeño que de vista entrara en el salón de su paisano el arzobispo.

—A buen tiempo llega vuesa merced —le dijo el arzobispo, después de las fórmulas de saludo—, que estos caballeros andan, desde hace una hora, dándose cabeza con cabeza por desenmarañar cierto enigma.

Y le puso al tanto de lo que ocurría.

—¡Bah, bah, bah! —contestó el limeño, sacando una caja de oro, que bien pesaría libra y media, y sorbiendo una narigada del cucarachero—. ¿Y en tan poca agua se ahogaban vuesas mercedes? Pues sepan, de hoy para siempre, que las cuatro P P P P de Lima son Pila, Puente, Pan y... Peines.

Yo sabía que el virrey Amat, cuando su querida la *Perricholi* le preguntaba qué novedades había en Lima, solía contestar: —*La Pila, el Puente y el Pan como se estaban se están—;* pero esto de los Peines, ¡cuernos!, la verdad sea dicha, no estaba en mis libros. Cierto que este virrey, entre los juegos de agua que proyectó para un paseo público, llegó a ver concluida una cascada (que hoy no existe) conocida con el nombre de los *Peines;* pero a ella mal podría aludir, un cuarto de siglo antes, el huésped del mitrado de Guatemala.

Ahora, en el último tercio del siglo XIX, prometo yo de regalo, no los cincuenta duros y el refresco del curioso coplero guatemalteco, sino cualquiera futesa que no sea plata ni cosa que lo valga... , al que me averigüe qué pudieron ofrecer de notable los *peines* de cuerno que se fabricaban en Lima en el siglo de nuestros abuelos.

¿Si será porque a los mozos tunantes se los llama también *peines?* Buen *peine,* y de los de escardar lana, es fulanito, oímos decir con frecuencia.

NO SE PEGA A LA MUJER

CUENTAN de un zapatero que por un quítame allá esas pajas sacudía las costillas a su conjunta, y no porque ella diera motivo para que de su señor y dueño dijeran lo que reza esta copla popular:

Encontré a tu marido
manos a boca;
fui corriendo y le dije:
¡Carnero, topa!

En una de las peloteras entre los cónyuges acudió a poner paz un su compadre, pulpero catalán y hombre de peso, nada parecido al que dijo:

Compadre, yo he visto un toro
en la plaza de Jerez.
¡Compadre, si usted lo viera!
¡Todo parecido a usted!

—¿Cómo es eso? —gritó—. ¿Se olvida usted, compadre, de que lleva pantalones y desciende hasta la indignidad de pegarle a una débil mujer?

—¡Así, compadre! —dijo, gimoteando, la zapatera—. Ríñalo usted duro, a ver si tiene vergüenza y no vuelve a maltratarme.

Alentado, el catalán continuó la reprimenda:

—A la mujer, compadre, nunca se la pega..., nunca... ¿Lo entiende usted? Nunca .. más que una sola vez, y eso hasta dejarla en el sitio pati tiesa, para que no llegue a contar el caso a las vecinas y ande en lenguas el nombre del marido. O se pega en regla o no se pega.

Doctrina completamente opuesta a la del pulpero profesaba el gran mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, pues si no están mojados mis papeles, ni miente mi amigo Luis Capella Toledo, presentósele un día al

mariscal una rabona con el cuerpo magullado y la cara ensangrentada, quejándose de que así la había puesto su marido, sargento primero del batallón *Rifles*.

Sucre *el impecable*, como lo llamaba Bolívar aludiendo a su pureza de costumbres y a sus delicadezas para con las hijas de Eva, por humilde que fuera la condición de éstas, le preguntó, colérico:

—¿Y por qué te ha pegado?

—Por nada, *taitay*...; de malo, *taitay*

—Ayudante, tráigame al sargento Uribe.

Y Sucre paseaba la habitación, murmurando:

—¡Cobarde! ¡Indigno de haber combatido en Pichincha!

Llegado el sargento, le preguntó Sucre:

—¿Por qué ha cometido la vileza de maltratar a esta infeliz?

—Mi general —contestó el sargento—, es mi mujer; la he sorprendido *in fraganti* con un oficial y me ha faltado valor para matarla.

Sucre se volvió hacia su jefe de Estado Mayor y le dijo al oído:

—Coronel, indague usted el nombre de ese oficial y delo de baja del Ejército.

Acercóse luego a la mujer y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice tu marido?

—Celoso, *taitay*..: oficial abrazando..., yo no consintiendo...

Sucre no pudo dejar de sonreírse; mas, recobrando en breve su seriedad, dijo:

—Desde hoy te está prohibido la entrada en el cuartel, y dentro de tres días te haré proporcionar bagajes para que regreses a tu pueblo. El sargento Uribe ha muerto para ti, no lo olvides. Y usted, sargento, vaya arrestado por un mes, y sepa que un proverbio árabe dice que *a la mujer no se la pega ni con una flor*

El heroico Sucre murió asesinado en la montaña de Berruecos.

La voz pública señaló como autor del crimen al coronel José María Obando, más tarde general y presidente de Colombia.

Obando escribió artículo tras artículo y publicó libro tras libro, rechazando toda responsabilidad. Tarea estéril. La opinión proseguía acusándolo. A los veinte años ésta empezó a callar fatigada; pero la Providencia se hizo acusadora. ¿Cómo? Lean ustedes.

En 1860, Obando cayó gravemente herido en el combate de la *Cruz Verde;* y como si la Providencia hubiera querido tomar también parte en el proceso histórico, el único sacerdote que la casualidad proporcionó, en el campo de batalla, para confesar y absolver al moribundo se llamaba *Antonio José de Sucre,* como su tío el gran mariscal de Ayacucho.

Otra fatal y curiosa coincidencia. De las letras de que se compone el apellido *Obando* y de *Cruz Verde,* sitio donde aquél murió, la malicia humana sacó un anagrama terriblemente acusador.

De *Obando* y de *Cruz Verde,* con dos ligeras incorrecciones ortográficas, resulta *Bandido de Berruecos.*

¡Oh Providencia!

EL CLARIN DE CANTERAC

A Lastenia Larriva de Llona

RECIO batallar el de las caballerías patriotas y realistas en Junín.

Un solo pistoletazo (que en Junín no se gastó más pólvora) y media hora de esgrimir lanza y sable. Combate de centauros más que de hombres.

Canterac, seguido de su clarín de órdenes, recorría el campo, y el clarín tocaba incesantemente *a degüello.*

Ese clarín parecía tener el don de la ubicuidad. Se le oía resonar en todas partes; era como la simbólica trompeta del juicio final. «A la izquierda, a la derecha, en el centro, a retaguardia, siempre el clarín. Mientras él resonara no era posible la victoria. El clarín español, él solo, mantenía indeciso el éxito». *(Capella Toledo)* [1].

Necochea y Miller enviaron algunas unidades en direcciones diversas, sin más encargo que el de hacer enmudecer ese maldecido clarín.

Empeño inútil. El fatídico clarín resonaba sin descanso, y sus ecos eran cada vez más siniestros para la caballería patriota, en cuyas filas empezaba a cundir el desorden.

Necochea, acribillado de heridas, caía del caballo diciendo al capitán Herrán:

—Capitán, déjeme morir, pero acalle antes ese clarín.

Y la caballería realista ganaba terreno, y un sargento, Soto (limeño, que murió en 1882 en la clase de comandante), tomaba prisionero a Necochea, poniéndolo a la grupa de su corcel.

Puede escribirse que la derrota estaba consumada. El Sol de los Incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía.

De pronto cesó de oírse el atronador, el mágico clarín ¿Qué había pasado?

Un escuadrón peruano de reciente formación, *recluta,* digámoslo así, al que su impericia había dejado el general relegado, carga bizarramente por un flanco y por retaguardia a los engreídos vencedores y el combate se res-

[1] *Capella Toledo:* V. la primera parte de *No se pega a la mujer*

tablece. Los derrotados se rehacen y vuelven con bríos sobre los escuadrones españoles

El general Necochea se reincorpora.

¡Victoria por la patria! —dice al pelotón de soldados realistas que lo conducía prisionero.

—¡Victoria por el rey! —contesta el sargento Soto.

¡No! insiste el bravo argentino—. Ya no se oye el clarín de Canterac, están ustedes derrotados.

Y así era, en efecto. La tornadiza victoria se declaraba por el Perú y Necochea era rescatado.

—¡Vivan los húsares de Colombia! —gritaba un jefe aproximándose a Bolívar.

—¡La pim... pinela! —contestó el Libertador, que había presenciado los incidentes todos del combate—. ¡Vivan los húsares del Perú!

El capitán Herrán había logrado tomar prisioneros al infatigable clarín de Canterac, y en el mismo campo de batalla lo presentaba rendido al general Necochea. Este, irritado aún con el recuerdo de las recientes peripecias, o exasperado por el dolor de las heridas, dijo lacónicamente:

—Que lo fusilen...

—General... —observó Herrán interrumpiéndolo.

—O que se meta a fraile —añadió Necochea, como complementando la frase.

—Mi general, me haré fraile —contestó precipitadamente el prisionero.

—¿Me empeñas tu palabra? —insistió Necochea.

—La empeño, mi general.

—Pues estás en libertad. Haz de tu capa un sayo.

Terminada la guerra de Independencia, el clarín de Canterac vistió en Bogotá el hábito de fraile, en el convento de San Diego.

La Historia lo conoce con el nombre de *el padre Tena.*

HISTORIA DE UN CAÑONCITO

A Leopoldo Díaz, en Buenos Aires.

SI HUBIERA escritor de vena que se encargara de recopilar todas las agudezas que del ex-presidente gran mariscal Castilla se refieren, digo que habríamos de deleitarnos con un libro sabrosísimo. Aconsejo a otro tal labor literaria, que yo me he jurado no meter mi hoz en la parte de historia que con los contemporáneos se relaciona. ¡Así estaré de escamado! [1]

Don Ramón Castilla fue hombre que hasta a la Academia de la Lengua le dio lección al pelo, y compruébolo con afirmar que desde más de veinte años antes que esa ilustrada corporación pensase reformar la ortografía, decretando que las palabras finalizadas en *on* llevasen la *ó* acentuada, el general Castilla ponía una vírgula tamaña sobre su *Ramón*. Ahí están infinitos autógrafos suyos corroborando lo que digo.

Si ha habido peruano que conociera bien su tierra y a los hombres de su tierra, ése, indudablemente, fue don Ramón. Para él la empleomanía era la tentación irresistible y el móvil de todas las acciones en nosotros, los hijos de la patria nueva.

Estaba don Ramón en su primera época de gobierno, y era el día de su cumpleaños (31 de agosto de 1849). En palacio había lo que en tiempo de los virreyes se llamó *besamano*, y que en los días de la República, y para diferenciar, se llama lo mismo. Corporaciones y particulares acudieron al gran salón a felicitar al supremo mandatario.

Acercóse un joven a su excelencia y le obsequió, en prenda de afecto, un dije para el reloj. Era un microscópico cañoncito de oro montado sobre una cureñita de filigrana de plata: un trabajo primoroso; en fin, una obra de hadas.

¡Eh! Gracias. . ., mil gracias por el cariño —contestó el presidente, cortando las frases de la manera peculiar suya, y sólo suya

[1] *¡Así estaré de escamado!:* la frase refleja que el impacto de la crítica provocada por su trabajo *Monteagudo y Sánchez Carrión,* siguió vivo en Palma mucho tiempo después de ocurrido. V. nota 1 de *Con días y ollas venceremos.*

—Que lo pongan sobre la consola de mi gabinete —añadió, volviéndose a uno de sus edecanes.

El artífice se empeñaba en que su excelencia tomase en sus manos el dije para que examinara la delicadeza y gracia del trabajo; pero don Ramón se excusó diciendo:

¡Eh! No..., no..., está cargado..., no juguemos con armas peligrosas...

Y corrían los días, y el cañoncito permanecía sobre la consola, siendo objeto de conversación y de curiosidad para los amigos del presidente, quien no se cansaba de repetir:

—¡Eh! Caballeros..., hacerse a un lado..., no hay que tocarlo..., el cañoncito apunta..., no sé si la puntería es alta o baja..., está cargado..., un día de éstos hará fuego..., no hay que arriesgarse..., retírense..., no respondo de averías...

Y tales eran los aspavientos de don Ramón, que los palaciegos llegaron a persuadirse de que el cañoncito sería algo más peligroso que una bomba Orsini o un torpedo Withead.

Al cabo de un mes el cañoncito desapareció de la consola, para ocupar sitio entre los dijes que adornaban la cadena del reloj de su excelencia.

Por la noche dijo el presidente a sus tertulios:

—¡Eh! Señores..., ya hizo fuego el cañoncito..., puntería baja..., poca pólvora..., proyectil diminuto..., ya no hay peligro..., examínenlo.

¿Qué había pasado? Que el artífice aspiraba a una modesta plaza de inspector en el resguardo de la aduana del Callao, y que don Ramón acababa de acordarle el empleo.

Moraleja: los regalos que los chicos hacen a los grandes son, casi siempre, como el cañoncito de don Ramón. Traen entripado y puntería fija. Día menos, día más, ¡pum!, lanzan el proyectil.

LA CONSPIRACION DE CAPITANES

A Vicente Rivas Palacio, en México.

I

Con el nombre de *conspiración de capitanes* bautizóse, en 1845, un colosal proyecto de revolución, que, a haberse realizado, habría puesto lo de abajo arriba y vuelto el país de adentro para fuera, como calcetín de pobre.

Yo la llamaría la *conspiración de los poetas*, porque mucho de poético hubo en el programa de los afiliados. Van ustedes a convencerse.

Con motivo de nuestro desastre bélico en Ingavi [1], se le encajó entre ceja y ceja a la juventud que militaba en el ejército que la derrota se debía exclusivamente a la corrupción, perfidia, rivalidades y ambiciones de los militares viejos, y que si bien éstos hicieron la Independencia patria, en cambio fueron los creadores de la guerra civil, siendo obra suya la anarquía en que desde 1828 vivía el Perú. Los escándalos, ignominia y atraso del país eran cosecha obligada de la mala semilla sembrada por ese cardumen de sanguijuelas del Tesoro público.

La juventud, para no hacerse cómplice del pasado, devolver su empañado lustre a la noble carrera de las armas y castigar con mano de hierro la inmoralidad y el crimen, debía unirse en logia secreta, madurar sus planes y dar el golpe sobre seguro.

Todo militar que invistiese las clases de general, coronel o comandante, era para los de la logia regeneradora un pecador empedernido, y sin misericordia ni santo o padrino que le valiese debía ser fusilado. No podía caber honradez, valor, ilustración, talento, virtud ni mérito alguno en hombres que, por angas o por mangas, habían contribuido a entronizar la política de Gamarra, que fue el primer caudillo de motín que tuvo la patria nueva y el que fundó cátedra de anarquía y bochinche.

[1] *Ingavi:* el presidente Agustín Gamarra invadió Bolivia en 1841 y sufrió en la batalla de Ingavi un gran desastre bélico.

Para los de la logia cada general, coronel o comandante, a pesar de las charreteras, relumbrones y entorchados, no pasaba de ser un escapado de presidio, un racimo de horca o un complemento de banquillo patibulario. Degollina con ellos o cuatro onzas de plomo entre pecho y espalda.

Como eso de leyes y constitucionalidad no pasaba de ser una especie de ratonera con queso rancio, en la que caen pericotillos inocentuelos para que los gatos saquen el vientre de mal año, los de la logia proclamaban la dictadura de un joven, ¡y abajo antiguallas!, que de la juventud es el porvenir, y sólo los muchachos saben hacer bien y en regla las cosas Los viejos ni siquiera sirven para dar hijos rollizos a la patria, que bien los ha menester. ¡Ea! *Los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra* [2].

So capa de ciencia, suficiencia y experiencia, buenos petardos le han traído al Perú los tales vejestorios. Los mancebos de la logia resolvieron declarar a la vejez en cesantía eterna y que todos los puestos públicos se repartiesen entre la gente moza. Así, cuando gobernasen los muchachos, lo primero que tendría que hacer un pretendiente no sería comprobar competencia para el buen desempeño de un destino, sino exhibir su partida de bautismo. A los hombres de cuarenta o cuarenta y cinco, así como por caridad y para que no muriesen de gazuza, se les ocuparía en empleos subalternos, como amanuenses o portapliegos. Después de los cuarenta y cinco, ni para portero sería ya útil un prójimo. Así, y para no experimentar sinsabores y agravios, lo mejor que podría hacer todo peruano sería morirse antes de llegar a los cincuenta [3].

En lo sucesivo no habría en el Perú generales ni comandantes, porque estos títulos llevaban en sí encarnado el virus de todo lo malo. ¡Basta de langostas! En lo sucesivo no habría en el escalafón militar más que capitanes y tenientes; esto es (digo yo, y perdóneseme la comparación), los mismos mastines, con sólo dos collarines.

El dictador sería un capitán, irresponsable y con facultades omnímodas para hacer y deshacer a su antojo. Estaba ya designado para el ejercicio de las autocráticas funciones el capitán don Juan Ayarza, natural de Ayacucho, y para su secretario geenral el capitán don Manuel Tafur, limeño, que murió últimamente, en la clase de coronel, en la batalla de Huamachuco, librada contra los chilenos.

Decididamente, con este gobierno íbamos a ser los peruanos tan archifelices, que daríamos dentera a todas las naciones del universo mundo.

Y esa poética locura tomaba de día en día tal incremento, y era el secreto tan sacramentalmente guardado entre los setenta y nueve capitanes y tenientes comprometidos, que sólo por una casualidad, que llamaremos pro-

[2] *Los viejos . los jóvenes a la obra.* es la dura frase con la que González Prada condenó en 1888 a la generación anterior a la suya, por la derrota en la guerra de. Pacífico. V Prólogo.

[3] *a los cincuenta:* cuando Palma publicó esta tradición por primera vez (1886) tenía 53 años y González Prada 38. El sarcasmo y la amargura del pasaje son evidentes.

videncial, pudo el Gobierno poner las manos en la masa y desbaratar el pastel.

II

Había en el batallón que mandaba el coronel don Francisco García del Barco, acantonado en Ayacucho, un teniente, don Faustino Flores, el que servía en la primera compañía de la cual era capitán don Juan Lizárraga, gallardísimo mancebo, muy entendido en letras y números, gran técnico y ordenancista, valiente como un león en el campo de batalla y asaz querido y mimado por sus compañeros de armas. Era, como se dice, el niño bonito del ejército.

Todos los oficiales del batallón, con excepción de cuatro o cinco, estaban afiliados en la logia, contándose el teniente Flores entre los pocos de la excepción. Y no lo estaba porque Lizárraga, que era el jefe de obra en el cuerpo, tenía desfavorable concepto de sus prendas como soldado y de sus dotes como hombre.

Flores, que, como Lizárraga, era ayacuchano, obtuvo de su coronel dos días de licencia para ausentarse del cuartel e ir a pasarlos en una quinta a inmediaciones de la ciudad, para celebrar fiesta de familia por cumpleaños de una prima suya.

Vencida la licencia, regresó Flores al cuartel, encontrándose en la puerta con el capitán Lizárraga, a quien aquel día estaba confiado el servicio. El coronel había olvidado avisar a Lizárraga que el teniente se hallaba franco, y disculpable era que el capitán trinase contra la falta en que, a su juicio, había incurrido el subalterno. Así, apenas vio a Flores lo reconvino con dureza. Como las palabras sacan palabras, el teniente, que no era mudo y que venía tal vez envalentonado por los humos alcohólicos del día anterior, también desató la sin hueso, terminando por desafiar a su capitán. Este, orgulloso, valiente y con fama de muy diestro esgrimidor, contestó:

—Ahora mismo. Ven a que te haga vomitar el alma y el aguardiente, pedazo de sabandija.

Y seguidos de algunos oficiales se encaminaron los duelistas a la Alameda de Santa Teresa o de los Caballitos, que distaba pocas cuadras del cuartel de Santa Catalina.

Flores apenas sabía manejar la espada, y su antagonista era maestro en armas o por tal tenido en el ejército.

—¡Pobre Flores! —decían por el camino los que iban a presenciar el desafío—. Ya puede contarse entre las almas de la otra vida.

Pero ello es que no bien se cruzaron los aceros cuando Lizárraga cayó muerto, atravesado el corazón por una estocada.

Aquel fue día de luto para Ayacucho, donde Lizárraga era el favorito de los salones.

Traído el cadáver a la ciudad en brazos de los oficiales, el coronel, seguido de un ayudante, entró en la vivienda que en el cuartel había ocupado

el difunto para inventariar las prendas. ¡Cuál sería su sorpresa al abrir un maletín de campaña y encontrar en él cartas, relaciones, documentos, en fin, que ponían en transparencia la conspiración!

Inmediatamente García del Barco despachó un expreso a Lima para que pusiese en manos del presidente de la República, mariscal Castilla, los hilos del complot que la casualidad le habían hecho descubrir.

A la vez, Flores era juzgado y condenado a muerte por un Consejo de guerra: pero sus deudos consiguieron hacerlo fugar de la prisión y que se asilase en Bolivia.

En 1856 fueindultado por la Convención Nacional. No volvió a servir en el ejército, y murió hará quince años, desempeñando, según me han dicho, en un villorrio de provincia, las funciones de maestro de escuela.

III

Cuando el mariscal Castilla, atando cabos sueltos, se puso al corriente de la terrorífica conjuración, exclamó con las frases cortadas que eran de su peculiar y característico lenguaje:

—¡Eh! ¿Qué cosa?... ¡Muchachos locos!.. ¡Calaveras!... ¡Cortarles las alas!... ¡Faltos de juicio!.. ¡Que no vuelen!... ¡Tunos!... ¡Que venga Mendiburu!... ¡Sí!... ¡nada de escándalo..., eso es!... ¡Romper hilos!... ¡Conviene!... ¡Mendiburu!... ¡Sin ruido, ruido!... ¡Ya, ya!

Y encerrándose con el por entonces coronel don Manuel de Mendiburu (quien seguramente ha de ocuparse de tal episodio en sus *Memorias*, inéditas aún), hubo entre ambos larga plática y combinación de planes *.

Al día siguiente Mendiburu se embarcaba para Arica, y en menos de un mes y con la mayor cautela recorrió tres departamentos del Sur, tijera en mano y cortando hilos. Mañosamente fue separando de los batallones a los capitanes peligrosos, pero sin darles a conocer el motivo de la separación. Esta no tenía nada de desairoso, pues no se les daba de baja en el ejército. Unos capitanes fueron enviados al extranjero en calidad de agregados a las Legaciones; otros marcharon a Europa a estudiar un nuevo sistema de armamento; muchos pasaron a servir a los Ministerios y oficinas, y poquísimos, esto es, los de escaso prestigio y aptitudes, fueron al gremio de indefinidos, donde siquiera se les acudía con una ración de pan

El mariscal Castilla pudo encerrar en una casamata a los conspiradores, someterlos a juicio, que habría sido perdurable si así convenía al gobernante, y alborotar el cotarro; pero, hombre práctico y político sagaz, prefirió atajar el mal sin grave escándalo, limitándose a impedir que jóvenes de soñadora fantasía siguieran ejerciendo dominio sobre los soldados

* El señor Mendiburu murió en enero de 1885, en la clase de general, y, entre otras obras, es autor de un *Diccionario histórico del Perú*, ocho volúmenes en cuarto, de quinientas paginas cada uno, obra que inmortaliza su nombre. La Real Academia Española considero a Mendiburu entre sus miembros correspondientes, en el Perú

UN MAQUIAVELO CRIOLLO

(Episodios contemporáneos)

—¡Nada, mi señor tradicionista! —decíame ayer mi amigo don Restituto, vejete con más altos y bajos que la Constitución del 60 [1], y con unas tijeras que así cortan al hilo como al sesgo—, déjese usted de filosofía palabrera y aténgase a mi regla, que es la de que con sólo pautas torcidas se hacen renglones derechos, y que la línea curva es la más corta. Más seguro se llega rodeando, que por el atajo. Esa es mi matemática social, y tente, perro.

—Pero, señor mío, ¿está usted loco?

—Así hubiera muchos locos como yo y menos cuerdos como usted, y el mundo caminaría mejor. ¿Cree usted, señor poeta, que cuando un prójimo me insulta soy yo de los tontos que se echan sobre él y le rompen la jeta? ¿Cómo había yo de incurrir en esa vulgaridad? Al que nos infiere un mal no hay sino estimularlo para que persevere en ese camino, que a la larga tropezará y se lo llevará el demonio. Yo soy de la escuela de Maquiavelo el florentino y de Pajarito el limeño.

—Soy todo orejas, señor don Restituto. Cuénteme usted la historia de ese Pajarito.

—Pues páseme usted los fósforos y un trabuquito. Empiezo.

Pero como no acertaría a copiar fielmente el relato de mi amigo, será mejor, y para mí más cómodo, que, tomando de él lo sustancial, escriba la cosa en mi lacónico y corriente estilo.

Pajarito era, en 1871, el físico del batallón ***, del cual era primer jefe el coronel M. G., soldado bravo como el león de las selvas, de avinagrado carácter, y que en la vida social trascendía siempre a cuartel.

Enfermóse una noche un hijo del coronel, y en el conflicto de proporcionarse en el acto médico que lo atendiera, creyó el padre que podía con-

[1] *Constitución del 60:* conservadora, promulgada durante el segundo gobierno de Castilla.

tar con los servicios del físico de su batallón. Envió a las volandas un soldado a casa de Pajarito; pero éste no quiso abandonar el regalo de las sá banas, y contestó:

Dile al coronel que me dispense, porque un atroz romadizo me imposibilita para salir a estas horas, y con la garúa y el condenado frío que hace, a la calle

El arrogante coronel, al imponerse de la excusa de su subalterno, se mordió los labios, jurando para sus adentros vengarse más tarde de Pajarito.

Pocos meses después, el presidente de la República, coronel Balta, en las postrimerías ya de su Administración, decidió ascender a todos los cirujanos de tropa que comprobaran no haber recibido adelanto en los últimos cuatro años.

Pajarito, físico de segunda clase y con ocho años de antigüedad en el empleo, presentóse con su expediente bien aparejado, y el coronel Balta decretó que por el Ministerio se le expidiese título de cirujano de primera. Contento como un sábado de gloria salió de Palacio el ascendido, fuese al cuartel, comunicó la noticia a los oficiales y les convidó una cervezada.

Impúsose de la novedad el coronel, y, encaminándose al Ministerio, dio tan desfavorables informes sobre la ciencia y suficiencia de Pajarito, que el presidente de la República revocó su decreto. Regresó el jefe al cuartel, y creyendo ahogarle el gozo al físico, le disparó a quemarropa y sin andarse con repulgos este trabucazo:

—Doctorcito, vengo de Palacio y le he dicho a su excelencia que usted no sirve para el hígado ni para el bazo. Por consiguiente, lo del ascenso se aguó por ahora, y... ¡muela usted vidrios con los codos!

—Muchas gracias, mi coronel —contestó con flema Pajarito—. Así lo habrá encontrado usía justo y conveniente. ¡Paciencia!

Aquí el maravillado fue el coronel, pues creyendo darle al físico un sofocón y un berrinche de mil diablos, se encontró con que éste recibía la mala nueva con una pachorra digna de Job el cachazudo.

Cuando se retiró el coronel, uno de los capitanes le dijo a Pajarito:

—¡Hombre de Dios! Usted no tiene sangre en las venas, sino aguachirle. ¿Cómo ha podido usted quedarse tan fresco?

—Oiga usted, mi capitán: iba yo una tarde por la plazuela de Santa Ana cuando un negro más borracho que guinda en alcohol me apabulló el sombrero.

—Por supuesto que usted le rompería la crisma con su bastón

¡Quia! No, señor. Mi bastón era un bejuquillo débil; yo soy un hom bre enclenque, como a la vista está, y el negro era diez veces más fuerte que yo. Al echarla de guapo, tras el desperfecto de mi sombrero habría salido con los huesos hechos harina. No soy tan torpe. Lo que hice fue sonreírme, meter mano al bolsillo, sacar media libra esterlina y alargársela al borracho, diciéndole: «¡Qué diantre de negro tan bufón! Toma, para que a

mi salud empines algunas copas», y fui a colocarme en acecho tras la esquina. El negro se envalentonó con esto, y calculando que si obtenía igual provecho por cada insolencia que tuviera con las personas decentes en breve sería dueño de un caudal, redobló su desacato con los transeúntes, hasta que se encontró con uno de la cáscara amarga, el cual le aplicó tanta leña, que lo hizo *pedir pita*[2], regándole los dientes por el suelo como cuentas de rosario. Acudieron los celadores, llevándose al negro al hospital con la cabeza rota, un brazo desencuadernado y dos costillas hundidas. El garroteador fue puesto preso a la comisaría hasta que se esclareciesen las cosas. Ya ve usted, pues, que sin más gasto que el de media esterlina, y sin riesgo de andar en reconcomios con la justicia, me vi vengado en regla del ultraje. Pues bien: si yo ahora hubiera levantado moño al coronel le habría dado en la yema del gusto, y ya estaría el pobre cirujano preso en la prevención del cuartel, con sumario a cuestas y en vísperas de que, por una orden general ignominiosa, le limpiasen el comedero. No, capitán, yo sé lo que hago. Que crezcan los humos del coronel, que en camino va de tenerlos más que una chimenea, y ya se encontrará con la horma de su zapato.

Meses después, el 27 de julio de 1872, Lima presenciaba un espectáculo horrible. De una de las vigas de la torre de la catedral, en reparación por entonces, pendía una cuerda, en cuyo extremo se balanceaba el cuerpo de uno de los coroneles revolucionarios.[3].

Pajarito, confundido entre la inmensa y apiñada muchedumbre, miraba con ojos azorados al cadáver, murmurando:

—¡Como el borracho! ¡Como el borracho!... ¡Pobre coronel!

2 *pedir pita.* V. nota 1 de *Traslado a Judas.*

3 *uno de los coroneles revolucionarios:* bajo un aparente tono costumbrista, Palma traza aquí una parábola de intención crítica a la política peruana inmediata. los *coroneles revolucionarios* son los cuatro hermanos Gutiérrez, sublevados contra el presidente Balta (V. nota 1 de *La fundación de Santa Liberata*). El abusivo personaje designado antes con las siglas M. G. debe ser Marcelino Gutiérrez, que ordenó la ejecución del presidente prisionero. La intención final del texto es aleccionadora: el pueblo, aparentemente indefenso, sabe cobrarse con creces la violencia que se ejerce contra él.

OCTAVA SERIE

LOS RATONES DE FRAY MARTIN

Y comieron en un plato
perro, pericote y gato.

Con este pareado termina una relación de virtudes y milagros que en hoja impresa circuló en Lima, allá por los años de 1840, con motivo de celebrarse en nuestra culta y religiosa capital las solemnes fiestas de beatificación de fray Martín de Porres.

Nació este santo varón en Lima el 9 de diciembre de 1579, y fue hijo natural del español don Juan de Porres, caballero de Alcántara, en una esclava panameña. Muy niño Martincito, llevólo su padre a Guayaquil, donde en una escuela, cuyo dómine hacía mucho uso de la cáscara de novillo [1], aprendió a leer y escribir. Dos o tres años más tarde, su padre regresó con él a Lima y púsolo a aprender el socorrido oficio de barbero y sangrador, en la tienda de un rapista de la calle de Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja y la lanceta, si bien salió diestro en su manejo, y optando por la carrera de santo, que en esos tiempos era una profesión como otra cualquiera, vistió a los veintiún años de edad el hábito de lego o donado en el convento de Santo Domingo, donde murió, el 3 de noviembre de 1639, en olor de santidad.

Nuestro paisano Martín de Porres, en vida y después de muerto, hizo milagros por mayor. Hacía milagros con la facilidad con que otros hacen versos. Uno de sus biógrafos (no recuerdo si el padre Manrique o el médico Valdés) dice que el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera milagreando (dispénsenme el verbo). Y para probar cuán arraigado estaba en el siervo de Dios el espíritu de obediencia, refiere que en momentos de pasar fray Martín frente a un andamio, cayóse un albañil desde ocho o diez varas de altura, y que nuestro lego lo detuvo a medio camino, gritan-

[1] *cáscara de novillo*: es decir, del látigo.

do. «¡Espere un rato, hermanito!» Y el albañil se mantuvo en el aire hasta que regresó fray Martín con la superior licencia.

¿Buenazo el milagrito, eh? Pues donde hay bueno, hay mejor.

Ordenó el prior al portentoso donado que comprase, para consumo de la enfermería, un pan de azúcar. Quizá no le dio el dinero preciso para proveerse de la blanca y refinada, y presentósele fray Martín trayendo un pan de azúcar moscabada.

—¿No tienes ojos, hermano? —díjole el superior—. ¿No ha visto que por lo *prieta* más parece chancaca que azúcar?

—No se incomode su paternidad —contestó, con cachaza, el enfermero—. Con lavar ahora mismo el pan de azúcar, se remedia todo.

Y, sin dar tiempo a que el prior le arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

¡Ea!, no me hagan reír, que tengo partido un labio.

Creer o reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra. Y aquí noto que, habiéndome propuesto sólo hablar de los ratones sujetos a la jurisdicción de fray Martín, el santo se me estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grano, digo, a los ratones.

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista, pues hasta el año de 1552 no fueron esos animalejos conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que, con cargamento de bacalao, envió a nuestros puertos un don Gutierre, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron a los ratones con el nombre de *hucuchas*, esto es, salidos del mar.

En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era todavía casi una curiosidad, pues, relativamente, la familia ratonesca principiaba a multiplicar. Quizá desde entonces encariñose por los roedores, y viendo en ellos una obra del Señor, es de presumir que diría, estableciendo comparación entre su persona y la de esos chiquitines seres, lo que dijo un poeta:

El mismo tiempo malgastó en mí Dios
que en hacer un ratón, o a lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba en el convento las funciones de enfermero, los ratones campaban como moros sin señor en celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno, en el Cuzco y en seicientos pesos, a don Diego de Almagro el Viejo

Aburridos los frailes con la invasión de roedores, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfermería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el

tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertólo el lego y, colocándolo en la palma de la mano le dijo:

—Váyase, hermanito, y diga a sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas; que se vayan a vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento, la ratonil muchitanga abandonó el claustro y se trasladó a la huerta. Por supuesto que fray Martín los visitó todas las mañanas, llevando una cesta de desperdicios o provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.

Mantenía en su celda nuestro buen lego un perro y un gato, y había logrado que ambos animales viviesen en fraternal concordia. Y tanto, que comían juntos en la misma escudilla o plato.

Mirábalos una tarde comer en sana paz, cuando, de pronto, el perro gruñó y encrespóse el gato. Era que un ratón, atraído por el olorcillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubriólo fray Martín, y, volviéndose hacia perro y gato, les dijo:

—Cálmense, criaturas del Señor, cálmense.

Acercóse en seguida al agujero del muro y dijo:

—Salga sin cuidado, hermano pericote. Paréceme que tiene necesidad de comer; apropíncuese, que no le harán daño.

Y, dirigiéndose a los otros dos animales, añadió:

—Vaya, hijos, denle siempre un lugarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón, sin hacerse rogar, aceptó el convite, y desde ese día comió en amor y compañía con perro y gato.

Y..., y..., y... ¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

UNA ELECCION DE ABADESA

POR ENERO de 1709 la sociedad limeña estaba más arremolinada que un avispero. Tratábase nada menos que del capítulo para la elección de abadesa en el monasterio de Santa Clara. ¡Vaya si la cosa valía la pena!

Disputábanse el cetro abacial sor Antonia María de los Llanos y sor Leonor de Omontes, actual abadesa y que aspiraba a la reelección. Ambas contaban con fuerzas y probabilidades iguales, siendo diarias las escandalosas reyertas entre monjas y seglares domiciliadas en el convento, reyertas cuyos pormenores, siempre abultados, eran en la ciudad la comidilla de las tertulias caseras.

Todas las familias de Lima, por falta de distracciones o de asunto en qué ocupar la actividad del espíritu, estaban afiliadas en alguno de los partidos monacales, tomando la cosa con tanto o más calor que los politiqueros de nuestros republicanos tiempos cuando se trata de que el bastón presidencial cambie de manos para repartir garrotazos.

El Cabildo eclesiástico, en sede vacante a la sazón, se reunió el 11 de enero, y por cinco votos contra tres declaró, no sin protesta de la minoría, que la madre Leonor no podía ser reelecta. Esta, que contaba con la protección del virrey marqués de Castell-dos-Ríus y de los oidores, apeló ante la Real Audiencia, y después de larga controversia entre el Cabildo y el Gobierno, dispuso éste que la elección se realizase el 12 de febrero, tercer día de Carnaval, y que la madre Omontes podía ser candidata.

Aunque refunfuñando mucho, tuvieron que morder el ajo los cinco canónigos partidarios de la madre Llanos, y el día designado, a las ocho de la mañana, el Cabildo, presidido por el provisor, que lo era el maestre-escuela don Francisco Alfonso Garcés, se constituyó en Santa Clara y nombró presidenta, para el acto de la votación, a doña Teodora de Urrutia, que era la decana del monasterio, pues contaba veintiocho años de conventual.

Entre tanto, la plazuela y calles vecinas eran un hormiguero de gente principal y de muchitanga provista de matracas y cohetes voladores

El provisor, que no daba por medio menos la victoria de la madre Antonia, su protegida, se puso como energúmeno cuando, terminado el escrutinio, resultó la madre Leonor con ochenta y un votos, y su competidora con setenta y uno.

—Señoras —dijo su señoría—, sin oponerme a los despachos del real acuerdo, por justas causas que reservo en mí y en el venerable Cabildo, anulo la elección y nombro presidenta a la madre Urrutia, a la que todas las religiosas, bajo pena de excomunión, prestarán desde este momento obediencia.

Allí se armó la gorda.

Los tres canónigos omontistas dijeron cuatro frescas al provisor y a sus secuaces; y las monjas formaron una alharaca que es para imaginada y no para descrita, llegando una de las omontistas, tijera en mano, a obligar a las contrarias, que se allanaban a reconocer la autoridad de la presidenta, a refugiarse en el coro alto. Todo acabó, como se dice, a farolazos, y el juramento de obediencia quedó sin prestarse.

La Real Audiencia, a la que acudió en el acto la Omontes, querellándose de despojo, dio por buena y válida la elección de ésta, y a la vez ordenó al Cabildo que levantase la censura.

El provisor contestó que, como juez ordinario, había desde enero seguido, en secreto, causa a la madre Leonor, y que por justos motivos, que se reservaba *in pectore*, y por razones canónicas que expuso, insistía en no darla posesión del cargo.

Esta oposición la hallará por extenso el curioso lector en un libro manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional, titulado *Antigüedades de esta Santa Iglesia Metropolitana de los Reyes*, y del que es autor el canónigo Bermúdez.

—Ya esto es mucha mecha y no la aguanto —exclamó el de Castell-dos-Ríus y le plantó al provisor una mosquita de Milán, que no otra cosa era un oficio en que prevenía al señor Garcés que si en término de ocho horas no ponía a la Omontes en posesión de la abadía, se alistase para ser enviado a España bajo partida de registro; y que a los otros cuatro canónigos, sus camaradas en la resistencia, les limpiaría el comedero, privándoles de temporalidades hasta que Su Majestad otra cosa dispusiese.

Nada de paños tibios ni de emolientes. Al grano, que en este caso es el bolsillo. , allí, donde duela, pensó su excelencia el virrey, y pensó bien, porque a las cuatro de la tarde del 15 de febrero los canónigos todos, más suavecitos que guante de ámbar [1], hicieron reconocer por abadesa de Santa Clara a la madre Leonor de Omontes.

[1] *guantes de ámbar*: se refiere a los guantes tratados con *ámbar gris*, sustancia que se encuentra en las vísceras del cachalote.

Así se restableció la calma en el claustro de las clarisas, donde las muchachas festejaron el desenlace del reñido capítulo cantando:

¡Vítor la madre Leonor!
¡Vítor el señor virrey!
¡Vítor la Audiencia, que tiene
horma justa para el pie!

METEOROLOGIA

En 1860 era yo asiduo concurrente a la tertulia del brigadier del Ejército español don Antonio Vigil, quien después de la capitulación de Ayacucho tomó servicio con los republicanos y alcanzó a investir la clase de general. Era nacido en el norte del Perú, y murió casi nonagenario, con reputación de valiente y entendido militar, y de caballero honrado a carta cabal.

Decíame una noche Vigil que todo hombre lleva en sí la intuición de la forma como ha de herirlo la muerte, y que esa intuición se revela hasta en las palabras favoritas. Y como para probármelo, me contó lo que yo, a mi manera, voy a contar a ustedes.

El brigadier arequipeño don Juan Ruiz de Somocurcio, que como subjefe del mariscal Valdés capituló en Ayacucho, debió de ser soldado de mucho *ñeque,* cuando, a pesar de su condición de americano, llegó a investir tan alta clase militar en diecisiete años de carrera, principiada como cadete en 1806. Casi no hubo batalla ni acción de guerra en el Alto Perú en que no se encontrara. Guaqui, Salta, Vilcapugio, Ayohuma, Viluma y Zepita fueron campos en los que dice Mendiburu [1] ostentó su bravura. Sus ascensos todos no fueron, pues, hijos del favor, sino conquistados en regla.

Aunque vivió desde niño en los cuarteles, nadie oyó jamás a Somocurcio una de esas palabrotas o tacos redondos de que tanto abusaban (y abusan, digámoslo claro) los militares, y especialmente los españoles, magüer no vistan uniforme. Dícese que mal puede ganar batallas general que a tiempo no sabe echar un terno.

Si yo fuera el obispo Villarroel, escribiría que Somocurcio entró en el cuartel; pero el cuartel no entró en él.

El brigadier Somocurcio tenía afición a la meteorología, y a ella pedía prestadas palabras cuando le era preciso hablar gordo.

1 *Mendiburu:* V. nota 1 de *¡Beba, padre, que le da la vida!*

¿El asistente demoraba en lustrar las botas? «¡Rayos —exclamaba su señoría—. ¿Vienen o no vienen esas botas? ¡Mil rayos!»

¿Se hacía el asistente remolón para ir a desempeñar un recado? Pues no faltaba un «¡Granizo! ¿Vas o te hago ir más que de prisa? ¡Granizo!»

¿El asistente no había ensillado el caballo? Pues don Juan Ruiz de Somocurcio se convertía en tempestad deshecha y todo se le volvía gritar «¡Rayos y truenos! ¡Mala centella te parta, tunante!»

¿Daba tropezón y se lastimaba un callo? «¡Relámpago! ¡Mil relámpagos!»

Sólo delante de Valdés amainaba un poco la tormenta. Cuando el español, por cualquier futesa, soltaba un... ¡Ca... rámbano! (se entiende, sin dirigirse a Somocurcio, que era su segundo y a quien estimaba muy cordialmente), el arequipeño lo interrumpía diciendo con brío: «¡Nubes y lluvia, mi general!» Valdés desarrugaba el ceño, tendía la mano a Somocurcio y contestaba:

—Vamos, don Juan, que siempre ha de tener usted a mano el chaparrón para apagar la candela.

El brigadier se había casado en 1816, y en los siete años transcurridos hasta el día de la batalla de Ayacucho tal vez no excedían de seis meses por junto los pasados en su hogar. Por eso el general La Mar, que era muy amigo y apreciador de Somocurcio, se interesó con Sucre para que, libre de la condición de prisionero, le permitiera residir en Arequipa al lado de su esposa.

El 3 de enero de 1825, hallándose el viajero en la pampa de Langui, camino del Cuzco a Arequipa, se desencadenó una furiosa tormenta, y don Juan Ruiz de Somocurcio pereció herido por un rayo.

Vivió y murió meteorológicamente.

LOS JAMONES DE LA MADRE DE DIOS

—¡Vaya un título para irreverente! —díjome, leyendo por encima de mi hombro, mi mujer.

Y a fe que mi conjunta tendría razón de sobra, si no fuera frase popular entre los limeños viejos el decir, por supuesto sin pizca de intención antirreligiosa, siempre que se trata de suscripción o colecta de monedas para alguna aventura o empresa de inverosímil resultado: «¡Si saldremos con los jamones de la Madre de Dios!»

Y como la frase tiene historia casi contemporánea, ahí va sin muchos dingolondangos,

y el que haga aplicaciones
con su pan se las coma,

que yo me lavo las manos como Pilatos.

I

La batalla de Zepita, dada el 25 de agosto de 1823, fue partida tablas, porque así españoles como peruanos se adjudicaron la victoria. Lo cierto es que si las tropas del general Santa Cruz [1] quedaron dueñas del campo, las del general Valdés se retiraron en orden como obedeciendo a un plan estratégico que les permitió a los pocos días tomar la ofensiva con tal vigor, que desmoralizadas las fuerzas patriotas, apenas pudo llegar Santa Cruz al puerto de Ilo con ochocientos infantes, que reembarcó en la fragata *Monteagudo* y goleta *Carmen*, y cerca de trescientos húsares de la legión peruana al

[1] *Santa Cruz:* Andrés de Santa Cruz estableció la Confederación Perú-Boliviana en 1836, de la que fue Protector hasta fines de 1839 en que fue derrotado por fuerzas peruanas y chilenas.

mando de los comandantes Aramburo y Soulange. Estos trescientos hombres de caballería, con el coronel don José María de la Fuente y Mesía, marqués de San Miguel de Híjar, título creado por Felipe IV en 1646, se embarcaron en la fragata chilena *Mackenna,* que antes se llamó la *Carlota de Bilbao.*

Aunque la flotilla principió navegando con rumbo a Arica, donde calculaba Santa Cruz que debía ya encontrarse la división auxiliar que al mando del general Pinto nos enviaban de Chile, a poco surgieron a bordo tales controversias, que para poner remate a ellas hubo que enderezar proa al Callao, cesando los buques de navegar en conserva.

Chiloé, con el brigadier don Antonio Quintanilla, permanecía fiel al rey de España, y acababa de expedirse por el tenaz brigadier patente de corso al capitán Mitchell, propietario del *Puig,* bergantín muy velero artillado con catorce cañones de a diez y ocho. El *Puig* cambió nombre por el de *General Valdés.*

La *Mackenna* tuvo malos vientos, y en alta mar fue, sin combate, capturada por el corsario. El marqués de San Miguel, con todos los jefes y oficiales y veinte soldados que servían a éstos en condición de asistentes, fueron transbordados al *Valdés,* y ambas naves tornaron proa al Archipiélago [2].

A fines de noviembre, y encontrándose a la altura de Chiloé, una furiosa tormenta vino a separarlos. La *Mackenna* y la *Genovesa,* buque mercante apresado en la travesía, lograron al fin, aunque con gruesa avería, anclar en Chiloé; pero del *Valdés* nadie volvió a tener noticia. No quedaba duda de que se había sumergido en los abismos del mar.

En abril de 1824 se recibió en Lima comunicación oficial confirmatoria de la catástrofe, lo que fué motivo de grandísimo duelo, pues el marqués de San Miguel y diez y ocho de las víctimas eran jóvenes limeños, entroncados con las familias más aristocráticas y acaudaladas.

Las exequias, en el templo de San Francisco, fueron pomposas, y la oración fúnebre que impresa he leído es una joyita como pieza de literatura lacrimosa.

II

Y pasaron años, hasta seis o siete, pues no estoy seguro de si fue en 1830 o 1831 cuando fondeó en el Callao, con procedencia de Chiloé y con cargamento de maderas, la barca *Alcance,* de la que era capitán un andaluz apellidado Loro. Honraba su apellido por lo farandulero y charlatán.

Este trajo la noticia de que en la isla de la *Madre de Dios,* una de las que forman el Archipiélago, existían pobladores que no podían ser sino los náufragos del año 1823. Contó que los había visto, desde dos millas de dis-

[2] *Archipiélago:* se refiere al que forman las islas del río Madre de Dios, en la parte amazónica sur. V. la segunda parte de esta tradición.

tancia, formando un grupo como de cuarenta personas; que eran hombres blancos, y con barba crecida; que cambió señales con ellos, y que aunque despachó un bote, éste no pudo encontrar varadero, por hacer la peñolería de la costa imposible el desembarco. Añadió que los marineros alcanzaron a percibir gritos angustiosos, como de gente que en buen castellano demanda socorro

Como es corriente, la charla populachera se encargó de abultar más la noticia, inventando pormenores, todo lo que produjo gran conmoción social.

La marquesa de Sierra Bella y el conde de la Vega del Ren congregaron a todos los títulos emparentados con el marqués de San Miguel de Híjar, y formaron un bolsillo, que ascendió a diez y ocho mil pesos, para organizar expedición que fuese en busca de los náufragos.

El pueblo también quiso contribuir a tan humanitario como patriótico proyecto, y para ello se colocó un domingo en la plazuela de los Desamparados lo que nuestros antepasados llamaban *una mesa,* y que no era sino un tabladillo de un metro de altura, en el que se veía una salvilla de plata destinada a recibir el óbolo de la caridad pública. Toda limosna mayor de dos reales era correspondida con un poco de mixtura, un jueguecito de briscado, un níspero, manzanita u otra fruta claveteada con canela.

En esta vez, para más avivar la compasión, exhibióse sobre el tabladillo un gran lienzo, en el que el churrigueresco pincel de don Pedro Mantilla, el pintor de los carteles de teatro y toros en esa época, presentaba a los náufragos vestidos de pieles y con luenga barba, sobre rocas escarpadas y batidas por oleaje espumoso. Escena del *Robinson Crusoe.*

La mesa de los Desamparados produjo cinco mil pesos, que unidos al bolsillo de los deudos y a una colecta de cuatro mil duros, encabezada por las comunidades religiosas, dieron un total de veintisiete mil pesos. Item, los comerciantes hicieron, en víveres y ropa, un donativo que se estimó en seis mil pesos.

Pero siendo punto serio el correr aventura en mares tenidos muy borrascosos y casi ignotos por entonces, nadie quiso embarcarse para ir en busca de los compatriotas, y todo el mundo convino en confiar la empresa al capitán Loro, quien zarpó en su buque con rumbo a la *Madre de Dios,* y sin dejar en tierra a los veintisiete mil morlacos y no pasajeros [3].

Y corrió un año en espera que espera, y al cabo de él súpose que el Loro había remontado el vuelo hasta Cádiz, después de vender la nave en Valparaíso.

La barca *Alcance,* con nuevo capitán, regresó al Callao, trayendo ¿a los náufragos de la *Madre de Dios?,* preguntará el lector.

¡Quia! Lo que trajo, señor mío, fue un cargamento de sabrosos jamones de Chiloé.

[3] *y sin dejar... y no pasajeros:* así aparece el texto de este pasaje en la edición Montaner y Simon, Espasa-Calpe y la Aguilar, pero evidentemente hay un accidente de redacción

LA CONGA

(Reminiscencias)

DIJO BIEN el que dijo que la gracia y originalidad de nuestros cantos populares ha muerto. La chispa criolla ha ido al osario, y nos hemos *zarzuelizado*.

Cierto. La *Conga* fue el último chisporroteo del criollismo. ¿Cómo nació y cómo murió la Conga? Eso lo sé yo con puntos y comas, como que la Conga está unida al recuerdo de mis mejores días de entusiasmo juvenil; a mis tiempos de periodista político y de aventuras revolucionarias; y a mis horas de asaltador, con fortuna no siempre adversa, de plazas femeniles [1].

Menos pañito y más chocolate. Basta de guaraguas, y a la Conga. Pero como no me propongo *hacer* historia contemporánea, y menos sobre una época en la que diz que hice papel, y no de destreza, escribiré sólo lo pertinente a mi tema [2].

El coronel don José Balta era el ídolo del pueblo chiclayano. Caudillo revolucionario contra la Administración del coronel don Mariano Ignacio Prado, llegó a Chiclayo el 6 de diciembre de 1867. Ciento cincuenta hombres harapientos, mal armados y escasos de municiones formaban su ejército.

Los chiclayanos recibieron con frenético entusiasmo a Balta y a los que lo acompañábamos. Tres días después llegaba a las goteras de la ciudad una división, enviada por el Gobierno de Lima, al mando del ministro de Guerra. Constaba de un regimiento de Caballería, mil infantes y catorce cañones. Resistir con probabilidad de éxito parecía imposible.

El coronel Balta pensó en dirigirse sobre Huaraz, donde contaba con partidarios activos y con elementos para aumentar su diminuta fuerza; pero los chiclayanos se obstinaron en que no partiese. Estaban decididos a triun-

[1] *mis mejores días... plazas femeniles:* se refiere a su participación en la campaña revolucionaria (1867) del coronel Balta contra el gobierno de Mariano I. Prado V. nota 1 de *El Cristo de la agonía*.

[2] *lo pertinente a mi tema:* nótese la reticencia de Palma para tratar asuntos recientes en los que ha estado comprometido. Su actitud es todavía un eco de las críticas que recibió como "historiador". V. el final de esta tradición y la nota 1 de *Con días y ollas venceremos*

far o sucumbir con su caudillo. Y hubo bombardeo y cambio diario de bolas durante un mes, y los chiclayanos se batieron siempre con bizarría. Ahora, vamos a la Conga.

Callos traía ya en los oídos de oír cantar en las zamacuecas de Chepén y Guadaluje:

Viva el sol, viva la luna,
viva la flor del picante,
viva la mujer que tiene
a un baltista[3] *por amante.*

Copla que, francamente, me pareció siempre sosa.

En la primera noche que pasé en Chiclayo tuve, en mi carácter de secretario general, casi ministro de Estado (y no gasté prosa, créanmelo), que acompañar a hacer visitas al futuro presidente constitucional de la República. En todas las casas había jolgorio y se bailaba y cantaba. Poco de piano y mucho de guitarra; nada de vals, polcas, dancitas ni cuadrillas; baile de la tierra, baile criollo, nacional purito.

¿Habría mucho *champagne,* jerez, oporto y cerveza? ¡Quíte usted allá, hombre! ¿Eramos acaso franceses, españoles, portugueses o alemanes? Chicha y moscorrofio del legítimo.

Aquella noche nació la Conga. Se cantaba:

De los coroneles
¿cuál es el mejor?
El coronel Balta
se lleva la flor.

Y luego venía la *fuga,* que era una delicia del sexto cielo de Mahoma por la gracia y soltura de las parejas; y en coro acompañado de palmadas teníamos lo de

Ahora sí la Conga,
(¡ahora!)
señora Manonga,
(¡ahora!)
y no se componga
(¡ahora!)
que se desmondonga,
(¡ahora!)

¡Vamos! Quien no vió bailar la Conga no ha visto cosa buena y sabrosa. Aquello era la resurrección de la carne[4], como dijo un arzobispo

[3] *baltista,* es decir, partidario de Balta.

[4] *la resurrección de la carne:* V. la primera parte de *Conversión de un libertino*

Llegó la noche del 6 de enero, noche decisiva para la causa defendida por los chiclayanos.

A las once toda la fuerza sitiadora emprendía el ataque sobre la plaza. Los ciento cincuenta soldados baltistas, cuyo número no había sido posible aumentar por falta de fusiles, se parapetaron en la torre.

Entre tanto, el pueblo, que sólo poseía escopetas de caza, algunos *revólveres* y poquísimos fusiles, combatía de una manera especial, especialísima.

El sitiador embistió por tres de las avenidas que conducían a la plaza, y al pasar por las calles, los vecinos, desde las ventanas de las casas, cantaban.

Ahora sí la Conga,
(¡ahora!)
—¡Pin!, un balazo—,
señora Manonga,
(¡ahora!)
—¡Pin!, otro balazo—.

Por todas partes no se oía sino la Conga. Chiclayo era una *Conguería.*

Yo, el tradiciomista, aunque la curiosidad me impedía a subir de rato en rato a la torre, en breve la lluvia de confites de plomo me obligaba a descender.

La distribución de fulminantes (que aún no usaban los ejércitos del Perú las cápsulas de los modernos rifles) me estaba encomendada.

Eran nuestro tesoro, y yo los escatimaba. En nuestro parque no había más que diez mil cartuchos y poco menos de ocho mil fulminantes. No estábamos, pues, para derroches.

A las cinco de la mañana bajó el coronel Balta a pedirme personalmente fulminantes, porque minutos antes le había hecho avisar que la provisión de ellos quedaba agotada.

Sobre la espaciosa mesa que servía de parque veíanse pocos centenares de cartuchos y unos cuantos fulminantes diseminados, que por fortuna habían rodado al romperse la cajita de cartón que los contenía. El coronel Balta los recogió con la avidez del mendigo que anda tras la limosna, los guardó en el bolsillo del pantalón y a toda prisa regresó a la torre. Al partir le pregunté:

—¿Y cómo va el combate?

—¿No oye usted la Conga? —y se alejó.

Contestar a mi pregunta con otra pregunta era dejarme a oscuras.

En la preocupación natural de mi espíritu, no me había fijado en que se cantaban dos nuevas coplas:

Venga la victoria,
la aurora rayó
y canta mi gallo
el cocorocó.

Ahora sí la Conga...
(¡ahora!)

¿Qué dice del gallo
el cocorocó?
Dice viva Balta,
Cornejo corrió.
Ahora sí la Conga...
(¡ahora!)

La fuerza sitiadora había penetrado en la plaza por tres puntos; pero tan poco concierto hubo en el ataque, que los de un extremo tomaron, en la lobreguez de la noche, por enemigos a los de la esquina opuesta.

Los nuestros, después de tres horas de fuego nutrido sobre la plaza, forzados a economizar los fulminantes, recibieron orden de hacer cada soldado un tiro de cinco en cinco minutos. Los asaltantes se mataban entre ellos.

A las seis de la mañana, la derrota de éstos era completa. Y aquí pongo punto: primero, porque, como ya lo he dicho, no me propongo historiar, y segundo, porque lo que pudiera escribir no tendría la menor concomitancia con la Conga.

En 1868 la fiebre amarilla hizo grandes estragos en el Norte, principalmente en Chiclayo. Entonces se cantaba:

—¡Tun! ¡Tun!
—¿Quién es?
—¿Quién vive aquí?
—¡Ay! Será la Conga
que viene por mí.

Ocurriósele a un presbítero decir en el púlpito que la Conga era la fiebre amarilla, y que, pues se llamaba con burla a quien no era sorda, ella acudía y se llevaba al cantor. Todo pueblo es supersticioso, y cata el cómo y el por qué murió la Conga, que fue *La Marsellesa* de los chiclayanos en la noche del 6 de enero.

RESPUESTA A DOS PREGUNTONES

UN REFRÁN español dice: *Averígüelo Vargas,* que fue un averiguador famoso de todo lo que no le importaba ni ofrecía conveniencia. No deja de ser andrómina para mí eso de que, en mi tierra, cuando es asunto de fruslería, se diga, equiparándome con el Vargas de ha tres siglos: «Hombre, eso ha de saberlo Ricardo Palma», como si yo en cada pelo del bigote escondiera una historieta. En esta semana he recibido dos esquelitas preguntonas, a las que, como hombre cortés, voy a dar respuesta, sin gastar mucha tinta ni andarme por caballetes de tejado. Para eso estamos los viejos: para satisfacer a curiosos de vidas ajenas y de cosas que no valen un pepino.

I

Poco después de la capitulación de Rodil [1], ejercía el general Rivadeneyra las funciones de gobernador y autoridad marítima del Callao. En obedecimiento a orden del superior, hizo su señoría promulgar bando prohibiendo, bajo pena de arresto, multa y comiso, la venta de pólvora por los particulares. Quien necesitara pólvora debía ocurrir a Lima y comprarla en la fábrica o estanco, previa aquiescencia del intendente de Policía.

La prohibición, como era consiguiente, despertó el espíritu de contrabando, y del mismo polvorín de la fortaleza Chalaca desaparecían poquito a poquito quintales de pólvora que era comprada a bajo precio por los pulperos.

Sucedió que una noche, a poco más de las siete, llegaron dos soldados a una pulpería administrada por un italiano llamado Domenico, y pusieron sobre el mostrador dos mochilas repletas de pólvora. Convinieron con el pulpero en el precio que éste había de pagarles por cada libra, y después

[1] *Rodil:* V. nota 1 de *Dos millones.*

de entornar la puerta se pusieron a pesar en la balanza el artículo. Pagó el comprador, despidiéronse los vendedores, y no se habrían alejado veinte varas cuando se oyó terrible detonación y la pulpería se desplomó. Presúmese que al ir a guardar la pólvora cayó sobre ella el candil.

Apenas si se encontraron fragmentos del cuerpo de Domenico, y como la catástrofe fue de gran resonancia para una población cuyo vecindario en ese año, por consecuencia del reciente asedio, hambruna y epidemia, no excedía de cinco mil almas, la voz popular dio a la calle el nombre de calle del *Quemado*

Queda satisfecho un curioso. Vamos al otro.

II

Más difícil es dejar contento al que en la crónica de *El Comercio* me ha preguntado el por qué cuando dos prójimos pagan a medias un billete de lotería se dice que han echado suerte en *baca*, con *b* de burro. Sin documento en qué apoyarme, voy a repetir únicamente lo que oí de boca de viejos. La verdad quede en su sitio, que yo ni entro ni salgo, ni nada me va ni viene con que la explicación cuadre o no cuadre.

Por los años de 1780 se estableció en Lima la primera lotería pública, en la que parece no se jugó muy limpio, pues tuvo el Gobierno que suspender la licencia. Creo que en los tiempos de Avilés se restableció la lotería con mejor reglamentación.

Bajo el gobierno de Abascal se concedió a don Gaspar Rico y Angulo, que fue un culebrón de encargo, la administración y dirección de loterías. Los billetes (de los que existen ejemplares en la Biblioteca Nacional) eran impresos, y en tamaño la mitad de los actuales. Sobre el número leíase: *Viva el rey.*

Este don Gaspar Rico y Angulo, que murió en el Callao de escorbuto durante el sitio, siendo redactor de *El Depositario*, papelucho inmundo contra los patriotas, estableció su oficina de lotería en la calle del Arzobispo. En la puerta, y sobre una tabla, hizo pintar una cabeza de familia bovina con esta inscripción: *A la fortuna, por los cuernos.*

Siendo del género femenino la fortuna, es claro que la cabeza pintada era de vaca y no de toro. Robustece esta opinión la copla popular, que estoy seguro conocen muchos de mis lectores:

Fortuna no vi ninguna
cual la de este caballero,
porque lo hizo su ternero
la vaca de la fortuna.

Los billetes valían, como los de ahora, un real, y cuando entre dos personas se trataba de comprarlo a medias, decían: «Un cuerno para ti y otro para mí».

En 1817, el suertero don Jerónimo Chávez, que era la categoría del gremio, y a quien los limeños llamaban *Chombo el Dichoso,* quiso sintetizar la apuntación que sus compañeros escribían en el registro, e inventó la palabra *baca* con b larga, encontrando quizá roma o sin punta la palabra *vaca* Los suerteros (y no *sorteros,* como alguien ha sostenido que debe decirse) no están obligados a corrección ortográfica.

¿Cuál ortografía debe prevalecer? Tengo para mí que la adoptada por los suerteros: primero, porque ellos son los dueños e inventores de la acepción dada a la palabra; segundo, porque sólo a ellos interesa escribirla así o asá; tercero, porque los que no vendemos suertes no debemos legislar, como los congresantes, sobre materia en que somos del todo al todo ignorantes; y últimamente, porque, en todo caso, la palabra *baca* no pasa de ser un limeñismo, y si con el tiempo y las aguas llegase a alcanzar la honra de figurar en el Diccionario de la Academia, que sea con el traje que la vistieron los que la dieron vida.

EL ABOGADO DE LOS ABOGADOS

CUENTAN que el Señor no miraba con poco ni mucha simpatía a los leguleyos, prevención que justificaba el que siempre que uno de éstos tocaba a las puertas del cielo no exhibía pasaporte tan en regla que autorizase al portero para darle entrada.

Una mañana, con el alba, dieron un aldabonazo. San Pedro brincó del lecho, y asomando la cabeza por el ventanillo, vio que el que llamaba era un viejecito acompañado de un gato.

—¡Vaya un madrugador! —murmuró el apóstol, un tanto malhumorado—. ¿Qué se ofrece?

—Entrar, claro está —contestó el de afuera.

—¿Y quién es usted, hermanito, para gastar esos bríos?

—Ibo, ciudadano romano, para lo que usted guste mandar.

—Está bien. Páseme sus papeles.

El viejo llevaba éstos en un canuto de hojalata, que entregó al santo de las llaves, el cual cerró el ventanillo y desapareció

San Pedro se encaminó a la oficina donde funcionaban los santos a quienes estaba encomendado el examen de pasaportes, y hallaron tan correcto el del nuevo aspirante, que autorizaron al portero para abrirle de par en par la puerta.

—Pase y sea bien venido —dijo.

Y el viejecito, sin más esperar, penetró en la portería, seguido del gato, que no era maullador, sino de buen genio.

Fría, muy fría estaba la mañana, y el nuevo huésped, que entró en la portería para darse una mano de cepillo y sacudir el polvo del camino, se sentó junto a la chimenea, con el animalito a sus pies, para refocilarse con el calorcillo San Pedro, que siempre fue persona atenta, menos cuando la cólera se le sube al campanario, que entonces hasta corta orejas, le brindó un matecito de hierba del Paraguay, que en las alturas no se consigue un puñadito de té ni para remedio.

Mientras así se calentaba, interior y exteriormente, entró el vejezuelo en conversación con su merced.

—¿Y qué tal en esa portería?

—Así, así —contestó lacónicamente San Pedro—; como todo puesto público, tiene sus gangas y sus mermas.

—Si no está usted contento y ambiciona destino superior, dígamelo con franqueza, que yo sabré corresponder a la amabilidad con que me ha recibido, trabajando y empeñándome para que lo asciendan.

—¡No, no! —se apresuró a interrumpir el apóstol—. Muy contento y muy considerado y adulado que vivo en mi portería. No la cambiaría ni por un califato de tres colas.

—¡Bueno, bueno! Haga usted cuenta que nada he dicho. Pero ¿está usted seguro de que no habrá quien pretenda *huaripampearle* [1] la portería? ¿Tiene usted título en forma, en papel timbrado, con las tomas de razón que la ley previene, y ha pagado en tesorería los derechos de título?

Aquí San Pedro se rascó la calva. Jamás se le había ocurrido que en la propiedad del puesto estaba como pegado con saliva, por carencia de documento comprobatorio, y así lo confesó.

—Pues, mi amigo, si no anda usted vivo, lo *huaripampean* en la hora que menos lo piense. Felicítese de mi venida. Déme papel sellado, del sello de pobre de solemnidad, pluma y tintero, y en tres suspiros le emborrono un recursito reclamando la expedición del título; y por un *otrosí* pediremos también que se le declare la antigüedad en el empleo para que ejercite su acción cuando fastidiado de la portería, que todo cabe en lo posible, le venga en antojo jubilarse.

Y San Pedro, cinco minutos después, puso el recurso en manos del Omnipotente.

—¿Qué es esto, Pedro? ¿Papel sellado tenemos? ¡Qué título ni qué gurrumina! Con mi palabra te basta y te sobra.

Y el Señor hizo añicos el papel, y dijo sonriendo:

—De seguro que te descuidaste con la puerta, y tenemos ya abogado en casa. ¡Pues bonita va a ponerse la gloria!

Y desde ese día los abogados de la tierra tuvieron en el cielo uno de la profesión: esto es, un valedor y patrón en San Ibo, el santo que la Iglesia nos pinta con un gato a los pies, como diciéndonos que al que en pleitos se mete, lo menos malo que puede sucederle es salir arañado.

Ello es que hasta el pueblo romano, al saber que al fin había conseguido un abogado entrar en la corte celestial, no dejó de escandalizarse, pues en las fiestas de la canonización de San Ibo cantaron los granujas:

Advocatus et sanctus?
Res miranda pópulo?

1 *huaripampearle:* peruanismo por "escamotear, hurtarle una cosa a alguien". *Waripampa* es topónimo quechua, significa "llanura indómita" y designa también el escenario de una batalla.

NOVENA SERIE

CRONIQUILLAS DE MI ABUELA

A mi hija Renée

En el nome del Padre que fizo toda cosa,
e de Don Jesucristo, fijo de la Gloriosa;
en el nome bendito del Rey Omnipotent,
e que es fin e comienzo de toda creatura;
en el nome bendito del Rey Omnipotent,
que fizo sol e luna nascer en el Orient,

voy a contarte, Renée mía, el origen de dos frases, que entre otras muchas (como la de *a San Juan se le puede pedir todo menos camisa)* oí de boca de mi abuela, que era de lo más limeño que tuvo Lima en los tiempos de Abascal, frases a las que yo di la importancia que se da a una charada y que a fuerza de ojear y hojear cronicones de convento he alcanzado a descifrar.

Para mi abuela no había más santos merecedores de santidad y dignos de que a pie juntillas se creyese en sus milagros que los santos españoles, portugueses e italianos. Los de otra nacionalidad eran para ella santos hechizos, apócrifos o falsificados. Muy a regañadientes soportaba a San Luis; pero no le rezaba sin recitar antes esta redondilla:

San Luis, rey de Francia, es
el que con Dios pudo tanto
que, para que fuese santo,
le dispensó el ser francés.

Si los chicos de la familia la hostigábamos para que nos aumentase la ración, la buena señora (que esté en gloria) nos contestaba:

—¡Ah tragaldabas! ¿Creen ustedes que la olla de casa *es la olla del padre Panchito?*

Y cuando, de sobremesa, comentábase algún notición político que a mi padre regocijaba, no dejaba la abuela de meter cucharada diciendo.

—Lo malo será que nos salga un día de éstos con el *traquido de la Capitana*

Y que no eran badomías o badajadas ni cuodlibetos de vieja las frases de mi perilustre antepasada, sino frases meritorias de ser loadas en un soneto caudato, es lo que voy a comprobar con las dos consejas siguientes:

I

La olla del padre Panchito

El padre Panchito era, por los tiempos del devoto virrey conde de Lemos, un negro retinto, con tal fama de virtud y santidad, que su excelencia lo había sin escrúpulo aceptado por padrino de pila de uno de sus hijos, en representación de un acaudalado minero de Potosí. Aunque simple lego o donado, el pueblo llamaba padre Panchito y no hermano Panchito al humildísimo cocinero del convento de San Francisco, y el excelentísimo representante del monarca de España e Indias hablaba siempre con fruición de su santo compadre el padre Panchito, al que hasta diz que consultaba en casos graves de gobierno.

No faltaban quienes murmurasen de la familiaridad con que su excelencia trataba a un negro con un jeme de jeta; pero el buen virrey acallaba la murmuración diciendo:

—El talento y la virtud no son blancos, negros o amarillos, y Cristo en el Calvario murió por los blancos, por los negros, por los amarillos, por la humanidad entera. Todos venimos de Adán y Eva, y las razas no son más que variedades de la unidad.

Contábase que cuando comenzaba a servir en el claustro contrajo íntima amistad con otro lego, y que ambos celebraron el compromiso de que el primero que falleciese vendría a dar cuenta al superviviente o sobreviviente (que aún está en litigio ante la Real Academia el casticismo de estos vocablos) de cómo lo habían recibido y tratado por allá. Y fue el caso que una noche se le apareció al lego Panchito el alma de su difunto compañero y le dijo que por la impertinente curiosidad e irreflexivo compromiso había sido penado con seis meses más de purgatorio, y por ende le pedía que rogase a Dios para que le fuese descontado ese medio año de pena, o que por lo menos se redujese ésta a tres meses, cargándose los otros tres a la cuenta corriente que en el otro mundo, donde la contabilidad se lleva muy al pespunte, tenía abierta Panchito.

Tal fue el origen del penitente ascetismo del último. Lamentamos que el cronista no hubiera averiguado también si allá, en el otro barrio, entraron en componendas para perdonar o rebajar los meses de castigo.

Convencido de que en la otra vida se hila muy delgadito, al encargarse de la cocina el padre Panchito se propuso hacer economías en el consumo de carbón y leña, pues una de las crónicas conventuales narraba que un cocinero, gran consumidor de leña, había sido penado por el derroche con

una semana de purgatorio. Por eso el seráfico cocinero de esta conseja no ponía en el fogón más que una olla..., ¡pero qué olla!.. , sobre una docena de brasas de carbón.

Siempre que en la mañana se celebraba alguna fiesta en la iglesia, el padre Panchito se declaraba por sí y ante sí obligado asistente. Ocasión hubo en que, visto por el superior, se le aproximó éste y le dijo·

—Hermano, a su cocina, que la comunidad no ha de almorzar avemarías y padrenuestros

—Descuide su reverencia, padre guardián, que de mi cuenta corre el almuerzo con todos sus ajilimójilis.

Y ello es que apenas tomaban los frailes asiento en el espacioso refectorio, cuando la olla empezaba a hacer maravillas como suyas. De ella salía ración colmada para dejar ahitas doscientas andorgas de fraile y cien barrigas más, por lo menos, de agregados a la sopa boba del convento; que era como la bondad de Dios, inagotable la olla del padre Panchito.

Cuando éste falleció, perdió la olla su prodigiosa virtud, y fue a confundirse entre la cacharrería de la cocina.

II

El traquido de la Capitana

Francisco Camacho, nacido en Jerez por los años de 1629, después de haber militado en España y de haber sido tan buena ficha que en Cádiz le sentenciaron a ser ahorcado, llegándole el indulto cuando ya estaba al pie de la horca, vínose a Lima, donde, habiendo oído predicar al célebre padre Castillo, resolvió abandonar la truhanesca existencia que hasta entonces llevara y meterse fraile juandediano. Y tan magnífica adquisición hizo con él la hospitalaria Orden, que sus cronistas todos convienen en que el padre Camacho murió en indiscutible olor de santidad allá por los años de 1698. Abultado infolio bastaría apenas para relatar los milagros que hizo en vida y en muerte. Como no hay ahora quien mueva el pandero (desentendencia que, por éstas que son cruces, no le perdono al Congreso Católico de mi tierra), continúa en Roma, bajo espesa capa de polvo, el expediente que la religiosidad limeña organizó pidiendo la canonización del venerable siervo de Dios.

El padre Camacho, no embargante el ayuno y la disciplina, era físicamente lo que se llama un hombre morocho, y a pesar del hábito, transparentábase en él al soldado. En sus modales, aunque no la echaba de plancheta, había algo de brabucon rajabroqueles, y al caminar eran su paso y donaire más propios de militar que de fraile. Nació de aquí que la gente del pueblo lo bautizara con el mote de *el padre guaragüero,* a lo que el juandediano contestaba con acento andaluz y sonriendo:

—Déjenme en paz, reyes de taifa (tunantes), que cada quisque anda como Dios le ayuda.

Desde los primeros tiempos encomendóse al padre Camacho la colecta de limosnas para terminar la fábrica de iglesia, convento y hospital, y tan activo y afortunado debió andar en el desempeño de la comisión, que en breve recogió sesenta mil pesos. A la larga había llegado a imponerse el cariño y veneración popular, pues era notorio que poseía el don de hacer milagros. Para muestra, un par de botones.

A una joven que iba muy emperejilada y despidiendo tufaradas de almizcle, la detuvo en la calle el juandediano, diciéndole:

—¿De cuándo acá Marica con guantes? Vaya, hija, vuélvase a casita, que en sus ojos estoy leyendo que iba a mala parte y con ánimo de ofender a Dios y a su marido.

Y la muchacha, que por primera vez acudía a una cita amorosa, al ver sorprendido su secreto, deshizo el camino y salvó de caer en el abismo del adulterio.

Reprobaba siempre el sensato religioso que algunas mujeres pasasen de iglesia en iglesia las horas matinales, que debían consagrar al cuidado de la familia y a la limpieza doméstica. Un día se acercó en el templo a una de las beatas fanáticas y le dijo:

—Dígame, hermana: ¿le falta todavía mucho por rezar?

—Sí, padre. Me faltan cuatro misterios del rosario y la letanía.

—Pues yo rezaré por usted, y lárguese corriendo a su casa, que en ella está haciendo falta.

Y en verdad que así era, porque un hijo de la rezadora había caído en el pozo, y habría perecido sin el oportuno regreso de la madre.

Pero como no quiero conquistar renombre de mojarrilla, me dejo de chafalditas y de chacharear sobre milagros y me voy al grano, que en este relato es lo del *traquido de la Capitana.*

El pirata Eduardo Davies, al mando de diez bajeles, llevaba muchos meses de pasear por el Pacífico como Pedro por su casa, talando la costa del Norte desde Panamá hasta Huara, que dista veinticinco leguas de Lima. Alarmados el virrey y el vecindario, se procedió a armar y equipar en el Callao una escuadra compuesta de siete naves; pero su excelencia hizo el grandísimo disparate de nombrar para el comando de ella nada menos que a tres generales, que lo fueron don Tomás Paravicino, cuñado del virrey y duque de la Palata; don Pedro Pontejo y don Antonio Beas. Así, aunque la escuadra sostuvo con los piratas, cerca de Panamá, siete horas de recio combate el 8 de julio de 1585, éstos lograron escapar maltrechos y con muchas bajas, merced a lo contradictorio de las órdenes de los tres almirantes españoles, que estuvieron siempre durante la campaña naval en perpetuo antagonismo. Bien dice el refrán: *Ni mesa sin pan ni ejército sin capitán, que muchas manos en la masa mal amasan.*

En aquellos tiempos la travesía entre Panamá y Callao no se realizaba en menos de tres meses. En 1568 se estimó como suceso portentoso que

el buque en que vinieron los primeros jesuitas hubiera hecho tal navegación en veintisiete días, maravilla que no había vuelto a repetirse.

Con los jesuitas todo eran maravillas. El primer eclipse de sol que en Lima presenciaron los españoles fue el día en que desembarcaron en el Callao los búhos ignacianos.

Así, sólo el 7 de septiembre; esto es, a los sesenta días, vino a recibirse en Lima la noticia del combate y de la dispersión de los piratas.

El Cabildo dispuso celebrar la nueva el día siguiente, que era festividad de la Virgen, con árboles de fuego, toros embolados, banquetes, misas de gracias, cucaña, lidia de gallos, luminarias, danza de pallas y de africanos, amén de otros festejos populares.

El padre Camacho llegó, como acostumbraba, aquella tarde al Cabildo, y encontró al alcalde y regidores entregados al regocijo y sin voluntad para atender al postulante

—¿Qué motiva, señores —preguntó el juandediano—, tanto barullo?

—¡Cómo, padre! ¿No sabe usted la gran noticia? —le respondió un regidor, poniéndole al corriente de todo.

—¡Ah! ¡Bueno! ¡Muy bueno! Pero dígame usiría: ¿la cuchipanda y los jolgorios son también por el *traquido de la Capitana?*

—¿Qué es eso del traquido? Explíquese usted, padre —dijeron, alarmados, varios de los cabildantes.

—¡Nada! ¡Nada! Yo me entiendo y Dios me entiende. Déjenle usirías tiempo al tiempo, que él les dirá lo que yo no les digo. Y no insistan en sacarme palabras del cuerpo, que conmigo no vale lo de *tío, páseme el río.*

Y como no hubo forma de que el juandediano fuese más explícito, los regidores se dijeron: «¡Pajarotadas de fraile loco!» Y al día siguiente se efectuaron los anunciados festejos, en los que, sin embargo, no hubo gran alborozo, porque cascabeleaba en muchos ánimos aquello del *traquido.*

Diez o doce días después echó ancla en el Callao un patache, el que comunicó que, fatigados los de la escuadra de buscar inútilmente a los dispersos piratas, habían resuelto los generales dirigirse al puerto de Paita con el objeto de renovar provisiones, pues el escorbuto principiaba a hacer estragos en la tripulación Fondearon los siete buques en la mansísima bahía en la mañana del 5 de setiembre, y el general Paravicino, que iba a bordo de la *Capitana,* se trasladó a tierra, donde estaba convidado a almorzar en compañía de cinco de los oficiales. Y sucedió, no se sabe si por descuido o malicia, que el pañol de la pólvora o santabárbara hizo explosión, pereciendo más de cien de los que tripulaban la *Capitana.* Sólo se salvaron, y de manera que se consideró como providencial, el alférez Pontejo, hijo del general, y catorce marineros y soldados.

¿Cómo pudo tener el padre Camacho conocimiento de la catástrofe cuarenta y ocho o cincuenta horas después de acaecida? ¿Cómo? Ya se lo preguntaremos en el otro mundo cuando lo veamos, que de seguro lo veremos.

LOS SIETE PELOS DEL DIABLO

(Cuento tradicional)

A Olivo Chiarella

I

—¡Teniente Mandujano!

—Presente, mi coronel.

—Vaya usted por veinticuatro horas arrestado al cuarto de banderas.

—Con su permiso, mi coronel —contestó el oficial; saludó militarmente y se fue, sin rezongar poco ni mucho, a cumplimentar la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no sé qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas que fueron, son y serán perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, que el *entrar en Melilla no es maravilla,* y el salir de ella es ella, se encaminó aquél a la mayoría del cuerpo, donde a la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

—Mi coronel, el que habla está expedito para el servicio.

—Quedo enterado —contestó, lacónicamente, el superior.

—Ahora ruego a usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

—El motivo, ¿eh? El motivo es que ha echado usted a lucir varios de los siete pelos del diablo, en la calle del Chivato.. , y no le digo a usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato, y se echó a averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas papeletas bibliotecarias, cuando se me presentó el teniente, y después de referirme su percance del cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana de averiguar.

Como no soy, y huélgome en declararlo, un egoistón de marca, a pesar de que

en este mundo enemigo
no hay nadie de quien fiar;
cada cual cuide de sigo,
yo de migo y tú de tigo...
y procúrese salvar,

como diz que dijo un jesuita que ha dos siglos comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre militrondo, que fue como sacar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dio vida a la frase.

II

Cuando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engreído, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la Historia, el Señor, sin andarse con proclamas ni decretos suspendiendo garantías individuales o declarando a la corte celestial y sus alrededores en estado de sitio, le aplicó tan soberano puntapié en salva sea la parte, que, rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y montonero, a caer en este planeta que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de Tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de carita alegre, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas y sin pizca de vello. Y cata que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fue el bigote: y suspiró por tenerlo, y se echó a comprar menjurjes y cosméticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando que hacen nacer el pelo hasta en la palma de la mano.

El diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habría ofrecido el oro y el moro por unos mostachos a lo Víctor Manuel, rey de Italia. Y aunque sabía que para satisfacer el antojo bastaríale dirigir un memorialito bien parlado, pidiendo esa merced a Dios, que es todo generosidad para con sus criaturas, por pícaras que ellas le hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *in pecto*·

—¡Pues no faltaba más, sino que yo me rebajase hasta pedirle favor a mi enemigo!

No hay odio superior al del presidiario por el grillete.

—¡Hola! —exclamó el Señor, que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento—. ¿Esas tenemos, envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Arrogante, moro, estáis,
y eso que en un mal caballo
como Don Quijote vais;

ya os bajaremos el gallo,
si antes vos no lo bajáis.

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, a manera de dos viboreznos. Eran la SOBERBIA y la ENVIDIA.

Aquí fue el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló a tijeras y a navaja de buen filo, y allí estaban, resistentes a dejarse cortar, el par de pelos.

—Para esta mezquindad, mejor me estaba con mi carita de hembra —decía el muy zamarro; y reconcomiéndose de rabia, fue a consultarse con el más sabio de las alfajemes, que era nada menos que el que afeita e inspira en la confección de leyes a un mi amigo, diputado a Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarlo mucho, le contestó:

—Paciencia y *non gurruñate* [1], que a lo que vuesa merced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito o viborilla más. Era la IRA.

«A ahogar penas se ha dicho», pensó el desventurado.

Y sin más, encaminóse a una parranda de lujo, de esas que hacen temblar el mundo, en las que hay abundancia de viandas y de vinos y superabundancia de buenas mozas, de aquellas que con una mirada le dicen a un prójimo: «¡Dése usted preso!» «¡Dios de Dios, y la *mona* que se arrimó el maldito!» Al despertar miróse al espejo y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote: la GULA y la LUJURIA

Abotagado por los licores y comistrajos de la víspera, y extenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos de la fábrica de *Cuba libre* y contando las vigas del techo. Feliz semana para la Humanidad, porque sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió a darse la luz le había brotado otra cerda: la PEREZA.

Y durante años y años anduvo el diablo por la tierra luciendo sólo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por males de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando hastiado de picardías le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la AVARICIA

De fijo que el muy bellaco murmuró lo de:

Dios, que es la suma bondad,
hace lo que nos conviene.

[1] *gurruñate.* probable derivación cómica de gurrumino, voz que en el Perú significa "exigencia, molestia" y también "cobarde, pusilánime". V. nota 1 de *El manchaypuito*

—(Pues bien fregado *me tiene*
Su Divina Majestad).
Hágase su voluntad.

Tal es la historia tradicional de los siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsesto contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.

LLUVIA DE CUERNOS

VEÁME en las congojas del zampabodigos Poncio Pilatos si no es verdad que en la imperial villa de Potosí, allá por los años de 1677, llovieron cuernos.

Fue el caso que en 1671 vino de España a América, con nombramiento real de gobernador de Potosí, el hidalgo don Antonio de Oviedo Herrera y Rueda, natural de Madrid y caballero de Santiago, el cual con el correr de los tiempos, y por sus personales merecimientos, obtuvo de la Corona el nobiliario título de conde de la Granja. Es don Luis Antonio de Oviedo autor del celebrado poema, en octavas, *Vida de Santa Rosa,* y de otro, en romance, titulado *Pasión de Cristo.* El conde poeta murió en Lima, en 1717, a los ochenta años de edad.

Muy popular y querido en Potosí era su señoría, porque, a fuerza de sagacidad y no de garrote, alcanzó a poner término a las sangrientas querellas de criollos y vascongados, y porque fue tan generoso amparador de los indios, que forzó a los ricachos mineros a remunerar el rudo trabajo de los peones con un pequeño aumento de salario.

El excelentísimo señor conde de Lemos y virrey del Perú, que era un gallego con cabeza de cocobolo, desaprobó el procedimiento de su señoría el gobernador y le ordenó que, en el término de la distancia, se presentase en Lima a dar cuenta de sus actos, entregando el gobierno de la villa a don Diego de Ulloa, del hábito de Santiago, y tan gallego como su excelencia.

Era el de Ulloa un viejo escuchimizado y carantamaula, el cual, según la voz pública, andaba muy bien de capitales, como que tenía los siete pecados

En cuanto a talento administrativo, parece que no tenía muchos sesos en la sesera y sí mucho aserrín y virutas.

Llevaba don Diego casi dos años de gobierno en Potosí, donde por sus arbitrariedades, codicia y corrupción se había conquistado universal odiosi-

dad, cuando por correo de brujas se supo que a Lima había llegado una real orden desaprobando la destitución de Oviedo y disponiendo que volviese al gobierno de la imperial villa. El mismo correo de brujas trajo también la nueva de que el virrey conde de Lemos era ya alma de la otra vida.

Oficialmente no se tenía por la autoridad la menor noticia, ni nadie había recibido en Potosí carta en que ambas novedades se comunicasen; pero el pueblo creía tan a pie juntillas en la veracidad del correo de brujas, que una noche se echaron grupos a recorrer las calles, quemando cohetes y dando vítores a Oviedo. Asomóse don Diego de Ulloa al balcón para informarse de lo que motivaba tamaño alboroto, e instruido de la causa, echó un valecuatro y continuó:

—Ya pueden ustedes, grandísimos borrachos, dejarse de bullanga y largarse a sus casas antes que me atufe y haga una gallegada como mía. Esperen ustedes a su mentecato Oviedo como esperan los judíos al Mesías, que ese mamarracho volverá de gobernador el día que lluevan cuernos sobre mi cabeza. *(Nota bene.* —Su señoría militaba en el gremio de los solterones y era pescador de anchovetas en playa mansa [1]). A su casa todo el mundo he dicho— y largó otro valecuatro.

Y sin más estrépito se disolvió la manifestación, como ahora decimos.

Corrieron dos semanas sin avanzar en noticias. Entre tanto, los partidarios de Oviedo, que eran casi todos los vecinos, se echaron a comprar cuernos de carneros, ovejas y toros en el rastro o matadero de Potosí, y una mañana, a la hora del apelde matinal, volvió la turba populachera a presentarse bajo los balcones del gobernador.

Este brincó del lecho y, a medio vestir, se presentó con ánimo de echar a la muchitanga un par de bravatas y cuatro barbaridades; pero los manifestantes, apenas vislumbraron la silueta de don Diego, empezaron a rasguear charangos y guitarras, acompañando a un andaluz de voz potentísima, que cantó esta copla:

Viejo archipámpano y loco,
puedes ya irte a los infiernos;
¿de cuernos pediste lluvia?,
pues toma lluvia de cuernos.

Y sin más, llovieron cornamentas sobre su señoría, forzándolo a refugiarse en el balcón para no ser descalabrado.

Pocas horas después entró en Potosí, bajo arcos triunfales y pisando sobre barras de plata, el futuro conde de la Granja.

Don Diego siguió como vecino en la imperial villa, en la condición de San Alejo; es decir, cornudo y conforme, méritos por los que éste alcanzó el cielo y la santidad.

[1] *pescador de anchovetas en playa mansa*, es decir, buscaba solteras y mujeres fáciles. V. la primera parte de *Rudamente, pulidamente, mañosamente.*

HISTORIA DE UNA EXCOMUNION

Al doctor Dickson Hunter, en Arequipa

Se ha declarado usted mi proveedor de café, compartiendo anualmente conmigo el muy exquisito que le regala algún agradecido enfermo de su clientela. Soy, pues, su deudor, y cúmpleme pagarle en la única moneda que puede ya ser grata a un richaco como usted. Abrame cuenta nueva, y dé por cancelada la de años anteriores, con la tradición que hoy le dedica su muy devoto amigo.

R. PALMA

I

EL DEÁN de la Catedral del Cuzco, doctor don Fernando Pérez Oblitas, fue elevado a la categoría de provisor del obispado en sede vacante por fallecimiento del ilustrísimo doctor don Pedro Morcillo, acaecido el Sábado Santo 1º de abril de 1747, precisamente a la hora en que las campanas repicaban *Gloria.*

Entre los primeros actos de eclesiástico gobierno del señor deán, hombre más ceremonioso que el día de Año Nuevo, cuéntase un edicto prohibiendo, con pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda,* que los viejos usasen birrete dentro del templo, y otro reglamentando la indumentaria femenina, reglamentación de la cual resultaban pecaminosos los trajes con cauda en la casa del Señor. Es entendido que las infractoras incurrían también en excomunión, pues en la ciudad de los Incas, ateniéndome a las muchas excomuniones de que hace mención el autor del curioso manuscrito *Anales del Cuzco,* se excomulgaba al más guapo y a la más pintada por un quítame esa pulga que me pica.

El arcediano del Cuzco, doctor Rivadeneira, era un viejo gruñón y cascarrabias, a quien por cualquier futesa se le subía San Telmo a la gavia, y que en punto a benevolencia para con el prójimo estaba siempre fallo al palo. *Gastaba más orgullo que piojo sobre caspa,* y en cuanto a pretensiones de ciencia y suficiencia, era de la misma madera que aquel predicador molondro que dio comienzo un sermón con estas palabras «Dijo Nuestro Señor Jesucristo, y en mi concepto dijo bien. . .»; de manera que si hubiera discrepado en el concepto, su paternidad le habría dado al Hijo de Dios una leccioncita al pelo. Agregan que, por vía de reprimenda, cuando descendió del púlpito le dijo su prelado:

Nunca, nunca encontraré,
por mucho que me convenga,
un mentecato que tenga
las pretensiones de usté.

El 4 de junio del antedicho año de 1747, a las nueve de la mañana, entró en la Catedral doña Antonia Peñaranda, mujer del abogado don Pedro Echevarría. Era la doña Antonia señora de muchas campanillas, persona todavía apetitosa, que gastaba humos aristocráticos y tenida por acaudalada, como que era de las pocas que vestían a la moda de Lima, de donde la venían todas sus prendas de habillamiento y adorno. Acompañábala su hija Rosa, niña de nueve años, la cual lucía trajecito dominguero con cauda color de canario acongojado.

Principiaba la misa, y todo fue un ver que madre e hija se arrodillaban para persignarse, y gritar con voz de bajo profundo su señoría el arcediano:

—¡Fuera esas mujeres que tienen la desvergüenza de venir con traje profano a la casa de Dios! ¡Fuera! ¡Fuera!

Doña Antonia no era de las que se muerden la punta de la lengua, sino de las que cuando oyen el *Dominus vobiscum*, no hacen esperar el *et cum spiritu tuo*. Dominando la sorpresa y el sonrojo, contestó:

—Perdone el señor canónigo mi ignorancia al creer que el mandato no rezaba con la niña, además de que no he tenido tiempo para hacerla saya nueva, y la he traído para que no se quedara sin misa.

En vez de calmarse con la disculpa, el señor arcediano se subió más al cerezo, y prosiguió gritando:

—He mandado que se vaya esa mujer irreligiosa... Bótenla a empellones ... ¡Fuera de la iglesia! ¡Fuera!

Dios concedió a la mujer cuatro armas a cuál más tremenda: la lengua, las uñas, las lágrimas y la pataleta. Doña Antonia, oyéndose así insultada, tomó de la mano a Rosita y se encaminó a la puerta, diciendo en voz alta.

—Vamos, niña, que no está bien que sigamos oyendo las insolencias de este *zambo*, borrico y majadero.

—¿Zambo dijiste? ¡Santo Cristo de los temblores! ¿Y también borrico? ¡Válganme los doce pares de orejas de los doce apóstoles!

El arcediano, crispando los puños, quiso levantarse en persecución de la señora; mas se lo estorbaron el sacristán y el perrero de la Catedral.

—¡Váyase enhoramala la muy puerca! ¿Yo zambo? ¿Y borrico?

En puridad de verdad, lo de borrico no era para sulfurarse mucho, y bien pudo contestársele con el pareado de un poeta:

Hombre, no te atolondres.
borricos como tú hay hasta en Londres.

Pero ¿lo de zambo, a quien se tenía por más blanco que el caballo del Apocalipsis? Ni a María Santísima le aguantaba su señoría la palabreja

Antes colgaba la sotana y se metía *almocrí;* esto es, a lector del Corán en las mezquitas.

El caso es que su señoría el arcediano, aunque nacido en España y de padres españoles, era bastante trigueño, como si en sus venas circularan muchos glóbulos de sangre morisca.

El día siguiente fue de gran alboroto para el vecindario del Cuzco, por que en la puerta de la Catedral apareció fijado este cartelón. «Téngase por pública excomulgada a Antonia Peñaranda, mujer de don Pedro Eche varría, por inobediente a los preceptos de Nuestra Santa Madre Iglesia, y por el desacato de haber tratado mal de palabras al señor doctor don Juan José de la Concepción de Rivadeneira, y porque con sus gritos desacató también al doctor don José Soto, presbítero, que estaba actualmente celebrando el Santo Sacrificio. —Nadie sea osado a quitar este papel, bajo pena de excomunión».

Y firmaba el provisor Pérez Oblitas.

Motivo de gran excitación para los canónigos del Cabildo eclesiástico había sido el suceso de la misa dominical. Unos opinaron por meter en la cárcel pública a la señora, otros por encerrarla en las Nazarenas; pero estos dos expedientes ofrecían el peligro de que la autoridad civil resistiese autorizar prisión o secuestro. Lo más llano era la excomunión, que al más ternejal le ponía la carne de gallina y lo dejaba *cabiztivo* y *pensabajo*. Una excomunión asustaba en aquellos tiempos como en nuestros días los *meetings* populacheros.

—¿Qué gritan, hijo?

—Padre, que viva la patria y la libertad.

—Pues echa cerrojo y atranca la puerta.

Las principales señoras del Cuzco, entre las que doña Antonia gozaba de predicamento; varios regidores del Cabildo, el superior de los jesuitas y el comendador de la Merced iban del provisor al arcediano, y de éste a aquél, con empeño para que se levantase la terrorífica censura. El provisor, poniendo cara de Padre Eterno melancólico, contestaba que por su parte no había inconveniente, siempre que la excomulgada se aviniese a pagar multa de doscientos pesos (la mosca por delante) y que el arcediano se allanase a perdonar a su ofensora. Dios y ayuda costó conseguir lo último del doctor Rivadeneira, después de tres días de obstinada resistencia.

El 8 de junio, día en que se celebraba la octava del Corpus, se retiró el cargo de excomunión, y el provisor declaró absuelta e incorporada al seno de la Iglesia a la aristocrática dama que no tuvo pepita en la lengua para llamar zambo, y borrico, y majadero a todo un ministro del altar.

GETHSEMANI

En el álbum de la señora Laura de Santa Cruz

HA QUERIDO usted, señora mía, un autógrafo de este viejo emborronador de papel, y mal puede negarse a complacerla quien como yo blasona de cortés, amén de confesarse honrado con la amable petición. Pide usted con la cultura de forma que a cumplida dama cabe y ya estoy hecho un azucarillo por rendir homenaje a su deseo.

Pero ¿ha de ser precisamente una tradición lo que usted exige que escriba en las páginas de su aristocrático álbum? Eso ya tiene bemoles, y aunque estoy decidido a obedecerla, no lo haré sin referirla antes un chascarrillo de mis mocedades.

Dios me hizo feo (y no lo digo por alabarme), y fue el caso que zumbando yo más que un tábano al oído de una joven, a la que cantaba el credo cimarrón que cantan los enamorados, encontró la mamá, que nunca me tuvo por ángel de su coro, la manera de ahuyentarme, y fue ella pedirme que le obsequiase mi tarjeta fotográfica.

—¡Oh señora! —la dije—, ¿para qué quiere usted el retrato de un mozo feo y desgarbado como yo?

—Por eso mismo, por lo feo —me contestó—. Me hace falta para asustar a mis nietecitos, que son unos diablos de traviesos.

Ya adivinará usted que me entraron súbitos escalofríos al considerar que esa señora no era todavía para mí más que proyecto de suegra... ¡y ya *suegreaba*! ¡Qué porvenir tan rico y delicioso me sonreía si, por malos de mis pecados, que son pocos, pero gordos, el proyecto hubiera pasado a la categoría de ley!

Como no la creo a usted capaz de abrigar burlesco propósito con su exigencia, y como dicen que la gracia del barbero está en sacar patilla de donde no hay pelo, vamos a ver si consigo dar saborcito tradicional, y que al paladar de usted sea gustoso, a un cuento que oí contar a mi abuela, que esté en gloria, que sí estará porque fue más buena que el pan cuando es de buen trigo y buena masa.

José Maní era un indio de Huacho, propietario, en la jurisdicción de Lauriama, de cinco hectáreas de terreno conocidas con el nombre de Huerto de José Maní.

Al dicho propietario le estorbaba lo negro de la tinta, es decir, que, en materia de saber leer, no conocía ni la O por redonda ni la I por larga, pero ello no obstó para que, vendiendo naranjas, chirimoyas y aguacates, adquiriese un decente caudalito y, con él, prestigio bastante para elevarse a la altura del regidor en el Cabildo de su pueblo.

En la Cuaresma de 1795 los vecinos contrataron a un dominico del convento de Lima para que se encargase de predicar en Huacho el sermón de las *Tres horas*, al que dio origen en Lima el jesuita limeño Alonso Mejía y que poco a poco, y por mandato pontificio, se ha generalizado en el orbe católico.

El Viernes Santo no cabía ya ni un alfiler de punta en la iglesia parroquial, tanto era el concurso, no sólo de los fieles residentes en el pueblo, sino de los venidos de cinco leguas a la redonda. Por supuesto que José Maní, en traje de gala, esto es, con capa española, que le hacía sudar a chorros por lo recio de la estación veraniega, se repantigaba en uno de los cómodos sillones destinados a los cabildantes.

El predicador, que era un pozo de sabiduría, después de un exordio en que afirmó, bajo la honrada palabra de fe de no recuerdo qué autores, que los suras del Corán son seis mil seiscientos sesenta y seis, y que las palabras de Cristo *Elí, elí lamma sabachthani* pertenecen a la lengua maya, y no al idioma hebreo, ni al asirio, ni al sánscrito, ni al caldeo, entró de lleno en el tuétano de la Pasión.

Cada vez que el orador hablaba del huerto de Gethsemaní, las miradas del concurso se volvían hacia el cabildante José Maní, que se ponía muy orondo al informarse del importante papel que su huerto desempeñaba en la vida de Cristo ¡Qué honra para Huacho y para los huachanos!

Eso de que el predicador llamase el huerto Gethsemaní, y no Josemaní, lo atribuyeron los huachanos a *lapsus linguoe*, muy disculpable en un fraile forastero. En toda pila falta alguna vez el agua, y hasta los académicos somos propensos a pronunciar disparatadamente, no diré si por distracción o por ignorancia. Siquiera, cuando en letra de molde aparece *hilación* (con h) en vez de *ilación*, o *balija* del correo, en lugar de *valija*, tenemos el socorrido recurso de echarle la culpa al cajista, especie de cordero pascual que carga con muchos pecados de los literatos.

Pero cuando el dominico dijo que fue en el huerto de Gethsemaní donde los sayones judíos se apoderaron de la persona del Maestro, los ojos todos se volvieron a mirar al ensimismado huachano, como reconviniéndolo por su cobardía y vileza en haber consentido que, en su casa, en terreno de su propiedad, se cometiese tamaña felonía con un huésped. ¡Y qué huésped, Dios de Israel!

Hasta el alcalde del Cabildo no pudo dominar su indignación, y volviéndose hacia José Maní le dijo en voz baja:

—Defiéndase, compañero, si no quiere que, cuando salgamos, lo mate el pueblo a pedradas

Entonces José Maní, poniéndose en pie, interrumpió al predicador, diciendo.

Oiga usted, padre, no me meta a mí en esa danza, que yo no he conocido a Jesucristo ni nunca le vendí fruta; y pido que haga usted constar que si se metió en mi huerto lo hizo porque le dio la gana y sin licencia mía, y que yo no tuve arte ni parte en que lo llevaran a la cárcel, y

¡Aleluya! ¡Aleluya!
Cada cual está a la suya

EL PADRE PATA

A VIEJOS y viejas oí relatar, allá en los días de mi infancia, como acaecido en Chancay, el mismo gracioso lance a que un ilustre escritor argentino da por teatro la ciudad de Mendoza. Como no soy de los que se ahogan en poca agua, y como un punto a cantar homilías a tiempos que fueron, tanto da un teatro como otro, ahí va la cosa tal como me la contaron.

Cuando el general San Martín desembarcó en Pisco con el ejército patriota, que venía a emprender la ardua faena complementaria de la Independencia americana, no faltaron ministros del Señor que, como el obispo Rangel, predicasen atrocidades contra la causa libertadora y sus caudillos.

Que vociferen los que están con las armas en la mano y arriesgando la pelleja es cosa puesta en razón; pero no lo es que los ministros de un Dios de paz y de concordia, que en medio de los estragos de la guerra duermen bien y comen mejor, sean los que más aticen el fuego. Paréceme a aquel que en la catástrofe de un tren daba alaridos:

—¿Por qué se queja usted tanto?

—Porque al brincar se me ha desconcertado un pie.

—Cállese usted, so marica. ¡Quejarse por un pie torcido cuando ve tanto muerto que no chilla!

Desempeñando interinamente el curato de Chancay estaba el franciscano fray Matías Zapata, que era un godo de primera agua, el cual, después de la misa dominical, se dirigía a los feligreses, exhortándolos con calor para que se mantuviesen fieles a la causa del rey, nuestro amo y señor. Refiriéndose al generalísimo, lo menos malo que contra él predicaba era lo siguiente.

«Carísimos hermanos. Sabed que el nombre de ese pícaro insurgente de San Martín es por sí solo una blasfemia, y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo. ¿Qué tiene de santo ese hombre malvado? ¿Llamarse San Martín ese sinvergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours, que dividió su capa entre los po-

bres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colombroño el pérfido hereje Martín Lutero, y porque, como éste, tiene que arder en los profundos infiernos. Sabed, pues, hermanos y oyentes míos, que declaro excomulgado vitando a todo el que gritare ¡viva San Martín!, porque es lo mismo que mofarse impíamente de la santidad que Dios acuerda a los buenos».

No pasaron muchos domingos sin que el generalísimo trasladase su ejército al Norte y sin que fuerzas patriotas ocuparan Huacho y Chancay. Entre los tres o cuatro vecinos que por amigos de la *justa causa,* como decían los realistas, fue preciso poner en chirona, encontróse el energúmeno frailuco, el cual fue conducido ante el excomulgado caudillo.

—Conque, seor godo —le dijo San Martín—, ¿es cierto que me ha comparado usted con Lutero y que le ha quitado una sílaba a mi apellido?

Al infeliz le entró temblor de nervios, y apenas si pudo hilvanar la excusa de que había cumplido órdenes de sus superiores, y añadir que estaba llano a predicar devolviéndole a su señoría la sílaba.

—No me devuelva usted nada y quédese con ella —continuó el general—; pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido, y entienda que lo fusilo sin misericordia el día que se le ocurra firmar *Zapata.* Desde hoy no es usted más que el padre *Pata,* y téngalo muy presente, padre *Pata.*

Y cuentan que, hasta 1823, no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción u otro documento parroquial que no llevase por firma *fray Matías Pata.* Vino Bolívar, y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada.

LAS TRES ETCETERAS DEL LIBERTADOR

I

A FINES de mayo de 1824 recibió el gobernador de la por entonces villa de San Ildefonso de Caraz, don Pablo Guzmán, un oficio del jefe de Estado Mayor del ejército independiente, fechado en Huaylas, en el que se le prevenía que, debiendo llegar dos días más tarde a la que desde 1868 fue elevada a la categoría de ciudad una de las divisiones, aprestase sin pérdida de tiempo cuarteles, reses para rancho de la tropa y forraje para la caballada. Item se le ordenaba que para su excelencia el Libertador alistase cómodo y decente alojamiento, con buena mesa, buena cama y etc., etc., etc.

Que Bolívar tuvo gustos sibaríticos es tema que ya no se discute, y dice muy bien Menéndez y Pelayo cuando dice que la Historia saca partido de todo, y que no es raro encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande. Muchas veces, sin parar mientes en ello, oí a los militares de la ya extinguida generación que nos dio Patria e Independencia decir, cuando se proponían exagerar el gasto que una persona hiciera en el consumo de determinado artículo de no imperiosa necesidad: «Hombre, usted gasta en cigarrillos (por ejemplo) más que el Libertador en agua de Colonia».

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de Colonia, a fe que a nadie debe maravillar. Hacía bien, y le alabo la pulcritud. Pero es el caso que en los cuatro años de su permanencia en el Perú, tuvo el Tesoro nacional que pagar ocho mil pesos, ¡¡¡8.000!!!, invertidos en agua de Colonia para uso y consumo de su excelencia el Libertador, gasto que corre parejas con la partida aquella del Gran Capitán: «En hachas, picas y azadones, tres millones».

Yo no invento. A no haber desaparecido en 1884, por consecuencia de voraz (y acaso malicioso) incendio, el archivo del Tribunal Mayor de Cuentas, podría exhibir copia certificada del reparo que a esa partida puso el vo-

cal a quien se encomendó, en 1829, el examen de cuentas de la comisaría del Libertador.

Lógico era, pues, que para el sibarita don Simón aprestasen en Caraz buena casa, buena mesa y etc., etc., etc.

Como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres *etcéteras* dieron mucho en qué cavilar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldos de habas.

Resultado de sus cavilaciones fue el convocar, para pedirles consejo, a don Domingo Guerrero, don Felipe Gastelumendi, don Justino de Milla y don Jacobo Campos, que eran, como si dijéramos, los caciques u hombres prominentes del vecindario.

Uno de los consultados, mozo que se preciaba de no sufrir mal de piedra en el cerebro, dijo:

—¿Sabe usted, señor don Pablo, lo que en castellano quiere decir *etcétera?*

—Me gusta la pregunta. *En priesa me ven y doncellez me demandan,* como dijo una pazpuerca. No he olvidado todavía mi latín, y sé bién que *etcétera* significa *y lo demás,* señor don Jacobo.

—Pues entonces, lechuga, ¿por qué te arrugas? ¡Si la cosa está más clara que el agua de *puquio!* ¿No se ha fijado usted en que esas tres *etcéteras* están puestas a continuación del encargo de buena cama?

—¡Vaya si me he fijado! Pero con ello nada saco en limpio. Ese señor jefe de Estado Mayor debió escribir como Cristo nos enseña: pan, pan, y vino, vino, y no fatigarme en que le adivine el pensamiento.

—Pero, hombre de Dios, ¡ni que fuera usted de los que *no compran cebolla por no cargar rabo!* ¿Concibe usted buena cama sin una *etcétera* siquiera? ¿No cae usted todavía en la cuenta de lo que el Libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario?

—No diga usted más, compañero —interrumpió don Felipe Gastelumendi—. A moza por *etcétera,* si mi cuenta no marra.

—Pues a buscar tres ninfas, señor gobernador —dijo don Justino de Milla—, en obedecimiento al superior mandato, y no se empeñe usted en escogerlas entre las muchachas de zapato de ponleví y basquiña de chamelote, que su excelencia, según mis noticias, ha de darse por bien servido siempre que las chicas sean como para la cena de Nochebuena.

Según don Justino, en materia de paladar erótico era Bolívar como aquel bebedor de cerveza a quien preguntó el criado de la fonda. «¿Qué cerveza prefiere usted que le sirva: blanca o negra?» «Sírvemela mulata»

—¿Y usted qué opina? —preguntó el gobernador, dirigiéndose a don Domingo Guerrero

—Hombre —contestó don Domingo—, para mí la cosa no tiene vuelta de hoja, y ya está usted perdiendo el tiempo que ha debido emplear en proveerse de *etcéteras.*

II

Si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asunto de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la Historia como libertador de cinco repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida, pues mi amigo García Tosta, que está muy al dedillo informado en la vida privada del héroe, refiere dos trances que en 1824 eran ya conocidos en el Perú

Apuntemos el primero. Hallándose Bolívar en Jamaica en 1810 [1], el feroz Morillo o su teniente Morales enviaron a Kingston un asesino, el cual clavó por dos veces un puñal en el pecho del comandante Amestoy, que se había acostado sobre la hamaca en que acostumbraba dormir el general. Este, por causa de una lluvia torrencial, había pasado la noche en brazos de Luisa Crober, preciosa joven dominicana, a la que bien podía cantársele lo de:

Morena del alma mía;
morena, por tu querer
pasaría yo la mar
en barquito de papel.

Hablemos del segundo lance. Casi dos años después, el español Renovales penetró a media noche en el campamento patriota, se introdujo en la tienda de campaña, en la que había dos hamacas, y mató al coronel Garrido, que ocupaba una de éstas. La de don Simón estaba vacía porque el propietario andaba de aventura amorosa en una quinta de la vecindad.

Aunque parezca fuera de oportunidad, vale la pena recordar que en la noche del 25 de setiembre, en Bogotá, fue también una mujer quien salvó la existencia del Libertador, que resistía a huir de los conjurados, diciéndole: «De la mujer, el consejo», presentándose ella ante los asesinos, a los que supo detener mientras su amante escapaba por una ventana.

III

La fama de mujeriego que había precedido a Bolívar contribuyó en mucho a que el gobernador encontrara lógica y acertada la descifración que de las tres *etcéteras* hicieron sus amigos, y después de pasar mentalmente revista a todas las muchachas bonitas de la villa, se decidió por tres de las que le parecieron de más sobresaliente belleza. A cada una de ellas podía, sin escrúpulo, cantársele esta copla:

De las flores, la violeta;
de los emblemas, la cruz;
de las naciones, mi tierra,
y de las mujeres, tú.

[1] En realidad Bolívar llega a Jamaica en 1815.

Dos horas antes de que Bolívar llegara, se dirigió el capitán de cívicos don Martín Gamero, por mandato de la autoridad, a casa de las escogidas, y sin muchos preámbulos las declaró presas, y en calidad de tales las condujo al domicilio preparado para alojamiento del Libertador. En vano protestaron las madres, alegando que sus hijas no eran godas, sino patriotas hasta la pared del frente. Ya se sabe que el derecho de protesta es derecho femenino, y que las protestas se reservan para ser atendidas el día del juicio, a la hora de encender faroles.

¿Por qué se lleva usted a mi hija? —gritaba una madre.

—¿Qué quiere usted que haga? —contestaba el pobrete capitán de cívicos—. Me la llevo de orden suprema.

—Pues no cumpla usted tal orden —argumentaba otra vieja.

—¿Que no cumpla? ¿Está usted loca, comadre? Parece que usted quisiera que la complazca por sus ojos bellidos, para que luego el Libertador me fría por la desobediencia. No, hija, no entro en componendas.

Entre tanto, el gobernador Guzmán, con los notables, salió a recibir a su excelencia a media legua de camino. Bolívar le preguntó si estaba listo el rancho para la tropa, si los cuarteles ofrecían comodidad, si el forraje era abundante, si era decente la posada en que iba a alojarse; en fin, lo abrumó a preguntas. Pero, y esto chocaba a don Pablo, ni una palabra que revelase curiosidad entre las cualidades y méritos de las *etcéteras* cautivas.

Felizmente para las atribuladas familias, el Libertador entró en San Ildefonso de Caraz a las dos de la tarde, impúsose de lo ocurrido, y ordenó que se abriese la jaula a las palomas, sin siquiera ejercer la prerrogativa de una vista de ojos. Verdad que Bolívar estaba por entonces libre de tentaciones, pues traía desde Huaylas (supongo que en el equipaje) a Manolita Madroño, que era una chica de dieciocho años, de lo más guapo que Dios creara en el género femenino del departamento de Ancachs.

En seguida le echó don Simón al gobernadorcillo una repasada de aquellas que él sabía echar y lo destituyó del cargo.

LA CARTA DE "LA LIBERTADORA"

I

Los LIMEÑOS que por los años de 1825 a 1826 oyeron cantar en la catedral, entre la Epístola y el Evangelio, a guisa de antífona:

De ti viene todo
lo bueno, Señor;
nos diste a Bolívar,
gloria a ti, gran Dios.

transmitieron a sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de *cuodlibeto*. Esta frase era: *la carta de la Libertadora.*

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiritacas tenaces, pero insustanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo, todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro a catedrática en echacorvería. Conque así, o se casa usted pronto, prontito, o da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora.*

—¿Qué es de Fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? —preguntaba una amiga a otra.

—Ya eso se acabó, hija —contestaba la interpelada—. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora.*

La susodicha epístola era, pues, equivalente a una notificación de desahucio, a darle a uno con la puerta en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Hasta mosconas y perendecas rabisalseras se daban tono con la frase «Le he dicho a usted que no hay posada, y dale a desensillar Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora.*

Por supuesto que ninguna limeña de mis juveniles tiempos, en que ya habían pasado de moda los versitos de la antífona, para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió a los godos
y desde ese infausto día
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos;

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió de ser mucha carta, pues de tanta fama disfrutaba. Y tengo para mí que las mismas contemporáneas de doña Manolita Sáenz (la Libertadora) no conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo a adquirir copia de la carta de la Libertadora, para tener el gusto de echarla hoy a los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y, por ende, merece párrafo aparte.

II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta del Estado se publicase en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, de las que fue poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el Gobierno completarlas dando también a la luz las *Memorias* de O'Leary, y, en efecto, llegaron a repartirse veintiséis tomos.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo 27, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el Gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos, que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara que éste les diera un ejemplar de cada pliego a medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo 27, cuyos poseedores diz que lo enseñaron a los bibliófilos con más orgullo que Rothschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas *.

Gracias a nuestro excelente amigo el literato caraqueño Arístides Rojas supimos que en ese tomo figura la carta de la *Libertadora* a su esposo el doctor Thorne Este escribía constantemente a doña Manolita solicitando

* En 1916 hemos conseguido un ejemplar del anatematizado tomo 27 hasta la página 512

una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja idem.

El médico inglés —me decía Rojas— se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por tanto, más digno de babador que de corbata

Y el doctor Thorne era de la misma pasta de aquel marido que le dijo a su mujer:

—¡Canalla! Me has traicionado con mi mejor amigo.

—¡Mal agradecido! —le contestó ella, que era de las hembras que tienen menos vergüenza que una gata de techo—. ¿No sería peor que te hubiera engañado con un extraño?

Toro a la plaza. Ahí va la carta.

III

«No, no, no, no más, hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar a mi resolución de no escribirle? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces que no?

»Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

»¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea de la Santísima Trinidad?

»Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales.

»Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar; pero en la tierra, no.

»¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

»En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo; la conversación, sin gracia; la chanza, sin risa; el saludar, con reverencia; el caminar, despacio; el sentarse, con cuidado. Todas éstas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

»Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

»Su invariable amiga,

Manuela».

IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés, seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo:

—Como yo vuelva a saber
que escribe a mi Dulcinea...
—¡Pero, hombre, si es mi mujer!
—¡Qué importa que lo sea!

¿No le parece a ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó, y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?

"¿QUIEN TOCA EL ARPA? JUAN PEREZ"

CREÁNME ustedes, por la cruz con que me santiguo, que en cierta villa del Perú, que no determino por evitarme desazones, existía un tocador de arpa tan eximio que, en certamen o concurso musical, habría dejado tamañito al mismísimo santo rey David.

Juan Pérez, que así se llamaba el arpista, hacía vibrar armoniosamente las metálicas cuerdas sólo por amor al arte, y nunca estimulado por las monedas que con habilidad podría lucrar. No era precisamente rico; pero bastábanle una casita y unos terrenos bien cultivados, que de su padre heredara, para vivir en holgada medianía. No codiciaba tampoco aumento de bienes, y era feliz, a su manera, con lo que poseía y con tocar el arpa, libre de las preocupaciones y cuidados que la fortuna trae consigo.

Todo vecino precisado a festejar el bautizo de un mamón, un cumpleaños, matrimonio u otra fiesta de familia, invitaba indefectiblemente a Juan Pérez, el cual no se hacía rogar para concurrir con su arpa y deleitar, *gratis et amore*, a los convidados. Era hombre muy querido y popular.

Cada gallo canta en su corral; pero el que es bueno, bueno, canta en el suyo y en el ajeno A esta clase pertenecía Juan Pérez; porque si en su casa tocaba bien, en la de los vecinos lo hacía maravillosamente. Mejor, sólo Santa Cecilia en el cielo.

Si los aplausos le embriagaban, no menos embriaguez le producían las reiteradas libaciones. Y como casi no pasaba noche sin parranda se fue, poquito a poquito, aficionando al zumo de parra. El arpa y la copa llegaron, a la postre, a ser para él divinidades a las que tributaba fervoroso culto En cuanto a hijas de Eva, no pasaba de ser pecador de contrabando y a dure lo que durare, como cuchara de pan, y después,

de ella hacía tanto caso
como el autócrata ruso
del primer calzón de raso
que se puso

Frisaba ya Pérez en los cuarenta cuando Zoilita Véjar, que era, como dijo el conde de Villamediana, una de tantas

santas del calendario de Cupido,

consiguió hacerle pagar derechos en la aduana parroquial por ante su merced el padre cura.

Juan Pérez no se atuvo al refrán que dice: «Ni cabra horra ni mujer machorra», y apuró el tósigo.

«Para marido sirve cualquiera», dijo para sus adentros la mozuela; como aquel pobre diablo que fue a solicitar empleo en una casa de comercio, y preguntándole el patrón si estaba expedito en el manejo de la caja, contestó.

—Calcule usted si lo estará quien, como yo, ha sido cinco años tambor en un cuerpo de línea.

No es del todo exacto aquello de que estado cambia costumbre; porque después de la luna de miel, que no fue larga, volvió Juan Pérez a sus casi olvidadas arpa y copa, pasándose las noches de turbio en turbio, como cuando era soltero, en las jaranas, y siempre entre participio y gerundio, es decir: bebido y bebiendo.

Como Zoilita trajo al matrimonio por toda dote un regimiento de enamorados galanes, éstos se turnaban para acompañarla en la noche, cuidando sólo de asomarse a la casa en que sonaran cuerdas, y preguntar: «¿Quién toca el arpa? ¡Ah! Juan Pérez»; lo que equivalía a decirse: no hay cuidado de que antes del alba vaya el músico a interrumpirme la conversación con su oíslo.

«¿Quién toca el arpa? Juan Pérez» fue, pues, frase que llegó a popularizarse adquiriendo honores de refrán, y así ha llegado hasta nosotros, que la usamos familiarmente cuando, tratándose de un marido descuidado con su hogar, queremos dar a entender que lleva sobre la frente aquello que en los toros son honra cuando son bien puestos, lisos y puntiagudos.

LOPE DE AGUIRRE, EL TRAIDOR

ASUSTA y da temblor de nervios asomarse al abismo de la conciencia de algunos hombres. El solo nombre de Lope de Aguirre aterroriza.

Fecundísimo en crímenes y en malvados fue para el Perú el siglo XVI. No parece sino que España hubiera abierto las puertas de los presidios y que, escapados sus moradores, se dieron cita para estas regiones. Los horrores de la conquista, las guerras de pizarristas y almagristas y las vilezas de Godines, en las revueltas de Potosí, reflejan, sobre los tres siglos que han pasado, como creaciones de una fantasía calenturienta. El espíritu se resiste a aceptar el testimonio de la Historia.

Entre los aventureros que con el capitán Perálvarez llegaron al Perú en 1544 hallábase Lope de Aguirre, mancebo de veintitrés años y reputado como uno de los mejores jinetes. Aunque oriundo de Oñate, en Guipúzcoa, y de noble familia, que lucía por mote en su escudo de armas esta leyenda: *Piérdase todo, sálvese la honra,* había pasado gran parte de su juventud en Andalucía, donde su destreza en domar caballos y su carácter pendenciero y emprendedor le había conquistado poco envidiable fama.

En la rebelión de Gonzalo Pizarro tomó partido por éste, y cuando, al arribo del licenciado La Gasca, se vio en 1549 forzado Gonzalo a alejarse de Lima, encomendó a Aguirre, como uno de los capitanes de más confianza, que con cuarenta hombres de caballería cubriese la retirada.

Apenas emprendido el movimiento, Lope de Aguirre retrocedió con su fuerza y entró en Lima gritando: «¡Viva el rey! ¡Muera Pizarro, que es tirano!»

Y alzando bandera por La Gasca, asesinó en la ciudad a dos partidarios de Gonzalo, y en toda la campaña hizo ostentación de ferocidad. Lope de Aguirre se entusiasmaba como el tigre con la vista de la sangre, y sus camaradas, que lo veían entonces poseído de la fiebre de la destrucción, lo llamaban caritativamente *el loco Aguirre*.

Cuando, terminada la guerra, llegó la hora de recompensar a los realistas, La Gasca el Justiciero estimó en poco los servicios de Aguirre. Resentido éste, se retiró a Potosí, y en 1553, después del asesinato del corregidor Hinojosa, se alzó con Egas de Guzmán, y fue uno de los jefes de aquel destacamento que en una semana cambió tres veces de bandera: por el rey, contra el rey y por el rey. El mariscal don Alonso de Alvarado, pacificador de esos pueblos, a quien se unió Aguirre, tomó a empeño ahorcar al traidor; pero como los pícaros hallan siempre valedores, el mariscal tuvo que guardarse en el pecho la intención.

Combatió después contra Francisco Girón, y recibió una herida en la pierna, de la cual quedó un tanto lisiado.

El *marqués de Cañete* [1] vino al fin, en 1555, como virrey del Perú, a extirpar abusos, ahogando todo germen de revuelta. El buscó ocupación a los espíritus inquietos, destinando a unos a la empresa de desaguar la laguna en que, según la tradición, existe la gran cadena de oro de los Incas, y empleando a otros en la exploración del estrecho de Magallanes.

En Moyobamba, y con aquiescencia del virrey, preparaba el bravo capitán Pedro de Urzúa, natural de Navarra, una expedición a las riberas del Marañón, en busca de una tierra que, según noticias, era tan abundante en oro, que sus pobladores se acostaban sobre lechos del precioso metal. Grande fue el número de codiciosos que se alistaron bajo la bandera de Urzúa capitán cuyas dotes como soldado y hazañas en el nuevo reino de Granada le habían granjeado positiva popularidad.

La curiosa crónica titulada *Carnero de Bogotá,* escrita por un contemporáneo de Urzúa, nos pinta la heroicidad de este caudillo, a la par que la nobleza de su corazón. Pedro de Urzúa fue el fundador de Pamplona, una de las más importantes ciudades de Colombia.

Lope de Aguirre se presentó a Urzúa, acompañado de una hija, niña de once años de edad. A Urzúa seguía también en la expedición la bellísima doña Inés de Atienza, limeña e hija del conquistador Blas de Atienza, favorito del marqués Pizarro, y algunas otras mujeres, entre las que se encontraba una aragonesa llamada la Torralba, manceba de Aguirre.

Las fatigas de los expedicionarios aumentaban sin encontrar el país del oro. Vino luego la desmoralización propia de gente allegadiza, y una noche estalló el motín, encabezado por Aguirre. Pedro de Urzúa y su querida doña Inés fueron asesinados

Los revoltosos proclamaron por general a don Fernando de Guzmán, hidalgo sevillano, y por maese de campo a don Lope de Aguirre. Extendida el acta revolucionaria, firmó con el mayor cinismo: *Lope de Aguirre, el Traidor.* Un historiador añade que dijo Aguirre que firmaba con ese mote de infamia porque después de asesinado el gobernador Urzúa habían de pasar siempre por traidores; que *el cuervo no podía ya ser más negro que sus alas,* y que en vez de justificaciones y penosos descubrimientos, lo que

1 *marqués de Cañete:* V. *Un pronóstico cumplido*

debían hacer era apoderarse del Perú, el mejor Dorado del mundo, que *el cielo lo hizo Dios para quien lo merezca, y la tierra para quien la gane*

Los expedicionarios, arrastrados por Aguirre y por las bárbaras ejecuciones que éste realizara con los que le eran sospechosos, reconocieron, no ya sólo por general, sino por príncipe del Perú, a don Fernando de Guzmán. Un día reconvino éste a su maese de campo por el inútil lujo de crueldad que desplegaba con sus subordinados, y no pasó mucho tiempo sin que el vengativo Aguirre asesinase también a su príncipe. Y seguido de doscientos ochenta bandoleros, que él llamaba sus *marañones* *, cometió inauditos crímenes en la isla de Margarita, en Valencia y otros pueblos de Venezuela, que entregó al incendio y al saqueo de los desalmados que lo acompañaban.

La bandera de Lope de Aguirre era de tafetán negro con dos espadas rojas en cruz.

Una mañana levantóse el *caudillo fuerte,* título con que lo engalanaron sus marañones, algo aterrorizado, y llamó a un fraile dominico. Oyóle éste en confesión, y tal sería ella, que se negó a absolverle. Lope de Aguirre se alzó del suelo, llamó al verdugo y le dijo con mucha flema:

—Ahora mismo ahórcame a este fraile marrullero.

Por fin, desamparado de los suyos y acorralado como fiera montaraz, se metió en un rancho con su hija, y la dijo:

—Encomiéndate a Dios, que no quiero que, muerto yo, vengas a ser una mala mujer ni que te llamen la hija del traidor.

Y aquel infame, que fingía creer en Dios, rechazando a la Torralba, que se le interponía, hundió su puñal en el pecho de la triste niña.

Un soldado llamado Ledesma intimó entonces rendición a Lope, éste contestó.

—No me rindo a tan grande bellaco como vos —y volviéndose al jefe de los realistas, pidió le acordase algunas horas de vida, porque tenía que hacer declaraciones importantes al buen servicio de Su Majestad; mas el jefe, recelando un ardid, ordenó a Cristóbal Galindo, que era uno de los que habían desertado del campo de Aguirre, que hiciese fuego. Disparó éste su arcabuz, y sintiéndose Aguirre herido en un brazo, dijo:

—¡Mal tiro! ¿No sabes apuntar, malandrín?

Hiciéronle un segundo disparo, que lo hirió en el pecho, y Lope cayó, diciendo:

—¡Este sí es en regla!

Fue también uno de sus marañones el que ultimó al tirano.

Luego le cortaron la cabeza, descuartizaron el tronco, y durante muchos años se conservó su calavera en una jaula de hierro, en uno de los pueblos de Venezuela.

* En 1881 tenía el autor escrita gran parte de una larga novela histórica titulada *Los marañones*, cuyo manuscrito desapareció en el incendio de Miraflores

Dice un cronista que Lope de Aguirre tomó por modelo, no sólo en la crueldad, sino en el sarcasmo impío, a Francisco de Carbajal [2], y que habiendo sorprendido rezando a uno de sus soldados, lo castigó severamente diciendo:

—Yo no quiero a los míos tan cristianos, sino de tal condición, que jueguen el alma a los dados con el mismo Satanás.

Detenido en una de sus excursiones por un fuerte chaparrón, exclamó furioso:

—¿Piensa Dios que porque llueve no tengo de hacer temblar el mundo? Pues muy engañado está su merced. Ya verá Dios con quién se las ha, y que no soy ningún bachillerejo de caperuza a quien agua y truenos dan espanto.

La carta que dirigió a Felipe II es curiosísimo documento que basta para formarse cabal idea del personaje.

Lope de Aguirre murió en diciembre de 1561, a los cincuenta años de edad. Era feo de rostro, pequeño de cuerpo, flaco de carnes, lisiado de una pierna y sesgo de mirada, muy bullicioso y charlatán.

Tal es la historia de uno de esos monstruos que aparecen sobre la tierra como una protesta contra el origen divino de la raza humana. Oviedo y Baños, en su curiosa crónica, y Pedro Simón, en sus *Historiales*, son verdaderamente minuciosos en el relato de las atrocidades realizadas por el traidor Lope de Aguirre.

[2] Francisco de Carbajal: V. *El Demonio de los Andes (TPC, 76).*

EL POETA DE LA RIBERA
DON JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES

En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera a nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia, hecha en 1693, de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso,* escribió, por los años 1683 a 1691, un limeño nombrado don Juan del Valle y Caviedes.

Caviedes fue hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre a su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad envióla a España; pero a los tres años de residencia en la metrópoli regresó el joven a Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

A los veinticuatro años se encontró Caviedes poseedor de una modesta fortuna, y echóse a triunfar y darse vida de calavera, con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido escribir versos, y fue en 1681 cuando vino a darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas o tenduchos vecinos al palacio de los virreyes, lo que en esos tiempos se llamaba un *cajón de ribera,* especie de arca de Noé, donde se vendían al menudo mil baratijas.

Pocos años después quedó viudo, y *el poeta de la Ribera,* apodo con que era generalmente conocido, por consolar su pena, se dio al abuso de las bebidas alcohólicas, que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más galanos romances.

Por entonces era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte fueron infinitas las copias que se sacaron de los dos libros que escribió, titulados *Diente del Parnaso* y *Poesías varias* En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fue sustraído

con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras; y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra, en la colección de manuscritos americanos que poseyó el bibliófilo don Gregorio Beeche.

Caviedes ha sido un poeta muy desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del Extranjero, anónimos o suscritos por algún pelafustán. En vida fue Caviedes víctima de los empíricos, y en muerte vino a serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación. Al César lo que es del César.

El bibliotecario de Lima, don Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve a la historia y a la literatura patrias dando a la estampa documentos poco o nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes, hecha en 1694. Desgraciadamente, el manuscrito, amén de lo descolorido de la tinta en el transcurso de dos siglos, tiene tan garrafales descuidos del plumario, que hacen de la lectura de una página tarea más penosa que la de descifrar logogrifos. Sin embargo, a fuerza de empeño y tiempo, haciendo a la vez una nueva copia, hemos conseguido ponerla en condición de poder pasar a manos del cajista *.

Habríamos querido corregir también frases, giros poéticos, faltas gramaticales, y aun eliminar algo; pero, aparte el temor de que un zoilo nos niegue competencia, hemos pensado que a un poeta debe juzgársele con sus bellezas y defectos, tal como Dios lo hizo, y que hay mucho de pretencioso y algo de profanación en enmendar la plana al que escribió para otro siglo y para sociedad distinta.

Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo.

En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culterano, esa manía de lucir erudición indigesta, que afea tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo XVII. A Caviedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades la sencillez y naturalidad de sus versos y la ninguna pretensión de sentar plaza de sabio. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días

A riesgo de que se nos tache de apasionados, vamos a emitir, en síntesis, nuestro juicio sobre el poeta de la Ribera: «En el género festivo y epigramático no ha producido hasta hoy la América española un poeta que aventaje a Caviedes». Tal es nuestra conciencia literaria.

* Este artículo fue escrito para servir de prólogo a la colección de poesías de Caviedes. Esta se imprimió en Lima en 1873, y forma el tomo V de los *Documentos literarios del Perú*, compilación notable hecha por Odriozola. En 1899 se reimprimió, como apéndice, en la obra titulada *Flor de Academias*

Las galanas espinelas a un médico corcovado, a quien llama *más doblado que capa de pobre cuando nueva y*

más torcido que una ley
cuando no quieren que sirva;

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repiqueteado romance a la bella Anarda, y otras muchas de sus composiciones, no serían desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra el matrimonio.

Réstanos aún, como se dice, el rabo por desollar. Este libro escandalizará oídos susceptibles, sublevará estómagos delicados y no faltará quien lo califique de desvergonzadamente inmoral. Vamos a cuentas.

Que, más que las ideas, son nauseabundas y malsonantes las palabras que emplea el poeta en varios de sus romances, es punto que no controvertimos; aunque pudiera decirse que el tema forzaba al escritor a no andarse con muchos perfiles ni cultura. ¡Gordo pecado es llamar al pan, pan, y al vino, vino! Pero en esto no vemos razón para que, por los siglos de los siglos, se conserve inédito y sirviendo de pasto a ratones y polilla un libro que, dígase lo que se quiera en contrario, será siempre tenido en gran estima por los que sabemos apreciar los quilates del humano ingenio. Si fuera razón atendible la de la desnudez de la frase, muchos de los mejores romances de Quevedo (y entre ellos el que empieza: *Yo, el menor padre de todos)* y muchas admirables producciones de otros escritores antiguos no habrían alcanzado la gloria de vivir en letras de molde.

Pero por delicados y quisquillosos que seamos en estos tiempos de oropel y de máscaras, por mucho que pretendamos disfrazar las ideas haciendo para ellas antifaces de las palabras, hay que reconocer que en la lengua de Castilla tiene Caviedes pocos que le superen en donaire y travesura.

Tenemos a la vista los tres tomos con que, en 1872, ha iniciado la Casa editorial de Rivadeneyra, en Madrid, la publicación de libros raros o inéditos; y, exceptuando el volumen del *Cancionero de Estúñiga,* los otros dos corren parejas, si no exceden, en cuanto a *pulcritud* de voces, con el *Diente del Parnaso.* Y téngase muy en cuenta que tal publicación se hace bajo los auspicios de la Real Academia Española, cuerpo respetable que, en materia de estilo, *limpia, fija y da esplendor.*

El volumen de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia,* centón de picantes y obscenos chistes, es juzgado por don Juan Eugenio Hartzenbusch; y el de la *Lozana Andaluza,* historia en que se pintan con colores muy verdes y gran desnudez de imágenes las escandalosas aventuras de una meretriz, ha merecido ser citado con elogio, en la Biblioteca de Autores Españoles, por el culto don Pascual de Gayangos.

La autoridad, por mil títulos respetable, de estos dos ilustres académicos, destierra de nuestra alma todo escrúpulo por haber descifrado el ma-

nuscrito y alentado al señor Odriozola para su impresión. Para la gente frívola será éste un libro gracioso, y nada más. Para los hipócritas, un libro repugnante y digno de figurar en el *Indice.* Pero, para todo hombre de letras, será la obra de un gran poeta peruano, de un poeta que rivaliza, en agudeza y sal epigramática, con el señor de la Torre de Juan Abad [1].

1 *el señor de la Torre de Juan Abad:* V. nota 1 de *Refranero.*

LAS POETISAS ANONIMAS

En literatura, como en religión, como en política y como en todo, hay *mixtificaciones* o supercherías, y para mí entra en el número de ellas la epístola en silva que, con el seudónimo de *Amarilis,* dirigió a Lope de Vega, en 1620, una dama huanuqueña. Menéndez y Pelayo cree a pie juntillas en la existencia real de la poetisa, y forzando, con el admirable talento que le es propio, la disquisición, llega hasta a bautizarla con el nombre de doña María de Alvarado. En Huánuco, agrego yo, no ha faltado vecino que, estimándola como ascendiente suya, la llamó doña María de Figueroa, y hasta hay quien la supone hija de don Diego de Aguilar, autor de un poema titulado *El Marañón,* que no debe valer gran cosa, pues aun se conserva inédito en un archivo de España. El poeta fue un español avecindado en Huánuco.

También la limeña *Clarinda* (que escribió en 1607), a quien Cervantes nos presenta, no como madre de gallardos infantes, sino de unos robustos tercetos. *En loor de la poesía,* antójaseme que es otra mixtificación, y tan clara como la luz del mediodía.

No es esto decir que niegue yo, en la mujer americana de aquellos siglos, ingenio para el cultivo del Arte, y ciertamente que halagaría mucho nuestro amor propio u orgullo nacional el que fuese verdad tanta belleza.

La educación de la mujer en el siglo XVII era tan desatendida, que ni en la capital del virreinato abundaban las damas que hubiesen aprendido a leer correctamente, y aun a éstas no se las consentía más lectura que la de libros devotos, autorizados por el gobierno eclesiástico y por la Inquisición, enemiga acérrima de que la mujer adquiriese una ilustración que se consideraba como ajena a su sexo. Aun dando de barato que, sustrayéndose la mujer al rigorismo de los padres y al medio social o ambiente prosaico en que vivía, se despertasen en ella aficiones poéticas, mal podía cultivarlas por carencia de libros, que rara vez nos venían de España, amén de que muchos sólo de contrabando podían llegarnos, por no consentir el Gobierno de la metrópoli que circulasen por el Nuevo Mundo. Las bibliotecas de

los conventos abundaban, es verdad, en infolios latinos, lengua que siempre fue problemático alcanzasen, ni medianamente, a traducir las monjas de nuestros monasterios. Todavía otra cortapisa. No bastaba con que un libro estuviera excomulgado o puesto en el *Index* expurgatorio por contener frases malsonantes o doctrinas calificadas de heréticas, sino que hasta para la lectura de ciertos clásicos necesitaba un hombre proveerse de licencia eclesiástica. Y si a esta severidad estaba estrictamente sometido el sexo fuerte, mal puede aceptarse que en manos de mujer anduviera Ovidio, Marcial o Tibulo. Ni la Biblia podía divulgarse.

Como no hemos de acordar ciencia infusa a nuestras compatriotas de pasados, presentes y venideros siglos, está dicho que nos resistimos a creer que las dos imaginadas poetisas hubieran, sin muchos años de lectura y de estudio, alcanzado a versificar con la corrección y buen gusto que en la silva y, más que en ella, en los tercetos de *Clarinda* nos cautivan. Hay primores y *exquisiteces* rítmicas que no se conocen ni adquieren sino después de mucha costumbre de rimar y de estar uno familiarizado con las producciones de los más aventajados ingenios, y en esas gallardías son pródigas ambas poetisas.

Clarinda pudo sustentar cátedra de Historia griega y de Mitología. Nos habla, sin femeniles escrúpulos, como mujer superior a su siglo, de los dioses y diosas del Olimpo; y de Homero y la *Iliada*, y de Virgilio y la *Eneida* nos dice maravillas; manosea con desenfado a los personajes bíblicos, y casi trata tú por tú, como quien ha vivido en larga intimidad con ellos, a Horacio, Marcial, Lucrecio, Juvenal, Persio, Séneca y Catulo. Véase algo de lo que de ellos dice:

Conocido es Virgilio, que a su Dido
rindió el amor con falso disimulo,
y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,
Marcial, Valerio, Séneca, Avieno,
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

y tú, ¡oh Ovidio de sentencias lleno!,
que aborreciste el foro y la oratoria
por seguir de las nueve el coro ameno..., etc.

En tercetos anteriores, y como para relatarnos que ha leído a Sófocles, a Aristóteles, a Ennio, a Estrabón y a Plinio, nos exhibe a Cicerón, al cual indudablemente no ha conocido sólo de nombre, pues traduce uno de sus conceptos:

Oíd a Cicerón cómo resuena
con elocuente trompa en alabanza
de la gran dignidad de la Camena;

el buen poeta —dice Tulio— alcanza
espíritu divino, y lo que asombra
es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre del poeta es sombra
y tipo de deidad santa y secreta,
y que Ennio a los poetas santos nombra.

Aristóteles diga qué es poeta,
Plinio, Estrabón, y díganoslo Roma,
que dió al poeta nombre de profeta..., etc

En los tercetos *En loor de la poesía* hay lo que puede llamarse derroche de ilustración y gran conocimiento de los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio en 1607 apenas se iniciaba en la Universidad de San Marcos, a cuyas aulas no era aún lícito penetrar a la mujer. Si la anónima poetisa viviera en las postrimerías de este nuestro siglo XIX, de fijo que podría decir con vanagloria: «Ya no hay en el mundo más que dos personas que saben latín a las derechas: el Papa León XIII y yo».

La mujer sabia no fue hija del siglo XVII, en América, como tampoco lo fue la mujer librepensadora o racionalista. Para la mujer, en el Perú, no había siquiera un colegio de instrucción media, sino humildísimas escuelas, en las que se enseñaba a las niñas algo de lectura, poco de escritura, lo suficiente para hacer el apunte del lavado, las cuatro reglas aritméticas, el catecismo cristiano, y mucho de costura, bordado y demás labores de aguja. Hasta después de 1830 no hubo escuela en la que adquiriesen las niñas nociones de Geografía e Historia. No siempre había de subsistir lo de *misa, misar, y casa guardar.*

La verdad es que, en la primera mitad del siglo XVII, México se enorgullecía con ser patria de una gran poetisa, sor Juana Inés de la Cruz, nacida en 1614 [1], la que mantenía correspondencia poética con laureados ingenios de Madrid y aun con vates españoles residentes en el Perú. No era una poetisa anónima, sino un espíritu que sentía y se expresaba con la delicadeza propia de su sexo, de un talento claro y de una inteligencia cultivada hasta donde era posible que en América alcanzase la mujer. No fue una sabia, no fue un portento de erudición, como la seudoautora de los tercetos; fue sencillamente una poetisa que transparentó siempre en sus versos femeniles exquisiteces. «Si México posee una hija mimada de Apolo, el Perú la tuvo antes», se dijeron nuestros antepasados; y por esta razón de pueril vanidad patriótica no hubo en los tiempos de la colonia quien, sin prejuicios y con ánimo sereno, acometiera la investigación. Y así la mixtificación se perpetuaba, y podíamos exhibir una competidora a la bien y legítimamente conquistada fama de la mexicana monja.

[1] *en 1614:* la fecha exacta es 1648.

Indudablemente, el autor de la composición *En loor de la poesía* era buen poeta y hombre de vastísima ilustración, que se propuso halagar a su amigo Diego Mexía, el sevillano, enviándole, para proemio de su *Parnaso antártico*, los magníficos tercetos. Y que Mexía se hizo cómplice en la mixtificación no cabe dudarlo; pues, aparte de que mucho debió engreírle el ser objeto del encomio de una dama, estampa socarronamente que la autora de los tercetos es una señora principal de Lima, muy versada en las lenguas toscana y portuguesa, cuyo nombre calla por justos respetos. *Connu'*, que diría un francés.

Nunca los resplandores del sol pasaron inadvertidos, y el sol esplendoroso en nuestro mundo americano habría sido la mujer que tan alto descollara en las letras. Ni el mismo Diego Mexía se habría obstinado en guardar secreto sacramental, no porque con ello defraudaba gloria ajena, usufructuándola casi en su provecho, sino porque el aplauso anónimo parece aplauso mendigado y no brinda garantía de ser sincero y merecido.

Sospecho que aun en los tiempos de Diego Mexía hubo de ser generalizada la creencia en que los rotundos tercetos eran hijos de varonil inspiración; pues de otra manera, la excitada curiosidad se habría puesto en acción para conocer el nombre de la sabia y misteriosa *Clarinda*. En literatura no hay secreto impenetrable cuando hay firme empeño en conocerlo, y menos éste, pues se trataba sólo de investigar, entre cien limeñas que supieran leer y escribir con regular corrección, cuál era la que mantenía comercio con las musas, investigación no muy trabajosa en una ciudad cuya masa total de población era en muy poco mayor de cuarenta mil almas. Sólo la piedra preciosa puede esconder su brillantez en la impenetrabilidad de la mina; pero el talento es como el sol, cuyos rayos deslumbradores, si alguna vez se esconden entre la niebla, no por eso dejan nuestras pupilas de adivinarlos.

Tiene sobrada razón, como dice Menéndez y Pelayo, el poeta colombiano Rafael Pombo cuando, en el prólogo de las poesías de Agripina Montes del Valle, escribe que en verso castellano no se ha discurrido tan alta y poéticamente sobre la poesía como en la composición de la anónima limeña.

Estas mixtificaciones, marrullerías o chanchullos poéticos, han sido moneda corriente en América, y quiero comprobarlo citando algunos de nuestros días. Durante más de dos años, fue unánime el coro de elogios tributado a varias delicadas composiciones, que, con la firma *Edda la bogotana*, reprodujo la Prensa de nuestras repúblicas. Al fin, se desvaneció el misterio, y llegó a ser de público dominio que esa firma fue un seudónimo que ocultaba el nombre de uno de los más esclarecidos poetas contemporáneos de nuestro Continente, el cual encontró complacencia en avivar la curiosidad de los lectores, manteniendo en pie, mientras le fue posible contar con la discreción del impresor, la que él estimaba como inocente travesura.

Y, para hablar sólo del Perú, recordemos que ha casi un cuarto de siglo nos traía intrigados la firma *Leonor Manrique*, que con frecuencia se leía

en uno de nuestros diarios, al pie de versos muy galanos, así como las de *Lucila Monroy* y *Adriana Buendía,* suscribiendo poesías, si bien menos correctas que las de aquélla, no por eso menos agradables. Pues bien· todo ello, con el correr de los meses, se supo que fue puro entretenimiento y pura broma de dos poetas de buen humor. No sería de maravillar que un futuro historiógrafo de las letras peruanas, ateniéndose a la Prensa periódica, obsequiase al Perú un cardumen de poetisas que existieron sólo en la fantasía de escritores traviesos, y que hoy se están embobados y sin acordarse de la travesura, como diz que se están San Gilando en el cielo, donde Dios no hace caso de San Gilando, ni San Gilando hace caso de Dios.

Trece años después de la aparición de *Clarinda,* que no volvió a inspirarse ni a dar señales de vida, se nos presenta, en 1620, la *Amarilis,* de Huánuco, con su epístola en silva, dirigida a Lope de Vega. Nueva mixtificación.

Lo artificioso de las imágenes en el platonicismo amoroso, más aún que la estructura de los versos, propia de pluma muy ejercitada en la métrica, nos están revelando a gritos a un hijo, y no de los peores, del dios Apolo. Ese mismo empeño en hacer su autobiografía nos es sospechoso, por lo impropio y rebuscado, pues ninguna mujer románticamente enamorada de un hombre, a quien no conoce más que por comedias, es capaz de imaginar que para obtener correspondencia de afectos le sea preciso contar de buenas a primeras al hombre de su amor que los abuelos de ella fueron los conquistadores del Perú, de los que fundaron la ciudad de los Caballeros del León de Huánuco; que, niña aún, quedó huérfana y confiada a la tutela de una tía; que tiene una hermana un tanto devota, llamada Belisa, cuyo marido es muy buen muchacho; y, por fin, que ella vive contenta en su celibato, consagrada sólo al amor espiritual que la inspira Belardo, nombre con que bautiza a Lope de Vega. ¿A qué venía esa confesión, no de culpas, sino de boberías? Quién sabe si el malicioso vate madrileño, después de leer las noticias autobiográficas, no exclamaría:

—Y a mí, señora, ¿qué me cuenta usted?

No siempre tiene uno interés en imponerse de vidas ajenas. Quede eso para los ociosos, y Lope no lo era.

El inventor de *Amarilis* contrasta con el inventor de *Clarinda* Esta, en sus tercetos, apenas si por incidencia habla de su femenil persona, y aun en eso anda un tanto gazmoña. La de la epístola a Lope, más que una dama culta y de buen tono, es una comadre cotorrera.

Cierto que en la silva de *Amarilis* abundan trozos de verdadero estro poético y que no hay pretensión de lucir sabiduría, como en los versos de *Clarinda* ésta aspira a ser un hombre, y aquélla se conforma con pertenecer al sexo bello y débil. Sin embargo, para que haya de todo en la viña del Señor, uvas, pámpanos y agraz, véase este fragmento con vistas a la erudición:

Dente el cielo favores;
las dos Arabias, bálsamos y olores;
Cambaya, sus diamantes; Tíbar, oro;
marfil, Sofalia; Persia, su tesoro;
perlas, los orientales;
el Rojo Mar, purísimos corales;
balajes, los Ceylanes;
áloes preciosos, Sárnaos y Campanes;
rubíes, Pegugamba, y Nubia, algalia;
amatistas, Karsinga,
y prósperos sucesos, Acidalia.

Este lujo de erudición palabrera o catálogo de productos locales me trae a la memoria unos versos que dicen:

En cierta obra de Química leía
el índice mi hijo:
«Nitrato de potasio de magnesio,
nitrato de rubidio,
nitrato de barita y de circonio,
nitrato de aluminio...»
—Pues si de nada trata, papá, dime:
¿de qué trata este libro?

Tengo para mí que el viejo Lope de Vega no tragó el anzuelo, porque contestó a *Amarilis*, llevándola el amén y dejándose querer, en tercetos muy desmayados para ser suyos. Además, Lope, que a pesar de la sotana que vestía fue siempre muy galante, y muy cumplido, y muy obsequioso para con las damas, se negó a complacer a la incógnita huanuqueña, que le había pedido escribiese un poema sobre la vida y milagros de Santa Dorotea, lo que era un juguete para el ingenio y facilidad del gran poeta.

No se diría sino que en el siglo XVII, en que la educación de la mujer estuvo descuidadísima, porque tal era la condición sociológica de nuestros pueblos todos, tuvimos en América epidemia de poetisas anónimas. Húbolas entre nosotros en Bogotá, y en Quito, y..., en fin, las poetisas anónimas brotaban espontáneamente, como los hongos. Y lo curioso, y que hasta reglamentario parece, es que toda poetisa anónima, después de dar a luz .. una composición magistral, rompía la pluma y se daba por difunta, como diciendo a la posteridad: para muestra de mi quincallería intelectual y poética, te dejo un solo botón.

SOBRE EL "QUIJOTE" EN AMERICA

A don Miguel de Unamuno

I

Minucias bibliográficas

En 1877 la Biblioteca de Lima estaba cerrada para el público por hallarse en construcción la estantería de cedro del espacioso salón *Europa.* No obstante, el bibliotecario, coronel don Manuel Odriozola, sucesor del ilustre Vigil, daba facilidades para consultar libros a sus amigos aficionados a estudios históricos, y después de las tres de la tarde nos congregábamos, en amena e ilustrada charla, alrededor de su poltrona.

Una tarde, llevado por el general Mendiburu, que era de cuando en cuando uno de los concurrentes a la tertulia, nos fue presentado un caballero inglés, mister Saint John, ministro de la Gran Bretaña en el Perú. Traía a este señor la curiosidad de conocer dos libros ingleses de que Mendiburu le hablara, rarezas bibliográficas que, como oro en paño, guardaba el bibliotecario, bajo llave, en un cajón de su escritorio.

Era el uno el famosísimo libro que escribiera Enrique VIII, haciendo gala de ultramontanismo, y por el cual lo declaró el Papa defensor de la fe, autorizándolo para que, en las armas de su reino, se pusiera este lema: *Fidei defensa* Era un tomito de poco más de doscientas páginas, en octavo menor, y que Odriozola encerraba en una cajita de latón. Cuando Enrique VIII cambió de casaca, rompiendo lanzas con el papado, mandó recoger y quemar los ejemplares del libro, imponiendo durísimas penas a sus súbditos remisos en obedecer el regio mandato. No recuerdo en qué enciclopedia moderna he leído que no excedieron de cuarenta los ejemplares que se libraron de la hoguera, y eso porque el monarca los había obsequiado a embajadores y a cardenales de su devoción.

Cuando la destrucción de la Biblioteca de Lima por los chilenos, en 1881, desapareció el ejemplar que poseía el Perú, y que perteneció a la

librería de los jesuitas, la cual sirvió de base a la Nacional, fundada por el general San Martín en 1821. El ejemplar no llegó a la Biblioteca de Santiago, ni hay noticia de que lo hubiera adqurido bibliófilo alguno de Europa o América, pues bien se sabe que los hombres dominados por la manía de acaparar libros, jamás guardan secreto sobre los ejemplares raros que adquieren, y gozan con echar la nueva a los cuatro vientos. Como muchas de las obras fueron vendidas a vil precio por la soldadesca en los bodegones, utilizándose el papel para envoltorios de sal molida o de pimienta, no es aventurado recelar que tan indigna suerte haya cabido al curiosísimo librito.

En muy lujosa edición, profusamente ilustrado con láminas sobre acero, hecha en Londres en 1707, admiró mister Saint John un volumen, en folio menor, titulado *Perspectiva pictorum et architectorum*, por Andrés Putei, de la Compañía de Jesús. Nuestro ejemplar, felizmente devuelto en 1884 por un caballero italiano que lo adquirió por dos pesos o soles, de un soldado, tiene una preciosa miniatura de la reina Ana, y fue regalado por ella al embajador de España en Londres. Más tarde lo poseyó un virrey, quien lo obsequió a la librería de los jesuitas.

Después de discurrir largo y menudo sobre bibliografía inglesa, ramo en que el ministro británico me pareció algo entendido, recayó la conversación sobre cuál era el libro de más pequeño formato conocido hasta el día. Enrique Torres Saldamando y el clérigo La Rosa hablaron de un libro francés que no recuerdo; pero don José Dávila Condemarín nos dijo que él había tenido en sus manos, en Roma, un ejemplar de *La Divina Comedia*, impreso en Italia, cuyas páginas no excedían de pulgada y media.

III

El primer ejemplar del «Quijote»

Era el doctor don José Dávila Condemarín un cervantófilo fervoroso.

Había sido en dos ocasiones ministro de Estado, diputado a Congreso y representante del Perú en Italia; pero su empleo en propiedad era el de director general de Correos. En su bufete, y como para entretener los ratos de ocio oficinesco, se veían, empastados en terciopelo rojo, dos volúmenes conteniendo los cuatro tomos del *Quijote*, edición de Ibarra. Era en Lima, y acaso en todo el Perú, la persona que más había leído sobre Cervantes y su inmortal novela.

He olvidado a propósito de qué vino a cuento el *Quijote*, y nos dijo Saint John que apenas se encontraría inglés educado que no hubiese leído y releído los hechos y aventuras del hidalgo manchego y las obras de Walter Scott «La prueba la tienen ustedes —nos agregó— en que es Inglaterra, después de España, ciertamente, el país en que más ediciones se han hecho del *Quijote;* pasan de doscientas».

Ocurrióle entonces preguntar si sabíamos cuántas ediciones se habían hecho en el Perú y en las demás repúblicas, y en qué año se había conocido el libro en Lima. A ninguno de los tertulios competía dar respuesta estando presente Dávila Condemarín, indiscutible autoridad en el asunto. Lo que él no supiera, de seguro que para todos nosotros era ignorado

Don José dijo que sólo tenía noticia de una edición, con láminas, hecha en México en el decenio de 1840 a 1850, y que estaba en lo cierto afirmando que en república alguna se hubiera pensado en la reimpresión.

En cuanto a la época en que se recibió en Lima el primer ejemplar de la novela, que, a principios de mayo de 1605 apareció en Madrid, nos hizo este muy curioso relato.

Llevaba poco menos de catorce meses en el desempeño del cargo de virrey del Perú don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, conde de Monterrey, cuando a fines de diciembre de 1605, llegó al Callao el galeón de Acapulco, y por él recibió su excelencia un libro que un su amigo le remitía de México con carta en que le recomendaba, como lectura muy entretenida, esa novela que acababa de publicarse en Madrid y que estaba siendo en la coronada villa tema fecundo de conversación en los salones más cultos y dando pábulo a la murmuración callejera en las gradas de San Felipe el Real. Desgraciadamente, el virrey se encontraba enfermo en cama, y con dolencia de tal gravedad que lo arrastró al hoyo dos meses más tarde.

A visitar al doliente compatriota y amigo estuvo fray Diego de Ojeda, religioso de muchas campanillas en la recoleta dominica y al que la posteridad admira como autor del poema *La Cristiada*. Encontrando al enfermo un tanto aliviado, conversaron sobre las noticias y cosas de México, de cuyo virreinato había sido el conde de Monterrey trasladado al del Perú. Su excelencia habló del libro recibido y de la recomendación del amigo para que se deleitase con su lectura.

El padre Ojeda ojeó y hojeó el libro, y algo debió picarle la curiosidad cuando se decidió a pedirlo prestado por pocos días, a lo que el virrey, que en puridad de verdad no estaba para leer novelas, accedió de buen grado, no prestándole, sino obsequiándole el libro.

En el mes de marzo, y a pocos días del fallecimiento de su excelencia, llegó el cajón de España —como si dijéramos hoy la valija de Europa—, trayendo seis ejemplares del *Quijote:* uno para el virrey ya difunto; otro para el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, que también había pasado a mejor vida en el pueblo de Saña, siete u ocho días después que su excelencia, y los cuatro ejemplares restantes para aristocráticos personajes de Lima.

El padre Ojeda colocó en la librería de su convento el primer ejemplar del *Quijote*. Esa librería, en los primeros años de la Independencia, pasó al convento de Santo Domingo, y en el inventario o catálogo que el señor Condemarín leyera figuraba el libro. Aseguraba nuestro contertulio que él lo tuvo varias veces en sus manos; pero que después de la batalla de la Palma (1855) había desaparecido junto con otras obras y manuscritos, en-

tre los que se hallaba una especie de diario o crónica conventual de la recoleta dominica, en la cual, de letra del padre Ojeda, estaba consignado lo que él nos comunicaba sobre el primer ejemplar del *Quijote* llegado a Lima

En 1862 ocupábame yo en acopiar materiales para escribir mi libro *Anales de la Inquisición de Lima,* y con tal motivo fui un día al convento a visitar a mis amigos los padres Cueto y Calzado para que me permitiesen hojear los pocos procesos inquisitoriales y dos crónicas conventuales inéditas que yo tenía noticia se conservaban en el archivo del convento Ambos sacerdotes me informaron de que realmente existió todo lo que yo buscaba; pero que hacía pocos años el padre Seminario, fraile de mucho fuste, había hecho auto de fe en descomunal hoguera con procesos, crónicas y otros documentos.

Hable de esto en la tertulia de aquella tarde, y Dávila Condemarín nos dijo que era positivo el hecho a que yo me refería, y que en la Prefectura de Lima debería encontrarse una información, mandada hacer por el ministro de Gobierno, sobre el atentado que realizó el padre Seminario, hablando del cual nos refirió que fue un sacerdote tan prestigioso, respetable e ilustrado, que mereció ejercer en varias épocas la prelacía del convento; pero que ya, bastante anciano, adoleció de ataques cerebrales que degeneraban en locura furiosa.

Fue en uno de ellos cuando entregó a la hoguera viejos mamotretos. Acaso, en su fanatismo, imaginara realizar acto meritorio privando a la posteridad de noticias que en algo amenguaran el renombre de la comunidad dominica.

No es, pues, desacertado presumir que la crónica en que colaboró el insigne fraile poeta sería devorada por las llamas

III

Otro ejemplar curioso del «Quijote»

Lo que el señor Dávila Condemarín ignoraba, y que yo conocía, era que existió en Lima un ejemplar del primer tomo del *Quijote,* con dedicatoria de Cervantes a un caballero español avecindado en el Perú

Llamóse éste don Juan de Avendaño, quien vino desde España con nombramiento del rey, expedido en 1603, a servir un empleo en las Cajas reales, y que en 1610 pasó con ascenso a Trujillo.

Avendaño había sido en la Universidad de Salamanca amicísimo de Cervantes, amistad que no se enfrió con la distancia, pues, aunque de tarde en tarde, cambiaban cartas. Sabido es que el inmortal manco de Lepanto solicitó del monarca, en 1590, un destino en el Perú, y que en 6 de junio del mismo año proveyó el rey: *«Busque por acá el solicitante en qué se le haga merced»* Así, cuando en 1606 tenía ya el *Quijote* lectores en Lima,

Avendaño daba noticias personales sobre el autor, agregando que no le sorprendería verlo de repente por acá, pues lo animaba para que viniese a América en pos de fortuna más propicia que la que lograba en la madre patria.

Corriendo los años, o mejor dicho, en el transcurso de dos siglos, el ejemplar del autógrafo lo poseyó la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, de la que en otra ocasión me he ocupado, cuya librería no sé si por compra o regalo, pasó al doctor don Agustín García, notable abogado de nuestros Tribunales de justicia, allá por los años de 1850, quien a Nicolás Corpancho, a Arnaldo Márquez y a mí, muchachos que empezábamos a cultivar la literatura, tenía la generosidad de franquearnos su copiosa y selecta librería. La primera lectura que hice del *Quijote,* dígolo hoy con íntimo y senil goce, fue en el ejemplar de Avendaño.

IV

Ediciones del «Quijote» en América

Muy devotos de Cervantes debieron de ser los mexicanos cuando, en el siglo XIX, dieron a la estampa nada menos que seis ediciones de la renombrada novela.

La primera se hizo en 1833, por la imprenta de don Mariano Arévalo: cinco volúmenes en octavo. Entiendo que fue edición pobrísima.

La segunda, que es a la que se refería Dávila Condemarín, salió a la luz en 1842, por la imprenta de don Ignacio Cumplido: dos volúmenes en octavo, con ciento veinticuatro láminas y el retrato del autor. Es una edición preciosa y muy solicitada por los bibliófilos.

En 1853 el impresor Blanquel publicó la tercera edición: dos tomos en cuarto.

La cuarta edición fue de cuatro volúmenes en dozavo, y se hizo en los años de 1868 a 69 por la imprenta de la viuda de Segura.

En 1877, don Ireneo Paz, actualmente director y propietario del diario *La Patria,* dio a luz la quinta edición: cuatro volúmenes en cuarto. La novela apareció primero como folletín de aquel periódico, y fue ésa la base para la edición económica en tomos.

Concluyó el siglo con la aparición, en 1900, de una lujosa edición en folio, con espléndidos grabados.

La única edición del *Quijote* impresa en Sudamérica es la que, conmemorando el tercer centenario, acaba de hacerse en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, con muy erudito y concienzudo prólogo del bibliotecario don Luis Ricardo Fors. Dos volúmenes en cuarto, con reproducciones del busto de Cervantes que se exhibe en uno de los salones de aquella biblioteca, y seis láminas coloreadas. La edición fue de mil quinientos ejemplares, y quedó agotada en menos de dos meses.

En las Antillas, a fines de 1905, en edición económica, se ha reimpreso, en La Habana, el *Quijote* por la tipografía del *Diario de la Marina*

Noticia final

Parece que en España se ignora que en Tokio, y en 1896, se ha hecho una edición del *Quijote* traducido al japonés. Dígolo porque, según la interesante *Iconografía* publicada recientemente en Barcelona, los hechos y aventuras del hidalgo manchego sólo pueden encontrarse relatados en los idiomas siguientes: francés, inglés, alemán, italiano, portugués, catalán, ruso, polaco, holandés, húngaro, sueco, danés, finlandés, turco, griego, croato y servio. Cervantófilos muy competentes opinan que las modernas traducciones inglesas de Ormsby y de Wats son las más concienzudas y literariamente hechas.

Y pongo punto, pues sobre el *Quijote* no tengo más de curioso que apuntar.

DE COMO DESBANQUE A UN RIVAL

Articulo que hemos escrito entre Campoamor y yo, y que dedico a mi amigo Lauro Cabral

I

Como ya voy teniendo, y es notorio,
bastante edad para morir mañana,
según dijo con chispa castellana
Ramón de Campoamor y Campoosorio,

que, en lo desmemoriado,
es un segundo yo pintiparado,
quiero dejar escrita cierta historia
de un amor, como mío,

extravagante y digno de memoria
perpetua en bronce o alabastro frío
¿La he leído en francés o la he soñado?

¿Mía es la narración o lo es de un loco?
¿He traducido el lance o me ha pasado?
Lectora, en puridad: de todo un poco.

Ella era una muchacha más linda que el arco iris, y me quería hasta la pared del frente. Eso sí, por mi parte estaba correspondida y con usura de un ciento por ciento. ¡Vaya si fue la niña de mis ojos!

Ha pasado un cuarto de siglo, y el recuerdo de ella despierta todavía un eco en mi apergaminado organismo.

Veinte años, que en la mujer son la edad en que la sangre de las venas arde y bulle como lava de volcán en ignición; morenita sonrosada, como la Magdalena; cutis de raso liso; ojos negros y misteriosos, como la tentación y el caos, una boquita más roja y agridulce que la guinda, y un todo más

subversivo que la libertad de imprenta: tal era mi amor, mi embeleso, mi delicia, la musa de mis tiempos de poeta. Me parece que he escrito lo suficiente para probar que la quise.

Para colmo de dichas, tenía editor responsable, y ése... a mil leguas de distancia.

La chica se llamaba..., se llamaba... ¡Vaya una memoria flaca la mía! Después de haberla querido tanto, salgo ahora con que ni del santo de su nombre me acuerdo, y lo peor es, como diría Campoamor,

que no encuentro manera,
por más que la conciencia me remuerde,
de recordar su nombre, que era..., que era...
Ya lo diré después, cuando me acuerde.

II

Ella había sido educada en un convento de monjas —pienso que en el Santa Clara—, con lo que está dicho que tenía sus ribetes de supersticiosa, que creía en visiones y que se encomendaba a las benditas ánimas del Purgatorio.

Para ella, moral y físicamente, era yo, como amante, el tipo soñado por su fantasía soñadora. «Eres el feo más simpático que ha parido madre», solía repetirme, y yo, francamente, como que llegué a persuadirme de que no me lisonjeaba.

¡Pobrecita! ¡Si me amaría, cuando encontraba mis versos superiores a los de Zorrilla y Espronceda, que eran por entonces los poetas a la moda! Por supuesto que no entraban en su reino las poesías de los otros mozalbetes de mi tierra, hilvanadores de palabras bonitas con las que traíamos a las musas al retortero, haciendo mangas y capirotes de la estética.

Aunque no sea más que por gratitud literaria, he de consignar aquí el nombre del amor mío.

Esperad que me acuerde... Se llamaba...
Diera un millón por recordar ahora
su nombre, que acababa..., que acababa...
no sé bien si era en ira *o era en* ora.

III

Sin embargo, mis versos y yo teníamos un rival en *Michito,* que era un gato color de azabache, muy pizpireto y remono. Después de perfumado con esencias, adornábalo su preciosa dueña con un collarcito de terciopelo con

tres cascabeles de oro, y teníalo siempre sobre sus rodillas. El gatito era un dije, de verdad sea dicha.

Lo confieso, llegó a inspirarme celos, fue mi pesadilla. Su ama lo acariciaba y lo mimaba demasiado, y maldita la gracia que me hacía eso de un beso al gato y otro a mí.

El demonche del animalito parece que conoció la tirria que me inspiraba; y más de una vez en que, fastidiándome su roncador *ro ro ro,* quise apartarlo de las rodillas de ella, me plantó un arañazo de padre y muy señor mío.

Un día le arrimé un soberbio puntapié. ¡Nunca tal hiciera! Aquel día se nubló el cielo de mis amores, y en vez de caricias hubo tormenta deshecha. Llanto, amago de pataleta, y en vez de llamarme ¡bruto! me llamó ¡masón!, palabra que, en su boquita de repicapunto, era el *summum* de la cólera y del insulto.

¡Alma mía! Para desenojarla tuve que obsequiar, no rejalgar, sino bizcochuelos a *Michito,* pasarle la mano por el sedoso lomo, y. . ., ¡Apolo me perdone el pecado gordo!, escribirle un soneto con estrambote.

Decididamente, *Michito* era un rival difícil de ser expulsado del corazón de mi amada. . ., de mi amada ¿qué?

Me quisiera morir, ¡oh rabia!, ¡oh mengua!
No hay tormento más grande para un hombre
que el no poder articular un nombre
que se tiene en la punta de la lengua.

IV

Pero hay un dios protector de los amores, y van ustedes a ver cómo ese dios me ayudó con pautas torcidas a hacer un renglón derecho, digo, a eliminar a mi rival.

Una noche leía ella, en *El Comercio,* en la sección de *avisos del día.*

—Dime —exclamó de pronto, marcándome un renglón con el punterillo de nácar y rosa, vulgo dedo—, ¿qué significa este aviso?

—Veamos, sultana mía.

Cabalgué mis quevedos y leí:

Adelaida Orillasqui
Adivina y profesora

—No sabré decirte, palomita de ojos negros, lo que adivina ni lo que profesa la tal madama; pero tengo para mí que ha de ser una de tantas embaucadoras que, a vista y paciencia de la autoridad, sacan el vientre de mal año a expensas de la ignorancia y tontería humanas. Esta ha de ser una Celestina forrada en comadrona y bruja.

¡Una bruja! ¡Ay, hijo!... Yo quiero conocer una bruja.. Llévame donde la bruja...

Un pensamiento mefistofélico cruzó rápidamente por mi cerebro. ¿No podría una bruja ayudarme a destronar al gato?

—No tengo inconveniente, ángel mío, para llevarte el domingo, no precisamente donde esa Adelaida, que ha de ser bruja *carera,* y mis finanzas andan como las de la patria, sino donde otra prójima del oficio que, por cuatro o cinco duros, te leerá el porvenir en las rayas de las manos, y el pasado en el libro de las cuarenta.

Ella, la muy loquilla, brincando con infantil alborozo, echó a mi cuello los torneados brazos, y rozando mi frente con sus labios coralinos, me dijo:

—¡Qué bueno eres... con tu...! —y pronunció su nombre, que ¡cosa del diablo!, hace una hora estoy bregando por recordarlo.

¿Echarán nuestros nombres en olvido
lo mismo que los hombres las mujeres?
Si olvidan como yo los demás seres,
este mundo, lectora, está perdido.

V

Y amaneció Dios el domingo, como dicen las viejas.

Y antes de la hora del almuerzo, mi amada prenda y yo enderezamos camino a casa de la bruja.

No estoy de humor para gastar tinta describiendo minuciosamente el domicilio. La *mise en scène* fórjesela el lector.

La María Pipí o barragana del enemigo malo nos jugó la baratija, nos hizo la brujería de las tijeras, la sortija y el cedazo, el ensalmo de la piedra imán y la cebolla albarrana y, en fin, todas las habilidades que ejecuta cualquiera bruja de tres al cuarto.

Luego nos pusimos a examinar el laboratorio o salita de aparato.

Había sapos y culebras en espíritu de vino, pájaros y sabandijas disecados, frascos con agua de colores, ampolleta y esqueleto; en fin, todos los cachivaches de la profesión.

La lechuza, el gato y el perro *empajados* no podían faltar: son de reglamento, como el murciélago sobre un espejo y la lagartija dentro de una olla.

Ella, fijándose en el michimorrongo, me dijo.

—Mira, mira, ¡qué parecido a *Michito!*

Aquí la esperaba la bruja para dar el concertado golpe de gracia.

El corazón me palpitaba con violencia y parecía quererse escapar del pecho De la habilidad con que la bruja alcanzara a dominar la imaginación de la joven dependía la victoria o la derrota de mi rival.

—¡¡Cómo, señorita!!! —exclamó la bruja, asumiendo una admirable actitud de sibila o pitonisa, y dando a su voz una inflexión severa—. ¿Usted tiene un gato? Si ama usted a este caballero, despréndase de ese animal maldito. ¡Ay!, por un gato me vino la desgracia de toda mi vida. Oiga usted mi historia: Yo era joven, y este gato que ve usted empajado era mi compañero y mi idolatría. Casi todo el santo día lo pasaba sobre mis faldas, y la noche sobre mi almohada. Por entonces llegué a apasionarme como loca de un cadete de Artillería, arrogante muchacho, que sin descanso me persiguió seis meses para que lo admitiera de visita en mi cuarto. Yo me negaba tenazmente; pero al cabo, que eso nos pasa a todas cuando el galán es militar y porfiado, consentí. Al principio estuvo muy moderado y diciéndome palabras que me hacían en el alma más efecto que el redoble de un tambor. Poquito a poquito se fue entusiasmando y me dio un beso lanzando a la vez un grito horrible, grito que nunca olvidaré. Mi gato le había saltado encima, clavándole las uñas en el rostro. Desprendí al animal y lo arrojé por el balcón. Cuando comencé a lavar la cara a mi pobre amigo, vi que tenía un ojo reventado. Lo condujeron al hospital, y como quedó lisiado, lo separaron de la milicia. Cada vez que nos encontrábamos en la calle, me hartaba de injurias y maldiciones. El gato murió del golpe, y yo lo hice disecar. ¡El pobrecito me tenía afecto! Si dejó tuerto a mi novio, fue porque estaba celoso de mi cariño por un hombre... ¿No cree usted, señorita, que éste me quería de veras?

Y la condenada vieja acariciaba con la mano al inanimado animal, cuyo esqueleto temblaba sobre su armazón de alambres.

Me acerqué a mi querida y la vi pálida como un cadáver. Se apoyó en mi brazo temblorosa, sobreexcitada; miróme con infinita ternura, y murmuró dulcemente: «Vámonos».

Saqué media onza de oro y la puse, sonriendo de felicidad, en manos de la bruja.

¡Ella me amaba! En su mirada acababa de leerlo. Ella sacrificaría a mi amor lo único que le quedaba aún por sacrificar: el gato; ella, cuyo nombre se ha borrado de la memoria de este mortal pérfido y desagradecido.

¡Ah! ¡malvado! ¡malvado!
Pero yo ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
No seré el primer hombre
que se olvidó de una mujer querida
¡Ah! ¡Yo bien sé que el olvidar su nombre
es la eterna vergüenza de mi vida!
¡Dejad que a gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque a puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora; éste es mi cuello!

VI

Aquella noche, cuando fui a casa de mi adorado tormento, me sorprendí de no encontrar al gato sobre sus rodillas.

—¿Qué es de *Michito*? —la pregunté

Y ella, con una encantadora, indescriptible, celestial sonrisa, me contestó:

—Lo he regalado.

La di un beso entusiasta, ella me abrazó con pasión y murmuró a mi oído:

—He tenido miedo por tus ojos.

GLORIAS DEL CIGARRO

Charla con Leonidas Ballen

I

CONTRA lo que habitualmente me pasa, siéntome esta noche con un humor tan barrabasado como andan los tiempos, y entre cigarro y cigarro me propongo desterrar la murria, echando una mano de palique con el Leónidas de las Termópilas limeñas. Y llámolo así, amigo mío, porque tiene usted establecidos sus reales en una garganta, desfiladero o paso estrecho, en esta tres veces coronada ciudad de los reyes, pues que, para ir a la Plaza de Armas, hay que darse de pies a ojos con las lucientes vidrieras y elegantes mamparones de su cigarrería, y ¿quién demonios resiste a la tentación de proveerse de un *regalía fino?*

Para nosotros los fumadores es usted, amigo Ballén, más tremendo enemigo que aquel morazo como un trinquete y gran goloso de manzanas en agraz, de quien cuentan las historias que exigía de España, por vía de *étrennes,* al comienzo de cada año, el tributo de cien doncellas como cien perlas panameñas. Pasar por la tienda de usted y no pagar tributo es punto menos que imposible. Su establecimiento es como quien dice las horcas caudinas mejoradas en tercio y quinto. ¡Y con dos puertas! Casa de jabonero: el que no cae en la de Mercaderes resbala en la de Plateros [1].

II

Empecemos por un chismecillo.

Atrapóme el otro día un capitancito de nacionales, muchacho sin oficio ni prebendas, que calza guantes y que es parroquiano de Broggi, y díjome

—¡Hombre! ¿Qué me dice usted de Ballén? Todo un doctor metido a cigarrero. *¡Encanallarse así!*

[1] *la de Mercaderes... la de Plateros:* nombres de antiguas calles limeñas.

—¿Y qué hay con eso? Trabajar es mejor que vivir del petardo, y en cuanto a lo de encanallarse, pienso que si no existe tradición profana ni sagrada que nos refiera que el diablo fue alguna vez zapatero, sastre o concejal, hayla, y muy auténtica, de que fue cigarrero en Huacho [2]; lo que prueba, con lógica agustina, que el oficio es aristocrático, cuando el rey de los infiernos nada menos no tuvo pepita para ejercerlo.

—¡Ah!, ésa no estaba en mi libro —murmuró el mocito.

Y tomó el tole.

Hágame usted república práctica con nenes de la laya.

Razón tuvo el que dijo que hay hombres que no rebuznan porque ignoran hasta la tonada del rebuzno, y temen desafinar.

III

Desde que, con el descubrimiento de América, empezó a generalizarse en el mundo el uso y abuso del tabaco, ha venido a ser el cigarro una positiva necesidad de nuestra naturaleza, y tan imperiosa, que, como la bucólica, no admite vuelve luego. Con el trotecito que lleva la afición, témome que pronto, en la plegaria matinal, no se pida a Dios el pan nuestro de cada día, sino el cigarro de cada día, sea en la forma de *un veguero,* de *un cabaña,* de *un culebrín* o de *un limeño,* que aunque quien pide a Dios puede pedir gollerías, de cristianos es conformarse con lo que Él buenamente da.

Desgracia y gorda fue para la humanidad que tan tarde se hubiese descubierto la hoja que hoy hace las delicias de los que gastamos pelos en la cara, y aun, ¡ésta es la tremenda!, de muchos de los seres que estilan vestirse por la cabeza. ¿No le parece a usted, señor Ballén, que si el pobrete padre Adán hubiera tenido a mano una caja de *coquetas* o de *aprensados,* maldito si da pizca de importancia a las zalamerías de la remolona serpiente? Entre un cigarro y la golosina aquélla, que a ciencia cierta nadie sabe si fue manzana o pera, de fijo que para su merced la elección no era dudosa. Así nos habríamos librado los humanos de mil perrerías y no vendríamos a la vida, sin comerlo ni beberlo, con esa manchita de aceite llamada pecado original.

IV

Que la nicotina del cigarro es un veneno dicen los galenos que, de paso sea dicho, son casi siempre grandes fumadores. Usted, que es de la profesión, sabrá si sus cofrades en Hipócrates poseen el antídoto, que lo que es este humilde sacristán no ha de ir a importunar con la curiosidad al médico de casa. Para mí la susodicha opinión es grilla; pues a ser sincera, buen

[2] *cigarrero de Huacho:* V. *El cigarrero de Huacho* (*TPC,* 692).

cuidado tendrían los médicos de no imitar a los trailes, que en la práctica hacen lo contrario de lo que predican, y más cuando está de por medio la pelleja. Lo que yo sé es que el tal veneno torna mejores a los hombres, y si no vea usted la prueba en el par de ejemplitos que voy a desembuchar, así porque a pelo vienen, como por libertarme de una indigestión de paradojas.

Por regla general, los tiranos no fuman. Si Rosas, el Nerón argentino, hubiera *pitado* siquiera *corbatones*, menos tarea habría tenido la sanguinaria *mazorca*. Y si García Moreno, el Calígula del Guayas, en vez de los caramelos de chocolate a que era aficionado, hubiera encendido de vez en cuando, no digo yo un *habano*, sino un *cartagena* o un *virginio*, como hay Dios que la Historia se habría ahorrado la ignominia de consignar en sus páginas las bárbaras matanzas de Jambelí. ¡Sobre que estoy tentado de creer que el que fuma es incapaz de sacramentos!

V

¿Y qué dice usted sobre la influencia del cigarro en la paz doméstica? ¿Tiene un marido alguna desazón con el boa constrictor llamado suegra?

La suegra es el eximio divisor,
y la pobreza el aislador mejor.

Pues en vez de coger una estaca y derrengar a la vieja, y que se arme una sarracina y acuda la guardia urbana y la policía preventiva y las demás instituciones de moda, coge un *flor de Lima* o un *chalaco*, restrega un fósforo y se echa a contemplar las espirales del humo.

Desengáñese usted. Nada hay como el tabaco para volver bobas hasta a las culebras de cascabel. Decididamente hay que saber echar agua al vino.

Y como pretexto, ¿cuál otro más socorrido que el de fumar un cigarro? Va usted al teatro con madama, y de pronto, al echar un vistazo por las butacas de la platea, descubre unos ojos más incendiarios que el petróleo. ¡Demonche! ¿Y cómo dejar sola a la conjunta? Por fin llega el entreacto.

—Hija, voy a fumar un cigarrillo en el corredor.

—Que no tardes.

¡Quia! En cuanto dé cuatro *pitadas* me tienes de regreso.

Por eso hay viuditas muy confortables que, conocedoras de este manejo, sólo aceptan, en segundas nupcias, marido que jure formalmente renunciar a la petaca . . . en el teatro. Bien dice el Corán cuando dice que la mujer es el camello que Dios concedió al hombre para atravesar el desierto de la vida

VI

Que el cigarro es un curalotodo, una eficaz panacea para los males que afligen al hombre, una especie de quitapesares infalible, es cuestión que no puede ya ponerse en tela de juicio. Por eso tengo en más estima una cigarrería que una botica Y si no vea usted lo que leí en un centón, escrito por un fumador de cuyo nombre no quiero acordarme.

Va de cuento.

Hablaba un predicador en el sagrado púlpito sobre las miserias y desventuras que a la postre dieron al traste con la paciencia del santo Job Los feligreses *lloraban a moco tendido,* salvo uno, que oía con la mayor impasibilidad la enumeración de desdichas, y que, interrumpiendo al sacerdote, le dijo:

—Padre cura, no siga usted adelante, que estoy en el secreto. Si ese señor Job gastaba tan buenas pulgas, fue porque tenía en la alacena muy ricos puros, de esos que llevan por nombre *Club Nacional* y que se encuentran en casa de Ballén. Así cualquiera se aguanta y lluevan penas, que no en balde dice el refrán: *A mal dar, pitar*

—¡Hombre de Dios! —contestó el cura—. Si entonces ni había *clubs,* ni don Leónidas pasaba de la categoría de proyecto en la mente del Eterno, ni se conocía el tabaco...

—¿No se conocía? ¡Ah! Pues ya eso es otro cantar. Compadre, présteme su pañuelo.

Y nuestro hombre se echó a gimotear como un bendito.

VII

Comerciantes conozco, y ustedes también, que no darían un grano de arroz al gallo de la Pasión. Pero va un prójimo a proponerles una transacción, y si barruntan provecho de ella, en el acto lo agasajan con un *chorrillano.* Se abre la discusión, y el agasajado cierra los ojos y pasa por todo. Sería preciso tener entrañas de sarraceno y no saber estimar en lo que vale un cigarro, para andarse en regateos con quien lo ha conquistado a uno por medio de un soberbio *chorrillano*

VIII

Dicen que el café es la ninfa Egeria de los hombres de talento, y en prueba de ello nos citan a Voltaire. Pues tengo para mí que la tal ninfa debía ser muy enclenque, cuando el poeta de *La Henríada* necesitaba sorber sendas narigadas del *cucarachero,* especie de abono huanífero [3] para el ce-

[3] *huanífero:* de guano.

rebro Tabaco en polvo o tabaco en humo, allá va todo. Lo positivo es que en los tiempos que vivimos todo hombre de letras fuma, y no como quiera, sino hasta en pipa, y que las más bellas creaciones del humano ingenio salen envueltas entre las azuladas nubes de un *habano*, por entre los puntos de la pluma, pues escribir con lápiz es como hablar en voz baja.

Si mi amigo don Pedro Ruiz [4] consigue, que sí conseguirá, volar como las gaviotas y asombrar al mundo con lo portentoso de su invento, sostengo que el cigarro habrá entrado por mucho en la maravilla.

IX

En materia política creo, como artículo de fe, que en el cigarro se encarna la verdadera república. ¿Hay algo de más democrático e igualitario que esto de que se nos apropincue en plena calle un ñiquiñaque o papamoscas cualquiera, y en tono meloso nos endilgue un «permítame usted su fuego»? Vamos, si esto no es democracia purita, consiento en que me emplumen como a las brujas.

La elocuencia y aplomo parlamentarios tienen en el cigarro el más poderoso auxiliar. Por si usted no lo sabe, diréle que allá en tiempos no lejanos fui concejal, y saqué en limpio que los mejores oradores eran los que fumaban más ricos habanos.

De fijo, Leónidas, que en este Congreso que ya empieza a asomar las narices, va usted a hacer su agosto y sacar el viento de mal año. ¿Qué senador o diputado no buscará elocuencia y aplomo en una caja de *unionistas?* Eso es de cajón, o de reglamento, hasta entre los que aspiran a sentar plaza de cultos y distinguidos paquidermos.

X

¿Qué apostamos a que usted, amigo Leónidas, que es mozo *leído y escribido,* y que aún conserva el *chic* del estudiante del cuartel Latino, qué apostamos, repito, a que usted, espiritual *causeur* y hábil *cancanier* de la *Chaumière* y de la *Closerie de Lilas,* con toda su letra menudita y sus bigotes a lo rey de Italia, no acierta a decirnos cuál fue la causa por la que Napoleón III capituló como un pelele en Sedán? Por mí, y no diga usted a nadie que es *codeo,* ¿va apostada una cajita de... *sabrosos?* ¡Vaya en gracia! *(Nota bene:* Yo fumo colorado maduro).

Pues, señor, existe en La Habana, plaza de Santa Clara, número 85, un soberbio edificio, conocido por la Real e Imperial Fábrica de la Honradez, cuya fama deseo que alcance usted a eclipsar. Don Luis Susini e hijo, propietarios de la casa, fundada, si no miente mi memoria, en 1862, recibie-

[4] *Pedro Ruiz:* V. la nota de Palma en *Santiago el volador.*

ron en cintajo de la Legión de Honor, y fueron declarados proveedores de Su Majestad Imperial, quien, como usted sabe, era un fumador de encargo y copete. Cada mes le enviaba Susini *imperiales* de tabaco de la Vuelta de Abajo, y dos cajas surtidas de *sport, jockeis, trompetillas, arrobadores, deleites, papiros* o *cigarrillos rusos,* y qué sé yo qué otros nombres, amén de un centenar de cajetillas de *joloches (panquitas,* como decimos en Lima) para el uso de mademoiselle Celina Montaland. Picaronazo, no sonría usted, ni quiera armarse gresca defendiendo la honradez de las gallinas.

¿Quién le dice a usted, mi amigo, que el chambelán de servicio, embarullado una mañana con el julepe que le dan los hulanos y las marchas y contramarchas se dejó algunas leguas atrás el carro donde venían los consabidos para el consumo diario del soberano? ¿Qué creerá usted que hizo el muy bellaco y traidorazo para libertarse de la justísima peluca que merecía? ¡Ahí es nada! Comprar una docena de cigarros hamburgueses, imitación de habanos. A Napoleón se le cansaban las quijadas de chupar y chupar para conservar el fuego de los *apagosos* mastodontes, y se apoderaron de su ánimo mil legiones de diablos azules, y mandó destituir a Susini, y dijo que la tal honradez de la Honradez era engañabobos y pamplinada.

En cuanto a Guillermo de Prusia, acostumbrado desde chiquitín al vomipurga de la cerveza alemana y a intoxicarse con el tósigo de los cigarros hamburgueses, conservó toda la sangre fría, y sablazo por aquí y cañonazo por allá, cerró la noche, y don Napoleón pidió alafia.

Báileme usted este trompo en la uña y dígame si es *pajita.*

XI

¿Es a las mujeres lícito fumar? Mientras la mujer sea mujer, esto es, mientras no se jubile para entrar en la categoría de las viejas, que son seres del género neutro, no se la puede permitir ese vicio o virtud hombruna. No niego yo que por coquetería, por verla hacer un gracioso mohín, por capricho, de vez en cuando, como las fiebres intermitentes, pueda morder una *panquita,* pero de una *panquita* no ha de pasar el antojo. Esta mi tolerancia la formulé hace años en un soneto que voy a darme el gustazo de copiar.

Burla y escarnio de los hombres sea
eternamente el ángel hechicero
que fuma como fuma un granadero,
y echa más humo que una chimenea.

Quédese vicio tal para la fea
que no tiene noviazgo en candelero
y que, con el cigarro y el faldero,
su doncellez impávida pasea

Esto no es sostener que no me incite
el contemplar, golpeando *una panquita,*
a una muchacha de gentil palmito,

y poderla decir: —Si usted permite
que la pida limosna, señorita,
cuando acabe... regáleme el puchito.

Por Dios, Leónidas, no permita usted a Crinolina que lleve el pasaporte de una linda carita, rozarse con el mostrador de su pulcro establecimiento. Sería imperdonable que, por ganar unos cuartejos, se hiciera usted cómplice del (páseme la palabra) *desmujerizamiento* de la mujer. Aunque le digan a usted que van por cigarros para el papá o el abuelo que están en casa con romadizo y gota..., ¡nada!, ¡no hay que darlas cuartel! Sea usted inflexible, como el Ruy Gómez del *Hernani,* y no se deje engatusar por las marullerías de unos labios de cereza y los guiños de unos ojos negros.

Pero ya es tiempo de poner remate a esta charla, que se haría interminable si dejara correr al papel por entre los puntos de la pluma todo lo que me viene al magín sobre las glorias del cigarro.

Pongo punto final, firmo, enciendo un *patriotita* y entre palomas. Buenas noches.

GAZAPOS OFICIALES

Charla que el autor dedica al señor don Nicolás de Piérola, en remembranza de los ya muy lejanos días en que ambos discurríamos sobre lingüística castellana

Dije, no ha dos semanas, que los oficinistas somos los más recalcitrantes enemigos del bien decir, pues nuestros documentos son siempre una calamidad en cuanto a forma. Cuéntanme de un compañero que se afaroló un tantico leyendo mi afirmación, y que dijo:

—Don Ricardo ha escrito eso *ad bultum tuum,* y porque sí.

Convencer a mi camarada de que no a humo de pajas, sino con sobra de fundamento afirmé lo afirmado, es lo que me pone hoy en el compromiso de emborronar algunas carillas de papel.

Nunca critico el uso de neologismos, porque siempre tuve el Diccionario por cartabón demasiado estrecho. Si para expresar mi pensamiento necesito crear un vocablo, no me ando con chupaderitos ni con escrúpulos: lo estampo, y santas pascuas. Para mí el espíritu, el alma de la lengua, está en su sintaxis y no en su vocabulario, y hasta tengo por acción meritoria y digna de loa la que realizan los que en nuevas voces, siempre que no sean arbitrariamente formadas, contribuyen al enriquecimiento de aquél. Las lenguas son como los pueblos, rebeldes al estacionarismo. Bien venidos sean los verbos *dictaminar, sesionar, exteriorizar, subvencionar, aristocratizar, silenciar, salvaguardar, influenciar, esbozar, enfocar, festinar, tramitar, idealizar, hipnotizar, obstaculizar, pormenorizar, modernizar, sumariar, cablegrafiar, subjetivar, victimar, desprestigiar, depreciar, americanizar, adjuntar, agredir, deshipotecar, descatolizar, nacionalizar, desmonetizar, clausurar, contraprobar, democratizar, diagnosticar, editar, desarticular, desacantonar, solucionar, raptar, politiquea, oificar, independizar, irrigar, hospitalizar, fusionar, escobillar, exculpar, presupuestear,* y tantos otros verbos que la Academia anda retrechera para darles carta de naturalización en el idioma, y que los peruanos conjugamos con plausible desparpajo. Existiendo en el léxico el verbo *incapacitar,* acaso por una distracción ha dejado de ponerse *capacitar,* verbo de uso muy generalizado, sobre todo en la acepción jurídica de *habilitar*

Lo que critico, tal vez sin más competencia que la de critiquizante, es la impropiedad, la inconveniencia y la cursilería en la forma de nuestras comunicaciones burocráticas u oficinescas.

El estilo oficinesco ha de ser llano, sobrio o ajeno a ampulosidades, austero o rebelde al empleo de imágenes, y de él debe desterrarse la fraseología de convención, que no es más que paja picada. Cuando el chocolate está chirle, se bate el molinillo para que resulte taza llena; poco líquido y mucha espuma. Quite usted en algunas notas de a pliego adjetivos rebuscados e impropios y frases de fórmula o de cajón, y quedará el documento reducido a la mitad de renglones, pero morrocotudos y sustanciosos.

El señor de Piérola (y le apeo el tratamiento porque no dedico mis lucubraciones al jefe de la nación, sino al escritor, y nada más democrático que las letras) llevaba en su juventud el purismo hasta no emplear palabra que no hubiera recibido el óleo de la Academia. Era conservador, y a los novadores nos llamaba *cizareños del lenguaje*.

De pocos años acá hay más liberalismo léxito en la pluma del señor de Piérola, lo cual me regocija, porque lo aproxima a mi bandera revolucionaria en materia de neologismos. Ya para él no vamos siendo tan indignos de sacramentos literarios los que murmurábamos de sus primitivas exageraciones de purismo. No es esto decir que armonice yo con aquel patán que, habiendo roto un jarrón de porcelana que tenía tres siglos dijo:

—Más vale romper lo viejo que lo nuevo.

En mi idiosincrasia está el apego o afición a lo antiguo.

Bien podría suceder que el señor de Piérola tuviera veinte minutos desocupados y, más que eso, voluntad para leer estos mis *despapuchos*. Quién sabe si esa lectura, hecha por el hombre de letras, inspirará al presidente de la República algo que redunde en mejoramiento del estilo oficinesco, desterrando de él formulillas antigramaticales, insustanciales o ripiosas.

Pongamos ya el paño al púlpito, que para proemio *suficit*, y conste que no blasono de ser más quisquilloso que pulga académica.

I

Tengo la honra de acusar a V. E. recibo, etc., etc.

Este, más que gazapo, es gazapón perenne en los oficios de nuestra Cancillería, así de ayer como de hoy. *Acusar recibo* y *avisar recibo* son dos locuciones correctísimas y autorizadas por la Academia, a pesar de que la primera forma la mascan, pero no la tragan los puristas o alguaciles de la Gramática. Dicho está con esto que sólo voy a echar bala rasa y metralla en este párrafo contra el disparatado *tengo la honra*. Lo gramatical sería, mejor dicho, es, escribir *tengo a honra*, aunque en puridad de verdad, no atino a explicarme qué *honra* coseche un señor oficial mayor con acusar o

avisar recibo. No se diría sino que la *bonra* anda boba por el Ministerio.

Y para que no se diga que critico porque me viene en antojo, ahí van las autoridades lingüísticas que vigorizan mi crítica, sin desdeñar la de don Primitivo Sanmartí, en la página 349 de su voluminoso *Compendio de Gramática,* que prohibe a los chicos de nuestras escuelas decir *tengo la honra.*

Dice Mora, que fue un hablista muy sesudo y respetable:

«*Honor, pundonor, honra.*— El *honor* consiste en un sentimiento de que el hombre se halla animado en la conducta que se traza, en los principios que le sirven de norma en sus aspiraciones. El *pundonor* es el esmero con que se procura mantener ileso el *honor.* La *honra* depende de la opinión de los hombres. El *honor* es una propiedad nuestra, y el hombre de *honor* no permite que se le quite la *honra.* El pundonor es todavía más delicado que el *honor* mismo; es la manifestación externa del *honor,* y consiste más bien en las acciones que en los sentimientos. Se quita la *honra* a un hombre atribuyéndole una acción villana; se ofende su *honor* proponiéndosela; la indignación con que la rechaza es hija del *pundonor*».

Consultemos otra autoridad, la del gramático Huerta:

«*Honra, honor.*— El *honor* es independiente de la opinión pública. La *honra* es o debe ser el fruto del *honor;* esto es, la estimación con que la opinión recompensa aquella virtud. Así se dice: *Un hombre de* HONOR *es la* HONRA *de la familia. Se* HONRA, *no se da* HONOR. Por eso se dice que un soberano o un hombre ilustre nos *honran* con su visita».

Mi amigo Narciso del Campillo, en su delicada novelita *El lazo,* discurre así:

«El *honor* es cosa nuestra: se tiene o no se tiene; pero la *honra* es obra ajena, obra de que son fautores o colaboradores todos los demás».

En el *Diario de Barcelona,* que es el periódico decano en la Prensa española, pues cuenta ya ciento siete años de vida, leo lo siguiente:

«Una gracia *honorífica* no puede ser honrosa sino cuando es concedida a una acción que *honre* a la persona que la obtiene. Los hechos son *honrosos* y las distinciones *honoríficas.* No es castizo decir: *Hónrome* con ser discípulo de Balmes, porque así propio nadie puede *honrarse.* La *honra* nos la reconocen o dispensan los demás. Hay que decir o escribir: *Tengo a honra* ser discípulo de Balmes».

Los sinónimos de don Roque Barcia son libro que anda en manos de todos. Veamos lo que dice esta autoridad:

«El *honor* se tiene, es nuestro, nos es propio. La *honra* es un *honor* tradicional, histórico, heredado. El *honor* es una virtud; la *honra* es casi una jerarquía».

Roque Barcia agrega que a estas dos palabras les va sucediendo lo que a las armas de aquel caballero del romance, que

con la inclemencia del tiempo
se iban tomando de orín.

En fin, si la rutina se impone al buen sentido ideológico y la locución ha de subsistir, que sea siquiera sin ultraje de la sintaxis. Esta exige decir o escribir *tengo a honra,* y no *tengo la honra.*

II

Tengo el honor de acusar recibo a U. S.

Líbrame el cielo, señor oficinista, de poner en duda que tiene usted *honor:* lo creo como artículo de fe. Pero ¿a qué lo cacarea usted? ¿Por qué no principia lisa y llanamente su nota escribiendo: *Aviso o acuso a U. S. recibo,* etc.? Con *honor* o sin *honor* era para vuesa merced obligatorio dictar o escribir el oficio. ¡Vean ustedes en qué poquita cosa fincamos los oficinistas *el honor!*

Y no me digan que la fórmula es de pura cortesía, porque no es más ni menos cortés el que dice *saludo a usted,* que el que dice *tengo a honra saludar a usted.* El primero es llanamente cortés, y el segundo hinchadamente cortés.

Los franceses y los ingleses gozan la ganga de que el vocablo *honneur* o la voz *honour* signifiquen tanto honor como *honra,* para ellos no hay distingos. No parece sino que el castellano fuera el idioma de la camorra. Siempre vivimos tirándonos chinitas los unos a los otros por el mal empleo de verbos, sustantivos, adjetivos y artículos, y por las distracciones de concordancia.

Siempre que recibo una comunicación oficial encabezada con el obligado *tengo el honor,* me digo riendo: «Ya pareció aquello», o «Ya tocó la flauta Bartolo»

Bartholus tibiam habebat
Cum foramini unum solius,
Et ejus mullier dicebat:
—Tangine tibia, Bartholus

Que traducido en romance suena así:

Bartolo tenía una flauta
con un agujero solo,
y su mujer le decía:
—Toca la flauta, Bartolo.

No es esto decir que nunca toco la flauta cuando redacto un oficio No escribir rutinariamente sería archipretencioso. Yo empleo todas las formulillas que están en uso, por mucho que en mi fuero interno las rechace No tengo el derecho de innovar, y sí la obligación como empleado, de ce

ñrme al formulario en vigencia. Conste, pues, que a sabiendas he cometido y seguiré cometiendo todos los pecados burocráticos que contra el bien decir son tema de este artículo. ¿Quién me mete a redentor, usurpando atribuciones al Gobierno, que es el obligado a meternos en vereda imponiéndonos corrección de forma? Yo me arrepentiré de pecar... cuando se arrepientan los señores oficiales mayores. Que el ejemplo venga a ellos

III

Lo que me es grato comunicar a U. S.

El oficial mayor de un Ministerio le transcribe al jefe de una de sus dependencias cualquiera resolución que contraría, mortifica o parte por la hipotenusa al jefecillo, y termina con la fórmula antedicha.

—¡Para malas entrañas, ese oficial mayor! —murmura el que recibe la comunicación—. ¡Vea usted cómo le es grato el que yo rabie y tenga un sofocón!

Y lo general es que el oficial mayor sea un caballero, incapaz de regocijarse con el fastidio o el daño ajeno, y que sólo por no apartarse de la rutina con el *discante* de que *le era grato* que el prójimo se lo llevara una legión de diablos.

Conocí a un oficial mayor o director, como ahora se estila, que ni siquiera mataba pulgas, pues cuando una de éstas tenía la insolencia de picarle, la cogía entre los pulgares con mucha delicadeza, salía al corredor de la oficina y dejaba en libertad al animalito, diciéndole:

—¡A picar a otro, mal criada!

Pues ese señor tan bendito nunca olvidaba terminar con: *lo que tengo la satisfacción de decir a U. S.*

Si el tuétano del oficio es agradable para el que lo recibe, tampoco viene a cuento la fórmula: *lo que me es grato o lo que me es satisfactorio decirle.* ¿Qué hijo me ha sacado usted de pila para regocijarse con mis bienandanzas? Sea usted sincero, señor oficial mayor, y no por llenar papel diga usted lo que le es indiferente o lo que no siente. Aunque esas mentirillas son pecados veniales que se perdonan con agua bendita, ahórrese usted el pecar venialmente. O pecar gordo, o no pecar.

Si a mi vecino le cae el gran premio de la lotería de Louisiana, a lo sumo digo para mis adentros: «Bien lo necesitaba el pobrecito, y que le aproveche como si fuera leche».

IV

Dígolo a U. S. para su cumplimiento, etcétera.

He aquí otra fórmula que se me estomaga. ¿Y para qué, cristiano, me lo había de decir sino para que cumpla? ¿Acaso me cree usted capaz de hacer gallitos de papel con el oficio?

La tal forma sólo tiene razón de ser cuando el sustantivo *cumplimiento* va acompañado del adjetivo *inmediato;* porque entonces traduzco que se me ordena olvidarme de que soy peruano, esto es, que no deje la cosa para mañana. Sobre el huevo, luego, luego, que a cumplimentar se ha dicho.

V

Tengo a la vista una circular citando a junta a los miembros de cierta corporación, circular que termina con esta frase: *Lo que me complazco en decir a usted.*

Vea usted en qué bagatela había cifrado sus complacencias el buen señor, que para mí es el hombre más dichoso que come pan en Lima. ¡Cien circulares, cien complacencias! Bien dicen que el que no es feliz es porque no quiere serlo.

VI

Dejo así contestado el atento oficio de U. S., etc.

Esta fórmula es ripiosa, porque bien se sabe que todo oficio, principalmente los de inferior a superior, ha de *ser atento.* Una comunicación desatenta, o se devuelve subrayando los conceptos o palabras inconvenientes, o sirve como cabeza de juicio por desacato al superior.

También hay quienes escriben *el estimable* o el *apreciable* oficio de U. S. Eso ya no es ripioso, sino cursi. Pase, en el estilo epistolar, lo de *amable* o *estimable carta* (más propio sería estimada); pero no puede aceptarse en el lenguaje de oficina. Muchos creen que sólo adjetivando se redondea un período, y adjetivando a roso y velloso. Encuentro, sí, correcto que a un informe oficial se le califique de minucioso, detallado, circunstanciado y hasta de *pormenorizado* (con perdón de la Academia).

VII

Ruego a U. S., o suplico a U. S., que se digne someter este oficio a supremo acuerdo, etc.

¿Qué es eso de *suplicar* o de *rogar?* ¿Qué pierdo yo, en asuntos de servicio público, con que el señor oficial mayor no dé cuenta a quien compete resolver? Quien pierde será el país, y no yo.

Se ruega para alcanzar un favor personal, algo que redunda en nuestro beneficio o provecho; se estima el servicio que se nos dispensa y nuestra

gratitud queda obligada. Para dar fuerza a esta mi opinión citaré una autoridad, la de Huerta. Dice así el notable filólogo:

«*Suplicar, rogar.*— Ambos verbos significan pedir un favor; mas el primero supone respeto; el segundo humildad. El que suplica pide, con justicia o por gracia, lo que depende de voluntad ajena. El que ruega pide siempre, por pura gracia, lo que depende de la voluntad de otro. Un pretendiente *suplica*, un pecador *ruega*».

Y yo añado que el jefe de oficina, que ni pretende ni peca, no sabe lo que se pesca cuando *ruega* en una nota.

Gracias infinitas doy a Dios porque no tengo litigio ante el poder judicial, pues se me engarrotarían los dedos cada vez que tuviera que estampar mi garabato después de un *A usía pido y suplico.* Pedir justicia, ¿cómo no? Es mi derecho; pero *suplicar* que me la hagan a los que están obligados y rentados para hacerla... es el colmo de los gazapos.

VIII

Estimaré, o agradeceré a U. S., la absolución de la presente consulta, etc.

Yo cumplo con mi deber consultando, y no tengo por qué *estimar* ni *agradecer* que el superior cumpla con el suyo. ¿Acaso es arco de iglesia el que los de arriba cumplan, para que nosotros los de abajo *estimemos* o *agradezcamos* el que haya cumplido?

IX

Ni aun la fórmula: *Quiera U. S. atender a resolver,* etc., me parece decorosa. ¿Acaso está en la voluntad, en el querer de su señoría, una resolución? Eso estará en la ley o en las prácticas administrativas.

Yo, oficial mayor, juro por estas que son cruces que devolvería cuanto oficio cayera bajo mis espejuelos con un *quiera usía,* porque había de ocurrírseme que la frasecita llevaba entripado, o, lo que es lo mismo, que el firmante había querido decirme: «No dé usted carpetazo o no mande al Limbo mi nota». Por menos ha habido juicio de desacato.

X

Con fecha tantos de los corrientes, etc.

¡Que repiquen en Yauli[1], porque ya esta candidez va desapareciendo de nuestro estilo oficial! Hoy por hoy, sólo tengo noticia de un oficinista aferrado a ella.

[1] *Que repiquen en Yauli:* V. la tradición homónima *(TPC,* 1060) sobre el origen de esta frase.

Allá, en los tiempos de vivanquistas y echeniquistas [2], el general Vivanco, de quien fue muy devoto, no consentía que los oficios terminasen con un *Dios guarde a U S.:* había que agregar *muchos años*. Para mí está oscuro si el deseo se refería a muchos años en el empleo o a muchos años de existencia. Adelante, y sea lo que fuere.

El mismo general nos trajo *los corrientes,* y como la candidez es contagiosa, a los vivanquistas, que éramos la mayoría de los limeños, nos cayeron en gracia ambas locuciones. Cierto que el general Vivanco hablaba la lengua de Castilla como el más culto limeño (exceptuando al conde de Cheste) ha oído pronunciar la *c* y la *z* con mayor naturalidad y corrección.

Era yo mozalbete y, como otros muchos creía que para merecer título de vivanquista de primera agua bastaba y sobraba con no discrepar en la pronunciación de aquellas consonantes. Hasta creo que (¡Dios me perdone el candor!) a fuerza de perseverancia llegué a habituarme. Pero pasó de moda el vivanquismo, como pasan todas las modas, todos los partidos y todos los hombres que los simbolizan, y las limeñas dieron en burlarse de los que pronunciábamos *c* y *z,* bautizándonos con el mote de *azucenos*. Trabajillo me costó olvidar la maña, lo confieso.

Volvamos a *los corrientes,* locución que, como la de *los muchos años,* estuvo en moda en España durante el reinado de Fernando VII y regencia de doña Cristina.

Es mucho alambicar aquello de que por *los corrientes* se entienda el mes y año en curso.

En fin, van desapareciendo *los corrientes* a todo correr, y la Providencia hará que a nuestros oficinistas no los tiente el diablo de la candidez resucitando la locución semidifunta. Cuando se pide a Dios, que no es tacaño, no debe uno ser parco en pedir. Si se restableciera la fórmula vivanquista y tuviera yo, como ahora, que suscribir oficios, pondría: *Dios guarde a usía medio siglo*. Si el cielo atendía mi deseo, el que menos de los actuales directores llegaba a nonagenario.

Aquí debería poner fin, remate y contera a la charla; pero antójaseme no hacerlo sin echar antes otro parrafillo que, aunque lejana, alguna concomitancia tiene con los gazapos oficiales.

XI

Así en la literatura burocrática como en la social, nada me parece más difícil que la redacción de billetes sin que los suspicaces encuentren pero que ponerles Ocasión hubo, ha ya muchísimos años, en que fue motivo de junta en Consejo de Ministros una esquela invitatoria para baile en Palacio Se discutió sobre el tenor de tres borradores o proyectos de esquela y,

[2] *echeniquistas:* partidarios de José Rufino Echenique, presidente del Perú entre 1851 y 1855

como era lógico, se decidieron por el peor, según me contaba uno de los ministros, que santa gloria haya.

¿Quién no escribe cartas? Sin embargo, saber escribirlas requiere más arte que el necesario para escribir una novela. Pocos libros, dejando aparte el *Quijote*, leo y releo con más satisfacción que el *Centón epistolario*, del bachiller Hernán Gómez de Ciudad Real, o las *Cartas* del obispo don Antonio de Guevara. Estas lecturas saben a gloria endulzada con miel de abejas.

No menos bemoles tiene el billetico, en el que se conoce por literatura *mignone*. En eso llevan la palma los franceses. Entre los muchos billetes espiritualmente ingeniosos que podría citar, recuerdo uno de Emile Augier, que era maestro en arte dramático y en la confección de esquelas. Excusóse un día de concurrir a un banquete con estos renglones:

Madame:

1.000 remerciments,
1.000 excuses,
1.000 souvenirs.
Et 1.000 Augier.

Fórmula característica para invitar es la que empleaba en Lima doña Angela Cevallos, mujer del virrey Pezuela:

«Mi marido y yo tendremos íntima satisfacción en que nos acompañe usted a comer el día de mañana».

La hoy desconsolada consorte de don Antonio Cánovas del Castillo usaba la siguiente fórmula de invitación:

«Tanto mi marido como yo, agradeceremos a usted que nos acompañe a comer, en confianza, mañana a las ocho».

Debe reconocerse que la fórmula *mi esposo* y yo, que es la empleada en Lima en los días que vivimos, es amaneradamente francesa.

Desde Cervantes y demás escritores del siglo de oro no teníamos en castellano más locuciones que ésta: el marido y la mujer, el señor y la señora. Hasta los reyes escribían la reina mi mujer o el rey mi augusto marido. Las voces *esposo* y *esposa* sólo se empleaban en sentido místico o bíblico, por ejemplo, al traducir el *Cantar de los Cantares*, como que viene de *spondere* (empeñar palabra), de *sponsum* (promesa) o de *sponsus* (prometido). San Isidro fue el primero en llamar *Sponsus* (el Esposo) a Jesús aludiendo a que es el prometido o el esposo de la Iglesia.

Cervantes emplea una vez el vocablo *esposo;* pero ¿en boca de quién lo pone? En la de doña Rodríguez, dueña quintañona al servicio de la duquesa, pues no tuvo la suerte de quedar viuda y con fincas.

Cuando la invasión napoleónica, los afrancesados de España, el gran Moratín entre ellos, dieron en la flor de llamar a su mujer mi *madama* o mi *esposa*. Y echaron la semilla en terreno fértil, pues hoy las damas españolas, así como las limeñas, tienen a menos emplear la castiza habla de

sus abuelos. Todas se han vuelto doña Rodríguez. Yo no encuentro ni galante siquiera el vocablo *esposa,* porque su plural me trae a la memoria las manillas de hierro con que se sujeta a los criminales.

Ni los códigos traen a cuento el *esposo* y la *esposa.* Sólo hablan de *marido* y *mujer.*

El virrey Amat, aunque catalán cerrado y con mala ortografía, era maestro en *billeteria* (tolérenme la palabra). Ya en otra oportunidad [3] he hablado de la bien redactada esquelita que dirigió a ocho o diez personajes de la ciudad, citándolos en Palacio a medianoche, nada menos que para tratar con ellos de la expulsión de los jesuitas.

Como su excelencia era solterón recalcitrante, sin hija ni conjunta que invitase a la mesa de familia, él se las campaneaba con este billetico:

«Sin disculpa, que ninguna le será valedera ante mi afecto, lo convido a comer mañana.— *Amat*».

También tengo en mi archivo una esquelita invitatoria de la mexicanita hija del virrey Abascal:

«Ramona Abascal, en su nombre y en el del señor su padre, desea y espera ver a usted en Palacio en la noche del jueves».

¡Lástima que en dos renglones haya cuatro *en!*

No concluiré sin dar un pasagonzalo a los que terminan una carta con la fórmula Q. B. S. M. (que besa su mano). Ese *su,* tanto puede aplicarse a la mano del que firma como a la del que recibe la carta. Lo correcto, lo que no deja campo a duda, es escribir Q. L. B. L. M. (que le besa la mano), locución con que me despido del lector que haya tenido paciencia para apurar este batiborrillo.

[3] *Ya en otra oportunidad... jesuitas:* V. *El nazareno* (TPC, 655)

ULTIMA SERIE

LOS INCAS AJEDRECISTAS

I

ATAHUALPA

Al doctor Evaristo P. Duclos, insigne ajedrecista.

Los moros, que durante siete siglos dominaron en España, introdujeron en el país conquistado la afición al juego de ajedrez. Terminada la expulsión de los invasores por la católica reina doña Isabel, era de presumirse que con ellos desaparecerían también todos sus hábitos y distracciones; pero lejos de eso, entre los heroicos capitanes que en Granada aniquilaron el último baluarte del islamismo, había echado hondas raíces el gusto por el tablero de las sesenta y cuatro casillas o *escaques*, como en heráldica se llaman.

Pronto dejó de ser el ajedrez el juego favorito y exclusivo de los hombres de guerra, pues cundió entre las gentes de Iglesia: abades, obispos, canónigos y frailes de campanillas. Así, cuando el descubrimiento y la conquista de América fueron realidad gloriosa para España, llegó a ser como patente o pasaporte de cultura social para todo el que al Nuevo Mundo venía investido con cargo de importancia el verle mover piezas en el tablero.

El primer libro que sobre el ajedrez se imprimiera en España apareció en el primer cuarto de siglo posterior a la conquista del Perú, con el título *Invención liberal y arte de axedrez, por Ruy López de Segovia, clérigo, vecino de la villa de Zafra,* y se imprimió en Alcalá de Henares en 1561. Ruy López es considerado como fundador de teorías, y a poco de su aparición se tradujo el opúsculo al francés y al italiano.

El librito abundó en Lima hasta 1845, poco más o menos, en que aparecieron ejemplares del *Philidor,* y era de obligada consulta allá en los días lejanísimos de mi pubertad, así como el *Cecinarrica* para los jugadores de

damas Hoy no se encuentra en Lima, ni por un ojo de la cara, ejemplar de ninguno de los dos viejísimos textos.

Que muchos de los capitanes que acompañaron a Pizarro en la conquista, así como los gobernadores Vaca de Castro y La Gasca, y los primeros virreyes Núñez de Vela, marqués de Cañete y conde de Nieva, distrajeron sus ocios en las peripecias de una partida, no es cosa que llame la atención desde que el primer arzobispo de Lima fue vicioso en el juego de ajedrez, que hasta llegó a comprometer, por no resistirse a tributarle culto, el prestigio de las armas reales. Según Jiménez de la Espada, cuando la Audiencia encomendó a uno de sus oidores y al arzobispo don fray Jerónimo de Loaiza la dirección de la campaña contra el caudillo revolucionario Hernández Girón, la musa popular del campamento realista zahirió la pachorra del hombre de toga y la afición del mitrado al ajedrez con este cantarcillo, pobre rima, pero rico en verdades:

El uno jugar y el otro dormir,
¡oh qué gentil!
No comer ni apercibir,
¡oh qué gentil!
Uno ronca y otro juega...,
¡y así va la brega!

Los soldados, entregados a la inercia en el campamento y desatendidos en la provisión de víveres, principiaban ya a desmoralizarse, y acaso el éxito habría favorecido a los rebeldes si la Audiencia no hubiera tomado el acuerdo de separar al oidor marmota y al arzobispo *ajedrecista*.

(Nótese que he subrayado la palabra *ajedrecista*, porque el vocablo, por mucho que sea de uso general, no se encuentra en el Diccionario de la Academia, como tampoco existe en él el de *ajedrista*, que he leído en un libro del egregio don Juan Valera).

Se sabe, por tradición, que los capitanes Hernández de Soto, Juan de Rada, Francisco de Chaves, Blas de Atienza y el tesorero Riquelme se congregaban todas las tardes, en Cajamarca, en el departamento que sirvió de prisión al Inca Atahualpa desde el día 15 de noviembre de 1532, en que se efectuó la captura del monarca, hasta la antevíspera de su injustificable sacrificio, realizado el 29 de agosto de 1533.

Allí, para los cinco nombrados y tres o cuatro más que no se mencionan en sucintos y curiosos apuntes (que a la vista tuvimos, consignados en rancio manuscrito que existió en la antigua Biblioteca Nacional), funcionaban dos tableros, toscamente pintados, sobre la respectiva mesita de madera. Las piezas eran hechas del mismo barro que empleaban los indígenas para la fabricación de idolillos y demás objetos de alfarería aborigen, que ho-

gaño se extraen de las *huacas*. Hasta los primeros años de la república no se conocieron en el Perú otras piezas que las de marfil, que remitían para la venta los comerciantes filipinos.

Honda preocupación abrumaría el espíritu del Inca en los dos o tres primeros meses de su cautiverio, pues aunque todas las tardes tomaba asiento junto a Hernando de Soto, su amigo y amparador, no daba señales de haberse dado cuenta de la manera como actuaban las piezas ni de los lances y accidentes del juego. Pero una tarde, en las jugadas finales de una partida empeñada entre Soto y Riquelme, hizo ademán Hernando de movilizar el caballo, y el Inca, tocándole ligeramente en el brazo, le dijo en voz baja:

—No, capitán, no... ¡El castillo!

La sorpresa fue general. Hernando, después de breves segundos de meditación, puso en juego la torre, como le aconsejara Atahualpa, y pocas jugadas después sufría Riquelme inevitable *mate*.

Después de aquella tarde, y cediéndole siempre las piezas blancas en muestra de respetuosa cortesía, el capitán don Hernando de Soto invitaba al Inca a jugar una sola partida, y al cabo de un par de meses el discípulo era ya digno del maestro. Jugaba de igual a igual.

Comentábase, en los apuntes a que me he referido, que los otros ajedrecistas españoles, con excepción de Riquelme, invitaron también al Inca; pero éste se excusó siempre de aceptar, diciéndoles por medio del intérprete Felipillo:

—Yo juego muy poquito y vuesa merced juega mucho.

La tradición popular asegura que el Inca no habría sido condenado a muerte si hubiera permanecido ignorante en el ajedrez. Dice el pueblo que Atahualpa pagó con la vida el *mate* que por su consejo sufriera Riquelme en memorable tarde. En el famoso consejo de veinticuatro jueces, consejo convocado por Pizarro, se impuso a Atahualpa la pena de muerte por trece votos contra once. Riquelme fue uno de los trece que suscribieron la sentencia.

II

MANCO INCA

A Jesús Elías Salas.

Después del injustificable sacrificio de Atahualpa, se encaminó don Francisco Pizarro al Cuzco, en 1534, y para propiciarse el afecto de los cuzqueños declaró que no venía a quitar a los caciques sus señorías y propiedades ni a desconocer sus preeminencias, y que castigado ya en Cajamarca con la muerte el usurpador asesino del legítimo Inca Huáscar, se proponía entregar la insignia imperial al Inca Manco, mancebo de dieciocho años, le

gítimo heredero de su hermano Huáscar. La coronación se efectuó con gran solemnidad, trasladándose luego Pizarro al valle de Jauja, de donde siguió al de Rimac o Pachacamac para hacer la fundación de la capital del futuro virreinato.

No tengo para qué historiar los sucesos y causas que motivaron la ruptura de relaciones entre el Inca y los españoles acaudillados por Juan Pizarro, y, a la muerte de éste, por su hermano Hernando. Bástame apuntar que Manco se dio trazas para huir del Cuzco y establecer su gobierno en las altiplanicies de los Andes, adonde fue siempre para los conquistadores imposible vencerlo.

En la contienda entre pizarristas y almagristas, Manco prestó a los últimos algunos servicios, y consumada la ruina y victimación de Almagro el Mozo, doce o quince de los vencidos, entre los que se contaban los capitanes Diego Méndez y Gómez Pérez, hallaron refugio al lado del Inca, que había fijado su corte en Vilcapampa.

Méndez, Pérez y cuatro o cinco más de sus compañeros de infortunio se entretenían en el juego de bolos (bochas) y en el ajedrez. El Inca se *aespañoló* (verbo de aquel siglo, equivalente a *se españolizó)* fácilmente, cobrando gran afición y aun destreza en ambos juegos, sobresaliendo como *ajedrecista.*

Estaba escrito que, como al Inca Atahualpa, la afición al ajedrez había de serle fatal al Inca Manco.

Una tarde hallábanse empeñados en una partida el Inca Manco y Gómez Pérez, teniendo por *mirones* a Diego Méndez y a tres caciques.

Manco hizo una jugada de *enroque* no consentida por las prácticas del juego, y Gómez Pérez le arguyó:

—Es tarde para ese *enroque,* seor fullero.

No sabemos si el Inca alcanzaría a darse cuenta de la acepción despectiva de la palabreja castellana; pero insistió en defender la que él creía correcta y válida jugada. Gómez Pérez volvió la cara hacia su paisano Diego Méndez y le dijo:

—¡Mire, capitán, con la que me sale este indio pu. . .erco!

Aquí cedo la palabra al cronista anónimo, cuyo manuscrito, que alcanza hasta la época del virrey Toledo, figura en el tomo VIII de *Documentos inéditos del Archivo de Indias:* «El Inca alzó entonces la mano y diole un bofetón al español. Este metió mano a su daga y le dio dos puñaladas, de las que luego murió. Los indios acudieron a la venganza, e hicieron pedazos a dicho matador y a cuantos españoles en aquella provincia de Vilcampa estaban».

Varios cronistas dicen que la querella tuvo lugar en el juego de bolos, pero otros afirman que el trágico suceso fue motivado por desacuerdo en una jugada de ajedrez.

La tradición popular entre los cuzqueños es la que yo relato, apoyándome también en la autoridad del anónimo escritor del siglo XVI.

LA TRADICION DE LA SAYA Y EL MANTO

CUANDO se quiere salir del paso hablando del origen de algo ya muy rancio viene a la boca esta frase: «Eso se pierde en la noche de los tiempos».

Tratándose de la saya y manto, no figuró jamás en la indumentaria de provincia alguna de España ni en ninguno de los reinos europeos. Brotó en Lima tan espontáneamente como los hongos en un jardín.

¿En qué año brotó ese hongo? Mucho, muchísimo he investigado, pero sin fruto. No obstante, me atrevo a afirmar que la saya y manto nació en 1560.

Véanse ahora las razones en que fundo mi afirmación, y me prometo que el lector no habrá de estimarlas como antojadizas.

Lima se fundó el 18 de enero de 1535, no excediendo de diez las mujeres oriundas de España que se avecindaron en la capital. Casi podría nombrarlas. Es, pues, tan claro como el agua de puquio que sólo de 1555 a 1560 pudo haber limeñas hijas de padre y madre españoles, o de peninsular e india peruana en condiciones de formar un núcleo capaz de imponer moda como la de la saya y manto. Nadie disputa a Lima la primacía o, mejor dicho, la exclusiva, en moda, que no cundió en el resto de América y que dio campo a las criollas mexicanas para que bautizasen a las limeñas con el apodo de *las enfundadas.*

En el Perú mismo, la saya y manto fue tan exclusiva de Lima, que nunca salió del radio de la ciudad. Ni siquiera se la antojó ir de paseo al Callao, puerto que dista dos leguas castellanas de la capital.

El 11 de abril de 1601 inauguróse el tercero de los Concilios convocados por el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, al que sometió la abolición de la saya y manto bajo pena de excomunión. Si su ilustrísima pone el tema sobre el tapete en sus Concilios de 1583 y 1591, como hay Dios que mis paisanas se quedan sin saya y manto. La población de Lima apenas excedía de treinta mil almas, y las devotas de la saya y manto, que consti-

tuían la sociedad decente de la ciudad, si los cálculos estadísticos no marran, podría fluctuar por entonces entre setecientas y ochocientas *enfundadas*

El arzobispo olvidó en 1601 que desde 1590, en que vino a Lima doña Teresa de Castro, esposa del virrey don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, la saya y manto había reforzado muchísimo sus filas. Entre camaristas, meninas y criadas, trajo doña Teresa veintisiete muchachas españolas, a las que aposentó en palacio, y todas las que en el transcurso del año encontraron en Lima la media naranja complementaria. Además, en la comitiva del virrey, y con empleo en el Perú, vinieron cuarenta y tantos presupuestívoros con sus mujeres, hermanas, hijas y domésticas.

Las recientemente llegadas, por novelería unas y por congraciarse con las limeñas legítimas otras, todas dieron en enfundarse.

Doña Teresa fue de las primeras en vestir saya y manto, sugestionada acaso por su marido, pues la historia nos cuenta que el virrey anduvo siempre a la greña con el arzobispo. Algo, que no mucho, he relatado sobre tal tema en mi tradición *Las querellas de Santo Toribio.*

Es mi sentir, repito, que su ilustrísima anduvo desacertado en la elección de la oportunidad, pues admitiendo mi creencia de que la saya y manto nacieran en 1560, cuarenta años después, esto es, en 1601, año del tercer Concilio, las devotas de la extravagante indumentaria serían ya todas las limeñas, esto es, dos o tres mil hijas de Eva, las que alborotaron el cotarro hasta el punto de sembrar semilla de cisma. Ello es que el Concilio no pronunció fallo.

Los virreyes marqueses de Guadalcázar y de Montesclaros y otros intentaron también abolir la saya y manto, pero no pasaron del intento. Virrey hubo que se limitó a encomendar a los maridos que no permitiesen a la costilla ni a sus hijas tal indumentaria, lo que fue como dar el encargo al Archipámpano de las Indias. Tan cierto es que nunca los hombres tomamos carta en juego de modas, que hoy mismo las dejamos tranquilas cuando lucen sobre la cabeza los fenomenales sombrerotes a la moda. Ya desaparecerán sin que intervengamos los varones.

La primitiva saya, que perduró hasta cinco o seis años después de la batalla de Ayacucho, fue, y dicho sea en puridad de verdad, una prenda muy antiestética, especie de funda desde la cintura a los pies, que traía a la mujer como engrilletada, pues apenas podía dar paso mayor de tres pulgadas.

Para las *tapadas,* en España y en todas las capitales de virreinato americano, la mantilla y el rebocillo eran los encubridores del coqueteo. Para la tapada limeña lo fue el manto negro de sarga o de borloncillo, no del todo desprovisto de gracia. La llamada *saya de tiritas* era una curiosa extravagancia Anualmente, en la tarde del día de la Porciúncula, efectuábase una romería a la Alameda de los Descalzos, donde los buenos padres obsequiaban con un festín a los mendigos de la ciudad. Las más hermosas y acaudaladas limeñas concurrían a ese acto enfundándose en la más vieja, rota y

deshilachada de sus sayas, y contrastando con esa miseria ostentaban el riquísimo chal y las valiosas alhajas de siempre. Todas consumían siquiera un pedazo de pan y una cucharada de la sopa de los pobres.

Con la Independencia la revolución alcanzó también a la saya, y sin que als jamonas ni las viejas renunciasen a la primitiva saya *de carro,* las jóvenes crearon la *gamarrina,* la cual, cuatro años después, convirtieron en la *orbegosina* Se diferenciaban, más que en la forma, en el color del raso: la *gamarrina,* contemporánea del presidente general Gamarra, era de raso negro o cabritilla, y la *orbegosina,* en homenaje a su sucesor, el general Orbegoso, era azulina o verde oscuro. La saya se convirtió en enseña de partido político.

Como se ve, la gamarrina y la orbegosina se apartaban algo de la saya primitiva, pues en la parte baja eran relativamente más holgadas y llevaban un ruedo de raso claro por adorno.

Cuando en 1835 el general Salaverry encabezó la revolución contra la presidencia de Orbegoso, nació la *salaverrina,* de falda suelta y airosa, que permitía libertad de movimientos. Esta fue la saya que tanta fama diera a la tapada limeña, pues con ella, amén de la gentileza corporal, salieron a lucir las agudezas del ingenio. Esa fue la tapada que yo conocí en mis tiempos de colegial y que por mi voto aún existiría.

Después de 1850 la relativa holgura social producida por los millones de la Consolidación [1] dio incremento al comercio francés y a las modas de París. Lo que en tres siglos no consiguieron ni Santo Toribio ni los virreyes, desapareció sin resistencias ni luchas, poquito a poquito. En 1860, justamente a los tres siglos de nacido el hongo, desapareció la saya y manto en procesiones y paseos. Nació sin partida de bautismo comprobatoria de cuándo, cómo ni por qué. Ha muerto lo mismo, sin partida de defunción, ni fecha fija, ni motivo cierto que la excluyese.

1 *la Consolidación* una de las medidas financieras del gobierno de Ramón Castilla.

LOS AGUADORES DE LIMA

Apuntamientos

Los proveedores de agua a domicilio, o *aguateros,* como con mejor índole filológica dicen los argentinos, constituyeron en Lima un gremio sujeto a pragmática o reglamentación, gremio que, a Dios gracias, ha muerto desde ha casi medio siglo, y sin esperanza de resurrección, pues como dice un poeta:

Aquel que dijo a Lázaro: «¡Levanta!»,
no ha vuelto en los sepulcros a llamar.

Cuando fundó Pizarro la ciudad, tenían los vecinos que ocupar un doméstico para que, en grandes cántaros de barro, trajese del río al hogar el refrigerante e imprescindible líquido.

Tan luego como la trata de negros se generalizó, las personas acomodadas quisieron consumir mejor agua que la del cauce del río, y mandaban un esclavo, caballero en un asno, que sustentaba un par de pipas, a proveerse de agua clarísima de la Piedra Lisa y de otras vertientes vecinas a la ciudad.

Después que en 1650 se erigió, con gasto de ochenta mil pesos, la pila monumental, que aún perdura, en la Plaza Mayor, se asociaron quince o veinte negros libertos, organizando gremio para proveer de agua a los vecinos, asignando el precio de medio real de plata por cada viaje. Un *viaje* de agua constaba de dos pipas.

Desde sus primeros tiempos se singularizaron los aguadores por la desvergüenza de su vocabulario, tanto que era como refrán para las buenas madres limeñas el reprender a sus hijos diciendo: *Callen, niños, que por las «lisuras» que dicen me parecen aguadores.*

Los del ambulante gremio se anunciaban con el tintineo de una campanilla que sonaba a cada paso del asno, y conforme a su pragmática o reglamento, estaban obligados a consagrar quincenalmente una tarde a la matanza de perros callejeros que no ostentaran un collarín, obtenido por sus

dueños de la autoridad de Policía, previo pago de dos pesos. Barato era el seguro de vida, siendo el mes de diciembre el designado para renovación de la póliza, digo, argolla.

La matanza la ejecutaban los aguadores armados de gruesa tranca con contera de plomo, y en esa tarde era horrible y repugnante el espectáculo que ofrecían las calles de Lima. Fue después de la batalla de la Palma [1]; esto es, en 1856 o 57, cuando el *bocadillo* de carne envenenada sustituyó al feroz garrote, sistema que no admitía privilegiadas excepciones caninas. Igualdad ante la ley de muerte: tan perro era el chusco como el mimado falderito. Quien deseaba salvar a su doméstico cancerbero tenía que vivir averiguando por el aguador de la casa cuándo era el día del bocadillo, al fin de mantener encerrado al ladrador. Cuando cesó de funcionar el gremio, quedaron los perros de Lima como moros sin señor y libres de todo susto.

El establecimiento de la perrera municipal, reforma que aplaudo, es, como quien dice, de ayer por la mañana.

Los aguadores festejaban anualmente, en la iglesia de San Francisco, a San Benito, patrón del gremio, y era para ellos ese día de ancho holgorio.

Al incorporarse un aguador en el gremio, entregaba cuatro pesos al alcalde para fondos de asociación, al incremento de los cuales contribuía semanalmente con la cuota de un real de plata.

También estaban obligados a regar cada sábado, de cuatro a cinco de la tarde, la Plaza Mayor y las plazuelas de San Francisco, Santo Domingo, la Merced y San Agustín.

Cuando desapareció el Gobierno monárquico y vino la República con sus *farolerías* de igualdad democrática, el gremio de aguadores se convirtió en potencia política para los actos eleccionarios. El alcalde se transformó en personaje mimado por los caudillos. El que contaba con el gremio tenía asegurado el triunfo en las elecciones parroquiales de la capital de la República. La disciplina era una maravilla, pues nadie osaba hacer la más ligera observación a un mandato del alcalde. Al ingresar en el gremio, todos los asociados habían prestado juramento de ciega obediencia. Eso sí que era autocracia, y no pampirolada como la del zar de Rusia.

Hubo en Lima, por los años de 1850, un caballero acaudalado, al que bautizaremos con el nombre de don José Francisco, pero muy metido siempre en belenes de política, el cual calculó que el hombre que consiguiera adueñarse de los aguadores sería siempre el mimado por los magnates de Palacio, lo que se llama una potencia. Nuestro politiquero se convirtió en paño de lágrimas para con los del gremio, que en cualquier tribulación doméstica acudían a él, y con frecuencia los salvaba de ir a la cárcel por borrachos y pendencieros. El era obligado padrino de bautizo de los retoños, y por supuesto que siempre tenía compadre alcalde. Tuteaba a todos los

[1] *batalla de la Palma:* combate en el que Castillo venció a las fuerzas del presidente Echenique. La fecha exacta es 25 de enero de 1855.

aguadores, y hasta les daba monises para que a su salud bebiesen copas en la pulpería.

En una ocasión viéronse varios aguadores complicados en un juicio por pecado de hurto. Don José Francisco se puso en movimiento, y después de recia fatiga consiguió que el juez sobreseyera en la causa, dejando a los acusados en libertad para repetir la hazaña. El gremio, agradecido, sin que discrepara voto, nombró a don José Francisco *aguador honorario*, distinción que a nadie se había hasta entonces acordado.

Los sábados, a las tres de la tarde, se congregaban los aguadores alrededor de la gran pila de la Plaza. A nuestro politiquero se le veía paseando delante de la arquería del Portal de Botoneros, y cuando al pasar lista gritaba al alcalde: «¡José Francisco, aguador honorario!» nunca dejó de oírse la voz que contestaba: «¡Presente, señor alcalde!», y cumplido el deber disciplinario, se iba, paso entre paso, a su domicilio

Después de la lista discutían sus asuntos los asociados, y terminada la junta, empezaba el regadío de la plaza.

La acción de los aguadores en la vida política era la siguiente: desde la víspera del día designado por la ley para la constitución de las mesas distritales que debían recibir el sufragio de los ciudadanos, los aguadores se congregaban en algún caserón viejo, dejando a los partidos contendientes en libertad para la lucha. Los aguadores, en su encierro, eran sólo un cuerpo de espectativa o de reserva, que había pasado las horas consumiendo aguardiente y butifarras, hasta que les llegaba la noticia de que el partido popular o de oposición al Gobierno había triunfado o estaba en vías de adueñarse de la mesa de la parroquia de San Marcelo, por ejemplo. Ese era el instante en que aparecía don José Francisco, revólver en mano, y gritando: «¡A tomar la mesa de San Marcelo! ¡A San Marcelo, muchachos! ¡Viva el Gobierno!» Repetía la excitación el alcalde, con un énfasis que se prestaba a esta disparatada traducción: «Muchachos, aquí no hay más Dios que Mahoma y don José Francisco, que es su profeta».

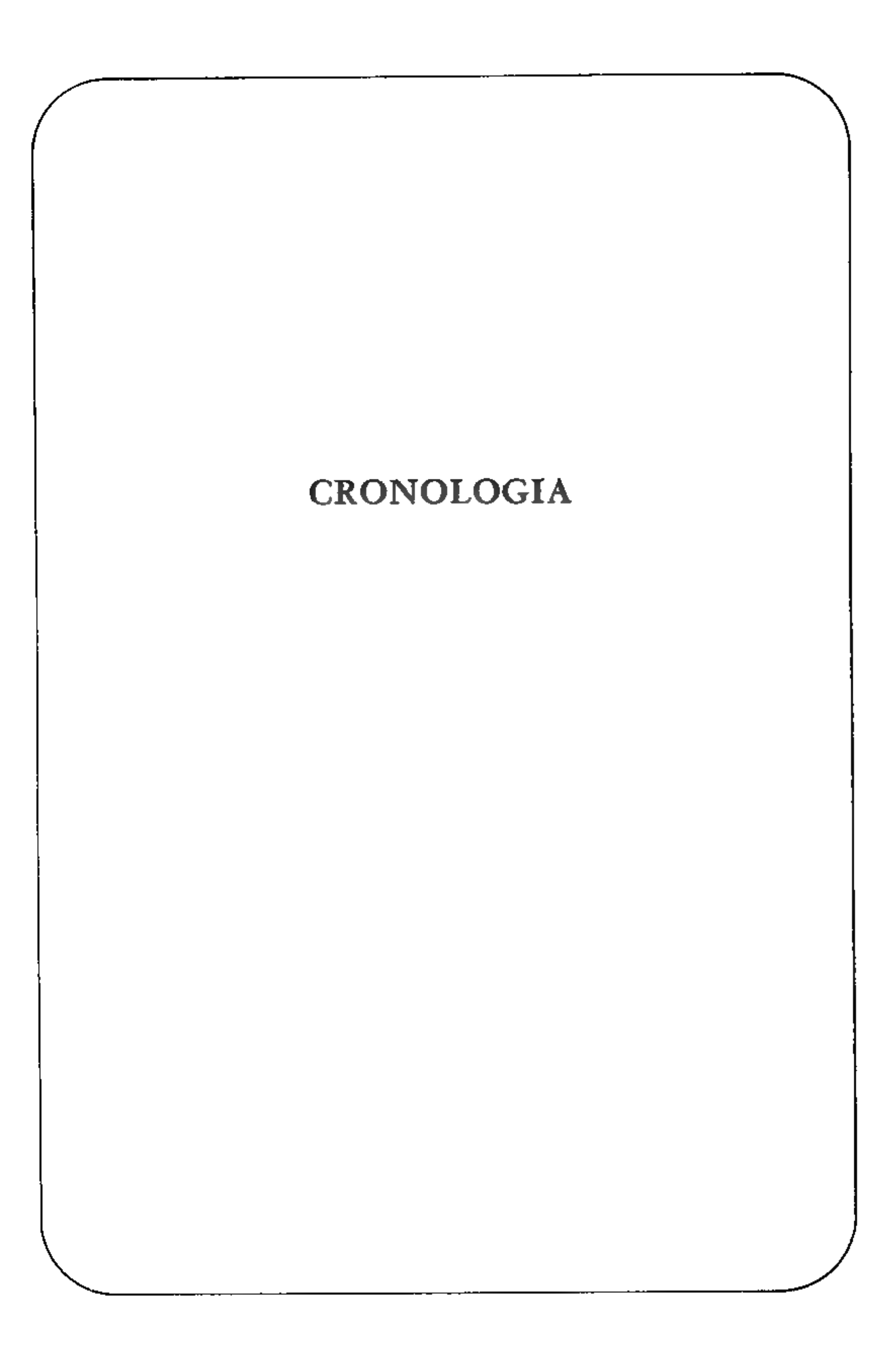
Y garrote en mano, daga o puñal al cinto, en medio de espantosa gritería y a carrera abierta, se lanzaban los doscientos negros aguadores sobre los ocupantes de la plazuela, que tras ligerísima resistencia y un par de cabezas rotas, ponían pies en polvorosa. ¡Victoria por los aguadores . . y por el Gobierno!

A Dios gracias, desde ha casi cuarenta años, en el campo eleccionario de las parroquias no corre ya sangre. Embolismos y trampas pacíficas en las ánforas han reemplazado al democrático garrote de los aguadores, gremio que ya no es más que uno de tantos recuerdos tradicionales.

MI ULTIMA TRADICION

De Bogotá arzobispo fue el señor Cuero,
que era un sabio y un santo de cuerpo entero.
El Domingo de Ramos, cuando él misaba,
la misa en un momento finiquitaba,
pues del largo Evangelio nunca leía
más de un par de versículos, y así decía:
—Perdona evangelista, si más no leo.
Basta de *bufonadas* de San Mateo.





CRONOLOGIA

1833	Manuel Ricardo (nombre que empieza a usar a los 15 años junto con el primero y después solo) Palma nace el 7 de febrero, en la calle Puno, en el corazón mismo de la vieja Lima, hijo natural de Pedro Palma y de Guillerma Carrillo, aunque algunos creen que ése es el nombre de la abuela. La partida de bautizo identifica a los padres como *pardos*, es decir, mulatos.
1834	
1835	"Salaverry, inteligente, simpático, honrado y bravo como un Ney, o un Murat, un Necochea o un Córdova, era el ídolo del soldado. La rigurosa disciplina establecida por él en su pequeño ejército dio por fruto militares pundonorosos y valientes hasta el heroísmo" *(La Salaverrina)*.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P. Gran agitación política. El general Luis Orbegoso (liberal) elegido presidente en reemplazo del conservador general Agustín Gamarra. Felipe Santiago Salaverry, joven caudillo militar, se subleva en Chachapoyas Pardo y Aliaga: *Don Leocadio* y *Una huérfana en Chorrillos*. *AL:* El general Antonio López de Santa Anna elegido presidente de México. Reformas políticas y religiosas. Constitución centralista en Chile. Gobierno del gral. español Tacón en Cuba. Nace Joaquim de Sousa Andrade (Sousândrade).	Gran Bretaña posee cien mil telares mecánicos. Ley sobre el trabajo de menores. Muere Fernando VII en España, lo sucede su hija Isabel. Levantamiento carlista de Talavera. Conspiración de Mazzini contra Carlos Alberto. Supresión de privilegios de la Compañía inglesa de las Indias. Faraday estudia los fenómenos electrolíticos. Gauss inventa el telégrafo eléctrico. Michelet inicia publicación de la *Historia de Francia*. Heine: *De la France*. Balzac: *Eugenia Grandet*. Rude: *La Marsellesa*.
P: Se promulga la cuarta constitución peruana, de corte liberal. 4/1: se levanta la guarnición de Lima. Nuevo presidente el general Pedro Bermúdez, repudiado por el pueblo. 29/1: Orbegoso entra triunfalmente a la capital. Su campaña contra Bermúdez termina en el "abrazo de Maquinhuayo", símbolo de una precaria conciliación de ambiciones políticas. *AL:* Santa Anna disuelve el congreso y se convierte en dictador de México. Libertad de cultos en Venezuela. Echeverría: *Los consuelos*. J. E. Caro: *Lara o los Bucaneros*. Nacen I. M. Altamirano, Estanislao del Campo y José Hernández.	Cuádruple alianza: Francia, Inglaterra, España y Portugal. Primer Ministerio Peel en Gran Bretaña. Continúa guerra carlista en España. Crecimiento en Francia de movimientos sociales de Fourier y Saint-Simon. En vigor Zollverein general de los estados germanos. Garibaldi se incorpora a la "Joven Italia". Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas. Gogol: *Relatos de Mirgorod*. Musset: *Lorenzaccio*. Balzac: *Papá Goriot* (—35). Pushkin: *La reina de espadas*. Daumier: *La calle Transnonain*. Mueren Coleridge y Malthus.
P: 4/1 Salaverry toma los castillos del Callao. 23/2: se proclama jefe supremo. Gobierna con mano de dictador e intenta ordenar la hacienda pública. Lo enfrentan Orbegoso, Gamarra y Santa Cruz. Orbegoso entra en conversaciones con Santa Cruz y solicita la ayuda boliviana para recuperar el poder 15/6: se firma el tratado que establece la Confederación Peruano-bolivia-	Predominio político de los liberales ingleses. Atentado de Fieschi en París. Influencia de Metternich en Austria. Fundación del New York Herald y de la Agencia Havas. Tocqueville: *La democracia en América* (—40). Andersen: *Cuentos*. Gautier: *Mademoiselle de Maupin*. Hugo: *Cantos del crepúsculo*. Buchner: *La*

1836

"Harto conocidas son las causas que motivaron el fracaso de tan vasto plan [la Confederación]: alarmado Chile por los peligros que veía en la confederación de sus vecinos del Norte, prestó decidido apoyo a caudillos peruanos tan prestigiosos como Gamarra, Castilla, Nieto y otros, enemigos jurados del Protector y de sus proyectos, y un ejército de 3 000 soldados, mandados por el general Blanco Encalada, invadió el sur del Perú" *(Una visita al general Santa Cruz)*

1837

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
na. Guerra con Bolivia. Salaverry promulga su famoso decreto de "guerra a muerte". Nace Clemente Althaus. *AL.* El general Rosas asume la autoridad total de Buenos Aires y otras doce provincias. Comienza la etapa de la Confederación argentina. J. Ma. Vargas presidente de Venezuela, Rocafuerte de Ecuador. Guerra civil en Río Grande do Sul. Olmedo: ***Al general Flores, vencedor de Miñarica.*** Bello: ***Principios de ortología y métrica castellana.*** Lira: ***El Parnaso Oriental.*** Araúcho: ***Un paso en el Pindo.***	***muerte de Danton.*** Browning. ***Paracelso.*** Wordsworth: ***Poemas.*** Muere G. de Humboldt.
P: Salaverry es derrotado y fusilado el 18 de febrero en la Plaza de Armas de Arequipa. Intervención boliviana que durará hasta 1839; gobierna Santa Cruz como protector. 26/12: el Congreso de Chile aprueba la guerra contra la Confederación. Activa propaganda de los políticos peruanos desterrados. *AL:* Texas, segregado de México por los norteamericanos, se convierte en república. Comienza la larga lucha política entre Blancos y Colorados en Uruguay. Vargas renuncia a la presidencia de Venezuela. J. L. de Mora: ***México y sus revoluciones.*** J. D. Gonçalves de Magalhaes: ***Suspiros poéticos.***	Ministerio Thiers en Francia. Grave crisis financiera. Revolución de La Granja en España y retorno a la Constitución del 12. Berzelius descubre los fenómenos catalíticos. Bolyai y Lobachebsky, trabajos de geometría no-euclidiana. Musset: ***Confesiones de un hijo del siglo.*** Dickens: ***Las aventuras de Pickwick.*** Gogol: ***El inspector general.*** Nace Bécquer.
P: Primera expedición restauradora chilena. 1º/11: Blanco Encalada y Santa Cruz firman el tratado de Paucarpata. Nace Luis Benjamín Cisneros. *AL:* Argentina ataca a Bolivia. Abolida la esclavitud en México. Pedro de Araujo Lima, regente de Brasil. Epidemia de cólera morbo en A. Central.	Reinado de Victoria en Gran Bretaña, hasta 1901. Francia prosigue la conquista de Argelia. Kossuth impulsa reivindicaciones liberales en Hungría. Crisis financiera en EE.UU. Construcción del ferrocarril París-Saint Germain-en-Laye. Dickens: ***Oliver Twist.*** Balzac: ***Las ilusiones perdidas*** (—43). Espronceda: ***El estudiante de Salamanca*** (1ª versión). Hawthorne: ***Cuentos vueltos a***

1838	Primera infancia de Palma en la casa natal. "Recuerdo que cuando yo vestía mameluco y calzón con rodilleras, asistía a la tertulia nocturna de una señora más vieja que el escupir, con más arrugas que alma de escribano y más fea que el pecado gordo, la cual congregaba alrededor de su sillón a toda la lechigada del barrio. La buena anciana, con sus gafas relucientes y su gatazo negro sobre la falda de anafaya, tenía la magia de embelesarnos, refiriéndonos consejas de brujas, duendes, milagros y aparecidos, y hacíalo con tanto donaire, que a los granujas o mataperros que la oíamos sin pestañear ni perder sílaba nos corrían letanías por el cuerpo, y, al dormir, nos acometían pesadillas y malos sueños" *(Consejas tradicionales).*
1839	Palma, estudiante de la escuela para párvulos de Pascual Guerrero. "Mi dómine se llamaba don Pascual Guerrero (algunos de mis lectores guardarán las reminiscencias de su chicote encintado), y, cascabeleándome la curiosidad, fuime a él y contéle lo que una de las Pantojas me había dicho; que yo era tan sabio como Chavarría" *(Sabio como Chavarría).*

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
Echeverría *Rimas* (incluye *La Cautiva*). "Salón literario" en Buenos Aires. Nace Jorge Isaacs	*contar*. Suicidio de Larra. Muerte de Leopardi y Pushkin.
P: Lucha entre la Confederación y la segunda expedición restauradora chilena. Los generales Nieto y Orbegoso empiezan a desmoronar la obra de Santa Cruz. 21/8: el ejército chileno vence en Portada de Guía a la división peruana. Ocupación de Lima Gamarra es elegido presidente provisional por una junta de notables. F. Tristán: *Perégrinations d'une paria* *AL:* Expedición francesa ocupa Veracruz. Disolución de la Federación Centroamericana. J. J. Pesado: *El inquisidor de México* y *El amor frustrado*. Los jóvenes románticos argentinos fundan la "Asociación de Mayo".	Convención de Dresde unifica la moneda en Alemania. Cobben y la Ley de Granos en Inglaterra. Ocupación de Aden. Método fotográfico Daguerre-Niepce, en París. Boucher de Perthes sienta las bases de la prehistoria. Poe: *Arthur Gordon Pym*. Hugo: *Ruy Blas*. d'Angers: *Hugo* Exitos musicales de Liszt y Chopin. Inauguración de la National Gallery, en Londres.
P: Santa Cruz se refugia en Ancash y es vencido por Gamarra en Yungay el 20/1. El líder de la Confederación huye a Lima tras su derrota. Quinta Constitución, de espíritu autoritarista y conservador. M. A. Segura: *El sargento Canuto*. Felipe Pardo y Aliaga: *La jeta*, poema burlesco contra Santa Cruz. Se funda *El Comercio* de Lima. Nace Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona). *AL:* Uruguay declara la guerra a Argentina. J. L. Stephens, viajero norteamericano, descubre y examina las ruinas mayas. Cirilo Villaverde: *Cecilia Valdés* (1ª parte). Echeverría *El matadero* (publicado en 1871). Ascasubi: *Paulino Lucero* (—51). Nacen Machado de Assis y E. M de Hostos.	Agitación cartista en Inglaterra. Fin de la guerra carlista en España. Crisis europea por la cuestión egipcia. Reunión del primer congreso científico italiano en Pisa. Louis Blanc: *Sobre la organización del trabajo*. Stendhal: *La Cartuja de Parma*. H. W. Longfellow: *Hyperion*. Macaulay comienza la *Historia de Inglaterra*. P. Borel: *Madame Putiphar*. Wagner en París. Nacen Cézanne y Moussorgsky.

1840	
1841	"Con motivo de nuestro desastre bélico en Ingavi, se le encajó entre ceja y ceja a la juventud que militaba en el ejército que la derrota se debía exclusivamente a la corrupción, perfidia, rivalidades y ambiciones de los militares viejos, y que si bien éstos hicieron la Independencia patria, en cambio fueron los creadores de la guerra civil, siendo obra suya la anarquía en que desde 1828 vivía el Perú" *(La conspiración de los capitanes).*
1842	

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P. Gamarra, presidente provisional; Castilla, ministro de guerra. Aparece *El Espejo de mi Tierra*, periódico costumbrista de Felipe Pardo. *AL:* Muere Rodríguez de Francia, dictador del Paraguay desde 1814. A los 14 años de edad, Pedro II es proclamado emperador del Brasil; su gobierno durará hasta 1889. Rafael Carrera Andrade, dictador de Guatemala. El inglés E. Whymper escala por primera vez el Chimborazo.	Ministerio Guizot, en Francia, hasta la crisis del 48. Inglaterra realiza más del 30% del comercio internacional. Espartero, regente de España. Guillermo II en los Países Bajos. Partido abolicionista en los EE.UU. Comienzo de las misiones de Livingstone. Los ingleses en N. Zelandia. Primeras importaciones de guano en Europa. Guerra del opio en China. Primera línea de transatlánticos. Liebig: *De la química aplicada a la agricultura.* Proudhon: *Qué es la propiedad.* Guérin: *El centauro.* Sainte-Beuve: *Port-Royal* (—59). Nerval traduce el Fausto. Zorrilla: *Los cantos del trovador.* Manzoni: *Los novios.* Hebbel: *Judith.*
P. Gamarra invade Bolivia y sufre el desastre de Ingavi (20/11). **Segura:** *La saya y el manto* y *La moza mala.* *AL:* Manuel Bulnes, presidente de Chile, Herrán de Colombia. Convenio de Pasto entre Ecuador y Colombia. Poder absoluto de Santa Anna en México. Gómez de Avellaneda: *Sab.*	Avance del monarquismo constitucionalista en reinos escandinavos. Caída gabinete liberal en Inglaterra. Desastre de Auckland en Afghanistán. Sindicato de mineros ingleses. Ley de Joule sobre energía eléctrica. Carlyle: *Los héroes.* Gogol: *Almas muertas.* Feuerbach: *La esencia del cristianismo.* Shopenhauer: *Los dos problemas fundamentales de la moral.* Emerson: *Ensayos* (—44). Schumann: *Sinfonía Nº 1.*
P: Campaña de Castilla en Tacna, contra la anarquía y por el restablecimiento de la Constitución. Reflorecimiento del teatro en Lima. Entusiasmo por los dramas románticos españoles. Bretón de los Herreros, ídolo de la escena limeña. 14/8. *El zapatero y el rey*, primer estreno de Zorrilla en Lima. *AL:* Muere O'Higgins. Sitio de Montevideo por las fuerzas de Manuel Oribe, político blanco que cuenta con el apoyo de Rosas.	Aumenta concentración de obreros textiles en fábricas de Inglaterra. Fijación de la frontera EE.UU.-Canadá. Los ingleses reocupan Cabul y penetran Beluchistán. Tratado de Nankin: fin de la guerra del opio. *La Nación*, órgano de la joven Irlanda. A. Betrand: *Gaspar de la noche.* Sue: *Los misterios de París.* Comte: *Curso de filosofía positiva.* S. Mill: *Lógica.* Poe: *El escarabajo de oro.* Franck: *Tríos.* Nace Mallarmé. Muere Stendhal.

1843 Palma tiene diez años; estudios en la escuela de don Antonio Orengo y en la de Clemente Noel. "Poco o nada preocupábase entonces, entre nosotros, la pedagogía de juegos y distracciones para los chicos, y ellos, burlando vigilancia y prohibiciones, sabían procurárselos, por lo general de estilo primitivo y bárbaro; baños en el casi escueto Rímac; campales pedreas entre bandos enemistados por rivalidades de barrio, de colegio o de lo que fuere; excursiones a las portadas que daban entrada a la ciudad y en las cuales civilizadas autoridades acostumbraban presentar al pueblo, como lección moralizadora y caritativa advertencia, los cadáveres de los bandoleros caídos en lucha con la fuerza pública" (Angélica Palma: *Ricardo Palma*)

1844 "Desde que con la caída del presidente La Mar, después de la batalla del Portete, se fundó por el general Gamarra una era de revoluciones y motines de cuartel, raro fue el año sin dos, tres y cuatro presidentes en Lima, hasta que el general Castilla vino, en 1844, a echar llave y candado al manicomio suelto de los ambiciosos, que no otra cosa que un manicomio era el Perú" *(Tirar la banda por el balcón)*

1845 "Si hubiera escritor de vena que se encargara de recopilar todas las agudezas que del ex presidente gran mariscal Castilla se refieren, digo que habríamos de deleitarnos con un libro sabrosísimo. Aconsejo a otro tal labor literaria, que yo me he jurado no meter mi hoz en la parte de historia que con los contemporáneos se relaciona. ¡Así estaré escamado! . . Si ha habido peruano que conociera bien su tierra y a los hombres de su tierra, ése, indudablemente, fue don Ramón" *(Historia de un cañoncito)*.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
En Chile se funda la "Sociedad Literaria de Santiago" y A. Bello funda su Universidad	
P: 8/4: el general Vivanco inicia su período con el título de Director Supremo. Culto y refinado, quiere ser un gobernante a la europea. Impopularidad del Directorio. Castilla y Nieto encabezan la insurrección. 29/11: Vivanco en persona sale a combatirla. *AL:* Constitución centralista en México, promulgada por Santa Anna. Soublette, presidente de Venezuela y Ballivian de Bolivia. Peste amarilla en Ecuador. Sarmiento: ***Mi defensa.*** Lastarria: ***El mendigo.***	Agitación en Irlanda. Revuelta en España exilio de Espartero. Revolución en Atenas Los ingleses se anexan Natal. Segundo Trek de los boers. Kierkegaard: ***Diario de un seductor.*** Macaulay: ***Ensayos críticos e históricos.*** Prescott: ***Historia de la conquista de México.*** Donizetti: ***Don Pascual.*** Muere Hölderlin.
P. Vivanco es derrotado por Castilla en Carmen Alto. Aumentan los estrenos de teatro romántico español y francés en Lima; éxito de las novelas de Eugene Sue. Muere en Burdeos Flora Tristán. Nace M. González Prada. *AL:* Revueltas militares en México contra Santa Anna. El senado norteamericano rechaza la anexión de Texas. Independencia de Guatemala y Republica Dominicana. R. Vélez de Herrera: ***Elvira de Oquendo*** J. Macedo: ***Morenisba.*** Mueren Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) y José Barres Montufar.	Movimiento cooperativo de Rochdale. Reorganización del Banco de Inglaterra. Mazzini funda la "Joven Europa". Guerra franco-marroquí. Primer telégrafo eléctrico de Baltimore a Washington. Zorrilla: ***Don Juan Tenorio.*** Dumas: ***Los tres mosqueteros.*** E. Barret Browning: ***Poemas.*** Carlyle. ***Pasado y presente.*** Tackeray: ***Barry Lyndon.*** Verdi: ***Hernani.*** K. Marx conoce a F. Engels en París.
P: Castilla, presidente constitucional. Primer gobierno de "orden y progreso". Reorganización de las finanzas publicas, promoción del desarrollo interno, explotación del guano y el salitre, reformas administrativas, religiosas y políticas. Auge del teatro en Lima; estrenos simultaneos en el "Principal", el "Circo" y en	Hambre en Irlanda. Los jesuitas en Lucerca. Nueva Constitución española. Tratado franco-chino de Whampoa. Faraday. estudios sobre la polarización de la luz. Poe: ***El cuervo.*** Campoamor: ***Doloras.*** Disraeli. ***Sybil.*** Humboldt: ***Cosmos*** Wagner: ***Tannhauser.*** Marx escribe su tesis sobre Feuerbach. Muere Schlegel.

1846	
1847	"En los fluidos y armoniosos versos de Fernando Velarde, encontrábamos un vago perfume de idealismo y de misterio. Para nosotros, no era un poeta discutible, sino un poeta que se imponía" *(La bohemia de mi tiempo).*

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
el Callao. Segura estrena la primera versión de *Ña Catita,* su mejor obra. *AL.* Disputas entre Argentina, Inglaterra y Francia por la intervención en Uruguay y cierre del comercio por el Paraná. Comienza la invasión anglo-francesa al Uruguay en apoyo de las pretensiones expansionistas de Rosas. España reconoce independencia de Venezuela. Sarmiento: *Facundo.* "Jotabeche" funda *El Copiapino.*	
P: Castilla planea la reunión de un Congreso Americano para afrontar las amenazas europeas. Llega a Lima el poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona. *AL:* Guerra entre México y EE.UU. Derrota mexicana en Palo Alto. EE.UU. se anexa Nuevo México. J. M. Gutiérrez: *América poética.* Echeverría: *Dogma socialista.* Gonçalves Dias: *Primeros cantos.*	Abolición de la Ley de Granos en Inglaterra. Escisión en el partido conservador. Ministerio liberal Russell. Manifestaciones anti-austríacas en Milán. "Asamblea intelectual del pueblo alemán" en Francfort. Austria se anexa Cracovia. Revolución en Portugal, intervención inglesa. Tratado anglo-americano de Washington. Régimen parlamentario en Canadá. Le Verrier descubre el planeta Neptuno. Proudhon: *Sistema de contradicciones económicas.* Michelet: *El Pueblo.* Tackeray: *Feria de vanidades.* G. Keller: *Poesías.* Dostoievski: *Pobres gentes.* Berlioz: *La condenación de Fausto.* Mendelhsonn: *Elías.*
P: Castilla decreta la amnistía general. Bonanza económica del país, gracias a las ventas del guano y el salitre. La marina de guerra peruana es la primera en Sudamérica que adquiere un buque a vapor. Llega a Lima el poeta español Fernando Velarde, notable agitador del ambiente literario y líder de la "bohemia" limeña. *AL:* El ejército de EE.UU. ocupa la ciudad de México. Conflicto de límites entre Chile y Argentina. Irisarri: *El cristiano errante.* Bello: *Gramática de la lengua castellana.* Muere Olmedo.	Crisis económica general en Europa. Movimiento italiano del "Risorgimento". Ley inglesa sobre duración de trabajo femenino. Ministerio liberal Rogier en Bélgica. Yacimientos de oro en California. Helmholtz formula el principio de conservación de la energía. Gervinus funda la *Gaceta alemana.* Marx y Engels: *Manifiesto comunista.* Lamartine: *Historia de los girondinos.* Michelet: *Historia de la revolución francesa* (—53). E. Brontë. *Cumbres borrascosas.* Emerson: *Poemas*

1848	"De 1848 a 1860 se desarrolló, en el Perú, la filoxera literaria, o sea la pasión febril por la literatura. Al largo período de revoluciones y motines, consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra Independencia, había sucedido una era de paz, orden y garantías" *(La bohemia de mi tiempo)*. El 31 de agosto *El Comercio* publica los primeros versos románticos de Palma. Dirige *El Diablo*, periódico político y satírico.
1849	Palma estudiante del Convictorio de San Carlos, aunque algunos discuten ese dato como una superchería del autor. "Los colegiales no formábamos *meetings* políticos, ni entrábamos en clubes eleccionarios, ni pretendíamos dar la ley y gobernar al Gobierno. Estudiábamos, cumplíamos o no cumplíamos con el precepto por la Cuaresma, y los domingos nos dábamos un hartazgo de *muchacheo* o mascadura de lana" *(Los escrúpulos de Halicarnaso)*.
1850	"Márquez, mozo de muy claro talento, llegó a convencerse de que con sus producciones teatrales no alcanzaría sino los aplausos de una noche, que en su lira no tenían resonancia la tragedia, el drama, ni la comedia, y no volvió a reincidir en el pecado" *(La bohemia de mi tiempo)*.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P La ola romántica invade el Perú con fuerza. Los "bohemios", Corpancho y Márquez, entre otros, publican sus primeras composiciones poéticas. Aparece en folletín el primer intento de novela romántica peruana: *El padre Horán* de Narciso Aréstegui. Polémicas y discusiones literarias, animadas sobre todo por Velarde, que publica un libro poético de escándalo: *Las flores del desierto* *AL:* Tratado de Hidalgo entre EE.UU. y México: EE.UU. se apropia de Texas, Nuevo México, California, Utah, Nevada, Arizona y parte de Wyoming y Colorado, a cambio de 15 millones de dólares y pago de indemnización. Rebelión en Pernambuco. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú inicia en Bolivia era de "caudillos bárbaros". Olmedo: *Obras poéticas.*	Revolución de Febrero en Francia. Proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Julio. Represión de Cavaignac. Luis Bonaparte presidente. República húngara de Kossuth. Caída de Metternich. Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Alzamientos contra los Habsburgo en Italia. República de Venecia. Guerra anglo-boer. Primera constitución danesa. S. Mill: *Principios de economía política.* J. Grimm: *Historia de la lengua alemana.* A. Dumas (h): *La dama de las camelias.*
P: Gran debate ideológico entre Bartolomé Herrera, rector del convictorio de San Carlos y defensor de la "soberanía de la inteligencia", y Pedro Gálvez, espíritu liberal y director del Colegio Guadalupe. Primeros estrenos románticos nacionales: *La bandera de Ayacucho* y *Pablo o la familia del mendigo,* de José A. Márquez. Se publica *Pablo.* Se dicta un nuevo reglamento para los teatros públicos de Lima. *AL:* Triunfa la insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela; Monagas parte al exilio. Fuerzas paraguayas invaden Misiones	Mazzini y Garibaldi derrotados por los austríacos. Actuación de Luis Bonaparte y la "Montaña". Ministerio extra-parlamentario de L. Bonaparte. Alianza austro-rusa contra los húngaros. República de Roma. Invasión francesa. Alianza de los tres Emperadores. Taylor, presidente de EE.UU. Experiencias de Fizeau sobre la velocidad de la luz. Fernán Caballero: *La gaviota.* Dickens: *D. Copperfield* (—50). Ruskin: *Las siete lámparas de la arquitectura.* Courbet: *Los peones.* Dostoievski condenado a muerte; se le conmuta la pena y es enviado a Siberia. Muere Poe.
P: Se promulga el Reglamento General de Instrucción Pública Marquez: *La cartera de un ministro.* *AL* Los jesuitas son expulsados de Colombia. Muere San Martín en Francia y Arri	Crece poder político de L. Bonaparte. Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral Thiers. Nueva Constitución prusiana. Acuerdo austro-ruso contra Prusia. Compromiso Clay sobre la esclavitud en California. Ley sobre colonización en Argelia. Expedición

1851	Publica *Consolación,* primer ensayo de prosa romántica, y *Rodil* drama en tres actos. Emulando a Márquez y a Corpancho, Palma debuta como autor teatral el 19 de junio con *La hermana del verdugo,* "abominación patibularia en cuatro actos". "Los versos gustaron al público, arrancaron aplausos, y el autorcillo fue llamado a la escena. Tenía yo diecisiete años, y aquella noche crecí un geme en estatura y otro geme en presunción" *(La bohemia de mi tiempo)* En realidad, tenía 18 años de edad El 27 de julio estrena *La muerte o la libertad*
1852	12 de enero. Palma estrena *Rodil* "¡Qué noche aquella! Víctor Hugo me la habría envidiado. Para colmo de bienaventuranza, la autoridad prohibió (e hizo bien) que volviera a representarse el drama, salvo que me aviniese a suprimir algunas redondillas. Pero ¡quiá! ¿Era bobo para renunciar a la dicha de repetir, a grito herido, que era un mártir de la buena causa y una nueva víctima de la tiranía?" *(La bohemia de mi tiempo).* Obtiene un nombramiento de oficial de la armada. Colabora en *El Burro,* hoja satírica.

Perú y América Latina	Mundo Exterior
gas en el Paraguay. Ley en Brasil contra la trata de negros. Sarmiento. *Recuerdos de provincia.* Auge del "indianismo" en la literatura brasileña.	de Barth a Africa Central. Regreso del Papa a Roma. Ministerio de Cavour Primer cable submarino entre Douvres y Calais. Fundación de la Agencia Reuter. Hawthorne: *La letra escarlata.* Shopenhauer: *Parerga y Paralipomena.* Wagner: *Lohengrin.* Goya: *Los proverbios.* Turgueniev: *Un mes en el campo.* Arquitectura neogótica. Muere Balzac.
P: Echenique elegido presidente. Primer ferrocarril entre Lima y Callao. M. N. Corpancho. *El poeta cruzado.* *AL.* Oposición de Urquiza a la tiranía de Rosas. Oribe abandona el sitio de Montevideo; el Partido Colorado se confirma en el poder. Brasil se asegura una porción del territorio uruguayo en Misiones. Golpe militar en Chile, Montt en el poder. Mármol: *Amalia* (—55) Maitín: *Obras poéticas.* Muere E. Echeverría.	Supresión de la libertad de prensa. Golpe de estado de Luis Bonaparte. Bismarck representante de Prusia en la Dieta germánica. Federación de mecánicos en Inglaterra. Revuelta de Saldanha en Portugal y toma de Lisboa. Revuelta de los Tai-fung en China. Primera Exposición Internacional en Londres. Invención de la imprenta rotativa. Melville: *Moby Dick* Beecher Stowe: *La cabaña del tío Tom.* Nerval: *Viaje a Oriente.* Hermanos Goncourt: *Diarios* (—84). Longfellow: *La leyenda dorada.* Macaulay: *Ensayos biográficos.* Murger: *Escenas de la vida de bohemia* Ruskin: *Las piedras de Venecia.* Heine: *Romancero.* Verdi: *Rigoletto*
P: EE.UU reconoce soberanía del Perú sobre Islas de Lobos *AL:* Batalla de Caseros: Urquiza derrota a Rosas. Fin de la tiranía en Argentina. Política de fusión en Uruguay. Destierro de los jesuitas de Ecuador. Alberdi *Bases*	Reestablecimiento del Imperio en Francia: Luis Napoleón. Proyectos de remodelación de París por Haussmann. Cavour preside consejo piamontés. Negociaciones de Austria con Alemania del sur para unión aduanera. Coalición de Darmstadt. Prusia denuncia el Zollverein. Independencia de Montenegro. Inglaterra reconoce independencia de Transvaal. Se funda el primer "gran magazín" en París: el "Bon Marché". Los Grimm inician el Diccionario alemán. Gautier. *Esmaltes y camafeos.* Leconte de Lisle *Poemas antiguos.* Turgueniev: *Relatos de un cazador.* Comte: *Catecismo positivista.*

1853	Veinte años. Palma publica *Corona patriótica,* conjunto de "apuntes biográficos". Poco después, "amorcillos de estudiante" le traen enojosas complicaciones sentimentales y se ve obligado a dejar Lima, interrumpir sus estudios y alejarse un poco del ambiente literario. Gracias a la mediación de un amigo, logra un puesto de contador en la goleta "Libertad".
1854	Pasa a servir en el buque "Rímac". Publica en Lima dos tradiciones: *Lida* y *Mauro Cordato*
1855	Naufragio del "Rímac". Palma es de los sobrevivientes. Primer libro de versos del autor *Poesías,* con el nombre de Manuel R Palma Vuelve a la actividad teatral (hasta 1858) con tres comedias, desconocidas hoy.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
	Spencer: *Principios de psicología* (—57). Baltard construye los Halles centrales de París (—58).
P Castilla inicia su insurrección contra el gobierno de Echenique Primeros libros de poesía romántica peruana· *Poesía* de Márquez, *Brisas del mar* de Corpancho, *Lira patriótica*, recopilación del mismo Corpancho. *AL:* Urquiza, presidente de Argentina. Se promulga una constitución federal. Santa Anna, otra vez presidente de México. Nueva Constitución en Colombia. A. Blest Gana: *Una escena social.* Nacen Martí y Díaz Mirón.	Rusia propone a Inglaterra el reparto de Turquía. Flotas franco-inglesas en los Dardanelos. Ocupación rusa de principados danubianos. Rusos y americanos reclaman acceso al Japón. Pierce, presidente de EE. UU. Los Tai-ping se apoderan de Nankin. Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas* (—55). Hugo: *Los castigos* Verdi: *La Traviata.* Nace Van Gogh.
P: Castilla, en plena campaña revolucionaria, firma los decretos de abolición del tributo indígena y de la esclavitud. Corpancho· *Ensayos poéticos.* Nace Clorinda Matto de Turner. *AL* El senado norteamericano rectifica la adquisición de partes de Nuevo Mexico y Arizona El manifiesto de Ostende aconseja a EE.UU. la anexión de Cuba. Oposición entre Buenos Aires y las demás provincias federadas. Se declara abolida la esclavitud en Venezuela, con pago a los dueños. Revolución de Ayutla contra Santa Anna, en México. M. A. de Almeida: *Memorias de un sargento de milicias* (—55). J. J. Pesado: *Los Aztecas*	Guerra de Crimea entre Rusia y una alianza anglo-francesa. Revuelta de O'Donnell en Madrid. Se inicia el conflicto Kansas en EE.UU. Fundación de la primera hilandería de algodón en Bombay Berthelot y los principios de la termodinámica. Mommsen: *Historia de Roma.* Nerval: *Las quimeras y Silvia.* Tennyson: *La carga de la brigada ligera.* Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa.* Tioutchev: *Poesías.* Nace Rimbaud.
P. Castilla asume el mando supremo del país Convención nacional. Mas teatro romantico: *El pabellón peruano* de L B Cisneros y *El templario* de Corpancho Segura: *El resignado.*	Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajos y propiedad industrial. Batalla de Sebastopol y derrota aliada Autorización a Lesseps para construir canal de Suez. Masacre de musulmanes en Yunnan.

1856	Palma y su generación siguen agitando la literatura y la política; es decir, viviendo "la bohemia de mi tiempo".
1857	Palma fecha en el vapor "Loa" un poema en homenaje a Enrique Alvarado y lo publica en la *Corona fúnebre* que los amigos dedican a su memoria.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
AL. Reformas religiosas y políticas en México Ley Juárez relativa a los bienes de la iglesia. William Walker, aventurero norteamericano, amenaza Nicaragua; cooperación militar y política de las demás naciones centroamericanas a favor de Nicaragua. R. Baralt· *Diccionario de Galicismos*	Exposición internacional en París. Los Rotschild fundan el Kreditanstalt de Viena Le Play: *Los obreros europeos.* Whitman *Hojas de hierba* (—91). Browning *Hombres y mujeres.* Baudelaire: *El Spleen de París* Nerval: *Aurelia* Coubert *El atelier*
P· Sexta constitución peruana, marcadamente liberal, mientras Castilla empieza a inclinarse hacia una posición conservadora. *Alfredo el sevillano,* drama de Cisneros. Versión definitiva de *Ña Catita* de Segura. Exito y consagración de su comedia de costumbres. Muere Enrique Alvarado, promesa de líder romántico de los "bohemios". *AL:* Se fijan fronteras entre Ecuador y Nueva Granada. Ley de amortización en México. Alencar: *El guaraní.* Vélez de Herrera: *Romancero cubano.* Nace Zorrilla de San Martín.	Ley sobre sociedades anónimas en Inglaterra. Caída de O'Donnell en España. Tratado de París. Memorandum de Cavour sobre Italia. Convención internacional sobre la guerra naval. Guerra anglo-persa. Nueva era del acero: horno de oxidación de Bessemer. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio.* E. Barret: *Aurora Leigh.* Aksakov: *Crónica familiar.* Tocqueville: *El antiguo régimen y la revolución.* Wagner: *La Walkiria.* Nace Freud.
P: Tratado con EE UU. por la pesca de ballena. *Abel* y *El bello ideal,* dramas de Salaverry. *Delirios de un loco* de Angel F. Quiroz, poeta vagabundo y alucinado. *AL.* Constitución federal en México; guerras de la reforma entre liberales y conservadores. Mariano Ospina, presidente de la Confederación de Nueva Granada. Nueva Constitución en Venezuela. Walker expulsado de Centroamérica.	Grave crisis financiera en Inglaterra. Aumenta lucha por los mercados y expansión colonial. Entrevista entre Napoleón y el zar. Constitución esclavista en Kansas. Revuelta de los cipayos en la India. Los franco-ingleses ocupan Canton. Flaubert: *Madame Bovary* Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de las *Historias extraordinarias,* de Poe. Eliot *Escenas de la vida clerical.* Champfleury: Manifiesto *El realismo.* Ibsen: *Olav Liljekrans* Courbet: *Les demoiselles au bord de la Seine*

1858	Palma redactor de *El Liberal*. Prologa el *Teatro* de Manuel Ascencio Segura.
1859	Durante la guerra con el Ecuador, participa en el desembarco de Guayaquil. Publica la tradición *El nazareno*. Colabora con Segura en la comedia *El santo de Panchita*. Empieza a sentir descontento por la nueva política de Castilla
1860	Comienza a publicar capítulos de sus *Anales de la Inquisición de Lima* en *La Revista de Lima*. En Lima y en Buenos Aires aparecen varias tradiciones. Milita ahora en la oposición a Castilla, junto con el líder liberal José Gálvez. Agitación política ante medidas autoritarias de Castilla; el 23 de noviembre toma parte en el asalto a la casa del presidente. El intento fracasa. El 20 de diciembre sale desterrado a Chile. En el barco que lo lleva a este país escribe el poema *Navegando*.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P Segundo período constitucional de Castilla Bloqueo a los puertos ecuatorianos. *AL* Benito Juárez, presidente del gobierno liberal de México, establece su capital en Veracruz. Separación de la iglesia y el estado mexicano, confiscación de las propiedades eclesiásticas y supresión de las órdenes religiosas. J. Castro, presidente de Venezuela Mera. *Poesías* Nace T. Carrasquilla.	Atentado de Orsini contra Napoleón III Supresión de la Compañía de las Indias Liberación de siervos del dominio imperial ruso. Europa reconoce la independencia de Montenegro. Campaña electoral de Illinois: Douglas contra Lincoln. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tien-Tsin. Polémicas entre Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. Carlyle: *Historia de Federico II.* Offenbach: *Orfeo en el infierno.* Proudhon: *La justicia en la revolución y en la Iglesia.*
P Guerra con el Ecuador: armisticio de Guayas tras la victoria peruana. Se funda *La Revista de Lima,* órgano de expresión del romanticismo peruano. *AL.* Buenos Aires, derrotada en su lucha contra las provincias, acepta el esquema federal, con algunas enmiendas en la constitución. Notorio desarrollo de Paraguay: gobierno autonomista de C. A. López. J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas* (—60). Nace Gutiérrez Nájera	Guerra italiana por la unidad: Francia y Cerdeña contra Austria. Austria ataca Cerdeña. Batallas de Magenta y Solferino. Garibaldi inicia campaña libertadora en Italia. Fortalecimiento del ejército prusiano bajo Guillermo Hohenzollern. Parma y Modena anexadas. Los franceses en Saigón. Primer empleo de la sonda para búsqueda de petróleo en EE.UU. Darwin: *El origen de las especies.* Marx: *Crítica de la economía política.* Hugo: *La leyenda de los siglos.* Ingres: *El baño turco.* Gounod: *Fausto*
P: Constitución política de tendencia conservadora que estimula la campaña de la oposición a Castilla. *AL:* Triunfo liberal en México: las reformas imperan ahora en todo el país. Unificación de Ecuador por García Moreno. Guerra civil en Colombia A Blest Gana. *La aritmética del amor.*	Garibaldi en Calabria. Nápoles y Sicilia se unen al reino de Italia. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Cremieux funda la Alianza Israelita Universal. Lincoln presidente de EE.UU. Secesión de Carolina del Sur. Speke y Grant descubren las fuentes del Nilo. Lenoir inventa el motor a explosión Baudelaire: *Los paraísos artificiales.* Taine: *La Fontaine y sus fábulas.* Saint-Saëns *Oratorio de Navidad.* Muere Schopenhauer

1861	Vida literaria en Valparaíso. Defensa del ideal americanista contra las pretensiones imperialistas de España. Colabora en la *Revista de Sudamerica* y la *Revista del Pacífico*. Publica el folleto titulado *Dos poetas*, "apuntes de mi cartera" sobre Juan María Gutiérrez y Dolores Veintemilla.
1862	Prosigue su intensa actividad intelectual en el destierro. Correspondencia con Juan María Gutiérrez. Prepara la *Lira americana*, recopilación de la poesía continental, y revisa y completa los *Anales de la Inquisición de Lima*, estudio histórico.
1863	Amnistiado, Palma regresa al Perú. Su personalidad literaria ya se ha definido. Sus tradiciones publicadas en periódicos y revistas del Perú y América, le han dado notoriedad. Publica los *Anales de la Inquisición de Lima*. "Muchos de nuestros contemporáneos recordarán el febril entusiasmo que, allá por los años de 1862 a 1863, hubo en nuestros centros sociales y políticos con motivo de la intervención europea en México. Cada plazuela era una asamblea, cada concurrente un orador, cada poeta un Tirteo" *(León de Hoyos)*.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P: El amor y el oro, drama de Salaverry. L. B. Cisneros publica en París su primera novela *Julia o escenas de la vida de Lima.* *AL:* México suspende el pago de la deuda externa a Francia, Inglaterra y España. Francia, con el apoyo de la oligarquía mexicana, ocupa Veracruz. Colombia se proclama estado soberano por la unión de siete estados grancolombianos. Páez dictador de Venezuela. Santo Domingo se reincorpora al Imperio Hispánico. Muere José J. Pesado.	Parlamento italiano. Muerte de Cavour. Estatuto de campesinos liberados de la esclavitud en Rusia. Principado de Rumania. Formación de los Estados Confederados de América. Secesión de Virginia, bloque de estados sudistas. S. Mill: *Sobre el utilitarismo.* Proudhon: *Teoría del impuesto.* Eliot: *Silas Marner.* Dostoievski: *Recuerdos de la casa de los muertos.* Corot: *El reposo de Orfeo.* Garnier inicia la construcción de la Opera de París.
P. El general San Román es elegido presidente. Márquez: *Notas perdidas.* Vigil: *Tolerancia y libertad civil de cultos.* Althaus: *Poesías patrióticas y religiosas.* *AL:* Mitre, presidente de Argentina. Grandes privilegios para la iglesia en Ecuador. Juárez ocupa ciudad de México. A. Blest Gana: *Martín Rivas.*	Intento de Garibaldi contra Roma. Batalla de Aspromonte. Bismarck primer ministro prusiano. Negativa de Prusia al acceso de Austria al Zollverein. Batalla de Antietam en EE.UU. Lincoln libera a los esclavos de los rebeldes. Los franceses en Cochinchina y Obock. Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard descubre el rol de los nervios vaso-motores. Spencer: *Primeros principios.* Hugo: *Los miserables.* Thiers: *Historia del consulado y el imperio.* De Lisle: *Poemas bárbaros.* Manet: *Lola de Valence.*
P. Ley de amnistía política. Llega al Callao la escuadra española cuya misión compromete la soberanía nacional. Incidente en la hacienda Talambo, que inicia el conflicto. 4/4: muere el presidente San Román. Juan de Arona: *Ruinas.* Corpancho muere en un naufragio al volver al Perú. Deja de aparecer *La Revista de Lima,* entonces bajo la dirección de Palma. *AL.* Francia ocupa la ciudad de México y proclama emperador al Archiduque Maxi-	Impacto de la guerra de secesión sobre la industria textil inglesa. Lasalle funda la asociación de trabajadores alemanes. Bismarck disuelve el Landtag. Revolución en Polonia. Creación de bancos nacionales por los nordistas en EE.UU. Lincoln inicia "reconstrucción" del Sur. Protectorado francés en Camboya. Fundación del Crédit Lyonnais en Francia. Renan: *Vida de Jesús.* Proudhon: *Sobre el principio federativo.* Ibsen: *Los pretendientes.* Littré: *Diccionario de lengua francesa* (—68). Manet: *Almuerzo en la*

1864	14 de julio: nombramiento de cónsul en el Pará, cargo que al parecer no llega a asumir. Viaje a Europa: El Havre, París, Londres. En París conoce a Ascasubi, Gonçalves Dias, Lamartine, Torres Caicedo. Visita la tumba de Musset. Encuentro con Santa Cruz. Lamartine lo decepciona: "En Lamartine, el hombre me desencantó a los cinco minutos. Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda, uno de tantos que pasean el bulevar de la Magdalena" (*Recuerdos de España*)
1865	La situación peruana, ante la amenaza española, acorta el viaje europeo de Palma, que regresa en enero a su país, vía Estados Unidos. En Nueva York se queda un tiempo. Allí encuentra al colombiano Rafael Pombo y se entera del asesinato de Lincoln. Hace una escala en Guayaquil; a bordo de la nave se entrevista con el dictador García Moreno, en plena campaña militar contra sus enemigos. El puerto del Callao está bloqueado por las fuerzas españolas y Palma desembarca probablemente en Paita, en la costa norte. De inmediato se pone a las órdenes de la causa revolucionaria que encarnan Balta y Gálvez. Este es nombrado ministro de guerra y marina, y Palma ocupa el cargo de jefe de sección en ese ministerio. Redactor de *El Mercurio* de Lima. En París aparecen publicados *Armonías* y la *Lira americana,* su recopilación de poetas del Perú, Chile y Bolivia.
1866	Combate del 2 de mayo. Palma y Gálvez, desde la torre La Merced del Callao, participan en la lucha contra la escuadra española. Una

miliano de Austria. Resistencia del gobierno liberal mexicano. Brasil ocupa territorios uruguayos en la frontera. Constitución federal en Colombia. Nueva sublevación proclama la República en S. Domingo. Gobierno federal de Falcón en Venezuela. Nace Julián del Casal.	*hierba.* Sainte-Beuve: *Nouveaux lundis* (—70). Salón de los Rechazados, en París. Primer número de *Petit Journal*
P: El presidente Pezet convoca un congreso americano para encarar el problema bélico con España 14/4: ocupación española de las islas Chincha, en la costa sur peruana. Cisneros: *Edgardo o un joven de mi generación,* "romance americano-español", publicado en París. *AL:* El archiduque Maximiliano y su esposa Carlota aceptan la corona de México. Ofensiva republicana. Mariano Melgarejo gobierna Bolivia. Constitución que establece los Estados Unidos de Venezuela. Nace Federico Gamboa. Muere Gonçalves Dias.	Fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Londres. Cruz Roja Internacional, en Ginebra. Encíclicas papales contra el librepensamiento. Tratado de Viena austro-pruso-danés. Conflicto entre Lincoln y el Congreso. Sherman ocupa Atlanta y Georgia. Reelección de Lincoln. Rohlfs explora el Sahara. Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua.* Spencer: *Principios de biología.* Le Play: *La reforma social.* Los Goncourt: *Renée Mauperin.* Tennyson: *Enoch Arden.* Lombroso: *Genio y locura.* Rodin: *El hombre de la nariz rota.* Degas: *Retrato de Manet*
P: Se firma el tratado Vivanco-Pareja que pone fin defectuosamente al conflicto con España. Indignación nacional. El gobierno de Pezet enfrenta varias revoluciones: el viejo Castilla (que es desterrado a Europa), Balta en Chiclayo, la marina con Lizardo Montero y Miguel Grau, el coronel Mariano Ignacio Prado en Arequipa. Este último derroca a Pezet y asume la dictadura. Primer objetivo: defensa militar. *AL:* Alianza de Argentina, Uruguay y Brasil contra Paraguay. Invasión del Paraguay. Carrión nuevo presidente de Ecuador. Muere A. Bello. Nace José Asunción Silva.	Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Ministerio Russell en Inglaterra. Congreso norteamericano vota abolición esclavitud. Capitulación de Lee en Appomatox. Asesinato de Lincoln. Negativa del Congreso a admitir estados sudistas reconstruidos. C. Bernard: *Introducción a la medicina experimental.* Proudhon: *Sobre el principio del arte.* Carroll: *Alicia en el país de las maravillas.* Tolstoi: *Guerra y Paz* (—69). Los Goncourt: *Germinie Lacerteux.* Arnold: *Ensayos de crítica.* Manet: *Olympia.* Muere Proudhon.
P: 14/1 M. I. Prado declara la guerra a España. Se firman alianzas con Chile, Bo-	Polémica en la Internacional entre proudhonianos y marxistas. Confederación del

bomba vuela la torre y mata a Gálvez. Palma se salva milagrosamente.

1867 Palma sigue la causa revolucionaria de Balta contra el gobierno dictatorial de Prado. "En la primera noche que pasé en Chiclayo tuve, en mi carácter de secretario general, casi ministro de Estado (y no gasté prosa, créanmelo), que acompañar a hacer visitas al futuro presidente constitucional de la República. En todas las casas había jolgorio y se bailaba y cantaba. Poco de piano y mucho de guitarra; nada de vals, polcas, dancitas ni cuadrillas; baile de la tierra, baile criollo, nacional purito" *(La conga)*. Prisión y breve destierro en Guayaquil.
Redactor principal de *La Campana*, periódico satírico y político. Bajo el seudónimo "Un Campanero" publica un librito satírico en verso: *Congreso constituyente*.

1868 Palma, secretario particular del presidente Balta. Luego, senador por la provincia de Loreto. Apogeo de su prestigio político y personal

livia y Ecuador. La flota española ataca Valparaíso y después el Callao. El combate del 2 de mayo termina, pese a la desventaja numérica y de armamento, con la victoria peruana. La flota invasora se retira.

AL: Tratado entre Chile y Bolivia: ésta cede territorios del río Salado y acuerda privilegios económicos para el otro país.

Pompilio Llona: *Cantos americanos.* Del Campo *Fausto.* Montalvo: *El Cosmopolita* (—69). Nace Euclides da Cunha.

Norte de Alemania. Conflicto entre Austria y Prusia. Batalla de Sadowa: fusiles de retrocarga y ferrocarriles para movilización. Venecia se une al reino de Italia. *Black friday* londinense. El Congreso de EE.UU. asegura la igualdad civil a los negros. Fundación del Ku-Klux-Klan.

Dostoievski: *Crimen y castigo.* Verlaine: *Poemas saturninos.* Antología *Parnaso Contemporáneo.* Swinburne: *Poemas y baladas.* Corot: *La iglesia de Marissel.* Offenbach: *La vida parisiense.*

P: Prado convoca un congreso constituyente (18/2) que sanciona una nueva ley fundamental y lo proclama presidente. Estallan revoluciones en Arequipa y Chiclayo.

Arona: *Cuadros y episodios peruanos.*

AL: Bajo la presión de EE.UU., que invoca la doctrina Monroe, Napoleón II retira su apoyo a Maximiliano en México. Las tropas francesas abandonan el país. Maximiliano capitula en Querétaro y es ejecutado. Juárez es reelegido presidente. Bolivia reconoce las reclamaciones territoriales de Brasil en la zona de los ríos Madeira y Paraguay. Guerra civil en Haití.

Isaacs: *María.* Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.* Nace Rubén Darío.

Imperio ultramarino de Inglaterra: 200 millones de habitantes. Etapa de fortalecimiento de los estados nacionales. Conspiración de los fenianos en Inglaterra. Compromiso austro-húngaro, constitución de la Doble Monarquía. Garibaldi invade estado pontificio. Comienzo del reino de "carpetbaggers" en el sur de EE.UU. Constitución federal de Canadá. EE.UU. compra Alaska a Rusia.

Nobel inventa la dinamita. Inauguración del primer cable transatlántico. Exposición Internacional de París. Marx: *El Capital* (Tomo I). Ibsen: *Peer Gynt* y *Brand.* B. Harte: *Bohemian Papers.* Millet: *El Angelus.* Gounod: *Romeo y Julieta.* Muere Baudelaire.

P. Balta asume la presidencia e inicia un vasto programa de desarrollo interno que luego comprometerá la situación financiera por los gastos excesivos y los préstamos extranjeros.

Muere Pardo y Aliaga.

AL. Las tropas aliadas de Brasil, Argentina y Uruguay ocupan Asunción. Guerra de los

Disolución de la sección francesa de la Internacional. Primer congreso de Trade-Unions. Primer Ministerio Gladstone: los liberales en el poder. Revolución en España, huida de Isabel. Prim dictador. Derecho de voto garantido a los negros en EE.UU. Comienza "occidentalización" de Japón.

1869	
1870	En El Havre aparecen sus *Passonarias*, con prólogo de Luis Benjamín Cisneros. "El lector encontrará, pues, en este libro, como habrá encontrado en las *Armonías* del mismo poeta, hermosos versos escritos bajo las impresiones, siempre fogosas, del amor a la patria y a la libertad" (Prólogo).

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
diez años entre Cuba y España. EE.UU. apoya a Cuba. Grito de Lares, en Puerto Rico. Sarmiento presidente de Argentina; estímulo a la educación, comercio e inmigración, y hostigamiento a los grupos indígenas. Nacen Ricardo Jaimes Freyre, C. Reyles y Luis G. Urbina.	Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Dostoievski: *El idiota*. Lautréamont: *Los Cantos de Maldoror*. Browning. *El anillo y el libro*. Wagner: *Los maestros cantores*.
P: Se firma el contrato Dreyfus para la venta del guano; gestión a cargo de Nicolás de Piérola, ministro de hacienda. Pardo y Aliaga: *Poesías y escritos en prosa*. Nuevo tomo de *Teatro* de Segura. *AL:* Revolución contra Juárez en México; se instala un triunvirato militar. Golpe de estado en Ecuador, García Moreno Jefe Supremo. Segundo tratado sobre canal de Panamá. Se funda *La Prensa*, de Buenos Aires.	Concilio del Vaticano. Constitución del partido social-demócrata en el congreso de Eisenach. Tensiones diplomáticas entre Francia y Prusia por la cuestión española. Grant, presidente de EE.UU. Inauguración del canal de Suez. Mendeleiev: ley periódica de los elementos. Dickinson: *Poemas*. Flaubert. *La educación sentimental*. Verlaine: *Fiestas galantes*. Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Hartmann: *La filosofía del inconsciente*. Manet: *La ejecución del emperador Maximiliano en México*. C. Franck: *Las Beatitudes*.
P: Se inicia construcción del ferrocarril Callao-La Oroya, el más alto del mundo, bajo la dirección del ingeniero norteamericano Meiggs. Prosigue la ilusoria bonanza económica del país. *AL:* Un tratado de paz pone fin a la guerra en Paraguay, el que pierde una gran extensión de su territorio y ve diezmada su población masculina. Caída de Melgarejo en Bolivia. Guzmán Blanco, liberal venezolano, asume la autoridad y el control de la política de su país. Se forma el Partido Republicano en Brasil. Asesinato del presidente paraguayo López. Del Campo: *Poesías*. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. Nace Amado Nervo.	Guerra franco-prusiana. Capitulación de Napoleón III en Sedán. Caída del Segundo Imperio. Gambetta proclama en París gobierno de defensa nacional. Alemanes sitian París. Agitación en Irlanda. Dogma de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano. Asesinato de Prim, Amadeo de Saboya rey de España. Primera hilandería mecánica en Japón. Extracción de petróleo inicia nueva revolución industrial. Rockefeller funda la Standard Oil Co. Schliemann: primeros descubrimientos de Troya. Taine: *Sobre la inteligencia*. Disraeli: *Lotario*. Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo*. Delibes: *Coppelia*.

1871	Palma colaborador de *El Correo del Perú*, con numerosas tradiciones "Los números de prima anual que el propietario [Manuel Trinidad Pérez] de *El Correo del Perú* ofrecía a sus suscritores, y en los que colaboró cuanta pluma notable poseía el país, bastan para inmortalizar el nombre de nuestro amigo como hombre de letras y como soldado del trabajo" *(La bohemia de mi tiempo)*.
1872	Primera serie de *Tradiciones*, Imprenta del Estado. Tras los sangrientos sucesos políticos de julio, Palma se retira, decepcionado, de la política.
1873	Gran actividad literaria y periodística. Colabora asiduamente en *El Correo de Lima, La Patria, El Liberal*, y otras publicaciones extranjeras. Publica el estudio *Don Juan del Valle Caviedes, el Poeta de la Ribera*

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P. Inauguración del ferrocarril Pisco-Yca. Se descubren minas de oro en Huacha. Se funda *El Correo del Perú.* Salaverry: *Albores y destellos.* En Valparaíso aparece el *Parnaso peruano* de José Domingo Cortes. Muere Segura. *AL.* Libertad para los hijos de los esclavos en el Brasil. Conflicto de Guzmán Blanco y la Iglesia venezolana. Zañartu, primer presidente chileno de extracción liberal. Nacen González Martínez y Rodó. Muere José Mármol.	Armisticio franco-prusiano. Creación del Imperio de Alemania en Versalles. Revolución de París: la Semana Sangrienta de la Comuna. Estatuto legal de los Trade-Unions en Inglaterra. Escándalo de Tammany-Hall en N. York. Abolición de los clanes y reorganización administrativa en Japón. Darwin: *El origen del hombre.* Renan: *La reforma intelectual y moral.* Bakunin: *Dios y el Estado.* Zola: *Los Rougon-Macquart* (—93). Carroll: *A través del espejo.* Inauguración de la Opera de París. Nace Proust.
P. Conspiración de los cuatro hermanos Gutiérrez contra la reciente elección presidencial en favor de Manuel Pardo, y luego sublevación contra Balta. 22/7: Tomás Gutiérrez se proclama dictador. Repudio popular y protesta del Congreso. El pueblo da muerte a Silvestre y Marcelino ordena la ejecución del presidente Balta en presidio. Marcelino y Tomás víctimas de la ira popular. Asume el poder Manuel Pardo, primer presidente civil del Perú. Althaus: *Obras poéticas.* Nace Enrique López Albújar. *AL:* Muere Juárez; asume el poder S. Lerdo de Tejada en México. Ballivián, presidente de Bolivia. J. Hernández: *Martín Fierro.*	Congreso de la Internacional en La Haya. Don Carlos se proclama rey de España: Nuevas guerras carlistas. La "Kulturkampf" en Alemania. Amnistía de los sudistas, en EE.UU. Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas. S. Butler: *Brewhon.* Spencer: *Estudios de Sociología.* Daudet: *Tartarin de Tarascon.* Brandes: *Grandes corrientes de la literatura europea del siglo XIX.* Bécquer: *Obras completas.* Daumier: *La Monarquía.* Renoir: *Los remeros de Chatou.* Eleonora Duce debuta como *Julieta,* en Verona.
P: Auge de los estudios científicos (Raimondi, Paz Soldán) y de la educación publica. Situación desesperada del fisco. Medidas financieras de Pardo (rebaja de pensiones y montepíos, inconvertibilidad del billete, impuesto a la exportación del salitre) que lo hacen impopular. Tratado de alianza secreta con Bolivia, contra Chile	Crisis económica mundial. El ejército alemán evacua Francia. Abdicación de Amadeo I en España y proclamación de la República. Alianza de los tres emperadores europeos. Monometalismo-oro en Europa y EE.UU. Primera máquina de escribir. Primeras fotografías a color. Marx: edición definitiva

1874 Segunda serie de las *Tradiciones*, Imprenta Liberal de *El Correo del Perú*.

1875 Tercera serie de *Tradiciones*, Benito Gil Editor. Abandona la redacción de *El Correo de Lima*. Amargura por la apatía y confusión del ambiente intelectual. "De diez años acá no ha salido una sola pluma nueva que algo prometa. Los muchachos que se educan en la Universidad son frívolos, pretenciosos, charlatanes e ignorantes. Son cajones de sastre que de todo poseen un retacito, pero que en realidad todo lo ignoran" (Carta a Juan María Gutiérrez, diciembre 10). Se retira a vivir en Miraflores, cerca de Lima.

1876 Se casa con Cristina Román. "Yo, el que por meses y meses, / en prosa y en verso rudo, / contra el sacrosanto nudo / eché tajos y reveses; / yo el eterno solterón, / hice.. lo que hace cualquie-

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
AL: Enmiendas liberales a la Constitución mexicana. Monopolio inglés sobre telégrafos brasileños. Confiscación de iglesias en Guatemala. Nacen Mariano Azuela y Guillermo Valencia. Muere G. Gómez de Avellaneda.	de *El Capital.* Rimbaud: *Una temporada en el infierno.* Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas.* Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días.*
P: Primera locomotora que llega al lago Titicaca, cruzando los Andes. Nace José María Eguren. *AL:* Avellaneda, presidente de Argentina. Se fija la frontera entre Bolivia y Chile. Chile obtiene un acuerdo por el cual los chilenos pueden dedicarse a la industria minera sin pagar impuestos adicionales a Bolivia durante 25 años. Nueva Constitución en Venezuela; ruptura con la Santa Sede. Reformas liberales en Guatemala. Crisis económica en Ecuador. Sousândrade: *Obras poéticas.* J. P. Varela: *La educación del pueblo.* Nacen L. Lugones, Macedonio Fernández y J. Torres García.	Ministerio Disraeli a la caída de Gladstone en Inglaterra. Alfonso XII rey de España. Demócratas reconquistan mayoría en el Congreso norteamericano. Ley contra la prensa socialista en Alemania. Stanley atraviesa Africa. Fundación de la Unión Postal Internacional en Berna. Valera: *Pepita Jiménez.* Grieg: *Peer Gynt.* Primera exposición impresionista (Sala del fotógrafo Nadar). Monet: *La impresión.*
P: Fracaso de la revolución de Piérola contra Pardo. Se dicta el Reglamento General de Instrucción Pública. Nace José Santos Chocano. *AL:* García Moreno asesinado en Ecuador; fin de una larga era de despotismo. Creación de la Universidad de Guatemala y de la Escuela de Minas en Ouro Preto. Salitre en Antofagasta. Alencar: *El sertanero.* Nacen Herrera y Reissig, E. Larreta, Florencio Sánchez.	Las congregaciones expulsadas de Alemania. Congreso de Gotha que reúne a los partidos obreros alemanes. Parnell en la Cámara de los Comunes. Conflicto de Bismarck con Francia. Fundación del *Petit Parisien.* Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. M. Berthelot: *La síntesis química.* Tolstoi: Ana Karenina (—77). Meredith: *La carrera de Beau-champs.* Tennyson: *Reina María.* Bizet: *Carmen.* Saint-Saens: *Danza macabra.* Manet: *Los remeros de Argenteuil.*
P: Segundo gobierno de M. I. Prado. *AL:* Hilarión Daza, presidente de Bolivia.	Disolución de la primera Internacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia.

	ra: / ante una hurí zalamera / ¡Vamos! arrié el pabellon' *(Parte de matrimonio)* Tertulia de Juana Manuela Gorriti en Lima
1877	Cuarta serie de *Tradiciones*, Benito Gil Editor. Publica también *Monteagudo y Sánchez Carrión*, estudio histórico sobre el asesinato del prócer argentino que desata una polémica continental adversa a él, y *Verbos y gerundios*, poesías festivas. "En 1875 formé el propósito de no publicar más tomos de versos.. Te has empeñado en hacérmelo quebrantar, y a fin de que compartas con tu esposo la expiación del pecado te dedico el libro" (Dedicatoria). Junto con Acisclo Villarán y Manuel Atanasio Fuentes (El Murciélago) funda *La Broma*, periódico satírico, donde publica tradiciones que irán a formar el volumen *Ropa vieja* y el divertido *Juicio de trigamia*, humorada en verso escrita en colaboración con Villarán y Fuentes. Dedica a sus hijos Clemente y Angélica, la tradición *La misa negra*, "cuento de la abuelita".
1878	Se traslada con su familia a vivir en el balneario de Chorrillos. Deja de aparecer *La Broma*. Es designado socio correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. La polémica por el trabajo sobre Monteagudo y Sánchez Carrión se extiende por todo el continente "Ser mal juzgado es gaje de quien persigue una verdad y ser maltratado es cosecha del que estampa con rudeza esa verdad Pero yo.. aspiro a merecer de Ud. no *benevolencia* sino estricta justicia . " (Carta a Benjamín Vicuña Mackenna, diciembre 2). La huella anímica de esta polémica será muy profunda y provocará una relación crítica de Palma con la historia de tema contemporaneo

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
Porfirio Díaz derroca a Lerdo de Tejada en México. Latorre: el militarismo en Uruguay. Revolución liberal de Veintemilla en Ecuador. Montalvo: *El regenerador* (—78).	Creación de la Asociación internacional africana. Kock descubre el bacilo del ántrax. Bell inventa el teléfono. Primer motor a explosión construido por Otto. Inauguración del Festival wagneriano de Bayreuth: *El anillo de los nibelungos*. Taine: *Orígenes de la Francia contemporanea*. Mallarme. *La siesta del fauno*. Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer*. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. Zola: *La taberna*. Renoir: *El molino de la Galette*. Institución Libre de Enseñanza, en Madrid.
P: Seria crisis financiera del país. *AL:* Porfirio Díaz, presidente de México; comienza una larga era (hasta 1911) de control absoluto y de gobierno dictatorial. Primeros envíos de carne congelada de Argentina a Europa. Muere J. M. de Rosas en Inglaterra. Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas*.	Guerra ruso-turca. Muerte de Thiers. Hayes, presidente de EE.UU., retira las tropas del sur. Victoria, emperatriz de la India. Reorganización del partido liberal en Inglaterra. Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE.UU. Flaubert: *Tres cuentos*. Mommsen: *El sistema militar de César*. Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de Hartmann. Carducci: *Odas bárbaras*. Rodin: *La edad de bronce*.
P: Tensión por los problemas entre Bolivia y Chile. Muere asesinado el ex-presidente Pardo. *AL:* Se otorga a una compañía francesa la concesión por 99 años para construir el Canal de Panamá. Cuba y España finalizan la guerra de los diez años. Tratado del Zanjón. Gobierno liberal de Trujillo en Colombia. Galván: *Enriquillo* (—82). Lastarria: *Recuerdos literarios*. Nace H. Quiroga. Muere J. M. Gutiérrez.	Humberto I rey de Italia. León XIII Papa. Armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stefano: los turcos entregan Chipre a Inglaterra. Legislación feminista e infantil en Inglaterra. Disolución del Reichstag y leyes antisociales en Alemania. Booth funda el Ejército de Salvación. Edison y Swan inventan la lámpara eléctrica. Utilización de la hulla blanca. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana*. Sully Prudhomme: *La justicia*. Queiroz: *El primo Basilio*. Nietzsche: *Humano, demasiado humano*. Swinburne: *Poemas y baladas*

1879	La guerra con Chile limita su actividad literaria. Colabora en la nueva *Revista Peruana*, fundada por Mariano Felipe Paz Soldán
1880	La guerra sorprende a Palma en su casa de Miraflores, en cuya defensa militar participa. Durante la ocupación chilena de Lima, vive principalmente de colaboraciones en revistas y periódicos extranjeros, entre ellos *La Prensa* de Buenos Aires. "Desde Lima había servido a aquel diario durante la guerra con el carácter de corresponsal rentado, enviando una correspondencia quincenal" *(Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima)*. Muere su padre.
1881	En el incendio de Lima, que sigue a la ocupación chilena, Palma pierde su casa de Miraflores, su biblioteca personal, el manuscrito

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P 5/8 Chile declara la guerra al Perú y Bolivia. Año trágico para el país, que despierta bruscamente de su sueño de bonanza y hegemonía sobre el Pacífico. El presidente M. I. Prado abandona el cargo. Asume el mando Piérola. Combates navales de Iquique y Angamos. Muerte heroica de Miguel Grau, capitán del legendario "Huáscar", último barco de guerra nacional. Batallas de San Francisco y Tarapacá. Las pérdidas peruanas son cuantiosas. *AL:* Lesseps organiza la compañía del Canal, para construirlo en Panamá. Campaña del Desierto, en Argentina. Guzmán Blanco, presidente de Venezuela. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*. Mera: *Cumandá*. Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*. Exposición General de Bellas Artes en Río de Janeiro. Nace A. Arguedas.	Alianza austro-alemana. Fin de la "Kulturkampf". Atentados contra Alejandro II. Consolidación de la Tercera República francesa. Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano. Se inicia difusión de sistemas de enseñanza laica y común. Pasteur descubre el principio de las vacunas. Wundt: laboratorio de psicología experimental. Ibsen: *Casa de muñeca*. Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (—80). Zola: *Nana*. H. James: *Daisy Miller*. Meredith: *El egoísta*. Tchaicovski: *Eugenio Oneguin*. Nacen Klee y Einstein.
P: Sacrificio de Bolognesi en Arica. La guerra naval establece el total control del Pacífico por Chile. Las acciones se extienden a Lima. *AL:* En Nueva York, Martí inicia su campaña revolucionaria final para la liberación de Cuba. Guerra civil en Argentina. Se forma la Liga de Córdoba, cuyo líder es Julio Roca. Buenos Aires es derrotada; se confirma el status de capital sólo al distrito federal. Roca, presidente. Primer cargamento bananero de Costa Rica a N. York. Renuncia Latorre en Uruguay. Montalvo: *Catilinarias* (—81). Othón: *Poesías*. Altamirano: *Rimas* y *Cuentos de invierno*. Hostos funda la Escuela Normal en P. Rico. Muere Del Campo.	Guerra anglo-boer. Elecciones liberales en Inglaterra: Gladstone reemplaza a Disraeli. Decreto contra las congregaciones en Francia. J. Ferry presidente del Consejo Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. Invención de la bicicleta. Maupassant: *Bola de sebo*. Swinburne: *Cantos de primavera*. Tennyson: *Baladas*. Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*. Rodin: *El pensador*. Muere Flaubert.
P: Batallas de Chorrillos y Miraflores. Ocupación chilena de Lima y destrucción de	Salisbury, líder conservador. Muere Disraeli. Alejandro II asesinado, asciende Ale-

de *Los Marañones* —bosquejo de novela— y sus memorias del gobierno de Balta. Luego, alquila con su familia una casa en la calle Veracruz, en Lima. Vive estrechamente, agobiado por la situación del país

1882

1883 Seis series de *Tradiciones*, editadas por Carlos Prince. *El Demonio de los Andes*, conjunto de tradiciones sobre Francisco de Carbajal, aparece publicado en New York por la Imprenta de *Las Novedades*, periódico en el cual colaboraba Palma. José Paz, director de *La Prensa* de Buenos Aires, le ofrece viajar a Buenos Aires como redactor del diario, pero Palma no acepta la propuesta. "Coincidió la inicia-

a Biblioteca Nacional. El presidente Piérola marcha al interior. Desastre nacional. García Calderón y Montero se suceden en el poder. Clausura de *El Comercio*. En el interior, el general Cáceres no acepta la rendición y con sus montoneros abre una campaña de guerrillas contra el ejército chileno.

Muere Althaus.

AL: Un decreto establece la vigencia de la constitución española en Cuba. Constitución en Venezuela, inspirada en la de Suiza. Tratado de límites argentino-chileno.

A. Azevedo: *El mulato*. A. Bello: *Filosofía del entendimiento*. Machado de Assis *Memorias póstumas de Bras Cubas*. Cambaceres: *Pot pourri*. Nace H. Villalobos.

jandro III. Garfield, presidente de EE.UU pero muere en setiembre. Se renueva la alianza de los Tres Emperadores europeos.

Ribot: *Las enfermedades de la memoria*. H James: *Washington Square*. A. France: *El crimen de Sylvestre Bonnard*. Verlaine: *Sagesse*. G. Verga. *Los Malavoglia*. Renoir: *El almuerzo de los remeros*. F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (—91). Nace Picasso. Muere Dostoievski.

P: El general Iglesias lanza "el grito de Montán" (31/8) en el que reconoce la derrota y se compromete a negociar la paz.

Los departamentos del norte lo eligen presidente. Comienza la unificación y reconstrucción del país.

AL: Tratado de límites entre Mexico y Guatemala, por el que se definen fronteras y se pone fin a una disputa territorial en la zona de Chiapas.

Martí: *Ismaelillo*. Pérez Rosales. *Recuerdos del pasado* (—86). Montalvo: *Siete tratados*. La Nación nombra a Martí su corresponsal en N. York.

Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre la enseñanza primaria en Francia. Muere Gambetta. Expulsión de los judíos de Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes restringiendo la emigración a EE.UU. Chinos y japoneses ocupan Seul.

Kock descubre el bacilo de la tuberculosis. Charcot: experiencias en la Salpetrière. Carducci: *Confesiones y batallas*. H. Becque: *Los cuervos*. Manet. *El bar del Folies-Bergere*. Cézanne: *Autorretrato*. Wagner: *Parsifal*. Nacen Joyce y Stravinski.

P: Caceres y sus montoneros derrotados en Huamachuco (10/7); sacrificio de Leoncio Prado. 20/20 se firma el tratado de Ancón y termina la ocupación de Lima. Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años, después de los cuales un

Fundación de la *Fabian Society* en Londres. Plejanov y Akselrod fundan el partido marxista ruso. Los franceses en Indochina y guerra franco-china. Ocupación de Madagascar. Segundo ministerio Ferry.

Dépez realiza el primer transporte de

tiva del propietario de *La Prensa*, con la desocupación de Lima por la autoridad y fuerzas chilenas, y el advenimiento del gobierno nacional representado por el general don Miguel Iglesias, el 23 de octubre de 1883. Cuando en 1879 se rompieron las hostilidades entre el Perú y Chile, yo disfrutaba cédula de cesantía, expedida por el Presidente don Manuel Prado, como oficial primero de Ministerio, habiéndoseme reconocido 19 años 9 meses de servicio" (*Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima*). En cambio acepta la propuesta del presidente Iglesias y del ministro Lavalle para reconstruir y dirigir la Biblioteca de Lima (hoy Biblioteca Nacional) que había sido saqueada por los chilenos. Por este mismo motivo, Palma había firmado una protesta y el general Lynch, gobernador chileno, ordenó su prisión, primero en el segundo piso de la propia Biblioteca ocupada por los chilenos y luego en un buque surto en aguas del Callao, donde pasó doce días. Gestiones de diplomáticos franceses y brasileños lograron su libertad. Palma inicia una gran cruzada entre escritores y amigos de todas partes pidiendo libros para la Biblioteca. Se gana fama de "bibliotecario mendigo".

1884 El 28 de julio se inaugura la nueva Biblioteca, gran obra del esfuerzo y la dedicacion de Palma. "Hace ocho meses que escribí a mis amigos Guillermo Prieto y Pedro Santacilia, rogándoles que influyesen para que literatos mejicanos como Ud., Altamirano, Rosas Moreno, Cuenca, Acuña, Sierra, Peza, Peón y Contreras y otros, favoreciesen con el obsequio de sus libros a la Biblioteca de mi cargo" (Carta a Riva Palacio, 20 de setiembre).

1885 "Todo pueblo tiene una fisonomía propia, un algo especial que lo distingue de los otros. Ese quid humano lo constituyen sus costumbres, las que, para ser fielmente presentadas en el teatro requieren serio y detenido estudio. El poeta cómico tiene que adunar a las galas del buen versificador la severidad del filósofo. No inventa, copia. La sociedad le suministra el cuadro, y el hombre los colores" (*Biografía de Segura*).

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
plebiscito debe decidir su suerte. Gobierno de Iglesias. La guerra ha puesto al país al borde del colapso. Salaverry: *Misterios de la tumba.* Arona: *Diccionario de peruanismos.* Nace Francisco García Calderón. *AL:* Concesión venezolana a Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Otálora presidente de Colombia. Triunfo del movimiento "restaurador" en Ecuador. R. J. Payró: *Un hombre feliz.* Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles.* Castro Alves: *Los esclavos.* Varona: *Estudios literarios y filosóficos.* Sarmiento: *Conflicto y armonía de las razas.*	energía eléctrica a distancia. Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra* (—91). R. L. Stevenson: *La isla del tesoro.* Maupassant: *Una vida.* Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea.* Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu.* Amiel: *Diario íntimo.* Delibes: *Lakmé.* C. Franck: *El cazador furtivo.* Muere Marx. Nacen Kafka, Gropius y Ortega y Gasset.
P: Asamblea constituyente, que ratifica el tratado de Ancón y elige a Iglesias presidente provisional. Clorinda Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas,* con prólogo de Palma. *AL:* P. Díaz reelegido en México y Núñez en Colombia. Alzamiento de Eloy Alfaro en Ecuador. Esclavitud abolida en Ceará, Brasil. Cané: *Juvenilia.* Bilac: *Poesía.* Gavidia: *Versos.* Acevedo Díaz: *Brenda.* Nacen Arévalo Martínez, Eduardo Barrios y Rómulo Gallegos. Muere Alberdi.	Crack bursátil en N. York. Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Los ingleses en Sudán, colonia alemana del sudoeste africano. Ley de seguro social en accidentes del trabajo en Alemania. Minas de oro en Transvaal. Ley Waldech-Rousseau sobre sindicato. Los hermanos Renard construyen un globo dirigle. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado.* Huysmans: *Al revés.* Daudet: *Safo.* L. de Lisle: *Poemas trágicos.* Strindberg: *Casados* (1ª serie). Pereda: *Sotileza.* Bruckner: *Séptima Sinfonía.* A. Gaudí: *La Sagrada Familia.* Seurat: *La grande jatte.*
P: Entra Caceres a Lima, aureolado como "el heroe de la Breña". 16/7: Cáceres adopta el título de presidente; guerra civil. 3/12: renuncia el gobierno de Iglesias. El consejo de ministros queda encargado del poder ejecutivo. L. B. Cisneros: *Aurora amor.* Segura: *Artículos, poesías y comedias,* con biografía de Palma.	Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII rey de España: regencia de María Cristina de Habsburgo. Gabinete Salisbury en Inglaterra. Presidencia de Cleveland en EE.UU. Creación en Berlín del estado independiente del Congo. Los italianos ocupan Massaua y los ingleses Nigeria. Pasteur: vacuna contra la rabia. Maxim inventa la ametralladora. H. Richardson:

1886	Colaborador de *El Ateneo de Lima*. Publica *Enrique Heine: Traducciones,* hechas sobre la versión francesa de Gerard de Nerval, y la *Refutación a un compendio de historia del Perú,* relativa a la obra histórica del jesuita Ricardo Cappa. "Sacerdote prestigioso en el cardumen de jesuitas que, como llovido de las nubes y con escarnio de la legislación vigente, ha caído sobre el Perú, acaba de echar la *capa* a la sociedad limeña, publicando un librejo o compendio histórico en que la verdad y los hechos están falseados, y en el que toscamente se hiere *nuestro* sentimiento patriótico" *(Refutación . . .).* Palma encabeza una campaña para expulsar a los jesuitas del país, que alcanza éxito en octubre.
1887	Colaborador de *El Perú Ilustrado*. Publica sus *Poesías*, volumen que recoge su obra poética hasta la fecha y que incluye *La bohemia de mi tiempo,* "confidencias literarias" sobre la generación romántica peruana. "Rompo el escudo, y arrojo en la arena las armas del combate. ¡Paso a la nueva generación! Se instala la Academia Peruana de la Lengua: Palma, decano de la misma.
1888	Discurso de González Prada en el "Politeama", donde lanza su famosa frase: "¡Los viejos a la tumba; los jóvenes, a la obra!". Ataque radical a la burguesía nacional, al hispanismo, a la Academia y específicamente a Palma. Polémica entre los partidarios de ambos escritores, quienes nunca llegan a una confrontación directa. Profunda quiebra en el ánimo de Palma, cuyo prestigio como tradicionista hasta entonces había sido indiscutido.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
AL. En Brasil se establece la libertad de todos los esclavos mayores de 60 años. Ley de colonización en México. Cambaceres: *Sin rumbo.* Martí: *Amistad funesta.* Darío: *Epístolas y poemas.*	almacenes Marshall, Field & Co., en Chicago. Zola: *Germinal.* Hudson: *La tierra purpúrea.* Laforgue: *Las lamentaciones* Guyau. *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción.* Becque: *La parisiense* Branhms: *Sinfonía Nº 4.* Muere Víctor Hugo.
P: Cáceres, presidente constitucional. Discurso de González Prada en el Ateneo. Asoma otra generación crecida en el horror de la guerra. Nace Ventura García Calderón *AL.* Balmaceda, presidente de Chile. Constitución centralista en Colombia. Definitiva abolición de la esclavitud en Cuba. Díaz Mirón: *Poesías escogidas.* Montalvo: *El espectador* (—89). Podestá estrena *Juan Moreira.* Nacen Güiraldes, Mariano Latorre, Diego Rivera, Delmira Agustini y Manuel Bandeira. Muere José Hernández.	Tratado de Bucarest sobre cuestión servio-búlgara. Crecimiento del socialismo británico. Se concluye el Canadian Pacific. Manifestación obrera en Chicago. Se funda la Federación de Obreros Americanos. Herz descubre las ondas electromagnéticas. Rimbaud: *Las iluminaciones.* Moréas: *Manifiesto simbolista.* D'Amicis: *Corazon.* Kraft-Elbing: *Psicopatología sexual.* Bartholdi: *La libertad iluminando el mundo.* Stevenson: *El extraño caso del doctor Jeckyll y míster Hyde.* Campoamor: *Humoradas.* Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta.*
P: Oposición liberal a Cáceres. Tratado de límites con Ecuador. *AL:* Telégrafo entre México y Guatemala. Primer Concordato entre Colombia y la Iglesia. Restauración del principismo en Uruguay. Rubén Darío: *Abrojos.* Rabasa: *La bola.*	Primera conferencia imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hebridas. Elección de Sadi Carnot en Francia. Disolución del Reichstag. Invención de la linotipo y del neumático Kipling: *Simples cuentos de montañas.* D'Annunzio: *Las elegías romanas.* Strindberg: *Hijo de sirvienta.* Conan Doyle: *Estudio en rojo.* Van Gogh: *El padre Tanguy.* Debussy: *La señorita elegida.* Antoine funda el Teatro Libre.
P: Discurso de González Prada en el Politeama. Nace Abraham Valdelomar. *AL.* Emancipación definitiva de los esclavos en Brasil, sin compensación para los dueños. Rojas Paul presidente de Venezuela. Rebelión de J. Crespo.	Ascensión de Guillermo II. Conflicto germano-norteamericano por las islas Samoa Expedición de Nansen a Groenlandia. Forest: primer motor de gasolina. Maupassant: *Pedro y Juan.* Strindberg: *La señorita Julia.* Ribot: *Psicología de la aten-*

1889	Nace Cristián, otro hijo de Palma, y muere a los diez meses. Los Palma publican un librito de homenaje: *Cristian*, en edición privada. Aparece *Ropa vieja* (séptima serie de *Tradiciones*, Imprenta del Universo de Carlos Prince). "Yo creía haberme conquistado en mi país título para el respeto y consideración de todos mis compatriotas. Obra mía fue la expulsión de los jesuitas en 1886, y obra mía es la restauración de la Biblioteca. Y sin embargo, ha habido mozuelos que, bajo el anónimo, escupan sobre mis canas. Ya ve usted si tengo motivos para estar desencantado" (C a RP, 15 de febrero).
1890	Primera edición extranjera de las *Tradiciones peruanas*, en Buenos Aires. Publica un poema *A San Martín*

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
Rubén Darío: *Azul.* Othón: *Ultimas poesías.* Zorrilla de San Martín: *Tabaré* Hostos *Moral social.* F. Gamboa: *Del natural.* Acevedo Díaz: *Ismael* Altamirano: *El Zarco.* Nacen López Velarde y José Eustasio Rivera. Muere Sarmiento.	*ción.* Gauguin: *El Cristo amarillo* Debussy: *Dos arabescos.* Rimsky-Korsakov: *Sheherezade*
P: Se firma el discutido contrato Grace, que entrega a dicha casa comercial la explotación por 66 años del guano y los ferrocarriles para pagar la deuda externa. Matto de Turner: *Aves sin nido.* *AL:* El ejército brasileño depone al emperador Pedro II, y se proclama la república brasileña. Pacto provisorio de unión entre Salvador, Honduras y Guatemala. Martí: *La edad de oro.* Nacen Alfonso Reyes, Gabriela Mistral y Armando Reverón. Muere Montalvo.	Fundación de la Segunda Internacional en París: 1º de mayo, día de los trabajadores. Conferencia colonial de Bruselas. Huelgas mineras en Alemania y leyes de protección social. Huelga de los *dockers* en Inglaterra. Harrison, presidente de Estados Unidos. Conferencia Panamericana de Washington. Muere Luis I de Portugal. Cecil Rhodes recibe las concesiones africanas. Exposición Internacional de París: la Torre Eiffel. Eatsman: fotografía en celuloide. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* Bourget: *El discípulo.* Yeats: *Peregrinaciones de Oisen* A. France: *Thais.* Hauptmann: *Antes de amanecer.* Palamas: *Himno a Atenas*
P. Remigio Morales Bermúdez, presidente constitucional, adicto a Cáceres. *AL:* Leandro Alem forma la Unión Cívica. Carlos Pellegrini, presidente de Argentina. Primera revolución separatista en Río Grande do Sul. Reclamaciones de EE.UU. contra Venezuela. J. Herrera y Obes: el civilismo en el Uruguay Del Casal *Hojas al viento* Othón *Poemas rústicos* Romero García: *Peonía* A. Azevedo *O cortiço*	Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Acuerdo franco-ruso contra el nihilismo. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo-francesa. Ley de Sherman en EE.UU. Tarifas aduaneras MacKinley. Cecil Rhodes primer ministro del Cabo. Quiebra Banco Baring (Londres). W. James: *Principios de Psicología.* Wundt: *Sistema de Filosofía* Frazer: *La rama dorada.* Zola: *La bestia humana* Valéry: *Narciso habla.* Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Gray* K. Hamsun: *Hambre* Borodin: *El príncipe Igor.* Mascagni *Cavallería Rusticana.* Suicidio de Van Gogh.

1891 Planea el viaje a España, tantas veces postergado. Aparece *Ropa apolillada* (octava y última serie de *Tradiciones*, Imprenta del Universo de Carlos Prince). "La injustificable revolución chilena va de capa caída. Los revolucionarios aunque disponen de gran escuadra, no adelantan camino. El gobierno, con sólo tres barquitos los trae mareados. El ejército gobiernista consta de 30.000 hombres y el de la revolución no llega a 8.000 hombres. Los revolucionarios siguen en Iquique, que geográficamente no es Chile. Iquique para Chile es como Cuba para España. El mar los separa. Entre Iquique y Chile está la costa o litoral de Bolivia. En cinco meses no han podido conseguir los revolucionarios que el ejército se subleve contra Balmaceda que es el Presidente Constitucional" (C a RP, junio 8).

1892 Publica *Filigranas*, versos de álbum, en edición limitada. Viaja a España como representante del Perú a las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América· "En la primera quincena de setiembre me tendrá usted en Madrid. Mi gobierno me ha investido con las prerrogativas de ministro residente y el cargo de delegado del Perú a los congresos americanista, literario y geográfico. Me acompaña en mi viaje mi hija Angélica, chiquilla de trece años. Comprendo que va a servirme de embarazo, pero ¿qué hacer? Ella ha querido acompañarme y soy tan padrazo que he cedido" (C a RP, 15 de julio). También lo acompaña Ricardo, tercero de sus seis hijos. Toma el vapor "Cachapoal": Panamá, Jamaica, Barbados, Cherburgo, Irún, Burgos, Madrid. Encuentros con Zorrilla, Cánovas del Castillo, el conde de Cheste, Menéndez y Pelayo, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray, Valera y otros.
7 de octubre: Congreso de americanistas en La Rábida. "Las señoras congresistas. . estaban vestidas con severa elegancia; y los hijos de Adán de rigurosa etiqueta. Por la variedad de idiomas en que se conversaba, podría decirse que el Congreso, momentos antes de principiarse la sesión, era una Babel" *(R de E)*. En Madrid, Congreso geográfico. Discusiones con la Academia sobre neologismos y americanismos Decepción de Palma ante la intransigencia académica.

1893 Sesenta años. Aparece el primer tomo de la edición espanola de *Tradiciones peruanas*, Montaner y Simón, Barcelona. Mayo: visita La Habana, en viaje de regreso. "No olvidaré jamás, que de agradecido blasono, las atención que de la gente de letras merecí en los doce días de mi permanencia en La Habana" *(R de E)*

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P. Nuevo Ministerio, formado por Justiniano Borgoño Matto de Turner: *Indole*. Muere Salaverry en París *AL*: Guerra civil en Chile: las fuerzas partidarias del parlamento vencen y el presidente Balmaceda se suicida. Conflicto entre Chile y EE.UU. Jorge Montt, nuevo presidente chileno. La compañía de Lesseps encargada del Canal de Panamá se declara en quiebra. Constitución que establece la república federal en Brasil. Machado de Assis: *Quincas Borba*. Martí: *Versos sencillos*.	Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del Transiberiano. Encíclica *Rerum Novarum*. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Th. Hardy: *Teresa de Uberville*. S. Lagerlof: *Saga de Gösta Berling*. Ibsen: *Hedda Gabler*. Cézanne: *Los jugadores de cartas*. Monet empieza *Las ninfas*. Mueren Melville y Rimbaud.
P: Nace César Vallejo en Santiago de Chuco *AL*: Martí funda el Partido Revolucionario Cubano y su periódico *Patria*. L. Sáenz Peña, presidente de Argentina. Crespo se proclama dictador en Caracas. Núñez reelecto en Colombia. Del Casal: *Nieve*. Aparece *El cojo ilustrado* en Caracas. Nace Graciliano Ramos.	Convención militar franco-prusiana. Encíclica *Inter sollicitudines*. Tarifas proteccionistas en Francia. Escándalo de Panamá en Francia. Edison construye el kinetoscopio. Lorentz descubre los electrones. Lenard estudia los rayos catódicos. Hauptmann: *Los tejedores*. M. Menéndez y Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*. Leoncavallo: *I Pagliacci*. Mueren Tennyson, Whitman y Renan.
P. Queda terminada la vía férrea Lima-La Oroya *AL*: EE.UU. interviene para evitar guerra entre Panamá y Colombia. Conflicto con	Proceso de Panamá: condena de Lesseps. Congreso del Independant Labour Party. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacres en Armenia. Segunda presidencia de Cleveland en Estados Unidos:

1894

Aparecen los tomos II y III de las *Tradiciones peruanas,* Montaner y Simón, Barcelona. "Mi tierra cada día más pobre y embarullada con la guerra civil, cuyo término veo todavía remoto. Tal vez tengamos jarana para medio año mas. No sé profetizar, y por eso no me inclino a creer en el triunfo de Tirios ni de Troyanos. *Qui vivra verra*" (Carta a Rubén Darío, 30 de noviembre).

1895

"Ha tiempo que me he declarado en pleno goce de jubilación y cesantía literaria. Harto papel he emborronado y ya es hora de dar reposo a la pluma y también al cerebro. Además, los viejos debemos dejar libre el terreno a la nueva generación, y eclipsarnos" (Carta a Manuel Ugarte, noviembre). Palma se recluye cada día más, sin descuidar la dirección de la Biblioteca.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
los radicales en Argentina. Insurrección liberal ocupa Managua. Cruz e Sousa: *Broqueis*. Del Casal: *Bustos y rimas*. Nacen Huidobro y Mario de Andrade. Mueren Del Casal y Altamirano.	*crack* bursátil y abolición de la Ley de Sherman. Protectorado francés en Dahomey. Protectorado norteamericano en Hawai. Los franceses en Siam. Morey: primer proyector cinematográfico. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y Prosa*. Beardsley: *Salomé* en el Nº 1 de *Studio*. Munch: *El grito*. Verdi: *Falstaff*. El *art nouveau* en Europa.
P: Se vence el plazo de diez años para arreglar la cuestión Tacna-Arica, sin que se convoque el plebiscito previsto. Muere el presidente Morales Bermúdez. Lucha por la sucesión. El general Cáceres asume el mando tras celebrarse elecciones que sus opositores desconocen. Guerra civil. Oposición y campaña de montoneros encabezados por Piérola, jefe del Partido Demócrata. González Prada *Páginas libres*, publicado en París. Nace J. C. Mariátegui. *AL.* Crespo presidente de Venezuela. Conflicto con la Guayana Británica. Bonilla presidente de Honduras. Muere Núñez en Colombia. J. A. Silva. *Nocturno*. H. Frías: *Tomóchic* Acevedo Díaz: *Soledad*. Mueren Mera y Cirilo Villaverde.	Asesinato de Sadi Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II zar de Rusia. Guerra en el Lejano Oriente: los japoneses ocupan Port Arthur. Los italianos invaden Abisinia. Yersin: bacilo de la peste. Roux: suero antidiftérico. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. Kipling. *El libro de la jungla*. S. y B. Webb: *Historia del "Tradeunionismo"*. Debussy: *Preludio a la tarde de un fauno*. Massenet: *Thais*. Rodin: *Los burgueses de Calais*.
P: Las fuerzas rebeldes de Pierola capturan Lima, tras la batalla de Cocharcas. Cáceres se asila. 21/3: Piérola organiza un gobierno provisional con Manuel Candamo como presidente. 8/9: tras una abrumadora victoria electoral, Pierola asume el mando como presidente constitucional Chocano: *Iras santas* y *En la aldea*. Nace Haya de la Torre. Muere Juan de Arona. *AL.* Martí *Manifiesto de Montecristi*. Pri-	Convención sino-japonesa de Pekín. Inauguración del canal de Kiel. Rontgen: los rayos X. Lumière: primer aparato cinematográfico. Expedición polar de Nansen. Herzl: *El estado judío* Valéry: *La tarde con el Sr. Teste*. Wells *La máquina para explorar el tiempo* Conrad: *La locura de Almayer*. Sienkiewics: *Quo Vadis?* Verhaeren: *Las ciudades tentaculares* Crane: *La roja insignia del coraje*. Unamuno: *En torno al casticismo*

1896 Publica *Neologismos y americanismos*, fruto de su preocupación lingüística "El lazo más fuerte, el único quizá que hoy por hoy nos une con España, es el del idioma Y, sin embargo, es esa España la que se empeña en romperlo hasta hiriendo *susceptibilidades* de nacionalismo" *(Ibid)*. Aparece el tomo IV de *Tradiciones peruanas (Ropa vieja)*, Montaner y Simón, Barcelona

1897 *Recuerdos de España, Notas de viaje, Esbozos, Neologismos y americanismos*, impresos en Buenos Aires. "Con salud achacosa y con inaplazables faenas de oficina, no puedo consagrarme a la labor literaria. Ya emborrono el papel muy de tarde en tarde, no por falta de voluntad, sino de tiempo y de humor" (Carta a Miguel Luis Amunátegui Reyes, 4 de diciembre).

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
mera expedición armada cubana. Martí muere en acción militar contra los españoles. Uriburu, presidente de Argentina. Disputas fronterizas entre Argentina y Brasil. Batalla decisiva contra rebeldes brasileños. Se suicida Da Gama. Montalvo: ***Capítulos que se le olvidaron a Cervantes***. Zeno Gandía: ***La charca***. Nacen Juana de Ibarbourou y E. Martínez Estrada. Mueren Gutiérrez Nájera y Jorge Isaacs	Valle Inclán: ***Femeninas***. R. Strauss ***Till Eulenspiegel***. Bourget: ***Ultra-mar***. Gauguin se instala en Tahití
P: Batalla de Huanta, en la que 500 campesinos son muertos. Ley de servicio militar para los varones entre 19 y 50 años. El partido de Cáceres declarado ilegal. Chocano *Azahares* *AL:* Insurrección de los yaquis en México. Intento de asesinato al presidente Crespo en Venezuela. Errázuriz, presidente de Chile. Darío: ***Prosas profanas*** y ***Los raros***. Gutiérrez Nájera: ***Poesías***. R. Barbosa: ***Cartas de Inglaterra*** T. Carrasquilla: ***Frutos de mi tierra*** Se suicida José Asunción Silva.	Los ingleses en Sudán. Los franceses en Madagascar. Fundación del ***Daily Mail***. Primeros Juegos Olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Becquerel: la radiactividad. Ribot: ***Psicología de los sentimientos***. Kropotkin: ***La anarquía***. Bergson. ***Materia y memoria***. Renouvier: ***Filosofía analítica de la historia*** Bjornson: ***Más allá de nuestros poderes***. Puccini: ***La bohemia***. Gauguin: ***Nacimiento de Cristo***. Muere Nobel; se establecen los Premios que llevan su nombre.
P: Se establece el patrón de oro para la moneda nacional. Auge de la explotación del caucho en el oriente peruano. Fitzcarrald, "rey del caucho". Coronación del poeta Luis Benjamín Cisneros. Nace Alberto Hidalgo. *AL.* Gobierno autónomo en Puerto Rico. Polémica Venezuela-Gran Bretaña sometida a arbitraje. Eloy Alfaro incorpora indios a la ciudadanía ecuatoriana. Jaimes Freyre: ***Castalia bárbara***. Lugones: ***Las montañas de oro***. Rodó: ***La vida nueva***. J. A. B. Nabuco: ***Un estadista del Imperio***. (—99).	Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. MacKinley presidente de EE.UU. Fundación del sionismo en Basilea: primer Congreso Internacional israelita. Minas de oro en Klondyke. Polémica en París entre Ferdinand Brunetière y Marcelin Berthelot sobre "el fracaso de la ciencia". Adier: primer vuelo en aeroplano. A. Desmoulins: ***A qué se debe la superioridad de los anglosajones*** A. Gide. ***Los alimentos terrestres*** Wells ***El hombre invisible***. Ganivet: ***Idearium español***. Rostand: ***Cyrano de Bergerac***

1898 "Convaleciente de un ataque de la fastidiosa influenza, apenas si me siento hoy con fuerzas para avisarle recibo de su valioso obsequio" (C a MLAR, 24 de mayo).

1899 *Recuerdos de España*, precedidos de *La bohemia de mi tiempo*. Publica *Tradiciones y artículos históricos*. "Lo desdeñado por mis buenos amigos, Montaner y Simón, era lo suficiente para compaginar otro volumen. Respeto los motivos que para la exclusión tuvieron los editores catalanes, pero yo que amo con amor de padre esos infortunados escritos, quiero hoy reunirlos en este libro, agregándole las tradiciones y artículos que han brotado de mi péñola en los últimos cinco años" (Prólogo)

1900 Publica *Cachivaches*, colección de artículos literarios y bibliográficos. Su actividad literaria es mínima: "En enero de este año declaré muy formalmente en el prólogo de mi último libro que rompía la pluma del literato. Mi antiguo entusiasmo por las bellas letras se ha evaporado, y juicio ardoroso como en justicia merece el arrebatador y patriótico poema de usted, no brota de la pluma de un viejo desencantado ya de la literatura y de sus glorias siempre fugaces" (Carta a José Santos Chocano, 21 de agosto)

Perú y America Latina	*Mundo Exterior*
	Havelock Ellis: *Estudios sobre psicología sexual.* Shaw: *Cándida.* V. Horta: *Casa del Pueblo* (Bruselas). "Le Douanier" Rousseau: *La gitana dormida*
P. Ley del servicio militar obligatorio. Llega a Lima el primer automóvil Chocano: *La selva virgen* *AL* Guerra entre Cuba y España. EE.UU interviene y contribuye a la derrota española. La soberanía de Cuba es reconocida; Puerto Rico, Filipinas y Guam son cedidas a EE.UU. por 20 millones de dólares. Julio Roca, presidente de Argentina. Disputas fronterizas entre Argentina y Chile. Nervo: *Perlas negras.* Tablada: *El florilegio.* G. Valencia: *Ritos.* R. Darío en Europa	Guerra hispanoamericana. Muerte de Bismarck y de Gladstone. EE.UU se anexa las islas Hawai en tanto Filipinas proclama su independencia Los esposos Curie descubren el radio. Zola: *J'accuse* en el caso Dreyfus. Le Bon: *La psicología de las masas.* Blasco Ibáñez: *La barraca.* O. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading.* D'Annunzio: *El Fuego.* Rodin: *Balzac.* Puvis de Chavannes: *Genoveva velando sobre Lutecia*
P. Romaña, presidente. Se firma tratado de extradición con EE.UU. Chocano: *La epopeya del Morro* *AL:* Guerra de los mil días en Colombia. Administración norteamericana en Cuba. Disputa anglo-venezolana: arbitrio ampliamente favorable a Inglaterra pero reconocimiento de la soberanía de Venezuela sobre el Orinoco. C. Castro entra en Caracas, presidente. Rebelión de caucheros brasileños en Acre C. Zumeta: *El continente enfermo.* Nacen Asturias, Borges y Rufino Tamayo.	Conferencia de la Paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse China y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Convención franco-inglesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Revuelta en Filipinas contra los norteamericanos. Segundo proceso Dreyfus Veblen: *Teoría de la clase ociosa.* Haeckel: *Enigmas del Universo.* Maurras: *Tres ideas políticas.* Zola: *Fecundidad.* Ravel: *Pavana para una infanta difunta.* V. Guimard: entradas al Metro de París. Sibelius: *Sinfonía Nº V*
AL. Disputas por cuestiones fronterizas entre Brasil y Francia. Tratado de Nicaragua con EE.UU. para construcción de canal interoceánico. Marroquín presidente de Colombia González Martínez: *Silenter.* Gamboa: *La última campaña.* Rodó: *Ariel.* J. Sierra:	Fundación del Labour Party, de la Federación General de Trade-Unions en Inglaterra y de la Unión general de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París. Fund. de su *Bureau* permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración jornada de trabajo. Fund. Asociación Internacional para

1901	Se encarga de la publicación y comentarios de los *Anales del Cuzco*. "Mi hijo mayor, Clemente, es un mancebo de veintiocho años, doctor en la facultad de Ciencias Políticas y en la de Letras y bachiller en la de Jurisprudencia. Es un cerebro poderoso, y como literato goza de fama en la nueva generación literaria de nuestras repúblicas" (Carta a Antonio Rubió y Lluch, 4 de mayo).
1902	"Yo trabajo muy poco, porque mi salud no me permite derrochar fósforo cerebral. Harta labor tengo con la oficial de la Biblioteca. Sólo de vez en cuando, regularmente los domingos, consagro un par de horas a escribir algo sobre los neologismos y americanismos que la Academia anda retrechera para admitir" (Carta a Carlos Gagini, 30 de enero).

Perú y América Latina	Mundo Exterior
Evolución política del pueblo mexicano. Machado de Assis: *Don Casmurro* Nacen E. Amorim, R. Arlt, L. Marechal y G. Freyre	la protección legal de los obreros. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekin. Los franceses en el Tchad, los ingleses en Pretoria y Transvaal Max Planck, teoría de los *quanta.* Zeppelin: su primer dirigible. Evans: la civilización minoica. Freud: *La interpretación de los sueños.* Husserl: *Investigación lógicas.* Croce: *Materialismo histórico y economía marxista.* Ellen Kay: *El siglo de los niños.* Spitteler: *Primavera olímpica* Harnack: *Naturaleza del cristianismo* Dreiser. *Sister Carrie* Chejov: *Tío Vania* Puccini: *Tosca.* A. Gaudí: *Parque Guell* Mueren Ruskin, Nietzsche, Wilde.
P: Tratado de arbitraje con Bolivia, por un período de 10 años. Chocano *El canto del siglo* y *El fin de Satán* González Prada: *Minúsculas.* *AL:* Constitución en Cuba y adición de la Enmienda Platt que garantiza la intervención norteamericana en la isla. Chile: triunfo de los liberales con su candidato Germán Riesco. Segundo Congreso Panamericano. Darío: *España contemporanea.* Díaz Mirón *Lascas.* Quiroga: *Los arrecifes de coral.* Díaz Rodríguez: *Idolos rotos.* Nacen José Gorostiza y José Lins do Rego.	A la muerte de Victoria es coronado Eduardo VII en Inglaterra. Asesinado el presidente MacKinley en EE UU Le sucede Theodoro Roosevelt. Tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá Formación de la United States Steel Corp. Paz en Pekin Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana* Maeterlinck. *La vida de las abejas* Th Mann: *Los Buddenbrook.* B. Shaw: *Tres piezas para puritanos.* Primer Premio Nobel: Sully Prudhomme. Muere Toulouse-Lautrec. Nace Malraux
P: Tratado de límites con Bolivia. Chocano: *Poesías completas* *AL:* Inglaterra, Alemania e Italia bloquean los puertos de Venezuela como represalia ante la negativa de este país a pagar deudas por daños. Acciones del Canal de Panamá pasan a EE.UU. Othon *Poemas místicos.* D'Halmar: *Juana*	Paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE.UU. Alianza anglo-japonesa. EE.UU. adquiere las acciones francesas del canal de Panamá. Se concluye la construcción del Transiberiano Rutherford estudios sobre la radiactividad Fundación del Carnegie Institution Loisy *El Evangelio y la Iglesia.* Gide: *El inmoralista* C. Doyle: *El sabueso de los Bas*

1903 Publica *Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario. Papeletas lexicográficas,* resultado de "mi chifladura lexicográfica" "Escribo a Ud. a la carrera, en medio del bullicio callejero y de atronadores repiques, pues desde ayer todo es fiesta en mi tierra por haberse ceñido la banda presidencial el nuevo gobernante D. Manuel Candamo" (Carta a Victoriano Agüeros, 10 de setiembre).

1904 Dificultades de Palma con el gobierno provisional de Serapio Calderón; incidente con el ministro de Justicia: "Por patriotismo, como a V. E. consta, he hecho lo posible para no echar a los cuatro vientos mi cuestión con su Ministro de Justicia. Yo no quería dar ante el extranjero el escándalo de que supiesen que, en el Perú, basta que un hombre se conquiste una reputación para que se le humille y ultraje, por el Gobierno, en vez de dispensarle, no diré recompensa, sino consideraciones personales y acatamiento a su mérito" (Carta a Serapio Calderón, 8 de agosto). Su responsabilidad como director de la Biblioteca se le hace ya muy pesada.

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
Lucero Montalvo. *Geometría moral.* Da Cunha *Los sertones.* Graça Aranha: *Canaan.* Nacen Nicolás Guillén, Felisberto Hernández, J. Torres Bodet y Drummond de Andrade Muere Sousândrade.	*kerville.* Croce: *Estética.* Meliés: *Viaje a la luna.* Baroja: *Camino de perfección* Debussy: *Pelléas y Melisande*
P. Miguel Candamo, presidente. Nace el historiador Jorge Basadre. AL Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre al Brasil a cambio de la construcción de una vía férrea. Se suspende el bloqueo de los puertos venezolanos y el asunto se somete al tribunal de La Haya. Independencia de Panamá. Tratado con EE.UU. cediendo la zona del Canal. Cuba cede bases a EE.UU. (Guantámano). Primera presidencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Florencio Sánchez. *M'hijo el dotor.* Bunge: *Nuestra América.* Portinari: *Cargadores de café.*	Muere León XIII ascendiendo Pío X al Pontificado. Condena de la obra de Loisy. Tratado Bunau-Varilla para construir el canal de Panamá. Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el Congreso de los socialistas rusos en Londres. Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos Wright: vuelo en aeroplano. Gorki: *Los bajos fondos.* R. Rolland: *El teatro del pueblo.* Conrad: *Typhon.* S. Butler: *El camino de toda carne* O. Weininger: *Sexo y Carácter.* Hofmannsthal: *Electra.* Dewey: *Estudios de teoría lógica.* Benavente: *La noche del sábado.* Se constituye la Academia Goncourt.
P: Muerte del presidente Candamo; el vicepresidente S. Calderón asume el poder. Elecciones: José Pardo, asume la presidencia el 24 de setiembre. Su gobierno se destacará por la política educativa. Chocano: *Los cantos del Pacífico.* F. García Calderón. *De Litteris.* Clemente Palma: *Cuentos malévolos* Muere L. B. Cisneros. AL: Tratado de Paz entre Bolivia y Chile, que finaliza formalmente la guerra del Pacífico; reconoce la soberanía chilena del litoral, a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. Problemas fronterizos entre Brasil e Inglaterra. Rafael Reyes, presidente de Colombia. Lillo: *Sub-terra.* Lugones: *El imperio jesuítico* Nervo. *Las voces.* F. Sánchez: *La gringa* Nacen Carpentier y Neruda.	Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y destruyen la flota rusa en Vladivostock. Sun Yat-sen funda el Kuo Min-Tang. Ruptura entre Francia y el Papado. Congreso Socialista en Amsterdam Sublevación de los boers en Tranvaal. Pirandello: *El difunto Matías Pascal.* Reymont: *Los campesinos.* London: *El lobo de mar.* Puccini: *Madame Butterfly.* Palamas: *La vida eterna.* R. Rolland: *Juan Cristóbal* (—12). Picasso se instala en el Bateau-Lavoir.

1905 "Sólo entinto la pluma para despachar mi correspondencia y para la rutinaria labor oficinesca. Estoy en idéntica condición a la del peón de hacienda cuando dice: —ya saqué mi tarea, y ahora a descansar bajo la sombra de un sauce" (C a VA, 10 de febrero).

1906 Publica *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería,* Casa Maucci, Barcelona-Buenos Aires. "Hasta 1893 nuestra Academia sesionó con regularidad y con entusiasmo en los que la formábamos. La Academia de Madrid, con su intransigencia para con los neologismos y americanismos, mató el entusiasmo, pues mis compañeros no aceptaron el seguir constituidos en corporación de oropel, que no otra cosa éramos, desde que nuestras iniciativas no se realizaron" (Carta a Mariano Catalina, 16 de marzo).

1907 "...aunque con el alma muy herida por la abundante cosecha de ultrajes que desde 1903 he alcanzado, la simpatía con que honra la

Perú y América Latina	Mundo Exterior
P. Protesta formal por el tratado firmado entre Bolivia y Chile. Tratado de arbitraje con Colombia, para someter al Papa la cuestión de fronteras. Riva-Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente.* Nace Oquendo de Amat *AL:* Levantamiento militar en Argentina. Estrada Cabrera, presidente de Guatemala. EE.UU., administrador de las aduanas de República Dominicana. Brote de fiebre amarilla en la Zona del Canal, que interrumpe la construcción. Motines de protesta en Chile, por carestía. Darío: *Cantos de vida y esperanza.* Lugones: *Los crepúsculos del jardín* y *La guerra gaucha.* Nervo: *Los jardines interiores.* Quiroga: *Los perseguidos.* F. Sánchez: *Barranca abajo.* Henríquez Ureña: *Ensayos críticos.*	Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsu shima. Segunda presidencia de Th. Roosevelt. Constitución de la Central obrera socialista. "Domingo rojo" en San Petersburgo. Ley de 9 horas en Francia. Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. Freud: *Teoría de la sexualidad* Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho.* Rilke: *Libro de horas.* Dilthey. *Experiencia y poesía.* Falla: *La vida breve.* Los *fauves* en Francia. *Die Brucke* en Alemania. Matisse: *La alegría de vivir.* Max Linder en la Pathé. Nace Sartre.
P: *Modus vivendi* firmado con Colombia en relación con la zona del Putumayo. Decreto en favor de la inmigración Chocano *Alma América* (aparece en Madrid, con prólogo de Unamuno). Deja de funcionar la Academia Peruana de la Lengua. *AL:* Tensión política y ocupación militar norteamericana en Cuba. Pedro Montt, presidente de Chile. El general Alfaro, presidente de Ecuador, tras una revuelta. Disputas fronterizas entre Brasil y Holanda. El brasileño Santos Dumont realiza su primer vuelo en aeroplano. "Fray Mocho": *Cuentos.* R. J Payró: *El casamiento de Laucha.*	Encíclica *Vehementer nos* y condena por Pío X de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Vuelos en aeroplano de S Dumont. Eijkman: sobre las vitaminas Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplon. Descubrimiento de la reacción de Wasserman. Keyserling. *Sistema del mundo.* Sinclair: *La Jungla.* Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (—28). Nace Beckett.
P Tropas peruanas incursionan en la frontera brasileña, por la zona de Leticia y	Encíclica *Pascendi* contra el modernismo Segunda Conferencia de La Haya. Acuer-

juventud mis canas, es como un bálsamo refrigerador. Soy el último escritor que queda de la generación a que pertenecieron los Mendiburu, los Paz Soldán, los Távara, los Lorente, los Odriozola y otros notables cultivadores de la historia nacional .. (Carta a Alberto Larco Herrera, 26 de febrero).

1908	Su médico le prohibe escribir. Tiene ahora 75 años.

capturan el pueblo de Tabatinga. Tratado de amistad con Chile, el primero que se firma desde la guerra de 1879.

Francisco García Calderón: *Le Pérou Contemporain*. Aparece la revista *Contemporáneos* en Lima

AL: Huelga general en Chile. Guerra de Nicaragua contra Honduras y El Salvador; intervención de EE.UU. Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas. Conferencia Centroamericana en Washington.

Azuela: *María Luisa*. José Antonio Ramos: *Una bala perdida*. D. Agustini: *El libro blanco*. Darío: *El canto errante*. Larreta: *La gloria de don Ramiro*. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*.

do anglo-ruso sobre Asia. La triple Entente. Gustavo V rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell

Willstatter: estudios sobre la clorofila. Lumière: la fotografía en colores. Bergson: *La evolución creadora*. S. George: *El Séptimo anillo*. Gorki: *La Madre*. W. James: *Pragmatismo*. Rousseau: *La encantadora de serpientes*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matyinski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni*.

P: Un tratado firmado con Brasil asegura la navegación por el río Caquetá. Fracasa intento revolucionario el 8/5. Servicio telegráfico inalámbrico en la región amazónica. 24/9: Augusto B. Leguía, presidente constitucional.

González Prada: *Horas de lucha*. Chocano: *Fiat Lux*. Aparece la revista *Variedades*. Nace Rafael de la Fuente Benavides (Martín Adán)

AL: Atentado contra el dictador Estrada Cabrera en Guatemala. J. V. Gómez se autoproclama presidente de Venezuela: lo será hasta 1935. Inquietud social y política represiva en Chile. Se retiran de Cuba las tropas de intervención norteamericana. Los Países Bajos, tras un incidente diplomático, bloquean los puertos venezolanos. Madero, candidato del antirreleccionismo en México.

Payró: *Pago Chico*. Quiroga: *Historia de un amor turbio*. Laferrere: *Las de Barranco*. Muere Machado de Assis.

Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. La jornada de 8 horas es instituida en las minas británicas. Revolución de los "jóvenes turcos".

Blériot atraviesa la Mancha en avión. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. France: *La isla de los pingüinos*. Pound: *A lume spento*. J. Romains: *La vida unánime*. Ravel: *Mi madre la oca*. Bartok: *Cuarteto para cuerdas Nº 1*. Picasso: *Las muchachas de Avignon*. Galería Kahnweiler: exposición cubista.

1909 "Hasta 1850 se siguió viviendo, en Lima, la vida colonial, como en los días de los virreyes Abascal y Pezuela. Nada cambió en mi tierra sino un tratamiento: al 'excelentísimo señor virrey' se le sustituyó con el 'excelentísimo señor presidente'. Continuaba, socialmente, dominando la aristocracia de los pergaminos y de la sangre azul; y por entonces, cuando se quería amenguar al que, con título o sin título, se 'aristocratizaba' era frase corriente la de: 'Este es de contrabando, como los de Ovando' " (Carta al marques de Laurencín, 18 de agosto).

Sólo escribe cartas a sus amigos y corresponsales. Vive en los altos de la misma Biblioteca.

1910 Publica *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas*, Casa Maucci, Barcelona-Buenos Aires. "Hace tres meses dos de los diarios de Lima y muchos de las provincias del Perú lanzaron la idea de mi coronación literaria. La Municipalidad de Lima en una de sus sesiones del mes de enero aceptó el propósito por unanimidad de votos, designando para la ceremonia el 28 de julio de este año .. Entonces salté yo renunciando a tamaña honra, y fundando mi negativa en gran copia de razones. Los jóvenes iniciadores se han disgustado un poquito conmigo; pero, en cambio, toda la gente seria me ha felicitado por rechazo [sic]" (Carta a Daniel Granada, 5 de abril).

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
P: Restricción a la inmigración china. 29/5 partidarios de Piérola intentan un golpe de estado contra Leguía. Atacan el palacio de gobierno y capturan al presidente y su gabinete. En una hora, las tropas leales los rescatan y sofocan la insurrección. Tratado con Brasil que establece principios generales para el comercio y la navegación en la cuenca amazónica. González Prada: *Presbiterianas*. Nace Ciro Alegría. Mueren Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera. *AL:* Entrevista Taft-Díaz en México. Nicaragua: incidente con EE.UU. por el fusilamiento de dos norteamericanos. Cae Reyes en Colombia. Graves disturbios el 1º de mayo en Buenos Aires. Colombia reconoce la soberanía de Panamá. Blest Gana: *El loco Estero*. A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. Azuela: *Mala yerba*. Lugones: *Lunario sentimental*. Rodó: *Motivos de Proteo*. Ateneo de la Juventud en México. Nacen Guimarães Rosa y J. C. Onetti. Muere Euclides da Cunha.	Taft presidente de EE.UU. Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austríaco a Servia. Mohamed V, sultán de Turquía. Peary en el Polo Norte. Ford fabrica tractores. Lenin: *Materialismo y Empiriocriticismo*. Maeterlinck: *El pájaro azul*. Bourdelle: *Heracles arquero*. Gide: *La puerta estrecha*. F. L. Wright: *Robie House* (Chicago). F. T. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Ballets rusos de Diaghilev en París.
P: Ruptura de relaciones con Chile debido a la expulsión de sacerdotes peruanos en Tacna y Arica. Tensión bélica con Ecuador. Ambos países acuerdan luego retirar sus tropas de la frontera y aceptan la mediación de Brasil, Argentina y EE.UU. para resolver problemas fronterizos. Jorge Chávez realiza el primer vuelo sobre los Alpes; muere días después. Problemas de fronteras con Bolivia. Ventura García Calderón: *Del romanticismo al modernismo*. José Gálvez: *Bajo la luna*. *AL:* Porfirio Díaz, en México, encarcela a Madero, único candidato opositor, y se autoelige para otro período. Rechazo popular. Comienza la Revolución Mexicana. Ro-	El Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. George V asciende al trono a la muerte de Eduardo VII. Venizelos preside el Consejo en Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: Huelga de ferroviarios y ley de pensiones de vejez. Pavlov: Reflejos condicionados. Rostand: *Chantecler*. N. Angell: *La gran ilusión*. Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Mack Sennet: *The splastick comedy*. B. Russell-Whitehead: *Principia Mathematica*. R. Tagore: *Gitanjali*. Claudel: *Cinco grandes odas*. Stravinski: *El pájaro de fuego*. Muere Tolstoi.

1911 Segunda edición de *El Demonio de los Andes*. Casa Maucci, Barcelona-Buenos Aires. Publica sus *Poesías completas* en Barcelona. "Todo el cariño literario que abrigo por mis Tradiciones o leyendas en prosa, sólo puede igualarse al despego que siento por mis renglones rimados. Si en los días de la mocedad pudo el amor propio alucinarme hasta el punto de creerme poeta, hoy, en horas de desencanto senil y de razonamiento frío, apenas si me tengo por mediano versificador" (Prólogo).

Aparecen las *Tradiciones selectas del Perú*, A. J. Sagrestán y Cía., Callao. En enero muere Cristina Palma. En agosto publica su *Memoria de la Biblioteca Nacional*, que será la última. "Veo con íntima amargura que mi tan fatigosa como entusiasta tarea de más de un cuarto de siglo está en peligro de esterilizarse si el Supremo Gobierno y la Representación Nacional no prestan preferente atención al parágrafo final de esta Memoria, acaso la última que presentaré, pues las dolencias físicas propias de la ancianidad y el desaliento de mi espíritu ante la inutilidad de mis gestiones para que el país ostente su tesoro bibliográfico en edificio digno del nombre y de la cultura nacional, serían fundados motivos para que yo hiciera renuncia de la dirección, dejando a un sucesor más afortunado la realización de lo que fue mi ideal perenne".

1912 Sus dolencias físicas se agravan. Su hija Angélica le escribe las cartas. Incidente relativo a la dirección de la Biblioteca Nacional, que conducirá a un nuevo encuentro con González Prada. Su hijo Clemente, que trabajaba como Conservador de la Biblioteca, ataca al gobierno de Leguía en diversos artículos publicados en *Variedades;* el 13 de febrero lo separan del cargo. "Hasta aquí, todo era correcto; pero, a la vez, me imponía para reemplazarlo a persona por mí desconocida y de cuya ilustración no había llegado hasta mí la menor noticia. Esto era atentatorio a mis prerrogativas como Director, pues el reglamento expedido en 1884 y que ha sido acatado por todos los

que Sáenz Pena, presidente de Argentina; se establece el voto universal y secreto. Carlos Restrepo, presidente de Colombia. Revolución en Nicaragua. Estrada Cabrera otra vez en el poder en Guatemala.

Darío: *Poema de Otoño.* M. Ugarte: *El porvenir de América Latina.* Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra.* Nace Lezama Lima. Mueren Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.

P: Disturbios en la frontera con Chile y Colombia. Tratado comercial con Bolivia. Se promulga la ley de accidentes de trabajo.

González Prada: *Exóticas.* Eguren: *Simbólicas.* Alberto Ureta: *Rumor de almas.* Nace José María Arguedas.

AL: Porfirio Díaz renuncia al poder. Madero elegido presidente. Emiliano Zapata formula el Plan de Ayala. Segunda presidencia en Uruguay de José Batlle y Ordóñez: amplia legislación social y laboral.

Barret: *El dolor paraguayo.* Reyes: *Cuestiones estéticas* González Martínez: *Los senderos ocultos.* Azuela: *Andrés Pérez, maderista.*

Taft disuelve la Standard Oil y la Tobbaco Co. Sun Yat-sen proclama la República de Nankin. Golpe de Agadir. Guerra ítalo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. Amundsen en el Polo Sur. Seguros sociales en Inglaterra.

Rutherford: teoría atómica nuclear. de la Serna: *Greguerías.* D. H. Lawrence: *El pavo real blanco.* Mansfield: *Una pensión alemana.* Claudel: *El rehén.* Strauss: *El caballero de la rosa.* Maillol: *Flora.* Debussy: *El martiro de San Sebastián.* Kandinski y P. Klee fundan *El jinete azul.* M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera Nº 1.*

P. Informe de Sir Roger Casement, cónsul británico, sobre trabajos forzados y casos de crueldad realizados por las compañías caucheras contra los indígenas de la zona del Putumayo. El Papa condena estos hechos en una encíclica; ordenadas las investigaciones por el Congreso, Julio C. Arana, director de la British Rubber Company, es encontrado culpable. 24/9: Guillermo Billinghurst, presidente constitucional. Se

Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos servios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Trabajo en cadena en las fábricas Ford.

Hopkins: las vitaminas. Claudel. *La anunciación a María.* Shaw: *Pigmalión.* Ravel: *Dafnis y Cloé.* Barrès: *Greco o el secreto de Toledo.* A. Schoenberg: *Pierrot Lunaire*

gobiernos que se han sucedido desde entonces, me facultaba para proponer la persona que yo estimara apta para ocupar el puesto del destituido. Mi dignidad de funcionario y de hombre me imponía el deber de renunciar un empleo que he servido durante 28 años y medio. El gobierno no aceptó mi renuncia y declaró en su decreto que estaba ***ampliamente satisfecho*** de mí. Ante este procedimiento elevé propuesta en favor de un distinguido joven intelectual [Alberto Ureta]; pero casi a la vez el Gobierno expedía un decreto derogatorio de mi prerrogativa reglamentaria e insistía en el nombramiento del favorecido por la designación presidencial. Presenté nueva renuncia, la que fue aceptada. Pocos días después se nombró para ocupar mi puesto a don Manuel González Prada.. (C a MC, 17 de marzo). El 11 de marzo un grupo de intelectuales y amigos de Palma le ofrece un gran homenaje con carácter de desagravio nacional en el Teatro "Municipal". González Prada contesta con una agresiva *Nota informativa sobre la Biblioteca Nacional de Lima,* donde critica la gestión administrativa de Palma, principalmente por su manejo poco técnico y excesivamente personal. Este levanta los cargos en sus *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima.* Desde fines de marzo se ha retirado a la casa de Miraflores, que ya no abandonará.

1913 Su vista se debilita y su actividad, fuera de la de mantener su correspondencia, es mínima. "Muy pocos de los que hace medio siglo admiramos los albores de la genialidad de don Nicolás de Piérola, quedamos en pie. La ausencia eterna de quien fue la cumbre de una generación acongoja hondamente a los que, en el llano, contemplamos la excelsitud" (Carta a Joaquín Capelo, 25 de junio).

1914 El nuevo gobierno del coronel Oscar R. Benavides desagravia a Palma nombrándolo director honorario de la Biblioteca. González Prada es destituido. Lo reemplaza Luis Ulloa. "Hoy seremos muy po-

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
firma un acuerdo para extender la ocupación chilena de Tacna y Arica hasta que se realice el plebiscito. Francisco García Calderón *Les démocraties latines de l'Amerique* y *La creación de un continente.* José Gálvez: *Jardín cerrado.* Revista *América,* en París, de los hermanos García Calderón. *AL:* Francisco Madero gana poder en México. Ecuador: linchamiento del presidente Alfaro. Intervención de los "marines" en Nicaragua y Honduras. Revueltas en Paraguay. Azuela: *Sin amor.* Revista *Mundial,* de Darío, en París. Nacen Pablo Antonio Cuadra, Jorge Amado y Ernesto Sábato.	Machado: *Campos de Castilla.* Valle Inclán: *Voces de gesta.*
P: Muerte del ex-presidente Piérola. Protocolo de límites firmado con el Brasil. Valdelomar gana el concurso de *La Nación* de Lima, con el cuento *El caballero Carmelo.* *AL:* Se precisan los límites entre Bolivia y Argentina. Nuevos derechos de protección sobre el Canal de Panamá son concedidos a EE.UU. Madero es muerto a tiros y Victoriano Huerta asume el poder. Venustiano Carranza encabeza el movimiento de resistencia a Huerta. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para explotación petrolera. Fuerte aporte inmigratorio a Argentina. Delmira Agustini: *Los cálices vacíos.* Gallegos: *Los aventureros.* Rodó: *El mirador de Próspero.*	Turquía reinicia las hostilidades y nueva guerra balcánica. Poincaré presidente de Francia; Wilson de EE.UU. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas. Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis rayos X. Freud: *Totem y Tabú.* Husserl: *Filosofía fenomenológica de la vida.* Proust: *En busca del tiempo perdido* (—27). Stravinski: *La consagración de la primavera.* Apollinaire: *Alcoboles* y *Los pintores cubistas.* A. Fournier: *El gran Meaulnes.* Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida.* Azorín: *Clásicos y modernos.* Malevich: *Manifiesto del Suprematismo.* M. Duchamp *Rueda de bicicleta* (ready made). Chirico: *Plaza de Italia.* Exp. en la *Armory Show* de N. York.
P: Levantamiento del coronel Benavides que conduce a la renuncia del presidente Billinghurst, quien marcha al exilio. 15/5:	Primera guerra mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Austria, Hungría, Alema-

cos los hombres cuyo cerebro no se halle absorbido por la estupenda y fenomenal guerra europea, de la cual el fantástico capricho y la vanidad del emperador alemán está haciendo víctimas no sólo a los europeos y asiáticos, sino también a nosotros, los pobrecitos hijos de la América Latina. La disminución de rentas fiscales por la perturbación aduanera nos está partiendo por el eje" (C a DG, 20 de diciembre).

1915 Nuevas ediciones de *El Demonio de los Andes* y de *Poesías completas,* Casa Maucci, Barcelona. Publica en *La Prensa* de Buenos Aires la tradición *Una visita al mariscal Santa Cruz,* "lo último que he escrito por compromiso ineludible" ("Autobiografía" en *Las mejores tradiciones peruanas.)*

1916 Febrero: González Prada vuelve a ocupar su cargo de director de la Biblioteca. Palma renuncia a su nombramiento de director honorario. Intentos por dar nueva vida a la Academia peruana. "Cuento ya

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
Benavides elegido presidente provisional por el Congreso. 21/2: un decreto declara la neutralidad peruana en la guerra europea *AL*. EE.UU. ocupa Veracruz. Carranza, con el apoyo del general Obregón, desaloja del poder a Huerta. Guerra entre Carranza y Francisco Villa, quien domina en el norte. Apertura del Canal de Panamá. Presiones económicas de Francia y Alemania sobre Haití. Nervo: ***Serenidad.*** Darío: ***Canto a la Argentina.*** Gálvez. ***La maestra normal.*** Arévalo Martínez: ***El hombre que parecía un caballo.*** Huidobro: ***Las pagodas ocultas.*** Nacen Nicanor Parra, Octavio Paz, Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares. Muere Delmira Agustini	nia y Turquía. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia. Declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. Asesinato de Jaurés. Muerte de Pío X. Benito XV Papa. Ley anti-trusts en EE.UU. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne Joyce: ***Dublineses.*** Kafka: ***En la colonia penitenciaria.*** Ortega y Gasset: ***Meditaciones del Quijote.*** Alban Berg asiste a la representación de ***Wozzeck.*** Chaplin: ***Carlitos periodista***
P: 18/8 José Pardo asume el poder como presidente constitucional. Se promulga la ley de libertad religiosa. J. Gálvez: ***Posibilidad de una literatura genuinamente nacional.*** Valdelomar: ***La Mariscala.*** *AL:* EE.UU. y otras quince naciones reconocen a Carranza como presidente *de facto*. Obregón recaptura la ciudad de México del poder de Villa. Intervención militar norteamericana en Haití, tras la cual se establece el protectorado de la isla. Tratado entre Argentina, Brasil y Chile que dispone el arbitraje para resolver disputas. Gonzalez Martínez: ***La muerte del cisne.*** Barrios. ***El niño que enloqueció de amor.*** Guiraldes: ***El cencerro de cristal.*** Palés Matos: ***Azaleas***	Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso. Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. Kafka: ***La metamorfosis.*** Maiakovski: ***La nube en pantalones.*** R. Rolland: ***Por encima de la contienda.*** Falla: ***El amor brujo.*** D. W. Griffith: ***El nacimiento de una nación***
P: 15/3 el presidente Pardo renuncia por motivos de salud; lo sucede el vice-presidente Ricardo Bentín. Salario mínimo y	Batalla de Verdun y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda conferencia

cerca de cinco años de invalidez que mis hijas se afanan por hacer llevadera. Entre mis amigos de Lima cuento aún con algunos que, de vez en cuando, vienen a distraerme con afectuosa charla. El próximo 7 de febrero completaré, *Deo volente,* ochenta y cuatro febreros. Me aguanto sobre la máquina y no paso de ser un espectador más del presente social. Intelectualmente, soy un cero a la izquierda. Ni leo ni escribo" (Carta a Francisco Sosa, 31 de octubre).

1917 Aparecen *Las mejores tradiciones peruanas,* Casa Maucci, Barcelona, con una brevísima autobiografía, seleccionadas y prologadas por Ventura García Calderón. En diciembre se incorporan los nuevos miembros de la Academia peruana, cuyo funcionamiento tanto ha preocupado a Palma.

"El 15 de febrero fue asesinado el más prestigioso y aplaudido de nuestros periodistas humorísticos, don Leonidas N. Yerovi. El duelo ha sido infinito, pues excedieron de 20.000 las personas que acompañaron al cementerio el cadáver del popularísimo y simpático poeta. Yerovi ha desaparecido a la edad de 35 años, asesinado por un joven chileno de 26; asunto de bastidores y del eterno *quién es ella*" (Carta a Emilio Cotarelo, 27 de enero [sic]).

pago en moneda nacional a los trabajadores rurales.

Eguren: *La canción de las figuras.* Aparece *Colónida,* revista dirigida por Valdelomar.

AL: Hipólito Yrigoyen, presidente de Argentina. Nueva intervención militar de EE.UU. en Cuba. Fuerzas expedicionarias norteamericanas en México, después de producirse acciones militares de Villa en Nuevo México. Carranza se opone a la amenaza extranjera. Ocupación militar norteamericana en República Dominicana.

Huidobro: *Adán.* López Velarde: *La sangre devota.* Lugones: *El payador.* Lynch: *Los caranchos de la Florida.* Azuela: *Los de abajo.* Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte.* Muere Rubén Darío.

socialista internacional. Congreso socialista francés. Formación del Spartakusbund en Alemania.

Barbusse: *El fuego.* (Premio Goncourt). Freud: *Introducción al psicoanálisis.* Pareto. *Sociología.* Joyce: *Retrato del artista adolescente.* Dewey: *Democracia y educación.* Primera manifestación "Dada"

P: Submarino alemán hunde barco peruano en las costas de España. El Congreso aprueba la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. El Perú notifica a Gran Bretaña y EE.UU. que sus puertos están abiertos al paso de sus naves.

Ureta: *El dolor pensativo.* Hidalgo: *Panoplia lírica.* Asesinato del poeta Leonidas Yerovi; discurso necrológico de Valdelomar.

AL: Se retiran las tropas norteamericanas de México. Nueva constitución mexicana: sufragio universal, control del estado sobre sus recursos naturales, restricción del poder de la Iglesia católica, jornada de ocho horas, salario mínimo, reforma agraria y urbana, etc. Carranza elegido presidente. Constitución establece el gobierno colegiado en Uruguay y retira a la Iglesia el apoyo del estado. Submarinos alemanes hunden barcos argentinos. La Jones Act hace de Puerto Rico un territorio norteamericano. Unos 18 mil portorriqueños son reclutados para la guerra contra Alemania. Once paí-

EE.UU. declara la guerra a Alemania. Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II. Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia.

P. Valéry: *La joven Parca.* Ramuz: *La gran primavera.* A. Machado: *Poesías completas.* Lenin: *El estado y la revolución.* Mary Pickford: *Pobre niña rica.* Original Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step.* (1er. disco de jazz). Mondrian: De Stijl.

1918

Palma renuncia al cargo de director de la Academia peruana, y lo nombran director honorario. "Cada día es mayor el quebranto de mi salud, y tanto que, sin fuerzas para el trabajo, he tenido que renunciar la dirección de la Academia, renuncia a que, por unanimidad, no asintieron mis compañeros; pero convinieron en declararme director honorario ad perpetuam, con el académico ilustre don Xavier Prado y Ugarteche, Rector de la Universidad de Lima, como director efectivo; para él van a ser el trabajo y las fatigas; decididamente los ochentaicinco que llevo a cuestas fuman en pipa" (C a DG, 27 de febrero). Palma se entera de la muerte de González Prada.

1919

Muere en la madrugada del 6 de octubre, a los 86 años, en su casa de Miraflores. "Pasó el día 5 de octubre silencioso y cansado; se acostó al atardecer; en la madrugada despertó, pidiéndome con su voz siempre viril y sonora que le dijera unos versos, nunca sabré si recordados o soñados: —¿Cómo son —me preguntó— esos versos que empiezan.. *como tú, como ella...?* —Mañana los buscaremos, ahora duérmete —le rogué. Cerró los ojos, tranquilo, al poco rato

Perú y América Latina	*Mundo Exterior*
ses latinoamericanos rompen relaciones con Alemania Nervo: *Elevación*. Huidobro: *Horizon carré*. Güiraldes: *Raucho*. Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac*. A. Malfatti: Exposición de arte moderno, en Brasil. Nace Roa Bastos. Muere Rodó.	
P: Captura de ocho barcos alemanes en el Callao. Ley relativa al trabajo de mujeres y niños, prohibiendo el empleo de menores de 14 años. Retiro de los cónsules peruanos de Chile como consecuencia de la disputa relativa a Tacna y Arica. Vallejo: *Los heraldos negros*. Valdelomar: *El caballero Carmelo* y *Belmonte, el trágico*. Muere González Prada. *AL:* México declara que el petróleo es un recurso natural inalienable y transforma los títulos de propiedad en concesiones. Protesta norteamericana e inglesa. Se forma la Confederación Regional Obrera Mexicana. Argentina, primer exportador de carne en el mundo. Manifiesto de la juventud en Córdoba. Venezuela, exportador de petróleo. Terremoto en Guatemala. Azuela: *Las moscas*. Huidobro: *Tour Eiffel*, *Halalli*, *Ecuatorial* y *Poemas árticos*. Latorre: *Cuna de cóndores*. A. Storni: *El dulce daño*. Pocaterra: *Tierra del sol*. M. Lobato: *Urupês*. Gallegos: *El último solar*. Nacen Rulfo y Arreola.	Fin de la Primera Guerra Mundial. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los aliados y los soviets. Lenin establece el gobierno en Moscú. Asesinato de Nicolás II. Se vota la Constitución soviética. Creación de la Tcheka Spengler: *La decadencia de Occidente*. Kautsky: *La dictadura del proletariado*. Ozenfat y Le Corbusier: *Después del cubismo*. Apollinaire: *Caligramas*. García Lorca: *Impresiones y paisajes*
P. 13/1: huelga general en Lima y Callao. Depresión económica y malestar político. 4/7: golpe de estado de los partidarios de Leguía contra el presidente Pardo. 20/7: Leguía, presidente *de facto*. 12/10: Leguía, proclamado presidente constitucional. Se inicia un largo período, llamado "el once-	10 millones de muertos: saldo de la Primera Guerra Mundial. Desintegración del imperio austro-húngaro por el tratado de Saint Germain-en-Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita a Alemania sus colonias. Se funda la III Internacional Comunista en Moscú. Aparición de los "fas

le oí suspirar profundamente, de una manera extraña, corrimos todos a rodear su lecho; su vida terrena había terminado . . ." (Angélica Palma: *Ricardo Palma*). Sus funerales tienen carácter nacional El gobierno dispone que se le tributen honras fúnebres correspondientes a la categoría de ministro de estado, las que se realizan ante una gran concurrencia.

Número de homenaje de la revista *Mercurio Peruano*, en el que colaboran, entre otros, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Beltroy, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, José de la Riva-Agüero, Ventura y Francisco García Calderón.

nio", cuya herencia trágica fueron enormes deudas públicas, grave crisis nacional y paralización de la actividad política. 27/12: una nueva Constitución prohibe cualquier religión que no sea la católica, establece la educación obligatoria, el seguro por accidente de trabajo, arbitraje obligatorio en las disputas entre patrones y obreros, e impuestos escalonados a la renta.

Hidalgo. *Jardín zoológico.* Muere Valdelomar.

AL. Tropas norteamericanas en Honduras. Huelga portuaria y represión en Argentina. Baltasar Brum, presidente de Uruguay. Embargo de armas norteamericanas para México.

Gálvez: *Nacha Regules.* A. Arguedas: *Raza de bronce.* Nervo. *La amada inmóvil.* Ibarbourou: *Las lenguas de diamante.* Nace Alberto Girri. Muere Nervo.

cios" en Italia. Se crea la "Sociedad de Naciones".

Gide *Sinfonía pastoral.* Jakobson: *La nueva poesía rusa.* Ungaretti: *La alegría.* Hesse *Demian.* Gropius crea la *Bauhaus.* J. R. Jiménez: *Piedra y cielo.* Movimiento ultraísta en España.

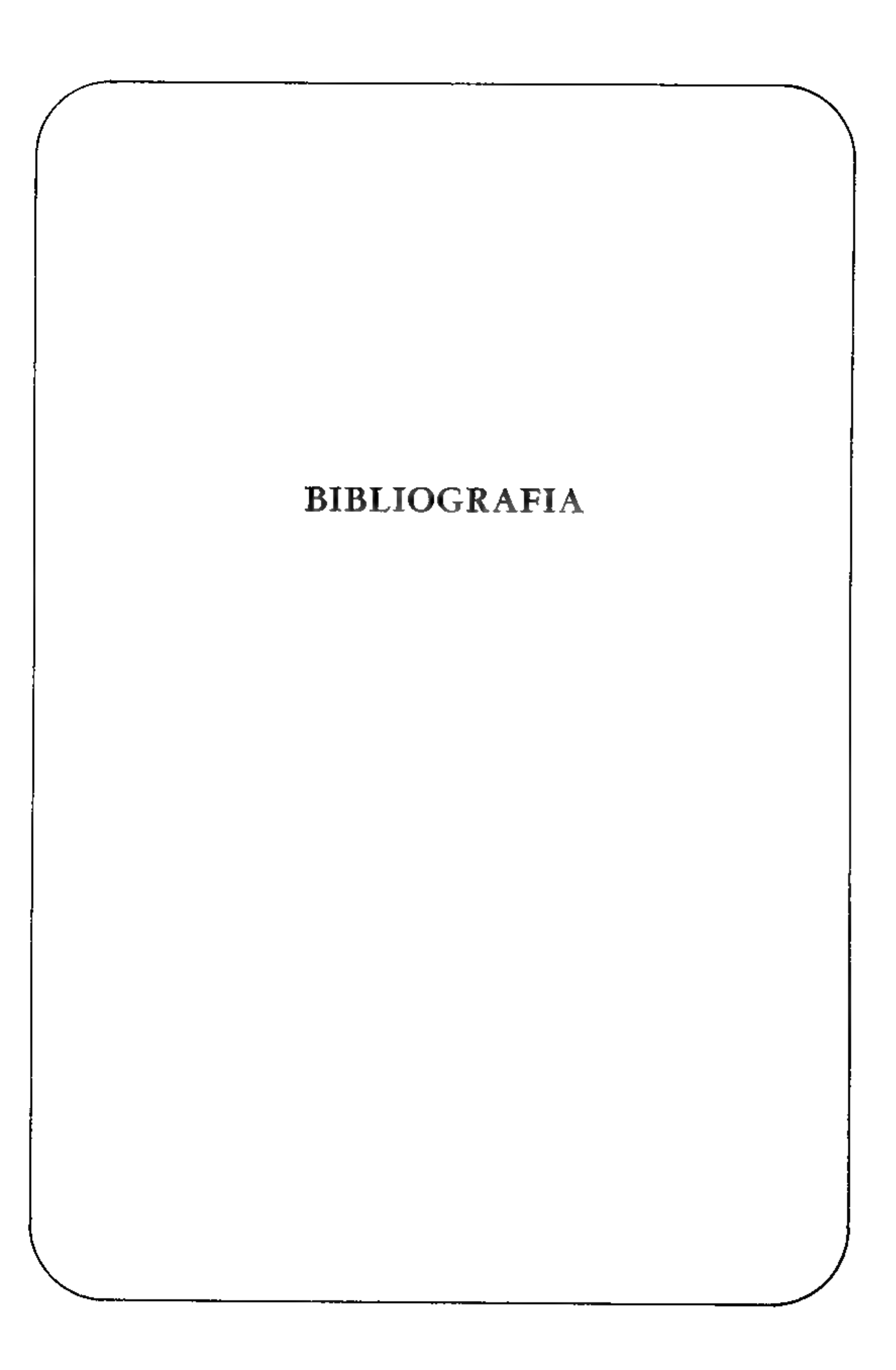
Orden	Título	Serie	Ano de publicación	Observaciones
1	Don Dimas de la Tijereta	I	1864	Existe una version anterior publicada en Buenos Aires
2	El Cristo de la Agonía	I	1867	Fecha muy discutida
3	¡Pues bonita soy yo, la Castellanos!	I	1870	
4	La fiesta de San Simón Garabatillo	I	1871	
5	Dos millones	I	1869	
6	Los endiablados	I	1870	
7	Los caballeros de la capa	II	1873	
8	Las orejas del alcalde	II	1873	
9	Un pronóstico cumplido	II	1872	
10	La monja de la llave	II	1873	
11	Los duendes del Cuzco	II	1873	
12	El encapuchado	II	1874	
13	Un virrey hereje y un campanero bellaco	II	1875	Apareció primero en la III serie de 1875, luego pasó a la II.
14	El justicia mayor de Laycacota	II	1872	
15	¡Beba, padre, que le da la vida!	II	1877	Apareció primero en la IV serie de este año, luego pasó a la II.
16	La emplazada	II	1874	
17	La fundación de Santa Liberata	II	1874	
18	Muerta en vida	II	1873	En la *Revista de Valparaíso*
19	Lucas el sacrílego	II	1873	
20	Un virrey y un arzobispo	II	1861	En la *Revista de Sud América,* Valparaíso; la primera versión es de 1860.
21	Rudamente, pulidamente, mañosamente	II	1873	
22	El resucitado	II	1874	En la *Revista de Valparaíso*
23	El corregidor de Tinta	II	1874	

EN EL presente cuadro, los números arábigos indican el orden en el que aparecen las tradiciones en este volumen. Los números romanos de la tercera columna señalan la serie definitiva a la que pertenecen. Los años de la cuarta columna corresponden a la primera publicación registrada (en periódicos, revistas o libros) de la tradición. Cuando no se indica lo contrario, el lugar de publicación es Lima.

Orden	Título	Serie	Año de publicación	Observaciones
24	El virrey de la adivinanza	II	1860	
25	Con días y ollas venceremos	II	1883	Apareció primero en la II serie de la ed Prince
26	Carta canta	III	1875	
27	Aceituna, una	III	1879	Apareció este año en la *Revista Peruana;* luego en la III serie de la ed Prince.
28	Esquive vivir en Quive	III	1879	*Igual* a la anterior.
29	Una aventura del virrey-poeta	III	1875	
30	Los azulejos de San Francisco	III	1873	
31	Traslado a Judas	III	1883	Apareció primero en la III serie de la ed. Prince
32	La trenza de sus cabellos	III	1874	
33	Santiago el Volador	III	1883	Apareció primero en la III serie de la ed. Prince.
34	Sabio como Chavarría	III	1874	
35	La niña del antojo	III	1883	Apareció primero en la III serie de la ed. Prince.
36	La llorona del Viernes Santo	III	1874	
37	Conversión de un libertino	III	1883	Apareció primero en la III serie de la ed Prince.
38	Dónde y cómo el diablo perdió el poncho	III	1875	En *La Estrella de Chile*, Santiago
39	Johán de la Coba	III	1883	Apareció primero en la III serie de la ed. Prince.
40	Tras la tragedia, el sainete	III	1874	
41	Tres cuestiones históricas sobre Pizarro	IV	1883	
42	El verdugo real del Cuzco	IV	1877	
43	La sandalia de Santo Tomás	IV	1877	
44	San Antonio de Montesclaros	IV	1883	
45	Las tres puertas de San Pedro	IV	1877	
46	Los tesoros de Catalina Huanca	IV	1877	
47	Franciscanos y jesuitas	IV	1877	
48	El alcalde de Paucarcolla	IV	1877	
49	El Manchay-puito	IV	1877	
50	Misa negra	IV	1883	
51	Altivez de limeña	IV	1883	

Orden	Título	Serie	Año de publicación	Observaciones
52	El mejor amigo ..., un perro	IV	1883	Erróneamente, Compton (v nota 7 del Criterio de esta Edición) da la fecha de 1877. La primera versión es de 1853.
53	Una moza de rompe y raja	IV	1877	
54	Justicia de Bolívar	IV	1877	
55	Bolívar y el cronista Calancha	IV	1883	
56	El ahijado de la providencia	V	1883	
57	Fray Juan sin Miedo	V	1883	
58	La procesión de ánimas de San Agustín	V	1883	
59	Creo que hay infierno	V	1883	
60	Una astucia de Abascal	V	1883	
61	Los tres motivos del oidor	VI	1879	
62	La excomunión de los alcaldes de Lima	VI	1879	
63	Las brujas de Ica	VI	1883	
64	El obispo "Chicheñó"	VI	1883	
65	El rosal de Rosa	VII	1889	
66	Refranero	VII	1887	
67	El alacrán de Fray Gómez	VII	1887	
68	Las cuatro P P. P P de Lima	VII	1887	En la *Revista de Artes y Letras,* Santiago.
69	No se pega a la mujer	VII	1887	
70	El clarín de Canterac	VII	1886	En la *Revista de Artes y Letras,* Santiago.
71	Historia de un cañoncito	VII	1887	Igual a la anterior.
72	La conspiración de capitanes	VII	1886	Igual a la anterior.
73	Un Maquiavelo criollo	VII	1886	
74	Los ratones de Fray Martín	VIII	1891	
75	Una elección de abadesa	VIII	1896	
76	Metereología	VIII	1891	
77	Los jamones de la Madre de Dios	VIII	1896	
78	La conga	VIII	1896	
79	Respuesta a dos preguntones	VIII	1896	
80	El abogado de los abogados	VIII	1896	
81	Croniquillas de mi abuela	IX	1899	
82	Los siete pelos del diablo	IX	1899	

Orden	Título	Serie	Año de publicación	Observaciones
83	Lluvia de cuernos	IX	1906	
84	Historia de una excomunión	IX	1906	
85	Gethsemaní	IX	1899	
86	El padre Pata	IX	1899	
87	Las tres etcéteras del Libertador	IX	1899	
88	La carta de "La Libertadora"	IX	1899	
89	"¿Quien toca el arpa? Juan Pérez"	IX	1899	
90	Lope de Aguirre, el traidor	IX	1873	
91	El poeta de la Ribera don Juan del Valle y Caviedes	IX	1873	
92	Las poetisas anónimas	IX	1900	
93	Sobre el *Quijote* en América	IX	1906	
94	De cómo desbanqué a un rival	IX	1889	
95	Glorias del cigarro	IX	1874	
96	Gazapos oficiales	IX	1900	
97	Los Incas ajedrecistas	X	1910	
98	La tradición de la saya y el manto	X	1910	
99	Los aguadores de Lima	X	1910	
100	Mi última tradición	X	1910	



BIBLIOGRAFIA

I

PRIMERAS EDICIONES DE LAS TRADICIONES:

TRADICIONES. Lima: Imprenta del Estado, 1872 (Primera Serie); Lima: Imprenta Liberal de "El Correo del Perú", 1874 (Segunda Serie); Lima: Benito Gil Editor, Librería Universal, 1875 (Tercera Serie; Lima: Benito Gil Editor. Librería Universal, 1877 (Cuarta Serie); Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1883 (Primera a Sexta Series); *Ropa vieja*. Lima: Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince, 1889 (Ultima [Séptima] Serie de Tradiciones); *Ropa apolillada*. Lima. Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince, 1891 (Octava y última Serie de Tradiciones); *Tradiciones Peruanas*. Barcelona: Montaner y Simón, Editores, 1893-1896, 4 vols. (Ocho Series); *Tradiciones y artículos históricos*. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1899; *Cachivaches*. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1900; *Mis últimas Tradiciones Peruanas y Cachivachería*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1906; *Apéndice a mis últimas Tradiciones Peruanas*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1910.

OTRAS EDICIONES IMPORTANTES:

TRADICIONES PERUANAS. Edición publicada bajo los auspicios del gobierno del Perú. Madrid: Espasa-Calpe, 1923-1925, 6 vols.; 2da. ed., 1930-1939, 6 vols.; 3ra. ed., 1945-1947, 6 vols.
TRADICIONES PERUANAS. Lima: Cultura Antártica, 1951, 6 vols.
TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS. Edición y prólogo de Edith Palma, con siete extensos apéndices y una selección de cartas del autor. Madrid· Aguilar, 1952; 5ta. ed., 1964.

ANTOLOGIAS Y COLECCIONES ESPECIALES:

EL DEMONIO DE LOS ANDES. Tradiciones históricas sobre el conquistador Francisco de Carvajal. Nueva York: Imprenta de Las Novedades, 1883; 2a. ed., Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1911.
TRADICIONES SELECTAS DEL PERÚ. Callao [Perú]: A. J. Sagrestán y Cía, 1911
LAS MEJORES TRADICIONES PERUANAS. Colección de escritores americanos dirigida por Ventura García Calderón. I, Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1917.
EL PALMA DE LA JUVENTUD. Selección de tradiciones y poesías, aumentada con diversos escritos .. Lima: Librería Francesa y Casa Editorial E. Rosay, 1921.
LA LIMEÑA [Selección de tradiciones sobre mujeres de Lima, por Ventura García Calderón] París: Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, s. f. [1922].
TRADICIONES ESCOGIDAS. Edición de Ventura García Calderón. París: Biblioteca de Cultura Peruana, Desclée de Brouwer, 1938.

TRADICIONES PERUANAS. Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, 1938 1942, (Primera, segunda y tercera selección. Colección Austral, Nos. 52, 132 y 309)
TRADICIONES PERUANAS ESCOGIDAS. Prólogo, selección y notas de Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, Colección Amauta, 1941.
FLOR DE TRADICIONES. Introducción, selección y notas de George W Umphrey y Carlos García-Prada. México: Editorial Cultura, 1943
TRADICIONES PERUANAS. Selección y reseña cultural del Perú por Raúl Porras Barrenechea. Buenos Aires. Editorial W. M. Jackson, Inc., Colección Panamericana, 1945
TRADICIONES EN SALSA VERDE. Lima. Ediciones de la Biblioteca Universitaria, 1973.
TRADICIONES PERUANAS. Prólogo y notas de H. Bonneville. Madrid Editorial Castalia, 1976

OTRAS OBRAS DEL AUTOR:

ANALES DE LA INQUISICION DE LIMA. Estudio histórico. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 1863, 2a ed, Lima: Carlos Prince, 1872, 3ra. ed., Madrid Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1897; Buenos Aires. Imp. "La Vanguardia", 1937
POESÍAS *Juvenilia. Armonías Cantarcillos. Pasionarias. Traducciones Verbos y gerundios. Nieblas.* Lima Imprenta de Torres Aguirre, 1887; *Poesías completas.* Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1911; 3ra. ed., 1915.
NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS. Lima: Imprenta y Librería de Carlos Prince, 1896.
RECUERDOS DE ESPAÑA. NOTAS DE VIAJE. ESBOZOS NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser, 1897.
DOS MIL SETECIENTAS VOCES QUE HACEN FALTA EN EL DICCIONARIO. PAPELETAS LEXICOGRAFICAS. Lima: Imprenta de la Industria, 1903.
EPISTOLARIO. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Editorial Cultura Antártica, 1949, 2 vols.
CARTAS INÉDITAS DE DON RICARDO PALMA Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, S. J. Lima· Editorial Carlos Milla Batres, 1964.
CARTAS INDISCRETAS DE RICARDO PALMA. Comentadas por César Miró. Lima· Francisco Moncloa, Editores, 1969.

II

BIBLIOGRAFIA SOBRE RICARDO PALMA:

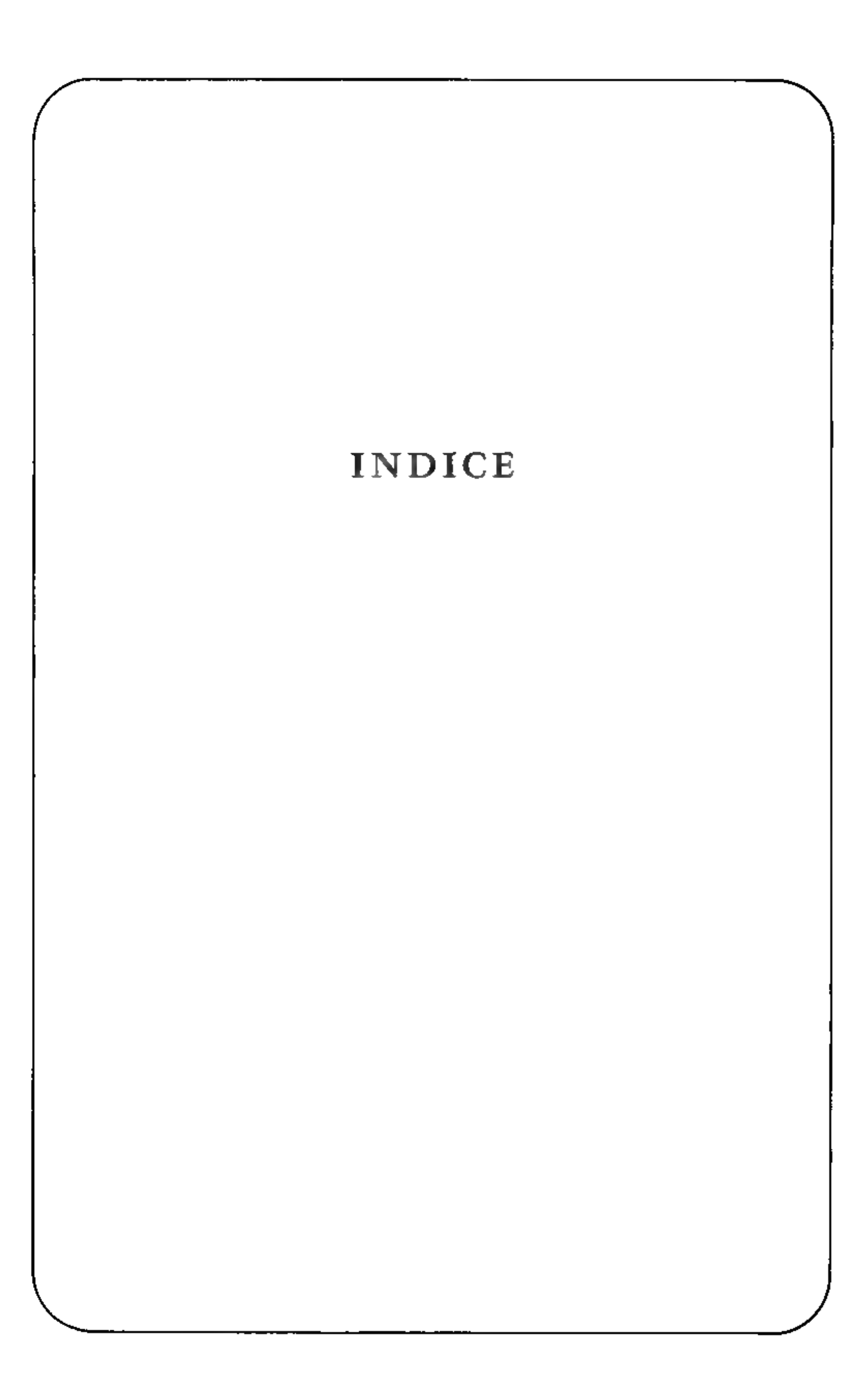
FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *En torno de Ricardo Palma,* Ensayo crítico-bibliográfico. Santiago de Chile Prensas de la Universidad de Chile, 1933, Vol. II.
PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: "Bibliografía de don Ricardo Palma". En R. P.: *Tradiciones Peruanas.* Lima Cultura Antartica, 1951, Vol. I, pp. XI-LXXXI.
PALMA, EDITH: "Bibliografía". En. R. P.: *Tradiciones Peruanas completas.* Madrid: Aguilar, 1952; 5a. ed., 1964, pp. 1740-49.
FLORES, ANGEL: Bibliografía de R. P. En su *Bibliografía de escritores hispanoamericanos.* New York: Gordian Press, 1975, pp. 40-44.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS ESCOGIDOS.

ADÁN, MARTÍN "R P.". En su *De lo barroco en el Perú.* Lima· Universidad de San Marcos, 1968, pp. 303-17.
ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: "La procacidad de R. P." *Revista Iberoamericana,* XLVII (1953), pp. 269-72.
ARORA, SHIRLEY L. *Proverbial Comparisons in R. P.'s "Tradiciones Peruanas"* Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1966 (Folklore Studies 16).
BAKULA PATIÑO, MIGUEL: "Don R. P. en Colombia. Tres de sus primeros impresos" Separata de la revista *Fénix,* No. 12. Lima, 1958.
BAZIN, ROBERT: "Les trois crises de la vie de R. P.". *Bulletin Hispanique,* LVI, No 1-2 (1954), pp. 49-82.
CAILLET-BOIS "Problemas de lengua y estilo en las *T. P." Revista de la Universidad de La Plata.* Nº 3 (enero-marzo 1958), pp. 69-79.
CARILLA, EMILIO· "R. P. y Casanova". *Caravelle* No. 8 (1967), pp. 31-54

COMPTON, MERLIN D.: "Las *Tradiciones peruanas* de R. P.: bibliografía y lista cronológica tentativa" *Duquesne Hispanic Review,* VIII, No. 3 (1969), pp. 1-24.
ESCOBAR, ALBERTO: *R. P.* En Hernán Alva Orlandini (ed.): *Biblioteca Hombres del Perú.* Lima Editorial Universitaria, 1964, 1a. serie, Vol. X, pp. 5-55, "Tensión, lenguaje y estructura las *Tradiciones peruanas".* En su *Patio de Letras* Lima Ediciones Caballo de Troya, 1965, pp. 68-140.
FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *En torno de R. P.* La estancia en Chile. Santiago de Chile Universidad de Chile, 1933, Vol. I.
GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: *"Don R. P."* En su *Del romanticismo al modernismo* París: Paul Ollendorf, [1910], pp. 319-31; "Nota preliminar". En su edición de *Tradiciones Peruanas* París. Biblioteca de Cultura Peruana. Desclée de Brouwer, 1938, pp 9-12. [Inc. una breve autobiografía de R. P.].
LAMORE, JEAN. "Sur quelques procédés de l'ironié et de l'humour dans les *Tradiciones peruanas". Bulletin Hispanique,* 70 (1968), pp. 106-15.
LEGUIA, JORGE GUILLERMO. *Don R. P.* Lima Compañía de Impresiones y Publicidad, 1934.
LOAYZA, LUIS. "Palma y el pasado". En su *El sol de Lima.* Lima: Mosca Azul Editores, 1974, pp. 89-115.
MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS: "R. P., Lima y la colonia", En su *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* Lima: Empresa Editora Amauta, 1969, 17a. ed., pp. 244-54.
MARTINENGO, ALESSANDRO *Lo stile di R. P.* Padua: Liviana Editrice, 1962.
MERCURIO PERUANO. Número de homenaje en ocasión de su muerte. III, No. 16-17 (octubre-noviembre 1919) Colaboran: Luis Fernán Cisneros, Antonio Sagarna, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Beltroy, Luis A. Rivero, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, Silvestre Vasombrío, José de la Riva-Agüero, Ventura García Calderón, Francisco García-Calderón, Rafael Altamira, Rubén Darío, Gonzalo Bulnes, Felipe Barreda y Laos, Juan Bautista de Lavalle; se incluyen una antología de R. P. y una crónica de sus funerales.
MIRÓ, CÉSAR· *Don R. P., el Patriarca de las Tradiciones.* Buenos Aires: Losada, 1953.
MIRÓ QUESADA S., AURELIO: "92 cartas inéditas de Palma". En su *20 temas peruanos* Lima. Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1966, pp. 407-29.
MONGUIÓ, LUIS: "Sobre un milagro en Melendez, P. y Barrios", En su *Estudios sobre literatura hispanoamericana y española.* México. Ediciones De Andrea, 1958, pp. 115-30.
MONTELLO, JOSUE. *R. P., classico de America.* Río de Janeiro: Gráfica Olímpica, 1954.
NÚÑEZ, ESTUARDO. "R. P. y los viajes". En su *La imagen del mundo en la literatura peruana.* México. Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 110-23.
OVIEDO, JOSÉ MIGUEL: *Genio y figura de R. P.* Buenos Aires. Eudeba, 1965.
PALMA, ANGÉLICA: *R. P.* Buenos Aires: Editorial Tor, 1933; "R. P. y sus *Tradiciones Peruanas".* Prólogo a R. P. *Tradiciones Peruanas Completas.* Madrid: Aguilar, 1964, pp. XVII-XL.
PODESTÁ, BRUNO. "Un incidente que definió el pensamiento peruano. R P. versus Manuel González Prada". *Cuadernos Americanos,* XXXIII, No. 4 (julio-agosto 1974), pp. 145-59.
PORRAS BARRENECHEA, RAUL· *Tres ensayos sobre R. P.* Lima: Juan Mejía Baca, 1954; *El sentido tradicional de la literatura peruana.* Buenos Aires: W M Jackson (Col. Panamericana), "Prólogo" a R. P.; *Epistolario.* Lima: Editorial Cultura Antártica, 1949, Vol I, pp. IX-XLVI; "De la autobiografía a la biografía de P." *Letras peruanas,* IV (junio 1954), pp. 1-27
RAMÍREZ, LUIS HERNÁN: "El estilo de las primeras *Tradiciones de P" Sphinx,* Lima (1961), pp 226-55
RIVA-AGÜERO, JOSÉ DE LA: "R. P.". En su: *Afirmación del Perú* Lima Pontificia Universidad Católica del Perú, 1960, Vol. I, pp. 343-74; *Carácter de la literatura del Perú independiente* Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú (Vol. I de sus *Obras completas),* 1962, pp. 176-202.
REEDY, DANIEL R "Las *Tradiciones en salsa verde* de R. P." *Revista Iberoamericana,* XXXII (1966), pp. 69-75.
RUBMAN, LEWIS H "R. P. y el problema de la poesía romántica". *Revista Iberoamericana,* XXXII (1966), pp 113-20.

SALOMÓN, NOEL: "*Las orejas del alcalde* de R. P.: Un exemple de fabrication littéraire" *Bulletin Hispanique,* LXIX (1967), pp. 441-53.
SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: *Don R. P. y Lima.* Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1927, *La literatura peruana.* Asunción: Editorial Guaranía, 1951, Vol. VI, pp 55-76; "R. P." en su *Escritores representativos de América.* Madrid: Gredos, 1963, 1a. serie, Vol II, pp 96-106.
SOCIEDAD AMIGOS DE PALMA: *R. P.* 1833-1933. Homenaje en ocasión del centenario de su nacimiento. Lima, 1933. Colaboran José de la Riva-Agüero, José Gálvez, Víctor Andrés Belaúnde, Eduardo Martín Pastor, Raúl Porras Barrenechea, Angélica Palma y Clemente Palma, se incluyen una selección de su epistolario, crónica de la exposición, artículos periodísticos, catálogos, iconografía, etc.
TAURO, ALBERTO: "Las *Tradiciones Peruanas* y sus fuentes". *Boletín Bibliográfico* Lima, XXXIX, Nos. 1-4 (1966).
THOMAS, RUTH S.: "Las fuentes de las *Tradiciones Peruanas* de R. P." *Revista Iberoamericana,* II, No. 4 (noviembre 1940), pp. 461-69.
UMPHREY, GEORGE W. y CARLOS GARCÍA-PRADA· "Introducción" a su ed. *Flor de Tradiciones.* México: Editorial Cultura, 1943.
VARGAS UGARTE, RUBÉN: "Introducción" a *Cartas inéditas de don R. P.* Lima: Editorial Carlos Milla Batres, 1964; "Don R. P. y la historia". *Journal of Inter-American Studies,* IX, No. 2 (abril 1967), pp. 213-24.
WINN, CONCHITA H.: "Más sobre las fuentes y documentos de información de que se sirvió R. P. Sus lecturas en lenguas extranjeras". *Revista Hispánica Moderna,* XXXIV (1968), pp. 799-809, "R. P. y los tradicionistas mexicanos". En Jaime Alazraki, Roland Grass y Russell O. Salmon (eds.): *Homenaje a Andres Iduarte.* Clear Creek, Indiana: The American Hispanist, 1976, pp. 387-401.
XAMMAR, LUIS FABIO: "Elementos románticos y anti-románticos de R. P." *Revista Iberoamericana,* IV, No. 7 (noviembre 1941), pp. 95-106.
ZEVALLOS, NOÉ: "P. y su generación". *Mercurio Peruano,* XXXVIII (octubre-noviembre 1957), pp. 520-32.



INDICE

Primera Serie [3]

Segunda Serie [29]